EL REY ARTURO

EL HIJO DEL DRAGÓN

M. K. Hume

Las raíces de un mito inm

Lectulandia

Reina la Edad Oscura en tierras de Britania.

… un tiempo de caos y derramamientos de sangre. Hace mucho tiempo que las legiones romanas abandonaron las islas británicas y Uter Pandragón, el gran rey de la Britania Celta, está próximo a la muerte. Mientras agota sus últimos días, su reino se incendia en enfrentamientos entre los jefes tribales que se disputan su trono. Artorex, de padres desconocidos, es entregado a Antor y Livinia, los señores de una villa romana. Allí vive como un sirviente hasta que aparecen tres importantes caballeros que ordenan que sea adiestrado como un guerrero: en la espada y el escudo, en el caballo y el fuego, en el valor y el dolor.

Pasan los años, Artorex no sólo se ha convertido en un hábil guerrero, sino que también se ha casado con Gallia, una joven britano-romana, con la que ha tenido una hija, Licia. Cuando esperan su segundo hijo, regresan los tres caballeros que tienen reservada para él una importante misión. Uno de ellos es Myrddion Merlín.

El país está sumido en una situación desesperada y las grandes ciudades orientales están cayendo bajo la amenaza de las hordas sajonas. Artorex se gana la estima de los guerreros celtas y al frente de los mismos derrota en varias batallas a los sajones. Con su carisma y sus dotes guerreras demuestra que sólo él es capaz de unificar a las tribus británicas. Pero para poder alcanzar su destino y llegar a ser el gran rey de los británicos, Artorex debe encontrar la corona y la espada de Uter.

El futuro de Britania está en juego.

Lectulandia

M. K. Hume

El rey Arturo: El hijo del dragón

Crónicas del rey Arturo: Rey de los británicos - 1

ePub r1.1
viejo_oso 23.11.14

Título original: *King Arthur: Dragon's Child*
M. K. Hume, 2009
Traducción: Juan Carlos Mirre Gavaldá

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta obra está dedicada a mi amiga Julienne Marie Gleeson, que dejó este mundo el 5 de febrero de 2004.

Era mi amiga más preciada, mi segundo yo y mi heroína secreta. Julienne me apoyó en los momentos más sombríos de mi vida y me enseñó la belleza de luchar para alcanzar un sueño. Sobrevivió con entereza a la muerte, a las crueles adversidades, a la animosidad y a la violencia hasta que, antes de cumplir los cincuenta años, el cáncer acabó con su vida de luchadora.

Las flores más hermosas «nacen para ruborizarse sin ser vistas y desperdiciar su dulzura bajo el aire del desierto», pero yo supe reconocer la excepcionalidad de Julie y amar el recuerdo de cada uno de los momentos compartidos.

Este libro le pertenece, porque luchó denodadamente para convencerme de que lo escribiese. Nunca habría visto la luz de no haber sido por ella.

¡Ave, Julie! Dondequiera que estés descansando después de los sufrimientos de la vida. Espero que disfrutes de ésta, mi ofrenda.

AGRADECIMIENTOS

Sé que muchos lectores eluden esta parte de los libros. En este caso, sin embargo, espero que hagáis una excepción. *El rey Arturo: El hijo del dragón*, es el primer volumen de las *Crónicas del rey Arturo: Rey de los británicos*, que nunca habría visto la luz si no fuera por mi marido, Arthur Michael, quien le aportó su inimitable capacidad de revisión y crítica, incluso mientras batallaba contra una grave enfermedad. No hay palabras para agradecer su apoyo. Nunca dejaré de sonreír cada vez que recuerde su recurrente y sempiterna pregunta: «¿Qué mierda significa esto?».

Mi agradecimiento a Margot Maurice y a los miembros del Independent Publishers of Australia Network, por vuestra profesionalidad y por los excelentes consejos que me brindasteis cuando más los necesité y que fueron de valiosa ayuda para alcanzar mi objetivo.

Estoy en deuda, además, con todos los grandes escritores de la literatura artúrica Arturiana, desde Gildas hasta Charles Williams y los demás creadores del rey Arturo —el gran rey de Britania y *Dux Bellorum*—, mi fascinante héroe en mi otra vida imaginaria. Aunque maldije las lenguas muertas que tuve que aprender para conocerle mejor, me fui obsesionando con las glorias de su épica a medida que luchaba con mi trabajo de postgrado. Si no hubiese contado con el recurso de todas aquellas historias y obras maestras de la literatura, escritas a lo largo de los últimos mil años, no habría podido tener la esperanza de escribir mi propia versión de la vida y de la época del rey Arturo.

Sin el sostén de mis amigos: Penny Cranitch, Lyn Baker, Robyn Jones y Pauline Reckentin, y muchos otros, me habría desmoronado bajo el peso de este proyecto.

Agradezco a mis amigos todo su amor y apoyo, a pesar de mis numerosos errores. Incluso doy gracias a aquellos que podrían haberme hecho daño porque, sin quererlo, me habéis enseñado la valiosa lección de que la vida no es ni bella, ni justa, y que sólo podemos crecer como seres humanos oponiéndonos a todo lo que consideramos inmoral e incorrecto. Sé que no intentabais estimular mi esfuerzo, pero al fin y al cabo, el resultado fue el mismo.

Asimismo agradezco sinceramente a los innumerables estudiantes de varios institutos que durante años se estremecieron con mis historias y disfrutaron con mis más horrorosas ocurrencias. Siempre se deleitaron con mis excéntricas y sombrías visiones y ellos, en conjunto, me llevaron por la senda que se aleja del riesgo de escribir historias que no sean más que «agradables» y «aceptables».

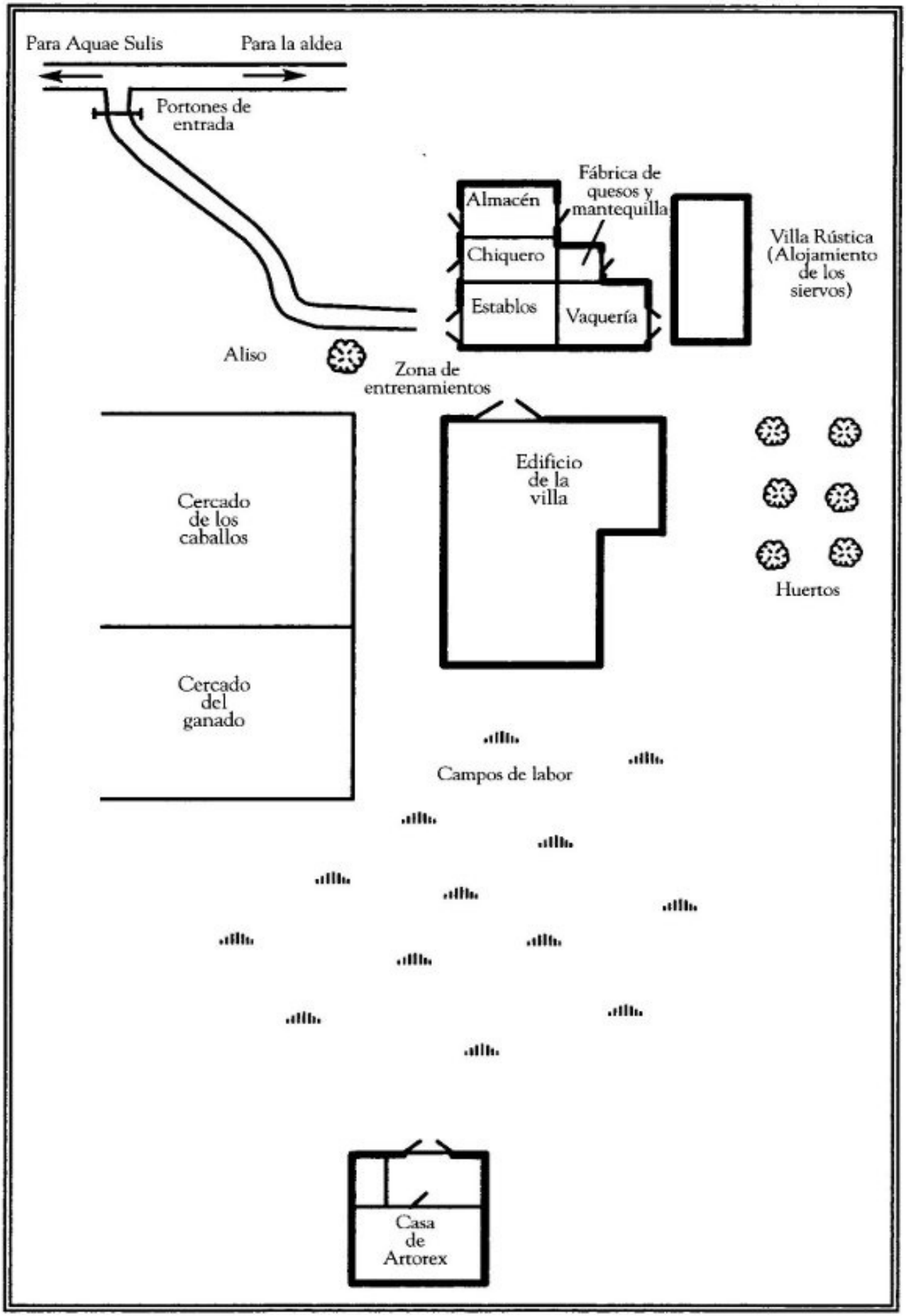
Finalmente, el mayor reconocimiento a mi profesora de Lengua del instituto, la señora Lapa, que rompió en trocitos todos mis ensayos y cuentos superficiales. La que me enseñó a escribir para mí, sólo para mí y a poner un sincero empeño en cada

tarea que emprendía. Sólo me dio clases durante un año y nunca más pudo brindar a sus alumnos su forma tan personal de ver las cosas. Fue una gran pérdida para la educación en Queensland, especialmente para el sistema de educación pública, donde los cánones docentes son, con demasiada frecuencia, estrechos e inadecuados. ¡En el mejor de los casos! Esta excelente profesora de Lengua me enseñó a nadar contracorriente y a comprender que una visión no académica implica necesariamente algunas concesiones. Espero que la señora Lapa, dondequiera que esté, se encuentre en paz y feliz, aunque probablemente nunca sabrá cuánto la he admirado por su profesionalidad.

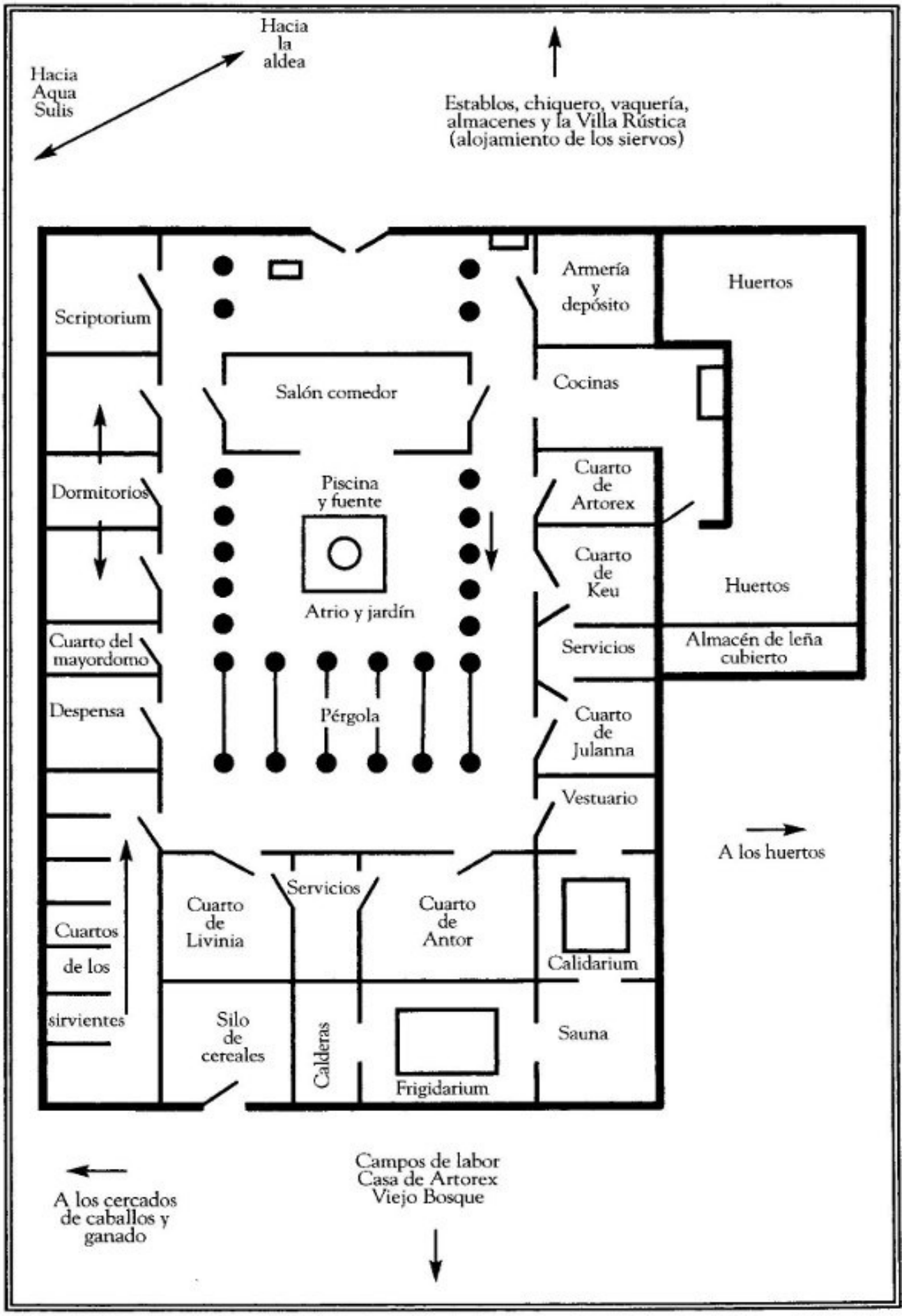
Por supuesto, ¿cómo no mostrar mi agradecimiento a mi agente, Dorie Simmonds, o a mi editora, Jane Morpeth y a todo el equipo de Headline? Ellos hicieron que mi sueño se vuelva realidad. El rey Arturo de los británicos fue el segundo gran amor de mi vida, al que seguí incansablemente durante treinta años. Mis versiones sobre cómo vivió y amó son muy personales y vistas a través del caleidoscopio del tiempo. Están coloreadas con las exigencias de nuestra vida actual, que nos deja muy poco tiempo para el deber y no valora tanto como otrora la virtud de la nobleza.

Mapa de Myrddion de la Britania romana pre-artúrica

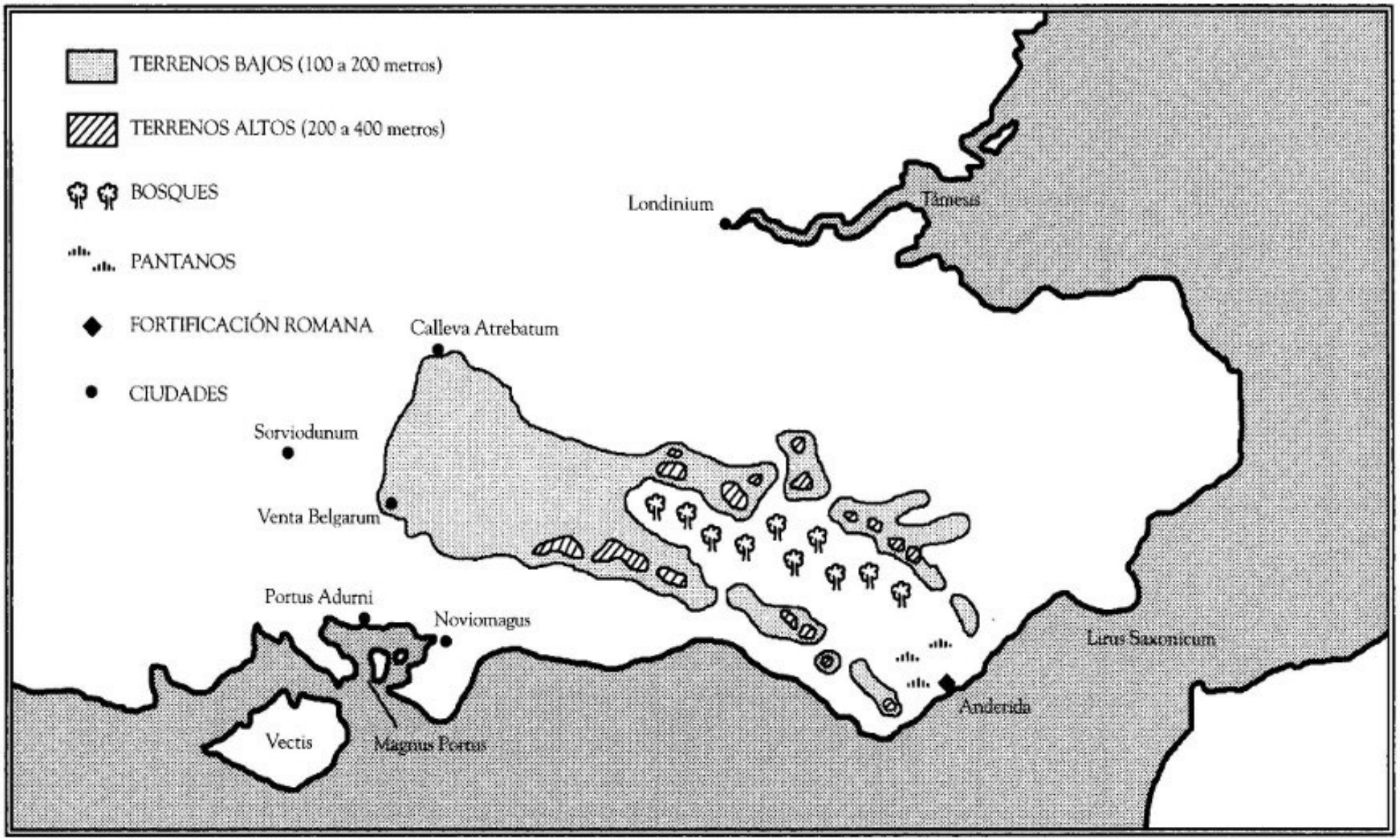
Planta de la Villa Poppinidii y alrededores



Planta de la Villa Poppinidii

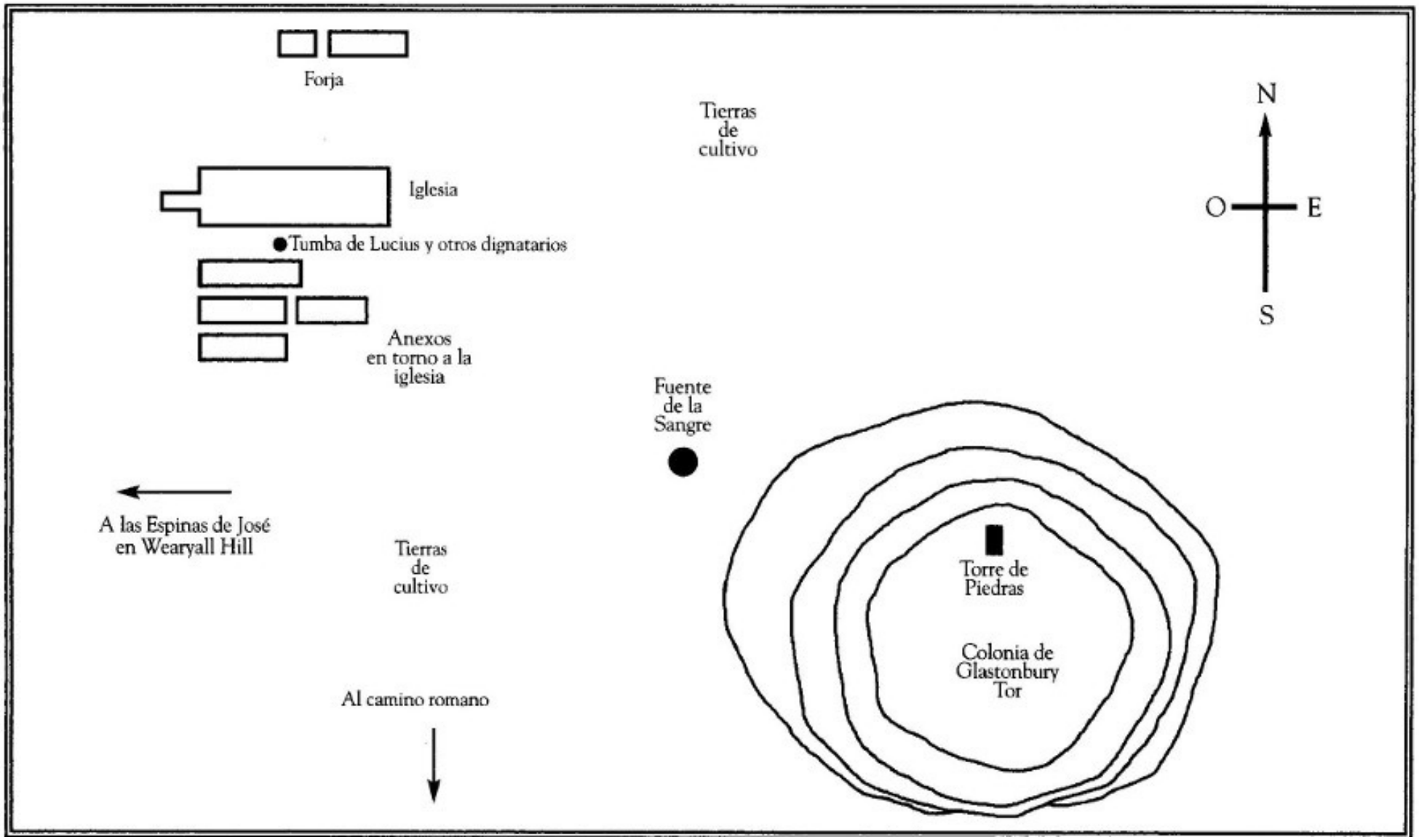


La ruta de Venta Belgarum a Anderida



www.lectulandia.com - Página 11

Glastonbury y alrededores



www.lectulandia.com - Página 12

CAPÍTULO I

LOS LÍMITES DE LA MEMORIA

Existe un orden general que abarca el universo entero; y todo lo que se aparta del lugar que le corresponde puede caer en el ámbito de otro conjunto también ordenado; con lo cual siempre queda dentro de un plan previsto; porque en el reino de la providencia nada sucede al azar.

BOECIO

EL BOSQUE ABRAZABA al muchacho como una vieja manta con los bordes deshilachados, pero con un tejido todavía fuerte y resistente. Las raíces de los robles se retorcían emergiendo de una tierra profunda y maleable y sus ramas eran tan espesas y tan densamente entrelazadas que el muchacho se sintió como si se hubiera zambullido en aguas frescas y verdosas después de dejar tras de sí el brillo húmedo de los campos en barbecho. La amenaza de que esta aventura podría conducirlo a un severo castigo significaba poco para él, porque sería castigado de todas maneras. Tanto por esas horas de placer sensual como por algún pecado casi olvidado que provocaría la cólera de su padre adoptivo.

Bajo la espesa cubierta de ramas de alisos y robles, la sombra de los árboles impedía que la hierba creciese. El muchacho caminaba sobre un peligroso manto de hojas secas y de ramas caídas, engalanadas con un musgo gris verdoso y extrañas flores carnosas que cubrían las escondidas guaridas de los tejones. La misteriosa belleza de este mundo en semipenumbra le fascinaba y aceleraba los latidos de su corazón ante la promesa de posibles peligros. Cualquier cosa podría habitar dentro de esos sorprendentes huecos de noche oscura. Entre las sombras, alguien podría encontrarse tan cerca que alcanzaría a tocarlo sin ser visto. Disfrutaba dentro de ese paisaje que en parte, él mismo se inventaba y donde el poder de su padre adoptivo se desvanecía y reducía a la nada. Allí podía sentirse alguien y soñar lo que se le ocurriese sin ninguna limitación. Y aunque no se sintiese seguro, ni tampoco inseguro, sí, en cambio, tenía la sensación de ser verdaderamente él mismo.

Encontró un atractivo claro natural de unas diez lanzas de ancho, donde los troncos de los árboles imitaban una hilera de columnas y filtraban delgados haces de luz que apenas alcanzaban a tocar el suelo. Una gran roca, cubierta por un blanco

encaje de liquen, asomaba casi en el centro del claro, y con sus delgadas manos, el muchacho recorrió su superficie hasta sentir bajo su tacto los desgastados surcos y las espirales toscamente labradas en su superficie. Por algún motivo instintivo, eligió sentarse tan alejado como pudo de esos diseños apenas visibles, mientras contemplaba fijamente una cavidad, tan profunda como larga era su mano, que había sido tallada en el centro de la roca. Tenía una extraña inclinación, que él ya conocía, porque una vez había sacrificado algo del líquido de su bota de piel de cabra para rellenar el somero agujero tallado por la mano de un hombre. Aquel día se había quedado pasmado al descubrir cómo salía un hilo de agua del hueco y se derramaba recorriendo las espirales y remolinos grabados, hasta que finalmente se vertía en el suelo del bosque.

Siempre que tocaba esa cavidad, algo oscuro desplegaba alas en su mente. A veces, podía imaginar un hilo de sangre viscosa y pegajosa saliendo de sus dedos y serpenteando por los dibujos grabados, al tiempo que impregnaba su olfato con el inquietante aroma del hierro.

—Aquí han muerto cosas —susurró para sí rompiendo el sepulcral silencio del claro—, pero son tan viejas… quizá tan antiguas como los mismos árboles.

Le encantaba asustarse a sí mismo con esos pensamientos, aunque era un chico robusto y más alto de lo que correspondía a sus doce años. Las formas del adulto ya empezaban a aflorar en su cuerpo, lo que enloquecía a la vieja Frith, la sirvienta sajona, creciendo por debajo de sus pantalones de cuero y tensando las costuras de sus túnicas en los hombros.

—Un pedazo de muchacho —le explicaría su padre adoptivo al visitante ocasional—, medio salvaje y también… un poco atolondrado, para entendernos.

El amo, Lord Antor, era alto, corpulento y de espaldas anchas, pero Zote, como los cocineros esclavos llamaban al chico burlándose, amenazaba con superar ampliamente el metro ochenta de altura.

—Un pequeño bárbaro —les contaría su hermanastro a los amigos; hablando con voz cansina desde sus diecisiete años y con la adultez que comenzaba a impregnar su complexión—, apenas se baña… ¡y los pelos! ¡Cuando le crezca la barba será una escoba andante!

Los jóvenes rieron, porque Keu imitaba los aires de un aristócrata diletante, aunque la Legión Dracos, la última que protegía Britania, ya hacía varios años que se había retirado. Romano de nacimiento, como se describía a sí mismo con orgullo, Keu no prestaba la menor atención a Zote, quien aparentemente no tenía ni gota de sangre noble en sus venas. Aunque él mismo ignoraba convenientemente su propia paternidad celta.

—Por qué razón fue aceptado por mi padre, es algo que escapa a mi imaginación —dijo Keu mientras se alisaba su brillante pelo negro que mantenía corto como un militar y cuidadosamente rizado sobre su frente—. Cuando era pequeño lloraba constantemente hasta que las mujeres lo colocaban en un arca de lino. Luego, cuando

se hizo mayor… bueno, mirad esa cara inexpresiva. Ha aprendido a leer, es cierto, porque madre no toleraría tener un hijo ignorante, adoptado o no, pero nunca lee los manuscritos, ni se comporta como un joven bien nacido como debiera. Targo le castiga con frecuencia, aunque de poco sirve, porque Zote se queda de pie inmóvil y recibe los golpes con esa vaga expresión en su cara mofletuda.

Keu y su padre celta, Antor, estaban equivocados.

El muchacho sí había leído los manuscritos que se encontraban en el exiguo *scriptorium*, pero sólo cuando todos dormían y podía robar algo de aceite para su lámpara. La luz parpadeante hacía bailar las palabras escritas en latín como si tuvieran vida propia y distinta de los antiguos recuerdos que sólo compartían con él. Cada día, a lo largo de sus doce años, había comido los mendrugos rancios de la caridad, un alimento insoportable y de difícil ingestión, con o sin manuscritos.

Por eso Zote simplemente *se escapaba* en cuanto podía, tanto a los bosques como a las profundas cavernas de su mente.

El muchacho estiró sus piernas sobre el lomo de la roca. El vello que crecía en su cuerpo era ciertamente muy claro y sus brazos estaban bronceados por las horas pasadas bajo el brillo del sol. Su rostro no era ni grueso ni inexpresivo, sino ancho y sus pómulos ya se tornaban marcadamente angulosos. Sus cabellos se rizaban tan salvajemente que ningún peine era capaz de domar los mechones ensortijados que formaban un nimbo dorado y rojizo alrededor de su cabeza. Sus ojos eran inusitados en un mundo de gentes con ojos mayoritariamente marrones, castaños, verdosos y negros, tanto los de los esclavos como los de los señores, porque eran tan transparentes y grises que parecían casi invisibles en su suave rostro.

Aquellos ojos atrapaban la luz, mas no dejaban escapar nada del alma que se encontraba detrás de ellos como advertencia a todos aquellos que lo atormentaban.

Con pesar, el muchacho abandonó el claro cuando los haces de luz se debilitaron y fueron desplazándose hasta extinguirse por completo detrás del denso follaje que se elevaba imponente por encima. El aire se hacía cada vez más sofocante, como si se aproximase una tormenta. Hubiese agradecido la lluvia fresca de un aguacero, pero su estómago vacío le recordaba que debía retornar a la villa o pasar otra noche hambriento.

—Adiós, roca —susurró a la piedra calentada por su cuerpo—. Adiós árboles.

Llegar al bosque era siempre más placentero que volver a la villa. Mientras el muchacho se abría paso entre las altas hierbas de los campos occidentales, que llegaban hasta su cintura y se apartaba de las ortigas que crecían en apretados parches, puso su «cara de familia», como él la denominaba, y asumió su acostumbrado aspecto desaliñado.

Cuando alcanzó los edificios más externos de Villa Poppinidii, su espalda estaba arqueada y arrastraba los pies sobre el pedregoso sendero entre los establos y la pocilga.

—Os buscan, Zote —le dijo una descarada criada emitiendo una risita tonta

mientras vaciaba gachas en el comedero de los cerdos—. Hace horas que os buscan. El amo tiene visitas.

—¡Bah! —fue su única respuesta.

Ahora debía bañarse y también encontrar una túnica limpia, siempre que Frith hubiese tenido tiempo de zurcir su segunda mejor túnica.

Malhumorado, echó un vistazo a los dedos sucios de los pies bajo las sandalias raídas. Llegaría tarde y Antor no toleraba que un hijo adoptivo fuese poco puntual, pensó con poco entusiasmo, así que era mejor darse prisa, por lo que decidió buscar a Frith en las cocinas donde habitualmente se sentaba a calentar sus viejos huesos.

—Es bueno que esté orgullosa de vos, joven bribón —masculló la vieja entre sus dientes rotos—. He remendado vuestra túnica y encontré un cinto de cuero que se adapta a vuestra cintura. Y no os olvidéis del aceite perfumado —le gritó mientras salía—, a lo mejor puede alisar vuestros pelos, esa cabellera enmarañada.

—Muy agradecido, querida Frith —le gritó por encima del hombro—, que descanséis bien al abrigo de la lumbre.

—Ese Zote nunca llegará a nada —soltó el cocinero de cara amargada, mientras manipulaba una desbordante olla repleta de anguilas y verduras hirvientes.

—Oh, sí, pero es increíble cómo cambia su carácter cuando se le trata con amabilidad —replicó una desairada Frith—. También es notable lo ágil que se vuelve el zagal, cuando cree que nadie lo está mirando.

Frith había sido niñera de la última niña romana nacida en la casa de la familia Poppinidii, la pequeña y dulce Livinia, y conocía todos los secretos de la villa.

—Volved a dormir, abuela. Habéis estado demasiado tiempo al sol —fue la mordaz réplica del cocinero.

SÓLO HIZO UNA PAUSA en su estrecho y asfixiante cubículo para recoger su ropa, su viejo estrígil y una botellita de aceite casi rancio antes de salir corriendo hasta el extremo del ala oriental de la villa, cuidando, en su prisa, de esquivar el atrio, los triclinios del ágape y el *scriptorium*. La verdad era que al chico le encantaba oír las historias del mundo exterior, más allá de la villa, lo que sólo ocurría cuando había visitas. Para él, rasparse un poco era sólo un mínimo precio a pagar por una noche en un rincón escuchando a los hombres que hablaban de extraños y lejanos lugares.

Se desnudó con presteza y se introdujo dentro del agua caliente de la bañera de mármol del *calidarium*. Tenía poco aprecio por los ritos y costumbres de los baños y se dedicó a abrir los poros de la piel y luego a frotarla con el aceite rancio, a la vez que apartaba la nariz para evitar su tufo apestoso. Luego restregó el viejo estrígil sobre la capa de mugre acumulada durante los últimos días. Incluso dedicó una somera atención a sus uñas y así deshacerse de la peor parte de la roña que había acumulado.

A continuación, después de una rápida zambullida en el *frigidarium* para limpiar

y cerrar los poros, se frotó enérgicamente con la toalla e intentó recoger su pelo salvaje y mojado atándolo con una cinta de cuero. Finalmente se cubrió con la túnica, agregando el taparrabos, el cinto y las sandalias. Entonces se dirigió corriendo entre las columnas silenciosas hasta la sala donde se agasajaba a los visitantes.

—Por fin aparecéis, chico —le recriminó Antor—, al menos debemos agradecer que estéis limpio —sonrió a sus invitados para suavizar el efecto de sus palabras—. Ahora debéis ayudar con el servicio, como es vuestra obligación —le ordenó.

Antor era un hombre corpulento, de torso fuerte y espaldas anchas, pero sus piernas eran extrañamente cortas y arqueadas. Su rostro era rubicundo, pero sin apenas rastro de arrugas, dado que el amo de la casa rara vez era presa de emociones extremas. Su boca era risueña y sus pálidos ojos azules eran algo protuberantes, lo que le confería una expresión de perpetua sorpresa.

Pero sólo un tonto podría subestimar al amo, un hombre formado en las tradiciones guerreras tal como testimoniaban los potentes músculos de su cuerpo. Habiendo cumplido con sus deberes en las fortalezas del norte, éste disfrutaba ahora de sus extensas tierras, su ganado cebado, sus yuntas de bueyes y la paz de su edad madura. Sin embargo, si algún peligro amenazase a su familia, como un viejo guerrero, el noble Antor se alzaría para luchar con implacable júbilo.

Antor, su mujer, Livinia, su hijo Keu y tres desconocidos se encontraban reclinados a la romana sobre los triclinios tallados, alrededor de una mesa baja repleta de exquisiteces: anguila en gelatina, cabeza de jabalí presentada elegantemente con avena cocida, una pierna de venado cortada en rodajas, vegetales salteados y unos bígaros que nadaban en salsas exóticas; todo desplegado y al alcance de los convidados.

El salón comedor era bastante amplio, propio de la honorabilidad de la antigua familia de Livinia, y se abría directamente al atrio, donde bajo una pálida luna, un chorro de agua salpicaba y bailaba desde una fantasiosa estatua de bronce de un pez monstruoso. Aceites de suave perfume ardían brillantes en exóticos cuencos de cristal, y las mejores antorchas colgaban de las paredes sobre soportes de pesado hierro sin que ninguna mancha de hollín ennegreciese el bonito fresco que representaba una alameda de olivos. Antor podía ser un celta bastardo, pero había desposado a la última hija de una antigua familia romana y había tomado el nombre de Poppinidii como su apellido. En la cercana ciudad de Aquae Sulis[1] era considerado un hombre de notable ingenio… y de extraordinaria suerte.

—Sí, padre —replicó indiferente el muchacho mientras se inclinaba formalmente ante cada uno de los convidados, incluso ante el odiado Keu.

Salió en busca del mayordomo de la villa, un esclavo griego llamado Cletus y se hizo con varias jarras grandes del vino melifluo de las Galias y del vino limpio y seco de las vendimias de España. Antor era un famoso experto en vinos y la tarea del muchacho consistía en asegurar que en todo momento, las copas de los visitantes se conservasen llenas a rebosar.

El muchacho era también proclive a volverse invisible y mientras la cena avanzaba, su presencia fue prontamente olvidada.

—¿Qué noticias traéis del este, Myrddion? —preguntó Antor con no poco interés.

—Los lobos provenientes del mar angosto vienen casi todas las primaveras a saquearnos —contestó el hombre de rostro delgado—. Afortunadamente los bárbaros no se aventuran hacia el interior, pero temo que algún día lleguen con sus mujeres y sus críos, y se establezcan definitivamente.

—Entonces morirán aquí —apuntó Keu con una voz cansina, con la que creía demostrar su afectación.

—Quizás —respondió vagamente el hombre llamado Myrddion.

—Venga Myrddion, ¿qué pueden significar unos pocos salvajes para nosotros? Londinium[2], Eburacum[3] y Camulodunum[4] están bien fortificadas y las legiones nativas bien entrenadas. Aplastaremos a cualquier salvaje desnudo como si fuesen cucarachas —decía Antor mientras que con su elegante cuchillo cortaba una tajada de venado.

Otro extranjero, que destacaba por las largas trenzas castañas que colgaban a ambos lados de su frente, dominó su risa adusta.

—No creo que se haya dicho nada divertido, Luka —replicó Antor y su cara se ruborizó bajo los pocos cabellos castaños que le quedaban.

—Perdonad, amigo —contestó Luka—. No quería ofender…, pero estos pequeños juguetes… —se detuvo haciendo girar entre sus cuidadas manos el cuchillo con el que comía—, no son nada comparados con las hachas de guerra de los bárbaros. Sus espadas son casi de vuestra altura… y también son de hierro, hermano.

Keu empezó a hablar, pero Livinia lo atajó enarcando sus delgadas cejas imperiales.

—No hubo ofensa, Luka. Yo serví con vuestro padre en el Muro de Adriano y compartimos la misma nodriza durante algún tiempo en Lavatrae[5]. Ambos nos hicimos mayores escuchando las horribles historias de Boudica, reina de los Icenos y de su cuasi victoria cuando se rebeló contra Roma. Pero esa perra manchada con sangre era de los nuestros, de costumbres civilizadas a su manera y no como esos ignorantes ladrones de cerdos sajones, o los perros de Jutlandia que vienen a robarnos el grano para alimentar sus sucios cachorros.

—Luka sólo quiere que tengamos en cuenta las advertencias, Antor —intervino Myrddion calmando los ánimos. Aunque su expresión, a los ojos de Artorex, no demostraba preocupación—. Estamos avisados y somos fuertes, pero también complacientes; estamos demasiado relajados.

—Roma es dueña del mundo entero, incluyendo Britania —cortó Keu con excitación.

Antor lanzó una rápida mirada de desaprobación a su único hijo de sangre.

—¿Pero vendría el poder de Roma en nuestro auxilio si fuésemos atacados? Yo creo que nos dejarían a nuestra suerte —replicó Luka con una voz repentinamente

intensa que daba peso a sus palabras.

—Uter Pandragón todavía mantiene bajo sus botas el sur y el oeste de nuestro país —contestó Myrddion—. Pero se está haciendo viejo y temeroso. ¡Que Dios ampare al oeste si Uter cae!

Keu y Antor resoplaron al unísono. No tenían una opinión demasiado halagüeña sobre el alto soberano que mantenía su poder sobre las tribus mediante tratados conseguidos a base de derramar mucha sangre durante su belicosa juventud.

—No podemos dejar de tener en cuenta a Uter Pandragón —agregó Luka.

—Y vuestra villa se mantiene a salvo gracias a la protección de su gobierno —recordó Myrddion a Antor.

—Villa Poppinidii está protegida porque está en mis manos —replicó Antor con el semblante enrojecido.

—Y también muy bien aprovisionada —lo tranquilizó Luka—. Debo admitir que durante mis muchas semanas de viaje suspiré por una cama como ésta.

Ya apaciguado, Antor dejó que la conversación virase hacia aguas menos agitadas, hablando de la moda y del comercio en el sur. Lady Livinia estaba especialmente ávida de noticias de las civilizadas Galias y logró dominar la conversación durante algún tiempo, principalmente gracias a la pureza de su estirpe.

Los tres viajeros reconocían la superioridad de las cualidades de Livinia mostrándole especial deferencia. Era pequeña, incluso para una matrona romana, pero su postura era tan erguida y hierática que pocos visitantes percibían sus formas diminutas. Como todas las gentiles tiranas domésticas, estaba dotada de gran encanto e inteligencia, lo que la hacía una anfitriona distinguida. Con gracia, se aseguró de que Myrddion Merlín y sus amigos no encontrasen nada en falta en la hospitalidad de la casa.

El muchacho llenó las copas doradas con el vino de las jarras y escuchó las palabras de los invitados desplegando todos sus sentidos.

El tercer visitante, un hombre de tez oscura, se mantuvo en silencio durante toda la conversación a la que parecía permanecer totalmente ajeno.

Llanwith vertió agua en su copa, habiendo rechazado la jarra de vino brindada por Artorex, mediante un gesto de sus grandes manos adornadas de anillos. Sus expectantes ojos negros miraban con resolución, incluso cuando los otros huéspedes hablaban de cosas de mujeres, como si la Villa Poppinidii guardase las respuestas a los secretos que todavía tendría que descubrir mientras mantenía un cuidadoso sigilo.

El joven sintió que los músculos de su estómago se encogían nerviosamente cada vez que el hombre de rostro oscuro lo observaba con detenimiento, al otro lado de los suculentos platos y de las deliciosas salsas. Los ojos oscuros forzaban a los grises claros a encontrarse y analizarse.

Cuando se sirvieron los postres endulzados con miel y los hombres se relajaron convenientemente con los filos de sus discrepancias atenuados por la suculenta comida y los excelentes vinos, el silencioso forastero decidió hablar.

—¿Quién es el muchacho? —preguntó con una voz que tronaba de su robusto pecho. Era una voz de mando que exigía respuesta.

—Es mi hijo adoptivo —respondió Antor algo somnoliento. La villa se regía por el horario del campo y la clepsidra señalaba que ya era tarde.

El zagal casi vuelca la jarra de vino español por la sorpresa al sentir todos los ojos dirigidos hacia él.

—¿Cómo se llama, amigo Antor? —Artorex, su nombre es Artorex.

—Pero lo llamamos *Zote* —agregó Keu con una risilla de borracho.

—Lleva un nombre muy noble. Poneos de pie bajo el candelabro de la pared, joven Artorex, donde pueda veros claramente.

—Es un buen chico —masculló Antor—. Pero no es una daga afilada, Llanwith pen Bryn, si entendéis lo que quiero decir.

Llanwith hijo de Bryn, se dijo el muchacho a sí mismo mientras se encaminaba hacia donde le había indicado el forastero. No os olvidaré fácilmente.

—Es un joven alto. ¿Cuántos años tiene?

—Doce… creo —respondió Antor descuidadamente—. Sí, probablemente será fuerte y corpulento, ¿pero por qué estáis tan interesado en el chico?

Myrddion Merlín sonrió enigmáticamente y señaló con una mano negligente hacia Artorex.

—El obispo Lucius quiere saber cómo va creciendo el niño. Esperaba que cuidaseis de su educación y suponíamos que ya sabría leer. Simplemente estamos completando lo empezado cuando os entregamos al bebé… ¿hace cuántos años ya?

—¡Han pasado muchos años, mi viejo amigo, demasiados años! —Antor se disponía a ponerse sentimental, pero Llanwith todavía contemplaba a Artorex como si ellos dos fuesen las únicas personas en todo el *triclinium*.

—Hablad por vos mismo, joven Artorex —le instó Llanwith—. ¿Sois fuerte?

—Sí, señor, soy bastante fuerte —replicó el muchacho con franqueza. El forastero ignoró el descaro del joven, aunque Antor frunció el ceño mirando en su dirección.

—¿Sois rápido, Artorex? —continuó el forastero—, los jóvenes fuertes no suelen ser rápidos.

Keu se rió tontamente.

El muchacho sintió que se ruborizaba. Irguió su espalda y alzó su mentón.

—Bastante rápido, señor.

La estrecha daga que Llanwith usaba para comer voló desde su ancha mano trazando una límpida parábola a través de la luz y dirigiéndose directamente al corazón de Artorex.

Sin mover una pestaña, el muchacho observó el arco que recorría el cuchillo en su dirección e instintivamente se apartó hacia un lado, desviando la cuchilla con un golpe de antebrazo. La daga rebotó ruidosamente en el suelo, donde quedó tirada como un plateado reptil unido al deslucido dragón de su empuñadura.

—Sí señor, sois bastante rápido —exclamó Llanwith riéndose, mientras el joven

recogía la daga y se la entregaba con la empuñadura hacia delante—. Estáis sangrando, zagal.

—Es sólo un rasguño, señor, no es nada —el rostro del joven era tan inescrutable como la anodina expresión de Llanwith pen Bryn.

Mientras tanto, el resto de los presentes permanecieron mudos.

—Son modales muy extraños para la cena por parte de un honorable convidado, señor mío —le reprendió Livinia—. Si la conversación va a ser tan sorprendente, os dejaré y me retiraré a la cama. Aquí mantenemos el horario del campo, mis buenos señores, y mañana debo supervisar el blanqueo de la lana. Venid, Keu, a vos también os aprovechará el sueño.

—Os pido perdón por la falta de modales de mi amigo —replicó Myrddion diplomáticamente.

Lanwith pen Bryn no se dio por aludido ni tampoco se disculpó, simplemente inclinó dignamente la cabeza hacia la madre y su hijo.

Al retirarse, Livinia y el hosco Keu cruzaron la habitación con un arrastrar de sandalias por los mosaicos del suelo. Antes de salir, la mujer se detuvo un instante ante la puerta.

—No retengáis al muchacho hasta muy tarde, Antor. Lo quiero apto para el trabajo de mañana.

Antor asintió con un gruñido.

El silencio volvió a reinar en cuanto la mujer y su hijo salieron.

Artorex se arrastró torpemente. No sabía muy bien cómo tratar a los visitantes y decidió colocarse bajo el candelabro de la pared.

—Ahora sabemos que el muchacho es fuerte y rápido —dijo Luka distraídamente a Antor—. ¿Pero sabe leer? ¿Está recibiendo alguna educación?

—Amigos ¿por qué tanto interés por Artorex? Acogí al muchacho en mi hogar para hacer un favor a Lucius de Glastonbury cuando era un niño recién nacido. El clérigo nunca me preguntó, ni mostró el más mínimo interés por él desde entonces.

—Ya conozco esa historia, amigo Antor —dijo Myrddion—. Pero necesito saber si el muchacho sabe leer.

—Bueno, sí, lee tan bien como se puede suponer —refunfuñó Antor con malhumor. No estaba acostumbrado a esos interrogatorios censores en su propio hogar.

—¿Podríamos tener una demostración de sus habilidades, amigo mío? —preguntó Luka con una sonrisa conciliadora.

El muchacho estaba totalmente perplejo por la conversación que se desarrollaba en torno a él; era consciente de que lo estaban poniendo a prueba, pero ¿por qué? Sólo era Zote, no valía mucho más que un buen galgo. Cuando llegase el momento podría ser considerado digno de ser un mayordomo como Cletus, ¿pero por qué diantres habría de importarle a estos importantes personajes su fuerza, su velocidad o su inteligencia?

—Traedme un pergamino de mi equipaje, Artorex —le ordenó Llanwith dirigiéndole apenas una breve mirada.

El muchacho permaneció quieto, dudando qué responder o dónde encontrar lo que le pedía.

Antor, con un gruñido, le señaló con la mano hacia donde debía dirigirse para cumplir el encargo.

El zagal salió corriendo de la sala en busca de Cletus, que se encargaba de todos los asuntos domésticos. Salió ágil y veloz, como escapando de un lugar que súbitamente se le antojaba peligroso.

Obviamente, Cletus estaba atento a las órdenes de su amo y ya había enviado a un esclavo de la cocina hasta las dependencias de los invitados, en el ala oeste de la villa, para recoger el pergamino.

El mayordomo no dirigió ni una palabra al joven, pero lo fulminó con una mirada desconfiada.

El manuscrito, encerrado en una delicada caja de cuero, fue rápidamente entregado a Artorex.

—Obedeced a vuestros amos, chico —le susurró Cletus y el hijo adoptivo de Antor regresó discretamente al comedor donde los visitantes estaban hablando nuevamente sobre la situación en oriente.

—Señor —Artorex le ofreció el manuscrito a Llanwith pen Bryn.

—Leed para nosotros, joven Artorex, para entretenernos —el forastero ni se dignó dirigirle la mirada.

Artorex manoseó torpemente los lazos, más torpe que de costumbre por lo nervioso que estaba. Finalmente logró abrir el manuscrito y entonces pudo ver la destacada escritura en latín que se desplegaba sobre el fino pergamino. Inmediatamente fue presa del pánico, ya que el texto le resultó totalmente desconocido.

—Leed —repitió Llanwith, con los ojos puestos en un huevo relleno que sostenía en la punta de su cuchillo.

Titubeando, Artorex empezó a leer lo que estaba escrito en un latín que no le resultaba nada familiar, yendo cada vez más rápido a medida que iba reconociendo las palabras. Había oído hablar de los comentarios del gran César sobre la guerra de las Galias, pero nunca se había imaginado que un día tendría una copia entre sus manos.

—Quiero que leáis el pergamino y lo traduzcáis a la lengua usual —le ordenó Llanwith.

El muchacho obedeció aunque el corazón se le salía del pecho.

A pesar de la confusión y el miedo, Artorex se vio atrapado en la espontánea y directa descripción de la campaña del gran Julio César.

—¡Suficiente! —Exclamó Llanwith—. ¿Qué os parece, Myrddion? Vos sois el más estudioso de todos nosotros. ¿Lee bien el chico?

Antor miraba al muchacho con total sorpresa y asombro; nunca se había imaginado que su hijastro fuese capaz de tal cosa.

—Sorprendentemente bien —replicó Myrddion—. Hay que felicitaros, amigo Antor —dijo mientras se giraba para dar la cara al amo de la villa.

—No sé cómo, porque nunca le había oído leer tan bien —Antor podía ser un hombre rudo, pero también francamente honesto.

—¿Has leído las memorias del gran César? —preguntó Luka al joven.

—No, señor. Pero seguro que me gustaría leerlas —se las ingenió Artorex para contestar.

—Quédate con este pequeño regalo en pago por vuestra diligencia —expresó distraídamente Llanwith, como quitándole importancia—. Ahora dejad las jarras de vino e idos a la cama, siempre que vuestro amo os autorice a retiraros.

Antor, con ojos relucientes que denotaban preocupación, hizo una señal a Artorex.

Aferrando el precioso pergamino y apretándolo junto con su caja contra el pecho, Artorex se escabulló hacia la puerta y desapareció. Sin embargo, le picaba la curiosidad y no pudo evitar detenerse para escuchar lo que se hablaba al otro lado de la puerta. Aunque era consciente de la presencia del leal Cletus, no podía perderse el final de tan peculiar conversación.

—Amigo Antor, sé que hemos abusado de vuestra hospitalidad, pero debéis creerme si os digo que esto no habría sido así de no mediar poderosas razones —habló Myrddion con la labia de un hombre del gobierno que quería transmitir la urgencia del tema.

—Tampoco podemos dar mayores explicaciones esta noche, Antor —prosiguió Luka en armoniosa continuidad—. Viejo amigo, se han puesto en marcha los mecanismos de grandes asuntos de Estado y vos y vuestra familia formáis parte de ello. Os guste o no.

—No entiendo ni una palabra de todo lo que decís —gruñó Antor a través de sus barbas.

—Debéis confiar en nosotros hasta que llegue el momento en que os podamos revelar más información sobre lo que va a ocurrir. Hace doce años, el buen Lucius de Glastonbury os envió un regalo y os pidió que cuidaseis de él, y habéis cumplido fielmente el encargo —añadió Llanwith con gravedad.

—Además —continuó Myrddion—, es posible que nuestros temores no lleguen a hacerse realidad y así podréis contar con un extraordinario mayordomo para que sirva a vuestra familia cuando no estéis en este mundo.

—Pero sería conveniente para todos nosotros si en este mismo momento diésemos por terminada la infancia de Artorex —afirmó Luka, a lo que sus compañeros asintieron con gesto unánime—. Mi viejo amigo, os pedimos que empecéis a enseñarle las habilidades propias de un guerrero, tal como nosotros las aprendimos de jóvenes. ¡Espada y escudo! ¡Caballo y fuego! ¡Dolor y valentía!

¿Estáis dispuesto a haceros cargo de esta tarea?

—Sí, pero…

—Y nunca más ningún miembro de vuestra casa deberá llamar *Zote* al muchacho —interrumpió Llanwith—. No sería de ninguna utilidad para nosotros si careciese de amor propio.

Antor captó el tono imperativo contenido en la voz de su invitado.

Cuando Artorex se disponía a abandonar su rincón de espía, vio que Cletus inclinaba la cabeza. Al girarse descubrió que Llanwith pen Bryn estaba apoyado en el marco de la puerta y lo observaba con sus profundos ojos negros.

—Aprended bien vuestras nuevas obligaciones, muchacho. Y recordad que aquellos que escuchan asuntos privados pueden enterarse alguna vez de algo que no hubiesen deseado saber —luego le sonrió abiertamente y regresó con sus amigos.

—Dice sabias palabras, joven amo —le susurró Cletus con temeroso respeto—. Podrían colgarnos a todos si fuera por ese demonio de ojos negros.

Artorex salió corriendo.

Una vez en su cubículo, trató de apartar de su mente los rostros de los tres forasteros. Nada había cambiado, era aún un hijo sin padre, con el mismo rango que cualquier esclavo de la casa y un ser sufriente, al que por tolerancia, sólo se le permitía dormir en la casa principal de la villa. Subsistía en la tierra de nadie de la vida romana, un hijo adoptado sin posición social.

Luego se agachó y acarició el pergamino guardado bajo su jergón y supo que su vida había cambiado para siempre.

CAPÍTULO II

LA ESPADA Y EL FUEGO

AUNQUE EL BRUSCO cambio de posición social de Artorex fue tema de conversación en la villa durante varias semanas, amos y sirvientes pronto se olvidaron de aquello y el estrecho mundo donde habitaba el muchacho en seguida volvió a su trivial rutina: la leña tenía que ser cortada en astillas para los fogones de la cocina, las malas hierbas tenían que ser continua y tediosamente arrancadas del huerto y los pájaros no cesaban de robar los nuevos frutos de los árboles, por lo que tenían que ser ahuyentados a certeras pedradas. Pero por encima de todo, la matrona Livinia cuidaba de que Artorex nunca estuviese ocioso.

Excepto por un detalle significativo.

Cada mañana, después de llevar agua hasta la cocina, almohazar los caballos y alimentar a los perros, se le había ordenado presentarse ante Targo.

Targo era un veterano de raza indeterminada y cosido a cicatrices, que había dedicado toda su vida al noble oficio de las armas. Bajo, estevado y de cabellos engañosamente canos, Targo había sido arrastrado por la marea hasta el puerto fluvial de Glevum en el fondo del estuario de Sabrina[6] y había convencido a Antor de que él podría ser la persona indicada para entrenar a su hijo en el arte de las armas y al mismo tiempo capitanear una pequeña tropa de hombres armados que ejercerían el doble papel de campesinos y de guardianes de la villa. El veterano se había casado con una viuda de la aldea vecina y era un hombre temido tanto por su carácter irascible cuando estaba borracho como por su rápida espada cuando estaba sobrio. Quién era y de dónde procedía era algo que todos, menos Antor, desconocían.

El muchacho no disfrutaba con esas horas matinales dedicadas a su entrenamiento con Targo. Después de que le entregaran una corta espada de madera y un escudo de paja, Artorex se veía obligado a aprender las posturas de lucha que practicaban las viejas legiones.

A pesar de su cuerpo entrado en años y de su corto alcance, Targo se las arreglaba para derrotar a Artorex empleando la hoja de su espada de forma decisiva un día sí y otro también, hasta que el muchacho, en su desesperación, empezó a considerar su entrenamiento como algo serio y a aprender los rudimentos de guardia, parada y a fondo.

Al principio estos sencillos ejercicios practicados en el patio eran una fuente de

jocosa diversión para los sirvientes de Villa Poppinidii. Cuando salían al campo o llevaban las vacas al establo para ordeñarlas, los granjeros se entretenían con el espectáculo brindado por el joven Artorex, torpe y frustrado, dando mandobles al aire con su espada de madera mientras Targo lo esquivaba mediante una especie de danza despreocupada. Hasta Keu se retrasaba al volver del establo para disfrutar del rostro encendido y sudoroso del muchacho tratando de evitar la reluciente hoja de Targo. Pero la rutina del espectáculo pronto perdió interés, por lo que maestro y discípulo fueron dejados en paz para poder seguir practicando las artes de cuchilla, lanza, escudo y daga.

Gradual y dolorosamente, Artorex descubrió que los ejercicios eran de naturaleza similar a las danzas populares y pronto fue cautivado por la gracia de la instrucción con las armas. Luego, cuando su mayor alcance empezó a darle algo de confianza, Targo cambió de reglas y otra vez el muchacho se encontró inmovilizado en el suelo o con las manos vacías y la espada del maestro firmemente asentada sobre su garganta.

—Recordadlo, muchacho, cualquier gañán puede coger una espada y aprender a blandirla. Sólo vivirá hasta que se encuentre frente a un enemigo que piense más rápido que él.

—¿Es así como os hicieron ese tajo en la nariz? —alcanzó a decir Artorex mientras jadeaba cuando Targo lo atacó desde un ángulo totalmente inesperado.

—Por supuesto, muchacho, o aprendes o pierdes la vida.

—Entonces, mejor empiezo a aprender —Artorex ahogó un grito cuando Targo le sacudió de lleno con toda la hoja de la espada, justo detrás de la rodilla derecha.

—Ahora quedaréis cojo de por vida. ¿Cómo os las arreglaréis para vivir? —preguntó el veterano y con un rápido movimiento enganchó el pie del muchacho y le hizo perder el equilibrio.

Artorex estrelló la mismísima rabadilla contra el suelo y con tal violencia que alcanzó a despertar la sensibilidad del viejo Targo, arrancándole una mueca.

—Hacéis trampas —se quejó el joven mientras dirigía su escudo de mimbre hacia la nariz de su contrincante en un movimiento que habría aplastado esa masa de cicatrices de haber alcanzado su objetivo.

Targo simplemente retrocedió un paso.

—Así está mejor. Recordad que hacer trampas es de sentido común. Sólo a un imbécil de corta vida se le ocurriría actuar con honor en el campo de batalla.

El instructor le impuso unos ejercicios de fortalecimiento muscular utilizando unos pequeños lingotes de plomo que fortificaban los músculos de su creciente complexión. Las pesas estaban fijadas a sus muñecas de tal manera que tareas sencillas, como recoger huevos o cosechar las últimas manzanas, se convirtieron en dolorosas experiencias.

Tampoco se le permitía luchar sólo con la mano derecha, ya que Targo solía cambiar la mano que empuñaba su espada y ocasionalmente instruía a su alumno

acerca de cómo blandir la espada con ambas manos. Artorex pronto aprendió la mortífera desventaja de pelear con un contrincante zurdo.

—Si tenéis un brazo herido, debéis arreglaros con el sano. ¡Ahora, levantad la espada!

Artorex sufrió numerosos moratones durante varias semanas más, hasta que aprendió a luchar con la mano izquierda. Para aumentar su fuerza, Targo inmovilizó su brazo derecho atándoselo al pecho. El chico fue víctima de innumerables cortes y cardenales mientras intentaba separar el suero colado del queso en la quesería e intentaba mantener el equilibrio cuando alimentaba a los excitados cerdos. Aprendió cómo balancear el peso de su cuerpo para mantenerse en pie, que era justamente lo que Targo buscaba.

El paso de los días se medía por la intensidad de sus cortes y leñazos, sus músculos dolientes y las tareas de campo asignadas con el objeto de fortalecer su espinazo. Su práctica favorita era la siega y, cada tarde, Artorex pasaba horas segando con su afilada hoz hasta que su espalda era un largo grito de dolor. Durante el largo otoño, le tocó desempeñar a toda prisa un sin número de trabajos en la casa y aunque Artorex soñaba con machacar a Targo hasta transformarlo en trocitos de carne irreconocibles, advertía que sus músculos, que unos meses antes eran como delgados cordones, ahora estaban empezando a endurecerse y engrosarse como abultadas sogas.

Mientras tanto, cumplió sus trece años sin que nadie se diese por enterado.

—¿Seré suficientemente fuerte algún día como para poder haceros frente?

—Por supuesto, si no, estamos perdiendo el tiempo. ¿Pero sois suficientemente veloz, chico?

—¡Mierda! —exclamó Artorex, mientras Targo volvía a desarmarlo.

Después, cuando ya empezaba a sentirse cómodo con la espada y el escudo, el maestro volvió a cambiar las reglas.

—Un buen combatiente sabe golpear con ambas manos, evaluar a su enemigo con precisión y predecir su próximo movimiento.

Artorex asintió, mientras Targo dibujaba una sonrisa endiablada que dejaba expuestos sus largos y pardos colmillos.

—Pero un combatiente excelente es ágil, rápido y sorprendente; elige el terreno en el que podría morir y luego transforma el peor asidero en una ventaja a su favor.

—Supongo que tiene su lógica —replicó Artorex tratando de interpretar las palabras del veterano y descubrir lo que la lección del día tenía que ver con un joven granjero que vivía en el campo.

—¿Queréis ser un combatiente excelente, Artorex? ¿O sólo bueno? —preguntó Targo sin lucir su habitual sonrisa sarcástica.

El muchacho notó que su maestro estaba siendo inusualmente sincero.

—Yo… este… excelente, supongo. Si no, no veo por qué todo este esfuerzo y, además yo… este… digamos que prometí…

¿Cómo podría explicarle a Targo el interrogatorio al que fue sometido por los tres forasteros, sus respuestas y los obvios ojos evaluadores que encerraban aquellas miradas?

Targo tuvo que levantar la cabeza para encontrar los ojos grises del aprendiz, porque el muchacho ya era varios centímetros más alto que su maestro.

—A medida que pasen los años os haréis un hombre alto, más que el común de los guerreros a los que os enfrentaréis en las batallas. Y seréis más fuerte y rápido que la mayoría. Mitra os ha dado el esqueleto y los reflejos de una fuerza bruta. Pero todo eso no vale nada.

—Entonces ¿tanto sudor para nada? —preguntó quejoso el muchacho y recibió de las manos callosas de Targo un pescozón en la oreja.

—Para empezar, muchacho, para empezar.

Artorex se sumió de forma natural en la pose familiar del sirviente que estaba siendo reprendido y fijó su mirada en sus pies polvorientos. Por esa actitud de mansedumbre recibió otra colleja.

—El mejor guerrero que jamás he conocido, era una mujer escita, que no me llegaba a los hombros.

Aunque luego se arrepintió, Artorex esbozó una sonrisa momentánea y se encontró con una oreja que estallaba de dolor como resultado de un golpe francamente traicionero.

—Podéis reíros, pero casi me corta el cuello —dijo Targo mientras mostraba una larga cicatriz que comenzaba en un lado del cuello y se perdía bajo su túnica—. Si ella no hubiese resbalado en la charca de mi propia sangre, habría sido pasto de los gusanos antes de cumplir los veinte. Yo era muy bueno, ¿sabéis? Minusvaloré su agilidad. Pasaron varios meses antes de que mis heridas se curaran.

—¿Y qué pasó con la mujer? —preguntó el muchacho preocupado. Intentaba en vano imaginarse a una mujer guerrera más diestra que Targo.

—Le abrí la panza en dos mientras caía. ¡Maldita sea! Pero, menuda mujer —recordó Targo. Artorex vio una sonrisa de orgullo que permaneció sólo un instante en la cara del viejo.

—¿Cuál era su ventaja? —preguntó.

—Buena pregunta, chico.

—¡Auh! —chilló cuando Targo volvió a sacudirle—. ¿Y ahora por qué?

—Un poco de dolor ahora os dejará mi error grabado en vuestra mente para siempre, cuando penséis que ya tenéis un enemigo a vuestra merced. Yo la subestimé y vos podríais no tener una segunda oportunidad, como la tuve yo.

Mientras hablaba, escudriñaba el patio hasta que sus ojos se detuvieron ante una valla tosca de metro y medio de altura que delimitaba el picadero.

—¡Ahora una prueba! Tendréis que saltar al otro lado de esa valla, ahora mismo, lo más rápido posible. ¡Os va la vida en ello!

El muchacho vio que la empalizada era demasiado alta para ser franqueada de un

salto y que si trepaba por ella se pondría en ridículo.

—¡Ya es tarde! ¡Estáis muerto! Os ha cogido el enemigo.

Targo le hizo una zancadilla y Artorex cayó cuan largo era, dando con sus huesos en la hierba.

—¡Pero para poder trepar por la valla habría tenido que usar la mano que empuña la espada y estaría muerto de todas maneras!

—Vuestra primera misión era pasar al otro lado de la cerca de una sola pieza —silbó Targo entre los huecos de su vieja dentadura mientras se alejaba—. Y nunca más dejéis caer la espada. Si volvéis a hacerlo os daré tres azotes.

—¡Mierda! —exclamó el muchacho casi sin aliento. De repente, un burdo cerco de postes y travesaños parecía más inexpugnable que los muros de un castillo.

Artorex pensó febrilmente.

Se arrimó a la cerca, la estudió desde distintos ángulos y observó que los travesaños horizontales de madera parecían suficientemente imponentes como para parar un caballo, pero podrían desmoronarse bajo el peso de su cuerpo. Los caballos consideraban la valla una estructura sólida, por lo que se dejaba que los travesaños se pudriesen y rajasen.

—Deprisa, muchacho, el sol se mueve y estoy demasiado cansado como para ponerme a buscar una nueva sombra —Targo estaba cómodamente tendido bajo la sombra de un joven aliso.

La clave está en los postes, pensó Artorex con desesperación. ¿Pero cómo aprovecharlos?

La respuesta le vino de repente y decidió cargar contra uno de los postes de la valla antes de perder los nervios.

La mano izquierda de Artorex golpeó la punta del poste con un sonido seco y se impulsó hacia arriba. Desgraciadamente no alcanzó a elevar los pies tanto como había calculado, por lo que estos golpearon sobre el travesaño y dando una voltereta descontrolada, cayó al otro lado de la valla. Aterrizó limpiamente sobre sus espaldas con tal fuerza que le vibraron los dientes. A pesar de todo, su desarrollado instinto le permitió conservar la espada firmemente aferrada a su mano derecha.

Targo se rió y se incorporó con más destreza de la que acababa de demostrar su joven discípulo.

—Muchacho, estáis muerto otra vez, pero ahora tenéis una idea de por dónde debéis mejorar. Quiero que practiquéis el salto hasta que lleguéis a perfeccionarlo. Dejaréis la siega por hoy, dedicaos a esto. Consideradlo como un festivo.

Antes de la cena, Artorex ya detestaba aquella valla. A medida que transcurría el día, se iba dando cuenta de que a menos que izase todo su cuerpo hasta ponerlo paralelo a la traviesa, seguiría aterrizando sobre su espalda o sobre cualquier otra preciada parte de su cuerpo.

Targo abandonó la escena con inusual buen humor, dejándolo a cargo de la valla, mientras que el joven sentía que nunca más doblaría su brazo izquierdo.

Oscurecía cuando finalmente Artorex encontró la solución.

Percibió que debía cambiar la espada de mano para poder completar el salto limpiamente. Si cambiaba la espada a su mano izquierda mientras corría hacia el cercado, podría utilizar su brazo derecho, lo que le daría más fuerza en el impulso, podría levantar más los pies, caer pulcramente del otro lado y volver a cambiar la espada de mano durante la caída.

Lo pudo demostrar tres veces consecutivas, a pesar de tener el cuerpo dolorido por todos los costados.

—¡Excelente trabajo, zagal! Aunque mejor diríamos regular —se rió Targo, apareciendo entre las sombras que se alargaban—. Mañana os entrenaréis en vuestras técnicas hasta aprender a usar ambas manos.

Durante los largos meses de aprendizaje, Artorex descubrió también el placer de un buen baño romano. Las aguas minerales suavizaban los constantes dolores de sus cardenales y la ocasional rotura de un dedo de la mano o del pie, mientras los aceites relajaban los músculos tensos de los hombros, los muslos y las pantorrillas. Hasta el vapor que emanaba del *calidarium* aplacaba los nervios y tendones maltratados que ya no se estiraban tan fácilmente a medida que su cuerpo crecía. En su rutina diaria, la obligada higiene de otrora se había transformado ahora en algo imprescindible.

Tanto amos como sirvientes percibieron los cambios en los hábitos del joven, lo que les brindaba numerosas ocasiones para hacerle burlas cariñosas.

—Si el muchacho aguanta —decía Antor en broma mientras Artorex se acercaba cojeando para escanciar la copa de vino preferida de su amo—, al menos Targo habrá sido capaz de dejarlo bien limpio.

Las manos del joven temblaban de agotamiento y apenas podía sostener la jarra de vino. Antor cogió la vasija de los dedos temblorosos del muchacho y la reemplazó por una fuente de cerámica rellena de conejo, legumbres y cebada cocida. Artorex esbozó una breve sonrisa de gratitud y sirvió la comida habitual a la señora de la casa.

—Si es que Zote vive para entonces —afirmó Keu sin dirigirse a nadie en particular desde el triclinio, colocado al lado del de su padre.

Al mismo tiempo, ambos, Antor y Livinia miraron a su hijo con ojos cargados de reproches.

—He jurado que el nombre que acabáis de pronunciar no volvería a ser usado en esta casa —protestó Antor—. ¡Mis deseos son órdenes!

—Estoy de acuerdo con vuestro padre —amonestó Livinia a Keu—. No debéis ser grosero, hijo mío, ya que Artorex se ha ganado un grado de respeto con el esfuerzo que realiza. Y debo agregar que no se queja ni tampoco gime, sino que trata de comportarse como un verdadero guerrero romano.

Dio una cariñosa palmada sobre la mano de Artorex mientras le servía una pequeña ración del cocido. Su tacto era afectuoso y cariñoso y los ojos del muchacho rebosaron de gratitud.

—Comed, Artorex. Esta buena comida os saciará y devolverá el color a vuestra

cara —le ordenó Livinia mientras le servía un cuenco del cocido con sus propias manos.

La verdad era que Keu estaba más molesto por la reprimenda de su madre que porque sintiese alguna obligación hacia las promesas de su padre. Frunció el ceño y quiso protestar, pero Livinia lo paralizó con su profunda y oscura mirada y se hundió en un hosco silencio.

Antor volvió a dirigir su atención a Artorex.

—Juro que vuestras piernas crecen más largas que las de un bárbaro —murmuró —. Seréis de mucho valor para mí, muchacho, si continuáis con vuestro entrenamiento. Sí, de un valor considerable.

Artorex se ruborizó intensamente, no estaba acostumbrado a palabras tan elogiosas por parte de su padre adoptivo.

Y así aprendió.

En cuanto lograba superar un obstáculo, Targo inventaba otro para fortalecer y espolear su mente. Le preparó ejercicios de caídas de las que debía levantarse en posición de ataque, usando la mano o el arma que el maestro hubiese dispuesto ese día. Durante otra mañana Artorex debía permanecer cabeza abajo, apoyado sobre sus manos y con un cuchillo entre los dientes, por alguna poderosa razón que el muchacho no alcanzaba a entender.

Más tarde, el veterano lo obligó a vadear un río que corría entre los campos de poniente. Artorex casi se ahoga en una profunda poza, lo que aplacó a Targo, que entonces decidió enseñarle los rudimentos de la natación. Después aprendería a nadar con una mano, manteniendo seca la espada. Durante el tiempo ocioso entre las prácticas, el discípulo aprendía a cuidar y mantener sus armas, engrasarlas contra la herrumbre y darles filo con una piedra de afilar.

Artorex casi deseaba que le hubiesen dejado su espada de madera original.

Al día siguiente de cumplir sus catorce años, dos de los ilustres viajeros de aquella noche retornaron a Villa Poppinidii a mediodía y un instante después le ordenaron que se presentase en el campo de ejercicios.

Luka hablaba distraídamente con Targo, que se mostraba desacostumbradamente humilde frente a él. Artorex vio cómo el ronco y viejo guerrero inclinaba la cabeza escuchando a su interlocutor con profundo respeto.

A medida que se aproximaba, ambos se volvieron hacia él con miradas escudriñadoras.

Luka se vio obligado a levantar levemente la vista para encontrar la mirada de un sumiso Artorex, mientras sus ojos precisos e insondables calculaban cada uno de los cambios sufridos en el cuerpo del muchacho.

—Ha crecido desde la última vez.

—Como las malas hierbas —asintió Targo.

—¿Os sentís más fuerte ahora, muchacho? —preguntó Luka.

—Bastante fuerte, señor —volvió a contestar Artorex de la misma forma que lo

hiciera en la extraña noche que cambió su suerte.

—¿Sois más rápido ahora, muchacho?

—Bastante rápido, señor.

—Bien, entonces veamos.

Luka se sacó su túnica y se quedó a pecho descubierto con sus pantalones de cuero de montar y sus botas blandas. Tiró de su espada corta, que emitió un ligero siseo amenazador al salir de su vaina, tan claro como la advertencia de una víbora del pantano.

Artorex portaba su espada, pero ninguno de los dos llevaba escudo.

Debe de estar muy seguro, pensó el muchacho mientras se concentraba en mantener fija la mirada en los ojos del forastero. Pero no me atrevo a herirlo, aunque seguramente él no alcanza a imaginar que yo pueda llegar a tal cosa.

Luka se colocó en posición de lucha.

Sin más dilación, Artorex se movió lateralmente en actitud defensiva, girando hasta que el sol poniente dio sobre los ojos de Luka y no en los suyos.

—Muy bien —murmuró Luka entre dientes e inmediatamente lo atacó. El joven se percató de que su oponente iba muy en serio. Un resbalón y sería fileteado como un pescado.

El muchacho paró el golpe y se movió buscando algún ángulo débil en las habilidades guerreras de Luka. Targo lo había aleccionado sobre la certeza de que todo luchador tiene su punto flaco y que, una vez descubierto ese fallo, se obtenía una buena ventaja frente al oponente.

Artorex cambió la espada de mano e invirtió la dirección, dando cuidadosas estocadas mientras cambiaba hacia una nueva disposición de ataque.

—Muy bien —Luka también cambió de mano. «No hay derecho, —pensó Artorex—, es mayor que yo y más fuerte; además sabe que no puedo devolverle su ataque.»

Entonces la voz de Targo resonó en su cabeza: «¡No hay nada justo en un combate! ¡La vida es injusta! ¡Encuentra cómo sacar ventaja o estás muerto!».

De repente, lo vio claro y las posibles consecuencias de un fracaso borraron las demás imágenes que se atropellaban en su mente. «Este campo de combate es todo lo que existe. Este hombre y su arma es todo lo que hay. Es mi enemigo y debe ser derrotado. ¡Sea como sea!»

Así de fácil llega el final de la infancia.

Al tiempo que esta fría certeza dominaba su mente por encima de cualquier otro pensamiento, Artorex no paraba de moverse, amoldando sus pies a las irregularidades del terreno que pisaba. Un mandoble especialmente perverso de su adversario podría haberle arrancado el brazo si no hubiese evitado el lance mediante una voltereta en el aire que lo puso de pie prácticamente detrás de Luka.

Casi… pero no del todo.

El sudor hacía brillar el torso de Luka y Artorex se dio cuenta de que también su

piel estaría resbaladiza y húmeda.

Los minutos transcurrían eternamente lentos mientras los dos combatientes se estudiaban y tanteaban, ambos agotados y con respiración jadeante.

Artorex no apartaba la mirada del rostro de su oponente.

De repente, descubrió su punto débil. Luka mostraba en sus ojos una ínfima fracción del avance planeado y su mano libre se movía rápidamente en la dirección contraria al movimiento de avance que intentaría.

¡Ahí estaba! Otra vez le revelaba la dirección de su próximo ataque.

Ahora es el momento de agotarlo, se ordenó Artorex a sí mismo, mientras intentaba controlar los latidos de su corazón desbocado, aunque en verdad se sentía casi exhausto. Tengo las ventajas de mi altura, mi fuerza y mi velocidad, razonó; debo cansarlo hasta que cometa un error.

Y entonces, sorpresivamente, Luka bajó la espada.

—Es cierto, muchacho —dijo jadeando—. Tenéis bastante fuerza y rapidez.

Le dio la espalda y se dirigió tranquilamente hacia Targo. El joven, todavía en posición de lucha, se sintió aturdido y ridículo.

Luka dio una palmada sobre el hombro del veterano.

—Será bueno, maldita sea. Debo felicitaros.

—Os garantizo que es un alumno bastante bueno —replicó Targo satisfecho consigo mismo.

Artorex se sacudió la cabeza como para despejarse de tanto esfuerzo de concentración y luego envainó su espada con un fuerte golpe.

—Sus ojos no expresaban nada, Targo, ni una maldita señal —dijo Luka entre dientes—. Creo que descubrió mi punto débil y no tengo vergüenza en admitirlo.

—Tenéis razón señor —murmuró el maestro—, creo que habría aguantado vuestro ataque durante un buen rato.

—Muy bien. Y ahora creo que unos viejos soldados como nosotros merecemos un buen trago de vino. Una vez que ambos se alejaron amigablemente, Artorex se encontró solo en el terreno de ejercicios.

—¿Esto es todo? —preguntó dirigiéndose al sol poniente—. ¿Casi tres años trabajando para esto?

Pero la prueba que acababa de superar no era todo.

La fiesta transcurrió como siempre que se festejaba algo en Villa Poppinidii. Un cargamento de pescado fresco acababa de llegar y la señora había ordenado que las mejores corvinas se rellenasen con sabrosas setas y una mezcla de hierbas aromáticas, pan y castañas para el banquete. Por encima de cualquier otro pensamiento, la boca de Artorex se hacía agua ante el aroma de suculentos lechones asados y venados glaseados en miel y cubiertos con salsas tan exóticas y elaboradas que el cocinero de la villa habría arremetido contra cualquiera que se hubiese atrevido a interrumpir sus denodados esmeros culinarios.

Las sirvientas se esforzaban transportando las pesadas bandejas y Artorex las

imitaba en su afán, asegurándose de que las lámparas de aceite y los candelabros de pared estuviesen perfectos. Como siempre, organizaba y escanciaba el vino y se mostraba mucho más diestro que la primera vez que conoció a Myrddion Merlín y a Luka. Como solía hacer, el muchacho intentaba ser invisible, pero no le quedaba más remedio que escuchar lo que abiertamente se hablaba de él en su presencia, como si fuera un fantasma.

—Amigo Antor, sois merecedor de nuestra enhorabuena y de nuestro agradecimiento por haber hecho crecer a vuestro hijo adoptivo, tanto en altura como en su valor de guerrero —se pronunció Luka sonriendo hacia su anfitrión—. Tenemos plena conciencia de lo cara que ha resultado la formación del muchacho, Antor —continuó Luka persignándose irónico porque, como muchos celtas, era un defensor de boquilla de distintos dioses—. El buen Lucius os ha enviado una bolsa de monedas para recompensaros por el esfuerzo que habéis realizado en su nombre.

Entonces, Myrddion se dirigió a Livinia.

—Nuestro amigo Llanwith pen Bryn es perfectamente consciente de su rudeza y de su falta de galantería hacia vos, mi señora —agregó—. Y os envía un regalo como ofrenda de paz entre vosotros.

Tanto Livinia como Antor recibieron perplejos los regalos.

Cuando el ama de la villa abrió el envoltorio de pergaminos impermeables, apareció un par de zarcillos de extravagantes perlas que tenían un extraordinario brillo. Los tornillos de oro diseñados para ajustarse a las orejas de Livinia hicieron estremecer a Artorex cuando distinguió el grueso espesor de los engarces de metal precioso.

Las mujeres son criaturas muy extrañas, dispuestas a soportar cualquier sufrimiento para sentirse bellas, pensó mientras contemplaba el rostro exultante de alegría de Livinia ante su regalo. Luego volvió a envolverlos en los pergaminos, que escondieron las refulgentes perlas, exhalando un suspiro de pena.

—No puedo aceptar semejante regalo, Myrddion Merlín. Yo he cumplido con mi deber hacia mi esposo y mi familia; la cortesía hacia mis huéspedes no merece tales recompensas.

Myrddion negó con un gesto elegante de su mano como para despejar sus escrúpulos.

—Pen Bryn pensó que os negaríais a aceptar su regalo usando ese argumento, por lo que me pidió que os trasmitiese su agradecimiento por vuestros futuros esfuerzos en pulir las habilidades sociales del joven. Tenemos grandes planes para él, por lo que no sólo deberá ser una máquina de guerra, sino también aprender la destreza de la cortesía, de la paciencia y de la nobleza. Mi amigo os pide que aceptéis estos modestos presentes como una pequeña recompensa por los esfuerzos que vais a hacer para inculcar tales cualidades en vuestro joven protegido.

Lady Livinia inclinó su cabeza en señal de aceptación y Artorex sintió una intensa tristeza en su interior.

Su ama pasaba la mayor parte del día dedicada a la cómoda tarea de controlar su casa y a tejer delicados paños en su telar, mientras que él ya no podría disfrutar de su libertad al quedar confinado en la villa a su continua y total disposición durante los meses de invierno. Cualquier posibilidad de entretenimiento cuando un manto de nieve cubriera la villa desaparecía ante la alegría que se reflejaba en los ojos de Lady Livinia.

Antor expresó su gratitud por el honor concedido a su familia.

—Os pido que agradezcáis a Lucius y Lord pen Bryn por la consideración que han demostrado hacia nuestra casa, no sólo por los preciados regalos, sino porque nos habéis brindado lo que nunca habíamos anticipado: un brazo potente para proteger Villa Poppinidii y mantenerla a salvo si alguna vez se alzasen manos violentas contra nosotros —con la edad Antor había descubierto que él también era capaz de hablar con gracia, especialmente cuando se sentía seguro en su terreno.

—Por supuesto, el muchacho todavía necesita… ser pulido —agregó Luka.

—Por supuesto —confirmó Antor con cierta cautela.

—Creemos que el manejo del caballo es algo vital para la formación completa de un guerrero, especialmente considerando que los bárbaros siempre se desplazan a pie.

Artorex jadeaba.

—Este… sí, entiendo vuestro argumento —acordó Antor con una notable confusión que se reflejada en su cara rubicunda.

—¡Pero Artorex no es un caballero! —protestó Keu.

Todas las miradas, excepto la de Artorex, se dirigieron hacia el hijo de Antor.

—Joven, ¿habría enviado el buen Lucius, sacerdote de Cristo en la santa Glastonbury, un esclavo para ser educado por un hombre de la valía de vuestro padre?

Las palabras de Myrddion cortaban mucho más profundamente que lo que habría cortado la espada de Luka. De un tajo cercenó todo el joven orgullo de Keu. Se sonrojó inapropiadamente y se dispuso a hablar, pero al mismo tiempo, todos apartaron su mirada como si no mereciese ser tomado en cuenta.

Salvo Livinia, que conservó la mirada fija en Keu y llevó su dedo índice hacia su pequeña boca para silenciar al joven.

No tenía ni la más mínima idea de la importancia que Artorex representaba para esos insignes personajes, pero instintivamente comprendió que era alguien de vital trascendencia para ellos. Villa Poppinidii había sido la elegida de entre todas las grandes casas para criar al cuco en su nido y su esposo e hijo debían aprovecharse de esta decisión, especialmente si pudiese convencer a Keu de que olvidase sus prejuicios de cuna y educación. Lady Livinia vivía dedicada a sus tareas del hogar, y desde este instante prestaría sus máximos cuidados a Artorex.

—¿Qué edad tienes ahora Artorex? —preguntó Myrddion mientras el muchacho llenaba su copa de vino.

—Estoy en mi decimoquinto año, mi señor.

—¡Tan joven! —reflexionó Myrddion—, y ¡tan alto!

—Es alto en demasía —aseguró Luka—. Atraerá hacia él a los mejores guerreros cuando se encuentre en el campo de batalla.

—A menos que sea realmente excepcional o monte un gran caballo.

—Tendrá que ser un caballo enorme… cuando el muchacho crezca del todo —se rió Luka—. Si no quedará aplastado con su peso.

Mientras escuchaba la conversación que le atañía, Artorex sentía ganas de gritar y plantear preguntas a los honorables huéspedes. Sólo gracias a su firme autocontrol pudo dominar su curiosidad.

Aunque los ojos de Artorex no traslucían nada, estaban encendidos por una creciente ira. Era todavía muy joven.

Luka descubrió que los pómulos del muchacho se encendían de rabia.

—Artorex, estos cambios deben resultaros difíciles de comprender. Venimos de ninguna parte y tomamos decisiones que cambian el orden de vuestra vida y luego desaparecemos sin dar ninguna explicación de nuestros actos. Sin embargo, podéis estar seguro de que tenemos buenas razones para decidir sobre vuestra educación.

Artorex levantó su barbilla, ahora su rostro se ruborizaba con una mezcla de confusión y vergüenza.

—Eso debe ser verdad, mi señor. Pero cualquier humano desearía saber qué lugar ocupa en el mundo donde le ha tocado vivir.

—Entonces haced vuestras preguntas y, si tengo la potestad de contestarlas, podéis estar seguro de que lo haré. Es mucho mejor que escuchar tras las puertas.

Ahora Artorex se sonrojó manifiestamente, sintiéndose profundamente avergonzado.

—No me interpretéis mal, mi señor. Sólo era un muchacho curioso la última vez que me visteis aquí… alguien a quien no se tiene en cuenta. Me habéis tratado como un halcón salvaje, no preparado todavía para el guante. Pero debo saber qué se pretende de mí para poder servir a los propósitos para los que se me ha designado.

—El muchacho habla con razón y Luka ha sido alcanzado por un golpe bajo —intervino Myrddion riéndose abiertamente.

Artorex apretó los dientes, porque incluso el culto Myrddion seguía tratándolo como un animal de feria.

—¿Quién es mi padre? —inquirió.

—No está en mí poder daros esa información. Aunque debo aseguraros que era un hombre de dotes extraordinarias y de no ser por eso, no estaríais aquí —Luka habló con total convicción y Artorex comprendió que, por fin, el forastero del norte le hablaba en serio.

—¿Dónde nací?

—En una fortaleza situada al sur.

—¿Por qué fui apartado de mi madre? ¿Vive todavía?

—Vuestra madre vive. Fuisteis traído hasta aquí para salvaros la vida.

—¡Ah!

Luka reconoció que la estatura del joven no reflejaba su madurez y el guerrero sintió una punzada de dolor al darse cuenta de que este inteligente y flexible muchacho no tenía un lugar en el mundo que pudiese sentir como propio. Un cúmulo de sentimientos, de heridas y tristes experiencias, tanto del pasado como del presente, se guardaban comprimidas en el profundo suspiro de Artorex.

Pero el muchacho también sabía inconscientemente cómo hablar con un tono de voz de mando. Durante un instante, Luka casi comete el desliz de ceder a la fuerza de la personalidad del joven y casi revela una información que, por ahora, debía mantenerse en secreto.

—Por eso mismo debéis seguir escuchando y aprendiendo, joven Artorex. Quizá nos volvamos a ver pronto, y llegado ese momento casi seguro seréis capaz de derrotarme en combate —agregó Luka con sorprendente amabilidad.

Myrddion Merlín se inclinó y atrajo con su mirada la atención del amo y su esposa, del heredero y del hijo adoptivo con ojos de expresión amenazadora.

—Villa Poppinidii está muy alejada del centro del mundo —declaró—. Muy lejos también de los quehaceres de los grandes de Britania… Y Britania está lejos de Roma, que una vez fue el centro del mundo hasta que las hordas bárbaras despojaron a las legiones de su invencibilidad. Vos, Keu, habláis de Roma con orgullo, como si ese poder fuese para siempre. Pero la gloria de Roma se ha perdido, al igual que los anteriores imperios de Cartago y Esparta; de tal manera que ahora es Constantinopla, la única ciudad en el mundo donde los sueños de la gloria pasada tienen todavía algún viso de vida. Odoacer y sus hijos germanos son los que gobiernan en el Foro, y las grandes fortalezas de las Galias están desiertas —miró a la audiencia de su alrededor con ojos llenos de tristeza—. Las legiones de Roma nunca volverán. El final de los tiempos ya ha llegado.

Antor se estremeció y Livinia alzó las manos cubriéndose el rostro, pero Keu agitó sus cuidados bucles en señal de desacuerdo.

—¡No, Keu, lo hecho, hecho está! Los bárbaros han estado mordisqueando vuestro mundo durante doscientos años y ahora se acerca el final. ¿Nos dejamos dominar por los Sajones? ¿Nuestra civilización se marchitará y pudrirá bajo los pies llenos de barro de los bárbaros? ¡No dudéis de mis palabras! ¡Artorex ha sido entrenado para la batalla, porque todos los hombres de los pueblos celtas deberán luchar para asegurarnos de que el mundo que conocemos no sea borrado del mapa, como lo fue Roma!

Los ojos conmocionados se cruzaron con la mirada directa de Myrddion y luego dirigieron la vista hacia las excelentes viandas y el buen vino desplegados encima de las mesas ante ellos. Su mundo había cambiado, incluso mientras cenaban, porque repentinamente comprendieron que los hombres luchaban y morían para que ellos pudiesen comer en paz.

—Muchas veces hemos hablado de Uter Pandragón y de sus fracasados intentos de detener la marea sajona que se desplaza inexorablemente hacia nuestro pueblo. El

gran rey es viejo y está exhausto por haberse pasado la vida intentando lo imposible, porque el caos se ha precipitado sobre nosotros a medida que las salvajes hordas del norte continúan su avance. Sin Keu y sus amigos y sin Artorex y su clase, ¿cómo podríamos nosotros detener la oscuridad cuando vos y el Gran rey os hayáis ido de este mundo?

Antor parpadeó y luego agitó su melena leonina al comprender la amenaza que se cernía sobre los pueblos celtas. Livinia lo reconfortó asiendo su mano desde el otro lado del asiento.

—Artorex, continuad aprendiendo —agregó Myrddion y luego sonrió—. Os necesitamos. Pero, querido joven, no debemos olvidarnos de felicitaros por vuestros estudios. Nuestro amigo Llanwith pen Bryn no dudaba en lo más mínimo de que superaríais con éxito todas las pruebas que Luka pudiese imaginar, por lo que os envía un trofeo por la victoria. Espera que sea una pequeña compensación por vuestras innumerables preguntas no contestadas… y nuestros ocultos motivos.

—¿Son realmente esas las palabras utilizadas por Lord pen Bryn? —preguntó Artorex. ¿O las habéis enriquecido en su nombre?

Antor resopló ante las belicosas palabras de su hijo adoptivo, pero Myrddion simplemente se levantó, le hizo una caricia en las mejillas y le extendió un estuche con pergaminos.

—Para mi sorpresa, utilizó exactamente los mismos términos. Tenéis mi palabra de que Llanwith pen Bryn no tiene ninguna duda de vuestro valor en el esquema de nuestros planes.

—Debéis ser agradecido con vuestros maestros, muchacho, y cuidar vuestros modales —le ordenó Antor. Apenas había entendido algo de la conversación a excepción de la inminente amenaza de los sajones. Pero la bolsa enviada por Lucius contenía siete monedas imperiales de oro, una enorme cantidad para lo que él estaba acostumbrado. Obviamente, Artorex era un favorito de la diosa Fortuna.

Artorex obedeció a su padre adoptivo y dio las gracias a Myrddion con cortesía.

Pronto acabó el banquete y la villa retomó la calma. La noche se prestaba a la privacidad y el muchacho se dejó envolver por sus pensamientos que lo llevaban a recrearse en una ilusión de libertad. En la quietud de su cubículo, abrió el estuche y descubrió un pergamino con un nuevo pasaje de los *Comentarios* del gran César. Abrazó el rollo con alegría pura e infantil.

Silenciosamente y descalzo, Artorex salió a las columnatas y las atravesó hasta llegar al atrio, desde donde podían verse las estrellas de aquella noche otoñal.

El aire de la medianoche era helado y sólo llevaba su taparrabos, pero la gélida temperatura calmó la sangre caliente que bullía en sus venas y le impedía conciliar el sueño. La luna era menguante y se mostraba ahora como una hoz de hoja plateada cuya curva intentaba alcanzar el techo de la casa. Su aliento dejaba una nube de vapor, estaba demasiado cansado para tener miedo y muy confuso para plantearse preguntas. Durante los próximos días debería valorar la información que Luka le

había confiado, cuando su mente fuese capaz de diseccionar y medir el mensaje que se escondía detrás de las palabras.

Y mañana empezaría a aprender el arte de montar a caballo.

CAPÍTULO III

EL FIN DE LA NIÑEZ

EL INVIERNO ANUNCIÓ su llegada desde la mañana temprano, con sus helados dedos blancos que dejaban serpenteantes rastros de escarcha sobre los pastos amarillentos. Los días se acortaban visiblemente y las hojas muertas iban formando espesas alfombras de color escarlata. Una única puerta franqueaba la entrada a la villa y nunca estaba atrancada, cualquier niño podía levantar el largo pestillo que la mantenía cerrada. El camino estaba profundamente marcado por las ruedas de los carros y en invierno era una helada agonía de barro congelado y hierbas secas. Alzándose firme sobre sus profundos cimientos, la villa y sus edificios anejos, sus amplios almacenes, sus extensas dependencias para los sirvientes y sus rebaños de ganado, caballos, aves y cerdos, se encorvaban sobre la colina baja que dominaba la vía romana, amenazante bajo la luz desvaneciente.

Los previsores señores de la Villa Poppinidii no habían querido esconder la villa y sus riquezas detrás de una fuerte muralla exterior, pero, conscientes del peligro que representaba una colonia alejada, decidieron en cambio, construir un hogar que perdurase. Con muros de casi medio metro de ancho y prácticamente sin aberturas, el edificio ofrecía al ocasional visitante una firme y muda fachada. Sus cuidados y fructíferos huertos, sus campos que eran un ejemplo de agricultura equilibrada y sus vergeles anejos a la cocina podrían prometer una calurosa bienvenida, pero la robusta y pesada puerta de la villa estaba prudentemente trabada durante la noche. Villa Poppinidii miraba hacia su interior, a sus fuentes y al jardín del atrio, más que hacia afuera y al largo camino que llevaba a Aquae Sulis. A los ojos de sus habitantes, el enclave era todo su mundo y podría decirse que no le faltaba nada.

Pero, más allá de las fértiles huertas y de los campos en barbecho, se extendía el Viejo Bosque. El refugio de Artorex era el constante recordatorio de que el territorio no era totalmente seguro y, ahora que Myrddion Merlín les había abierto los ojos, Antor y Livinia controlaban su pequeño reino con los corazones cargados de presentimientos.

Keu se aventuró a adentrarse con su acostumbrado brío, en el paisaje invernal de cielos grises y árboles esqueléticos sumidos en la niebla. A diferencia de sus padres, se negaba a aceptar que Roma estuviese muerta, por lo que disfrutaba de sus días con la misma y descuidada búsqueda de placeres que siempre le habían atraído. Con sus

perros de caza y sus halcones adiestrados cabalgaba hacia la foresta para hostigar a su presa. Rara vez retornaba con los jabalíes, los zorros o los venados que mataba, prefería dejar sus cuerpos pudriéndose sobre la tierra helada y ensangrentada. Los aldeanos aprendieron a seguir el rastro de la sangre, que infaliblemente les guiaba hacia una provisión suficiente de carne fresca para todos los meses de invierno.

Otras veces, cuando estaba cansado de tanta caza, Keu pasaba días y noches con una camarilla de jóvenes muy conocidos por sus costumbres excéntricas y su consciente arrogancia ofensiva. Ricos, ociosos y aburridos, bebían, iban de putas y aterrorizaban a los aldeanos con estúpidas bromas que divertían enormemente a los jóvenes, pero avergonzaba a sus padres cuando, inevitablemente, las quejas llegaban a sus puertas.

Pero ni siquiera un hijo tan querido y consentido podía evitar todas las responsabilidades y se esperaba que Keu dejara de lado los juegos para aprender las obligaciones de la villa, aunque al principio hubiese protestado. Mantener los inventarios, supervisar las rotaciones de cultivos y planificar las nuevas instalaciones de la villa llenaban los días del joven heredero, mientras se formaba en la miríada de responsabilidades de un patrón. Si bien el yugo de su cuna le irritaba, Keu eligió esconder toda impaciencia bajo una helada y condescendiente actitud que se ajustaba a su rango.

En el otro extremo de la escala social, Artorex contemplaba el delicado paisaje invernal y envidiaba a los pocos pájaros carroñeros que colgaban como harapos negros en el aire saturado por la niebla. La libertad de estos era una burla a su ocupado programa de esfuerzos y estudios, y a los interminables e irritantes desafíos que lo mantenían alejado de los campos y de los bosques. Incluso la principal promesa de aprender equitación era una pobre recompensa frente a una vida repleta de tareas inexplicables y tediosas que lo dejaban confundido y frustrado, incluso después de terminar exitosamente las innumerables pruebas impuestas por Targo.

Gradualmente, Artorex aprendió a montar sobre los enormes caballos de tiro que eran el orgullo de Villa Poppinidii; pero pronto descubrió que un trote medido era lo máximo que podía lograr, por más duro que le pegase al animal en los flancos con la hoja de su espada. Targo asistía al aprendizaje del joven con su habitual orden y precisión, aunque los mansos caballos se mostrasen demasiado lentos.

Cuando el viejo legionario llevó a Artorex ante Recio, el semental de la granja, con sus cascos peludos y sus macizas patas bayas, al muchacho le temblaron las rodillas de miedo. El caballo mascaba pasto con sus grandes dientes amarillentos como si estuviese rumiando o meaba enormes ríos de orina caliente cada vez que le venía en gana. Teniendo en cuenta el tamaño de las bostas desparramadas por los establos y campos, Artorex decidió que no quería estar cerca del trasero de Recio cuando éste alzara su espesa y gruesa cola.

—Grande, ¿verdad? —afirmó reflexivamente Targo.

—Demasiado para mí —sentenció Artorex.

—La gente siempre piensa que grande significa salvaje —murmuró Targo—. ¿Cuántas veces os han dicho que erais un bárbaro, muchacho? Pues bien, Recio, que es su nombre, por más semental que sea, es un bonachón. Es dulce como una nuez, ¿verdad, viejo farsante? —Targo empezó a darle fuertes palmadas en la panza y en los flancos; le pegaba tan fuerte con toda la mano abierta que de la pelambre invernal de Recio se levantaban pequeñas nubes de polvo.

Artorex esperaba que Recio transformase a Targo en trozos de carne sanguinolenta, pero la bestia simplemente relinchaba de placer ante las atenciones recibidas.

—¿Veis? Es una suerte que este chicarrón esté por aquí, pero recuerda que no vale para nada, excepto para ser padre de grandes capullos como él o para arrastrar grandes troncos de árboles desde el bosque. Bien, muchacho, quiero que lo montéis.

—¿Cómo? Es grande como una habitación —retrucó Artorex—. Necesitaré una escalera.

—No encontraréis una escalera en el campo de batalla —se rió y se largó de la manera usual, sin propósito aparente.

Al principio, Artorex ni siquiera se atrevía a tocar a Recio, luego, se acercó hasta él por un costado y poniendo sus manos sobre el lomo, trató de saltar sobre las anchas ancas, tal como hacía con los pequeños caballos de la granja. Terminó sentado en el suelo con la cola del jamelgo agitándose sobre su cara. Recio volvió su cabeza y contempló a Artorex con una amplia e incrédula mirada a través de sus largas pestañas.

Hasta el caballo se ríe de mí, decidió Artorex.

Entonces se agarró de la raíz de las crines de Recio con su mano izquierda y haciendo fuerza, trató de elevarse hasta su dorso.

Inevitablemente, otra vez cayó a la altura de las ancas. Recio continuaba observando a Artorex con absoluta incomprensión.

«¡Piensa, idiota! —Se amonestó el muchacho a sí mismo, sin molestarse en ponerse de pie—. Es como el poste y el travesaño de la valla. Tiene que haber un truco para poder montar un caballo tan grande como Recio.»

Entonces el muchacho caviló respecto a su situación usando la lógica, porque ahora se sentía cómodo buscando soluciones a los problemas que Targo le planteaba. Decidió que debía abordar al animal desde el frente, aferrarse a las crines y saltar hasta su dorso, girando mientras lo hacía.

La solución funcionó y tuvo éxito desde el primer intento.

Cuando éste se sentó dolorosamente sobre la afilada espina del rocín, Recio no le hizo el menor caso. El joven pronto estaba dando palmadas sobre el lomo del semental, tratando de descubrir cómo ordenar o convencer a la bestia para que se pusiese en movimiento.

Recio continuaba mascando algunas ramillas verdes cercanas a la cerca. Si se molestaba en obedecer la orden de ponerse en marcha, era sólo para buscar pastos

más sabrosos.

—¡Ah! —gritó Artorex cargado de frustración después de una larga retahíla de gritos y vapuleos. Recio, muy acostumbrado a las extrañas costumbres de los humanos, no hacía ningún caso.

Luego, de pura frustración, Artorex golpeó las ancas del equino con sus talones y sorprendentemente, Recio obedeció, mientras que Artorex, que no había atinado a cogerse a las crines del semental, cayó hacia atrás por encima de sus flancos.

El caballo se detuvo y giró la cabeza para mirar a Artorex detrás como si fuera un retrasado mental, una mirada que se reflejó en las risas y expresiones de dos jornaleros que pasaban por allí.

—Eso es, Artor, demostradle quién es el jefe —ambos se reían a carcajadas mientras cargaban con sus hoces y azadas hacia los campos en barbecho.

Por primera vez, Artorex escuchó la forma reducida de su nombre, usado por los jornaleros en lugar del nombre de regio sonido que Lucius le había elegido al nacer.

Perseveró y pronto empezó a desvelar los secretos que le permitirían controlar su montura. Practicó duro y empezó a experimentar el placer de sentir cómo la enorme criatura se movía bajo sus órdenes. Mientras los abultados músculos de Recio se hinchaban y tensaban bajo las rodillas de Artorex, pronto se familiarizó con el exquisito dolor que experimentan los hombres cuando sus cuerpos se fusionan con el inflexible espinazo de un caballo.

Como es lógico, Artorex se las arregló para caerse varias veces del jamelgo y fue casi aplastado contra la valla hasta que aprendió a manipular el cabestro del cuadrúpedo y a tirar de su cabeza hacia atrás cuando quería detenerlo.

Y así, el joven empezó a aprender los rudimentos de la equitación sobre la gigantesca cabalgadura.

Pero Targo no le dio tiempo para la autocomplacencia, porque el veterano ya tenía todo organizado para que conociese a Afrodita.

Esta yegua era algo menor, pero tenía un carácter desagradable y odiaba a todos los hombres y en particular, a los especímenes altos y fornidos como Artorex. En su primer encuentro lo contempló siniestramente con una aguda mirada de ojos amarillentos y acto seguido se las arregló para despedirlo de su lomo con disimulado desdén.

Definitivamente, Afrodita no era la diosa griega del amor.

—¿Quién es más listo, vos o la yegua? —preguntó Targo con una malvada sonrisa lasciva pegada a su rostro arrugado y cosido a cicatrices.

—Yo —masculló Artorex con los dientes apretados. Luego la jaca le pisó los pies. Artorex estaba seguro de que le había roto el dedo gordo.

—¿Quién es más fuerte? ¿Vos o el equino? —Desgraciadamente, ella.

Targo se rió, tosió y finalmente escupió en el suelo.

—Entonces, ¿cómo controláis a alguien que es mucho más fuerte que vos? —preguntó Targo.

—¿Engañando un poco? —preguntó a su vez Artorex esperanzado.

—Debéis convencerla de que sois más fuerte y más desagradable que ella —dictaminó el maestro—. Los caballos son como niños. ¿Y cómo se impide que los niños dejen de hacer trastadas? —Targo simuló dar unos azotes sobre un trasero desnudo—. Para los rocines realmente difíciles, los domadores utilizan una fusta o una rama pequeña que sirva de látigo. Tened en cuenta que no hay que abusar de ella, porque si te ensañas con la yegua, sólo la harás más peligrosa. Únicamente se la haréis probar, es todo lo que necesita, no tanto para lastimar, sino lo suficiente para demostrarle a Afrodita que sois vos quien manda —sonrió—. Aquí tenéis una rama apropiada. Volveré para cuando la hayáis dominado.

Targo se alejó con su forma habitual de desentenderse de todo, pero acababa de someter al muchacho a una de sus pruebas más difíciles… y a la mayor tentación.

El veterano era un hombre rudo, tanto con sus puños, como usando su espada y más aún en los asuntos de la vida. Se hacía pocas ilusiones respecto a la bondad de la gente con la que se relacionaba y tampoco quedaba demasiado amor en su interior. Pero era leal hasta la muerte con aquellos que amaba.

Durante su larga vida había visto hombres que parecían ser honestos por fuera, pero que se regodeaban de forma poco natural infligiendo dolor y violencia a los demás. Targo nunca entendió a esas criaturas defectuosas y apenas las consideraba humanas. Eran crueles con todo lo que estuviera al alcance de su poder, humanos o cosas, y apalearían a un caballo hasta transformarlo en una criatura temblorosa y destrozada, simplemente para demostrar su poder absoluto sobre un animal.

No sabía si el muchacho era uno de esos. Muchas veces esas fieras humanas habían tenido una infancia inadecuada o habían sido ellos mismos maltratados o violentados. Sabía que Artorex nunca había sido obligado a ejercer el poder sobre todo lo que se moviese y esperaba que el muchacho no fracasase en esta prueba crucial. Algo que no escaparía al ojo avizor de Luka en la próxima visita.

Artorex nunca se habría imaginado que su maestro tuviese pensamientos tan recelosos, dado el porte seguro que el viejo exhibía cuando se alejaba distraídamente.

Como ya empezaba a ser su costumbre, el aprendiz se planteó el nuevo problema utilizando su razonamiento lógico. Cortó su propia fusta a la vista de la yegua, lastimándose la mano con la delgada varilla de aliso mientras la manipulaba. ¡Qué dolor!

Pensó que cualquier caballo sufriría una barbaridad si se le golpeaba con semejante instrumento.

Luego y por primera vez, contempló a Afrodita detenidamente. Como poco era una yegua fea y era obvio que ya había sentido la fusta en alguna ocasión, a juzgar por las finas cicatrices en sus ancas y en sus flancos.

El animal le devolvió una mirada desafiante y Artorex percibió que todo el odio de la yegua se focalizaba en la fusta que empuñaba. A la vista de los ojos inquietos de Afrodita, dejó caer la varilla al suelo antes de mostrarle sus palmas vacías. Después

saltó rápidamente a su dorso, asió fuertemente sus crines con ambas manos y ciñó sus piernas sobre su vientre de barril.

De nuevo, intentó tirarlo, pero esta vez su corazón no parecía dispuesto a dejarlo malherido o lisiado. Artorex tiró fuertemente de sus crines hasta hacerle levantar la cabeza. La yegua se retorció y giró como un tirabuzón, pero el muchacho continuó enfrentando su voluntad contra la suya. Aun así, finalmente llegó a derribarlo y entonces repitió otra vez el mismo procedimiento; una y otra vez hasta que, justo cuando Artorex pensaba que sus huesos doloridos no aguantarían otra caída, Afrodita se rindió. Sintió cómo la ruptura de su tenacidad fluía por todo su cuerpo hasta llegar a sus manos firmemente aferradas a las crines. Espoleó sus flancos y el caballo inició un obediente trote y luego un cómodo medio galope. Artorex se sintió exultante de alegría, ese tipo de alegría que un hombre sólo puede experimentar cuando una criatura poderosa se rinde ante él, para que haga lo que él quiera.

Una vez que Afrodita demostró que era un animal de mayor movilidad y velocidad que Recio, Artorex saltó desde su lomo y se le acercó por delante para acariciarle sus grandes morros y su larga frente.

Al principio, apartó su cabeza y el muchacho pudo ver el blanco de sus ojos desconfiados, pero insistió hasta que el caballo, todavía receloso, permitió que la acariciase.

Una hora después, cuando Targo acudió desde la villa para reencontrarse con su alumno, descubrió a un culpable Artorex que daba al caballo un manojo de hojas de zanahoria robadas de la cocina.

—Cedió a la fusta, ¿verdad chico?

—Sois un viejo malvado, maestro —replicó Artorex pausadamente—. Sabíais que este caballo no respondería a ese tipo de trato —su voz era un murmullo tenue para evitar que la yegua se pusiese nerviosa.

—Habéis concluido muy bien vuestra tarea, muchacho y estoy satisfecho —sonrió Targo—. Los mejores jinetes que he conocido no usaban ni látigos, ni fustas, sólo controlaban a sus corceles con la brida, las riendas y el toque firme de sus talones. He visto a guerreros escitas que podían guiar sus monturas llevando las manos libres y las riendas entre los dientes, de tal manera que podían disparar con sus mortíferos arcos mientras galopaban —sonrió a Artorex—. Algunos dijeron que esos demonios eran centauros, pero yo creo que sólo eran excelentes jinetes que practicaban su arte con repetida frecuencia.

—Alguien ha asustado terriblemente a este caballo, Targo. ¿Quién pudo arruinarlo de tal modo? —preguntó Artorex.

—No debo decirlo, muchacho. Pero creo que podéis haceros idea.

Es lo que se hubiese esperado de alguien como Keu, pensó, pero, al igual que Targo, se guardó sabiamente su opinión.

Con el tiempo, yegua y jinete se volvieron casi amigos. El muchacho le llevaba diariamente una zanahoria, por lo que los empleados de la cocina separaban los

vegetales menos frescos para él. Artorex siempre la premiaba si se mantenía en calma al montarla y sabía que no podía exigirle otra cosa. Comprendió que la yegua nunca confiaría totalmente en él, porque un caballo maltratado, como un niño traicionado, nunca recupera del todo su integridad.

En la siguiente primavera, después de cumplir sus quince años, ya se había transformado en un jinete bastante competente, con o sin bridas y riendas. En esos días, Afrodita rompió uno de los travesaños de la valla y se escapó. Durante una agotadora e interminable semana el joven no dejó de buscarla; esperaba encontrarla matada por los jabalíes o cojeando sobre una pata rota en el Viejo Bosque. Pero cuando finalmente se topó con ella, descubrió que inexplicablemente había localizado el acceso a ese claro del bosque que él consideraba particular y secreto, donde la vieja piedra con sus extraños grabados atraía su mirada y la hierba crecía fresca y verde cada vez que los rayos del sol penetraban entre las copas de los árboles.

Dócil, Afrodita cedió a la brida y plácidamente lo siguió hasta la casa. Detrás de ellos, en las arboledas más densas, se oía el desafiante gemido de un semental, como si algún extraño centauro habitase realmente en los antiguos lugares. Supersticiosamente, no miró hacia atrás y Afrodita le siguió tranquilamente a la zaga sin hacer el menor ruido.

Con el tiempo, la yegua parió un potrillo fuera de la época, una cosa pequeña de largas patas, pelo impecablemente negro y una cabeza extrañamente grande. Cuando la madre terminó de limpiarle su pelaje rizado y lo empujó con sus morros hacia sus mamas, Artorex acarició los rizos cortos y duros de los flancos de la pequeña criatura.

Afrodita sólo resopló su desacuerdo una vez y luego dejó que el amo mimase su potro tanto como quisiese.

El jaco creció y creció, tan distinto a Recio o Afrodita como Artorex lo era de Keu. La criatura nunca sería tan alta como su madre, pero había heredado sus largas patas. Tenía también las extremidades más impecables, escrupulosamente cubiertas por gruesos pelos encima de los cascos, aunque el pelaje de su cuerpo era todavía áspero y rizado. Su cabeza era más reducida y delicada que la de su madre y, a pesar de su aparente fragilidad, el pequeño corcel parecía fuerte y de buena osamenta.

—Debe de haber encontrado a un potro salvaje cuando estaba en celo —decidió Targo—. A lo mejor un descendiente de los caballos traídos de las Galias, o alguna de las bestias salvajes de los montes que aún se encuentran en los sitios más altos. No sé si valdrá para algo, pero es un elegante potro.

—Es hermoso —suspiró Artorex mientras el potrillo olisqueaba su brazo con suaves labios rastreadores.

—Espero que no sea demasiado bonito para el joven amo, ya que podría sentirse tentado a quitároslo —murmuró Targo con pena.

—El amo Antor me ha ordenado que aprendiese a cabalgar, ¿podríais preguntarle si puedo hacerme responsable del adiestramiento del potrillo? —preguntó Artorex.

El muchacho esperaba que Targo rechazase su petición de plano, pero el veterano frunció los labios, luego mordió uno de sus nudillos callosos, hasta que finalmente llegó a una conclusión.

—Se lo pediré antes de que el joven amo decida escogerlo para su propio uso.

En su fuero interno de educador, ya había tomado la determinación de que guardaría la cría de Afrodita lejos de las codiciosas manos de Keu. Su garganta aún se irritaba cada vez que recordaba el pelaje de la yegua cortado con sangre y sudor, después de que Keu la hubiese apaleado casi hasta morir. Targo pensó que el pobre animal moriría al destrozarle su espíritu, pero había encontrado una fuente de odio dentro de sí que la mantenía viva. Si estaba en sus manos poder evitarlo, el potrillo no sería apaleado como su madre.

Cuando Targo se dirigió a Lord Antor con su petición, el amo estaba dispuesto a mostrarse generoso. Durante varios meses Antor había estado angustiado pensando que las lecciones de equitación de Artorex eran poco convenientes para el desarrollo equilibrado de la villa y este caballejo bastardo servía para poco, excepto para resolver el problema. Si su acogido pudiese hacer algo con la poca prometedora criatura, entonces Antor saldría beneficiado una vez más.

Y así, Carbón, como lo bautizó el joven, se transformó en el caballo de Artorex.

—¿Por qué habéis elegido un nombre tan especial? —preguntó Targo con curiosidad. Había esperado un nombre mucho más grandioso, incluso para un torpe potrillo.

—El carbón arde muchísimo y alimenta el fuego que usan los herreros para forjar el hierro. Es más fuerte que la leña y sin embargo, es más brillante y fácil de moldear. Sí, Carbón es su nombre, porque es mi fuego —contestó Artorex muy serio.

—Bueno muchacho, es vuestro caballo, así que podéis llamarlo como queráis —fue la respuesta evasiva de Targo.

La equitación era la última de las nuevas habilidades adquiridas por Artorex. Con sus doradas extremidades suavemente musculadas y con su agradable rostro, el hijo adoptivo de Antor atraía las miradas de las mujeres de la villa sin que hiciese el menor esfuerzo consciente para intentar agradar. Quizás su inocencia contribuía a darle mayor seducción, porque el joven no tenía la menor idea de su poder de atracción hacia el sexo opuesto. Pero Lady Livinia reconoció la creciente hombría y, tardíamente, recordó la promesa que hizo a Myrddion Merlín.

Hacia el final de un día largo y agotador trabajando con el arado, Artorex se arrastraba de vuelta a casa. Estaba sucio con el sudor, la tierra y el agua fría que se había echado encima de la cabeza y los hombros para refrescarse, cuando le comunicaron que Lady Livinia había ordenado que acudiese ante su presencia en el atrio una vez aseado. Se sorprendió, pero obedeció y tan pronto como pudo se presentó ante su madre, que se encontraba sentada junto a su sirvienta en un banco de mármol bajo el único tilo de la villa. Lady Livinia estaba trabajando con su largo telar, mientras su sirvienta hilaba lana desengrasada en un huso de madera sencillo.

—¿Pedisteis verme, mi señora? —preguntó con cautela el muchacho, con sus ojos grises contemplando el parpadeo del hilo coloreado al cruzar la lanzadera a través de la trama del telar.

—Sí, Artorex —sonrió Livinia como bienvenida—. He sido negligente en vuestra educación. Como explicó Lord Myrddion, un verdadero caballero debe saber cómo dirigirse tanto a los sirvientes como a los amos, así como conocer las reglas de la cortesía y de la economía, y saber emplear los buenos modales que engrasan las ruedas de la sociedad. Desde mañana y cada tarde, después de la comida del mediodía, vendréis al atrio para hacerme compañía.

Sonrió para sus adentros al captar el ceño fruncido de desilusión que el muchacho trataba de disimular inclinando la cabeza. Desde la perspectiva de Artorex, el trabajo duro era preferible a tales actividades inútiles.

—No temáis que os aparte de vuestras obligaciones en la villa. Una hora al día será más que suficiente para corregir cualquier deficiencia en vuestro comportamiento o modales. Mi sirvienta, Delia, se ocupará de los aspectos más… físicos… de vuestra educación.

Artorex estaba completamente horrorizado. Las palabras «aspectos físicos» tenían un tono vergonzante y terrorífico y el muchacho se giró hacia la sirvienta de Livinia con inquietud.

Delia ya había pasado largamente los treinta años y a Artorex le resultaba vieja, aunque su piel era todavía fresca y su abundante pelo mostraba un delicado brillo castaño rojizo. Había asistido a Lady Livinia como sirvienta desde pequeña y sentía auténtica devoción por ella. Artorex la conocía desde hacía años, aunque sólo a distancia. Mientras Delia se le acercaba bajo la luz del sol poniente, el chico tuvo la oportunidad de apreciar la bondad que transmitía la suave mirada de sus ojos marrones.

La sirvienta había dado a luz a cinco hijos vivos y su cuerpo era rollizo y fornido. Sus manos eran su mayor atractivo, aunque estaban algo encallecidas de tantos lavados, zurcidos y los numerosos trabajos característicamente femeninos de la villa. Sus dedos eran largos con suaves yemas y uñas pálidas y almendradas, mientras que sus palmas eran inusualmente anchas y rollizas. Mantenía las manos fuertemente unidas mientras sonreía al joven estupefacto.

Desde entonces, cada mediodía, Artorex aprendía a bailar, a decir frases corteses y a coger a una dama por el brazo. Llegó a dominar la cortesía y la compostura, y descubrió que no había nada vergonzoso en conversar con una mujer interesante e inteligente. Las lecciones de Livinia le valdrían para el resto de su vida y le fueron de gran utilidad a medida que se fue haciendo mayor.

Pero lo más importante fue que Livinia le enseñó el punto de vista de una mujer, filtrado a través de las ideas que la matrona romana tenía de los deberes de una dama. Sin demasiado esfuerzo, Artorex fue absorbiendo los valores inculcados por ella, su estilo, su respeto por la familia y su habilidad para asumir dolorosas verdades sin

sentirse demasiado involucrada con ellas. Mientras se deleitaba observándola, bastaba con que sólo le acariciase una vez el pelo, ligero como un vilano, para provocarle una entrañable sensación.

Después de los trabajos de la tarde, Artorex se presentaba a Delia en las dependencias de los sirvientes. Allí, a lo largo de dos semanas, la alegre y maternal mujer le enseñaba los placeres de la cama. Su calidez, su buen humor y su terrenal sentido común revelaron a un asombrado muchacho muchos de los misterios de las mujeres y, por primera vez, empezó a apreciar la fuerza y el pragmatismo del sexo opuesto. Sabiamente, Livinia ideó un final para esas lecciones especiales antes de que Artorex se asomase al borde del enamoramiento, ya que la inteligente matrona comprendió que entre maestra y alumno podrían comenzar a despertar otros sentimientos si la relación se extendía por más tiempo.

Continuó sus lecciones con Lady Livinia y descubrió que disfrutaba con la nueva amistad de Delia. Aunque la relación sexual ya había acabado, todavía discutía con Frith sobre el tema. Ésta sostenía que a quien Delia realmente amaba, era a Lady Livinia y no a él, y que sólo lo había llevado a la cama porque el ama se lo había pedido; por lo tanto, debería estar agradecido a esas dos mujeres de tan distinta posición social y desprenderse de cualquier atisbo de sentimentalismo.

Artorex examinó profundamente los risueños ojos azules de Frith y no vio rastros de burla o falsedad en su fondo claro. Al besar su ajada mejilla, se dio cuenta de que las mujeres como Frith, Delia y Livinia, que parecían tan delicadas y tan fáciles de sorprender, eran realmente más fuertes que el duro hierro y que podían llegar a ser mucho más implacables que cualquier hombre.

—El ama es maravillosa —opinó Targo una vez que Delia hubiese completado la educación del joven—. Sabe que un muchacho necesita consejo para evitar que desarrolle estúpidas ideas.

El discípulo se ruborizó intensamente pensando en lo que Delia podría haber revelado sin querer a sus amigos.

—No os sonrojéis, muchacho —sonrió Targo a su protegido—. Tengo información fidedigna de que no tenéis por qué avergonzaros de vuestro desempeño.

Artorex deseó intensamente que la tierra lo tragase.

—Es una pena que el ama no haya cuidado con tanta sensibilidad la educación de Keu, pues pierde demasiado tiempo con putas y efebos.

—¿Cotilleos, Targo? —lo provocó Artorex, agradecido de que su maestro se hubiese apartado del tema de su educación sexual—. Pensaba que no aprobabais las murmuraciones ociosas sobre vuestros superiores y sus costumbres.

Targo le respondió con un rápido revés a la oreja.

—No seáis impertinente, *señor* Artorex. Yo veo lo que veo y todo hombre inteligente guarda la información útil por si más tarde la necesita. El ama Livinia debería haber confiado su hijo a alguien de valía, como Delia… o yo mismo, dado el caso. He sido mejor guía hacia las camas de doncellas deseosas que ese gallinero de

Severinii.

Muy prudentemente y antes de que el enfado de Targo aumentase, Artorex cambió de tema.

Cuando Artorex cumplió los dieciséis años, el potrillo ya era un potro de primer bocado y formaban una buena pareja. El muchacho ya pasaba del metro ochenta y seguía creciendo. Ahora se trenzaba su salvaje cabellera para así dominar los rizos. Era corpulento y fuerte, aunque no tan bello como Keu en cuanto a formas y rostro. Pero visto junto a su hermano, Keu parecía carecer de sustancia, como un muñeco de paja, y sin embargo, era cinco años mayor y acababa de traer una esposa a la villa.

Carbón todavía tenía las patas y la cabeza desproporcionadas, pero su pelaje resplandecía después de un buen cepillado y trotaba detrás de su amo como un perro faldero. Aunque sólo era un potro, frágil y atrevido en los terrenos más traicioneros, era más rápido que cualquier otro caballo de la villa, excepto frente al castrado Gálico, propiedad de Keu. En el Viejo Bosque su pelaje lo hacía casi invisible entre las sombras de los árboles, aunque era siempre de fiar, incluso en lo más impenetrable de la foresta.

Antor puso a su hijo adoptivo a trabajar en cuanto cumplió los diecisiete años y ya podía considerarse como un hombre adulto. Cletus, el mayordomo de la villa estaba muy afectado por una enfermedad pulmonar, que muchas veces lo postraba en la cama, por lo que el amo decidió que ya era el momento de entrenar a Artorex para su futuro sustituto. En sus días buenos, Cletus le enseñó las funciones de un mayordomo, mientras el joven le servía como ojos y oídos fuera de los muros de la villa. Diariamente recorría la propiedad controlando las provisiones, supervisando la rotación de los cultivos y sirviendo a su amo con rapidez y diligencia.

Así comenzó a comprender las responsabilidades del liderazgo y del manejo de los hombres. Antor bendijo el día en que Lucius de Glastonbury le envió al niño a su cuidado.

Consciente de las promesas que le hizo a Myrddion Merlín, Luka y Llanwith pen Bryn, el aprendiz continuaba practicando diariamente las artes de las armas y de la caballería con Targo y organizaba todos los asuntos de la granja montado en su caballo.

Sus días como candidato a mayordomo estaban completamente ocupados y ahora, en algunas ocasiones, se le permitía comer en familia. Estas muestras de favoritismo tenían lugar en aquellos momentos del año en los que se le requerían informes sobre los resultados de la cosecha y el bienestar de todas las almas que vivían en Villa Poppinidii. A diferencia de Cletus, que era claramente un esclavo, Artorex se encontraba todavía en tierra de nadie, ni carne ni pescado, ni señor ni esclavo. A medida que la debilidad del encargado se iba haciendo más patente, Artorex iba aprendiendo la manera de manejar los distintos engranajes que integraban la maquinaria de la explotación agrícola y también cómo mandar a los hombres con firmeza, imparcialidad y eficiencia. Cuando hacía falta, trabajaba con ellos a la par y

ellos sabían apreciar su esfuerzo por proteger sus intereses.

Al principio, los campesinos se resistieron ante un hombre joven que les daba órdenes sobre cómo debían regar, plantar, rotar los cultivos y almacenar las provisiones. Pero él no permitió ninguna insolencia y sólo se vio forzado a partir la mandíbula de algún descontento hasta que los hombres aceptaron sus superiores aptitudes de liderazgo y de fuerza. Después de eso, se dispuso a ganarlos para su causa.

Tampoco era insensible a los peligros constantes a los que se enfrentaban los trabajadores que tan fielmente servían a sus amos en Villa Poppinidii. Brabix, uno de los sirvientes, tuvo una mala caída desde el techo de la columnata cuando estaba cambiando una teja y estuvo doliente durante toda una semana. Su vientre se hinchó y aullaba en su agonía, hasta que Frith le preparó una bebida con la savia de los bulbos florales de plantas de amapola que le alivió el sufrimiento. Artorex se turnaba con el resto de los sirvientes para acompañar al enfermo y le prometió al hombre, sumido en su delirio, que su mujer y su hijo serían acogidos de por vida como sirvientes de la villa.

Se oyó decir que Livinia había reconocido ante sus sirvientas que la casa estaba doblemente mejor organizada que en la época de Cletus, pero Artorex siempre prefirió otorgar el mérito al viejo y desfalleciente hombre, cuya piel se había convertido en un pergamino y que parecía consumido por un fuego interno.

Sólo una nube manchaba los cielos azules de la vida de Artorex. La nueva mujer de Keu, Julanna, cuyo padre declaraba ser un vástago no reconocido del noble linaje de Juliano, llegó a Villa Poppinidii alardeando de su pureza de sangre. En principio, parecía el perfecto partido para Keu.

El casamiento fue arreglado por ambos padres, aunque la pequeña Julanna sólo tenía trece años cuando se casó, siguiendo la vieja costumbre romana. Era una criatura pequeña, pálida y con nubes de suave pelo castaño claro. Detrás de su arrogancia inicial, se percibía en realidad a una niña asustada, totalmente abrumada por la familia de su esposo y por la vida rutinaria en la que se veía encerrada.

Sus ojos eran muy oscuros, pero sin el duro brillo de las pupilas de su marido. Todas las líneas de su cara y su suave cuerpo regordete de tiernas curvas le otorgaban un aspecto negligente que no se correspondía con el mundo de Villa Poppinidii, donde prevalecían las fuertes personalidades y donde la conversación era ingeniosa y de actualidad sobre temas políticos.

Todo esto sobrepasaba a la pobre Julanna. Los sirvientes la ignoraban y el ama se limitaba a sonreírle amablemente, tratándola como a una niña. Su marido ya estaba aburrido de ella a los quince días, relegando a su nueva esposa al papel de una visitante inoportuna. Ni siquiera se mostraba amable. Aunque estaba casado, no lo consideraba razón suficientemente importante como para cambiar su vida y en cuanto tenía ocasión, se iba de jarana con sus amigos de Aquae Sulis. Keu consideraba que la gestión de la propiedad era una tarea poco apropiada para un caballero y pasaba sus

días, a veces semanas enteras, fuera de la villa y lejos de su mujer.

Una mañana, Julanna no se levantó para comer con el resto de la familia y más tarde se buscó un rincón tranquilo y sombrío en el atrio para trabajar con su rueca. Sólo Livinia y el ojo avizor de Artorex notaron que se había cubierto la cara con un chal vaporoso de matrona. Tanto la madre como el hijo detectaron los cardenales en sus mejillas y en su barbilla a través de los pliegues de la tela transparente. Cuando Livinia le preguntó cómo se había lastimado, Julanna retorció la lana de su falda y culpándose de torpe, adujo una caída accidental.

«Apuesto a que Keu ha ido demasiado lejos con sus puños», pensó Artorex para sí, pero, como siempre, no se atrevió a cuestionar la palabra de una respetable matrona.

Cuando Artorex se inclinó ante las damas supo reconocer la mirada de resignación en los grandes y aún brillantes ojos de Livinia. La matrona ya conocía las debilidades de su único hijo, el último de un largo linaje de honorables caballeros romanos y estaba avergonzada de lo que había descubierto en su naturaleza.

En cuanto a Artorex, se había mantenido demasiado ocupado durante años para ni tan siquiera pensar en una posible boda. Las aventuras sexuales se limitaban a rápidos acoplamientos con las sirvientas de la cocina en el establo de las vacas. Éstos eran satisfactorios, pero nada duraderos. El amor por una mujer todavía no había entrado en su corazón y el muchacho se consideraba satisfecho y esperaba que ese estado de cosas perdurase eternamente. Era feliz, su caballo crecía suavemente bajo su tutela y la villa florecía bajo su gestión. ¿Qué más podría desear un joven de dieciséis años?

El tiempo no significaba nada para Artorex, excepto por los cambios de estación, los partos del ganado y las tareas de supervisar una extensa y productiva granja. Habría estado satisfecho con todo lo que tenía, de no ser por los rumores que llegaban desde el este.

En un día de otoño, una mujer andrajosa se acercó caminando lentamente por el camino que lleva a Aquae Sulis. Sus hombros estaban doblados por el agotamiento y llevaba sus manos y pies envueltos en improvisados mitones confeccionados con harapos. Tenía una edad indeterminada bajo la sombra de la capucha de su capa.

Sentado sobre su caballo, muy por encima de ella, Artorex saludó a la mendiga en el camino marcado por las profundas rodadas que conducía a Villa Poppinidii.

—Señor —dijo la mujer inclinando su cabeza—. Las noches se hacen frías para una viajera sin amigos. ¿Podría dormir en vuestro granero antes de continuar mi camino hacia el norte? Trabajaré a cambio de mi estancia.

Lo que pudiese hacer alguien tan agotado y tan harapiento para pagar la hospitalidad desafiaba la mente lógica de Artorex, pero las noches eran inusualmente frías para la estación y no deseaba tener cargos de conciencia.

—Sed bienvenida, señora. En Villa Poppinidii podréis encontrar algo de comida sobrante y algún sitio donde una forastera pueda descansar.

Artorex se perdió el brillo de un par de ojos de azul oscuro intenso, mientras

inclinaba la cabeza otra vez en señal de gratitud sumisa, porque todavía no había aprendido a apreciar a fondo la belleza en las mujeres.

—Cuando alcancéis la villa, encontraréis a Cletus, el mayordomo, en las cocinas. Le diréis que os he dado permiso para pasar la noche y él atenderá vuestras necesidades.

—¿Y quién debo decir que me envía, joven señor?

—Artorex, hijo adoptivo de Lord Antor.

La mujer hizo una lenta reverencia, como si le doliese la espalda.

En cuanto se hubo encaminado, con su andar penoso, el joven la borró de su mente.

Esa noche, mientras la familia se sentaba a cenar y Artorex a supervisar el servicio de una comida simple, la mujer se le acercó nuevamente. Ahora estaba envuelta en telas negras, obviamente sus mejores prendas, que debía de llevar en una bolsa durante el viaje.

—Señor, adivino la suerte y traigo noticias del mundo. ¿Creéis que Lord Antor y su honorable familia desearían un pequeño entretenimiento?

—Les preguntaré —replicó dubitativo. La harapienta mendiga parecía ser más joven de lo que había pensado cuando la vio por primera vez, aunque casi todo su rostro estaba aún oculto bajo la sombra de su capucha.

A Antor y Keu no les interesaban en absoluto ni la buenaventura, ni las historias de mujeres, Livinia en cambio, decidió dejarse tentar por la oferta de diversión y con una rápida mirada hacia la pálida cara de Julanna, decidió que la niña también merecía un entretenimiento.

—Sí hijo —replicó imperiosamente desde su triclinio, porque era Livinia quien mandaba en la villa, con excepción del título—. Podéis traer a la adivina junto a nosotros.

Por razones que Artorex no alcanzaba a comprender, la mujer de negro le causaba escalofríos de temor y le erizaba el vello de los brazos. La condujo ante la presencia de la familia y acto seguido, se quedó apoyado en el marco de la puerta de entrada.

—¿Cuál es vuestro nombre, sabia mujer? —preguntó Livinia con su acostumbrada cortesía. La mujer levantó su cabeza y bajó la cogulla que había ocultado su rostro.

—Mi nombre es Morgana, mi señora —replicó con firmeza.

Hasta Keu, aburrido y con algo de resaca después de un largo día con sus amigos, estaba dispuesto a contemplar a la adivina. Sintió que sus músculos se tensaban cuando la mirada experta de la maga se deslizó sobre su cuerpo.

Morgana no era vieja, ni siquiera mayor, era hermosa y en realidad, sin edad a la luz de los candelabros de la pared. Pero era una belleza que atraía y a la vez repelía. Artorex recordó de inmediato la historia de Targo sobre la mujer escita y prudentemente decidió vigilar sus movimientos con especial cuidado.

Su pelo era negro como la noche, con un largo mechón de nieve que recorría toda

su cabeza desde su sien derecha. Sus extraños ojos, de un azul profundo, absorbían toda la luz sin reflejarla. Su boca tenía labios carnosos que prometían deliciosos placeres prohibidos.

Cuidadosamente sacó de entre su ropa un espejo de plata, una larga cinta de cuero muy blando y un puñado de huesos de nudillos.

Hasta Antor se inclinó hacia adelante, al fin curioso.

—Preguntad —dijo simplemente—. Y trataré de contestaros.

Livinia dio prioridad a su esposo.

—¿Se mantendrá Villa Poppinidii próspera para siempre? —preguntó Antor con autoridad, porque abrigaba cierta desconfianza hacia esa mujer.

Morgana se ató la cinta de cuero sobre los ojos y miró sin ver a la cara del espejo. Canturreaba algo bajo su respiración.

Artorex miraba fijamente la estrecha cinta pálida.

«¿Qué es? —Se preguntó para sus adentros—. Parece como…»

Su mente estaba tan agitada por la imagen de la suave piel humana que no podía continuar pensando.

—La Villa Poppinidii durará un largo, largo tiempo. Sus campos darán fruto durante generaciones venideras. Cuando esté muerta del todo, excepto del corazón, vivirá todavía como leyenda, cuando los hombres en un tiempo muy lejano la encuentren y la hagan florecer nuevamente.

—Bueno, eso es una buena perspectiva —replicó Antor, sin percibir las amenazas y como siempre, considerando sólo la parte positiva.

—¿Tendré un hijo? —preguntó tímidamente Julanna.

Otra vez, Morgana parecía oír voces mudas y ver extrañas formas en su espejo con los ojos tapados, aunque Artorex se juró a sí mismo que eso era imposible.

—Quedaréis embarazada con hijos, señora, y los pariréis con dolor y trabajo, los tendréis en vuestros brazos y les daréis pecho. Sin embargo, ninguno vivirá para consolaros de posteriores sufrimientos.

—¿Pero tendrá Villa Poppinidii niños suficientes para mantenerse fuerte, niños que sean de mi sangre? —preguntó Livinia, porque esto era realmente lo que más le preocupaba.

—Sí, señora. Sabréis que son los vuestros antes de vuestro final y sabed que sois bendecida. Os habéis ganado la misericordia de los dioses.

Artorex se estremeció involuntariamente. ¿Por qué sonreía la familia, negándose a reconocer el veneno de las profecías de Morgana?

«Sólo escuchamos lo que queremos oír», Artorex advirtió como Morgana se lo susurraba dentro de su mente.

«Yo no», pensó impetuosamente.

«Vos no», fue la breve y silenciosa respuesta, acompañada de risas.

Keu esperaba impaciente su turno.

—¿Seré un gran hacendado y guerrero? —preguntó—. ¿Y sobrevivirá mi nombre

a mi muerte?

Morgana miró con fuerza a través de su cinta de cuero. Sus manos dibujaron extrañas formas en el aire y Artorex vio que eran largas, graciosas y bellas.

—De una manera u otra, vuestro nombre durará a través de las edades. Estaréis al servicio de un gran rey y todo el mundo conocerá quién sois de verdad.

¿Quién es de verdad? Pensó Artorex con furia. ¡Ni Keu se libraba del destino!

Pero el joven amo estaba encantado.

—Al servicio de un gran rey. Famoso para siempre. ¿Qué más puede pedir un hombre?

—¿Y qué hay de vos, señor Artorex? —preguntó Morgana suavemente—. ¿Tenéis alguna pregunta para mí?

—¡Ninguna! —exclamó Artorex. Su respuesta fue mucho más ruda de lo que pretendía.

—Venga, hijo, sólo es un juego —lo amonestó Antor.

—¿Tenéis miedo de enteraros de que me haríais un hombre rico, mayordomo? —Keu subrayó el título con veneno y desprecio suficiente como para emponzoñar a todos los presentes.

—A nada temo —replicó Artorex.

—Entonces tirad los huesos —requirió Morgana serenamente y sin desafiarlo.

—¿Por qué he de hacerlo? ¿No podéis ver mi futuro tal como lo hicisteis con la familia?

—Mi don no se maneja fácilmente. Echad los huesos, señor, y os diré vuestro destino.

Sin mucha convicción, Artorex cogió los huesecillos. Eran suaves y resbaladizos y parecía que se estremecían entre sus dedos, como si aún estuviesen vivos. Instintivamente, supo que alguna vez habían pertenecido a una mano humana.

Como el gran César había hecho muchísimos años antes, el joven tiró los huesos sobre el suelo de mosaico.

Morgana se quitó la horrorosa banda de los ojos antes de balancearse y gemir encima de las formas que los huesecillos habían dibujado sobre las baldosas. Su voz parecía venir desde muy lejos.

—¡Lleváis sangre envenenada, grande entre los grandes! ¡Tened cuidado con la mujer de cabellos amarillos, porque ella os llevará a la ruina!

—Seguramente podréis decirme algo mejor que eso —la desafió.

Morgana lo contempló a través de la luz de la lámpara. Su voz cambió y se hizo más profunda.

—Más grande aún que vuestro padre y más grande que vuestro hijo, salvaréis a vuestro mundo una vez, pero será a costa de lo que más apreciáis. El tiempo no os cambiará, ni romperá vuestra promesa. Viviréis, aunque vuestro cuerpo esté muerto, mucho tiempo después de que el poder de Roma se haya transformado en polvo.

La familia se quedó muda por el impacto causado por la tremenda profecía de

Morgana. La boca de Keu dibujaba una mueca de envidia y Artorex presintió que el hijo del amo lo haría sufrir a causa de la promesa que encerraban las palabras de la adivina.

—Podréis librarme de vuestras predicciones, porque ya he tenido bastante por hoy —cortó Artorex, molesto por las palabras llenas de acertijos—. ¿Y qué hay de vos Morgana? ¿Os atrevéis a usar vuestro don sobre vos misma?

—Yo también los echaré —replicó Morgana, contemplando enigmáticamente los ojos del joven.

Recogió los huesos de un manotazo y los arrojó de nuevo al suelo.

—La sangre llama a la sangre, lo queramos o no. Deberéis llamarme siempre que me necesitéis. La madeja de mi vida está enmarañada con la vuestra y mi nombre durará tanto como el vuestro viva. Estoy inextricablemente unida a vos por antiguos errores.

Keu se levantó. Su humor y resentimiento se reflejaban claramente en sus oscuros ojos y Julanna se estremeció apartándose de su mano autoritaria.

—Bueno, estoy seguro de que este pequeño juego ha sido muy interesante, pero Julanna y yo nos iremos a la cama —ordenó Keu y salió del comedor llevándose a su renuente joven esposa.

Livinia y Antor también se levantaron.

—Os agradecemos vuestros regalos —dijo Livinia en su nombre y el de su marido.

Mientras ambos dejaban la sala, Morgana hizo una reverencia hasta convertirse en una oscura mancha de sombra sobre el brillante suelo.

Artorex chasqueó sus dedos y los sirvientes se apresuraron a limpiar todo resto de la comida familiar. Observó que las mujeres evitaban acercarse a Morgana y que una anciana abuela hacía subrepticiamente el antiguo signo contra el mal de ojo.

—Venid Morgana —Artorex le ofreció la mano—. La charada de la noche ya ha terminado. ¿Cuándo me diréis lo que queréis realmente?

—Quería ver vuestro rostro —contestó Morgana, con la cabeza bien alzada de manera que pudo ver sus llamativos ojos.

—¿Y entonces?

Tomó su mano y se levantó, los instrumentos de sus magias habían desaparecido bajo su voluminoso vestido negro. Sus dedos eran suaves y su piel seca como la de una serpiente, pero sintió la fuerza encerrada en su interior.

—No tengo nada que deciros, mi señor. Nada que no sepáis por vos mismo.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estáis hablando —dijo Artorex irritado—. Pero no creo que hayáis venido a Villa Poppinidii por casualidad. Estamos a bastante distancia del camino que lleva al norte. Morgana sonrió.

—Creo que nadie os ha dicho nada sobre vuestros derechos de cuna. ¡Es sorprendente! A veces las maneras en que actúan los hombres son muy extrañas. Ahora que os miro, puedo ver algo de vuestra madre en vos —agregó—. Está en

vuestros ojos, Artorex.

—Otra vez más habláis con acertijos. Quizá sea la lengua de todos los charlatanes. Artorex hizo una pausa cuando las pupilas de Morgana se encendieron un instante con una llamarada de fuego blanco.

—O a lo mejor creéis en lo que decís. ¿Quién era mi madre?

—No soy yo quién ha de decíroslo, mi señor, si los que son más poderosos que yo han guardado silencio —Morgana sonrió y por un breve momento su rostro se iluminó desde el interior y pareció más hermosa todavía.

—No deberíais otorgarme títulos que no tengo derecho a reclamar —replicó Artorex sin alterarse, aunque su mano se estremeció al contacto con sus delgados dedos. Frunció el ceño al preguntar—. ¿De dónde sois?

—Soy de la fortaleza de Tintagel, señor. Pero nada os digo con esto, ya que probablemente no conocéis tal lugar —aseguró deslizándose hacia la puerta.

—Es correcto, Morgana, pero no os olvidaré —prometió Artorex seriamente.

Ante esas palabras, se detuvo un momento, y lo volvió a mirar con ojos que atraían la luz hacia su rostro.

—De eso no tengo ninguna duda. No hay olvido para aquellos que tienen la misma sangre… como ya descubriréis.

Y luego desapareció.

A la mañana siguiente, Artorex se levantó muy temprano, antes de que el sol hubiese desterrado toda oscuridad, pero Morgana se había ido durante la noche. Sería todo un hombre cuando otra vez volviera a oír hablar de ella. Cuando miró hacia el camino desierto, se persignó a la manera cristiana. No venía mal tomar precauciones contra los maleficios.

La vida en la villa continuó desarrollándose al ritmo marcado por la naturaleza. Para el joven corazón de Artorex parecía que nunca nada iba a cambiar. Algunas veces llegaba un mensajero con noticias para Antor y el amo parecía preocupado durante algunos días. El mismo mensajero trajo alguna vez un pergamino para Artorex enviado por el misterioso Llanwith pen Bryn. Pero en definitiva, el joven estaba satisfecho con su mundo y todo lo que éste encerraba.

Julanna sería el motivo de los cambios que destrozarían la calma de Artorex. La pequeña Julanna, ya embarazada y asustada con el niño que crecía dentro de su vientre, solicitó permiso para invitar a una amiga de Aquae Sulis, a fin de que la acompañase durante su confinamiento.

Lady Livinia, incapaz de negarse a los deseos de la madre de sus nietos, accedió a que se enviase un mensaje a la casa del comercio de Gallus para que la hija de aquella rica familia fuera invitada a una larga estancia en Villa Poppinidii.

Y así el destino decidió que Artorex conocería a Gallia, hija de una familia de comerciantes romanos, hecho que otra vez haría cambiar el rumbo de su vida.

CAPÍTULO IV

GALLIA

LA PRIMAVERA HABÍA LLEGADO y el mundo de la villa volvía a florecer. En las praderas bajas los ranúnculos surgían bajo los árboles y las vacas pastoreaban sumergidas hasta la panza entre los pastos ondulantes y las flores salvajes. Los árboles estallaban con tiernas yemas rosadas y verde pálido, mientras que los campos se esforzaban para producir las cosechas que llegarían a madurar al final del verano.

Frith conducía a las mujeres hacia la habitual recogida de hierbas aromáticas y plantas medicinales que luego se colgaban en ramos boca abajo, perfumando la villa mientras se secaban. Mientras tanto, Julanna escrutaba todos los días la larga huella que llevaba al camino romano, languideciendo en la espera de la compañía de su amiga. El ama Livinia estudiaba a su nuera con ojos aprehensivos y preocupados. La villa retuvo su respiración… y esperó al cambio.

Artorex se encontraba lejos, en las praderas del sur, el día en que una pesada carreta apareció luchando camino arriba hacia Villa Poppinidii. Estaba cargada hasta los topes con cajas y baúles, tanto, que las ruedas de madera del carro se enterraban en las rodadas lodosas, lo que hizo que Livinia se preguntase si la niña vendría a quedarse para siempre.

Bajo una especie de tienda pequeña, Gallia se reclinaba sobre unos cojines en medio de las numerosas pilas de equipaje. Sólo cuando el carromato se detuvo y su criada y el sirviente la ayudaron a bajarse, Livinia alcanzó a vislumbrar el desafío que se presentaba ante la familia de Villa Poppinidii. Desde su puesto de observación, al pie de las gruesas puertas de madera de la mansión, Livinia observaba a su huésped acercándose en medio de flameantes chales, paquetes, envoltorios varios y dedos inquietos.

La recién llegada demostró ser una extraordinaria joven, que sólo contaba con catorce años de edad. Su cara era pequeña y desequilibrada por una larga nariz, pero había una gran dulzura en su boca como un botón de rosa y en la amabilidad de sus ojos ambarinos, lo que contrastaba con su rizado cabello negro. Ese pelo suelto, a excepción de unas horquillas enjoyadas, a la usanza de las doncellas, parecía crepitar con un fuego incontrolado, al igual que su pequeño cuerpo macizo.

Gallia era pequeña, aún en comparación con Lady Livinia, pero sus pechos y sus

caderas eran de una exuberancia rayana en lo vulgar. Estaba muy orgullosa de su pequeña cintura, con su faldilla plegada y un cinturón de perlas del norte bordadas sobre un lienzo cosido al cuero.

«He aquí una pequeña dama», fue el primer pensamiento que tuvo Livinia mientras la niña se precipitaba corriendo hacia ella. Pero de repente Gallia sonrió y hasta el día nublado pareció iluminarse debido a la alegría que emanaba de su sonrisa. Se sintió feliz ante todas esas maravillas que se extendían ante su mirada y que tendría que experimentar.

Después de hacer una profunda reverencia ante los amos de la casa y contra todas las reglas de los buenos modales, Gallia batió sus palmas, se rió deliciosamente y luego besó la mejilla de Lady Livinia.

La señora se contuvo ante el atrevimiento y el descaro de Gallia, pero la niña sonreía tan dulcemente, con su cabeza ladeada como un pájaro multicolor, que Livinia sintió que sus recelos desaparecían.

—Os ruego mi perdón, señora mía. Mi padre estaría avergonzado por mis descarados modales, pero llevo esperando tanto tiempo para poder ver a mi dulce Julanna que podría explotar de entusiasmo.

Lady Livinia frunció el ceño y Gallia pareció que se arrepentía.

—Estoy farfullando otra vez, ¿verdad? Deberé pedir disculpas diariamente, estoy segura, porque no soporto el silencio y siempre lo relleno de charla… o al menos eso es lo que dicen mis hermanos.

—No os preocupéis, niña —dijo Antor con una risita sofocada debido a su buen humor protector—. Aquí no soportamos las ceremonias.

—Así es, Gallia —agregó Livinia—, el buen corazón cuenta mucho más que los gestos huecos.

—¡Ah! Espero que sí —afirmó Gallia con una sonrisa traviesa—. Trataré de hablar lo menos posible.

Haciendo apenas una pausa para respirar, Gallia procedió a regalar a Lady Livinia con historias de su viaje, de las espantosas condiciones en que se encontraban los caminos y de la belleza de Villa Poppinidii. ¡Qué manera de hablar! El silencio no era su virtud y llenó la morada con su risa cantarina. Estaba encantada con el atrio y cautivada por las ovejas y las vacas, como sólo podría estarlo una niña de ciudad y colmada de reminiscencias de su amistad con Julanna.

A pesar de su naturaleza reservada, Livinia se sorprendió al verse sonriendo mientras la niña cotorreaba sin parar.

Pronto sus sirvientes guardaron sus numerosas pertenencias en la mejor de las habitaciones de invitados y, otra vez, Gallia se encontró encantada por la comodidad de sus estancias.

—Porque realmente puedo oír el canto de los pájaros, Lady Livinia —sonrió—. Pájaros reales, no esas pobres cositas que languidecen en sus jaulas. Estoy convencida de que su canto es mucho más hermoso cuando están libres, ¿no creéis?

Parando apenas para respirar, Gallia descubrió un sencillo jarrón de cerámica con un ramo de flores salvajes.

—Oh, qué amable sois. Las flores de Aquae Sulis no huelen, pero estas son divinas —volvió a sonreír—. Muchas gracias, Lady Livinia, sé que estaré muy cómoda en vuestra maravillosa casa.

—¡Chitón, niña! —replicó Livinia cuando a Gallia parecía que se le habían agotado los superlativos—. Julanna cogió esas florecillas de los campos al amanecer. Deseaba vuestra compañía desesperadamente, pero me temo que no encontraréis demasiada diversión en nuestra tranquila vida de campo.

—Oh, me importa un comino divertirme. Los juegos me dan náuseas y padre siempre está dispuesto a presentarme a jóvenes que desfilan ante mí como si yo fuera una novilla de feria. Espero disfrutar de unas vacaciones no sólo de proposiciones matrimoniales sino también del olor a pescado.

Sin quererlo, Livinia se rió. La doncella era tan habladora y tan franca en sus observaciones que hasta la reserva habitual de la matrona romana se disipó ante su encanto. Sería con toda probabilidad la perfecta compañera para Julanna. ¿Quién podría ser hosco o estar triste cerca de esta niña tan risueña?

—¿Y cómo está Julanna? —preguntó Gallia poniéndose seria—. En lo que a mí respecta, no me importaría no volver a Aquae Sulis nunca más. Es muy afortunada de poder vivir en Villa Poppinidii, ya que el aire de aquí huele dulcemente.

—Julanna está algo asustada por su cercano parto, aunque todavía quedan cinco meses para que nazca el niño. Necesita compañía para hacerla reír y ayudarla a pasar los días más fácilmente.

Gallia estaba tan excitada que guiñó un ojo a Lady Livinia, pero ésta no tuvo corazón para reprender a la encantadora niña.

—No temáis, señora, yo la alegraré. He traído regalos de mi padre y un montón de cosas divertidas. Seremos tan felices como los pájaros en los árboles.

Cuando Julanna vio a su amiga en la puerta de su habitación, saltó hacia ella y la envolvió en un desesperado abrazo y enseguida estalló en inagotables y ardientes lágrimas.

Discretamente, Livinia dejó que las amigas se reencontrasen, ya que llevaban separadas algo más de un año.

Livinia, intuyendo futuros problemas, se sentía preocupada y culpable a la vez. Julanna era una joven obediente y llevaba en su vientre al primer niño de Poppinidii desde que Keu hubiese nacido hacía veinte años. Tratando de justificar como podía el comportamiento de su hijo, Livinia sabía que Julanna no merecía el cruel trato que Keu le infligía. De manera inusual, ahora que reconocía los hechos, no sabía muy bien qué tipo de acción debería emprender.

Keu era un varón y por lo tanto tenía una posición superior a la de su madre en un hogar romano. Su mujer tenía una condición aún más baja. Livinia había hablado con su hijo y él se había enfurruñado durante varios días, negándose a hablar con ella por

haber tomado partido a favor de su mujer. De todas maneras, después de un épico acto de libertinaje con sus amigos, había retornado junto a su madre, sin afeitar, contrito, oliendo a vino barato y rogándole su perdón.

—Mi joven mujer es muy mansa, madre, y tan pequeña como vos —Keu se había reído suavemente—. Os ruego que me perdonéis… y prometo ser más paciente con ella en el futuro. Ya está, ahora, ¿volveréis a sonreírme otra vez?

Livinia se había permitido mostrarse apaciguadora y cariñosa, pero se sentía muy preocupada cada vez que Keu se quedaba en casa desocupado, sin saber qué hacer. Conocía la naturaleza mercurial e inquieta de su hijo y no sabía si discutir o no con Antor acerca de este importante asunto de familia.

Amaba a su esposo, aunque eran muy pocos los allegados que podrían dar fe de con cuanta pasión lo adoraba. Hasta los camaradas de Antor se hubieran reído al imaginar que el franco e inocentón celta pudiese ser el único hombre que Livinia hubiese deseado. Cuando era joven, su riqueza le permitía escoger cualquiera de los hombres disponibles y su aspecto elegante aseguraba que incluso habría sido elegida sólo por su belleza. Pero Livinia había elegido a Antor, un hombre sin un céntimo y sin tierras en propiedad. Tenía una abundante melena pelirroja, una sonrisa amplia y luminosa y un par de grandes ojos azules que lo decían todo acerca de su honestidad y sinceridad. Livinia se perdió en cuanto le dirigió una sonrisa.

Ahora su querido Antor sufría de artritis cada invierno y su pelo se había vuelto más débil y canoso; pero lo amaba aun más, ahora que los fuegos de la juventud se habían apaciguado y enfriado. Antor todavía se aferraba a la frágil esperanza de que su hijo le reportase alguna alegría y Livinia estaba determinada a impedir que su dulce y viejo esposo sufriera alguna nueva desilusión. No, ella misma se haría cargo de su rebelde hijo bien amado y protegería a su marido de sus excesos hasta donde pudiese aguantar.

Tomada esta decisión, para bien o para mal, Livinia se irguió y endureció su indomable mandíbula. Tal como era su costumbre, haría lo necesario para proteger su hogar y a su familia.

Esa misma tarde, en cuanto la suave brisa primaveral invadió todas las estancias de la villa, Livinia llevó a Artorex hasta un rincón tranquilo del atrio. A su alrededor, las hierbas aromáticas desprendían un tenue perfume y las sombras irregulares suavizaban la inflexible expresión de su rostro.

—He hablado con mi hijo, Artorex, respecto al problemático asunto de la relación con su esposa. Creo que la situación ya ha sido enmendada.

El joven inclinó la cabeza. Sintió que se sacaba de encima el peso de una enorme culpa.

—Como siempre, señora, vuestras acciones son nobles y buenas. La señora Julanna es una damisela dulce y gentil.

Livinia acarició el rostro de Artorex con la ternura de una madre y él sintió que sus ojos se humedecían con el roce. Sus dedos estaban fríos y enjutos y se sorprendió

por el afecto que anidaba en su tranquilo rostro. La expresión fue fugaz, dejando al joven mayordomo dudando de si realmente había existido.

—Guardaremos los defectos de mi hijo como nuestro secreto —murmuró—. Mi marido se preocuparía muchísimo si percibiese que Keu pudiese ser tan desmedido. Confío en vos en este asunto, Artorex, porque sé que tenéis la armonía de la villa en vuestro corazón.

—Por supuesto, señora, daré puntual cumplimiento de vuestros deseos.

Durante la cena, en su primera noche, Gallia estaba sorprendentemente dócil, ganándose así la aprobación de Antor y Keu. Si ambos hombres hubiesen sabido que Julanna ya le había revelado sus más vergonzosos secretos, Keu no estaría tan complaciente.

—Él me… pega, Gallia, en cuanto lo disgusto por algo. No cabe duda de que soy muy estúpida y que lo irrito fácilmente. Por favor, no se lo digáis a nadie, porque él tiene derecho a hacer lo que le plazca.

—¡Tonterías! —replicó Gallia con un belicoso destello en los ojos—. Siempre habéis sido de naturaleza demasiado dulce para vuestro propio bien, mi flor. ¿Cómo podría un hombre decente herir a una preciosa niña como vos?

—De verdad, pongo a prueba su paciencia. Pasa la mayor parte de los días con Severinus y sus amigos, y el poco tiempo que está conmigo, se pone de mal humor. Ojalá supiera cómo ser una buena esposa.

—Lleváis en vuestro vientre a su hijo, ¿verdad? Keu debería estar encantado ante la perspectiva de ser padre dentro de poco —la voz áspera de Gallia contrastaba con la franqueza de sus respuestas.

Dos lágrimas corrieron sobre las mejillas de Julanna.

—Supongo que está orgulloso de mí y de nuestro matrimonio, pero nunca lo menciona —sollozaba Julanna—. Ya sé que no soy muy lista, no como vos, pero… pero… me golpea cuando lo molesto. Nada de lo que hago parece estar bien.

Para sus adentros, Gallia pensaba que cualquier hombre que lastimase a la madre de su hijo no valía nada como hombre, pero se abstuvo de opinar.

—Ojalá hubiese pasado más tiempo conmigo en lugar de malgastar las horas con sus amigos. No creo que me quiera en absoluto —gemía Julanna.

—¿Persigue a otras mujeres? —preguntó Gallia con gran sentido práctico. Julanna se ruborizó intensamente y rehuyó la mirada de su amiga.

—Que yo sepa no hay otras mujeres, pero… —su voz se fue apagando en un lamento.

—A lo mejor prefiere los muchachos —sugirió Gallia abiertamente, lo cual sobrecogió a la mojigata Julanna—. Nadie que sea un verdadero hombre y os conozca puede trataros tan mal.

—Por favor, ni se os ocurra siquiera sugerir tal terrible y perversa posibilidad. No podría soportar enterarme de que Keu tuviese un amante varón, sinceramente, no podría.

—Lo siento bonita. Ya sabéis que tengo la lengua suelta y que siempre me adelanto a los hechos. Por supuesto que Keu no tiene ningún interés sexual por los hombres.

Pero, para sus adentros, Gallia se propuso vigilarlo de cerca.

En la cena, Julanna resplandecía de felicidad con el regalo que le había traído Gallia: un pequeño pájaro mecánico que daba las horas dentro de su caja dorada. Una llave de oro daba cuerda al delicado autómata, que silbaba con un sonido muy agudo mientras agitaba sus alitas. Apenas podía dejar de hablar sobre ello.

Keu apenas disimulaba su impaciencia, mientras Livinia mostró su agradecimiento a Gallia con simpleza y dignidad. El joven amo se sumergió en un prolongado y hosco silencio.

Cuando un joven muy alto se unió a la familia, Antor se lo presentó a Gallia como su hijo adoptivo.

Artorex vio a una muchacha aniñada, con una espesa cabellera de oscuro pelo rizado y ojos de mirada penetrante y crítica. A poco de conocer a Gallia, su parloteo ya le irritaba y le hacía caso omiso, considerándola como una loca cotorra parlanchina. Nada de lo que dijo o hizo en toda la cena mejoró su opinión sobre ella.

A la mañana siguiente, Gallia se levantó temprano, dejando confundidos a los empleados de las cocinas al descender a sus dominios para rogarles que le preparasen algo sencillo de comer, que luego decidió llevar a su amiga en una bandeja. Julanna comió con moderación, ya que todavía estaba afectada por sus mareos matinales, aunque Gallia no tenía intenciones de permitir que su amiga se rindiese ante una leve náusea.

La invitada curioseaba por las espaciosas cocinas con el típico interés entusiasta de una mujer de ciudad. Un amplio horno de ladrillos, equipado con un profundo fogón, dominaba la sencilla sala pavimentada con lajas de piedra. Otro enorme hogar de ladrillos estaba preparado para cocinar cualquier tipo de comida, desde un lechón asado entero hasta delicadas exquisiteces en salsa que cocían a fuego lento en pequeñas marmitas de hierro colgadas de soportes por encima del fuego vivo. Un largo mueble de madera desgastada ocupaba la mayor parte de la estancia y Gallia percibió que esa mesa era el dominio del cocinero, un hombre pequeño y animado, de vientre abultado y brazos gesticulantes. Las sirvientas corrían obedientes al menor de sus gestos.

Gallia se desplazó dentro del organizado caos de la cocina sin ni siquiera imaginarse la gran conmoción que estaba causando. A una chica rolliza se le cayó el pescado que llevaba en una cesta llena de hierba fresca, lo que motivó un certero pescozón en la oreja propinado por el cocinero.

—Decidme, maestro cocinero, qué podría curar el vómito del ama Julanna, sin que por ello deje de alimentarse bien —preguntó al fiel sirviente, que se sobresaltó al verse envuelto en asuntos de mujeres.

Frith emitió una sonora carcajada desde su cálido rincón.

—No le hagáis preguntas a semejante saco de huesos con cabeza, señorita —empezó Frith—. Yo cuidé del ama Livinia cuando todos los de la casa pensaban que moriría por no comer nada, durante el embarazo del joven amo. Debemos darle agua fría, un poco de pan caliente para estabilizar el estómago, algo de leche con un toque de miel para darle fuerzas y luego una fuente de frutas cortada en trocitos para tentarla. Eso pondrá bien a la joven ama.

—Os lo agradezco —replicó con una sonrisa como un sol, que llenó de calor a la vieja mujer. Se volvió hacia el cocinero para decirle—: No puedo creer que estéis dispuesto a dejar que nuestra dulce Julanna sufra; sé que encontraréis exactamente la fruta indicada para tentarla.

El cocinero se lo tomó tan en serio que envió a los sirvientes a buscar manzanas del almacén de fresco y nueces y moras que se habían recolectado durante el otoño.

—Habéis sido todos muy amables conmigo —dijo Gallia rebosante de alegría y se precipitó a las habitaciones de su amiga con la comida.

Ésta estaba aún en la cama con aspecto de desdichada.

Gallia, sin inmutarse, la animó a tomarse un poco de agua fría y unos bocados de pan recién horneado. Luego aturdió a Julanna con las historias de sus posibles candidatos a novio y sus muchos defectos, hasta que la madre en ciernes se rió olvidándose de sus náuseas.

—Le dije a mi padre que si quería casarme con un hombre con cara de bacalao, yo misma me ahogaría —se reía mientras forzaba a Julanna a beber la leche—. Con respecto al viejo chivo, Preopius, el propietario de la flota que comercia con Sabrina Aest[7], le recordé a mi padre que si quería más nietos, era mejor que buscase a un hombre capaz de procrearlos.

—Sois realmente malvada —se rió Julanna—. Cómo os atrevéis —y se encontró mordisqueando crujientes trozos de manzana—. Me parece que después de todo, estoy hambrienta —dijo un tanto asombrada.

—Debéis comerlo todo y abrigaros, ya que enseguida saldremos a dar un paseo. Estoy segura de que os hará bien y es mucho mejor que quedaros encerrada aquí, entre estas cuatro paredes en compañía de vuestras lágrimas. Apurad querida, que si no, me veré obligada a vestiros yo misma.

—¿Cómo he sobrevivido aquí sin vos, mi alocada Gallia?

—Al parecer, no muy bien, a pesar de que vivís en el paraíso que es esta villa —replicó y se fue hacia la puerta, contenta de ver el éxito de sus esfuerzos en alegrar a su amiga.

Julanna dedicó algún tiempo a ser vestida por su sirviente pero antes de una hora ya estaba levantada, convenientemente abrigada contra los vientos… y llevada a la fuerza a un gozoso paseo alrededor de los edificios de la villa, seguida silenciosamente a corta distancia por el sirviente de Gallia.

Julanna nunca se había molestado en contemplar los alrededores de la villa, pero ahora, compartiendo el alegre interés de su amiga, vio las ovejas, las plácidas vacas y

las aves peleonas desde unos ojos que acababan de abrirse a la vida. Las dos jóvenes recogieron huevos del gallinero, con los que llenaron un viejo canasto. Gallia arrulló a los corderos, ahora casi tan grandes como sus madres y ambas estaban fascinadas con las mantequeras, las ruedas de queso y los enormes caballos que ya trabajaban con fuerza abriendo surcos en los campos y preparándolos para la siembra.

Mordisqueando una tardía zanahoria, Gallia, nacida y crecida en la ciudad, encontraba magia en cada rincón de la propiedad. Estaba encantada con los colores, las hojas doradas y escarlata, las altas nubes blancas y las variables tonalidades del marrón del limo de los campos.

Cuando Julanna empezó a quejarse de cansancio, Gallia también confesó su agotamiento y volvieron tras sus pasos hacia la villa.

En el potrero de los caballos, Targo y Artorex practicaban sus ejercicios de esgrima y las jóvenes se detuvieron a mirarlos.

—¡Vaya! —exclamó Gallia, riéndose— vuestro mayordomo es un joven bien alto y bastante guapo, ahora que lo miro con más atención.

—¡Gallia! —ahogó su grito Julanna, sorprendida por la mirada coqueta de su amiga.

—Bueno, realmente es así. Tiene un cuerpo bello y fuerte, y pelea muy bien, ¿no?

—¿Nuestro Artorex? —preguntó Julanna sin darle importancia—. Sí, supongo que es bastante hábil con las armas, aunque no entiendo por qué pierde tanto tiempo practicando.

—Cierto. Si es un mayordomo, ¿no debería estar ocupándose de las cosas de Lord Antor? —preguntó Gallia. La extraña y ambigua posición de Artorex en Villa Poppinidii picaba su curiosidad.

—Bueno, no es exactamente un mayordomo, aunque podrá llegar a serlo en su momento. Es el hijo adoptivo de Antor y, si creéis en las habladurías de los sirvientes, su padrino es Lucius de Glastonbury.

—¿El religioso cristiano? ¿Es Artorex seguidor de las enseñanzas del Nazareno?

—No lo sé, ya que nunca se ha expresado en ningún sentido al respecto. Pero la gente importante que viene periódicamente a comprobar sus progresos lo trata con especial favor.

—¡Qué extraño! —masculló Gallia chupándose el nudillo del pulgar, una costumbre adquirida de pequeña que significaba que estaba sumida en sus pensamientos.

—Ahora que hablamos de esto, recuerdo las profecías de esa maga, Morgana, que eran verdaderamente extrañas. Pareciera que significasen que Artorex estaba destinado por la Fortuna a alguna clase de futura grandeza —continuó Julanna, con su delgado ceño fruncido en una concentración inusual.

—Debéis contármelo todo Julanna, porque estoy muerta de curiosidad —gritó ansiosamente Gallia, arrastrando a su amiga hasta su habitación.

Julanna empezó a hilar lana fina, mientras Gallia montó su telar para tejer con el

delicado hilo un suave paño, con el que más tarde se harían las prendas del bebé. Durante el trabajo, Julanna le contó a Gallia todo lo que recordaba de la profecía de Morgana.

Gallia se mantenía inusitadamente tranquila mientras iba asimilando la historia de Julanna.

Cuando Lady Livinia se reunió con las dos jóvenes antes del mediodía, ambas cabezas de pelo oscuro estaban juntas y trabajaban con dedicación, tal como harían dos buenas niñas. Livinia se alegró al ver el rosado y saludable rostro de Julanna y percibir que su tímida sonrisa era más amplia y más espontánea de lo habitual.

—La chica hablará incansablemente, pero es buena para Julanna. Me alegro de que esté aquí hasta que nazca el bebé —le dijo a Antor mientras inventariaba las existencias de la granja junto a Cletus.

El mayordomo parecía respirar más tranquilo con el aire fresco.

—Es una chiquilla encantadora, pero apuesto que podría ser bastante rebelde —replicó Antor distraídamente—. Tengo entendido que es el ojito derecho del padre.

—Gallicus tiene cinco hijos fuertes, por lo que puede permitirse ser indulgente con ella. De todas formas y a pesar de mis reservas, me cae bien —terció Livinia.

Por el contrario, a Keu, Gallia le caía fatal.

Se había levantado por la tarde de mal humor y al entrar de una zancada en la habitación de su esposa, encontró a las dos mujeres juntas.

—¿Qué hacéis mujer? —le preguntó impaciente.

Julanna se redujo a decir incoherencias, pero fue salvada de mayores molestias por la oportuna intervención de Gallia.

—Está haciendo las envolturas de lana para vuestro futuro hijo, señor. ¿Lo veis? Vuestra mujer está hilando el hilo más fino que se pueda imaginar. La lana es tan ligera como un vilano cuando se la teje en el telar.

Keu gruñó con desdén.

—¿Estaréis con nosotros por la noche, esposo? —preguntó Julanna tímidamente.

—No, Severinus espera que acuda a su fiesta —replicó Keu rudamente.

—¡Ah! Esperaba veros más a menudo ahora que Gallia está aquí.

—La charla de mujeres no me interesa —masculló Keu—. Tengo mejores propuestas para pasar la noche.

—Por supuesto, marido —replicó Julanna en tono conciliador.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —se burló cruelmente Keu imitándola—. ¿No podéis hablar de otra cosa que no sean bebés y tejidos?

—Vos mismo hicisteis la pregunta, señor —replicó Gallia, levantando altiva la cabeza y sus ojos color ámbar llenos de resuelto desdén se encontraron con la mirada de Keu.

Julanna intentaba ocultar sus ojos henchidos de lágrimas.

—Vuestra esposa no se encuentra bien, señor. Seguramente significará más para vos que una simple fiesta.

Gallia reconoció que había ido demasiado lejos, pero la arrogancia del joven amo era insoportable y algún diablo en su interior le alentaba a que se enfrentase a esa insoportable superioridad.

Keu se sonrojó inconscientemente y su mandíbula se movió formando una mueca de desdén.

—Parece bastante obvio que vuestro padre no os ha enseñado sobre cuándo debéis hablar, jovenzuela, y cuándo permanecer callada.

Ahora, Keu apenas podía controlar su enfado, tal como se podía deducir de sus dedos crispados.

Gallia levantó más aún su mentón para demostrar que no se sentía intimidada.

—Si de alguna forma os he ofendido, señor, os ruego me perdonéis. Pero Julanna no está bien y suspira por vuestros cuidados.

—Bueno, tendrá que suspirar sola —gruñó Keu y se retiró majestuosamente de la habitación llevándose su malhumor y dispuesto a enfrentarse con el primer sirviente que se cruzase en su camino.

—¿Cómo os atrevéis a contrariarlo? —preguntó Julanna sin aliento, atónita por la actitud de su amiga.

—¿A él? Querida, no diré nada en contra de vuestro marido, pero me encantaría darle unos buenos cachetes, dado que se comporta como un niño malcriado.

—Pero es el único hijo del amo y será el *pater familias* cuando Antor muera —Julanna parecía bastante aterrorizada por lo que podría depararle el futuro.

—Es un matón y no permitiré que os asuste… ¡y eso es todo!

—¡Estoy tan contenta de que hayáis venido, Gallia!

—Mmmm —fue toda su respuesta.

Esa tarde, después de que Julanna se retirase a descansar, su amiga decidió explorar Villa Poppinidii a fondo. Con su sirviente a la zaga y sin tener en cuenta las miradas interrogantes de los jornaleros, atravesó todo el ancho de los campos de cereales, hasta alcanzar los potreros donde las flores crecían imparables casi hasta el límite del bosque. Mientras iba arrancando flores y preparando un ramillete para su amiga, su búsqueda le llevó hasta las profundas sombras que rodeaban los grandes robles.

—Mejor sería que os mantuvieseis alejada del bosque, Lady Gallia —le dictó una voz brusca interrumpiendo sus pensamientos.

Gallia apenas pudo evitar un estremecimiento de sorpresa.

Girándose con la falda de su peplo llena de flores salvajes, se vio forzada a mirar hacia arriba al sonriente rostro del mayordomo montado en un gran semental negro.

—Me habéis sorprendido, señor mayordomo. Me temo que mi mente estaba en otro sitio. ¿Tan peligrosos son estos bosques?

—Muy peligrosos —replicó Artorex—. Antes de caminar veinte pasos ya estaréis perdida. Y hay muchos peligros para los despreocupados incautos.

Gallia sonrió tan encantadoramente como sabía, porque era una coqueta

renombrada y el mayordomo hizo aflorar lo peor de su carácter.

—Tenéis un bonito caballo, Artorex, y tan grande.

—Sí, lo es. Pero menor que su madre —respondió el jinete, incómodo. Estaba descubriendo que esa espontánea joven tenía la habilidad de hacerlo sentir torpe e incómodo, simplemente por contemplar su pulcra cabeza ligeramente inclinada, como sorprendida.

—Seguro que no —replicó claramente.

—Oh sí, Afrodita es su madre, pero su semental fue un caballo salvaje que se apareó con ella en el bosque.

—¿Afrodita? —Gallia adornó el nombre con un arrullo de sorpresa que hizo resaltar sus pequeños labios rojos.

Sin decir palabra, Artorex señaló a un enorme caballo que cruzaba un campo vecino, tirando de un carro cargado con heno recién cortado.

—Bueno, es mucho más bonito que su madre. En eso estoy de acuerdo —se rió y toda afectación se desvaneció con su alegría. Luego su expresión cambió totalmente, dejando a Artorex más confuso todavía.

Se giró hacia su sirviente y le hizo un gesto para que se alejase fuera del alcance de sus oídos. Acostumbrado a los cambios de humor de su ama, el fornido hombre obedeció.

—Por favor, Artorex, ¿podríais caminar conmigo un poco? Ardía en deseos de hablar con vos durante todo el día, pero no quería molestaros.

El joven pensó que nunca había conocido a una mujer que hablase tanto y dijese tan poco, a excepción de brillantes halagos. Era imparable y muy parecida a los nervios de Recio cuando las yeguas estaban en celo. No sintió envidia alguna del hombre que sería su marido en el futuro. Pero, a pesar de sus reservas, desmontó y llevó a Carbón por las riendas, acortando su paso para amoldarse a los pasitos de Gallia.

—Seguro que esta granja se las arreglará sin mí durante un momento, si deseáis mi compañía.

Los últimos signos de coqueteo de Gallia se desvanecieron como un chal caído. Sus ojos se clavaron tan directamente en los suyos, que Artorex se vio obligado a detenerse.

—Me alegro de que tengáis tiempo para hablar conmigo —sonrió cálidamente antes de continuar—. A estas alturas ya debéis saber que voy a quedarme en la villa como compañera de Julanna. Es mi amiga desde hace muchos años, pero con el poco tiempo que llevo aquí, se me ha despertado la curiosidad de saber qué clase de vida lleva aquí… especialmente en lo concerniente a su marido.

Otra vez volvió a sonreír a Artorex calurosamente, de tal forma que sus siguientes palabras lo dejaron boquiabierto.

—¿Suele pegarle a menudo? —preguntó Gallia secamente.

—Es una pregunta que no debo contestar, señora mía —replicó Artorex—. Sólo

soy el mayordomo de la propiedad y no estoy en situación de hacer comentarios sobre la conducta de mis amos —cerró los ojos por un instante. «Esta niña carece de tacto».

—Venga, hombre. ¿Quién me va a contestar en la villa si no lo hacéis vos? Siempre he preferido ir al grano y ahorrar tiempo. Artorex observó su cara de persona resuelta, con ojos opacos y aguzados. «¿Qué otra cosa se le ocurrirá preguntar después?».

—Keu es el hijo de Lord Antor —dijo—. Y un día será mi amo.

—¡Pero si sois nacido libre! ¿No tenéis cerebro debajo de esa mata de pelo? —inquirió Gallia mordaz.

Sin saber por qué, Artorex se rió. En su papel de mujer enfadada, la muchacha le recordó a una gallina moteada, corriendo de un lado a otro, con su pico listo para picotear los pies de su enemigo más próximo.

Gallia interpretó su risa por lo que verdaderamente era: condescendencia indulgente. Y dio una patada al suelo en señal de frustración.

—Incluso una mujer puede razonar, mayordomo —protestó.

—Como respuesta a la pregunta —dijo Artorex, encogiéndose de hombros—, Keu es… sólo… Keu. Es el hijo único de una rica familia romana y cree que ocupa un lugar prominente en el mundo.

—¿Y es tan importante que no puede pasar ni un rato junto a su esposa, embarazada de su propio hijo?

—Él también piensa que es demasiado importante para toda esta tierra —respondió extendiendo los brazos como si quisiera abarcar Villa Poppinidii y todas las tierras que la rodeaban. La amargura subyacía en su sarcasmo y Gallia podía percibir claramente la rabia contenida que se escondía en su respuesta.

—Entonces es un insensato —replicó Gallia, algo aliviada por la franqueza del muchacho—. Confía su riqueza a la honestidad de los demás.

Gallia giró sobre sus talones y se encaminó hacia la Villa. Artorex se vio obligado a seguirla.

—Y vos también os estáis comportando de forma insensata, señora Gallia, si habláis tan duramente de vuestro anfitrión en su propia casa.

Ella se detuvo abruptamente y lo miró directamente a los ojos.

—¿Negáis la verdad de lo que he dicho? —preguntó.

—No, pero no tenéis derecho a decirlo. Julanna es la esposa de Keu, por lo tanto, es de su propiedad y puede hacer con ella lo que quiera. Vivimos según los dictados de los viejos tiempos y Villa Poppinidii sigue las antiguas tradiciones.

—¿Incluso vos?

—Keu y yo no somos amigos, ni lo seremos jamás. Lo serviré como un criado, pero sólo en agradecimiento hacia mis padres de acogida. No necesito querer a Keu para ser su mayordomo. De alguna forma, Artorex percibió que esta chiquilla, tan pequeña y tan inflexible, había logrado que le dijese algo que jamás habría confesado.

—La sangre que fluye por mis venas es mucho más pura que la que alimenta a Keu —contestó Gallia con dignidad, manteniendo la cabeza bien alta—. Soy romana pura, no un celta semibastardo. Sus actos son horribles proviniendo de su linaje.

Parecía una paloma furiosa y a Artorex le preocupaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Miró a su alrededor para comprobar que no había nadie que pudiese escuchar las palabras de la niña. ¿Es que no tenía un mínimo de discreción?

—Mis hermanos comparten mi linaje y no ejercen la totalidad de los derechos como maridos sobre los cuerpos de sus esposas —continuó Gallia.

Artorex se encogió de hombros, la estirpe era un tema de poco interés para un huérfano.

—Y resulta que se permite que Keu pegue a su mujer y en Villa Poppinidii todos lo saben —afirmó Gallia con convicción—. ¡Qué cobardía!

Artorex volvió a encogerse de hombros. La verdad era evidente.

—¿Hay alguien aquí que pueda protegerla de su marido?

—No, nadie en absoluto, si el ama Livinia decide cerrar los ojos… como creo que vos debierais hacer, si sois sensata.

—No soy tan miserable.

—Os creo, pero ¿qué esperáis de mí? Lady Livinia habló con su hijo, por lo que yo espero que no haya más violencia. No podría pedir un castigo para el hijo de la casa, ni tampoco estoy en situación de criticar las decisiones de los amos de la residencia —Artorex se sentía frustrado con esa discusión, sobre todo porque en el fondo de su corazón sabía que Gallia tenía razón. Keu era un matón y hasta el más miserable de los sirvientes de la villa lo sabía. Él mismo había visto las pruebas y se sentía infame por su complicidad.

—Como mayordomo de esta noble casa, supongo que nada podéis hacer si los padres no ponen coto a la crueldad de su hijo. Todo esto es muy triste, porque yo consideraba esta villa como un trozo del Olimpo y es descorazonador descubrir que la maldad se encuentra en todas partes —Gallia suspiró profundamente y Artorex sintió que su propia irritación se escapaba con esa suave exhalación de su aliento.

Pero la chica lo sorprendió inmediatamente con la siguiente pregunta.

—¿Es aficionado a la moda griega?

—¿Qué? —Artorex se detuvo tan bruscamente que Carbón se estrelló contra su espalda.

—¿Busca el amor entre muchachos jóvenes y hombres afeminados? —preguntó Gallia como si se dirigiese a un niño inocente.

—No sé nada sobre las preferencias amorosas del amo. Su amigo Severinus, es otra cuestión… pero nunca he sido invitado a relacionarme con mis superiores.

—Muy ventajoso —dijo Gallia suavemente, como si hablase consigo misma.

Girándose, sonrió al rostro ceñudo de Artorex.

—Gracias, Artorex —le sonrió una vez más en despedida—. Podéis dejarme ahora; quisiera retornar a la villa.

Su abrupta despedida irritó a Artorex más de lo que podría haber esperado.

Mientras montaba a Carbón y se alejaba, su mente barajó un montón de respuestas mordaces a sus preguntas impertinentes. Pero ya era demasiado tarde.

—Maldita muchacha —se dirigió a Carbón, que relinchó animándole—. Me hace sentir como un tonto.

Sin embargo, una vez que una idea se enraíza, comienza a crecer.

Muy a su pesar, Artorex descubrió que sus pensamientos volvían a Keu y sus amigos, a pesar de lo intensamente que intentaba esquivarlos. También pensaba en Gallia, que se introducía en sus lecturas de las hazañas de César en su lucha contra Vercingetorix, algo que jamás le había sucedido antes. En los días siguientes, cuando estaba en su presencia, luchaba por encontrar su mirada de ojos ambarinos… y se dio cuenta de que las cavilaciones sobre sus exuberantes pechos empezaban a perturbar su sueño.

Las mujeres son extrañísimas, pensaba para sus adentros en muchas ocasiones. Los demás sirvientes notaban frecuentemente que se quedaba contemplando el vacío distraídamente en lugar de concentrarse en la gestión de la villa.

Naturalmente, empezaron las habladurías.

—El joven mayordomo está enamorado —se carcajeó Frith en su cara, una mañana en que la helada lo había llevado a las cocinas para calentarse las manos agrietadas.

—¡Tonterías, Frith! —respondió Artorex, aunque la anciana sirvienta advirtió que ante sus palabras le aparecían dos manchas rojas en la delgada piel de sus pómulos.

—Pienso que es Lady Gallia quien os distrae —añadió Frith complaciente.

Su avanzada edad y los servicios prestados a Lady Livinia permitían que gozase de cierta impunidad, por lo que Frith hacía uso de su lengua sin ningún reparo. La sirvienta era una aristócrata natural.

—Yo soy un sirviente, Frith y la señora Gallia pertenece a un antiguo linaje.

—¡Qué disparate! —respondió Frith rudamente—. Su padre Gallicus, puede ser un caballero, pero no tiene ninguna clase. Es un vendedor de pescado —exclamó, como si tal explicación pudiese cerrar el abismo existente entre Gallia y el favorito de Frith.

Artorex besó su arrugada mejilla rosada.

—Por favor, no alimentéis más intrigas —le dijo en voz baja—. Si queréis conservarme sano y salvo.

—¿Y quién se atrevería a tocaros, joven, cuando vos podrías partirlo en dos en un instante? —contestó Frith con sentido práctico—. Y ahora idos, si no los sirvientes empezarán a murmurar sobre nosotros dos.

—Para mi sois más bella que todas las doncellas de Roma —le sonrió Artorex contemplando su viejo rostro marchito.

—Fuera de aquí, cuentista —pero Frith estaba radiante por el amor que sentía hacia él.

La mente de Artorex estaba ahora totalmente ocupada con las venenosas corrientes que burbujeaban por debajo de la plácida superficie de Villa Poppinidii y decidió que hablaría sobre el asunto con Targo en cuanto se presentase la ocasión. Si había alguien en la villa con quien se pudiese hablar con franqueza sobre esos temas, éste era el versado veterano.

Se reunió con el viejo guerrero bajo su aliso favorito, poniéndose cómodamente de cuclillas sobre sus talones, al lado del veterano y sopesando sus palabras. Artorex había vivido junto a Keu toda su corta vida y había elegido borrar todas las palabras rencorosas y los insultos que el joven amo había lanzado contra él, incluso cuando todavía era un niño. Targo era un sirviente de la casa y podría sufrir las consecuencias si se veía envuelto en cualquier intento de castigar al joven amo. Artorex entendía ahora la astucia rastrera y vindicativa perpetrada durante años por los sirvientes. El amo cruel era frecuentemente castigado mediante distintos métodos subrepticios: un plato preparado con excesiva sal, o una ortiga colocada bajo la sudadera de un caballo díscolo para que un accidente lo lesionase.

Pero, a su manera, Targo era un hombre honrado. Despreciaba los métodos a los que recurrían los sirvientes para vengarse y en su lugar, prefería ir acumulando los insultos de Keu hasta el inevitable día en que al amo le tocase ser humillado.

—¡Haced ya la pregunta, muchacho! ¡Desembuchad! O me encontraré en mi lecho de muerte antes de que encontréis las palabras adecuadas. ¿Qué queréis?

Targo era tan directo como Gallia. Por un instante Artorex sonrió ante la idea de una conversación entre esos dos impredecibles personajes.

—Quisiera hablaros de Keu. ¿Qué rumores corren en la villa sobre el joven amo? ¿Qué hace con su tiempo? ¿Adónde va?

Targo levantó una blanca ceja socarrona.

—Así que de ese lado sopla el viento, ¿verdad? Voy a ser directo como una flecha con vos, muchacho. La villa no tiene ninguna simpatía por Keu, pero este triste hecho es sabido por todos. Es rápido con su látigo, lento para pagar y sus amigos son aún peores que él. Y no diré nada más.

—El día de mañana podría ser mi amo y necesito saber a qué raza de hombre he de servir. Por favor Targo, vos sois el que más sabe sobre todo lo que está ocurriendo en esta villa.

—No diré ni la mitad de lo que sé —replicó el veterano, con una mueca sardónica —. Así es como he llegado a viejo.

Artorex esperó con sus manos relajadas sobre las rodillas.

Después de un largo y obstinado silencio, Targo se dio por vencido.

—No le diréis a nadie lo que os cuento, porque no deseo encontrarme tirado en la puerta de mi casa con una boca adicional sangrando a la altura de mi cuello.

—No puedo creer que Keu sea capaz de asesinar —exclamó Artorex—. Sé que es un gamberro y que sus amigos son unos gandules y borrachines, pero es demasiado débil para cometer un crimen.

—¿Lo es? Bueno, entonces no necesitáis que os cuente nada, jovenzuelo.

Targo empezó a incorporarse, ante lo que Artorex se deshizo en disculpas y, a regañadientes, el viejo se volvió a reclinar sobre el tronco del árbol.

—El joven amo ha sido cruel desde que era un niño. Su madre es una gran dama y Lord Antor es de naturaleza tan simple como el viejo Recio, por más que resople y jadee cuando está de mal humor. Pero Keu nació con un agujero negro dentro de su corazón y no hay nada en toda esta tierra que alcance a rellenarlo. No se puede confiar en él.

—¿Lo sabéis de buena fuente?

—Con total seguridad, fuera de dudas. Tristemente soy consciente de algunos asuntos vinculados con el joven amo… asuntos que no quiero relatar a nadie. Pero dado que vos mismo sois conocedor de uno de sus pecados particulares, os confirmaré que arruinó a Afrodita porque no estaba dispuesta a obedecer fácilmente a las riendas cuando todavía era una potrilla de un año. La aporreó hasta que su pelaje quedó totalmente ensangrentado.

Targo meneó la cabeza al recordarlo.

—Cuando Keu era joven, trató de matarme en cuanto le di su primera espada con filo —continuó el viejo—. Se me acercó por detrás, pero yo presentí su intención y evité el ataque. No pudo encontrar por dónde entrarme… y luego aseguró que sólo me estaba poniendo a prueba. Está dominado por la inquina y no se puede confiar en él. Y menos vos, especialmente.

—Pero seguramente Antor conoce el carácter de su hijo —Artorex no tenía razón alguna para defender a Keu, pero estaba repentinamente sorprendido de lo poco que sabía sobre lo que acontecía dentro de los muros de la villa.

—Ambos, Lord Antor y su mujer, son plenamente conscientes de los defectos de su hijo. Fingen lo contrario, pero yo he visto al amo observar al joven, y conozco esa mirada. Está avergonzado de Keu. Ambos lo están, pero, como todos los padres, aman a su hijo.

Targo levantó la vista y se quedó un buen rato contemplando las ramas del aliso. Cuando empezó a hablar de nuevo fue como si se liberase de pensamientos aterradores que llevaban mucho tiempo escondidos en su interior.

—Keu no busca herir a nadie en particular, no sé si comprendéis lo que quiero decir. Para él lo importante es infligir dolor, porque eso realza su hombría. ¡Vino, sangre y cópula! Esos tres demonios transforman el mundo en un terrible lugar.

Targo hablaba de forma algo enigmática y Artorex no se atrevía a interrumpir el flujo de sus pensamientos. Los ojos del veterano reflejaban tristeza, como si hubiese visto demasiadas cosas del lado brutal del ser humano.

—Hace unos años, dos niños pequeños desaparecieron de una aldea al este de aquí. ¿Lo recordáis?

—Me suena algo así, pero en aquellos tiempos no le di ninguna importancia —contestó serenamente Artorex—. Fue antes de que fueseis mi tutor y recuerdo que

Frith me advirtió que me mantuviese lejos del Viejo Bosque o los espíritus malignos me robarían.

—Podéis agradecer a Mitra que Antor ordenase entrenaros para la batalla, porque quizá no estaríais aquí ahora, tan fuerte y sin tener miedo a nadie.

Artorex estaba sumido en la confusión, mientras Targo simulaba examinarse las manos encallecidas.

—Los niños, un chico y una chica, eran hermanos, los únicos hijos de un leñador. El niño tenía trece años y la niña unos once, cuando fueron vistos por última vez —Targo hizo una pausa mientras recuperaba la memoria de aquellos días oscuros—. Los aldeanos estuvieron buscándolos durante semanas, pero a los niños se los había tragado la tierra y los supersticiosos decían que un demonio los había devorado. Como se supo más tarde, un monstruo se había llevado a esas dos criaturas que jamás en la vida se habían separado. Encontramos a la niña una semana después. Había sido torturada y le habían arrancado el pelo y las manos. Estaba aún viva cuando el monstruo le cortó las venas, ya que el suelo del bosque donde la encontraron estaba empapado con su sangre. Su rostro… una cosa es matar en una batalla, y yo he visto cosas que pondrían enfermo al hombre más fuerte, pero este crimen era grotesco… y todavía hoy lo veo claramente.

—¿Fue violada? —preguntó Artorex, porque sabía que en muchas ocasiones los niños son víctimas de esas bestias humanas.

—No, estaba intacta. Pero estoy seguro de que el hombre… o los hombres… que la mataron debían odiar a las mujeres. Incluso le cortaron sus pequeños pezones de niña cuando la mutilaron. Sangraba abundantemente por sus heridas… y los muertos no sangran.

—¡Qué horror! —Artorex no pudo evitar una exclamación de disgusto.

—El cuerpo del chico fue encontrado unas semanas más tarde. Había sido enterrado en una fosa poco profunda en el límite de los bosques, encima de Falcon Fold, pero el frío del invierno mantuvo fresco su cuerpo y su padre puedo reconocerlo sin dificultad. Ninguno de nosotros sabía cómo comunicar la desgracia a su madre y el leñador casi se volvió loco de dolor.

Instintivamente, Artorex se percató de que esta lúgubre historia recorrería un largo camino hasta llegar al final.

—El chico había sido violado repetidamente. La sangre todavía manchaba sus pequeñas caderas en estado lastimoso. Lo habían atado y luego abandonado hasta morir de hambre.

—¿Pero qué tienen que ver esos horrores con Keu? —preguntó Artorex.

—Me pregunto si no recordáis la Matanza de los Inocentes. Nadie, ni sirvientes, ni amos, habló de otra cosa durante semanas. Y luego, un día, cuando el ama Livinia le advirtió a Keu que tuviese cuidado, porque había un sangriento asesino suelto, vi la sonrisa del joven amo. Fue una sonrisa breve, pero intuí que era culpable de algo. Los aldeanos desconfiaban de Severinus y de su efebo, pero donde va Severinus, allí va

Keu.

—En aquellos días sentía pena por mí mismo —explicó Artorex en voz baja—. Pasaba mucho tiempo en el Viejo Bosque escapando del trabajo y no recuerdo demasiado la historia de los niños perdidos —susurró lentamente, con su mente agotada por la gráfica crueldad del relato de Targo.

—Más o menos cada año, desaparece un niño. Pero hay tantos niños y tantos rumores sobre sus destinos que cada historia es más increíble que la siguiente. Algunas veces encontramos los restos, pero en la mayoría de los casos, los cuerpos fueron bien escondidos por las bestias que cometieron tales crímenes.

—¿Y creéis que… Keu participa en esas abominaciones?

Targo miró hacia la villa por encima del hombro con una expresión entre hostil y angustiada. Artorex no podía recordar haber visto jamás al veterano con ese rictus de miedo en su cara, aunque en seguida su rostro se transformó en un caleidoscopio de cambiantes emociones… y una de ellas era el pavor.

—Sí —y esa palabra salió lenta y a regañadientes de su boca, casi en un susurro —. Bien solo, o más probablemente junto con su amigo Severinus. Era aún muy joven cuando desapareció el primer niño, pero ya era amigo de Severinus.

Targo miró a su joven pupilo.

—No me sorprendería saber que Keu no tiene arrestos para ser parte activa en esas atrocidades. Pienso que sólo se satisface viéndolas, como los suplicantes de los más horrorosos festivales que se ofrecen durante la Lupercalia en Roma, antes que los bárbaros la incendiasen y la transformasen en mármol ennegrecido. Lo que quiero decir, muchacho, es que tanto Keu como su amigo son un par de asesinos. Y, sí, creo que es cómplice en la matanza de esos niños. Que los dioses me ayuden, pero tengo lástima por el amo Antor si alguna vez se llega a enterar de lo que sospechan los aldeanos.

Artorex estaba indignado, tanto por el manto de silencio que cubría la villa, como por la villanía que acompañaba la ejecución de tales crímenes.

—Sin embargo, tengo muy claro que lo despreciáis y no obstante obedecéis sus órdenes con la cara impávida —protestó Artorex—. ¿Cómo podéis manteneros callado? ¿Pensáis que Antor sabe algo acerca del destino de esos niños y se mantiene en su mutismo para proteger a su hijo?

—Odio a Keu con la repugnancia de un viejo soldado, pero he odiado a muchos hombres y a pesar de ello les he dejado respirar. Simplemente obedezco sus órdenes porque es él es hijo de Lord Antor, un noble y verdadero caballero que me acogió cuando estaba a punto de caer sobre mi propia espada. Mi amo no sabe lo que hace su hijo, porque no tiene ni el rostro ni los ojos de los que dicen mentiras sin inmutarse. Juro que no sospecha nada de él.

Miró hacia sus manos que retorcía y frotaba sin descanso.

—No podría soportar ser la persona encargada de decirle a lord Antor todo lo que se dice por ahí. No tengo pruebas y tampoco las tienen los aldeanos, por lo que no

creo posible que Lord Antor se crea cualquier historia que pueda manchar la dignidad de su casa. Y con respecto a la señora, no lo admitiría jamás. Ella misma mataría a su hijo si por su culpa se deshonrase el nombre de la familia.

Los ojos de Targo estaban inundados tanto por el disgusto como por las lágrimas y Artorex se estremeció al apreciar lo que habían desatado sus dudas.

—Ahora que ya conocéis mis temores, muchacho, debéis prometerme que no haréis nada hasta que podamos actuar con certeza. Podemos infligir demasiado dolor sobre muchos inocentes si actuamos sobre la base de una mera sospecha.

Artorex asintió.

—Estoy de acuerdo. Debemos vigilar y tratar de proteger a la familia del mal… incluso a Keu. Como vos, debo mi vida a Lord Antor y al ama Livinia.

La brisa de la mañana era tan fría que erizaba el vello de los brazos de Artorex. Se puso de pie. Sus ojos estaban casi cerrados mientras se concentraba pensando en el problema de su hermano.

—¡Maldita sea! —suspiró—. Estaba tan tranquilo hasta que me espoleó para hacerme pensar.

—Habláis de la dama Gallia, supongo —dijo Targo, con una sonrisa burlona que mostraba sus dientes amarillentos—. Un sabroso y pequeño bocado de problemas.

—Sí, es un infernal fastidio, pero es aguda… ¡y muy guapa!

—Tan aguda que os podéis cortar con ella si no tenéis cuidado, muchacho. Jóvenes provocadoras como la señorita Gallia son una maldición para la mayoría de los hombres, porque pueden volverlos locos.

Todavía quedaba mucho por hablar cuando los dos hombres se dispusieron para su práctica diaria de esgrima.

Ignorante de la conmoción que estaba causando en las tranquilas aguas de Villa Poppinidii, Gallia ayudó a Julanna a pasar sus largas horas de inactividad forzosa, mostrándole toda suerte de baratijas que había traído desde Aquae Sulis: peines enjoyados, un juego de pinzas, un pequeño amuleto de la Diosa madre tallado en hueso de ballena y delicados hilos de Oriente. Todo ello encontraba sitio en la habitación de Julanna.

Cletus murió repentinamente, cuando la primavera estaba en su máximo esplendor. Estuvo tanto tiempo enfermo que el amo y su mujer, consideraron la muerte como una bendición para el fiel sirviente. Como no tenía ni hijos ni parientes, fue enviado a sus dioses discretamente y sólo con la familia y los sirvientes de la casa como testigos. Después, sus cenizas fueron desparramadas por los campos que él mismo había labrado. Cletus dejó el mundo de Villa Poppinidii tan tranquilamente como había vivido. Su muerte no causó el mínimo disturbio, ya que providencialmente su reemplazo estaba totalmente preparado.

Durante el siguiente mes, a pesar del desdén mostrado por Keu, Gallia se mantuvo al lado de Julanna, así que el joven padre en ciernes ideó ausentarse del hogar a menudo, a veces durante varios días seguidos. La primavera se alzó en vuelo

sobre fragantes alas y hasta Gallia se sumió en un aura protectora de paz y satisfacción.

Hilaba con su hábil fina mano, y las amigas pasaban incontables horas preparando la ropa para el bebé y bordando imaginativos diseños que embellecían las finas lanas y linos. Era excepcional que las chicas estuviesen aburridas, ya que Gallia conocía un montón de historias que nunca dejaban de embelesar a su amiga. Si hubiese sabido cuán cuidadosamente Artorex las vigilaba, Gallia se habría sentido menos cómoda dentro de las paredes de la villa.

Cuando Julanna se encontraba a menos de un mes del parto y el principio del verano estaba a sólo unos días, los tres viajeros retornaron una vez más a la villa.

Algunos días relucían como si el aire caliente llevara polvo de diamantes. Una cálida brisa caprichosa había soplado durante todo el día y la familia había pasado la mayor parte de las horas más calurosas en el atrio, donde la fuente ofrecía una leve ilusión de frescor. Las señoras se abanicaban con desgana y contemplaban con ansia el trozo visible de cielo, que no mostraba la menor traza de alguna nube refrescante. Hasta los pájaros estaban mudos, como si el calor les hubiese robado el poder del canto.

Los tres nobles visitantes eran una bienvenida distracción ante el desacostumbrado calor. La excusa para holgazanear en los baños y vestirse para la cena era una bendición después de aguantar la canícula que había aporreado a la familia durante todo el día.

Antor saludó a Myrddion, Luka y Llanwith pen Bryn con gusto, ya que se daba cuenta que gracias a estos nobles y poderosos hombres, ahora estaba en posesión de un joven y fuerte mayordomo que podría administrar sus tierras durante muchos años. Al morir Cletus, el joven Artorex tomó inmediatamente el control total de la vida cotidiana de la villa y llevaba a cabo sus tareas a la perfección, incluso antes de que su promoción fuese confirmada por Antor. Gran parte de lo que Artorex era en la actualidad se debía a la intercesión de los tres caballeros, Antor lo sabía y por ello les estaba agradecido.

La presencia de Gallia causó algo de consternación entre los nobles visitantes. Obviamente no habían previsto la existencia de otros huéspedes durante su visita.

Gallia estaba emocionadísima y expectante ante la aparición de las visitas y sus ojos dorados destellaban al detectar cada pequeño detalle que revelaba la estancia de personajes poderosos e influyentes. La daga de dragón de Llanwith le dijo mucho, porque si no erraba, la empuñadura estaba forjada en hierro y oro puro. Luka llevaba un torques de antigua confección y aunque el metal le resultaba desconocido, la pequeña y mundana Gallia dedujo que se trataba de oro blanco.

En Myrddion, ahora engalanado con un mechón de pelo blanco en su negra cabellera, Gallia reconoció los modales de alguien que está en contacto diario con los grandes y poderosos. Siempre que los encontraba, inmediatamente reconocía a un dignatario o a un cortesano de alto rango. Myrddion llevaba un rubí del tamaño de un

huevo de paloma en su pulgar, como si tal cosa, y tenía una oreja perforada de donde pendía una extraña lanza de oro.

Sí, realmente estos tres hombres venidos de lejos eran muy peculiares. Hombres que acudían con escasa frecuencia para observar los progresos de Artorex y que luego partían tan rápido como habían llegado. Supo que había algún secreto propósito en sus visitas, dado que los hombres con poder y riquezas nunca actúan impulsivamente. Gallia sonreía encantada. Misteriosos extranjeros, rumores del ancho mundo de Britania y una oportunidad para ponerse sus mejores vestidos. Todo ello bailaba de forma incitante en sus pensamientos.

—Todo lo que ocupe a Keu y desvíe sus insultos es bueno —murmuró en voz alta, poniéndose inmediatamente seria—. Este calor nos está poniendo irritables a todos.

Pero Gallia no podía estar triste durante mucho tiempo, así que salió bailando hacia su habitación para evaluar las deficiencias de su guardarropa.

CAPÍTULO V

NACIMIENTO Y MUERTE

COMO YA ERA costumbre en Villa Poppinidii, se preparó un festín en honor de la llegada de los tres dignatarios. Artorex mantuvo la cocina bajo una ferviente actividad y las ágiles sirvientas prepararon las tres habitaciones para los visitantes. Gallia se vio obligada a dormir en un jergón en la habitación de Julanna. No protestó, porque sabía que Keu incrementaba día a día su malhumor y agradeció la oportunidad de poder proteger a su amiga del mal genio de su marido. Artorex estaba intranquilo, porque tenía claro que Keu andaba como un loco y su humor se volvía cada vez más impredecible. Los nobles visitantes sólo sirvieron para enervarlo aún más; Artorex escuchó cómo insultaba groseramente a un sirviente que estaba poniéndose una nueva túnica para la fiesta. Mientras el mayordomo recorría las dependencias de la villa cerciorándose de que todos los detalles de la recepción satisficiesen las expectativas de Lord Antor, divisó a Targo rondando entre las sombras de los establos.

El viejo estaba envuelto en un manto oscuro de manera que sólo los ojos más agudos podrían detectarlo mientras espiaba las idas y venidas de la villa. Artorex advirtió que el veterano llevaba su espada corta y su daga envainadas en la cintura.

—¿Qué noticias tenéis, Targo? ¿No deberíais encontraros en los brazos de vuestra viuda, o sentado a su lumbre? —preguntó Artorex desde el patio.

El instructor se mostró alarmado por el saludo de su pupilo en voz tan alta. Se llevó un dedo a los labios en señal de silencio y luego lo empujó dentro de la relativa oscuridad de los establos.

—Hablad más bajo, muchacho. Podríais ser causa de la muerte de ambos.

—¿Por qué estamos susurrando? Los ojos de Targo relucieron en la penumbra. Si no lo conociese a fondo, Artorex habría pensado que el viejo estaba muerto de miedo.

—Acaban de decirme que otro niño ha desaparecido de la aldea y sus padres están aterrorizados por lo que pueda ocurrirle. El chico no es de los que suelen alejarse mucho de su casa, por lo que deducen que ha sido secuestrado. Su padre, un herrero, no va a esperar tranquilamente hasta que encuentren a su hijo. Estará aquí dentro de poco y dispuesto a acabar con Keu si eso le sirve para encontrar a su pequeño. Los otros aldeanos también están furiosos y los rumores crecen por momentos. Si creen que Keu está implicado, y lo creen, vendrán aquí con el herrero

para llevarse al hijo del amo, sea culpable o no.

—¿Cuándo desapareció el último chico? —preguntó Artorex abruptamente.

—Ayer, al amanecer —replicó secamente. Artorex exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Gracias a todos los dioses… Keu no ha salido de la villa en estos dos últimos días —murmuró, sintiéndose aliviado de verdad—. De hecho, ha sido un maldito fastidio y está volviendo loca a la familia con su insoportable humor.

Targo se rió rudamente.

—Entonces tenía razón cuando dije que el joven amo es un observador de lo diabólico y no tiene lo que hay que tener para disfrutar y ser parte activa en esos crímenes. Apostaría mi mano izquierda a que está involucrado, especialmente si se ha mostrado ansioso por ver a su amigo Severinus. De cualquier manera, todavía está en pie la amenaza a la paz de la villa. Y por eso estoy aquí. Es posible que los aldeanos quieran saldar cuentas con Antor y la situación podría escaparse de sus manos si no se hace algo para impedirlo. Estos crímenes han estado impunes demasiado tiempo.

—Entonces trataré de mantener a Keu dentro de la Villa Poppinidii, donde Lord Antor puede protegerlo —decidió Artorex—. Si podéis convencer a los aldeanos de que el hijo de Antor estaba aquí mismo, en la villa, en el momento en que desapareció el niño, probablemente evitemos derramamientos de sangre… por nuestro propio bien. En ese caso, podéis decirles que yo mismo, Artorex, juro que el joven amo es inocente en el caso de esta desaparición —hizo una pausa y continuó—. ¿Os habíais enterado de que los tres forasteros han vuelto a la villa y están conversando con Lord Antor en este preciso instante?

—¿Por qué todo se complica al mismo tiempo? —musitó el viejo—. Lo mejor será que yo mismo vaya inmediatamente a la aldea para aplacar los ánimos.

—Sí, y gracias por el aviso. Vigilaré a Keu y me aseguraré de que no salga de la villa bajo ninguna circunstancia. Dándose la vuelta, el viejo guerrero se retiró, propinando una suave caricia al tronco de su aliso favorito al pasar a su lado.

Artorex se quedó contemplándolo hasta que su figura se diluyó en la profunda oscuridad.

El joven mayordomo volvió a sus quehaceres con paso resuelto. Sus sandalias golpeaban con fuerza sobre el pavimento mientras se encaminaba a las cocinas. Tenía mucho que hacer y poco tiempo para asegurarse de que ninguna vergüenza empañase la hospitalidad de la Villa Poppinidii.

ESA NOCHE, a pesar de las exquisitas viandas, reinaba una atmósfera tensa en el banquete.

La noble Livinia se había vestido para la ocasión con un peplo de color azul pálido que realzaba los restos de su misteriosa belleza. Como era su costumbre, llevaba escasas joyas, pero las grandes perlas que colgaban de sus orejas y los dos

pesados brazaletes que rodeaban su delgada muñeca eran como llamadas de atención que acentuaban la delicadeza de sus gestos. Llanwith pen Bryn le hizo una profunda reverencia al reconocer que era su regalo el que adornaba sus orejas.

El amo Antor estaba tan cordial e insensible como siempre, completamente ajeno a la atmósfera cargada de mal humor, al nerviosismo y las sospechas que invadían el salón del banquete. Se recostó sobre su triclinio esculpido y pintado y señaló con un gesto a sus huéspedes para que le hicieran compañía.

Julanna se disculpó por un dolor de cabeza que la postraba en la cama, pero Gallia no quería perderse la oportunidad de poder observar a los tres forasteros de cerca. Keu parecía más ausente de lo que solía demostrar cuando estaba en presencia de gente importante y Livinia vigilaba disimuladamente a su hijo, a pesar de las sonrisas graciosas y las palabras de bienvenida que dedicaba a sus convidados.

Artorex ordenó el primer servicio de pájaros glaseados con miel, una gelatina dulce de huevos y lengua de oveja, y dio comienzo al ágape. Se unió al resto de la familia una vez hecho el servicio, pero no hizo ningún esfuerzo por participar en la conversación. Dado que su presencia era ignorada por el grupo, decidió dedicarse a servir el vino, tal como lo había hecho hacía tanto tiempo. Sirvió a sus amos y a los huéspedes con igual deferencia.

—¿Qué noticias traéis desde el este, mis buenos amigos? —preguntó Antor como de costumbre.

—Malas noticias, amigo Antor, muy malas —replicó Luka mientras delicadamente cogía un ala de pollo desde la fuente y devoraba hasta sus huesos entre sus fuertes dientes.

—Contadnos, amigos —intervino Livinia con sus modales delicados—. Porque poco sabemos de lo que ocurre fuera de nuestra villa y me temo que estamos tan atrapados en nuestro pequeño y seguro mundo que no conocemos nada de las dificultades de los otros.

Después de un instante de comunicación sin palabras entre los tres amigos, Myrddion habló en nombre de todos y sus palabras trajeron poco aliento para el futuro bienestar de lord Antor y su familia.

—Numerosas hordas sajonas han invadido la costa oriental y se han apoderado de Camulodunum[8] y otras pequeñas ciudades y villas. Al mismo tiempo, numerosos invasores de Jutlandia han desembarcado desde Metaris Aest[9]. No se han aventurado lejos de sus barcos y han evitado el pillaje… algo distinto a lo que hacían en el pasado. Y en esta primavera han traído con ellos a sus mujeres e hijos, por lo que tememos que han venido para quedarse.

—Eso es ridículo. ¿Cómo puede caer una fortaleza como Camulodunum? —protestó Antor—. Está amurallada y armada con el ejército del Gran rey. ¿Cómo podrían los bárbaros franquear las murallas de piedra de Camulodunum?

—Ya os habíamos advertido, amigo Antor, de que los sajones tienen excelentes guerreros… y guerreras —exclamó pen Bryn mientras rechazaba con un gesto la

oferta de Artorex de servirle más vino—. Muchos de sus guerreros son tan altos como este muchacho y se han pasado la vida luchando por cada mendrugo de pan y por cada esclavo desde el día en que nacieron. Son feroces y sus jefes controlan los soldados sin piedad. Cuando dominan el altozano son invencibles.

—Ya conocimos su brutalidad en aquellos días en que Vortigern se casó con su esposa sajona y abrió las compuertas a los de su raza. Las guerras de Vortimer no han sido olvidadas… y los sajones todavía viven en las regiones más salvajes al sur de la Isla de Mona —habló Myrddion en un tono grave y con la convicción de quien dice la verdad más absoluta—. Yo mismo sentí el aguijón del veneno de Vortigern y experimenté la codicia sajona por las tierras de los británicos cuando sólo era un niño. ¿Realmente creíais que esa gente nos dejaría en paz?

Gallia se estremeció. Estas noticias no eran las historias mundanas agradables e interesantes que esperaba escuchar.

Luka observó su cara asustada.

—Está bien que os preocupe, damisela, porque los sajones y sus aliados no se detendrán hasta que no se hayan extendido de costa a costa. Nuevas oleadas de invasores llegarán el próximo verano, ahora que ya han establecido su dominio tanto en la costa oriental como en la occidental. Y al año siguiente llegarán más y transformarán nuestras ciudades en sangrientas y humeantes ruinas, tal como hicieron con Camulodunum y luego construirán sus grandes salas de madera sobre nuestros cimientos de piedra. Amigos, nuestro seguro mundo está llegando a su fin.

—¿Y qué hacen nuestros gobernantes? —espetó Keu—. ¿Dónde está Uter Pandragón, el Gran rey, él que se supone que nos protege?

Su madre le dirigió una rápida y elocuente mirada de advertencia, pero Keu estaba demasiado irritado como para hacer caso de su silenciosa admonición.

—Como siempre, los reyes celtas son inútiles, tal como lo eran tiempo atrás cuando fueron fácilmente derrotados por las legiones romanas. Lo que se necesita ahora es un caudillo, uno con suficientes agallas como para barrer a toda esa chusma —concluyó Keu con el rostro transformado por el desprecio.

Pen Bryn se dispuso a contestar, pero Myrddion lo detuvo, poniendo una mano sobre el brazo de su amigo y argumentó serenamente.

—Es verdad que muchos reyes de los británicos están asustados, Keu. Pero también es verdad que sólo gracias a la fuerza de Uter Pandragón se han mantenido unidos durante todas estas pasadas décadas de paz. Sólo bastaría un leve error por parte de alguno de esos reyes menores para que el tratado de paz logrado por el Gran rey estalle por los aires… por eso vivimos tiempos peligrosos.

—Y Uter Pandragón está enfermo —interrumpió Luka bruscamente—. Ya no es el mismo de hace un año y menos aún del que era hace cinco años. A sus sesenta, su fuego está casi apagado.

—Entonces realmente necesitamos un caudillo para advertir a esos cabecillas y atemorizar a nuestros enemigos —insistió Keu—. Sólo la fuerza y el espíritu de lucha

pueden despertar la voluntad de esos cobardes peleles para enfrentarse a los sajones.

—Tened cuidado, Keu, vuestras palabras pueden ofender —advirtió Antor.

—Digo la verdad, padre —replicó Keu.

—Habláis como un niño, muchacho —refunfuñó pen Bryn y clavó profundamente su daga del dragón en la madera de la mesa. Las gemas en los ojos del dragón despidieron unos guiños siniestros bajo la luz de las antorchas.

—Britania era nuestra mucho antes de la llegada de las legiones romanas —continuó diciendo Llanwith—. Era nuestra cuando las tribus romanas se arrastraban alrededor de sus chozas de barro entre las Siete Colinas. Y era nuestra cuando estaba bajo la dominación de Roma. Los romanos no tardaron nada en salir corriendo en cuanto las hordas bárbaras cruzaron el Danubio. Sois mitad celta, muchacho, y recordad que sólo sois el hijo bastardo de una familia que se arrastraba por el cieno cuando mis antepasados eran reyes de su propia nación.

—Debéis controlar vuestros modales, Llanwith —le reprendió Luka—. Además, estoy de acuerdo con este joven de que en estos peligrosos tiempos necesitamos un caudillo fuerte.

Keu se puso de pie.

—¡Señor, no puedo soportar vuestros insultos! —gritó con los ojos inyectados en sangre y aspecto de poseso bajo la luz de los candelabros—. ¿Cómo os atrevéis a insultar a mi madre, que es romana hasta la médula y además vuestra anfitriona?

—Vuestra madre es británica —intervino Myrddion, girando su cara hacia Livinia —. ¿No es así, señora? Nunca habéis caminado por las calles de Roma, lo sé. De hecho, Roma no existe tal como fue conocida en el pasado —Myrddion hablaba con mucho cuidado, tratando de quitar hierro a sus palabras tan difíciles de aceptar.

—Nuestro huésped tiene razón, hijo —contestó Livinia—. Soy británica, al igual que tú. En Roma no habríamos sido nada para los senadores y menos aún para la ralea que habita en los suburbios. Mi bisabuelo siguió a las legiones y construyó su hogar y su fortuna en el interior de estos muros. Todos vivimos y moriremos como británicos, porque me temo que los sajones no harán distinciones entre Antor y yo.

Pero las palabras de Livinia no apaciguaron a su hijo, cuyo rostro ardía de rabia salvaje y hostilidad. Sin poder controlar su deseo visceral de destrucción, rompió en trozos una tela delicada que se había dejado a su lado para limpiarse la grasa de las manos y arrojó los trozos al suelo. Livinia se puso pálida de inquietud y le dio la espalda.

Myrddion se volvió hacia Artorex.

—¿Y qué decís vos, Artorex? ¿Qué haríais si fueseis Uter Pandragón?

—Yo golpearía, mi señor. Pegaría fuerte con todo mi ímpetu antes de que los sajones pusiesen un pie en occidente. Una batalla presentada tardíamente en nuestros propios campos podría ser desastrosa para todos los británicos.

—Sí, muchacho, es posible que estéis en lo cierto. Pero Uter es un anciano… y no tiene un heredero para sucederlo —replicó Myrddion con la voz embargada por la

pena.

—Entonces hay que encontrar a uno, preferentemente de linaje romano —susurró Keu entre dientes. Estaba casi enfrentándose a Myrddion llevado por su rabia.

—Mientras estamos hablando aquí, joven, hay varios hombres armados de fe y principios que están buscando un sucesor para Uter Pandragón. Hay algo seguro y es que los reyes de los británicos no sienten ninguna inclinación a encontrar un caudillo de origen romano. Tal idea sería pedante y poco práctica.

En un movimiento brusco, Keu depositó su copa en la mesa y los posos salpicaron la túnica de Myrddion. Éste sólo se limitó a limpiar con su mano las gotas de vino e ignoró totalmente al joven. Antor empezó a disculparse y Livinia reflejaba su agobio en el rostro.

Keu salió precipitadamente de la sala; su furia era palpable, mensurable.

Artorex estaba destrozado. Keu se encontraba en ese conocido estado de agitación que lo convertía en una persona peligrosa, pero Antor no consintió que saliese detrás de él.

Por suerte intervino la providencia, ya que Myrddion continuó dirigiéndose a Artorex. Debía quedarse donde estaba.

—Vuestro hermanastro es un joven exaltado, Artorex, pero en estos tiempos peligrosos, este tipo de individuos son a veces necesarios —dijo con precaución—. Una pregunta: ¿qué cualidades de liderazgo pensáis que deberían tener nuestros líderes en estos días tan agitados?

—Deberíamos buscar un guerrero que haya sido entrenado desde su cuna para ser un dirigente. Debería ser una persona a la que todos los británicos seguirían por su linaje… y por la fuerza de sus armas. Necesitáis un hombre frío y calculador, como lo era el gran César, un hombre que se atreviese a todo y que estuviera dispuesto a darlo todo por su objetivo, no sólo por su furia.

—¡Verdad! —asintieron los tres al unísono.

A esta altura de lo que parecía ser un acuerdo, empezaron a oírse unos gritos.

El sonido de esos agudos gemidos habría helado la sangre más caliente. Todos los presentes se pusieron de pie, las manos rápidas para desenvainar las armas, pero Artorex y Gallia fueron los primeros en cruzar la puerta. Ambos reconocían de donde provenían aquellos gritos estremecedores.

Livinia les pisaba los talones y detrás seguían los invitados. Artorex se precipitó a las estancias de Keu para descubrir a Julanna enrollada en sí misma, todo lo que su vientre de embarazada le permitía, mientras que un enloquecido Keu soltaba espumarajos y le daba patadas sin la menor piedad en cualquier zona expuesta de su cuerpo.

—¡Parad, señor! —gritó Artorex empujando a Keu lejos de los sanguinolentos cuerpo y rostro de su mujer—. ¡Debéis deteneros!

Gallia se arrojó inmediatamente encima de su amiga, como tratando de protegerla con su pequeño cuerpo.

—No podéis hacerle daño, señor —insistió Artorex, tratando de hacerle entrar en razón—. Es la madre de vuestro hijo que está por nacer.

—Puedo darle patadas hasta matarla si se me viene en gana —gruñó Keu enloquecido y fuera de control—. Es mía y puedo hacer con ella lo que quiera.

En medio de su incoherente rabia, aulló e intentó otra vez arrojarse sobre su sollozante mujer.

Según la ley romana, Artorex no podía dañar y ni siquiera detener a Keu, hijo del patriarca. Sin embargo, los usos y costumbres no eran más que un peligroso y fino barniz sobre los instintos de un hombre como Artorex. No tenía la menor intención de quedar indiferente.

—Sólo la volveréis a tocar después de haber pasado sobre mi cadáver —juró el mayordomo reposadamente, con una voz tan firme y cortante como el filo de una espada.

—Esa posibilidad me entusiasma —gritó Keu y desenvainó su cuchillo. Artorex evitaba fácilmente los golpes de Keu, hasta que una estera de lana le jugó una mala pasada y su pie resbaló, haciéndole perder el equilibrio.

Mientras caía, Keu le asestó un severo corte que se extendió desde su hombro hasta el codo. Pero no habría quedado así, si no fuera porque logró arrojarle una manta de cama que envolvió totalmente a su contrincante bajo sus pliegues.

Entonces Gallia saltó como una tigresa y se enfrentó a Keu con la entereza de un soldado.

—No la tocarás —le gritó—. No, si puedo evitarlo.

—Pero no puedes detenerme, ¿verdad? —dijo Keu en un tono casi amable. La cogió por los pelos y la arrojó a la esquina de la habitación como si fuera un manojo de andrajos.

—Ahora, señora —dijo con la voz falseada por los espumarajos de rabia que hizo que Artorex luchase con mayor ahínco tratando de liberarse de los pliegues de la manta que lo sofocaban.

¡No!… ¡No!…

Artorex escuchó una voz fina que gritaba mientras el corpulento cuerpo de Keu se unía a otro más pequeño e infinitamente más frágil. Lady Livinia se había interpuesto entre el cuchillo de su hijo y su nuera. Madre e hijo miraron hacia el cuchillo enterrado hasta la empuñadura en el esternón de Livinia.

—¡Madre! —gritó Keu.

Livinia cayó de rodillas y Artorex tuvo tiempo de acostarla suavemente sobre el jergón que utilizaba Gallia. Estaba inconscientemente ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor: a las órdenes que impartían los tres forasteros, a los gemidos de los sirvientes, a los llantos de Julanna, a reparar cómo se llevaban a Gallia fuera de la habitación, a cómo Keu era desarmado y arrastrado fuera por pen Bryn y Luka.

Sólo existía Lady Livinia. Sus ojos oscuros estaban intensamente vivos y suplicantes… y exclusivamente fijos en Artorex.

Antor se postró junto a su esposa y lloraba incontroladamente mientras acunaba a su moribunda mujer entre sus brazos. Artorex trató en vano de soltar su brazo de la mano de Livinia, que se aferraba a su muñeca en un mortal apretón, ya que toda su vitalidad estaba concentrada en esa pequeña mano.

—Debéis prometerme —suspiró.

—¡Lo que sea! Lo que queráis, mi amor —contestó Antor entre sollozos.

—No, vos no, Artorex. Debéis prometerme que cuando seáis un hombre importante… cuidaréis de Keu.

—Pero señora, si os ha herido seriamente —protestó, limpiándose las lágrimas con la mano. La herida era mortal aunque la hoja era más decorativa que letal. El destino había querido llevar el corto y delgado filo justo hasta la zona del corazón de Livinia, precisamente en el hueco entre sus costillas y el esternón. Debía ser llevada hasta su habitación, pero cualquier movimiento brusco podría llevar la daga hasta el corazón y acallar a Livinia para siempre.

—Keu es sólo un niño tonto… un niño imprudente… un chico que necesita protegerse de sí mismo. Lo perdono. ¿Me oís? Mi muerte es un accidente. Debéis escucharme… y jurar que cumpliréis lo que os pido. Yo os he hecho un hombre Artorex, y os ruego que protejáis a mi hijo.

Artorex podía sentir las lágrimas que empezaban a correr silenciosamente sobre su rostro. De todas las maneras, a excepción de la sangre, Livinia era lo más cercano a una madre que nunca tuvo. Incluso ahora, con su cara tan pálida como una tela de lino blanqueada y salvada de una muerte inmediata sólo por el pequeño tamaño del arma. Su sentido romano del deber la mantenía inalterable, sin la menor señal de dolor o temor. Su única expresión era la de la pena.

—No podré reencontrarme en paz con mis antepasados hasta que no me lo prometáis, Artorex. No podré sumergirme en mi largo sueño hasta que Keu no sea protegido de sí mismo.

Su voz salía entrecortada de sus pulmones malheridos y un fino hilo de sangre manaba de su boca, aunque Antor trataba infructuosamente de limpiarlo.

Bajo el hechizo de aquella mirada vital e implorante, Artorex juró su promesa.

—Juro que mantendré a Keu a salvo y que me esforzaré en protegerlo de sí mismo. Lo llevaré conmigo donde sea que me lleve la senda del destino. Descansad, señora, descansad, porque os prometo que cumpliré vuestros deseos.

—Idos ahora, Artorex. Debéis dejarme para que cuide de mi esposa —le ordenó Antor con voz rota y temblorosa.

—Gracias, Artorex —sonrió Livinia con dolor—. Ahora, mi querido Antor —dijo en un suspiro—, debéis sacarme el cuchillo, esposo mío.

—Pero morirás si lo hago, Livinia. ¿Qué haré sin ti?

—Siempre serás mi fuerte y amable marido —dijo suavemente. La respiración de Livinia era ahora un jadeo rápido y doloroso—. Por favor, querido. Estoy desangrándome por dentro y debes aliviar mi dolor. Me hubiera gustado ver a mi

nieto, pero sé que vivirá. Cuídalo, amado mío, como has cuidado de todos los míos en el pasado.

Aspiró profundamente con dolor y varias generaciones de fuertes progenitores romanos parecieron estar mirando hacia el mundo a través de sus tranquilos ojos negros.

—Extrae el cuchillo. ¡Ahora!

Artorex vigilaba desde la puerta, ya que no podía arrastrar su propio cuerpo fuera de la habitación. Un lloroso Antor puso su enorme mano sobre la delicada empuñadura de la daga y Livinia la envolvió con sus pequeñas palmas.

Su esposo sacó la delgada hoja de su pecho. Inmediatamente, un borbotón de sangre brotó por su boca y la estrecha herida liberó el flujo de más sangre. Livinia sonrió brevemente, como una pequeña niña cansada y después cerró sus ojos.

Lord Antor empezó a gemir con el último suspiro de Livinia.

Fuera de la habitación reinaba el caos. Llanwith pen Bryn había llevado a Keu hasta su habitación y vigilaba al criminal con aguzados ojos hostiles. Éste estaba tirado sobre su jergón, con sus piernas recogidas hasta la quijada, lleno de culpa y desasosiego. Lloraba como un histérico, ya que aunque poco le importaban los seres vivos, dependía totalmente de su madre.

—¿Qué haré? —gemía y Artorex se distanció de su quejumbrosa autocompasión.

Julanna había sido trasladada al comedor, de donde los aterrorizados sirvientes ya habían retirado la comida y preparado un triclinio, cubriéndolo con pulcras sábanas de lino. La muchacha estaba ahora a punto de dar a luz, sus ojos algo enloquecidos y su vientre hinchado moviéndose espasmódicamente con cada poderosa contracción. Frith acudió desde las cocinas y junto con Myrddion sostuvieron firmemente a la parturienta.

Artorex ordenó a la sirvienta de Livinia que ayudase a Antor, cuyo rostro estaba transfigurado por el luto y el dolor, con el traslado del cuerpo hasta su dormitorio. Delia acudió con premura a prestar un último servicio a su ama. Artorex habría deseado apoyar su cabeza y llorar la pérdida de su ama sobre los amplios y acolchados pechos de Delia, pero era el mayordomo y la prioridad era mantener la casa en orden.

A medida que la noticia de la muerte de Livinia se propagaba, las sirvientas de la villa empezaron a gemir, pero Artorex les ordenó permanecer en silencio.

—Vuestra ama era una gran señora. Espera que la honréis lavando su cuerpo y vistiéndola con sus mejores galas para el funeral; no provoquéis su vergüenza.

Su orden iba dirigida para que cesaran las lágrimas. Los celtas conocían el honor reservado a los muertos… especialmente a la muerte heroica y se apresuraron a cumplir lo ordenado.

—Cuidad del amo —mandó Artorex al cocinero—. Convencedle para que beba algo de vino español. Tiene el corazón destrozado, pero debo confiarlo a vuestro cuidado ya que me necesitan en otros lugares.

—Por supuesto —replicó el todavía hosco cocinero, pero ya sin su habitual y desagradable irritación—. Haré todo lo que me pidáis.

—Os lo agradezco, buen hombre. Llevadle al *scriptorium*, donde reina la paz, mientras yo me ocupo de los invitados.

Encontró a Luka en la sala de recepción, al otro lado del atrio y de la del atrio.

—He estado cuidando de la doncella —le dijo Luka—. Está consciente, pero su cabeza está dañada. ¡Por todos los dioses! ¡Qué locura hemos vivido esta noche!

Con pasos largos, Artorex cruzó el atrio central para ver las heridas de Gallia por sí mismo. La encontró en su antigua habitación, acostada sobre una colcha arrugada y sosteniendo con una mano un trozo de tela que Luka había doblado para darle forma de compresa y así cubrir su herida. Su pelo estaba teñido por la sangre y su mirada era brillante, aunque asustada.

—Dejadme ver vuestra cabeza, Gallia —le pidió Artorex con cierta sequedad y la joven, obediente, retiró la compresa dejando ver un largo corte en el cuero cabelludo que sangraba lentamente.

Luka había comentado que el cerebro podía estar dañado debajo del cráneo, por lo que no debía moverse para nada. Él mismo había visto morir a fornidos guerreros por una simple herida en la cabeza.

Artorex exploró con sus dedos los bordes de la herida y Gallia se mordió fuertemente los labios para evitar llorar del dolor.

—Buena chica —murmuró, mientras sus dedos sondeaban el cráneo a lo largo del largo tajo—. La parte dura de vuestra cabeza parece estar intacta, pero Luka tiene razón, deberíais acostaros, mantener presionada la compresa sobre la herida y cuando Myrddion esté libre, os coserá la herida. Desgraciadamente, tendrá que afeitar parte de vuestra cabellera.

—No me importa demasiado —masculló—. ¿Cómo está Julanna? ¿Está en buenas manos?

—Sí, pero está de parto.

Gallia trató de incorporarse de la cama, pero Artorex se lo impidió.

—Cuenta con la ayuda de Myrddion y de Frith, la mejor asistencia que se puede conseguir en todo Aquae Sulis. Hacedme caso, señora Gallia. Luka os acompañará.

En la puerta de la habitación, Artorex hizo un aparte con Luka y le informó sobre el fatal destino de Livinia. El hombre sacudió su cabeza consternado. Había visto bastante de la carnicería de Keu en la habitación como para predecir el resultado, pero enarcó sus cejas con disgusto cuando Artorex le confirmó su muerte.

—Debo organizar la villa para que todo funcione como es debido —agregó Artorex con preocupación, porque sabía que eso significaba tener su mente despierta y controlar su dolor—. Me seríais de gran ayuda si pudieseis quedaros con Gallia y evitar que se le ocurra alguna acción infantil. Como se le meta en la cabeza, es capaz de hacer caso omiso a la mejor advertencia.

Luka le apretó el hombro, diciéndole:

—Id a vuestras cosas, muchacho. Más tarde hablaremos.

—Bien, hasta más tarde.

Una vez que comprobó lo que necesitaban todos los que tenía a su cargo, se dispuso a poner orden en todo lo que fuese rescatable después de la terrible noche.

En el granero, los mozos de cuadra habían sido despertados por la conmoción y el alboroto, y se afanaban tratando de calmar los caballos soliviantados. Artorex los envió a la habitación de Julanna con el expreso propósito de limpiar todo rastro de sangre que evidenciase la muerte de su ama.

—Quemad todo lo que no pueda limpiarse. Cepillad bien los suelos y aseguraos de que no quede ni una mácula de la carnicería que pueda incomodar al amo —ordenó tajante, y los hombres cargaron con cubos de madera y trapos, y corrieron a su tarea.

Delia estaba a la puerta de las habitaciones de Livinia y le cerró el paso. Las últimas solemnidades ofrecidas a los muertos siempre son cosa de mujeres y Artorex se preguntó cómo ese sexo podía soportar la lamentable tarea de limpiar y acomodar un cuerpo sin vida, especialmente cuando se trataba de Livinia, un ser que había sido tan querido para ellas.

—Dejad a Lady Livinia a mi cargo, mayordomo —susurró Delia. Su rostro estaba bañado en lágrimas, pero se la veía muy controlada y decidida en su propósito—. Mi señora irá a las llamas tal como lo habría deseado. Ocupaos de vuestros asuntos; será lo mejor para ella.

—Oh, Delia. ¡Su muerte es tal pérdida, tal desperdicio! —empezó a decir Artorex con su cabeza caída y su mano fuertemente aferrada a la de la sirvienta. Aunque repentinamente se dio cuenta de lo impropio de sus actos y lo inadecuado de su dolor. Retiró su mano y se enderezó.

—No reparéis en gastos, Delia —susurró—. El amo querría que usaseis los más preciados aceites, ya que la última de la familia de los Poppinidii se va al reino de las sombras a encontrarse con sus antepasados.

—Las mujeres harán todo lo que ella hubiese deseado, tal y como si estuviera presente aquí mismo —musitó Delia.

La sirvienta se puso a llorar en cuanto se apartó de la pétrea mirada del mayordomo.

Cuando éste salió del corredor, los gritos del parto de Julanna empezaron a retumbar por toda la villa, pero sabía que no podía asistir a las agonías de una nueva vida llegando al mundo. Sin embargo podría ser de utilidad a su amo. Encontró a Antor llorando silenciosamente en el *scriptorium* bajo la vigilante mirada de Grunn, el cocinero.

Las enormes manos del amo, marcadas con las manchas de la edad, sostenían una copa de vino y su cabeza estaba inclinada hacia el suelo.

—¿Señor? —preguntó Artorex con voz tenue. Antor levantó sin ganas su cabeza leonina de incipiente calva. Sus ojos azules estaban llenos de sufrimiento y henchidos

de lágrimas, como si se estuviese ahogando en el dolor.

—¿Cómo puede estar muerta mi Livinia? —preguntó con voz débil y luego estalló en una nueva oleada de llanto.

Artorex se arrodilló junto a la silla de Antor y aferró su mano flácida.

—El ama Livinia está con sus antepasados. Me temo que no la volveremos a ver por estas islas. Pero murió por lo que más amaba y todavía ahora me mantiene unida a ella por mi juramento. Ella desearía que la vida continúe y que protejáis la villa en su nombre —Artorex apretó la mano de Antor—. Debéis descansar ahora, amo, porque necesitaréis todas vuestras fuerzas para el nieto que llega.

Antor volvió a inclinar su cabeza sobre sus manos entrelazadas.

—¿Pero qué será de Keu? ¿Qué será de nuestro hijo? ¿Cómo podré soportar mirar a los ojos del hombre que ha matado a su propia madre?

—Debéis confiar en mí, amo, para que pueda poner las cosas en su sitio. Le he pedido a Grunn que os lleve a vuestro dormitorio. Yo me encargaré de hacerlo todo tal y como querríais que se hiciese y lo haré en vuestro nombre.

Antor permitió, con cierta renuencia, que Grunn le ayudase a ponerse de pie y como si fuera un hombre súbitamente envejecido salió con su ayuda del *scriptorium*.

Artorex cogió automáticamente la jarra y la copa de vino, limpió la mesa y arregló la habitación.

Luego, regresó a la cocina.

Sólo había una sirvienta, que estaba hirviendo harapos en una olla ennegrecida con su cara bañada en lágrimas. Artorex no le prestó atención alguna hasta que un repentino grito volvió a sacudir otra vez la sempiterna paz de la villa. Le recordó que una nueva vida estaba luchando por llegar a este mundo.

La mujer usó un palo de madera para sacar los hirvientes trapos limpios y colocarlos en una cesta de mimbre. Hizo un gesto con la cabeza al mayordomo y salió corriendo a atender a su ama. Artorex decidió no inmiscuirse en los asuntos de las mujeres y prefirió esperar en el corredor, caminando al ritmo de los latidos de su corazón.

La noche estaba tranquila y el último grito de Julanna rompió la negrura. Se diría que el frágil llanto del niño ejercía un efecto balsámico y Artorex suspiró profundamente, susurrando una rápida plegaria a Mitra, el dios de los soldados, y esperó a Myrddion.

Pero en su lugar, fue Frith quien apareció por la puerta, tiesa, muy recta y llevando en sus brazos un bebé de negra cabellera envuelto en lino limpio.

—Ha sido una niña, mi señor —y le tendió el bebé—. Debéis bendecirla, por favor, mi señor, porque es un ser débil y no debe morir, por el alma de mi ama que nunca me lo perdonaría.

—No me deis títulos que no me pertenecen, Frith. Sabes que sólo soy el mayordomo. Pero dejaré vuestra mente en paz y bendeciré a la niña en vuestro nombre.

Sus anchas manos cubrieron el rostro crispado del bebé mientras murmuraba la antigua bendición del nacimiento sobre su cabecita de pelo oscuro.

—Ahora la niña vivirá —exclamó feliz Frith con sus ojos iluminados con algo mágico y extraño—. Se la mostraré al amo… porque tiene los ojos de mi dulce Livinia.

Myrddion, limpiándose las manos con un trozo de tela, observaba la escena desde la puerta. Sus labios dibujaban una sonrisa, pero sus ojos mostraban preocupación.

Artorex le dedicó una sonrisa de reconocimiento.

—Agradezco a los dioses que estuvieseis aquí cuando Keu perdió el control, si no, más de un alma habría volado a las sombras durante esta noche. Ahora que Julanna está a salvo en su cama, os ruego que atendáis la cabeza de la señorita Gallia, mi señor.

—Confiáis demasiado en mí, Artorex. ¿Qué hay de vuestra propia herida?

Artorex miró hacia el largo corte superficial que se extendía justo desde debajo de su hombro hasta el codo. Había dejado de sangrar hacia tiempo, pero todavía irradiaba calor y estaba enrojeciendo.

—Atenderé a Gallia enseguida —decidió Myrddion—. Pero primero limpiaré y vendaré esa herida insignificante.

Mientras Myrddion limpiaba el corte con agua caliente, Artorex continuaba dando órdenes a los sirvientes.

—Antes de que veáis al amo, Frith, quiero que superviséis el traslado del ama Julanna. Su habitación ya debería estar preparada y si no es así, apresurad a los sirvientes de mi parte para que se muevan más rápido. También deberéis mandar a una de las sirvientas al pueblo para traer una nodriza. Y quiero que Targo se presente aquí… lo necesito de inmediato, Frith.

—Todo se hará según vuestros deseos, amo.

—Dejad de llamarme así, Frith. Soy todavía el mismo muchacho mugriento que mandabais a bañarse.

—Sí, amo —replicó con total sinceridad.

—¿Esto os llevará mucho tiempo, mi señor? —preguntó un ansioso Artorex a Myrddion mientras éste le vendaba su brazo izquierdo herido—. Dejé a pen Bryn solo con Keu y sólo los dioses saben qué haré con él.

A su alrededor, los sirvientes se afanaban mientras los mozos de cuadra llevaban a una pálida Julanna a su habitación y las sirvientas se esforzaban en poner el comedor en orden. Frith transmitió las órdenes tan meridianamente como si fuera un general y antes de que Myrddion terminara su labor, toda la estancia estaba otra vez vacía y en silencio.

—Todavía estoy a vuestro servicio, Artorex. ¿Dónde encontraré a la señorita Gallia?

—Está en la habitación de Luka, que se encarga de que no se mueva de allí.

—La veré inmediatamente.

Después de que Myrddion se hubo retirado para atender las heridas de Gallia, Artorex disfrutó del lujo de un bendito silencio… y trató de pensar. El comedor donde había empezado la tragedia había recuperado su aspecto habitual. Eliminados todos los restos de sangre del parto, era simplemente una sala con cierta opulencia, con sus triclinios esperando la llegada de insignes huéspedes. Sin embargo, Artorex estaba seguro de que nunca volvería a ser el alegre lugar de otrora. La delicada elegancia de Livinia se había perdido para siempre.

Abandonando la sala maldita, Artorex esperó, a la vera del aliso, la llegada de la nodriza y de Targo. La noche aún no había terminado, ni tampoco habían comenzado sus sangrientas consecuencias y necesitaba desesperadamente el consejo del rudo y viejo veterano. Nunca había visto morir tan violentamente a un ser humano y menos todavía a alguien a quien amaba, y su mente se hundió en un torbellino de emociones.

Poco tiempo después, una pequeña y fantasmagórica mujer de la aldea, escoltada por Targo, salió de entre las sombras, llevando a un crío en un cabestrillo que colgaba de su cuello.

Artorex observó anonadado que el guerrero todavía estaba armado hasta los dientes.

Le señaló primero las estancias de Julanna a la nodriza y le ordenó que le enviase a Frith en cuanto la anciana estuviese libre. Después, flexionando su brazo repentinamente dolorido, se giró hacia su tutor.

—Me imagino que el mensajero os habrá contado lo que ocurrió esta noche.

—Sí, lo hizo. ¿Cuál fue el motivo que enloqueció al joven amo?

Artorex hizo una mueca lobuna, sus ojos repentinamente inexpresivos.

—No tengo la menor idea, pero intentaré averiguarlo. Traedme a Luka y a Myrddion que se encuentran en las habitaciones de la señorita Gallia, tan pronto como terminen con sus tareas. Yo estaré con pen Bryn y el joven amo en su dormitorio.

—Bien, muchacho. Todo se hará según lo deseáis —Targo apoyó la mano en su hombro y la expresión del mayordomo se suavizó durante un instante, mientras un halo de sensibilidad apareció dentro de aquellos ojos glaciales. Después, el escudo que protegía su mente volvió a interponerse.

Cuando el mayordomo entró en la habitación donde custodiaban a Keu, nada había cambiado del lamentable espectáculo anterior, aunque su hermano ya no lloraba. Llanwith pen Bryn estaba apoyado distraídamente contra la pared, mientras se limpiaba las uñas con su daga. Sus ojos nunca dejaban de controlar la miserable estampa de Keu.

—¡Hermanastro! —gritó Artorex utilizando su voz más autoritaria—. Ha llegado el momento de que hablemos claro.

—Dejadme en paz —gimió Keu.

—Me temo que no es el momento, hermanastro. Sentaos, enjugad vuestros ojos y luego explicaos como un hombre.

Keu obedeció con reticencia. El destello en los ojos de Artorex prometía serias consecuencias si se negaba.

—¡No tengo la culpa! ¡Nunca quise herirla! Fue mi madre quien se interpuso frente a mi espada. ¿Está viva?

—No, Keu, no penséis que soy tonto. Sabéis perfectamente que vuestra madre está muerta y que fue vuestra mano la que guió la espada. Si no se la hubieses clavado a ella, en su lugar, habrías asesinado a una mujer preñada y desarmada.

—¿Y ahora, qué será de mí? —gimoteó Keu.

—Siempre pensando en vos mismo —masculló Llanwith, sin apartar la mirada de la desaliñada fisonomía de Keu. El príncipe de Cymru estaba lleno de repugnancia y desdén.

—Sois padre de una niña, Keu y vuestra esposa está bien, a pesar de los golpes que le habéis propinado. Vuestro padre está postrado por el dolor y la señorita Gallia está todavía en manos de Myrddion, el galeno. Esta noche habéis destrozado todo lo bueno que había en esta villa y, sin embargo, sólo pensáis en vos.

Artorex prácticamente escupió las últimas palabras. Keu hundió su rostro en su jergón y continuó sollozando.

Targo y Luka entraron silenciosamente en la habitación.

Durante la larga noche, Artorex había tenido la paciencia de diez hombres juntos. Atravesó la habitación en dos zancadas hasta el jergón y levantó a Keu asiéndolo por los pelos hasta ponerlo de pie.

—Poneos de pie y enfrentaos a vuestra culpa, hermanastro. Ya no soporto vuestros quejidos y gimoteos —abofeteó la cara de Keu con tal fuerza que la marca de su mano quedó impresa en las mejillas del joven—. ¡Vuestra madre me ha prohibido que os mate, Keu, pero puedo heriros! Y voy a lastimaros sin piedad y luego le mentiré al amo Antor sin un ápice de culpa. Bien, ahora quiero saber qué es lo que os está volviendo así de loco. Keu se derrumbó como si sus piernas fueran de gelatina.

—Ellos me matarán si hago la menor alusión a su culpa.

Artorex se rió con un humor cargado de ironía y señaló a los viajeros. Tres pares de ojos fríos y saturados de desdén miraban fijamente a Keu. Llanwith escupió sobre el jergón con desprecio.

—Hice un juramento ante vuestra madre. Os perdonó mientras yacía muriéndose y me obligó a prometerle que os protegería. Estos caballeros, sin embargo, no están afectados por mi juramento y son hombres de mucho mayor poder que el que podríais imaginar. Tienen la autoridad para castigar un matricidio en el nombre del Gran rey. ¿Queréis descubrir lo que prescribe la ley de Uter Pandragón para un hombre que mata a su madre? A diferencia de los romanos, los celtas consideran el matricidio como uno de los peores crímenes. Estoy seguro de que Luka estará encantado de explicaros la diferencia. Antor no puede protegeros de estos hombres, así que mejor responded antes de que perdamos nuestro control.

—Estaba enfadado…

—¡Eso no nos vale! —retumbó la voz de pen Bryn desde donde se encontraba junto a la pared—. Vuestros sentimientos no nos interesan. ¡Probad otra vez!

—Estoy cansado de ser el segundón… Llanwith, con un rápido revés sobre un costado de su cabeza, tirola Keu al suelo.

—¿Vos un segundón? Sois el hijo único de Antor, el amo de Villa Poppinidii —dijo Luka con desprecio—. Seréis el dueño de la villa cuando vuestro padre vaya a reunirse con sus antepasados. Entonces actuaréis como el dueño… ¡y no como un canalla!

—Artorex es huérfano y vive de la caridad de mi padre. ¡Pero todo el mundo en la villa le obedece y en cambio a mí, no! Llanwith golpeó otra vez a Keu haciéndolo caer y sangrar por la boca.

—¡Ya está bien de pretextos! Yo tenía gran admiración por vuestra madre.

—Pero… ella escuchaba a Artorex en lugar de escucharme a mí —gimoteó Keu señalando al mayordomo.

Artorex soltó una exclamación de disgusto y le dio una bofetada, lo que terminó con el insoportable gemido.

—La envidia no es excusa para el daño que habéis hecho, señor Keu —intervino con voz implacable Myrddion desde la oscuridad de la puerta—. Todos sabemos que pasabais poco tiempo en Villa Poppinidii y evitabais participar en su gestión. ¿Quién merece el respeto de los sirvientes, un joven que pasa todo el tiempo de juerga con sus amigos o el mayordomo que controla los negocios de la villa y trabaja en los campos junto a los labradores?

—Los sirvientes no me hacen caso…

—Porque ellos creen que vos y vuestros amigos estáis relacionados con los asesinatos de los niños —declaró abiertamente Targo al entrar en la habitación.

Keu retrocedió y se tapó la cara con las manos. En la parte que éstas no tapaban, se alcanzaba a ver que su semblante estaba blanco como la nieve, a excepción de las marcas de los sopapos recibidos.

Entonces, desaliñado y desastrado como estaba, alzó la cabeza y encaró los ojos acusadores de Targo. La expresión de su rostro reunía toda la malicia y astucia de un armiño.

—¡No podéis probar nada! ¡He estado aquí sin moverme durante días!

En ese momento, Artorex supo que Keu era culpable de mucho más que del matricidio y sintió un nudo en su garganta. ¿Qué podría hacer? ¿Cómo podría salvar a Antor? ¿Cómo podría un hombre honrado salvar a Keu de las consecuencias de sus vicios y mantener un mínimo de decencia para sí?

—No sabéis nada de Severinus y mis amigos —fanfarroneó Keu, mirando hacia el suelo con ojos furtivos—. Yo no maté a esos niños. ¡No! ¡No tengo nada que ver con ellos! ¡No soy un monstruo!

Artorex empezaba a sentir repugnancia hacia su rastrero hermanastro.

—Pero sí sabemos que atacasteis a vuestra esposa embarazada —dijo con toda la calma—. Y también sabemos que sois el responsable de la muerte de vuestra madre. ¡Ya es suficiente! Estoy cansado de toda esta farsa, así que voy a entregaros a Llanwith y él decidirá qué castigo recibiréis por vuestros crímenes.

Cualquier pretexto que Keu estuviese dispuesto a expresar murió en sus labios cuando cinco pares de ojos le traspasaron. Llanwith se enderezó y extendiendo su enorme mano, cogió a Keu por el cuello y, con sus brazos fornidos, levantó al joven de tal forma que sus pies patalearon débilmente en el aire y su cara se tornó púrpura.

Artorex miraba ferozmente a su hermanastro.

—He prometido bajo juramento que os protegería, pero esa promesa era para los pecados cometidos en esta noche y sólo los de esta noche —hizo una pausa—. ¿Hablaréis ahora? Levantad la mano si estáis decidido a hablar.

Keu pataleaba, luchando por soltarse y lentamente se estaba estrangulando. Su cabeza subía y bajaba como el juguete de un niño y sus ojos se salían de las órbitas.

Llanwith lo arrojó sobre el jergón como si fuera un trapo sucio y el joven intentó recuperar su aliento con grandes e irregulares bocanadas.

—Los repugnantes actos atribuidos a Severinus… y a vos mismo, son temas que deben ser tratados inmediatamente —dijo el mayordomo—. No sólo debéis preocuparos por todos los que estamos en esta habitación, sino que además deberéis enfrentaros a la cólera de los aldeanos, que, esta misma noche, están de duelo por la desaparición de otro de sus niños. Si vuestras respuestas no nos satisfacen tenemos la intención de entregaros a ellos para que os interroguen.

Hasta el rostro impasible de Llanwith pen Bryn parecía asqueado ante todo lo que se estaba revelando.

Titubeando y temeroso, Keu contó su historia. Sus ojos estaban velados, motivo por el cual Artorex no podía estar seguro de lo que realmente motivaba a su hermanastro.

—Severinus me matará si se entera de que lo he traicionado. ¡Debéis protegerme!

—¿Y por qué he de salvaros? —le cortó Artorex con los ojos como de pizarra gris.

—Porque es un asesino y un pederasta… es realmente abominable. Temo por mi vida cada vez que lo veo —Keu se acurrucó en la esquina de la habitación, sin reparar en la sangre seca de su madre, que aún manchaba sus manos y su túnica. Era un caso patente de espantosa autocompasión y sus jueces no estaban seguros de si esta repentina capitulación era falsa o sincera.

—¿Cuándo supisteis por primera vez que Severinus era un asesino? —Artorex era implacable.

—No hasta que fue muy tarde para poder librarme de su influencia. ¡Debéis creerme! —sus ojos saltaban de un hombre a otro, reclamando compasión y clemencia.

—Entonces debéis contárnoslo todo —insistió Artorex—. Y debo advertiros que

Targo sabrá si escondéis algo. Está al tanto de muchos aspectos de vuestras actividades.

—Conozco a Severinus y a sus amigos desde hace muchos años. Me sedujo hace años con su charla sobre los modales epicúreos y el derecho de los romanos para gobernar. Cuando advertí que él era una perversa aberración de la naturaleza ya estaba demasiado involucrado para poder desentenderme.

—¿Fue realmente así? —preguntó Luka con serenidad—. Muchos jóvenes son seducidos, pero muy pocos se hacen aliados de un criminal.

—No podía ir junto a mi padre y contarle lo que Severinus me había hecho —Keu se sonrojó de la vergüenza y del asco y durante un instante Artorex tuvo un asomo de piedad. Keu podría fácilmente haber sido una víctima Cándida y admitir su violación le habría avergonzado mucho más.

Los ojos de Keu no mostraban ni un ápice de emoción. No era un efebo, sus gustos tendían hacia las jóvenes, tan sumisas e infantiles como fuera posible. Su violación le había convencido de que odiaba el dolor… a menos que fuera él quien lo infligiese. Y esta retorcida y atemorizada criatura temía a Severinus, que percibió el punto flaco de su naturaleza y profundizó en esa debilidad sin piedad hasta que Keu se encontró atrapado en la pesadilla de sus propios vicios. Sin importar cuán intensamente se hubiese hundido en los desenfrenos, una parte de su personalidad se mantenía aterrorizada y avergonzada.

Ahora, percibiendo que Severinus estaba amenazado, Keu vio la vía para salvarse de las exigencias de su amigo y desviar la rabia de Artorex por la muerte de su madre. Keu se esforzó en aparentar miedo y suplicar, aunque en el fondo más íntimo de su naturaleza rechazaba furiosamente su disimulada sumisión.

—Al principio, sacrificamos unas pocas ovejas en el tiempo de la Lupercalia. El juego parecía bastante inocente. Me sentí auténticamente romano por haber participado en un antiguo ritual, ya que Severinus siempre dudaba de la pureza de mi sangre latina.

En la habitación, reinaba el silencio y Keu se esforzaba en poner un rostro patético.

—Hace unos años, Severinus y su efebo raptaron a dos niños de la aldea. Cuando me enteré, me descompuse por lo que hicieron. Pero no participé en sus muertes.

—Justo lo que os dije, Artorex —interrumpió Targo, escupiendo al suelo con desdén—. Sólo tenía cojones para observar.

—No podía creer lo que Antiochus había hecho a esa niña. ¡Era horrible!

—¿Era atractiva? —preguntó Luka astutamente.

Keu se mostró asqueado.

—No, ¡por supuesto que no! Era sólo una niña. Severinus me encargó que enterrase su cuerpo, pero ni siquiera fui capaz de cubrirla con tierra cuando destapé su cuerpo de las ropas que lo envolvían.

—¿Quién le cortó las manos? —preguntó Luka—. Estaba viva cuando se las

cercenaron.

—Lo hizo Antiochus —gimoteó Keu—. No estaba muerta cuando la destapamos y Antiochus dijo que la perra lo contaría todo a sus parientes de la aldea si la dejábamos vivir, por lo que decidió amputarle las manos con su daga. No pude hacer nada para detenerlo.

—Entonces, la abandonasteis para que se desangrara.

—No, me quedé con ella hasta que dejó de respirar… y entonces le cerré los ojos.

—¿Qué quería hacer Antiochus con sus manos? —preguntó Artorex con curiosidad enfermiza.

—Me dijo que la señora Severina las quería para hacer un hechizo para una dama. No hice más preguntas… no quería saber más. —Keu miró las caras descompuestas que lo rodeaban y se refugió en la esquina de la habitación—. ¡Por el alma de mi madre, Artorex, sólo tenía diecisiete años! ¡No sabía qué hacer! ¿Quién me creería si lo contaba todo? Por favor, ¡yo no abuso de los niños!

El último comentario fue como un aullido y era cierto. No necesitaba disimular. Hasta Llanwith le creyó, y el frío interior de Keu se alegró al reconocer la enfermiza aceptación que reflejaban sus ojos.

La necesidad de purgar su cuerpo llenó la boca de Artorex con un sabor a bilis. No podía imaginarse ningún hechizo que la madre de Severinus conjurase y que pudiese exigir las manos de una pequeña. Como Keu, simplemente no quería saber y creyó las patrañas de su hermano… aunque sabía que estaba buscando una vía fácil para librarse de su promesa a Livinia.

—¿Qué matrona romana podría actuar de forma tan vil?

—La madre de Severinus es peor que su hijo —aseveró un quejumbroso Keu.

—¿Y qué hay del chico? —preguntó Targo—. ¿Os turnabais para daros placer con él?

Keu se mostró genuinamente asqueado.

—Nunca supe lo que había ocurrido con el niño hasta más tarde. Lo amenacé con contárselo a mi padre, pero Severinus me recordó que yo había ayudado a la desaparición del cadáver de la niña y que sería juzgado culpable por el mismo crimen que él —vaciló un momento—. Cada vez que Severinus se divierte con esas cosas yo enfermo de aprensión. Insiste en que observe hasta que me siento mal y entonces me permite ausentarme. Me tiene totalmente bajo su poder —Keu estaba casi diciendo la verdad.

—Pero vuestros temores no explican lo que ocurrió esta noche —le recordó Artorex.

—Sé que Severinus raptó a otro chico —contestó Keu con voz tenue—. Me envió un mensaje en el que me requería esta noche para asistir a una «fiesta», como él las denomina y que no aceptaría ninguna excusa. Le envié un mensaje explicándole que teníamos visitas en la villa, pero no le importó. Durante la cena de anoche, no podía dejar de pensar en lo que me haría por mi ausencia en su diversión y estaba

enloquecido de terror.

Keu deseaba con verdaderas ansias librarse de Severinus y sus amigos. El romano era adicto a sus malsanos placeres y cada vez se arriesgaba más en inaceptables actividades. Tarde o temprano Severinus sería cazado y el castigo que se le impondría sería rápido y cruel. Verdaderamente Keu estaba angustiado por la posibilidad de verse implicado en la destrucción de la familia Severinii.

Ahora vio una salida a la trampa que él mismo se había construido y por ello siguió hablando.

—Me desmoroné cuando Julanna intentó detenerme y gemía sin descanso de que quería más a mis amigos que a ella. ¡Aborrezco a Severinus! ¡Lo odio! Desearía que estuviese muerto para volver a sentirme libre. Mientras Julanna me regañaba sin descanso, lo único en que podía pensar era en cómo escapar. Pero desplegó tal intensidad de llantos y lamentos que perdí el control… y traté de acallarla.

—Vuestra débil explicación es muy oportuna —comentó Luka con el rostro demudado por el disgusto.

—Severinus se guardó un anillo en bajorrelieve tallado que le entregué hace un tiempo para saldar una deuda. Es una joya que fácilmente puede reconocerse como mía y juró que lo dejaría en uno de los cadáveres si no cumplía puntualmente sus órdenes. Me aterroriza… ¡mucho más que vosotros! —sus ojos saltaban de una cara de condena a otra. Su frío interior buscaba desesperadamente las palabras que lo exonerasen de sus múltiples crímenes.

—Vuestro amigo es un valiente cuando se trata de asesinar niños —murmuró irónicamente Artorex—. Me pregunto qué quedará de ese coraje cuando tenga que enfrentarse con hombres.

—No podéis enfrentaros a él —dijo Keu sin aliento—. Sería mi sentencia de muerte.

—Yo creo que podemos ¿sabéis? —Afirmó fríamente la voz grave de pen Bryn —. ¿Dónde está ese Severinus? Tengo un súbito deseo de charlar con él.

—Debéis decírnoslo —agregó Luka—. Porque de lo contrario nos veremos obligados a utilizar otros medios que no serán de vuestro agrado para arrancaros las respuestas.

Mientras sus ojos recorrían la habitación, Keu se dio cuenta de que no le quedaba otra posibilidad que ceder y la información empezó a brotar de sus labios.

—Tiene una cripta, una habitación subterránea dedicada a Dionisio y a otros dioses más antiguos y oscuros. Mantiene allí a los niños para sus rituales, porque cree que sus sufrimientos lo harán más fuerte.

—¿Cómo encontraremos esa cripta? —preguntó Artorex disimulando el asco que sentía.

—Hay una trampilla en el suelo de mosaico de su *scriptorium* en Villa Severinii. La entrada está oculta bajo una alfombra con un gran ojo bordado en ella. El dice que es el ojo del dios negro.

—Vuestra asociación con Severinus está a punto de finalizar definitivamente, de una forma u otra —dijo Artorex—. Vuestro padre no tendrá nunca más razones para avergonzarse de vuestros actos y yo auguro que pronto volveréis a interesaros por los negocios de Antor, tal como corresponde a un buen hijo. No, no discutáis Keu, porque ya no tenéis más argumentos. Os quedaréis aquí con vuestra mujer e hija y os plantearéis con seriedad cuál será vuestra forma de vida, de manera que el alma de vuestra madre pueda encontrar la paz. Yo me haré cargo del resto —Artorex apenas esbozó una sonrisa—. Desde hoy mismo, Frith os vigilará en caso de que alguna vez decidáis descargar vuestro mal humor sobre vuestra mujer o hija. Se asegurará de que varios sirvientes fornidos estén a su disposición en el caso de que seáis tan estúpido que pretendáis usar vuestros puños otra vez.

—¿Y Severinus?

—Severinus pronto deberá ocuparse de entretener a unos distinguidos visitantes —interfirió Targo; su boca era una herida cosida de desprecio apenas contenido y Keu se apartó de la mirada de basilisco que le lanzó el viejo soldado.

—Y, en el caso de que quiera argumentar algo en su defensa, los cinco estaremos presentes para responder a cualquiera de las preguntas que quiera plantearnos —Agregó un Luka sarcástico.

Keu se acobardó cuando los hombres revisaron sus armas, mientras Targo vigilaba las manos del joven, que se cerraban y abrían como si buscasen algo que aferrar y romper.

—No podréis salir de la villa —le advirtió Artorex—. Sabré si intentáis desobedecerme. Y no debéis enviar ningún mensaje a Severinus, porque si lo hacéis, descubriréis vuestra complicidad.

—¡No! No haría tal cosa y prometo obedeceros en todo.

—Cuidaos bien de hacerlo, Keu —continuó Artorex—. Por el bien de vuestra madre. Trataré de libraros de los pecados de vuestros amigos romanos, pero, si descubro que vos, personalmente, habéis derramado sangre inocente o nos habéis mentido, expondré lo que sepa de esos horrendos crímenes a vuestro padre, por más reacio que sea a hacerlo en estos días de luto.

—¡No os he mentido!

—Entonces os sugiero que vayáis junto a vuestra mujer e hija, allí esperan que las felicitéis y que hagáis vuestros mayores esfuerzos por vuestra conciliación. Podéis estar seguro, Keu, de que os mataré si volvéis a levantar la mano contra vuestra mujer o su hija. Mientras nos mantengamos vivos deberéis cumplir vuestra promesa y actuaréis como un caballero romano. Le debéis a vuestra madre un cambio en vuestra vida y, por Mitra, honraréis la memoria de vuestra madre dándole un sentido a su muerte. Debéis ser plenamente consciente y entender que estáis amenazado por todos los que están aquí esta noche. ¿Lo habéis comprendido?

—Sí —masculló Keu, escondiendo su mirada.

—¡Miradme a los ojos, hermanastro! Seríais necio si pensaseis que podéis

calmarme y luego volver a vuestro antiguo estilo de vida. Vuestro castigo será el de vivir demostrando cada día que se puede confiar en vos. No sé si alguna vez os creeré.

Myrddion lanzó una corta y rápida mirada hacia el mayordomo. Keu, acurrucado a los pies de Artorex, estaba siendo obligado a transformarse en un penitente, pero Myrddion no podía ver ni un ápice de compasión en la cara de su protegido. Seguir viviendo y cargar con la culpa y soportar el peso de ser un sospechoso durante toda la vida era un castigo cruel, incluso para un crimen imperdonable.

Poco después, cinco hombres de rostro severo abandonaron las habitaciones de Keu, deteniéndose sólo para recoger sus armas y vestirse de negro.

Artorex habló brevemente con Frith, para darle instrucciones de cómo los mozos de cuadra debían vigilar a Keu durante su ausencia, en caso de que su hermano decidiera quitarse la vida o acometer alguna vileza. Una vez satisfecho por haber puesto todo en orden en la villa, siguió a los demás a las caballerizas.

La noche estaba espesa de sombras, porque ya era más de medianoche, la hora en la que el cuerpo pierde vitalidad y hasta la luna parece un pálido esqueleto de sí misma sobre un cielo sin estrellas.

Caballos y hombres desaparecieron como fantasmas silenciosos, mientras se iban adentrando en la niebla que borraba los contornos de Villa Poppinidii.

CAPÍTULO VI

LIMPIANDO EL ALTAR

DESPUÉS DE UNA hora de intensa cabalgata bajo una luna gélida, la partida llegó a una suntuosa villa situada sobre una colina desnuda que dominaba el propio pueblo de Aquae Sulis. Aunque no se percibía luz alguna, las piedras y ladrillos de los edificios parecían estar despiertos y estremecedoramente sensibles. En esas oscuras horas que preceden al amanecer, la villa parecía agazaparse como una enjoyada rana sobre la cima de la colina, lo que obligó a Artorex a reprimir un supersticioso escalofrío.

Los niveles del suelo de las villas romanas, a pesar de sus gruesos muros, generalmente seguían las variaciones naturales del terreno, de tal forma que se fundían con el paisaje. Con sus jardines, huertos y fuentes de agua, las casas romanas eran sitios agradables y confortables.

Pero la Villa Severinii era distinta a cualquier otro palacio romano que Artorex jamás hubiese visto. La colina estaba desprovista de toda vegetación y no se veía ninguna escultura a lo largo de las murallas que suavizase la rudeza de la piedra desnuda. La estructura no estaba blanqueada como era la costumbre; Severinus había ordenado que un ocre rojo oscuro fuese mezclado con una capa de argamasa, lo que seguramente había estado de moda en la antigua Pompeya, pero que trasplantada a Aquae Sulis daba la impresión de que la villa había sido sumergida en sangre espesa.

Con audacia y pasos silenciosos los cinco hombres de negro llevaron los caballos hasta los establos. El silencio era sepulcral y el aire insólitamente profético. En la villa no se movía un alma, ni siquiera un mozo de cuadra. Los caballos ponían los ojos en blanco, presintiendo algo amenazador en el aire y Artorex se sintió repentinamente agradecido de no estar solo.

El tiempo húmedo contribuía a sofocar a los intrusos. Era esa especie de calor que raramente alcanzaba las tierras del norte, pero que cuando lo hacía, dejaba a los débiles o a los ancianos sin aliento y a las puertas de la muerte. Dentro de sus armaduras ligeras los amigos sudaban profusamente, incluso en aquellas horas de la madrugada en que la brisa fresca debería haber traído algún alivio.

Quizá la misma tierra está enferma aquí, pensó Artorex mientras se limpiaba el sudor que corría por su rostro.

La puerta a la entrada de la villa había quedado abierta, quizá en anticipación a la

llegada de Keu. Un mayordomo somnoliento tropezó con los hombres armados cuando entraron en el atrio y sus ojos brillaron de miedo. Habría corrido a dar la alarma si no fuera porque pen Bryn lo había sujetado firmemente por detrás, amordazado con su mano y de forma experta liquidado en un segundo.

—El sirviente podría ser inocente —protestó Artorex.

—No, si vivía en esta pestilencia —susurró Llanwith—. Olfatead el aire, mi joven amigo, la corrupción de la muerte apesta sobre esta villa.

—El aire está espesado por una nube de perfume —gruñó Targo mientras arrastraba el cadáver del mayordomo hacia un rincón oscuro—. ¡Maldición! Este sitio huele a sobaco de puta.

El mismo calor empalagoso acentuaba el olor de perfume barato, aceites delicados y algo dulce, enfermizo y muerto que empapaba los muros pintados de la villa. Llanwith pen Bryn, encabezando el grupo, los llevó a paso lento a través del imponente jardín central.

Ningún otro sirviente parecía estar despierto, ya que nadie más había abordado a la camarilla mientras se deslizaban dentro de las habitaciones de la villa, pintadas de rojo y dorado. Las paredes estaban cubiertas con escenas de orgías y a lo largo de los muros de la columnata y ocupando sendos nichos, se podían reconocer numerosas esculturas de bronce describiendo obscenos apareamientos. Escandalosas figuras de Príapos con grandes órganos hinchados se disponían protegidos entre las sombras y hasta Myrddion, que había visto toda clase de depravaciones a lo largo de su vida, tuvo que apartar la vista.

Artorex se estremeció de disgusto, mientras Luka desaparecía silenciosamente dentro del ala derecha del edificio.

Con una distribución diferente a la usual de una villa, el *scriptorium* de Villa Severinii estaba situado en el extremo final del ala izquierda de la estructura, donde el terreno descendía, lo que facilitaba la presencia de una cripta dentro de la ladera de la colina. El *scriptorium* estaba prácticamente vacío, a excepción de una pared con nichos, donde presumiblemente se guardaban los pergaminos, una mesa y una única silla, casi en el medio de la estancia.

La única decoración en la estancia era una alfombra tejida ubicada en el mismo centro del suelo de mosaicos, desde donde resplandecía un gran ojo negro. El aire del cuarto estaba cargado con los vapores de aceites exóticos y algo más que se agitaba bajo un efluvio pesado y empalagoso.

Con una suave exclamación de desazón, Llanwith pen Bryn retiró la alfombra descubriendo la trampilla cortada en el mosaico. Luka se coló en la habitación daga en mano.

—Los dormitorios están vacíos —susurró—. No he encontrado a nadie, salvo unas pocas mujeres aterrorizadas en las dependencias de los sirvientes, así que las encerré bajo llave en uno de los almacenes. Por el semblante de sus rostros, parece que conocen en lo que andan sus amos… y están aliviadas de sentirse prisioneras y a

salvo.

—Entonces ha llegado la hora de participar en las celebraciones —expresó con desdén Llanwith tras su barba.

Luka y Myrddion levantaron la tapa tan silenciosamente como lo permitió el mecanismo. Unas negras fauces bostezaron por debajo de ellos. Llanwith fue el primero en desaparecer en la oscuridad bajando por una escalera, mientras Artorex lo seguía muy cerca.

La escalera terminaba en un suelo de tierra, al final de un simple corredor empalizado. El hedor era tan fuerte que Artorex tuvo que contener una reveladora arcada de asco.

Mientras los demás se reunían al final de la escalera, Artorex percibió un lejano cántico. El sonido era afinado y agradable, pero la voz cadenciosa sólo servía para intensificar los horrores de aquel secreto y siniestro lugar.

Desde las sombras del corredor, Llanwith y Artorex espiaron cautelosamente una amplia sala forrada de piedra que había sido excavada en la roca de la colina. El suelo estaba hecho de tierra apisonada y desprovista de ornamentación, al igual que las paredes. Dos grandes braseros iluminaban la estancia y en uno de ellos ardía nardo, lo que hacía más irrespirable el aire quieto.

Por primera vez, Artorex sintió frío… helado hasta los huesos. El aire en esta celda subterránea era fresco, pero otra cosa hizo que su piel evitase el contacto con la pared, algo muy primitivo cambió el sudor de su cuerpo por un olor desagradable que lo dejó tiritando.

Una mujer estaba confortablemente sentada en un trono a su izquierda. Con una mano recargada de anillos sostenía una copa de vino y hubiera podido ser una clásica matrona romana, si no fuera por una imponente máscara egipcia que le cubría la cabeza, asentada sobre sus estrechos hombros, con algo más de medio metro de altura. Su silueta proyectaba extrañas sombras desde el suelo hasta el borde de un pequeño altar de alabastro, colocado justo en el centro de la estancia.

Dos hombres, desnudos a excepción de unas capas ornamentales y unas grotescas máscaras sobre la cabeza, brincaban delante del altar de mármol veteado. Una figura esbelta portaba sobre la testa una pieza con la forma de una cabeza burlona de un gran perro negro y el otro, un hombre más corpulento, llevaba una máscara guasona, negra, brillante y repulsiva, con la forma de una cabeza humana. Acababa de apartarse del cuerpo de un niño pequeño que yacía sobre el altar, tendido boca abajo, sus brazos y pies inmovilizados por unas cadenas que se unían a las cuatro esquinas de la base del altar mediante anillas de hierro sólidamente encajadas en la piedra intensamente pulida.

A excepción del cántico intermitente de la mujer y del jadeo del suplicante de la máscara negra, todo lo que podía oírse en la asquerosa sala era el apagado sollozo del niño, con su cara aplastada sobre la piedra del altar y su larga cabellera pálida que colgaba casi hasta el suelo.

Llanwith sacó su espada y el cuadro se congeló con el siseo del acero saliendo de su vaina. Artorex y los otros entraron en la sala imitando la acción de Llanwith y empuñando sus espadas en alto.

—¿Qué clase de abominaciones perpetráis aquí? —rugió Llanwith y el hombre con cabeza de perro se guareció detrás de su compañero. Ambos hombres se veían ridículos en su fláccida desnudez.

Sólo el sollozo del niño robaba a la escena su carácter de farsa.

Myrddion avanzó y de un certero golpe de espada arrancó la máscara negra, que cayó a un lado.

—Este caballero, si no me equivoco, debe ser Severinus, que está imitando a Set, el dios egipcio de los infiernos —Myrddion levantó su espada hacia el rostro oscuro y bello que fue expuesto al grupo reunido.

Severinus tenía unos treinta y pocos años y estaba dotado de una belleza natural de rostro y forma, que ahora se desviaba hacia la gordura debido a tantos años de indolencia. La piel cubierta de un espeso vello oscuro disimulaba parcialmente una pequeña barriga que empobrecía su torso bien formado. Su atractivo rostro estaba totalmente libre de barba. Sólo sus ojos traicionaban la delicadeza de sus rasgos, porque eran planos y desprovistos de cualquier emoción que no fuera la de rabia.

Myrddion se giró ligeramente para enfrentarse con el otro personaje y utilizó la punta de su espada para retirarle la máscara.

—Y su compañero debe ser su efebo, Antiochus, con el disfraz de Anubis, otra de las divinidades de la muerte. Creo que el símil del perro es sólo para mantenerse acorde con esta basura, ¿no crees, Llanwith?

Al terminar la frase, la mujer saltó desde su trono con un chillido, sus garras extendidas habrían causado gran daño a Myrddion si Luka no la hubiese hecho tropezar y al mismo tiempo le hubiese quitado la pesada máscara que cubría su cara.

—Y esta… esta… esta señora, se supone que es Isis, creo. Todo lo que necesitamos es a Osiris para completar este desagradable ritual.

La mujer, Severina, se puso a gritar y proferir insultos que salían de su boca pintarrajeada con espesa pintura de labios y bajo una gruesa capa de cosméticos que daban a su rostro un aspecto juvenil, aunque se veía claramente que era vieja y decadente. Las palabras cargadas de veneno que lanzó a chorros eran tan soeces que Luka decidió atar sus manos y amordazarla con tiras hechas con su propio chal dorado.

—Soltad al niño, Targo, y llevadlo arriba para que respire aire puro. Después buscad una sábana para cubrirlo y dadle algo de comer y beber de las cocinas —ordenó Artorex.

—Y podéis liberar a uno de los sirvientes para que haga venir hasta aquí a los guardias de la ciudad —agregó Myrddion sin apartar los ojos del rostro criminal de Severinus—. Elegid a uno que sea capaz de cumplir con vuestras órdenes… aunque estoy seguro que podemos dejar ese asunto en vuestras manos.

Con expresión siniestra, Targo arrancó la capa negra de los hombros de Severinus, mientras Artorex soltaba las cadenas que ataban al niño al altar con una llave que colgaba del cinturón de Severinus. Targo envolvió al chico en los pliegues de la capa negra y estrechando al niño contra su pecho, se apresuró a obedecer las órdenes de Artorex.

—¿Qué creéis estar haciendo? —gruñó Severinus, levantando su autocrática barbilla partida—. ¿Cómo os atrevéis a entrar en mi villa y amenazarme a mí y a mi familia con vuestras armas?

—Somos ciudadanos de bien a quienes preocupan las abominaciones que se están perpetrando en este lugar —replicó Myrddion con una expresión vacía—. Y tenemos más poder del necesario para hacer cumplir la ley en la región y acabar con vuestros viles rituales. Por ahora, esta explicación es más que suficiente para lo que pueda entender una rata como vos.

Severinus aguzó sus ojos negros y dirigió su mirada hacia Artorex, a través del espeso humo negro de la antorcha. Su boca dulce y perfecta sonrió y dejó al descubierto unos blancos dientes, ligeramente desparejos.

—Os conozco. Sois ese hermanastro bastardo de Keu. Se arrepentirá del día en que envió a estos canallas contra mí.

Artorex dio la vuelta alrededor del altar, casi resbalando en una superficie sobre la que se había derramado un líquido que no deseó identificar. Un puño voló, aparentemente por su propia decisión, hasta estrellarse contra la nariz recta y la boca en forma de arco de Cupido de Severinus.

—Os sugiero que guardéis vuestra sucia lengua dentro de vuestra boca. Habrá suficiente tiempo para hablar de vuestras vindicaciones cuando lleguen los soldados de la guardia. Me preguntó qué harán con esta pequeña sala de juegos.

Severinus miró con malevolencia a sus captores, con unos ojos que eran a la vez astutos y divertidos. Se lamió la sangre de la boca mostrando una larga lengua rosada y pareció que disfrutaba con el sabor de su frescura. Artorex se vio obligado a apartar la mirada o su estómago habría traicionado su voluntad.

—El Consejo de Aquae Sulis no levantará una sola mano contra mí. No soy el único que venera al dios oscuro y son varios los prominentes ciudadanos que han disfrutado de mi hospitalidad en el pasado, incluido Keu, el hijo tan respetado de la familia Poppinidii.

Artorex golpeó a Severinus otra vez, con fuerza suficiente para enviar al hombre tambaleándose hasta un largo envoltorio de tela dorada que colgaba de una de las paredes. Mientras Severinus se aferraba a sus pliegues para recuperar el equilibrio, la cortina se rasgó y dejó ver una negra abertura en la pared.

Artorex escupió con repugnancia.

—No sois digno de pronunciar el nombre de esa familia, Severinus, porque esta noche Lady Livinia de los Poppinidii se ha ido a las sombras de Hades y su hijo ha testificado sobre vuestra participación en la violación y el asesinato de niños.

Mas Severinus no se acobardaba fácilmente. Si acaso, un enrevesado sentido de poder parecía estar excitándolo.

—Ninguno de vosotros debería atreverse a ponerme la mano encima, porque no sois nada más que perros celtas que no valéis ni un pepino. Sois sirvientes que sólo valéis para cepillarme las botas y os haré crucificar antes de que termine el día.

—Yo, Llanwith pen Bryn, hijo del rey de Ordovice, os declaro culpable del asesinato de niños —entonó Llanwith con voz fuerte y fría en la sala fétida.

—Y yo, Luka, hijo del rey de Brigante, también os declaro culpable del asesinato de niños —repitió este.

—Y yo, Myrddion Merlín, mayordomo del Gran rey Uter Pandragón de los Atrebates, también os acuso del asesinato de niños. Sobrecogido por el linaje de sus compañeros, Artorex se adelantó para encararse con el grimoso rostro de Severinus.

—Yo, Artorex, hijo adoptivo de Antor y mayordomo de la Villa Poppinidii, os declaro culpable del abyecto delito de asesinato de niños.

A todo esto, Severinus respondió con una risa que parecía un confiado y alegre relincho en un tono agudo que asqueó a los nobles guerreros e hizo que el servil Antiochus se tapase los oídos, horrorizado.

Llanwith inmovilizó los brazos del enloquecido Severinus detrás de su espalda para evitar que se hiciese daño a sí mismo, mientras que Myrddion hizo lo mismo con el amilanado Antiochus. Pero la risa de Severinus continuó hasta que su voz se volvió áspera y ronca.

—Es mejor que os vayáis arriba, muchacho y esperéis a los guardias —ordenó Llanwith a Artorex con un bramido—. Ya nada podéis hacer en este agujero apestoso.

—Pero el anillo que perdió Keu está aquí. Debemos encontrarlo.

—Dejad ese detalle para nosotros, Artorex. Subid a la luz y respirad aire limpio —intervino Luka.

Agradecido, el joven retrocedió por el estrecho corredor y subió por la escalera hasta alcanzar el *scriptorium*. Sólo hizo una pausa para lavarse las manos y los pies en la fuente del atrio, antes de dirigirse hacia la entrada de la villa para recibir a los guardias de la ciudad.

El amanecer pintaba el cielo con su color encendido cuando un pequeño destacamento de hombres armados apareció marchando por la colina hacia la villa. Artorex alzó la vista y los acompañó a través de la entrada.

Al principio el capitán de la guardia consideró que Artorex era un ladrón, especialmente a la vista del cadáver del mayordomo de Severinii que yacía donde Llanwith lo había abatido en el umbral de la entrada a la villa. Pero entonces, Targo apareció con el niño agotado y con sus ojos amoratados y profundamente hundidos en la cara y al escuchar la declaración del niño contando su captura, su encarcelación, los abusos a los que había sido sometido y su violación, el capitán se mostró más correcto con el mayordomo.

Cuando el joven acompañó a los soldados hasta el agujero de acceso en el piso

del *scriptorium*, muchos de ellos se aferraron a los amuletos que llevaban colgados del cuello, con miedo supersticioso.

—El ambiente es fétido allí abajo. Varios niños han estado también cautivos sobre ese altar, como lo veréis con vuestros propios ojos. Severinus no es demasiado pulcro como patrón de la casa. La última vez que lo vi, amenazaba con dar los nombres de importantes ciudadanos y guerreros como sus socios en esos abominables crímenes. Nos vimos forzados a contenerlo.

El capitán palideció.

—Buen trabajo, muchacho.

Artorex apenas sonrió, porque sabía que el capitán no tenía la menor intención de oír los nombres de los poderosos ciudadanos involucrados en actividades criminales y si era necesario él mismo cortaría la lengua de Severinus para asegurar su silencio.

De esa manera, Keu también estaría a salvo de esas salvajes acusaciones.

Artorex suspiró profundamente. Ésa era realmente la forma en que actuaba la justicia. Las personas que tenían dinero, influencias y auténtico poder siempre evitaban las consecuencias de sus actos. El mayordomo sintió náuseas. Que los dioses me ayuden, porque soy un cobarde, pensó. Debo salvar a Keu porque he hecho una promesa a su madre. Será exonerado, aunque sea casi tan culpable como Severinus. Nunca será castigado y no sufrirá ni un solo día por su brutalidad. ¡Los dioses se ríen de nosotros!

Uno tras otro, los soldados fueron entrando en la cripta, salvo un afortunado que se quedó con Targo y el niño en las cocinas. Al volver, la milicia arrastraba hacia afuera a los prisioneros, prestando escasa atención a si sus pieles se rasgaban o se magullaban.

Hasta la vieja, la madre de Severinus, fue arrojada a la luz del día como una vulgar prostituta.

Luego Luka, Myrddion y Llanwith emergieron a la claridad desde la oscura entrada. Pálido por las náuseas, Llanwith cerró la trampilla de un golpe acompañado de una exclamación de disgusto.

—¡Ya está bien! Tardaré meses en sacarme el hedor de ese agujero de mis narices —se quejó—. Y ahora nos veremos obligados a quedarnos aquí en esta villa hasta que el juez de Aquae Sulis dé fe por sí mismo de todos estos horrores.

Luka llamó al capitán, que estaba limpiándose la boca manchada de beber algo de vino encontrado por Targo en las cocinas.

—Estuve investigando la cripta mientras esperábamos vuestra llegada —le dijo —. Hay un anexo pequeño, de poco más de un metro de altura, en la pared trasera, detrás de la cortina. Deberíais ordenar que algunos hombres excaven allí, mientras esperamos la llegada del magistrado.

—Pero ¿por qué deberíamos hacerlo, Lord Luka? ¿Cuál sería el motivo? —preguntó el capitán enfadado e insolente aunque todavía respetuoso al rango de Luka.

—Porque se nota que la tierra ha sido removida en ese sitio y dado que ese niño

no ha sido el primero en desaparecer en la región, sospechamos que alguna de esas criaturas desaparecidas puedan estar enterradas en la misma cripta donde perecieron.

El capitán contestó con una mueca de desagrado y ladró unas órdenes a dos de sus hombres más robustos para que volviesen a descender a la cripta, ahora armados de palas y picos para escarbar en el hueco del anexo.

La villa estaba tan fastuosamente decorada con escenas lascivas y grotescas que el grupo no encontraba un solo sitio donde poder descansar fuera de la vista de tan depravado decorado. Artorex decidió que esperaría en el atrio, de espaldas a la fuente, para no estar obligado a mirar la lúbrica figura de bronce del surtidor. Miraba fijamente el encantador despliegue de flores estivales del jardín mientras meditaba sobre los acontecimientos de esa noche. Uno a uno, sus compañeros fueron reuniéndose con él.

—No me extraña que Keu estuviese aterrorizado —dijo farfullando—. Si tuviese que estar durante horas en aquel maldito agujero viendo cómo esos monstruos ejercían sus diabólicos ritos, quedaría tan trastornado que yo mismo me encerraría en un manicomio.

—¡Aquí lo tenéis! —exclamó Myrddion pasándole un anillo de oro con una piedra roja engarzada.

—Tuvimos que persuadir a Severinus para que revelase su escondite —agregó Myrddion secamente—. Keu podría ser un hombre peligroso y malintencionado, pero estoy empezando a creer que estaba involuntariamente influido por Severinus. Esa criatura es tan vil que creo que podría haber seducido fácilmente a un joven tonto hasta lograr tenerlo completamente bajo su control.

—¿Entonces deberíamos absolver a Keu de su perversión? —preguntó Artorex.

—Supongo —intervino Llanwith pen Bryn con cierta reserva—. Parece como si Severinus reservara a los niños raptados para sí. Incluso Antiochus, como él mismo admitió, tenía prohibido tocar «su hermosa y sagrada piel» usando los términos de Severinus. Por lo que veo, se trata en realidad de un asunto muy sucio. De todos modos, jamás me atrevería a tener a Keu a mis espaldas, porque sus miedos no justifican que haya asesinado a su madre.

—Preferís matar limpiamente, amigo —bromeó Luka hasta que Llanwith volvió a hablar.

—¿Habéis notado que el efebo se arranca todo el pelo tanto de la cara como de su cuerpo entero? Es más femenino que mi propia madre —observó Llanwith sin quitar la vista de su sandalia que hundía en la blanda tierra abonada del cantero de flores.

—¡Vaya! —respondió Artorex ante la cínica observación.

—Y eso que no habéis visto a la madre de Llanwith —continuó bromeando Luka.

Pero la mente de éste estaba todavía en la cripta.

—Si no os equivocáis Luka y si ese anexo es la razón por la que se han esfumado sin dejar rastro los niños desaparecidos del pueblo, entonces sería para mí un gran placer ser el propio verdugo de Severinus, de su miserable efebo y de su ignominiosa

madre… preferiblemente los tres al mismo tiempo.

—También nos gustaría a todos nosotros —suspiró Myrddion—. Pero la ejecución deberá ser pública, para que los aldeanos puedan asegurarse de que se ha hecho justicia. Por nuestra parte, nosotros debemos ocuparnos de desviar la atención lo más lejos posible de Villa Poppinidii, porque hay mucha reputación en juego que podría ser afectada en las justas conclusiones de estos eventos. Espero que, en lo tocante a eso, los dioses nos amparen.

Artorex estaba demasiado agotado para argumentar respecto a las decisiones de sus tres amigos y sus párpados le empezaron a pesar bajo el sol del amanecer.

En un instante se quedó dormido.

—¡Quién fuera joven otra vez para poder dormirse tan fácilmente después de ver tanto horror! —dijo sonriente Luka, observando al muchacho adormilado bajo la luz del sol.

—No descansará tan fácilmente en el futuro, a lo mejor nunca más, si ya está listo para acometer el destino que le hemos diseñado —suspiró Myrddion—. Demostró su valía durante la noche y estoy convencido de que tiene el arrojo y la sabiduría que se exige al líder que estamos buscando. Keu cuelga de su cuello como una maldición, pero quién sabe lo que nuestro muchacho hará al respecto.

—Qué águila hemos colocado en el pacífico nido de Antor, a quién nadie ha reconocido sus cualidades con la excepción de una vieja bárbara y de un veterano lleno de cicatrices que nadie sabe de dónde procede.

—Espero que el juramento que le arrancó Lady Livinia no sea causa de problemas en el futuro —respondió Luka.

—Hemos cumplido con nuestra parte, independientemente de cómo concluyan nuestras iniciativas —Llanwith palmeó suavemente el hombro de su amigo y se relajó sentándose sobre un banco de piedra desde donde contemplaba la fuente con una mirada crítica—. Vuestro plan siempre entrañó riesgos, Myrddion.

—¿Cómo hace la gente para retorcer sus cuerpos en posiciones tan poco naturales? —preguntaba al vacío mientras observaba las esculturas de los Severinii —. A mí me resultarían francamente incómodas.

—Os falta algo de sofisticación erótica —bromeó Luka.

—Soy un hombre simple… y no me disculpo por ello.

Luka divisó movimientos sobre el camino que subía a la villa.

—Si no me equivoco, el magistrado y un grupo de los consejeros del Ayuntamiento han llegado finalmente.

Myrddion le dio un suave codazo a Artorex lo que hizo que el joven se enderezase y se pusiese de pie al tiempo que se frotaba los ojos cansados como si fuera un niño.

El magistrado vestía según la costumbre romana, con una blanquísima túnica y una toga púrpura que denotaba su excelsa posición. Myrddion se preguntó con aire aburrido cómo ese provinciano romano lograba permitirse un colorido tan caro en

moneda y en vidas humanas. Sólo los hombres más importantes del país usaban la púrpura romana, ya que la tintura provenía de un molusco muy difícil de extraer por los desafortunados esclavos que a veces perecían en el intento. Sardónico, Myrddion dudó de que el magistrado tuviese la cuna o la educación que le permitiesen usar siquiera una imitación de la púrpura imperial; pero prudentemente, mantuvo la boca cerrada.

Aquae Sulis es el remanente agonizante de un imperio que se empequeñece, pensó. Pero hasta un anacronismo puede ser útil y Artorex podría necesitar a cuanto aliado estuviese disponible.

Cuando el magistrado se hubo instalado en la villa, el capitán le presentó el informe de lo que había visto en la cripta. Después de concluir con sus observaciones y opiniones, los tres guerreros informaron al magistrado y los concejales presentes sobre sus títulos y su participación en los hechos.

Cuando se les preguntó por qué motivo los cinco habían decidido acudir a la villa, Artorex improvisó.

—Como sabréis, buenos señores, la casa y granja de Villa Poppinidii se encuentra aparentemente algo retirada de las murallas de Aquae Sulis. Esta noche, una tragedia golpeó la villa con la muerte de Lady Livinia, la matrona de una reputada familia.

Los consejeros agitaron sus cabezas algo confusos ante el contenido y la extensión de la explicación de Artorex.

—Después de la muerte de su madre y con gran vergüenza por no haber expresado sus sospechas con antelación, el hijo de Lord Antor confesó que sus antiguos amigos estaban practicando perniciosos ritos mediante los cuales se sacrificaban los cuerpos y las almas de niños raptados. Keu se vio obligado a unirse con esta camarilla innoble, pero su natural desagrado unido al estado de embarazo de su joven esposa, le permitió una oportunidad para negarse. Estaba aterrorizado por las consecuencias que ello podría tener sobre su familia y además no podía soportar el pensar que otro niño más había sido raptado y que, como otros tantos inocentes, también desaparecería.

Una vez más, tanto el magistrado como los concejales hicieron gestos de asentimiento, dado el sentido común contenido en las cuidadas palabras.

—Keu sólo lleva unos pocos años de vida adulta y durante su adolescencia llegó a adorar a Severinus. Creo que Severinus corrompió a mi hermano durante su infancia y que sólo por su estirpe, salvó la vida. Severinus lo coaccionó para que mantuviese su boca cerrada, lo que le impidió revelar sus sospechas para no avergonzar a su madre, ni manchar el nombre de su familia. Estoy seguro de que nunca participó en ninguno de los abominables rituales como el que acabamos de interrumpir. A la muerte de Lady Livinia, abrió su corazón ante nuestros distinguidos huéspedes y nos desveló sus temores.

Artorex hizo una pausa.

—Salimos de la villa inmediatamente, porque teníamos la determinación de

salvar la vida al niño desaparecido. Y lo organizamos todo para que Targo, el maestro de armas de Villa Poppinidii, nos acompañase en representación de los aldeanos.

Uno de los concejales con cara de zorro contempló el apagado rostro de Artorex con clara desconfianza.

—¿Por qué hemos de creer que Keu no es culpable de haber participado en estos hechos?

—Señor, estamos aquí por su insistencia —contestó limpiamente Myrddion—. Antes de ser amordazado, Severinus nos aseguró que el consejo no iba a tener en cuenta las evidencias que presentamos, dado que él mismo había recibido en sus rituales a prominentes ciudadanos de Aquae Sulis. Por supuesto vos y yo sabemos que tales afirmaciones carecen de todo fundamento y no creemos en sus perversas mentiras.

El consejero tosió roncamente y, bajo sus rizos aceitados, su cara se notaba ahora pálida.

Sabiamente, el magistrado ordenó a los soldados que se asegurasen de que la mordaza y las ataduras de los prisioneros estuviesen firmes. A continuación los reos fueron encerrados en la bodega de vinos.

Artorex sabía exactamente en qué estaba pensando el magistrado. ¿Qué valor tenían unos pocos niños de la aldea muertos frente a la reputación de los poderosos de Aquae Sulis? ¿Qué precio pagaría el magistrado si llevaba ante la justicia a los culpables con igualdad y sin trabas?

¿Pero cómo me atrevo a criticarlo? Pensó con resentimiento, dado que yo he actuado con igual criterio con respecto a Keu. Aunque prefiero condenar mi alma a las sombras antes de permitir que Severinus sea liberado.

Sonrió ingenuamente al grupo congregado y decidió enfrentarse a los consejeros.

—Vuestras señorías deben recordar que este asunto pronto será de dominio público —expresó con gravedad—. Habrá mucho enfado en la comunidad y la reputación de aquellos pocos que sean considerados parte de alguna conspiración será mancillada para siempre. Pronto veréis la cripta que se encuentra directamente por debajo de este edificio y os haréis una idea completa de lo que ha estado ocurriendo en la Villa Severinii. Yo mismo no podía creer que tal sitio pudiese existir fuera de Hades hasta que no lo vi con mis propios ojos.

Los ojos del magistrado brillaron, asegurando a Artorex que el funcionario sabía exactamente cuál era el contenido de la amenaza.

—Conducidnos, pues —ordenó el magistrado—. Debemos manifestarnos en cumplimiento de nuestro deber.

Artorex hubiese preferido tener que enfrentarse a diez guerreros armados antes que volver a la cripta, pero se forzó a dirigir el camino hacia el *scriptorium* donde estaba la boca abierta del túnel. La terrible experiencia parecía ser un castigo por todas las mentiras que acababa de verter. En las profundidades se oía el sonido de las palas excavando, intensificando la sensación de que los consejeros estaban entrando

en una tumba.

—¿No se puede hacer algo con este hedor? —se quejó uno de los comerciantes amargado mientras seguía a Artorex en su descenso por la escalera.

—Severinus quemaba perfume en los braseros para disimular el olor. Desafortunadamente es la única luz de que disponemos aquí abajo, —replicó Artorex.

Las cortinas de la pared posterior habían sido retiradas y dos fornidos soldados trabajaban arrodillados en el estrecho anexo. Artorex tragó la bilis que empezaba a subirle a la garganta; el repugnante tufo a muerte parecía ser más fuerte que en su anterior descenso a la cripta.

El magistrado observó la pequeña sala, el trono, el altar manchado y las máscaras abandonadas. Pudo comprobar las evidencias que señalaban a precedentes víctimas en el limo reseco de vómitos, orina, heces y sangre alrededor de la piedra. Se notaba que sus finos labios se tensaban. La mayoría de los consejeros cubrían sus narices con las vestimentas propias de sus oficios y varios de ellos parecían que estaban a punto de vomitar si el miasma se incrementaba.

Y eso fue lo que ocurrió. Uno de los soldados retrocedió repentinamente desde el fondo del anexo y lanzó su última comida en un rincón de la cripta.

—Hay otro niño allí… y lleva varios meses muerto —gritó, limpiándose los labios—. Dios lo ampare.

El otro soldado tenía más carácter. Su pala exploró en los bordes del pequeño cuerpo hinchado y putrefacto y enseguida, también él se vio obligado a retroceder hacia la cámara.

—Están allí apilados como si fueran leña, uno encima del otro —informó—. No sé cuántos, pero calculo que habrá al menos cinco o seis, teniendo en cuenta la hediondez.

Varios de los consejeros ya habían visto suficiente y huyeron hacia el aire relativamente más limpio del *scriptorium*. El magistrado apretó los puños, puso sus labios rectos e impartió órdenes para que los soldados procurasen cuantas sábanas de lino pudiesen encontrar para que los pequeños cadáveres fueran retirados del lugar maldito.

—No es de extrañar que Severinus quemase perfumes. Esta pestilencia podría enfermar hasta el estomago más fuerte —gimió Artorex.

—Podéis retiraros, joven —dijo amablemente el magistrado—. Yo vigilaré el traslado de los restos.

—No señor. Yo empecé esta horrible búsqueda y yo debo terminarla. Debemos demostrar a los padres de estos niños muertos que todo lo que hemos hecho para recuperar a sus deudos se hizo tal cual ellos hubiesen deseado.

—Como queráis —replicó secamente el magistrado. Y quizá yo mismo me limpie en el proceso, pensó Artorex en silencio.

Los soldados volvieron acarreando con ellos sábanas y telas de lana.

Cuando el primer cuerpo inflado y ennegrecido se puso sobre un lienzo, todos los

concejales que quedaban huyeron, dejando solos a Artorex y al magistrado para testimoniar la exhumación de los cadáveres.

Los despojos, en distintos estados de descomposición, fueron sistemáticamente sacados del infernal hueco. Artorex luchaba para que su autocontrol no lo traicionase, pero se vio forzado a girarse, cuando una pequeña forma casi se parte en dos al ser trasladada. En realidad habría preferido salir corriendo y gritando hacia el exterior, pero en su lugar, se ató un trozo de tela abandonado sobre su boca y nariz, ya que era preferible el vaho del perfume de la tela que el creciente miasma de carne corrompida.

Al final, siete pequeños despojos; los últimos eran poco más que huesos limpios. Todos fueron apartados de la horrible luz y colocados con toda su lastimosa desnudez sobre el suelo de tierra.

Sólo entonces el magistrado y Artorex abandonaron el sótano.

Ya en el atrio, el magistrado impartió instrucciones a los soldados para que subiesen los restos hasta la superficie, después de numerar los luctuosos envoltorios según el orden en que habían sido exhumados. También ordenó que se recogiesen mechones de pelo de cada uno de los pequeños cráneos para facilitar su identificación. Los cuerpos serían posteriormente quemados y los restos colocados en urnas de terracota para su viaje postrero hasta sus respectivas familias.

Artorex había entrado en la cripta poco más que como un muchacho poco experimentado y volvió a la luz de la superficie como un adulto, con las sombras de un hombre impregnadas en sus ojos descoloridos.

Los soldados se pusieron manos a la obra en el patio exterior de la villa, juntando madera para la incineración de los pequeños cadáveres. Uno de los jóvenes, el menos intrépido, fue enviado a la ciudad en busca de urnas fúnebres. Mientras, en el interior del atrio, el magistrado se acomodó sobre un banco y se despojó de toda su ropa hasta los calzones, dejó su apestada toga en la columnata y envió a uno de los sirvientes de la villa a buscarle ropa limpia.

Artorex se lavó otra vez en la fuente y casi se sumerge en el estanque, pero la fetidez de la bóveda permanecería todavía durante varios días en la profundidad de su garganta.

—Y ahora, a por los Severinii —dijo el magistrado en voz baja y sin haber perdido nada de su soberbia aunque estuviese despojado de su toga profesional.

Los consejeros se agruparon como gallinas asustadas tan lejos del magistrado como era posible; sólo Luka, Llanwith, Myrddion y Targo permanecieron impasibles a sus espaldas.

—Interrogaré primero al niño. ¿Cómo se llama?

—Brego, señor —replicó Targo—. Es el hijo de Bregan, el herrero. Me temo que está muy asustado, señor, porque ha perdido toda confianza en los hombres poderosos.

—Tráelo de todas formas, porque necesito su versión de lo que estaba ocurriendo

aquí.

—Sí, señor —contestó Targo y se marchó hacia las cocinas.

El niño volvió, envuelto en un chal de mujer y con su manita fuertemente aferrada a la mano de Targo, como si el viejo veterano fuese la única tabla de salvación en un mar terrorífico.

—¿Brego? —preguntó el magistrado poniendo su voz más amable mientras se colocaba de cuclillas ante el niño.

Éste lo miró con pocas ganas y se esforzó en mover levemente su cabeza. Artorex se percató de que el crío deseaba desesperadamente chuparse el pulgar.

—¿Quién os trajo aquí, Brego?

—Un hombre —la voz del niño era trémula y estaba al borde de las lágrimas.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era el más delgado, Anti… Anti… algo. Y otro hombre me dio leche para beber… y me dormí.

—¿Quién era el otro hombre?

El niño enarcó sus cejas.

—Era un sirviente. El amo no fue amable con él y le dio una patada por volcar un poco de leche.

—El mayordomo —recordó lúgubremente Llanwith pen Bryn—. Me reconforta haberle partido el cuello… aunque pensándolo bien, probablemente merecía una muerte más lenta si estaba involucrado con esos asesinos de criaturas.

—¿Qué pasó cuando despertasteis Brego? —preguntó gentilmente el magistrado con una sonrisa—. No lloréis, chico, porque enseguida estaréis otra vez a salvo con vuestro padre.

—Cuando llegué aquí estaba muy oscuro y estaba atado con cuerdas. Estaba hambriento y sediento, pero durante mucho tiempo no vino nadie. Y cuando volvieron… —el niño empezó a llorar fuera de control.

—Señor —protestó Targo—. El chico está exhausto. Podríamos causarle mucho daño si lo seguimos interrogando.

—De acuerdo, ya he escuchado suficiente.

Mientras Targo llevaba al niño de vuelta a las cocinas, el magistrado se volvió hacia los soldados:

—Traedme a la servidumbre. ¡Quiero a todos los sirvientes juntos! —ordenó.

Con muchos llantos y gemidos, cinco mujeres fueron empujadas hasta la puerta exterior del atrio. Todas eran muy mayores, ninguna tenía menos de cuarenta años. Sus pelos grises y sus ojos angustiados eran una prueba de las duras condiciones que se les imponía en Villa Severinii.

El magistrado se dirigió a ellas en un tono severo.

—Os conmino a decirme todo lo que sabéis sobre la cripta. Y no penséis que podéis decirme que no sabéis nada, porque nadie podría vivir en esta casa ignorando todo lo que estaba sucediendo aquí.

Una de las mujeres, que parecía menos atemorizada que el resto, dio un paso al frente, separándose del grupo y habló en nombre de todas.

—Señor, somos todas esclavas. El amo detestaba a todas las mujeres, excepto a su madre y ésta no permitía la entrada de sirvientas jóvenes en la casa. Era la única mujer que se permitía ser joven y bella —la vieja sonrió mostrando dos dientes rotos. La cicatriz de una fea quemadura retráctil, que cubría toda su mandíbula, deformaba más aún sus rasgos. Pero a pesar de toda su fealdad, sus ojos eran de un castaño muy claro. Habían visto demasiado y ya no temían nada, ni siquiera a la muerte.

El magistrado esperaba impaciente y golpeaba rítmicamente con su pie el suelo teselado.

—He vivido demasiado tiempo y he oído demasiadas cosas en este lugar para que pueda importarme lo que vaya a ocurrir con el amo Severinus o con su madre. Cuando vivía el viejo amo, la villa era una casa limpia y alegre. Pero desde que murió hace diez años, se ha transformado en un lugar malo y amenazador.

—Id al grano, mujer —ordenó el magistrado no del todo descortés.

—Nunca supimos con exactitud lo que hacía el joven amo cuando estaba en los lugares prohibidos. No queríamos saber. Y Longus, el mayordomo, nos encerraba en las cocinas cuando el patrón celebraba sus fiestas.

—¿Qué hay de la cripta, mujer? Seguramente conocíais tal sitio.

—Sí señor, sabíamos que estaba allí. Vinieron unos obreros y la excavaron y luego el amo les pagó para que abandonasen Aquae Sulis y se mudasen a otras poblaciones. Yo era la única sirvienta a la que se permitía limpiar el *scriptorium*. Sólo yo, aunque estaba amenazada con pena de muerte si se me ocurría abrir la trampilla de acceso a la cripta.

—¿Alguna vez abristeis la trampilla?

La mujer sacudió la cabeza con tanta energía que Artorex tuvo repentinamente el pensamiento histérico de que la cabeza se le iba a desenroscar de su cuello descarnado.

—Pero si apoyaba mi oreja sobre el espacio que quedaba entre el borde de la trampilla y el piso donde encajaba; a veces parecía que se oían llantos que venían de abajo. El amo me sorprendió una vez y me apaleó hasta dejarme casi muerta. Percibí su crueldad y desde entonces nunca más me acerqué a escuchar.

Señaló hacia su cara quemada.

—Cuando era una mujer joven, Severinus Major me llevó a la cama. Al ama Severina no le gustaba el contacto con ningún hombre, así que en su lugar, me transformé en la diversión de su marido. Pero cuando murió, tanto la madre como el hijo se aseguraron de que nadie más me volviese a desear. Todas las sirvientas de esta casa han sido violentadas. Sabemos que pertenecemos a Severinus y que puede hacer lo que quiera con nosotras. Estas pobres mujeres viejas pueden mostraros sus lágrimas. No, señores, no oímos nada ni vimos nada.

—Podéis hablar ahora, mujer —dijo calmadamente el magistrado—. ¿Visteis

niños aquí?

—No, señor, lo juro. Podéis hacer con nosotras lo que queráis, señor, pero nunca nos atrevimos a mirar después de que Longus nos cerrase las puertas de la cocina —levantó su pelo gris y miró directamente al magistrado—. Hemos lavado y alimentado al niño que nos trajeron esta noche, y ahora sabemos lo que le han hecho. Sabemos que fue violado. Si fuésemos declaradas culpables por lo que les ha ocurrido a los niños, entonces sería mejor morir que vivir en esta villa un solo día más. Llevamos los collares de los esclavos, pero somos mujeres y algunas hemos sido también madres.

El magistrado se frotó la incipiente barba de su mentón y se quedó pensativo.

Finalmente, tomó una decisión.

—Quedaréis libres, todas vosotras. No creo que seáis culpables de ningún crimen. Además vuestros collares serán rotos y dejaréis de ser esclavas desde este día.

—Entonces moriremos, porque somos demasiado viejas para encontrar nuevos amos que nos sustenten —replicó la mujer con dignidad—. Sería mejor que nos mataseis ahora en lugar de obligarnos a morir de hambre.

—Podéis llevaros todo lo que encontréis de valor en la villa, siempre que os vayáis antes de la puesta de sol. El contenido de esta villa está a nuestra custodia y antes de que termine el día ordenaré que sea quemada hasta el suelo y sus cimientos destruidos.

Las mujeres hicieron profundas reverencias y luego se dispersaron. El susurro producido por sus pies descalzos sobre las baldosas era el único sonido audible en el atrio.

—Traedme a la mujer Severinii —ordenó el magistrado.

La matrona fue traída a rastras. Su peluca se había caído en los forcejeos y la desnuda cabeza afeitada tenía un aspecto patético bajo la luz de la mañana. El maquillaje de su rostro era casi blasfemo por su provocativa fealdad.

Un soldado le sacó la mordaza y ella le escupió.

—Controlaos, señora, o seréis amordazada otra vez —habló el magistrado con voz cortante. Recordaba haber compartido su triclinio durante una cena en tiempos mejores, pero nunca había visto tal grado de depravación en una mirada femenina, o tanta crueldad como veía ahora en los ojos de esta mujer.

—No he hecho nada malo. Soy la viuda de Lucianus Severinus, un nombre conocido hasta en Roma. ¡Cómo os atrevéis, unos sirvientes como vosotros, a tocar mi persona!

—¡Cómo os atrevéis a permitir la violación y el asesinato de niños en vuestra propia casa! —tronó el magistrado.

—Yo no los he tocado —le gruñó al magistrado—. Todo era obra de mi hijo, bajo la influencia de Antiochus, su pervertido efebo —hizo una pausa y continuó—. Hay otros respetables caballeros que han disfrutado de los placeres de Villa Severinii —afirmó con sus ojos llenos de astucia—. Son hombres poderosos que han de

protegernos.

—Seréis amordazada, mujer, ya que no necesito oír vuestras mentiras —ordenó el magistrado. Era reticente a arriesgarse con las implicaciones que su lengua suelta pudiese revelar—. He escuchado lo suficiente.

Dos soldados aplicaron inmediatamente una mordaza sobre la boca de la mujer.

—Ahora veré a Antiochus —continuó el magistrado—. Ya que ha sido acusado de ser el cabecilla y el responsable de estos crímenes.

Antiochus tenía un aspecto lamentable cuando fue arrastrado ante el magistrado y los consejeros. Su andrajoso manto todavía envolvía su estrecho cuerpo escondiendo su desnudez. Los cosméticos con los que se había maquillado los ojos estaban empezando a resbalar debido al continuo llanto y le daban un aspecto patético bajo la cruda luz de la mañana. Los cardenales oscurecidos sobre su rostro eran la evidencia del trato rudo que le habían infligido sus captores.

El magistrado lo miró con desdén.

—Me ha dicho el ama de la casa que sois el principal instigador de este culto vil.

—¡Eso no es cierto, señor! Yo sólo soy el amante de Severinus… y nada más —adujo Antiochus—. Nos conocimos poco tiempo después de la muerte de su padre y me invitó a disfrutar de los placeres de la villa. Nunca he tocado a un niño… no soporto a esas criaturas innobles.

—Pero sí habéis representado la adoración a Osiris en la cripta, ¿verdad? —el disgusto del magistrado era evidente—. Venga, Antiochus, venís del Asia Menor, a diferencia de Severinus, que nunca dejó estas costas. ¿De qué otra manera sabría él algo sobre los Misterios de la Muerte?

—Cuando todo empezó era sólo un juego —aulló Antiochus—. Pero después no pude detener al amo y atenuar sus deseos. Cuando empezó a gozar con los niños, me abandonó como amante. No tenía otra opción.

—Pero la matrona de la casa jura que ella no participaba en los crímenes y que toda la culpa debería ser cargada sobre vuestras espaldas —lo acusó el magistrado.

—Miente como un bellaco —gritó Antiochus histérico con una voz que se volvía como un chillido de mujer—. Ella cree que los estertores mortales de los niños le permiten conservar su juventud y su belleza. No, nunca los toca, pero los observa mientras mueren de hambre, para así poder besar su último aliento. Esa mujer está loca.

Todos los presentes en la sala estaban espantados. La matrona Severinii sintió todas las miradas acusadoras dirigirse hacia ella y su arrogancia finalmente se vino abajo como un castillo de arena. Empezó a sollozar a través de la mordaza.

—¡Era Severinus! ¡Todo fue culpa de Severinus! Siempre buscaba nuevos placeres, lo alerté de que los rumores sobre sus diversiones acabarían muy mal, pero no quiso oírme. Se ha transformado en un monstruo y no puedo creer que alguna vez lo haya amado.

Antiochus habría seguido gimoteando y clavando su mirada en cada uno de los

rostros pétreos de los presentes, si el magistrado no hubiese cortado su farfullar.

—Pero raptasteis a los niños para él y los trajisteis hasta aquí. Y erais el encargado de atarlos y bajarlos hasta la cripta, prepararlos para vuestro amo… a menos que me equivoque. Vos también sois un monstruo, Antiochus, y como tal seréis tratado. ¡Amordazadle!

Finalmente le tocó a Severinus ser traído a rastras hasta el atrio. Estaba totalmente desnudo y con manchas de sangre de los cortes y rozaduras que exhibía por todo su cuerpo. Aun así, en un acto de arrogancia, apartó los negros bucles de la cara y adoptó una postura tan relajada y orgullosa como si estuviese recibiendo a un grupo de destacados y ricos personajes bajo su hospitalidad.

—Severinus, no debéis molestaros en implicar a los demás, porque si lo hacéis, simplemente volveré a poneros la mordaza sin importarme cuán convincente seáis —sentenció implacable el magistrado—. Sin embargo y en deferencia a vuestro padre, que era un hombre decente y honrado, os doy esta vuestra última oportunidad para explicaros. ¿Podéis justificar vuestros actos?

Severinus aparentaba ser un magnífico espécimen de hombre, aunque su baja estatura y su excesivo vello no le permitían alcanzar el rango de auténtica belleza. Su orgullo formaba parte de su humanidad, era un elemento tangible y activo. Artorex se imaginó sin ninguna dificultad que ésta habría sido la forma en que Marco Antonio se habría enfrentado a sus enemigos egipcios y romanos en los últimos días de la antigua república… justo antes de suicidarse con su espada.

Sin embargo, cuando Artorex miró a los ojos de Severinus, el hechizo de la nobleza se rompió inmediatamente, porque algo sucio manaba detrás de las negra pupilas.

—¡No reconozco vuestro derecho a juzgarme, a ninguno de vosotros, porque soy un romano!

El magistrado esbozó una sonrisa reflexiva.

De esa manera sonrieron los senadores que enviaron a Calígula y a Nerón a sus ignominiosas muertes cuando sus vicios finalmente se afrontaron con los últimos vestigios del orgullo romano.

—¿Esta bravata será vuestra última defensa? Realmente me facilitaréis mucho el trabajo si os negáis a hablar —dijo—. Cuando Roma se elevó desde el barro, se hizo grande gracias a su valentía, su fuerza y su piedad. Por ninguno de esos valores vos sois romano… y nunca lo seréis. Seréis castigado como un delincuente común.

El magistrado hizo una pausa, sabiendo que había captado la atención de todos los presentes.

—Escuchad mis palabras. Por este ejercicio de la ley, Villa Severinii queda confiscada y será incendiada con todo su contenido, a excepción de lo que los sirvientes puedan llevarse sobre sus hombros o en el carro de la villa. El resto será pasto de las llamas.

Su voz tenía el timbre majestuoso de uno de los hombres de la ley de la antigua

Roma, aunque este hombre esforzado fuese medio celta por nacimiento.

—Que no quede piedra sobre piedra cuando las llamas se hayan extinguido y que el suelo sea cubierto de sal para purificar esta tierra envenenada. La mujer Severinii será estrangulada inmediatamente y su cuerpo arrojado al estercolero de la ciudad. Su insensible crueldad merece un destino peor… pero no tengo agallas para eso. En cuanto a Severinus y Antiochus, serán crucificados, como criminales que son, en este mismo momento. Sus cuerpos colgarán a las puertas de Aquae Sulis, para que todos los ciudadanos honrados puedan ver el destino que aguarda a los necios que vendan su alma a las tinieblas. Y para que sus gargantas no vomiten veneno, morirán en silencio, con sus lenguas arrancadas de sus bocas.

El magistrado era un hombre prudente y Artorex no pudo evitar una mueca de respeto y humor negro.

—¡He dicho! ¡Cúmplase la ejecución!

CAPÍTULO VII

LAS CONSECUENCIAS

ARTOREX SE HABRÍA ido gustoso con Targo, quien había sido encargado de llevar a Brego hasta su hogar. Ansiaba montar sobre Carbón y escapar, al igual que Llanwith pen Bryn y Luka que retornaron a Villa Poppinidii para asegurarse de que la paz reinaba entre sus murallas. Pero le tocó hacerse cargo de las tristes urnas de terracota, ya numeradas según la costumbre romana, mas aún vacías de cenizas. Debía entregar los mechones de pelo a las madres dolientes y ser testigo del final de sus largas e inútiles esperanzas.

Ésta era su condena por lograr la libertad de Keu y ése era su castigo por mentir en su nombre.

El patio exterior estaba cubierto por el humo de las grandes fogatas encendidas para consumir los cuerpecillos de los niños sacrificados. Uno por uno y todavía envueltos en sus tristes mortajas de lino fueron incinerados.

Myrddion acompañó a Artorex y juntos fueron hasta las cocinas buscando algo de comer. No fue más que algo de queso y un trozo de pan, que de todas formas era todo lo que sus estómagos podrían soportar en ese día. A su alrededor, la villa bullía de actividad mientras las sirvientas saqueaban todo lo que tuviese algún valor, mostrando una sorprendente fuerza para cargar el carro y varias carretillas con todo lo que pudiesen llevar. Antes de que los tres prisioneros fueran encadenados y conducidos fuera, la vieja sirvienta que había actuado de portavoz de todas ellas, no temió arrancar los zarcillos de oro de las orejas de la Severinii y los valiosos anillos de sus manos maniatadas. Luego, dando muestras de gran satisfacción, escupió la cara de cada uno de sus antiguos amos.

Ni Artorex, ni Myrddion podían negar que se había ganado el derecho a tomarse la revancha y realizar su último gesto de venganza.

Hacia media tarde, las antiguas esclavas sirvientas ya no tenían más cosas que cargar, sólo quedaba lo que no tenía ningún valor o era demasiado pesado para ser transportado. Hasta se habían llevado los mejores caballos.

—¿Estarán seguras con toda esa rapiña? —preguntó ansiosamente Artorex a Myrddion, porque le parecía una injusticia que las pobres mujeres fuesen víctimas de ladrones y criminales después de sus años de sufrimientos.

Myrddion se acercó a la anciana portavoz.

—¿Dónde iréis, buena mujer? —preguntó—. Mi joven amigo teme por vuestra seguridad.

—Yo soy de los Dobunni y he nacido cerca de Corinium[10] —contestó mientras se ataba el pelo con un trozo de lino caro—. Quizá todavía quede allí alguno de mis parientes y si no es así, entonces nosotras las viejas, intentaremos ponernos bajo la protección del rey. Hemos sobrevivido a cosas mucho peores que un viaje de una semana por tierras extrañas.

—Id con Dios, entonces —gritó Artorex, mientras ella daba latigazos con las riendas a los lomos de los caballos que tiraban del carro.

—Y vos, joven señor, en verdad os digo que vuestra llegada a la villa ha sido un día afortunado para todos nosotros —se rió estridentemente, dando la espalda por última vez a su antiguo hogar.

Los dos hombres contemplaron la nube de polvo que levantaba la pequeña cabalgata mientras bajaba la ladera hacia el norte siguiendo un camino secundario que era poco más que una rodada apenas visible.

—Ésa sí que es lista —sonrió Myrddion con admiración—. Se apartarán de los caminos principales y seguramente alcanzarán el santuario que buscan.

—Myrddion, no me apetece ver más derramamientos de sangre y me alegro de que el magistrado haya decidido ejecutar a los Severinii fuera de los muros de Aquae Sulis. La crucifixión es una muerte vil y una prolongada agonía. Nunca lo he visto y tampoco quiero hacerlo ahora —Artorex se sentó sobre sus talones y se frotó los ojos enrojecidos con las manos.

—Los Severinii se han ganado su destino, Artorex, pero os aseguro que yo tampoco disfruto en lo más mínimo con esos espectáculos, aunque sé que son necesarios. Dejad que la muchedumbre aúlle por su sangre. Yo prefiero la muerte rápida por la espada.

—Que los dioses quieran que tal sea nuestra ventura —suspiró Artorex.

Al atardecer, los soldados habían terminado con su horripilante tarea de quemar los pequeños despojos, romper los huesos grandes en astillas y colocar los restos en las urnas numeradas. Mientras contemplaba los penosos mechones de pelo, también numerados de la misma forma, a Artorex le parecía que aquella noche terrible y el día que le siguió habían sido interminables.

Mientras tanto, y antes de que abandonasen la villa silenciosa, el magistrado y su comitiva de concejales volvieron. Iban acompañados de una tropa de soldados y de campesinos que portaban antorchas y grandes martillos. Artorex se estremeció, porque el cruel día todavía dominaba sobre la noche.

—Veo que aún estáis aquí, caballeros —observó el magistrado mientras los hombres ordenaban las urnas en una gran cesta que colgaba de la cruz del caballo de Artorex.

—Ya estamos listos para partir, señor —dijo Artorex haciendo una profunda reverencia.

—Ya se ha consumado la ejecución de los Severinii. El hijo y su efebo cuelgan en la puerta de la entrada a Aquae Sulis. Ambos están vivos todavía y seguirán sufriendo. La madre murió ante sus ojos —sonrió al mirar hacia los establos—. Veo que las sirvientas ya se han marchado… y no a pie.

—Cogieron cuanto pudieron —replicó Myrddion con una risa irónica—. Quizá su botín les dé buena suerte.

—Esa vieja abuela habrá elegido con cuidado —afirmó el magistrado con una sonrisa—. Tenía una enorme reserva de venganzas en su corazón, y no me atrevería a cruzarme en su camino.

Dio unas palmadas a la espalda de Myrddion demostrando su agradecimiento por la satisfactoria solución de lo que podría haberse transformado en un desastroso escándalo político.

—Ha llegado el momento de quemar este agujero apestoso hasta las raíces —ordenó sin más discusión.

El grupo de campesinos que portaban las antorchas se apresuró a cumplir su orden y pronto todo el edificio quedó bajo las llamas. Mientras Myrddion y Artorex se alejaban, sentían el calor de su destrucción sobre sus espaldas y mucho después, cuando ya reinaba la oscuridad de la noche, el negro cielo se alumbraba con un rojizo resplandor infernal. Más allá, en lo alto de la colina, la villa se desmoronaba en ardientes brasas.

Dos hombres muy cansados retornaban a Villa Poppinidii poco después de que apareciese la luna. Myrddion decidió que ya era muy tarde y Artorex estaba demasiado exhausto para completar la última y triste misión de entregar las urnas a las aldeas. Los padres de esos niños desaparecidos habían esperado meses, incluso años, para saber el destino de sus hijos, una noche más no importaría, especialmente cuando iba a terminar en luto y llantos.

Artorex iba casi dormido sobre su caballo cuando alcanzaron los establos de Villa Poppinidii. Los brazos fuertes de los sirvientes lo ayudaron a desmontar y otros descargaron de la cruz de Carbón el gran cesto con las urnas.

¿Cómo se había extendido la noticia tan rápido? Se preguntaba Artorex medio adormilado, sin recordar que Luka y Llanwith habían llegado a la villa antes que ellos. Las malas noticias siempre vuelan rápido.

Tropezando y pálido, Artorex se apresuró hacia los baños, donde se sacó la capa, la túnica y los calzones. Se quitó las sandalias y se sumergió de cuerpo entero en las reconfortantes aguas purificadoras. Cuando un sirviente se asomó con cautela por la puerta, Artorex le ordenó que quemase cada una de sus prendas y le trajese una muda limpia.

Finalmente emergió, limpio, afeitado y con ropajes frescos, aunque sus ojos grises todavía hablaban de asuntos que ningún hombre debería haber vivido jamás.

Cenó con Myrddion en las cocinas desiertas, ya que los criados se habían retirado a descansar. No tenía hambre, a pesar de que las manzanas frescas, las nueces, el

queso y la leche eran saludables y agradables al paladar. Todavía podía sentir el veneno de la familia Severinii circulando por sus venas.

Myrddion apoyó su mano delgada sobre la frente de Artorex.

—Ya pasará, amigo mío, ya pasará.

—¿Pasará? ¿Es posible? Me siento como si hubiese estado toda mi vida metido en una burbuja protectora desde la cual era incapaz de reconocer el mal, aunque lo tuviese ante mis ojos. Severinus sólo era un molesto cerdo condescendiente. ¿Y Keu? ¿Qué puedo hacer con mi hermanastro?

—Hemos hecho todo lo que podíamos —replicó Myrddion—. Tiene su última oportunidad, en honor a su madre. Lo que haga con el resto de su vida es tema suyo. Mi consejo es que lo olvidéis totalmente, o tanto como podáis.

El experimentado hombre hizo una pausa para continuar con voz suave.

—Algunas veces, para limpiar una herida, el pus y la corrupción de la carne llena las fosas nasales de un olor tan pestilente que parece que no se irá nunca. Pero luego nace carne nueva que reemplaza la que estaba pudriéndose. Los Severinii han sido amputados de este mundo y pronto serán olvidados y todo volverá a cicatrizar.

—Hasta que aparezca un nuevo monstruo —contestó Artorex con un cansado suspiro.

—Hasta el próximo —admitió Myrddion—. Quizá los hombres como nosotros sólo hemos nacido para dar testimonio y luego aplastar esas perversiones humanas, de manera que los hombres sencillos, las mujeres y los niños puedan descansar seguros en sus camas.

—Entonces sería mejor ser un hombre sencillo —susurró Artorex agotado y quejumbroso.

—Seguramente —concedió Myrddion—. Pero muy raramente elegimos nuestro destino. Es otro… alguien mucho más poderoso que las frágiles criaturas de carne y hueso que somos… quien elige por nosotros. Y un hombre se mide por su capacidad para soportar el peso de los trabajos que el destino le ha asignado.

—Entonces, ¿es tan simple el mundo, Myrddion? ¿Llega a equilibrarse el mal con aquellos que sólo hacen el bien? El magistrado de Aquae Sulis es un buen hombre, pero sabe que Severinus y su madre son sólo las hojas de una hierba venenosa que apenas asoma por encima de la tierra. Demasiados hombres perversos pululan por donde no pueden ser vistos y sus raíces son tan fuertes que difícilmente pueden arrancarse. El magistrado ni siquiera intentó buscar a todos los malhechores asociados con los Severinii. ¿Está la tierra y todos los seres vivos que la habitan formada por una masa con toda la gama de grises, ni buenos, ni malos, cada uno sobreviviendo lo mejor que puede?

—Si supiese todas las respuestas sería el Emperador de Constantinopla y todas las guerras cesarían con que sólo diese la orden. Pero la suerte, eso lo sé muy bien, no es el equilibrio del que habláis. Hombres y mujeres eligen la forma en que viven de acuerdo con lo que el destino les ha brindado. ¿Llevó la matrona Severina siempre en

su interior esa dosis de crueldad? ¿O fue el temor a la vejez lo que hizo nacer en su interior tal vicio? Y de todas formas, qué importancia tiene saber cuál fue el motivo de su crueldad. Todo lo que sé, es que actuó como nadie, ni hombre ni mujer, debe actuar y pagó el precio por ello.

—Estoy muy cansado para los acertijos, Lord Myrddion —contestó Artorex y al levantarse se tambaleó hasta su cama. Dormía en una pequeña alcoba cercana a las cocinas y al *triclinium*, en el corazón de la casa, donde podía escuchar los latidos y sentir su pulso. Ahora, exhausto, deseaba ser el más miserable labriego, arrinconado en el cuarto de los sirvientes y lejos del cuerpo frío de Livinia, del dolor del amo Antor y del problema de Keu. No sorprende que sobre su jergón incómodo, el sueño de Artorex haya sido perturbado por inenarrables pesadillas, que apenas recordaría después.

Se despertó poco antes de las primeras luces, pero su agotamiento rápidamente lo devolvió a un letargo sin sueños.

Durmió hasta bien pasada la hora de su despertar habitual. Durante todo ese tiempo la vieja Frith se había instalado en un banco a la puerta de acceso de su cuartito, dispuesta a impedir el paso a todo hombre o mujer, incluso al amo Antor, que pretendiese perturbar su sueño.

—El muchacho está hecho polvo, amo, después de ordenar todo en vuestra propiedad. Dejadle dormir todo lo que pueda y luego la vieja Frith le ayudará a romper su ayuno.

Prudentemente, tanto el amo como los sirvientes dejaron hacer a la anciana.

Ya había transcurrido una buena parte de la mañana cuando un rayo de luz se coló entre las celosías, inquietando a Artorex. En ese instante Frith captó sus movimientos y mandó un sirviente a la cocina para preparar su comida. Enseguida, Artorex se encontró ante una amplia selección de manjares.

—Frith, soy un hombre de buen apetito, pero sólo Atlas sería capaz de despachar esta comida.

—Lo han enviado desde la aldea, joven amo, así que deberíais tratar de comer un poco de cada cosa. Las mujeres que prepararon estos platos esperan que les informe sobre lo que habéis comido.

—Pero ¿por qué? —preguntó Artorex en medio de una confusión visiblemente expresada en su cara de sorpresa.

—Anoche trajisteis a los niños a casa, joven amo. Los aldeanos saben que fuisteis vos, de entre todos los hombres, el responsable de su retorno.

—Pero había otros hombres conmigo: Myrddion, Targo, Llanwith y Luka. Todos hicimos lo que se esperaba de nosotros —estaba atónito ante la idea de que su pequeña participación en los sucesos que se habían desarrollado en la Villa Severinii pudiese transformarse en semejante desproporción ante los ojos de los aldeanos.

—Debéis dar valor a lo que hacéis, mi pequeño señor —lo amonestó Frith con la familiaridad de una larga costumbre—. ¿No fue el propio Lord Llanwith quien

describió cómo os atrevisteis a regresar a ese horrible pozo para rescatar a los pequeños? Podéis despistar a algunos en esta casa pero no podéis engañar a la vieja Frith.

Artorex se dio cuenta de que no tenía sentido discutir con la vieja sirvienta, así que, heroicamente, trató de comer todo lo que pudo. Después, una vez vestido y lavado, salió en busca de Lord Antor.

Antor y Keu estaban sentados juntos en el *scriptorium*, sus caras grabadas con las líneas del dolor. Padre e hijo estaban revisando las cuentas de la casa cuando entró Artorex, aunque se hallaban sentados a cierta distancia uno del otro, encerrados en sus respectivos pensamientos solitarios. Ninguno de los dos hombres sabía cómo hablarse y la cara de Antor estaba deformada por el llanto. Keu era incapaz de soportar la mirada de su padre y se concentraba en los rollos de pergamino con penosa intensidad. Antor esbozó una sonrisa de bienvenida a Artorex, pero Keu no podía mirar a su hermanastro a los ojos y contemplaba fijamente la pared.

Antor fue el primero en romper el incómodo silencio.

—¿Ha dicho pen Bryn la verdad? ¿La Villa Severinii ha sido incendiada hasta los cimientos?

—Sí, amo. Estaba totalmente en llamas cuando partimos. Si el magistrado mantiene su palabra, los cimientos estarán siendo destruidos en este mismo momento y el terreno será sembrado con sal.

—¡Dioses! —exclamó el viejo con franqueza, ignorando lo cerca que estuvo Villa Poppinidii de sufrir similar destino.

Con la cabeza hundida en el pecho, Keu logró reprimir el llanto.

—Si su dios Osiris es bondadoso, Severinus y Antiochus pronto estarán muertos, si ya no lo están —dijo Artorex serenamente—. Y el mundo estará más limpio con su ausencia.

—Llanwith me dijo que había siete niños enterrados en la cripta debajo de la casa —replicó Antor—. Y otros dos que habían sido enterrados en otro lugar.

—Sí, amo. Desde la muerte de su padre, Severinus y su madre se dedicaron a todo tipo de perversidades.

Antor se dirigió a su hijo, que trataba desesperadamente de evitar todo contacto visual con su padre.

—¿Vos lo sabíais, Keu? Habéis estado en compañía de ese hombre desde que erais un niño. Incluso ha comido en nuestra casa. Respiró el mismo aire que vuestra madre.

Keu se estremeció como si su padre lo hubiese golpeado.

Artorex vigilaba a su hermanastro atentamente con la esperanza de pillarlo en alguna falsedad o descubrir algún rasgo de culpa, pero no pudo descubrir en lo qué estaba pensando. El espléndido rostro de delicadas facciones era oscuro e inexpresivo, sus ojos estaban hundidos y sus labios temblorosos, pero Artorex no tenía idea de lo que provocaba la angustia de su hermano.

—Sabía que tenía gustos extraños y salvajes, padre. Le tenía miedo, especialmente cuando era presa de un rapto de malhumor. Era terrorífico y peligroso, un pederasta, aunque nunca se atrevió a tocarme —al decir esta última palabra alzó sus ojos y miró a Artorex directamente.

—Dijisteis algo bien distinto cuando os interrogamos hace sólo un día —declaró Artorex con el mismo rostro inexpresivo que había adoptado Keu.

Su hermano palideció.

—Muy bien, Artorex. He mentido. ¿Estáis satisfecho? Severinus me violó antes de que cumpliese los quince años, pero esperaba librar a mi padre de esa vergüenza.

—¡Keu! —Antor, horrorizado, ahogó un grito.

—Es mejor que digáis a vuestro padre toda la verdad y terminéis con esto. Le debéis una explicación que le aclare por qué Severinus tenía tanto poder sobre vos.

—Yo no sabía lo que Severinus había hecho a esos niños, padre —juró Keu. Incluso Artorex, que conocía el papel que su hermanastro había tenido en el primero de los crímenes, podría haber apostado que decía la verdad. Pero sus palabras eran falsas, aunque los pocos que podrían corroborarlo estaban ahora muertos o muriéndose. Con unos ojos nuevos después de ver tanta depravación, Artorex reconoció en la cara de Keu su astuta actitud.

—Tenía un terrible poder sobre mí, padre, y no lo puedo negar. Me ordenó que fuese a su fiesta anteanoche y estaba dominado por mi temor hacia él. Y ahora, ni vos, ni los dioses me lo perdonarán nunca.

Realmente Artorex no tenía la certeza de si Keu estaba mintiendo deliberadamente a su padre o si ya se había convencido a sí mismo de que todos sus pecados eran por causa de Severinus. Y quizá era cierto que muchas de sus faltas se debían a su amistad con él, pensaba Artorex para sí, pero sabía que en esa excusa no podía incluir ni su comportamiento brutal con Afrodita, la joven yegua, ni las palizas que propinaba a su joven esposa.

Artorex vio una lágrima asomando de los ojos de Antor, que inmediatamente desapareció cuando el amo pasó su brazo derecho sobre los hombros de su hijo, en un abrazo paternal.

—Vuestra madre os perdonó —dijo Antor con total sinceridad—. Y sólo vos podéis dar testimonio de la imagen que vuestra madre tenía de vos.

Así, Lord Antor eligió perdonar los pecados de su hijo, se sorprendió Artorex. Prefería quedarse ciego ante el carácter de su hijo, por su amor a Livinia. Pero Keu era ya muy mayor para cambiar… y su madre lo sabía.

Se guardó sus pensamientos por compasión y porque su mente estaba sobrecargada de temor y culpa. ¿Cómo podría culparse a un padre de querer a su hijo y que tratase de conservar el sueño de cualquier padre: el heroísmo y el éxito de su primogénito? Él mismo había sido cómplice de todo el montaje protector. Al fin y al cabo, Antor sólo conocía la versión de su mayordomo y sus amigos. Si Antor estaba cometiendo un error, él también lo cometía.

El respeto y amor que sentía hacia su ama, junto a la promesa que le había hecho en su lecho de muerte, eran un pesado yugo sobre sus hombros.

—Debo ir hasta el pueblo, amo —dijo Artorex cortando el círculo vicioso de sus pensamientos con la acción—. Me han encargado la misión de devolver los restos de los niños a sus familias y debo dar reposo a sus almas.

Antor hizo un gesto de comprensión. En verdad, Artorex asumía lo luctuoso de su tarea como un castigo a su pecado de omisión.

—Por supuesto —asintió Antor—. ¿Crees que deberíamos acompañarte?

«¡No, por Dios!» —Pensó Artorex. Exponer a Keu a la vista de todos sólo serviría para remover las sospechas que aún perduraban bajo la aparente calma.

—No, amo. Los aldeanos se incomodarían al tener que expresar su dolor en vuestra presencia. Podéis confiar en que les transmitiré vuestras condolencias. No voy de buena gana, pero he prometido que lo haría.

—Es comprensible, muchacho, totalmente comprensible —Antor suspiró profundamente—. Livinia será incinerada mañana. Informarás a los aldeanos que se les dispensará comida y bebida en recuerdo de su nombre. Quizá quieran rezar a sus dioses para que su espíritu encuentre reposo.

—Señor, transmitiré vuestra solidaridad y buenos deseos a los aldeanos —contestó.

Antes de retirarse, Artorex se volvió a Keu y le hizo un gesto.

—Joven amo, ¿podríais dedicarme un momento para una conversación privada?

Keu lo siguió hacia la puerta donde el mayordomo le deslizó un anillo en la palma de la mano.

—Os recomiendo que evitéis los caminos que habéis recorrido en los últimos años —le advirtió—. Ni siquiera mi cariño por la memoria de vuestra madre os salvaría de mi réplica en caso de que no tuvieseis en cuenta mis palabras. Siempre os trataré con respeto debido a que sois el hijo de Antor, pero debéis tener cuidado, porque si actuáis de forma incorrecta os prometo que encontraré la forma de llevaros ante la justicia, con o sin juramento. ¡No pongáis a prueba mi propósito!

Keu parecía haber sido tocado por esta humillación y su visible alivio despertó en Artorex el deseo de darle una buena paliza.

—Os lo prometo de verdad y agradezco vuestra bondad.

Esas pocas palabras casi se negaban a salir de su boca, pensó Artorex con pena, mientras se encaminaba a los establos a prepararse para su visita a la aldea. Las tareas difíciles sólo se pueden enfrentar directamente, le había enseñado Targo. Pero para esto debían estar bien preparados.

A Artorex le abrumaba no saber cómo iba a consolar a los pobres padres de los niños desaparecidos, ya que no podía prever qué reacción les provocaría la inesperada llegada de sus restos.

Percibía que con el tiempo, los inocentes se habían transformado en materia de leyenda. En el mundo simple de los campesinos de la región se había extendido la

creencia de que los niños habían sido robados por criaturas del más allá, fantasmas, que los supersticiosos aseguraban que vivían en el caos que separaba el mundo real de un sitio imaginario donde no regían las reglas de los hombres. En cambio, aquellos aldeanos que habían sido víctimas de la desaparición de sus hijos, se dejaban llevar por primitivos instintos de venganza ya que para ellos el rapto de los niños era algo mucho más real que las historias que se contaban ante el fuego del hogar para asustar a los pequeños. Era algo tangible. Esos padres sabían que sus niños habían sido cogidos por hombres que habían ido hasta allí montados en sus caballos, que habían capturado a los pobres inocentes y arruinado para siempre las vidas de sus familias.

—Debo encontrar la forma de llevarles la paz —murmuraba Artorex—. Y al mismo tiempo proteger al amo Antor.

—¿Señor? —preguntó un mozo de cuadra de ojos vivos, pelo rubio enmarañado y hombros anchos, respondiendo a los murmullos de Artorex.

Éste despertó de sus sueños sombríos. Había hecho el camino hasta los establos sin tener conciencia de ello y ahora estaba frente a Carbón con las riendas sueltas y colgadas de sus manos abiertas. El chico cogió las correas de las grandes manos de Artorex y empezó a ensillar al caballo para el viaje del mayordomo.

—Lo siento, no decía nada en especial, sólo pensaba en voz alta sobre lo maravilloso que sería no saber nada de todo lo maligno que existe en el mundo.

El joven resopló con sorna, de la misma manera que habría contestado Artorex en aquellos días pasados tan lejanos, antes de verse forzado a convertirse en un hombre.

—Con vuestro respeto, señor, pero yo preferiría montar un caballo a ir caminando.

Artorex le dio un cariñoso tirón de orejas.

—Una respuesta inteligente, joven. ¿Desearíais trabajar con caballos cuando seáis mayor?

—Yo quiero cabalgar con vos, mi señor, para el triunfo o para la derrota. Caminar es para aquellos que no tienen otra elección.

Contempló con interés al robusto chico.

Bajo la mugre y la carbonilla, un par de ojos avellanados e inteligentes devolvían la mirada a Artorex con respeto, pero sin pizca de miedo. El cabello del chico era de un rubio casi blanco y sus ojos brillantes, claros y pálidos.

—¿Cómo os llamáis, joven?

—Soy Gareth, señor, el bisnieto de Frith de Villa Poppinidii. Ella me dijo que ya tengo edad para trabajar, así que, aquí estoy.

—No soy ningún caballero que lleve a guerreros detrás de mí, joven. Si creéis tal tontería, entonces os llevaréis una decepción. Yo era un muchacho como vos y no hace demasiado tiempo de eso.

—Todo el mundo lo sabe, señor.

—Entonces, que tengáis un buen día, muchacho. Tendré en cuenta lo que me informen sobre vos.

Mientras Artorex espoleaba a Carbón para ponerlo en marcha, el joven corría detrás de jinete y cabalgadura bajo el sol.

—Mi nombre es Gareth, señor —gritó una vez más—. ¡Os ruego me recordéis!

—El mundo es muy extraño —farfulló Artorex hablando para sí—. Hasta los chicos andrajosos quieren seguirme…

La primera aldea que visitó era un conjunto gris de casas de caña y adobe construidas sobre un camino muy trillado que llevaba al sur, hacia Sorviodunum, situada en la Gran Llanura donde según la leyenda, había bailado el Gigante Carol[11]. La aldea, que no tenía nombre porque quedaba en un camino romano secundario, presumía de una limpia taberna y de un destacado alcalde, que algunas veces había solicitado la protección de los hombres de Villa Poppinidii cuando los lobos acechaban al final del invierno. Los campos estaban cuidados y se extendían radialmente desde el grupo de casas cónicas; la multitud de animales domésticos de aspecto sano evidenciaba que se trataba de una próspera comunidad.

Cuando no lo necesitaban en Villa Poppinidii, Targo vivía aquí con una viuda risueña de vida holgada y sus dos hijos mayores.

Targo y el alcalde de la aldea esperaban en un punto donde el camino alcanzaba la pequeña población. Detrás de ellos y vestidos con sus mejores atavíos y con los brazos repletos de flores estivales se habían reunido todos los hombres, mujeres y niños.

Extrañado, Artorex notó que el sentimiento de la aldea era festivo y no fúnebre. Un hombre menudo y corpulento se abrió paso entre la multitud y se quedó junto a Carbón, con una mandíbula que no paraba de moverse bajo la influencia de poderosas emociones. Se inclinó con gran humillación y, para vergüenza de Artorex, le besó el pie calzado con sandalia.

Artorex sorprendido le dio un empujón a Carbón.

—Este hombre es Bregan, el padre de Brego —entonó Targo con la mayor solemnidad que requería la situación—. No tiene palabras para agradeceros por la vida de su único hijo, pero ha jurado que os va a confeccionar la mejor daga que le permita su habilidad de herrero.

—Buen Bregan, honráis al menos importante de todos los hombres que salvaron a vuestro hijo. Yo sólo cumplí con mi deber.

Bregan se limitó a hacer una reverencia de homenaje.

Artorex desmontó, pues se sentía incómodo por encima de los sencillos aldeanos. Aún así, su estatura, su pelo brillante y sus ojos grises lo mostraban como alguien que en el paso de esta vida se encontraría muy por encima de las simples esperanzas de la gente ordinaria y ellos lo sabían.

Guió a Carbón, con su preciada carga, entre la muchedumbre instalada dentro del círculo de hierba delante de la taberna. A medida que avanzaba entre la multitud, las mujeres arrojaban flores a su paso y los hombres dispusieron dos bancos sobre el camino para que Artorex pudiese descansar.

Se sentó y pidió al alcalde que se le uniese. Targo se colocó entre los dos hombres mientras sus manos ansiosas descargaban la gran cesta y colocaban las urnas a los pies de Artorex.

—¿Hay aquí familias cuyos hijos hayan sido raptados? —preguntó en voz alta en medio del silencioso gentío.

—Sí, señor mayordomo, todos han sido localizados —contestó formalmente el principal.

Levantó su mano derecha y la multitud se escindió dejando paso a un grupo de hombres, mujeres y niños que se acercaban.

—Félix se perdió hace tres años —reparó solemne el principal—. Es el hijo del soldado Kester, quien ahora está muerto, y de Iemar, su mujer.

—Un nombre noble —murmuró Artorex mientras una mujer de pelo negro y de baja estatura, sostenida por un hombre joven de cabellos marrones, sollozaba sin lágrimas.

—¿De qué color era su cabello, buena Iemar?

Artorex le alcanzó los mechones de pelo con sus marcas numeradas.

La mujer palpaba la textura de los penosos restos con sus dedos ajados por el trabajo hasta que alcanzó la quinta: unos cabellos castaños levemente rizados.

Lloró intensamente contra el pecho del hijo que la acompañaba.

—Ése es el pelo de nuestro Félix —confirmó el joven.

—Buena Iemar, éstos son los restos mortales de vuestro hijo. Que descanse en paz —Artorex levantó la urna de terracota con el número romano V marcado en un costado y se lo entregó a la sollozante viuda.

—¡Muchas gracias, señor! ¡Muchas gracias! ¡Félix por fin está en casa!

Artorex hizo una respetuosa reverencia.

Su lúgubre trabajo avanzó rápidamente y todas las urnas destinadas a las familias de la aldea colocadas en las manos de sus respectivas familias.

Luego se le ofreció hidromiel fresca, pero la rechazó pidiendo en su lugar agua. Más tarde presidió una asamblea con los aldeanos y les contó, hasta donde lo pudieron soportar, las terribles verdades acerca de la familia Severinii, lo que habían hecho con los niños y de cómo se había hecho justicia.

—Severinus y otros nobles jóvenes pasaron a caballo por esta aldea en muchas ocasiones. La mayoría era gente de buena condición que simplemente iban a sus asuntos. Pero Severinus era distinto, porque él seguía los ritos de los dioses oscuros y se volvió un monstruo que depredaba inocentes. Afortunadamente sólo eran dos más los que lo acompañaban en sus persecuciones y esas tres bestias han sido encontradas y castigadas. Severinus, su amante Antiochus y su madre, han sido declarados culpables de sus crímenes y condenados a muerte. Vuestros hijos han sido vengados.

Hizo una pausa ante la muchedumbre congregada.

—El joven amo Keu, de mi casa, Villa Poppinidii, creció bajo la influencia de este monstruo, pero os juro que el joven amo fue el que verdaderamente salvó a

Brego. Éste tomó conciencia de las maldades que eran perpetradas por esos monstruos y sus sospechas nos llevaron hasta la cripta donde encontramos a Brego y los restos de los otros niños.

La multitud farfulló débilmente. Artorex podía oler sus dudas como se huele la carne podrida en el aire. Una oleada de rumores es muy difícil de contener y los aldeanos ya se habían enterado de las circunstancias en que había muerto Livinia.

Targo percibió que el mayordomo elegía cuidadosamente las palabras que, por un lado, protegiesen a Keu y por otro, evitasen una manifiesta mentira.

—Os ruego que no penséis mal de Keu o de Lord Antor, su buen padre. El muchacho casi se vuelve loco por su temor a los Severinii, pero Brego vive gracias a que él cumplió con su deber. ¿Y acaso Lord Antor no respondió siempre con prontitud cada vez que vuestro alcalde le solicitó ayuda, y así durante años y años? ¿No han encontrado trabajos honestos vuestros hijos e hijas gracias a Villa Poppinidii?

—Eso es cierto —corroboró el alcalde.

—Lord Antor me rogó que os trasmitiese su dolor por las pérdidas de los niños y os ruega que os unáis a su luto por la matrona Livinia, que era la última hija de la familia Poppinidii. Será incinerada mañana. Antor y su hijo enviarán las comidas y bebidas del funeral para compartirlas con vosotros en estos días de pena y piden que roguéis por la sombra de esta honorable mujer que no hizo más que el bien durante toda su vida.

El murmullo de la multitud fue en aumento y muchas cabezas se movieron asintiendo.

—La nieta de Antor ha nacido y ha sido llamada Livinia, en memoria del ama. Que todas las buenas almas lloren la muerte de los niños inocentes y de esta señora sabia y bondadosa en estos tiempos de luto en que nos encontramos. Pero también es tiempo de alegrías, porque el joven Brego ha retornado a su hogar y una nueva criatura ha entrado en nuestro mundo.

El alcalde de la aldea inclinó su cabeza hacia Artorex, diciendo:

—Podéis decirle al amo que siempre hemos sido leales a Villa Poppinidii, a su señor y a su hijo. Y a partir de ahora también seremos leales a su mayordomo, Lord Artorex.

La muchedumbre lo aclamó y Artorex se sonrojó.

Tampoco se le permitió marcharse sin haber probado la mejor comida que la aldea podía brindarle, agradeciendo efusivamente la comida de la mañana y la munificencia de su acogida.

Finalmente y en compañía de Targo, accedieron a dejarlos marchar.

Ninguno de los dos hombres habló demasiado durante el corto viaje hasta la siguiente aldea, pero los ojos del veterano mostraban preocupación por su joven compañero y por la misión que había elegido desempeñar.

La segunda aldea era más pequeña y mostraba signos evidentes de pobreza, ya

que estaba más alejada de la benefactora influencia de Villa Poppinidii. Sin embargo, a pesar de la miseria, Artorex fue recibido como en la anterior y los restos de dos niños más volvieron a sus familias.

Ahora sólo quedaba una urna, sólo un mechón de pelo castaño rojizo que pesaba sobre el corazón de Artorex al emprender otra vez el camino. Su largo y penoso cometido a punto de ser completado.

—Gerna, la mujer salvaje, vive junto al pozo sagrado a escasos kilómetros de aquí —dijo Targo—. Se dice que es una bruja y es temida por muchos. La gente juiciosa la evita, porque ve cosas en el agua que a nadie le interesa saber. Pero raptaron a su hijo y el alcalde de la aldea me dijo que ella supo la hora en que el niño había exhalado su último suspiro. Me pidió que fuésemos a verla.

—Targo, ya estoy harto de malos presagios, de muertes y de los aldeanos que me miran como si yo pudiese hacer algo por sus vidas. ¿Quién soy yo para merecer tanto respeto? Me gustaría poder evitar a Gerna y sus espejos.

—Yo también estoy cansado, muchacho. Quizá podamos dejar la urna a cargo del alcalde de la aldea si preferís no verla. Estoy satisfecho de comprobar que habéis hecho todo lo que se esperaba de vos.

—No —suspiró Artorex—. Llevaré esto hasta el final, porque debo al menos llevar unas palabras de consuelo a todas las familias.

Gerna vivía en un sitio muy agreste y salvaje, al pie de un montículo de granito que tenía la forma de un cráneo semienterrado. De una fractura en la base de la roca nacía un arroyo que alimentaba una depresión plagada de helechos y que conducía hasta una poza de aguas profundas y oscuras. Un avellano se inclinaba sobre las aguas y derramaba sus frutos hacia las oscuras profundidades.

Un canturreo que parecía surgir de una fisura en el montículo interrumpió la inquietante calma de los bosques.

De repente, una mujer madura, ataviada con pieles y engalanada con una corona de hojas de roble, arrastró su cuerpo grueso fuera de una cueva escondida y después se irguió completamente, poniéndose de pie frente a Artorex.

Gerna era enorme, tanto en altura como en talle y su cabellera era tal maraña de pelos rubios que en su rostro sólo se alcanzaban a distinguir sus ojos verdes. Sin decir palabra, tomó la urna de manos del joven y acarició el mechón de pelo ofrecido. Luego, en silencio, conminó a Artorex a sentarse sobre una piedra cubierta de musgo a la orilla de la hoya.

—¿Es muda? —susurró Artorex a su compañero.

Targo negó con la cabeza.

—Dicen que sólo habla cuando tiene algo importante que decir.

—Entonces es una mujer sabia —gruñó Artorex.

Gerna llenó un cazo de madera con agua de la poza y se lo ofreció a Artorex, quien lo aceptó con cautela.

—No debes tener ningún temor, porque el agua es vívida y pura —habló Gerna

con una voz ronca por falta de uso.

Con cuidado, Artorex bebió el agua ofrecida. Era algo salobre pero agradable al paladar.

Gerna hizo un gesto y dejó entrever sus dientes en una sonrisa cuando terminó de beber.

Se colocó delante de las aguas, en la orilla de la hoya y fijó su vista en la superficie negra y espejada. Luego se volvió hacia los hombres, cerró sus ojos y comenzó a hablar.

—La marea cambia y os arrastrará fuera, Artorex. Vuestro padre os espera. Ha esperado demasiado tiempo y ha perdido su momento, de manera que vuestro sendero será más duro debido a su falta de decisión. Se ha aferrado al poder como una droga y os advierto que tengáis cuidado.

Hizo una pausa.

—Veo sangre… ríos de sangre… caballos… y fuego. Veo una gran fortaleza y ejércitos de hombres que morirán por defender occidente. No temáis, porque cumpliréis vuestro destino, hasta cuando incluso vuestra enorme fuerza no parezca suficiente. Mas esas luchas asegurarán que vuestro mundo no se pierda en la decadencia y en la oscuridad y, los venideros se enredarán con vuestra leyenda. Usarán vuestro nombre por varias generaciones después de vuestra muerte, para cerrar estas islas y resguardarlas de los ataques de quienes nos puedan causar daño. Este regalo os lo entrego en memoria de mi hijo, aunque ello me cueste varios años menos de vida.

—¿Seré feliz?

Gerna se rió, pero era más bien un graznido debido al uso desacostumbrado de sus cuerdas vocales.

—¿Qué es la felicidad? Me estoy mofando, Artorex. ¡Sí! Seréis feliz durante un tiempo. Y, sí, contestaré a la pregunta que no habéis hecho. Un hijo vuestro vivirá y se criará libre de las enormes complicaciones de vuestro futuro mundo. Tendréis amor, aunque el amor es fugaz, pero no busquéis las satisfacciones, porque eso no es propio de hombres como vos. Ya es suficiente. Mi voz se agota… y la sombra de mi hijo me habla en el viento.

Cuando Gerna desapareció dentro de su caverna, la poza era sólo una charca de aguas poco profundas, que unos instantes después se transformó en un arroyuelo hasta desaparecer totalmente por el sitio donde antes manaba.

—Nadie me promete fortuna o felicidad, sólo dolor y lucha —se quejó Artorex, porque aún era muy joven.

—No debéis preocuparos, joven señor. Si la predicción es correcta, no os pudriréis para siempre en Villa Poppinidii —contestó Targo con honesto buen humor —. Y de todas maneras, ¿quién de nosotros que tenga algo de sentido común desearía una vida tranquila?

—Yo —replicó Artorex con tristeza y sólo en su corazón sabía que estaba

diciendo la pura verdad.

CAPÍTULO VIII

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

LADY LIVINIA FUE enterrada con todo el ritual y ceremonia que merecía una gran matrona romana. Las máscaras faciales de sus antepasados fueron sacadas de sus armarios especiales y tanto las plañideras auténticas como las profesionales se rasgaron las vestiduras y llenaron la villa con los sobrecogedores sonidos de sus lamentaciones.

Livinia estaba envuelta y encerada en todo su esplendor, tendida en lo alto de una gran pira, hasta que Antor y Keu levantaron sus antorchas para encender el fuego que llevaría su espíritu a su largo viaje. Antor había comprado maderas aromáticas, sin reparar en el precio, para que su amada pudiese dejar la villa y su vida de la manera que correspondía a una noble romana. Como compensación a las sensibilidades de la alta burguesía de Aquae Sulis, Antor debería haber enterrado a su amada esposa en la tierra fría, pero escuchó su corazón que reclamaba la antigua manera republicana de la incineración tal como lo merecía una luchadora de su clase.

Pasados los días de luto establecidos, la vida en la villa retornó a una aparente normalidad.

Dos días después de la incineración de Livinia partieron los tres viajeros, pero los sirvientes de la villa, ya acostumbrados a sus extrañas idas y venidas, no hicieron más que comentar que en esta ocasión, los forasteros se habían quedado más tiempo de lo usual. Sabían que la tardanza era debida a la muerte de su ama y al respeto que esos ilustres personajes demostraban por Lady Livinia.

Antes de partir, los tres viajeros hicieron un gran honor a la casa de Antor al acudir al *Dies Lustricus*, el día de la Purificación, cuando la hija de Keu y Julanna recibió formalmente su nombre. Después de días de luto y dolor, esa alegre fiesta auguraba un prometedor futuro.

La infanta fue tardíamente puesta a los pies de Keu según la antigua tradición del nacimiento en la República. El rostro gentil de Julanna estaba tenso mientras contemplaba a su marido decidiendo si esa niña era reconocida como perteneciente a su sangre. Por supuesto nunca hubo la menor duda al respecto, pero ella apenas confiaba en su marido cuando éste tocaba a su hija.

Cuando Keu levantó la *bulla*, el pequeño par de conchas de oro que encerraban los conjuros que la protegerían a lo largo de su infancia y colocó su cadena de oro

alrededor del cuello del bebé, Julanna sintió que su corazón iba a reventar. Keu había tocado su cuello bastantes veces, pero de forma cruel, provocándole cardenales en su tierna piel. Sintió un escalofrío al ver sus grandes manos blancas sostener el cuerpecito de su hija con una emoción semejante al amor paterno.

Así, con las debidas ceremonias, Antor presidió la fiesta del *Dies Lustricus* y cada uno de los tres caballeros le regaló *crepundia*, pequeños conjuros de oro y plata que tintineaban y sonaban cuando eran colocados sobre la cabecita del bebé. Finalmente, Antor pronunció el *praenomen* de la infanta: Livinia, como el nombre favorito de sus antepasados y asignado en honor a su abuela.

A medida que se desarrollaba la fiesta, Julanna sonreía y se esforzaba en mostrarse cortés con sus invitados, pero sus ojos no se despegaban de la grácil figura de su esposo, a quien no dejaba de mirar de forma extraña.

Durante las siguientes semanas, Julanna estuvo algo ansiosa y dispuesta a un ataque de pánico ante el menor estornudo del bebé. Con todo, la joven ama tenía mucho que hacer, porque ahora debía asumir el rol de Livinia antes de tiempo. Se veía obligada a calzar zapatos excesivamente grandes para sus pequeños pies demasiado cautelosos.

A los sirvientes de la villa les agradaba Julanna, así que asentían amistosamente cuando les daba instrucciones y hacían caso omiso a cualquier propuesta de cambio en sus rutinas establecidas. Sólo la vista de lince de Gallia alcanzó a percibir que, en realidad, los sirvientes seguían el ritmo que había sido establecido por Livinia hacía ya tres décadas. Cuando Gallia le planteó a Frith este tema de la servidumbre, la anciana se alegró de poder explicarle la situación.

—Realmente nadie está desobedeciendo al ama Julanna, lo que pasa es que no acaban de obedecerla del todo. Saben que ella nunca se dará cuenta de que están haciendo las cosas como siempre, porque se pasa el tiempo embelesada con su bebé. Dentro de poco, los deseos del ama Julanna se amoldarán a las viejas prácticas instituidas por el ama Livinia y ella aceptará lo que siempre se ha hecho.

Frith se limpió una lágrima furtiva ya que ella había criado a Livinia desde que nació. Gallia dio unas suaves palmadas sobre el hombro de la vieja sirvienta y se preguntó cuán libres eran realmente los poderosos del mundo, cuando en realidad estaban sujetos a la merced de sus sirvientes y a las indolentes prácticas de estos.

Gallia había cambiado mucho desde la Noche de los Inocentes, como se acostumbraba a llamar a aquellas horas sangrientas. La herida en su cuero cabelludo había exigido un afeitado para poder curarla adecuadamente y el trozo pelado podía verse claramente justo en la coronilla. Finalmente, Gallia decidió que ya era hora de romper con la costumbre celta y romana. Una mañana temprano, cuando su sirvienta llegó a su habitación para peinarla y disimular la fealdad de los puntos de sutura, Gallia informó a la joven respecto a su decisión.

—Cortadlo todo.

—¿Cómo, mi señora? —preguntó la sirvienta en un grito ahogado.

—¡Mi pelo! Cortadlo hasta que no sea más largo que mi dedo meñique.

—Pero, señora, no puedo hacer eso —dijo horrorizada la joven—. Vuestro padre me molerá a palos.

—Lo dudo mucho, ya que mi padre es la persona más amable del mundo —replicó Gallia con una lógica aplastante—. De todas formas, no está aquí, así que no puede castigarnos.

La sirvienta seguía reacia a cumplir con la orden, por lo que Gallia simplemente cogió las tijeras y empezó a cortarse ella misma grandes mechones de pelo. Pero sus esfuerzos eran tan irregulares y el resultado tan poco estético que, para evitar unas consecuencias desastrosas, la sirvienta se vio forzada a cortarle la melena y luego llevar el resto del pelo hacia atrás para disimular los antiestéticos mechones que le habían quedado.

Al principio, todo el mundo en la villa contemplaba incrédulo la cabeza esquilada de Gallia. Su largo cabello negro con un lustre azulado, como el de delicadas uvas, había sido su mayor belleza, pero curiosamente, su pequeña gorra de rizos respingones, tal como resultaba su cabeza con el pelo que estaba creciendo de nuevo, acentuaba su delicado cuello y sus blancos pechos. Amos y sirvientes seguían con la vista su pequeña figura mientras iba dando saltitos por la villa, siempre buscando nuevas diversiones.

Por supuesto, debería haber retornado al seno de su familia después del nacimiento de la hija de Julanna, pero Gallia no se sentía preparada para partir y tampoco Julanna estaba dispuesta a renunciar a su resuelta, aunque impredecible amiga. Se intercambiaron cartas entre las dos familias y se permitió que Gallia se quedase durante unos meses más en Villa Poppinidii. A pesar de todo, con la llegada de los primeros fríos invernales, Gallicus advirtió que su hija debía regresar a su hogar y dedicarse a las tareas que la obligaban con su familia y con su apellido.

—Padre ha decidido que me case en cuanto sea posible —interpretó lacónicamente Gallia—. Una vez más habrá encontrado el yerno perfecto y yo odiaré al pobre hombre en cuanto lo vea. Hasta ahora he tenido la suerte de librarme de todos los varones que conoce, pero mi vida se volverá muy difícil en cuanto se ofrezca una dote.

—Seguramente una boda no tendría por qué ser tan mala —contestó Julanna tranquilizándola.

Keu estaba dando señales de un cambio de carácter y se había convertido en un amable marido tras la muerte de su madre y había puesto punto final a sus escarceos con el desastre. Pero el ceño fruncido de Julanna no se correspondía con sus palabras de ánimo porque, aunque ya habían transcurrido cinco meses, todavía no acababa de confiar en su joven esposo.

—Eso parece depender del tipo de persona con la que una se case. Créeme, querida Julanna, el que elija mi padre tendrá todo el aspecto de un bacalao.

Ambas giraron sus miradas para seguir con sus ojos femeninos la alta figura de

Artorex que se dirigía a los baños cruzando la columnata.

Ambas suspiraron… y luego estallaron en una risa cómplice.

—A lo mejor vuestro padre se convence de que Artorex ya es un hombre —exclamó Julanna inocentemente—. Todo el mundo lo dice.

—Créeme, mi padre no se deja influir. Está mucho más interesado en las monedas de oro, unos buenos bienes y unas buenas conexiones familiares que en casarme con un mayordomo —suspiró—. Pero una boda con Artorex tampoco sería posible, ya que él ni siquiera se ha dado cuenta de que existo —agregó con un gesto mohíno.

—Yo estoy segura de que Artorex os tiene bien presente —aseguró Julanna a su amiga con una sonrisa de experta.

Por una vez, Julanna tenía razón. A su avanzada edad de veinte años, Artorex estaba sufriendo las punzadas del amor juvenil. Desde el día que volvió a la villa, después de cumplir con la misión de los niños desaparecidos, la visión del pelo corto y rizado de Gallia lo había encendido. Artorex admiraba la locuacidad de la chica y su agilidad en tomar rápidamente el control de las cosas, mucho antes de la muerte de Livinia, pero ahora, ver esa pequeña cabeza coronando sus estrechos hombros delicadamente torneados provocaba en su interior una inusual oleada de calurosa lujuria, que con el tiempo se transformaría en amor.

Los pensamientos inspirados en sus rosadas carnes vislumbradas bajo su toga y la visión de sus pechos lo consumían día y noche. Hasta la más breve conversación con ella se transformaba en una competición entre su creciente deseo y la incontrolada timidez que lo dominaba cuando se encontraba en su presencia.

Para calmar sus ansias buscó sirvientas complacientes y yacía con ellas en los establos, pero por más sexo que hubiese, nunca era suficiente para disminuir los cálidos y eróticos pensamientos sobre Gallia, que lo devoraban por la noche cuando se acostaba en su cama espartana.

Por supuesto, todo el personal de la casa estaba al tanto de su grave situación. La opinión general entre la servidumbre era que Gallia era una joven frívola, pero también fuerte y valiente y tales factores menguaban la desventajas de su nacimiento en el seno de una familia de mercaderes de pescado. Y así, los extraños prejuicios de familia mantenían alejados a Artorex y Gallia, alimentando su resistencia al hambre de la atracción física que los estaba acercando.

Artorex no era el único que anhelaba. Los ojos de Gallia seguían las formas de su físico dondequiera que fuese y soñaba con sus brazos bronceados abrazándola y su cuerpo envolviendo y dominando al suyo. Sin la posibilidad de soluciones físicas como las que disponía Artorex, quizá los fuegos de la muchacha ardían con mayor fuerza porque, además, debían ser escondidos bajo la sonrisa de una doncella bien educada. Pero en el fondo de su corazón sabía que su padre nunca le permitiría casarse con un mayordomo huérfano.

Al principio, un golpe de fortuna, bajo la forma de un catarro que cogió Gallicus, escasamente una semana antes de la fecha de retorno de la joven a su hogar, favoreció

a los enamorados. El catarro se tornó en una fiebre que encendía un fuego en todo su cuerpo, consumiendo las carnes hasta los huesos y llenando sus pulmones de fluidos.

Gallia estaba preparando su equipaje inundada por oleadas de lágrimas poco virginales, cuando llegó un mensajero de Aquae Sulis para entregarle una carta escrita por su hermano mayor. En ella anunciaba que una fiebre mortal se había apoderado de la ciudad y que Gallia debía permanecer en Villa Poppinidii hasta que hubiese pasado el peligro de infección. La carta subrayaba la gravedad de la enfermedad de su padre, lo que habría provocado su partida inmediata a no ser por lo que añadía su hermano: la casa de Gallica, como otras casas infectadas, estaban prohibidas a nuevos visitantes por orden del Consejo de la ciudad.

—¡La peste! —entonó Antor solemnemente en la cena de esa noche cuando se le explicó a Gallia la seria situación—. Esta maldición ya ha venido otras veces en el pasado, normalmente procedente de los puertos y como otras veces más de la mitad de esas pobres almas infectadas morirán por su culpa. Sin embargo, recuerdo que algunos son inmunes a sus síntomas y no sufren sus temibles efectos. Se mantienen sanos en medio de los peores contagios.

Mientras el amo hablaba, el viento invernal susurraba fuera de los muros de la villa como un doloroso suspiro. Antor se rascó la barbilla, donde el pelo se tornaba blanco, un aviso de que estaba por hacer un anuncio trascendental.

—He visto a los afortunados sobrevivientes cruzar las ciudades y los pueblos mientras continúan con sus intercambios y sus negocios, como si la muerte no hubiese llegado todavía a sus hogares. Y creo que esas almas que parecen tan sanas y fuertes, muchas veces llevan el contagio con ellos, quizá en sus ropas o a lo mejor en su piel. ¿Pero cómo podemos estar seguros, si no podemos distinguir el sano del enfermo? Y tampoco sabemos dónde reposan sus cuerpos o dónde venden sus productos y de esta manera, la enfermedad se extiende.

Hizo una pausa, volvió a rascarse la barbilla y luego continuó mientras el viento golpeaba la pesada puerta de madera sobre sus goznes.

—Los portones de Villa Poppinidii se cerrarán a todos los forasteros —decidió Lord Antor con algo de pompa—. Desde este mismo instante, ningún sirviente dará ni tan siquiera una miga de pan a un desconocido, por más triste que sea su situación. Ningún gitano puede pisar mis tierras y todos los contactos con la aldea quedan prohibidos. ¡Artorex! —ordenó volviéndose a su mayordomo—. Decid a Targo que alerte al alcalde de la aldea de los peligros de la peste y de lo que he decidido. Un poco de prevención, como solía decir vuestra ama, es mejor que una montaña de remedios. Targo puede quedarse con su viuda en la aldea o quedarse aquí, lo que él elija y lo mismo vale para todos nuestros sirvientes. Pero una vez que han decidido donde reposarán sus cabezas, allí quedarán hasta que el contagio haya pasado.

Nadie en la villa se atrevía a discutir las decisiones del amo.

En opinión de Artorex, la mejor ventaja de la edad eran las experiencias provenientes de una larga vida. Una vez que Frith confirmó las explicaciones de

Antor relativas a la extensión de las fiebres mortales en años anteriores, la gente de Villa Poppinidii consideró que tenían suerte de contar con un amo tan sabio.

Julanna sobrevivió durante las siguientes semanas en una agonía de temor. Según ella, la villa debería mantenerse en un estado de limpieza continua, ya que el mensajero de Aquae Sulis podría haber sido el portador de la enfermedad y ahora la muerte podría acechar, esperando desde algún rincón oscuro, para matar a su hija. Por una vez, los sirvientes obedecieron a la joven ama de forma implícita, no porque creyesen en las consideraciones de Julanna, sino porque Frith confirmó que donde hubiese polvo y suciedad, allí florecería el mal.

Aparte de una orgía de limpieza, pocas alteraciones complicaron la vida de la villa. Pero Gallia estaba preocupaba y culpaba a su egoísmo por encontrarse fuera de su hogar y lejos de su familia. De nada valía que Julanna le asegurase que Gallicus preferiría que su hija estuviese segura, fuera de las murallas de Aquae Sulis. Pero siendo la única hija, Gallia estaba convencida de que su lugar estaba junto a su familia y que era responsabilidad suya el cuidado de su padre durante la enfermedad.

Para pasar el tiempo, empezó a dar largos paseos solitarios alrededor del perímetro de los cultivos y en una de sus exploraciones diarias se encontró errando más cerca que nunca del borde del Viejo Bosque. Ante la obstinación de Julanna, la sirvienta de Gallia trabajaba intensamente limpiando cada rincón polvoriento de la villa, mientras que su sirviente ayudaba en las tareas de ensilaje del grano de otoño. Eran muy pocos los que en la villa observaban a la joven durante sus paseos. Gallia trataba de apaciguar sus opresivos sentimientos de culpa distrayéndose en la contemplación del delicado paisaje de principios del invierno, decorado con sus ligeras escarchas, pero no era suficiente.

Inevitablemente, el espíritu inquisidor de la muchacha la empujó a introducirse en el bosque. Su silencio hermético y las amenazadoras sombras encajaban tan bien con su estado de ánimo que pasó varias horas sentada en el tronco de un árbol caído e indiferente a los limos de musgos lodosos que mancharon su falda. El silencio era lo opuesto a la agitación de la villa, así que, encerrada entre los troncos tapizados de liquen, descubrió que ése era el santuario donde podía pensar con claridad, libre de las distracciones domésticas.

Cada día, durante sus incursiones, se aventuraba un poco más lejos y dado que el trabajo en la villa se hacía cada vez más frenético, pues se preparaban para los meses inactivos del invierno, a nadie, ni a amos ni a sirvientes, le importaba en absoluto lo que hacía. Nadie sabía nada de hacia adonde se encaminaba, ni dónde pasaba las horas de los días, que cada vez se hacían más cortos. Inevitablemente, tropezó con el claro que Artorex había frecuentado durante su infancia y ella, también, se sentó sobre la antigua piedra y dibujó con sus dedos la desgastada trama de curvas y espirales. Sus dedos comprendían mejor el espíritu del lugar mejor de lo que podían percibir sus pensamientos conscientes. Aunque la muerte parecía habitar en el claro, en las hojas muertas y en las pequeñas cosas que habitan los árboles y las hierbas, se

trataba de una clase de muerte más bondadosa.

—Todas las cosas deben morir —parecía que la Diosa de la Muerte le susurraba a Gallia—. Pero el sol se levanta, la hierba vuelve a crecer y la vida continúa. Cada estación sigue a la otra y los hombres son como las flores que germinan, florecen y se marchitan sin que la tierra ni siquiera perciba nada de sus vidas. Las piedras, los árboles y el agua no dejan de existir.

Gallia dejó que su mano recorriese el hueco que había sido excavado en la roca. Un resto del calor del sol que guardaba la piedra, le acarició los dedos mientras su mente se serenaba con el profundo sosiego del claro.

El rostro de Gallicus le sonrió con sus amables ojos marrones y gesticuló con típica extravagancia latina mientras le rogaba que se casase con alguien, con cualquiera, antes de que superase la edad núbil.

—Me casaré con quien vos queráis, padre, sólo si mejoráis pronto —dijo Gallia a los árboles y a la cara de sus recuerdos.

Se imaginó los rostros de sus cinco hermanos, todos ellos mayores y más serios que ella, con sus tribus de mujeres, niños y nietos a su lado.

—Incluso trataré de ser educada con las mujeres de mis hermanos. Por favor, sana para cuando regrese.

Estaba todavía soñando despierta en el claro, cuando otro correo llegó a Villa Poppinidii con un mensaje de su familia.

Artorex recibió al jinete en las puertas de la granja.

—¡Deteneos! Esta villa está cerrada a todos los visitantes hasta que Aquae Sulis esté libre de la epidemia —ordenó en tono lúgubre, pero amable; porque en los tiempos difíciles se toman decisiones que no caben en los moldes naturales de la cortesía. En el pasado la villa siempre había acogido hasta a los más pobres y humildes visitantes.

El mensajero se mantuvo montado y secó su cara helada con una bufanda de lana grasienta.

—La peste ha desaparecido, al igual que la mitad de los ciudadanos de Aquae Sulis —informó tétricamente el mensajero—. La ciudad todavía apesta con las piras funerarias, pero nadie ha caído enfermo en estos diez últimos días.

Artorex hizo un gesto de incredulidad, porque su mente tan racional no podía imaginar tal exterminio.

—Es posible que digáis la verdad, amigo, pero debo obedecer las órdenes de mi amo. Lamento la falta de cortesía en estos días que exige que os volváis a vuestra ciudad sin refugio ni comida.

—En verdad, mayordomo, preferiría estar en mi casa con mi mujer e hijos, pero Gallinus, hijo de Gallicus, me ha encargado traer un mensaje para su hermana, Lady Gallia.

—Me aseguraré de que el mensaje le sea transmitido si me lo leéis —contestó Artorex.

—No sé leer, mayordomo, pero mi amo anticipaba vuestra aprensión, por lo que he aprendido de memoria mi mensaje.

—Entonces podéis informarme de su contenido, buen señor, y yo lo haré llegar puntualmente a Lady Gallia.

—Éste es el mensaje que el amo Gallinus me ha confiado —entonó formalmente el mensajero y cerró los ojos para asegurarse de que no se olvidaría ni una sola de las preciadas palabras:

«Saludos a Gallia, hermana de Gallinus, quien es ahora el amo de la casa de los Gallus. Nuestro padre ha dejado este mundo para reunirse con sus antepasados, como también lo han hecho mi hijo, una de mis hijas, cuatro de mis hermanos y muchos otros miembros de mi familia. Sus sombras han sido honradas según la antigua tradición, aunque con gran rapidez, ya que la inhumación no era posible. Vuestra ausencia en la celebración de los funerales y las incineraciones está perdonada. Yo mismo vendré a escoltaros a la Casa de Gallus tan pronto como tenga tiempo, ya que nuestros negocios han sido desgraciadamente golpeados por el enojo de los dioses. Que estas palabras reposen en vuestro corazón… y adiós.»

Después de repetirlo varias veces, Artorex ya dominaba el mensaje, por lo que el mensajero partió en su viaje de retorno. Artorex suspiró, porque ahora tenía que desempeñar otra desagradable tarea.

No era ningún tonto. El amo de la casa y cuatro de sus herederos estaban muertos, incluyendo mujeres y nietos. Gallia había perdido a casi toda su familia y gran parte de su riqueza. Aunque Artorex apenas podría imaginarse formar parte de una familia de tal tamaño, tanto vivos como muertos, se dio cuenta de que Gallia estaría afligida ante la pérdida de su padre y hermanos.

Se horrorizaba ante la perspectiva de tener que dar semejantes malas noticias. Hubiese preferido encargar la luctuosa misión a cualquier otro, pero Artorex no era un cobarde y la joven merecía una descripción exacta de las trágicas muertes de sus allegados.

El mayordomo la buscó durante horas, pero nadie en la villa la había visto. Nervioso por las implicaciones que podrían derivarse de una situación alarmante, montó a Carbón y partió para recorrer los campos, pero aun así, no había ni rastro de la caprichosa joven.

—Ni siquiera Gallia puede desaparecer de la faz de la Tierra —se dijo a sí mismo, intentando controlar su creciente irritación.

Pero después de una frustrada inspección por toda la granja y los edificios más alejados, Artorex empezó a pensar en organizar una partida de búsqueda con los campesinos cuando, por un fortuito golpe de suerte, su vista de águila divisó un pequeño lazo rojo que colgaba de las hierbas a la vera de un sendero muy cerca de

donde los cultivos limitaban con el Viejo Bosque. El sendero era apenas visible, pero el pequeño trozo de tela se enroscaba como una serpiente alrededor de una mata de cardos marchitos e intuyó que la impetuosa Gallia se había aventurado dentro del bosque.

—Diablo de niña —masculló—. Deberíais saber lo peligroso que es este sitio… especialmente para una mujer. ¿Por qué no estaréis hilando, bordando o limpiando como cualquier otra fémina de la villa?

Agachándose y aplastándose sobre el dorso de Carbón para evitar las ramas bajas, se adentró en el bosque.

«A lo mejor es porque es distinta a todas las demás mujeres», lo alertó una voz interior.

Los árboles no tenían el mínimo interés, ni en Artorex, ni en Gallia, por lo que no recibió contestación alguna, excepto por los crujidos de pequeñas cosas aplastadas por las pisadas del caballo.

—¡Gallia! —rugió con toda la fuerza de sus pulmones una vez internado profundamente en el bosque y sabiendo que podría buscar en ese lugar salvaje durante semanas y no encontrarla.

—¡Dónde estáis! ¡Gritad si me oís!

Carbón elegía su camino con pasos delicados sobre el terreno irregular, mientras Artorex se esforzaba por oír una respuesta a sus llamadas. Cuando tuvo una respuesta, fue inexplicablemente clara y muy cercana. Artorex se apeó de un salto y llevó al semental a través de una traicionera maraña de troncos caídos y raíces de árboles hasta el silencio de su claro favorito que hacía tanto tiempo que no veía.

Gallia estaba sentada en su piedra, la cabeza erguida y los ojos brillantes de pánico. Instintivamente se dio cuenta de que sólo un tema de gran urgencia podría ser la causa de que el mayordomo la buscase, cuando en circunstancias normales no esperaba volver a verlo hasta la cena.

—¿Qué pasa? ¿Es por Julanna? ¿O por la pequeña Livinia?

Artorex bajó su mirada hasta sus pies protegidos por las sandalias y jugueteando con las riendas de su caballo.

—Yo… —empezó. Pero Gallia se puso impetuosamente de pie de un salto.

—Llegaron noticias de Aquae Sulis, ¿verdad? ¿Es mi padre?

Artorex asintió.

—Sí, Gallia, tengo noticias de Aquae Sulis… y me temo que son malas.

Hizo una pausa, pero no podía encontrar ningún eufemismo para suavizar la pena que iba a infligir. Los ojos de Gallia estaban muy abiertos y llenos de temor y la luz tenue que se infiltraba entre los grandes árboles proyectaba una tonalidad verdosa sobre su semblante. Artorex estaba confuso, pero seguro de que lo mejor sería decir la cruda verdad.

—Vuestro padre ha muerto a causa de la peste. Acaba de llegar un mensajero enviado por vuestro hermano Gallinus, que es ahora el nuevo amo en casa de vuestro

padre. Varios de vuestros hermanos, el hijo de Gallinus y una de sus hijas han ido a reunirse con sus antepasados. Otros miembros de vuestra familia también han perecido. En su mensaje, Gallinus no da demasiados detalles, salvo para indicar que pasará algún tiempo antes de que pueda venir a buscaros para que retornéis a casa. Lamento ser el portador de tan tristes noticias y desearía poder deciros algo que pudiese consolar vuestro dolor.

Gallia contempló a Artorex con semblante mudo.

—Pero Gallinus es mi tercer hermano. ¿Qué hay de Gallicus Minor y Gallius? Deben de haber muerto también… y Gallinus no tuvo el valor de comunicármelo. ¡Ayudadme, madre, ayudadme!

Horrorizado, Artorex vio cómo los ojos de Gallia se ponían en blanco y caía fulminada por un desmayo en dirección a la depresión de la roca que albergaba los inquietantes y extraños dibujos. Mientras saltaba para cogerla, podía ver la imagen de su sangre rellenando el hueco y luego escapando y recorriendo las espirales como una delgada cinta carmín.

—¡Gallia! —susurró en su oído levantando sin esfuerzo su esbelto cuerpo. Su cara estaba a pocos centímetros de sus labios.

—¡Despertad, Gallia! ¡Despertad! —le decía con premura al oído.

Las pestañas de la muchacha se movieron, mas no emitió ningún sonido. Artorex levantó en sus brazos su suave cuerpo flexible y silbando a Carbón para que lo siguiese, empezó a desandar el camino a través de la maraña de árboles hacia donde el bosque lindaba con los campos de cultivo.

Gallia yacía sin fuerzas en sus brazos, era como si también estuviese muerta, como tantos de su familia. Artorex se preguntaba cómo se sentiría uno al perder a alguien tan cercano en sangre y afecto. Por más que lo intentase, no llegaba a imaginar tal pérdida. Él podría sufrir por Targo, Frith o Antor si muriesen, porque los había conocido toda su corta vida. Había padecido la pérdida del ama Livinia y, cada vez que oía el ruido del golpe de la lanzadera y el monótono sonido del telar, se le hacía un nudo en la garganta, provocado por una emoción que era seguramente aflicción. Pero sin los lazos de sangre de una familia, nunca llegaría a entender auténticamente lo que podía significar para Gallia la pérdida de sus seres queridos.

Una vez a salvo fuera del bosque, Artorex montó a Carbón, siempre con Gallia desmayada en sus brazos. Ella empezó a recobrar el conocimiento cuando se aproximaban a la villa, pero sus ojos estaban aún sin lágrimas y vidriosos. Una parte esencial de su espíritu se había ido con las noticias anunciadas por Artorex.

—Están todos muertos —murmuró contra su pecho.

—¡No todos, Gallia; no todos! Vuestro hermano está luchando para poner orden en los asuntos de vuestro padre y vendrá a buscaros en cuanto tenga tiempo. La peste decidió que muchos de vuestra familia fuesen a la pira funeral bastante antes de lo que tenían destinado, pero me han asegurado que todos los rituales fúnebres se han desarrollado exactamente como vuestro padre deseaba —miró hacia su rostro—. Me

gustaría llevarme conmigo vuestro dolor, Gallia, si supiera cómo. Inconscientemente, ella le apretó los brazos para expresar su agradecimiento, mientras su mente se esforzaba intentando comprender la magnitud de su pérdida.

—Sé que me ayudarías si pudieses, Artorex, pero no hay nada que podamos hacer, ¿verdad?

—No, no lo hay.

Al menos se enfrentaban a la verdad.

Una vez en la villa, la sirvienta acudió corriendo y llevó a su ama hasta su cuarto. Julanna había sido advertida por el alboroto y ahora escuchaba la información que le daba Artorex con horror y creciente preocupación.

—¿Cuándo terminará este horrible año? —se quejó y salió corriendo para acompañar a su amiga.

Las mujeres no asistieron a la cena y Antor se sentía entristecido por la tragedia de Gallia, pero plenamente consciente de que nada podía hacer para ayudarla en este momento de dolor.

—Tenemos mucha suerte de estar tan lejos de Aquae Sulis. Si la peste ha desaparecido, como dijo el mensajero, nuestro aislamiento ha sido primordial para habernos mantenido a salvo.

—Sí, amo. Habéis actuado sabiamente cuando decidisteis que nos mantuviésemos aislados de todo contacto con el mundo exterior.

—Desearía que Lady Livinia estuviese aquí todavía. Ella sabría cómo aliviar la carga que soporta la pequeña Gallia. Debe de ser muy difícil para ella sobrevivir tranquilamente, estando su familia a una distancia relativamente corta y ser incapaz de poder ayudarlos mientras están sufriendo.

—Sí, el ama habría sabido cómo ayudar a la pequeña Gallia —afirmó Artorex.

Pero Keu se mantuvo en silencio y se guardó su opinión.

Poco después, Frith informó que Gallia había despertado, pero que sus ojos seguían secos y que además, todavía temblaba y se encontraba algo confusa.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Artorex.

—No temáis, amo, pronto empezará a hablar y de inmediato recordará los años felices y las alegrías que compartió con su familia. Verterá algunas lágrimas que la curarán. La pequeña señora es todavía joven y su cuerpo no está preparado aún para la muerte, aunque casi se vuelve loca por su pérdida.

Y así, la vieja Frith, la leal Julanna y unas pocas sirvientas de confianza acompañaron a Gallia en su dolor y la atendieron en sus necesidades. Al principio estaba muda, y luego, la memoria empezó a brotar en ella como si la simple tarea de repetir sus historias de la infancia pudiese mantener todavía vivos durante un tiempo a su padre y a sus hermanos.

A esto siguieron lágrimas y pesadillas y más lágrimas. Hasta que Gallia salió de su habitación, pálida, delgada y tan ligera como un vilano de cardo.

Durante su terrible experiencia se había forjado una extraña amistad. Julanna

tenía que ocuparse de todo lo concerniente a llevar la casa y el cuidado de su hija, una pesada carga para sus débiles hombros de niña. Aunque deseaba aliviar la pena de Gallia, su falta de tiempo la alejaba de su leal amiga más a menudo de lo que deseaba.

Pero suavemente y de forma natural, como si siempre hubiese estado allí, Frith se sentaba junto al jergón de Gallia y la animaba a comer. Cuando la niña lloraba sin descanso en sus sueños, era la vieja Frith quien la despertaba, la abrazaba gentilmente sobre sus marchitos pechos y curaba sus pesadillas con besos y palabras dulces. Lo primero que veía Gallia, cuando se despertaba en cada mañana gris del invierno, era el arrugado rostro de Frith sonriéndole y el último sonido que escuchaba antes de dormirse era las dulces canciones que la anciana le cantaba.

Gallia apenas acababa de salir de su lecho de dolor cuando su hermano llegó abruptamente a Villa Poppinidii. Mechones de gris blanqueaban su otrora negro pelo y se encontraba sin un solo sirviente que atendiese sus necesidades y su comodidad durante el viaje.

Después de una reunión en medio de un mar de lágrimas, Gallia volvió otra vez a la cama demasiado agotada y desgastada por la miseria y el dolor que percibía en la persona de su último hermano. Para entretener su tiempo, Gallinus buscó el consejo de Lord Antor, reclamando una cabeza más madura que la suya, mientras que Artorex se las ingenió para asegurarse de que también estaría en la reunión.

—No podría decir lo que guardo en mi corazón si la pequeña Gallia estuviese presente. Diez miembros de mi familia han muerto y más de la mitad de nuestros sirvientes perecieron con ellos. El negocio de la familia está desmantelado. ¡Oh!, está firme en sus raíces, ya que todos necesitan pescado, pero debo trabajar duro para reparar lo que la peste nos ha llevado. Los mercados de Aquae Sulis están en silencio, la flota de Abone ha quedado reducida a la mitad y los almacenes están desprovistos de los trabajadores necesarios para el trabajo físico. La pequeña Gallia sabe poco de comercio y será muy difícil que entienda que probablemente carecerá de dote cuando quiera casarse.

Antor emitió unos murmullos de descontento ante las noticias.

—Gallia siempre fue la pequeña ave cantora de nuestra casa —suspiró Gallinus y luego continuó—. Es la más joven y tiene un corazón tierno.

Hizo otra pausa, mientras Artorex se sonreía burlonamente para sus adentros pensando en que Gallia no era ni frágil, ni tierna.

—Me faltan las palabras para explicar a mi hermana la verdadera magnitud del desastre acaecido sobre nuestra casa.

Antor asintió dando a entender que comprendía y simpatizaba con él pero que muy poco podría decir para aliviar las preocupaciones del joven. En cambio, según la tradición romana, intentó mantener la espalda recta y su mirada firme.

Artorex contemplaba impasible al hermano de Gallia. El hombre estaba afectado y atemorizado, como lo estaría cualquier persona sensible que intempestivamente se

hubiese encontrado con la misión de salvar un extenso imperio comercial que había sido inexplicablemente reducido a casi nada. Con sus hermanos mayores muertos, se veía repentinamente constreñido a asumir el control de los vastos intereses comerciales de su padre cuando apenas estaba preparado para la gigantesca tarea.

Después de un rato de silencio, el joven empezó a explicar su dilema en relación al futuro de su hermana menor.

—El problema más urgente es Gallia. Nuestro padre tenía la intención de casarla hace unos meses, pero ninguno de los arreglos anteriores llegó a buen puerto. Desgraciadamente, el último candidato elegido por nuestro padre fue también víctima de la peste.

Analizó su situación en silencio.

—Para ser franco, Gallia no tiene ninguna posibilidad de dote hasta que sea mayor, ya que todo el oro que nos queda se necesitará para pagar los salarios de pescadores, artesanos y obreros que han sobrevivido —se expresó Gallinus con tranquilidad—. Debo diversificarme si quiero sobrevivir, pero no sé qué hacer con mi hermana. ¿Quién querría casarse con una mujer que ya no es ni joven ni lozana?

—Puede quedarse aquí con nosotros todo el tiempo que queráis —replicó Antor —. Es una joven encantadora y hace muy feliz a nuestra Julanna.

—Os agradezco vuestra generosidad, pero el problema irá en aumento. Ya tiene más de quince años y pronto pasará la primera floración de su juventud. Para cuando la fortuna de nuestra familia se haya recuperado tendrá como mínimo veinte años. Dios sabe dónde podría encontrarle un marido para entonces, porque todos los jóvenes apropiados de Aquae Sulis han perecido fulminados.

Artorex interrumpió antes de haber considerado seriamente las palabras que iba a pronunciar.

—Yo me ofrecería a casarme con Gallia… y lo haría gustoso… aunque a lo mejor no deseáis un mayordomo de clase inferior como marido de vuestra hermana.

Antor, Keu y Gallinus dirigieron su mirada a Artorex a la vez. La propuesta los había dejado perplejos y contemplaban a Artorex con rostros estupefactos.

—Sé que no la merezco, ni por cuna, ni por fortuna, pero tengo un afecto muy sincero por vuestra hermana —agregó—. Tampoco seré para siempre un hombre sin tierras, ya que tengo la intención de dejar mi huella en el mundo. Pero estoy dispuesto a comprender que encontréis mi propuesta pretenciosa o insultante.

Antor le dirigió una amplia sonrisa.

—Mi hijo adoptivo es demasiado modesto y no un desposeído de tierras, porque yo puedo disponer a su nombre una pequeña parcela de la tierras de Villa Poppinidii, si él lo desea. Además el bendito Lucius, Obispo de Glastonbury, también le proveerá de oro si Artorex decide tomar una esposa de buen linaje. Es un hecho que Lucius me persuadió para que me ocupase de criar y educar al joven y un clérigo de su fama no se tomaría tal trabajo si el muchacho no fuera de una cuna respetable.

Con cierta tardanza, Artorex se percató de que Gallinus estaba considerando su

oferta. Podía entender que Gallia era sólo un problema más de entre los muchos que acosaban al joven que intentaba salvar el negocio heredado de su familia.

De pronto su estómago se hizo presa de un repentino ataque de nervios, porque no sabía si lo que más temía era su aceptación o su rechazo.

—Consultaré con la almohada vuestra propuesta, joven mayordomo, y os daré respuesta en la mañana —le sonrió—. Y ahora, Artorex si no os ofendéis, os pediría que me dejaseis a solas con Lord Antor para que me informe acerca de vuestro carácter. Mi situación puede considerarse angustiosa, pero mi hermana es demasiado preciada para mí.

—Lo comprendo, señor, y os dejo con vuestras deliberaciones.

«¿Qué he hecho?, —se preguntaba Artorex dirigiéndose a su exigua habitación—. ¿Cómo puedo casarme con una mujer si todo lo que tengo es un caballo? ¡Debo haberme vuelto loco!»

La magnitud de los problemas financieros que acosaban a Gallinus fue sobradamente demostrada por su aquiescencia al matrimonio cuando se reunió con Antor y Artorex a la mañana siguiente.

Confundidos por el giro inesperado de los acontecimientos, Artorex y Gallinus sellaron su acuerdo con un apretón de manos y la seguridad de que, con el tiempo, se pagaría una dote para que el mayordomo pudiese construir su propia villa. Los documentos se prepararían en Aquae Sulis y Antor había accedido a ceder a la joven pareja las tierras adyacentes al Viejo Bosque.

En verdad, Antor daba muy poco, porque esa tierra estaba llena de zarzas y hierbas y necesitaba un supremo esfuerzo para volverla productiva. Por otro lado, ganaba mucho con el acuerdo, su sirviente quedaría ahora atado a Villa Poppinidii por los lazos de su próxima boda y la villa habría ganado otra matrona romana.

Una vez más el afable y astuto celta no podía perder.

—¿Pero qué pasa con Gallia? ¿Y si ella no desea casarse conmigo? —sugirió Artorex.

—Gallia es de linaje romano y se casará con cualquiera que elija su paterfamilias —aclaró abruptamente Gallinus—. Sé que padre era indulgente con ella, pero yo no tengo tiempo para esos lujos.

Ahora que su mente ya había trazado su plan de acción, Gallinus eliminaba cualquier oposición a sus planes como el viento huracanado dispersaba las pajas.

—Yo, por supuesto, estoy obligado a continuar con el período de luto que todavía reina en mi hogar, por lo que sería mejor que vuestros esponsales se celebrasen aquí en Villa Poppinidii. Estoy seguro de que Gallia y Julanna se alegrarán ante la perspectiva de planificar el evento; las mujeres adoran tales diversiones.

Artorex no estaba tan convencido. Gallia no era una mojigata y había demostrado que su cuerpo de aspecto frágil encerraba un gran corazón. Y Julanna había aprendido a través de la tragedia que es el deber el que gobierna la vida de una mujer y no la diversión.

De hecho, Gallia lloró profusamente cuando fue informada por Gallinus sobre su decisión. No sabía exactamente por qué lo hacía, si era por alegría o por miedo, mas sabía que Artorex era un hombre honorable y que sus hijos estarían en una buena posición en su mundo. También comprendió, en su fuero interno, que Artorex estaba destinado a un noble futuro.

Y así, con la *sponsalia*, la promesa formal, quedaron sellados los enmarañados destinos de Artorex y Gallia. Aunque el *confarrato* o sagrado matrimonio no era la norma en aquellas tierras lejanas, los vástagos de Gallicus comieron tartas de cebada en la fiesta de boda para demostrar que estaban unidos de por vida. La alegría y la fuerza podría sobrevenir para Artorex y Gallia, pero una negra herencia había nacido con el curso de la peste y ahora sólo esperaba el paso del tiempo para manifestarse.

CAPÍTULO IX

EL IDILIO

EN LAS DOS últimas semanas del invierno, Artorex se casó con Gallia de la Casa de Gallus, con toda la pompa y esplendor que Antor podía reunir en su calidad de caballero de provincias. La época no era la propicia, dado que todos los buenos ciudadanos de sangre romana se casaban durante el cálido y fecundo mes de junio, cuando Juno, la diosa protectora de las doncellas, estaba en su máximo esplendor. Pero las circunstancias exigían rapidez, a pesar de ser una decisión que no agradaba a ninguna de las mujeres de la villa, que lamentaban la ausencia de flores en esa época poco auspiciosa. La nieve se había presentado en las tierras de la comarca de Aquae Sulis en ráfagas poco usuales y los fuegos del hipocausto debían mantenerse encendidos sin pausa para que suelos y paredes llegasen a calentar a los invitados.

Grunn, el cocinero, comandando un ejército de asistentes, cocía y pringaba, hervía y glaseaba, freía y asaba, hasta que la villa se convirtió en un cúmulo de olores suculentos. Hasta Keu, que siempre tenía presente su deuda con Artorex y ahora estaba extremadamente nervioso por la boda de su hermanastro, ordenó cortar madera para los grandes braseros de hierro que calentarían las habitaciones. La vieja Frith desbordaba de orgullo y de acuerdo a su extraña y bárbara forma de ser salió hasta el bosque, donde la intensa helada hacía estallar y gemir los árboles como si la propia madera estuviera sufriendo por el penetrante frío.

Arrastró hasta la casa su botín de ramas caídas y decoró los dinteles de las habitaciones con festones de acebo engalanados de bayas rojas. Encontró viejos troncos secos de maderas fragantes y ordenó a los sirvientes que los hiciesen arder en los braseros para aromatizar la casa.

En uno de sus viajes encontró un nudo de madera de forma curiosa que pulió con aceite hasta dejarlo tan brillante que reflejaba la luz. Luego perforó el madero con una lezna para poder enhebrarla con una fina cuerda de seda.

La noche anterior a la fiesta de boda visitó a la novia.

—¿Mi señora? —llamó primero Frith suavemente mientras arañaba la puerta de Gallia—. Mi señora, ¿tenéis un momento para la vieja Frith?

—Pasa Frith y sé bienvenida —gritó Gallia y se sentó en su cama caliente.

Su cabello estaba aún muy corto, pero Frith podía ver que los rizos caídos

resultaban más atractivos en la joven que las torturantes cofias de las grandes damas.

—Calmaríais el corazón de la vieja Frith si llevaseis este talismán una vez casada —dijo Frith acercando la pequeña pieza de madera a las manos de Gallia.

—Parece una pequeña mujer embarazada —se maravilló Gallia—. La siento tan suave y cálida en mi mano. ¿Qué madera es?

—Está hecho de un nudo de avellano, uno pequeño. Los druidas nos prohíben, bajo pena de muerte, cortar el avellano, porque es un árbol sagrado. Pero yo encontré este trozo tirado en el suelo y pienso que el árbol os lo ofrece como regalo de bodas. Os mantendrá segura y hará fuertes a vuestros hijos.

Gallia se sacó un elegante amuleto de oro que colgaba de su cuello.

—Mi madre me puso esta *bulla* alrededor de mi cuello cuando nací para protegerme del mal hasta que fuese una mujer adulta. Madre murió cuando yo tenía diez años, así que no podrá sacarme el amuleto en la noche anterior a mi boda, como es costumbre. Frith, me honraréis si me quitáis la *bulla* de mi madre y la reemplazáis con vuestro amuleto.

La anciana agachó su cabeza y algunas lágrimas se derramaron sobre sus arrugadas mejillas.

—Sí, ama. Será un honor para mí ocupar el lugar de vuestra madre. Inclinad vuestra cabeza, dulce Gallia.

La joven obedeció. La sirvienta ató la sencilla cuerda alrededor de su cuello y el amuleto cayó en la tibia hendidura entre los senos de la joven novia.

—Os lo agradezco, Frith. Éste es un regalo propio de una reina y prometo llevarlo siempre conmigo.

Frith habría dejado descansar a Gallia, pero la muchacha le pidió que se quedase porque estaba demasiado excitada y no podría dormir.

—¿De dónde sois, Frith? Vuestros ojos y vuestro pelo son distintos del color de los celtas y hay algo en vos… algo… —Gallia no encontraba las palabras.

—¿Extraño, mi señora? —sonrió la anciana con un leve matiz de ironía.

—Sí, aunque esa palabra es muy áspera para calificar a alguien que ha sido tan fiel a la familia Poppinidii como vos.

—¡Mi señora! —exclamó—. Soy propiedad de Villa Poppinidii, en cuerpo y alma. ¿No lo sabíais?

Gallia estaba estupefacta. Algunas veces, Frith era una sirvienta tan déspota como el propio Antor.

—Sí, ama. El dulce padre de Livinia, Livius, me compró cuando era una niña. Dijeron que me habían encontrado siendo un bebé dentro del casco destruido de un barco después de una gran tempestad en la isla de Vectis[12], en el sur. Dónde vivía o cuál era mi familia, es un misterio, porque yo fui la única superviviente del barco bárbaro zozobrado. Si hubiese crecido con el pelo negro, quizá no habría terminado como esclava, pero mi pelo era blanco, poco diferente de mi color actual.

Hizo una pausa antes de continuar.

—Cuando tenía unos tres años de edad, fui vendida a Villa Poppinidii por comerciantes que venían del norte, cuando Livius era todavía un hombre joven. Yo crié a su única hija, Livinia y también la enterré. Pero todavía soy una bárbara, ama Gallia, y a veces mis modales son extraños, a pesar de que sólo era una criatura cuando me encontraron.

—¿Os habéis casado? ¿Tenéis hijos?

—Por supuesto, ama —alardeó Frith—. Me casé con un buen celta de la aldea… pero nunca he dejado la villa para vivir con él. Le di siete hijos nacidos vivos.

—¿Y fueron esclavizados ellos también? —preguntó Gallia con una rudeza no intencionada.

Afortunadamente Frith no se ofendió.

—El ama Livinia me hizo libre hace años, con los rollos de manumisión y todo lo que la ley requiere. Pero entonces le dije, como a vos ahora, que nosotros debemos ser dueños de nuestro destino y elegí permanecer como esclava en Villa Poppinidii. No llevo ningún collar, porque Livinia no me lo permitió. Pero permanecí como esclava porque quemé el manuscrito de mi manumisión. La villa es mi dueña desde hace tanto tiempo como pueda recordar. Todo lo que amo está aquí, todos aquellos a los que quiero reposan en este suelo o trabajan estas tierras. Yo pertenezco a Villa Poppinidii. Pero, si os dais cuenta, el amo Antor es un esclavo y mi querido Artorex también. Y, con el tiempo, la dulce Gallia también será una esclava de esta casa.

Sonrió a la joven.

—Y ahora, buenas noches, mi señora. Porque mañana os haréis la esposa de mi bello Artorex.

GALLIA SE CASÓ ataviada con un largo vestido blanco ribeteado con hilos dorados que ella misma había bordado durante sus años de doncella. Una guirnalda de espigas de trigo rodeaba su frente y hacía juego con las gavillas de mies que llevaba como súplica de fecundidad a los dioses.

Bajo su corona, el cabello de Gallia estaba reluciente y alrededor de su cintura llevaba un cinto complejo denominado el *Nudo de Hércules* que Julanna le había atado. Cuando Artorex lograse deshacer el nudo, Gallia sería suya.

La novia había cuidado su aspecto hasta el mínimo detalle. La boda se había organizado con prisas, pero Gallia estaba tan radiante como feliz… gracias a la ayuda del cofrecillo de cosméticos de su madre. Sabiamente, sólo había utilizado un pequeño toque de antimonio para destacar sus ojos y sus cejas, pero había elegido maquillar sus párpados con malaquita, porque sabía que el rico color esmeralda vivificaría su rostro. Una leve mancha de cinabrio en sus labios, junto con una insinuación de perfume de jazmín y henna en las palmas de las manos, las plantas de los pies y las uñas, completaban su tocado.

Atolondrado y desorientado, Artorex contemplaba a su novia que flotaba hacia él,

con una belleza deslumbrante a la luz de los braseros.

En ausencia de un clérigo, Antor ofició la breve ceremonia.

—*Quando tu Gaius, ego Gaia.*

Gallia murmuró la antigua promesa de seguir a cualquier sitio y en cualquier momento los viajes de su esposo. Aunque el voto era una formalidad, Artorex lo encontró enormemente conmovedor, como si recibiese algo muy valioso que a partir de ahora le pertenecía.

Comieron la tarta de cebada y empezaron los festejos.

Arrebatado por el vino, Artorex tenía poco tiempo para reflexionar sobre su suerte. ¿Realmente quería una mujer? Sabía que quería poseer a Gallia, pero ¿era amor ese deseo lujurioso? Las preguntas no paraban de dar vueltas en su cabeza, hasta que su mente decidió abandonarse y se rindió a los placeres del momento.

Aturdido, contempló fijamente a su flamante esposa, recostada a su lado en el triclinio.

Sí, era bella. Su cabello era una negra aureola alrededor de su pequeña cabeza. Sus labios eran gruesos y carnosos y hasta esa larga y estrecha nariz romana era delicada, con unas aletas que ahora parecían latir suavemente. Artorex sintió que su cuerpo se estremecía.

Los ojos de ella le devolvieron la mirada y los vio como profundos estanques de ámbar, donde los pensamientos nadaban como peces en la profundidad. Mientras los poetas cantaban los ojos pálidos como las ventanas al alma, Artorex supo, para su propia satisfacción, que eran los ojos más oscuros los que tenían el poder de arrastrar a un hombre hasta sus cálidas profundidades.

Contra toda costumbre y decencia y porque no podía evitarlo, se inclinó y besó intensamente los labios de Gallia. Estaba perdido en algo que era muy similar al amor.

Antor golpeó la mesa repleta de manjares con su puño.

—Amigos, el novio está anhelante por partir. Busca un alimento distinto al del festín que hemos dispuesto ante él.

Los invitados, incluyendo Keu, rieron de buena gana.

—Rompéis la tradición, muchacho, pero recuerdo lo que se sentía al ser joven. Yo mismo estaría deseoso de retirarme si hubiese acabado de casarme con vuestra hermosa novia.

Los invitados volvieron a reír y tanto Gallia como Artorex se ruborizaron.

Gallia tomó las palabras de Antor al pie de la letra y levantándose, llevó a su esposo hacia su habitación, que Frith acababa de preparar. El suelo estaba sembrado de pétalos de rosas que perfumaban todos los rincones, junto con los aceites aromáticos que ardían en las lámparas. Artorex se dejaba llevar por las nubes de perfume y por el vino consumido durante el festín, que ahora se agolpaban en su cabeza.

Mientras Artorex se sacaba la túnica, Gallia se reía como una niña pequeña;

inmediatamente, Artorex comenzó a luchar para deshacer el nudo del cinturón de Gallia. A la luz de la lámpara su cuerpo varonil, sólo cubierto por las calzas, resultaba aún más hermoso, mientras su piel brillaba con el profundo resplandor del ámbar. Ella estiró sus brazos y destrenzó los cabellos de Artorex, que rodaron como largos rizos de color bronce bajo sus dedos, haciendo estremecer su cuerpo con el suave y delicado roce de sus manos. Artorex la habría abrazado, si no fuera porque ella lo conminó a tenderse sobre su cama perfumada.

Confuso y excitado, Artorex obedeció.

Ella se quitó su vestido de boda con intencionada lentitud. Su cuerpo se revelaba ahora ante él; por primera vez vio sus grandes senos blancos y sus pezones rosados parecían suplicar por sus labios y su fino talle se ensanchaba en unas caderas femeninas divididas por una mata de vello rizado y negro.

—¡Gallia! —la llamó Artorex—. Venid a la cama… ¡inmediatamente!

—No, mi señor.

—¿No? —Artorex se sorprendió.

—Debo realizar mis tareas como esposa.

—¿Eeeh?

Artorex sabía que parecía un tonto, pero era tal su estado de excitación, que su mofa lo dejaba sin habla y sin pensamientos.

Gallia vertió en sus manos el aceite de un frasquito de cristal y luego comenzó a acariciar el cuerpo de su esposo. Bajo su tacto delicado, todas las terminaciones nerviosas gritaron, hasta que al fin se convenció de lo verdaderamente afortunado que era, por poder disfrutar de este intervalo de placer, que era el penúltimo antes de la consumación del matrimonio. Sus hombros, pecho, vientre, muslos y hasta las zonas suaves entre los dedos de los pies, todos recibieron las caricias de su mujer, hasta que su voluntad se desmoronó por completo y empujando a Gallia sobre su espalda la penetró sin más ceremonias.

Su rostro dibujó una mueca de dolor, pero Artorex era incapaz de razonar. Se hundió en la lujuria de su cuerpo, en el jardín de sus pechos y en las flores de su pelo. Probó su boca hasta que el cuerpo de ella también se calentó bajo sus manos y sus labios, y ni marido ni mujer sintieron el aguanieve que golpeaba las celosías, ni tampoco el ulular del viento en el techo de los establos. Perdidos en los misterios de Afrodita, Artorex disfrutó de su mujer hasta que la boda fue sellada con el mutuo placer.

Para él, su esposa era un maravilloso misterio interminable; aunque virgen, era tan sensual como sus antepasados romanos y una amante inteligente que glorificaba toda sensación física. Como hombre esbelto, había conocido muchas mujeres, pero el sexo había sido rápido y carente de compromisos, algo tan trivial como un estornudo o como comer cuando se tiene hambre.

Cada día, al finalizar sus deberes de mayordomo, buscaba a Gallia, aunque estuviese jugando con la pequeña Livinia o de charla con Julanna en los últimos días

del invierno y ella siempre lo acompañaba, porque anhelaba tanto como él los placeres de la cama. Estimulaciones nimias, tales como la visión de un pie desnudo, eran suficientes para encender su pasión; y así, cada día pasaba como si viviese en un sueño en el Más Allá y la única realidad fuese Gallia. Reía gozosamente cuando ella acariciaba su cuerpo o mordía su hombro hasta hacerlo sangrar, o cuando Gallia lloraba poniendo sus ojos en blanco, sumergida en su propio delirio.

Además de las importantes distracciones amorosas, Gallia tenía mucho que hacer en esos días. Después de la muerte de su madre, las mujeres de sus numerosos hermanos habían cuidado durante años de su educación en las tareas propiamente femeninas y ya estaba trabajando arduamente en la elaboración de una pieza de lana que serviría de túnica invernal para su esposo. También disfrutaba aprendiendo labores más mundanas como la fabricación de queso, la preservación de frutas y la cura de carnes. Nunca necesitaría preparar la comida para su familia, lo que no le impedía, como buena matrona romana, supervisar ella misma el quehacer de los sirvientes.

A medida que la primavera avanzaba, Gallia supo que estaba encinta. Abrazaba su vientre y sonreía, con esas sonrisas secretas que cualquier mujer de la villa podía interpretar sin equivocarse.

A su alrededor, Gallia vio que la vida renacía por doquier. Con la instauración de la primavera, el paisaje se renovaba sobre un tapiz de verdes y marrones; corderos lechales, terneras, potros y polluelos tropezaban, caían y rodaban sobre sus patas larguiruchas; cachorros y gatitos se retorcían en cada hueco de paja libre de los establos y los pájaros protegían sus nidos en los alisos con incesante bullicio. Como Gallia, todo el mundo estaba preñado y eso la llenaba de orgullo.

Artorex no tenía la menor idea de lo que estaba desarrollándose, hasta que su esposa eligió el momento apropiado para darle la noticia de la maravilla que pronto vendría a este mundo.

Una noche que estaba extenuado y tendido sobre la cama, mientras su cuerpo se enfriaba rápidamente, Gallia se deslizó hasta el hueco de su hombro y le susurró al oído.

—¿Dejaréis de amarme, mi querido señor, cuando mi vientre sea demasiado grande para los placeres de la cama? ¿O buscará mi semental una sirvienta complaciente y me dejará languidecer?

—¿Cómo…?

Como todos los hombres, Artorex estaba hecho para actuar y expresarse como un idiota cuando una mujer lleva las riendas del amor.

—¿Habéis escuchado mis palabras? —sonrió con vergüenza—. Por supuesto, todavía nos quedan unos meses para disfrutar, pero me temo que pronto dejaremos de estar solos.

—¡Estás encinta! —exclamó puerilmente Artorex.

Con total honestidad, no sabía cómo se sentía ante tal inesperada noticia.

Gallia contestó con un mohín:

—Vos sembrasteis la semilla, Artorex, y ahora tu hijo crece dentro de mí. Pero temo que un hijo de vuestra estatura pueda llegar a matarme.

Sintió que un brote de cálido orgullo nacía en la planta de sus pies y le recorría hasta la coronilla. Iba a ser padre. La criatura estaba ahora mismo creciendo bajo su mano. Su corazón casi se paraliza ante tal misteriosa maravilla.

Besó la boca de su mujer, su vientre y su corazón y ella no pudo encontrar la menor tacha en la reacción de su esposo ante la noticia.

Ahora, espoleado por las circunstancias, Artorex tenía más razones que nunca para ponerse manos a la obra.

En cuanto tenía un rato libre, se dedicaba a limpiar el terreno regalado por Antor y una vez que el sitio estuvo limpio, marcó el perímetro de una villa simple de seis habitaciones. No podía permitirse el lujo de una Villa Poppinidii, pero si fuese necesario, construiría la casa con sus propias manos, para que su hijo tuviese su adecuado techo.

Estaba sumamente feliz y alegre y nunca se había sentido tan satisfecho. Cuando los aldeanos y siervos le demostraron su afecto ayudándole a pavimentar el suelo con piedras planas, a levantar los muros de adobe y caña y desplegar los jardines para la futura casa, Artorex sintió que tal alegría era a la vez una tentación y un desafío a los dioses que nos gobiernan.

Techó su casa a la usanza celta, con paja trenzada y simples estacas de madera, de forma que el techo fuertemente inclinado tuviese bastante capacidad para almacenar agua y al mismo tiempo la protegiese de la lluvia y la nieve. Gallia miraba el resultado de sus denodados esfuerzos y era tan feliz como pueda serlo una mujer próxima a dar a luz.

La casa era de planta cuadrada y sólo uno de sus lados no tenía muros de piedra sino que se cerraba con grandes portones confeccionados con gruesos tablones de madera. El patio o atrio estaba pavimentado con cantos rodados a excepción de un pequeño nicho que servía de establo para Carbón. El mismo Artorex construyó el pesebre y la cuadra con madera obtenida del Viejo Bosque y aserrada sobre una oquedad.

Hasta que se terminó la casa, Gallia y él compartían su abarrotada habitación en Villa Poppinidii. Julanna protestó porque no quería que su amiga se fuese, pero Gallia le hizo comprender que se encontraría a sólo unos pasos de distancia de la villa. De hecho el humero de piedra de la chimenea que Artorex había copiado sutilmente de un diseño del norte podía verse claramente desde la villa.

—Pero deberás trabajar como una sirvienta —dijo Julanna con un mohín.

—Sólo si quiero hacerlo —se rió Gallia—. Todavía tendré a mi sirvienta y a mi ayudante y además, Frith le pidió autorización a Lord Antor para que su bisnieto Gareth pasase a ser sirviente de Artorex. Afortunadamente, cuando Frith toma una decisión, nadie consigue cambiarla.

Mientras crecía la casa, también lo hacía la barriga de Gallia y Artorex empezó a preocuparse por la salud de su esposa, dado el gran tamaño de la criatura creciendo dentro de su vientre.

Pero seguían en una racha de buena suerte y cuando Gallia rompió aguas, empezó un tranquilo parto. Su pequeña complexión parecía incapaz de soportar los dolorosos ataques de sus contracciones, mas en un intervalo sorprendentemente corto, Gallia dio a luz una hermosa niña sana, con rizos color bronce y ojos de color ámbar.

En el momento en que Artorex sostuvo por primera vez el cuerpecito que se retorcía fuertemente en sus brazos, pensó que su corazón se rompía por el amor y los temores que sentía hacia ella. Ahora entendía cómo se había sentido Gallia cuando su familia murió diezmada por la peste. Entonces comprendió los innumerables temores de Julanna por su hija y juró que protegería a su Licia, como así la llamó, durante toda su vida.

Cuando la niña tenía una semana y el otoño había transformado los campos en una alfombra de oro y amarillo intenso, Bregan, el herrero, llegó a las puertas de Villa Poppinidii con un regalo para Artorex envuelto en un paño. Bregan no aceptó el ofrecimiento de comida y bebida y no quiso quedarse, porque Artorex estaba supervisando a sus trabajadores en las pasturas del sur.

—He mantenido mi promesa. Decidle que le he confeccionado este regalo con toda la maestría que poseo.

Al retornar Artorex de los campos, ya de noche, Gallia le entregó el regalo de Bregan. Mientras luchaba con los nudos que ataban el envoltorio, Gallia contemplaba a su hombre de casi veintidós años y su corazón estaba henchido de agradecimiento.

Dentro del paquete, relleno de hierbas frescas y protegida entre ellas, había una daga.

La hoja tenía casi medio metro de largo, ligeramente curvada y brillante. Era un instrumento de muerte. Un filo afiladísimo y una punta despiadada aseguraban que el arma fuese perfecta tanto para dar cuchilladas como estocadas. Pero lo que más les sorprendió fue su elaborado pomo.

Bregan era un buen herrero y en todas las aldeas de la vecindad de Aquae Sulis nadie le superaba en la confección de las mejores hojas para guadañas y hoces. Pero hasta hoy, el forjador nunca había expuesto su vena artística en ninguno de los instrumentos agrícolas elaborados por sus manos.

Sin saber cómo, el herrero había diseñado y logrado un dragón de hierro. Esta criatura no tenía nada que ver con el pequeño y malevolente juguete que Llanwith tenía en su daga, ésta era una criatura de tal poder que parecía haber saltado por sí misma desde las vetas de hierro de las montañas. El cuerpo y la cabeza de la bestia formaban la empuñadura que estaba hábilmente calculada para que pudiese asirse con firmeza, con la boca rugiente del dragón al final del vástago. Las alas metálicas semidesplegadas se curvaban hacia atrás de tal forma que ofrecían su protección a la mano que la empuñase. La cola del dragón se doblaba hacia adelante en una extraña

espiral hasta entrar por la boca del dragón al final del pomo y así, la mano del dueño quedaba acunada en un puño de hierro.

La empuñadura estaba tapizada con piel de pescado, que envolvía el cuerpo del dragón, brindando un suave acolchado a la mano del dueño. Las fauces abiertas y el hueso en la frente de la cabeza enredada formaban dientes de sierra en el pomo, ideal para golpear a corto alcance. La empuñadura imitaba las escamas de un gran dragón, creando una daga que era a la vez tan extraña como exótica e inigualable.

Bregan había fabricado un arma muy distinta a las simples empuñaduras rectas de las espadas cortas romanas o incluso a las hojas celtas que poseían tan bella decoración doble. Aquí, se trataba de una hoja que no era ni daga ni espada, confeccionada tanto para atacar como para proteger, de tal manera que su dueño no debiera temer que una estocada inesperada del enemigo lastimara sus dedos o la hicieran saltar de su mano. Esta daga era un milagro de funcionalidad y belleza.

Artorex quedó tan boquiabierto, con la mandíbula caída, que provocó la mofa de Gallia, porque le recordaba la cabeza de uno de los pescados que vendía su hermano.

—He rechazado varios pretendientes porque parecían bacalaos —se rió, pero sus ojos no se apartaban del extraño instrumento de muerte.

—Nunca he visto nada parecido —se maravilló Artorex—. ¿Veis? Las alas del dragón protegen mis nudillos, mientras que la cola resguarda el dorso de mi mano y mis dedos. Bregan ha creado una obra maestra.

—Lo merecíais —insistió Gallia con convencimiento.

—No —murmuró él—. No tengo ningún tótem y menos un dragón. Hombres como el príncipe Llanwith merecen la protección de esta bestia. ¿Pero quién soy yo para llevar la serpiente alada de los reyes celtas?

—Sois mi esposo. Sois heroico y noble y no estoy dispuesta a escuchar vuestras tonterías. ¿Lo oís, Licia? Vuestro padre pretende ser sólo un hombre más… ¡el muy tonto! Nosotras sí sabemos que no es así, ¿verdad, mi dragoncilla?

Cuando Targo vio el arma por primera vez, la acarició con sus dedos encallecidos, como si fuera el cuerpo de una mujer.

—Bregan ha estado trabajando más de un año en esta arma. Durante muchos días pensó en cómo diseñarla, buscando un tótem que os hiciese justicia. Finalmente eligió el dragón, porque lo llevaban las legiones romanas y también porque es una criatura que nace del fuego. Os ha hecho un arma distinta a todas las que he visto, una que sirve para equilibrar la espada. Está fuera del alcance largo, pero es mortal si encuentra una abertura. En verdad os envidio el regalo.

Los hombres de la villa se quedaron estupefactos ante el diseño de la daga del dragón y muchos la cogieron en sus manos para apreciar su perfecto equilibrio. El regalo de Bregan llevó a muchos otros guerreros a su forja en los años siguientes, pero ninguna de las armas que diseñó llegaron a igualar la belleza del cuchillo de hierro. Más tarde, Artorex recibiría armas con empuñaduras de oro, plata y oro blanco y guarniciones decoradas con gemas de gran valor, pero el dragón de hierro de

Bregan nunca dejaría de estar al alcance de su mano.

Con estas cosas se forjan las leyendas.

Mientras tanto, el feliz idilio de Artorex continuaba. Con la llegada de la siguiente primavera, llena de promesas, la casa quedó lista y la pequeña familia se mudó al nuevo hogar. Aparte de esto, poco cambió en Villa Poppinidii. Gallia estaba ahora más ocupada en las tareas cotidianas, pero todavía disfrutaba de sus ratos libres con Julanna. Ocasionalmente, Gallinus enviaba dinero, así que su pequeño hogar fue llenándose de esas cosas de la casa que tanto aprecian las mujeres.

Cuando cambió la estación y volvió otra vez el invierno, Gallia volvió a quedar encinta y Artorex creyó que su sueño hecho realidad sería para siempre.

Fue entonces cuando volvieron los tres caballeros. Habían pasado tres largos años desde su última visita y con ésta llegaba el momento en que Artorex por fin se encaminaría hacia su señalado destino.

CAPÍTULO X

EN VENTA BELGARUM

EL SOLSTICIO YA estaba cerca y los días eran grises y oscuros cuando los tres caballeros volvieron a visitar Villa Poppinidii. Hasta entonces había sido un invierno severo y la tierra estaba helada, dura como el hierro, mientras que las noches daban miedo con los aullidos de los lobos. Media docena de pieles estaban estiradas y congeladas en la valla del picadero y Gallia estaba cosiendo un cuello de piel de lobo para la capa de lana de Artorex. En una tarde casi oscura los tres jinetes emprendieron el traicionero camino helado hacia la villa.

El equipaje, que llevaban sobre sus extenuados caballos, fue colocado por los sirvientes de la villa en sus habitaciones habituales, mientras los tres eran conducidos hasta los baños para despojarse de los rigores del gélido viaje.

Después, en el acostumbrado festín de bienvenida, Artorex volvió a reunirse con sus protectores.

Myrddion apretó su brazo en una demostración de amistad entre iguales y Artorex quedó sorprendido al reparar lo poco que se apreciaban en el rostro ascético del experto el paso de los once años transcurridos desde que lo viera por primera vez. La tez de Myrddion no mostraba arrugas y era tan suave como la de un joven, pero el mechón blanco en su cabellera era ahora más ancho, lo que acentuaba el contraste de plata sobre su pelo negro que caía en una espesa melena sobre sus hombros.

Luka, en cambio, había envejecido considerablemente desde que se despidiera de él en su último viaje. Sus trenzas mostraban hebras blancas y su barba era mucho mayor. Además de su torques de oro macizo alrededor del cuello, lo más notable era una banda del mismo metal rojizo que llevaba sobre su frente. Poder y responsabilidades eran lo que denotaban sus profundas arrugas, que corrían desde la nariz hasta ambos extremos de las comisuras labiales y algo de piel flácida engordaba ahora su pequeña complexión, posiblemente derivada del boato de su autoridad.

En cuanto al siempre reservado Llanwith pen Bryn, también revelaba que el paso de las estaciones había dejado su huella. Su cabello escaseaba, en tanto que su barba se rizaba a la altura del pecho. Un gran disco de la eterna serpiente devorándose su cola abrochaba su capa sobre los hombros y unas pesadas pulseras de oro adornaban ambas muñecas.

Los tres hombres lucían su poder mediante lujosos mantos y Artorex se

preguntaba cómo alguna vez se había atrevido a hablar ante la presencia de semejantes líderes señoriales.

—¿Qué novedades hay de oriente? —preguntó Antor como era costumbre cada vez que llegaban los ilustres viajeros a la villa. Los tres invitados mantuvieron sus rostros graves y tal como era usual fue Myrddion quien asumió la carga de comunicar las indeseables noticias.

—Los sajones avanzan día a día y su número va aumentando a medida que van llegando los cada vez más numerosos barcos de guerreros, de tal manera que hasta Londinium caerá si Uter no encuentra la manera de frenar su avance.

Antor se sobresaltó. Londinium era la mayor de las ciudades celtas romanizadas y el centro del comercio de Britania. Tales noticias no podían ser digeridas y menos aún admitidas.

Pero las noticias de Luka fueron aún más alarmantes.

—Mi padre, rey de Brigantia, cayó en una escaramuza en las grandes montañas cerca de Cataractonium[13]. Ahora yo soy el rey y mis guerreros mantienen todavía las montañas a salvo… pero a duras penas.

—Vuestra pérdida es nuestra pérdida, rey Luka —se expresó Antor con auténtico pesar y asombro. Era imposible creer que en sólo tres años los bárbaros se hubiesen desplazado tan rápido.

—Con cada ataque destruyen nuestros edificios, para volver a levantarlos según su costumbre —añadió Llanwith bruscamente—. Cada templo romano o iglesia del Dios cristiano es arrasada hasta los cimientos y detrás de ellos, los bárbaros sólo dejan una huella de muerte y de aves carroñeras. Los robles sagrados son talados para proveerse de madera con la que construyen sus grandes salas. Nuestro mundo se muere lentamente, amigo mío, aunque, como heredero de mi padre, ahora mantengo la frontera firme. Será la última en caer, lo juro, al menos mientras mi mano pueda sostener una espada.

—Las tristes noticias viajan tardíamente hasta nosotros ya que estamos muy alejados de los centros del comercio, mi señor, y vuestras palabras son difíciles de asimilar —replicó Antor—. Pero Villa Poppinidii hará todo lo que sea posible para ayudar al Gran rey, especialmente si eso mantiene a los bárbaros lejos de nuestras tierras.

—Eso está bien, amigo Antor, porque hemos sido llamados a Venta Belgarum[14] en el sur. Deseamos llevar a vuestro mayordomo Artorex con nosotros, para que pueda ver con sus propios ojos el caos en que se está convirtiendo nuestra buena tierra y también para que jure lealtad al Gran rey —sentenció Myrddion. No era una petición, sino una orden. Sus palabras tenían todo el peso de la autoridad y no quedaba lugar a réplica.

Aún así, Artorex se atrevió a objetar sus instrucciones.

—Señores míos, acabo de casarme, tengo una niña pequeña y ahora mismo mi mujer se encuentra a punto de dar a luz a nuestro segundo hijo. ¿Cómo podría

dejarlos sin esposo y sin padre en estos tiempos tan peligrosos?

Los tres señores se miraron uno al otro con asombro, sus labios sellados marcaban sendas expresiones de disgusto.

—¿Estáis casado? —inquirió Llanwith con asombro.

Artorex prefirió ignorar el comentario, sino por él mismo, por respeto a Gallia.

—Sí, mi señor. Me he casado con Gallia de la Casa de Gallus.

—¡Esto es absurdo! —protestó Llanwith y Artorex se puso de pie colocando su mano próxima a su daga del dragón. Myrddion, como siempre, alivió la repentina tensión que reinaba en el comedor.

—Una valiosa mujer y una meritoria familia —murmuró Myrddion—. Si no recuerdo mal, es la joven que estaba aquí en la Noche de Los Inocentes —sonrió hacia Artorex—. ¿Lleva todavía la cicatriz o mi mano fue diestra?

—Vuestro trabajo sobre sus heridas fue excelente, Lord Myrddion. Tuvo que cortarse el resto de su maravillosa melena, pero su cabello pronto volvió a crecer y la herida se curó.

—Así habla un enamorado —farfulló secamente Luka bajo su respiración.

Antor intervino en la conversación, porque temía el impulso de Artorex, que era lento, pero inexorable, y advirtió la peligrosa expresión que asomaba a los ojos de su hijastro.

—Si necesitáis a Artorex, irá y se le podrá asegurar que Villa Poppinidii se hará cargo de su familia con tanta protección como si estuviese él mismo. Keu y yo podremos ir arreglándonos con sus tareas durante su ausencia —luego se giró hacia Myrddion—. Aunque todavía no puedo entender, amigo mío, por qué necesitáis al muchacho con tanta premura.

—Artorex es un hombre, no un muchacho y es también un arma —dijo Luka impetuoso—. ¿Acaso no lo hemos afilado hasta el máximo durante todos estos años?

Artorex estaba pálido por el enfado.

—Señores míos. ¡Soy una persona! ¡Soy yo mismo! ¡Soy Artorex! Y si mi amo me ordena viajar con vosotros, entonces, que así sea. Pero no soy el instrumento de nadie, ni siquiera del rey.

Los tres visitantes vieron su cara enfadada y altiva e intercambiaron miradas de confraternidad y amistad.

Luka meneó su cabeza sin quererlo.

—No era mi intención que mis palabras fuesen hirientes, Artorex, simplemente me quedé sorprendido ante el cambio de circunstancias.

—Mis señores, habéis estado ausentes de Villa Poppinidii durante más de dos años. ¿Cómo no iba a cambiar mi vida durante vuestra ausencia? Porque de verdad, no contaba con vuestra opinión.

—¡Manteneos en silencio, Artorex! —ordenó cortante Antor, ahora seriamente alarmado por las palabras y el tono de su hijo. Normalmente el joven era de carácter tan ecuánime y de naturaleza tan racional que ver subir su intensa cólera hasta

ponerle los ojos incoloros y vacíos le dio muy mala espina—. Id junto a la señora Gallia y aseguradle que seré como un padre para ella durante vuestra ausencia. Y también mandad a alguien hasta la aldea para que venga Targo. Gallia dormirá mejor si sabe que ese viejo granuja os guarda las espaldas.

—Daré cumplimiento a vuestros consejos, amo Antor.

Artorex y Keu hicieron una reverencia y se retiraron, pero Artorex se retrasó y en cuanto Keu desapareció detrás de la columnata, el mayordomo se deslizó de vuelta a la puerta. No podía soportar los secretos que le incumbían, ni siquiera los secretos guardados por los grandes hombres del oeste.

—¿Por qué permitisteis que el muchacho se casase? —gruñó Llanwith a Antor, como si el amo hubiese conspirado con Artorex para hacer fracasar sus planes elaborados desde hacía tanto tiempo.

—Amigos míos, no entiendo vuestra preocupación por el muchacho. El acuerdo de matrimonio era muy bueno y muy superior a sus expectativas.

—¿Por encima de su rango? —se burló Luka. Antor no salía de su sorpresa.

Y entonces, casi como si Llanwith adivinase que las paredes oían, las voces se transformaron en indescifrables cuchicheos y Artorex quedó frustrado y enfadado… y se sintió extremadamente tonto.

GALLIA RECIBIÓ las noticias de la inminente partida de su marido en un cálido mar de lágrimas. Normalmente no era una mujer de llanto fácil, pero verse privada de su marido en el medio de un rudo invierno y sin ninguna razón de peso que lo justificase, la desanimaba y asustaba.

Su carácter había estado muy voluble desde el nacimiento de Licia y Frith había aconsejado a Artorex ser muy paciente con ella, porque las mujeres muchas veces actuaban de extrañas maneras cuando estaban embarazadas. Y así Artorex aceptaba sus cambios de carácter y los períodos en los que temía que toda su felicidad estuviese condenada.

En esta ocasión estaba de acuerdo con las quejas de Gallia. Entender la importancia de su presencia en el viaje hacia el sur era para él un misterio. ¿Qué trascendencia tenía su presencia? Artorex hizo un valiente intento para calmar los temores de Gallia y utilizó el argumento de las promesas de Antor; pero todo lo que ella podía anticipar era verse dando a luz a un hijo en solitario, mientras su marido se encontraba en el lejano sur cabalgando hacia peligros desconocidos. Estaba segura de que nunca volvería a sus brazos.

—Sé que las órdenes de Lord Antor son difíciles de comprender, mi amor, especialmente cuando sólo es por acceder a los deseos de los viajeros. No deseo dejaros, pero quizá descubra qué amenazas podrían llegar hasta las puertas de Villa Poppinidii a tiempo para poder evitarlas. A cambio, os juro que me mantendré tan enamorado de vos como lo estoy ahora. Me importa demasiado nuestra pequeña Licia

como para que mi ausencia sea demasiado larga y, con suerte, volveré antes que nazca el nuevo bebé.

—O tal vez no volveréis.

Gallia lloró hasta que Artorex la consoló a fuerza de besos y la llevó a la cama. Allí, mientras acariciaba su pequeño cuerpo tibio y besaba su vientre cuya prominencia demostraba que el niño crecía, sintió la misma ternura que había sentido al nacer Licia. Por un instante, mientras se movían juntos con la sensualidad y la pasión que Gallia siempre aportaba a su lecho, Artorex se sintió desconsolado ante el temor de perderla.

Quizá ella sintió el mismo temor.

—Me olvidaréis cuando veáis las mujeres de la corte del Gran rey. Mis pechos están lastimados por el bebé y las marcas púrpura del embarazo cubren mis caderas y mi estómago —murmuró llorosa sobre su pecho.

—Considero cada marca como una medalla de honor, mucho más dignas que las cicatrices de las batallas —bromeó Artorex suavemente—. En verdad, si las insignias del embarazo quedasen marcadas sobre los cuerpos de los hombres, no habría más nacimientos. Por otro lado tus pechos son hermosos, ¿cómo habría de olvidarlos? Creo que es más probable que vos me olvidéis a mí, ahora que sois la matrona de la casa. Podríais tener una docena de hombres tan buenos como yo, si no mejores.

—Os amo más que a mi vida, Artorex —dijo Gallia sonriéndole—. Ahora, no deseo dormir, mi señor, ya que nos separaremos mañana. Debéis recordarme todo lo que echaré en falta durante las largas semanas venideras.

Artorex pasó toda la mañana pormenorizando todas las tareas necesarias que debían cumplimentarse para que Villa Poppinidii pudiese seguir funcionando como la bien ordenada maquinaria que él había desarrollado. En medio de las instrucciones apareció Targo, armado con espada y daga y un viejo escudo romano colgando de sus espaldas. Estaba obviamente ansioso por partir hacia el sur con su alumno favorito.

Pero Artorex estaba todavía preocupado y fue en busca de la leal Frith para calmar su creciente temor. Como siempre, encontró a la esclava en su acostumbrado rincón caliente de la cocina, mientras que las sirvientas se apresuraban a su alrededor empacando las provisiones para el viaje.

—Esperaba vuestra visita —dijo Frith con calma—. El mundo ha llegado hasta Artorex y él tiene miedo.

—No temo por mí, madre Frith, sino por Gallia, Licia y el niño que pronto nacerá. Os pido que los tengáis a salvo. Dormiré más tranquilo sabiendo que vuestros sabios ojos están puestos en mi familia. Intuyo peligro en el aire. Huele a sangre y sí, ¡tengo miedo!

Frith aferró sus dos manos entre las de ella y él sintió la fuerza de su carácter y de su propósito, algo que ni siquiera una vejez avanzada podía atenuar. Le sonrió con la misma franqueza y confianza que Livinia le había mostrado el día de su muerte. Artorex sintió una ola de afecto, de amor… tan completo y visceral que por un

momento se consideró bendecido. Había sido criado por mujeres fuertes y extraordinarias y había aceptado el afecto que éstas sentían hacia él sin darse cuenta. Livinia estaba muerta y nunca más sería capaz de sentir su gratitud y su amor por ella. Pero Frith estaba todavía viva. Antes de partir a un viaje que podría ser peligroso, Artorex decidió decirle a la sirvienta lo importante que ella era para él.

—Pero Artorex —dijo Frith muy seria ante la exposición de sus sentimientos—. Siempre supe que cuidabais de mí, aunque teníais dificultades para expresar vuestros sentimientos. Querido mío, podéis partir con la confianza de que mantendré segura a vuestra familia. Sí. Y Gareth me ayudará. La villa puede pasar sin mí una temporada para que vuestra familia pueda estar a la vista de estos ojos cansados. Confiad en mí, porque juro que haré lo prometido… hasta que me llegue la hora suprema.

—La parca no se atreverá a acercarse, porque le habéis dado un susto de muerte —bromeó Artorex—. Estoy muy aliviado con vuestras palabras, madrecita.

—¡Ay, mi muchacho! ¡Cómo hubiese querido ser vuestra madre!

Frith decidió silenciar sus propios temores. La anciana mujer sintió que algo desplegaba sus alas negras y volaba fuera de sus pechos marchitos, algo que había esperado varias décadas para salir al aire. Había soñado con cuervos durante tres noches consecutivas y sus valientes palabras escondían pensamientos callados.

«No dejaré que nada haga daño a mi niño, aunque los dioses lo hayan decidido de otro modo, —se juró a sí misma, apresurándose por los campos hacia la casa de Artorex—. A lo mejor me estoy imaginando horrores que no existen…» ¿Quién podría amenazar la paz de un mayordomo de provincias?

Sin embargo, Frith sintió que el destino de Artorex estaba desplegándose por fin y aunque consolaba a Gallia con trivialidades bien elegidas, sus dedos artríticos temblaban a causa de una incomprensible ansiedad.

Así Artorex partió de Villa Poppinidii y del civilizado mundo de Aquae Sulis por primera vez en su memoria. Aunque la oscuridad se había infiltrado en la débil luz del día que luchaba por poder alumbrar a los viajeros, ningún miedo a lobos o fantasmas podrían desviar el propósito de los viajeros de cabalgar durante toda la larga noche. Una huella bien rodada los llevaría hacia el sur, a través de las montañas, hasta alcanzar el camino romano que los acercaría a Sorviodunum y de allí, por mejor ruta, hasta la propia Venta Belgarum. Carbón dispuso sus cascos danzarines sobre el traicionero hielo negro del camino y el perfume de la nieve llenó el aire de la noche.

—Veré las piedras de la Danza de los Gigantes[15] en mi viaje —se maravilló—. Y veré la gran planicie donde las extrañas piedras se inclinan como borrachas…, el lugar donde se dice que las criaturas son capaces de robar la razón a un hombre.

En algunas cuestiones, Artorex era como un niño, ya que a sus veintitrés años no conocía casi nada del mundo. La aventura de su viaje era excitante, por más que ya añoraba a Gallia. Sólo pensar en ella, como una imagen de una madre desamparada cubierta por su capa más abrigada y asiendo a su niño que se retorcía en su pecho, frustraba sus expectativas. Su sitio ordenado en la vida estaba en Villa Poppinidii, por

más pequeño que fuese ese lugar en opinión de los reyes celtas. Su sitio en el mundo nunca podría ser Venta Belgarum, ni Sorviodunum, ni siquiera el propio Londinium.

En la oscuridad, sin otra luz que la de una luna inflada y pálida como la cara de un ahogado, los caballos elegían con precaución su camino en el barro helado. Luka empujaba al pequeño grupo hacia adelante, al paso, pero sin perder el tiempo en descansos o comodidades. Por la mañana temprano, cuando un sol débil se levantó sobre el horizonte para mostrar un rudo paisaje de pizarras traicioneras y árboles sombríos, Luka ordenó el alto a la partida para permitirse un corto período de sueño. Los caballos fueron maneados para que no escapasen, pero pudiesen pastar algo de hierba seca en sitio tan salvaje y desguarnecido.

—Sólo tendréis cuatro horas para dormir —alertó Luka—. El tiempo vuela y se nos espera en Venta Belgarum.

La tierra estaba endurecida por la helada y Artorex agotado después de un día y dos noches sin apenas dormir. Sin embargo, en el límite de un sueño, su exhausto cerebro conjuró una imagen de su familia. Ya estaba a punto de olvidar los bellos rostros familiares cuando las lágrimas saltaron sin trabas humedeciendo sus ojos somnolientos.

Sólo parecía haber pasado un instante antes de que Targo lo golpease suavemente en las costillas con sus botas blandas de montar.

—Es hora de comer, muchacho —dijo alegremente el viejo, entregando un pequeño cuenco a los dedos entumecidos de Artorex—. Son gachas apenas comestibles, pero todavía recuerdo cómo disfrutaba con estas comidas.

—¡Estáis nostálgico, viejo embustero! —exclamó Artorex, señalando con su mano el paisaje bajo la luz del día, con sus valles y los cuervos graznando roncamente desde una rama en unos pinos cercanos—. Vos realmente amáis todo esto. Si hubiese sabido que os gustaban tanto estas excursiones, os habría hecho pagar antes de permitiros acompañarme.

—Fue el amo Antor quien me dio orden de marchar, muchacho. No lo olvidéis —Targo sonrió taimadamente al joven—. Me dijo que protegiese vuestras espaldas… habló tan claro que hasta yo pude entenderlo. Pero sí, debo admitirlo, muchacho, me encanta estar en camino y lo he añorado desde hace tanto como los quince años que he estado al servicio de Antor. No hay nada como el olor acre del humo de la madera, el peligro y la sangre para hacer que un hombre se sienta vivo.

A medida que el mediodía se hacía tarde y mientras subían sin pausa por los montes, incluso a Artorex le resultaba difícil mantener sus resentidos sentimientos de pérdida de tiempo y de esfuerzos vanos. El aire frío castigaba su rostro bajo su collar de piel de lobo que utilizaba como capucha, cubriéndole cabeza y hombros. Gallia había forrado el cuero con lana suave y Artorex sabía que le daba un aspecto extraño, pero no incivilizado. El niño que llevaba dentro estaba fascinado por los círculos que describían los halcones a la espera de cazar algún incauto conejo y la presencia de grajos y de grandes cuervos negros que parecían más numerosos que los de los

suaves paisajes de Aquae Sulis.

—Siempre me provocaron horror —confesó Targo señalando las aves carroñeras mientras arrimaba su caballo al lado de Carbón en una parte ensanchada de la senda —. Los muy cabrones sacarán los ojos de la cabeza de un hombre muerto de la forma más limpia posible. De hecho, tampoco hacen remilgos si el hombre no está muerto del todo.

—Gracias, amigo Targo, por ilustrarme sobre los placeres del campo de batalla —le respondió irónico Artorex—. Pero supongo que hasta los pájaros tienen que comer.

—Algo más que hambre,… son los instrumentos que tiene la naturaleza para limpiar los desperdicios, supongo. He luchado en sitios donde hacía tanto calor que pensaba que mí armadura achicharraría la piel de mi espalda hasta ponerme negro… y esas carroñeras estaban allí. He luchado en lugares donde orinas hielo… y allí estaban, esperando para hacer limpieza.

—Todas las cosas deben vivir, Targo —advirtió Myrddion al viejo veterano sin molestarse en girar su cabeza.

—Sólo quiero que no vivan de mí —farfulló Targo y se golpeó un lado de la nariz.

Artorex se rió de buena gana y tan fuerte que asustó a los cuervos, que levantaron el vuelo desde los árboles en una pequeña nube de alas negras.

Ante el apremio de Luka, cabalgaban tan rápido como lo permitía el camino y el estado de sus cabalgaduras. Había transcurrido otro día, cuando la pequeña tropa ascendió la última colina y ante ellos se exhibió una extensa planicie de color verde grisáceo que se dilataba hasta donde alcanzaba la vista.

—La Gran Llanura —dijo Myrddion—. Y allá a lo lejos, la Danza de los Gigantes.

Artorex podía ver que el camino romano por donde ahora transitaban se apartaba evitando acercarse al Alegre Canto de los Gigantes[16] que era una referencia muy conocida sobre el camino a Sorviodunum. Dedujo que la vía se había trazado así, alejada de la estructura, porque el Canto era algo mágico, más allá de toda explicación racional… incluso para la inteligencia de los romanos. No tendría la oportunidad de examinar de cerca los dientes de piedra sosteniendo sus altos y grandes dinteles y su amenazador círculo abierto que resultaba incomprensible y provocador.

Concluyó que la piedra de su claro favorito del Viejo Bosque era hermana de estos pilares grises y toscos, no demasiado altos bajo la luz invernal, pero espesos, musgosos… y aterradores.

—¿Qué piensas del Canto, Artorex? —preguntó Myrddion—. Mi gente cree que el Dios Sol elevó estas piedras y las transportó cruzando el Mar de Hibernicus[17] desde las Islas Benditas[18] y las depositó allí, exactamente tal y como las veis ahora, reivindicando esta tierra para que la disfrutasen sus hijos para siempre.

—Es un bonito cuento, pero ¿realmente lo creéis, mi señor? —preguntó Artorex.

Myrddion se rió abiertamente.

—No, Artorex. No creo en piedras mágicas voladoras. Los hombres construyeron a Canto… y seguramente no fue Myrddion, el Señor de la Luz.

—¿Está vuestro nombre relacionado con el Rey Sol, mi señor?

—Sí —luego Myrddion suspiró—. Me dieron ese nombre hace muchos años y esas palabras me transformaron y moldearon en el hombre que veis ante vos, sin mujer ni hijos. Mi suerte me ha destinado a ser sólo un ejecutor del poder y de la autoridad.

La última vez que Artorex vio los círculos de piedras, mientras cabalgaban a su lado, era un paisaje gris y siniestro. Las casas de las aldeas dispersaban penachos de humo desde los agujeros en sus techos de paja, pero los jinetes evitaban todo contacto con la civilización. Hasta evitaron Sorviodunum, aunque Artorex alcanzó a ver desde la distancia las empalizadas de sus muros y se preguntó por qué utilizarían madera para repeler los ataques. El fuego quema y consume la madera, ¿por qué no utilizan piedra?, se preguntaba, mientras pensaba en su propia casa con sus muros levantados con piedras sueltas y ladrillos de adobe.

El final del largo viaje estaba próximo. Los caminos que ahora transitaban estaban bien conservados y soportaban el denso tráfico de viajeros, grupos de soldados y clérigos. Sin excepción, los otros itinerantes evitaban el encuentro con la partida de Myrddion, no sólo porque los reconocían como hombres de poder, sino también porque los cinco tenían un resuelto porte lúgubre.

—Parece que todo el mundo viaja a Venta Belgarum —dijo Luka con un deje de burla—. Consideran a Uter Pandragón como un hombre derrotado y moribundo, pero cuando él llama, todos vienen corriendo.

—¿Es que hay alguien más para gobernar en estos tiempos desesperados, fuera del Gran rey? —inquirió Artorex. Pero su pregunta quedó sin respuesta.

Artorex estaba sin afeitar y sucio cuando alcanzaron las bajas murallas de piedra y madera de Venta Belgarum. Estaba incómodo con su manto de lobo y su barba incipiente, ya que Venta Belgarum era la más grande y extraordinaria ciudad que había visto jamás.

En realidad el gran tamaño de la ciudad se debía a las numerosas casas sencillas de techos de paja trenzada que se amontonaban fuera de sus muros y que habían nacido alrededor de un pequeño centro administrativo romano. Éste protegía los puertos del sur, receptores del comercio de las Galias y otros lugares del antiguo mundo imperial. Dentro de las murallas, los edificios estaban construidos con madera y enlucidos y decorados según el estilo romano. La única excepción era un pequeño edificio de piedra situado en un montículo en el centro de la ciudad.

—¿Qué sitio es ése, Myrddion? —preguntó Artorex señalando hacia la extraña y escueta estructura.

—Es un templo dedicado al Dios de los cristianos y que preside Branicus, el obispo. Uter Pandragón profesa el cristianismo, especialmente desde que los romanos

de clase alta se han convertido a la fe judía. Así que mantiene la Corte en Venta Belgarum, cuando puede, para estar cerca de su confesor.

Artorex se rascó reflexivamente la barbilla.

—¿Se fía el rey más de los dioses que de la fuerza de su brazo derecho? —preguntó a Luka, que se encontraba a su lado—. ¿Y dónde reside él, si la más sólida de estas casas es la que usa su clérigo?

—Hacéis demasiadas preguntas —contestó Luka en tono grave—. Sé que Uter respeta al Dios cristiano y a su confesor, porque cree que sus pecados serán lavados por el Cristo. Si hubieseis derramado tanta sangre como Uter, también necesitaríais un consuelo espiritual si la muerte se asomase sobre vuestros hombros.

Artorex bufó con descrédito, porque en su opinión, rezar era un signo de debilidad si un hombre dependía de ello en demasía. Targo le había enseñado, como muchacho y más tarde como hombre, a confiar ante todo en sí mismo.

—He aquí el palacio donde reside el Gran rey —señaló Llanwith una terraza y un largo edificio con escaleras poco elevadas que lo alzaban por encima del barro de la calzada.

La construcción básica era de madera y los artesanos habían esculpido cada pared y cada viga expuesta, de manera que todas las superficies visibles estaban animadas por dragones, serpientes y criaturas de leyendas. Las tallas habían sido pintadas y doradas con tal maestría que los extraños animales parecían moverse y respirar. Pero Artorex hizo una mueca al mirar más allá del esplendor y reconocer la decadencia que afectaba a la estructura, en la pintura que se estaba desvaneciendo como resultado de las lluvias y en los embellecimientos que lentamente se astillaban. La podredumbre era apenas notable todavía, pero allí estaba, visible en las oscurecidas vigas de la terraza ante la entrada, donde una descuidada colocación de braseros ennegrecía el techo debido al efecto de sus llamas y de su humo negro.

El Gran Palacio de Uter era espléndido, magnífico y decadente.

Era ya muy tarde y el grupo no tuvo tiempo suficiente para el lujo de un baño, así que la pequeña y más bien olorosa banda entregó sus caballos a los mozos de cuadra y se unió a la creciente multitud de suplicantes en la terraza de la entrada. Artorex cepillaba sus ropajes en un vano intento de quitar las peores manchas de barro y se maravilló ante los perfumados aduladores que hablaban sin parar en las esquinas, mientras hermosas mujeres se agrupaban junto a sus hombres como brillantes y coloridas mariposas. El rostro de una mujer, parcialmente escondido por una densa capucha negra que tapaba su pelo, le resultó sospechosamente familiar, pero pasó junto a Artorex sin reconocerlo.

Un sirviente se acercó apresurado llamando la atención de Myrddion y haciéndole una profunda reverencia, susurró unas palabras a su oído, señalando hacia las grandes puertas de madera decoradas con serpientes aladas y pájaros con caras de mujer, todas recubiertas con planchas de metal batido.

—Uter nos llama —dictó el experto secamente, girándose hacia sus amigos—.

Ahora aprenderás, Artorex, sobre qué hombros reposa el destino de nuestro mundo.

Unos sirvientes hicieron una reverencia y abrieron las puertas decoradas con bronces, permitiendo el libre acceso a los cinco miembros de la partida sin ninguna dificultad. En el interior, grandes guerreros celtas con largas coletas de pelo trenzado y torques de diversos metales y decoraciones, según sus grados, formaban una guardia en la puerta. Otros hombres estaban de pie detrás del estrado, en el extremo del salón castigado por las corrientes de aire. Ni siquiera el rugiente fuego en el pozo de piedra central alcanzaba a calentar el aire frío y Artorex estaba encantado con su piel de lobo, aunque le diese aspecto de bárbaro. Afortunadamente el techo era alto y el denso humo gris formaba una capa sobre sus cabezas que teñía y oscurecía las serpientes pintadas en las maderas del techo.

Artorex miró hacia arriba y observó el agujero redondo cortado en el techo para permitir la salida del humo, lo que lamentablemente no lograba en absoluto.

«Este salón es primitivo», pensó con asombro, recordando la villa de Antor con sus pisos calientes y sus habitaciones acogedoras.

Dos escalones de escasa altura llevaban a un estrado por encima del nivel de los numerosos guerreros, druidas, prestes y aristócratas tribales que se arrimaban a dos pequeños braseros dentro de la amplia y fría sala. Sobre el estrado se sentaba un personaje encogido, completamente envuelto en un manto espeso y exuberante de piel de oso. Su rostro era el de un viejo y su delgada piel macilenta se estiraba sobre unos huesos macizos. Su boca dibujaba una mueca cruel y las comisuras se alzaban en una parodia de sonrisa, aun cuando sus labios estuviesen sellados. Los ojos de esa cara viciosa estaban casi ocultos bajo marcadas bolsas, pero Artorex podía distinguir los destellos de los iris de acero azulado que lo observaban, tan inflexibles como las piedras azules de las montañas del oeste. Esta máscara esquelética era el rostro del hombre que todavía conservaba las riendas del poder en sus grandes manos avejentadas que se aferraban a los brazos de la silla. La malicia que lo dominaba se hacía evidente en su boca totalmente arrugada y su sonrisa vacía desprovista de todo significado.

—¡Salud, Uter Pandragón, Gran rey de los británicos! —Myrddion ofreció sus honores con una voz tan sonante que llegó hasta los rincones más lejanos del Gran Salón. Luego se hincó de rodillas—. Era mi deber venir, Lord Uter, tal como ordenasteis.

—Salud, Uter, Gran rey y mi señor —repitieron Luka y Llanwith, cayendo de rodillas.

Algo torpes, Artorex y Targo también se arrodillaron sobre el piso de piedra, inseguros de su acción en medio de tan sobresaliente compañía.

Tres mujeres estaban sentadas sobre cojines de seda en el estrado. Artorex las observó detenidamente tras la cabeza gacha y a través de sus pestañas, mientras Uter Pandragón pedía una copa de vino y arrogantemente, dejaba a sus huéspedes arrodillados a sus pies.

La mujer mayor ya había cumplido sobradamente los cincuenta años, una edad respetable para una fémina. Pero su decadente belleza hacía un triste contraste con la tez de las mujeres más jóvenes que la atendían. Estaba vestida con telas de lana de varios tonos de azul y gris, incluyendo un chal de delicada factura que medio escondía un pelo desteñido que alguna vez había sido abundante y castaño. Medio ocultos por unos párpados caídos, sus ojos eran de un gris claro y límpido. Su alcurnia era evidente en las joyas que lucía en su cuello, con grandes piedras de zafiro y perlas irregulares, además de los numerosos anillos de oro que engalanaban sus dedos, incluyendo los pulgares.

Por primera vez, Artorex miró la cara de la famosa Ygerne, mujer de Uter Pandragón y viuda de Gorlois, el duque de Cornualles.

Las dos mujeres que se sentaban a su derecha y a su izquierda se parecían físicamente a ella, pero carecían de la belleza sobrenatural que según la leyenda había enloquecido a Uter de deseo en los días de su vigorosa edad adulta. La mayor de las dos damas dejó caer su capucha negra y Artorex quedó estupefacto al reconocer el extraño rostro de Morgana, la mendiga y maga itinerante, ahora ataviada con cadenas de oro por encima de sus vestiduras negras. La mujer a la izquierda de Ygerne era más joven y delicada que Morgana y parecía contrariada por haber sido obligada a sentarse durante varias horas en la gélida sala. Como Ygerne, su pelo estaba cubierto, símbolo de su estado matrimonial, pero despreciaba las prendas negras de su hermana. Llevaba una capa de carmesí oscuro ribeteada con armiño y por debajo un vestido de un brillante color amarillo.

—¡Elevaos, mis huéspedes, elevaos! —ordenó Uter mientras sorbía vino caliente con miel.

—Y bien, Myrddion, mi ojo avizor en el este. ¿Qué estragos están provocando los sajones para incomodarme?

—Traen fuego y muerte, queman las ciudades y destruyen los templos y las iglesias —Myrddion habló pausadamente y dando peso a sus graves palabras, como si sólo con el efecto de su discurso pudiese instigar al Gran rey a la acción—. Para la primavera, cuando llegue la segunda oleada, su dominio sobre nuestra tierra será completo. Me temo que nunca los echaremos, majestad, si no elegís fustigarlos antes de que se instalen dentro de sus propias murallas fortificadas.

Uter ignoró las palabras de Myrddion y volvió sus ojos de reptil hacia los dos reyes que lo acompañaban.

—Bienvenido, amigo Luka, rey de los Brigantes y pen Bryn, rey de los Ordovices. Os conmino a que descanséis en mi ciudad y sabed que lamento con vosotros la muerte de vuestros padres. Sin embargo, y como seguramente consentiréis, es a veces bueno que los hombres viejos mueran cuando llega su momento… ¡y en especial los padres!

Myrddion se había ruborizado cuando Uter ignoró totalmente sus palabras, pero ahora era el turno de Luka y Llanwith de apretar los puños y sonrojarse hasta los

pómulos ante el intencionado insulto de Uter.

—Nunca, mi señor, para aquellos que aman a su familia —respondió Llanwith con su cuerpo en tensión por la rabia reprimida.

—¿Y quiénes son vuestros otros compañeros? Un buen par de exóticos… obviamente uno el más largo y el otro, el más corto de todos.

Los cortesanos de la sala se hicieron eco de la destemplada risa del rey con sus propias y medidas risas tontas, aunque la gran estatura de Artorex y la corta, pero amenazante corpulencia de Targo no eran para tomárselo a broma. Artorex observó que los guardias no sonreían, porque sus ojos vigilantes ya habían detectado a la pareja en cuanto franquearon la puerta de entrada e inmediatamente los consideraron como guerreros amigos.

Myrddion hizo señas a Artorex y Targo para que se adelantasen. Sus ojos negros rogaron cautela al joven.

—He traído a Artorex, el hijastro de Lord Antor de Villa Poppinidii en Aquae Sulis, un guerrero. Su compañero es Targo, un veterano romano y su guardia personal.

Los labios de Uter se doblaron mientras preparaba una nueva broma referida al muchacho. Éste se esforzó para mantenerse impasible y evitar que sus ojos grises trasluciesen ninguno de los pensamientos que danzaban en su mente.

—Sacaos eso que cubre vuestra cabeza y acercaos, que os quiero ver de cerca.

—Sí, mi rey —contestó Artorex retirando la capa de piel de lobo. Se la pasó con cuidado a Targo sin apartar los ojos del rostro de Uter.

El extraordinario cabello de Artorex trenzado a un lado y cayendo sobre sus espaldas captó los reflejos de los fuegos en la sala como una llamarada de oro rojizo y carmín. Su descomunal altura le permitió mirar directamente a los ojos de Uter.

Cuando los viejos iris azulados se encontraron con el gris impenetrable, el aire chispeó y silbó de tensión.

—¿Quién era vuestro padre, muchacho? ¿O no lo sabéis? —Uter hizo una mueca amarga indicando un humillante desprecio—. ¿Qué podría importarme de Aquae Sulis, o de Antor del Viejo Bosque? ¡Romanos de provincia, muchacho! ¡Provincianos de nada!

Nadie se rió.

—Ignoro mi linaje, mi rey, pero el obispo Lucius de Glastonbury debe conocer el secreto de mi nacimiento. Bajo sus órdenes fui enviado de bebé al amo Antor y continuó pagando oro rojo por mi tutela durante estos veintitrés años.

Un pequeño grito se escapó de los labios de Ygerne. Al instante se tapó la boca con su mano mientras sus ojos descoloridos devoraban el rostro y cuerpo de Artorex.

Morgana sonrió enigmática a Uter Pandragón. Parecía ajena a la reacción de su madre, que había provocado los consternados jadeos del Gran rey.

Uter no sabía disimular. Se sentó rígidamente, mientras sus dedos cargados de anillos se aferraban a la madera de los brazos de la silla con los nudillos blanqueados

por la tensión.

—¿De dónde habéis sacado esa daga, muchacho? —señaló al cuchillo del dragón que colgaba sobre la cadera izquierda de Artorex. Su dedo índice temblaba ligeramente.

—¡Quiero verla! ¡Acercádmela… alguien… cualquiera! —su voz se transmutó en el clamor trémulo de un viejo.

Artorex retiró la larga hoja de su vaina y se la entregó, con la empuñadura hacia adelante, a un guerrero canoso que se aproximó desde la diestra del rey.

Una vez que Uter tuvo el cuchillo en la mano, sus dedos dibujaron el dragón de hierro, siguiendo la espina de la criatura a lo largo de la cola y espalda hasta su siniestra boca.

—¿Quién os autorizó a usar *mi* dragón? —dijo de golpe, con sus maliciosos ojos ardientes y vindicativos dentro de sus párpados arrugados.

Artorex estaba perplejo y por primera vez se permitió mostrar su confusión.

—Éste no es *vuestro* dragón, mi señor. Un herrero de una aldea cercana a mi casa forjó el cuchillo para mí. Él pensaba que tenía una deuda conmigo y copió sus formas de la insignia de la Legión Dracos.

Myrddion avanzó acercándose, tenso de aprehensión.

—Aquae Sulis sigue siendo romana, mi rey. La Legión Dracos dejó su marca sobre las ciudades cercanas a las tierras del rey Llanwith, donde los romanos construyeron sus fuertes. Ese dragón es el Dracos de Roma, con algunos refinamientos. Nunca hubo intención de insultar, mi señor.

Un fino brillo de sudor cubrió el rostro de Myrddion. Artorex nunca lo había visto tan alarmado ni tan desconcertado y sintió la tensión de sus propios nervios. ¿Por qué estaba tan asustado Myrddion? ¿Y por qué este viejo tirano loco se entretenía en juegos crueles con sus invitados?

—¡Hmmpf! —gruñó Uter. Claramente no había quedado tranquilo. Devolvió el cuchillo a su guardia, que a su vez se lo entregó a Artorex.

El viejo guerrero seleccionado para el cometido examinó cada uno de los detalles del rostro de Artorex durante el proceso. Luego honró al joven con una suave sugerencia de reverencia.

—Es un arma muy bella, joven señor —dijo el guardia tranquilamente.

Uter se volvió a Myrddion.

—¿Estáis jugando conmigo? —preguntó bruscamente, mientras Artorex pensaba irreverentemente que la boca del rey era como las fauces de un lucio, tapizada de rapaces dientes malvados—. ¿Por qué me traéis a este muchacho, Myrddion? ¿Qué estáis tramando?

—Majestad, Lord Antor es amigo del oeste y es un perseverante partidario de vuestra Alteza en todo cuanto hacéis. Sus conexiones con Aquae Sulis son fuertes y adonde él se dirija lo seguirán muchas personas del pueblo. Dentro de su pequeño mundo, Artorex ha protagonizado varios hechos heroicos. Arriesgando su propia

vida, destruyó un grupo de depravados asesinos de niños y se podría aseverar que es el guerrero más experto del noroeste. Lo traje a Venta Belgarum para que os pague tributo y para ofrecer su fuerte brazo y su fría lógica para ser usadas contra los sajones —cayó de rodillas e inclinó su cabeza en súplica—. No conspiraría contra el Gran rey de Britania, señor. ¡Jamás! He sido vuestro noble sirviente desde hace tanto tiempo que ya no lo puedo recordar y continuaré siéndolo para siempre.

—Suficiente, Myrddion. No puedo tolerar tantos cumplidos en un solo día.

El viejo se mordió una de sus uñas amarillentas y luego sonrió con malicioso regocijo. Mientras exponía sus planes, casi se recreaba al contemplar la aureola de pelo ámbar de Artorex.

—Pronto veremos si vuestro alarde es verdadero —dijo con una risita tonta, mientras su atención seguía fija en el joven—. ¿Artorex? ¿Es ese vuestro nombre?

—Sí, mi señor.

—¿Estáis dispuesto a mantener una pequeña competición con el mejor de mis guerreros? ¿O no confiáis en vuestro brazo?

—Haré todo lo que deseéis, mi rey, si eso os satisface —replicó con voz serena.

Uter escuchó la tenue risa de Morgana ante esas palabras. El sonido era delicado y socarrón, como el tintineo de unas campanillas de plata.

—¿Mi sugerencia os divierte, Morgana? Bueno, si es así, quizá vos, junto con vuestra hermana y vuestra madre queráis contemplar el torneo conmigo y así entreteneros —el Gran rey no se molestó en dirigirles la mirada.

—Bienvenido sea, mi muy querido padrastro —replicó Morgana, con un rostro tan reptil como el semblante de su rey—. Lo que sea con tal de romper el tedio de tanto interminable discurso.

Uter hizo un gesto de despedida con su mano y Myrddion aferró el codo de Artorex y lo empujó hacia atrás con energía.

—¡La reverencia, muchacho! —le susurró y los cinco guerreros retrocedieron, alejándose del humor inseguro de su rey.

Mientras Uter dedicaba su atención a una nueva petición, Ygerne se deslizó a toda prisa, casi a la carrera, con sus faldas azules arremolinándose a su alrededor y los mechones sueltos de su peinado agitándose sobre su cara angustiada. Sus hijas la siguieron con paso más sosegado, mientras detrás de ellas y debido a la inesperada retirada, se levantó un apagado zumbido de conversaciones atenuadas.

Los cinco hombres se alejaron rápida y silenciosamente atravesando las puertas de bronce para ganar la terraza delantera. Una vez cerradas las puertas detrás de la carnaza fresca dispuesta para ser instrumento de la malicia y placer de Uter, Artorex encaró a los tres viajeros… ya que esta imagen se había grabado para siempre en su memoria.

—¿Ese loco es Uter Pandragón? —preguntó el joven a Luka, dado que al menos su cara sí reflejaba disgusto.

—No es un lunático, Artorex. Nuestra tarea sería mucho más fácil si lo fuera.

Uter fue siempre un depredador y fue quizá esa crueldad natural la que le permitió vestir el manto del Gran rey. Pero sus fuegos internos ardieron con llama muy corta. Ha perdido el deseo de correr riesgos y en su lugar, alivia su sed de sangre y su frustración con aquellos que tiene más cerca, incluso con quienes le son leales hasta la muerte.

Luka explicó la situación con calma y tranquilidad, pero Artorex se dio cuenta de la desazón con que sus manos se retorcían y apretaban.

—¡Debe morir! —susurró Llanwith y los rostros de sus amigos palidecieron ante palabras tan insidiosas.

—No digas o pienses tal traición —ordenó Myrddion, el rey del oeste—. Y menos ahora, que estamos tan cerca del éxito. Caminamos sobre un filo delgado, pero hemos dado un mensaje a Uter. Quizá el lamentable punto muerto en que nos encontramos, entre el oeste y los sajones, pueda ser finalmente roto si el Gran Rey se ve forzado a marchar contra nuestros enemigos.

—Soñáis, viejo amigo —se quejó Llanwith, mientras caminaban en la noche fría —. Uter solo actuará cuando la cabeza de Artorex le sea entregada sobre una fuente. Y luego preferirá bailar una giga en lugar de ir a la guerra. Nos estamos arriesgando demasiado, Myrddion.

Perplejo, Artorex miró a Myrddion cara a cara.

—¿Por qué continuáis hablando con acertijos? —protestó—. No lo entiendo. ¿Por qué me querría muerto Uter? ¿Y por qué Llanwith odia tanto al rey?

—Con la venia de Llanwith y sin entrar en demasiados detalles, ya que hasta el viento de Venta Belgarum tiene oídos, trataré de explicarme —empezó Myrddion.

—No tengo objeciones —retumbó malhumorado Llanwith.

—Uter no se transformó en un monstruo de la noche a la mañana —dijo Myrddion en voz baja para impedir que nadie lo oyese—. Siempre fue un hombre difícil y caprichoso, como lo demuestra el… castigo impuesto a Gorlois, el duque de Cornualles.

—No tengo la menor idea de lo que estáis diciendo —se quejó Artorex.

Myrddion suspiró irritado.

—La mujer mayor de la tarima, la reina Ygerne, estuvo antes casada con Gorlois, el duque de Cornualles. Uter sólo vio su rostro una vez, pero fue suficiente para codiciarla. La sedujo mediante engaños y cuando Gorlois mostró su disgusto, Uter le envió a una batalla, donde fue muerto a traición. Más tarde, Ygerne se descubrió embarazada y entonces Uter la desposó. Aquellos que estaban al tanto del secreto de Uter creen que el niño murió al nacer, dejándolo sin descendencia legítima. Las otras mujeres sentadas con Ygerne sobre la tarima eran Morgana y Morcadés, hijas de Gorlois.

—Ya conocí a Morgana, aunque simulaba ser una pobre nigromante por aquel entonces —murmuró Artorex—. ¿Qué piensa de Uter?

—¿No lo habéis notado? —interrumpió Luka—. Lo odia obsesivamente y por

ello conspira para estar lo más cerca posible de él. Morgana es una bella mujer, pero me temo que si un hombre se encuentra con ella en la misma habitación, podría castrarlo con sólo mirarlo… y luego exigirle su agradecimiento por el regalo.

—Vuestro lenguaje es muy pintoresco, Luka, pero no explica por qué Llanwith y el rey están encontrados —repuso Myrddion con malhumor—. La otra perra frívola es la reina Morcadés. Está casada con Lot, el rey de los Otadini, que gobierna las tierras bajas al norte del Muro de Adriano. Lot puede que sea gordo, pero es un luchador formidable y un importante aliado del oeste. Con sus vínculos maritales, se considera pretendiente válido al trono de Uter. Las hijas de Gorlois son mujeres peligrosas, así que estáis avisado, joven amigo. Os aseguro que quedo a la espera de una explicación respecto a vuestro encuentro con Morgana.

Myrddion hizo una pausa.

—En los tiempos de los que estamos hablando, el fallecido padre de Llanwith era el rey de la tribu de los Ordovices. Como muchos buenos celtas, desaprobó el destino reservado a aquellos guerreros Dumnonii que se negaron a aceptar la versión de Uter de la muerte de Gorlois. Uter inventó una mentira creíble, pero muchos hombres prominentes no se tragaron la historia de que Gorlois era un traidor y que merecía acabar mal. En consecuencia, Uter estaba enfadado con los Ordovices y de su inquina resultó la muerte del tío de Llanwith. Uter lo envió a Camulodunum con una tropa de guerreros del montón. Fueron masacrados por los sajones.

Artorex enarcó las cejas mientras absorbía toda la información. ¿Qué culpa tenía Uter de que el pariente de Llanwith muriese en el campo de batalla?

—Puedo ver que no comprendéis la sutileza despiadada de vuestro Gran rey —dijo Llanwith con voz baja y tranquila—. Mi tío y su tropa eran todos hombres que habían contrariado a Uter de alguna forma y por otra parte, los sajones habían sido advertidos de la incursión. Mi padre no creyó en las coincidencias… y yo tampoco.

Artorex no fue capaz de articular palabra, ni a favor, ni en contra. Se quedó plantado viendo cómo los tres viajeros salían de la terraza de entrada.

—Me gustaría que alguien… cualquiera… me explicase lo que está pasando —exclamó Artorex, gritando al aire frío y poniendo luego en movimiento sus largas piernas para unirse a Myrddion, Llanwith y Luka, que se adentraban en la oscuridad de la noche.

—No puedo decirte lo que el rey quiere de ti —respondió Targo secamente a su alumno—. Pero sí sé que al viejo cabrón no le gustas demasiado. Pensé que nos cortaría el cuello cuando vio vuestro cuchillo. Una de las cosas que aprendí en las legiones fue que el soldado raso debe estar siempre lo más lejos posible del que da las órdenes. Parece razonable pensar que líderes como Uter Pandragón tienen cosas mucho más importantes que hacer que preocuparse por los títeres que pululan por su mundo.

La oscuridad se hacía cada vez más profunda y penetrante, pero al menos se habían ido las nubes de nieve. Las estrellas aparecieron como agujeros blancos

perforados en la tela negra del cielo y Artorex sentía dolor pensando en que Gallia y Licia podrían estar viendo las mismas estrellas desde su acogedora villa. A su alrededor, la quietud de las silenciosas aceras olía a peligro, así que caminó con pasos muy sigilosos, con su mano sobre la empuñadura de su espada.

El barro y la mugre se juntaban en los rincones de la ciudad, como si la marea alta hubiese inundado las calles con basuras, mientras los ciudadanos dormían. El cadáver de un perro con sus piernas tiesas y extendidas por el rigor yacía congelado cerca de un umbral de piedra y Artorex olió el olor fétido de las toscas alcantarillas que se superponía al olor aún más nauseabundo y dulce de la muerte.

Artorex vino a Venta Belgarum para descubrir que ahora se encontraba más lejos de su hogar de lo que nunca habría podido imaginar.

CAPÍTULO XI

PRUEBA DE FUERZA

MIENTRAS LOS CINCO hombres descansaban sus agotados huesos en las habitaciones de la Fonda del Jabalí, en las estancias de la reina Ygerne reinaba una desacostumbrada confusión.

La reina había destrozado su dormitorio, tirando cojines, mantas y cajas de maderas perfumadas que formaron una pila de desechos sobre la estera del piso. Sus cabellos se habían soltado en el desbarajuste y en un ataque de cólera e histeria, aplastaba y destrozaba sus propios tesoros. Ahora se encontraba hecha un ovillo, enrollada sobre sí misma encima de su jergón de lana y llorando abundantes y amargas lágrimas de rabia.

Morgana entró sin hacer ruido, seguida por una tímida sirvienta que empezó a recoger lo devastado.

—¿Está intentando volverme loca? —preguntó Ygerne a su hija, levantando su cara embadurnada por las lágrimas mezcladas con su colorete y aferrándose a sus manos con fuerza—. ¿Qué quiere de mí?

—¿Quién, madre?

—¡Uter! Dios salve mi alma. ¿Tanto me odia ese hombre que hasta encuentra un joven apropiado para mofarse de mí? Sería más fácil suicidarme y acabar con esta farsa.

—No, madre. Uter no tiene ningún papel en esta comedia. Está tan conmocionado como vos… y también asustado. Esta vez es Myrddion Merlín quien mueve los hilos y bien sabéis que él no os guarda ningún rencor. Es hacia mi tan amado padrastro, el gran Rey, hacia quien apuntan directamente sus barbas.

Morgana levantó a Ygerne bañada en lágrimas hasta ponerla de pie y la abrazó de forma protectora. Dulcificó su cara, disimulando su preocupación tanto como fue capaz y meció a su madre en los brazos como si fuera una niña.

Mientras Ygerne contenía sus gimoteos, Morgana ordenó a la sirvienta que recogiese la suntuosa cama y luego abandonase la habitación.

—Y no os sintáis tentada de andar con comidillas sobre las lágrimas de la reina —agregó—. ¿Me entendéis, mujer? Si habláis, me veré forzada a haceros callar para siempre.

La sirvienta abrió y cerró la boca varias veces, pero no emitió ningún sonido. Con

los ojos como platos y casi paralizada por el terror, hizo una torpe reverencia y salió presta de la habitación.

—Ahora nadie puede oírnos, madre. Acostaos, porque estáis muy crispada y exhausta. Debéis recuperar vuestras fuerzas.

Ayudó a su madre a desvestirse lentamente y con muchos mimos la acostó en su cama de maderas ricamente talladas. Ygerne se aferró súbitamente a la mano de su hija en un súbito ataque de pánico y Morgana pudo sentir los delicados huesos, frágiles como palillos de marfil, aunque con la fuerza de la desesperación.

—¿Qué quiere Myrddion de mí?

—Nada, madre. Ahora quedaos tranquila. Ese joven, Artorex, no tiene ni idea de quién sois, ni se le ocurrirá ninguna conexión… a menos que vos lo reveléis.

—Pero no puede ser mi hijo —gimió Ygerne—. Lucius me juró que el bebé había muerto al poco de nacer. La pobre mujer deseaba no haber posado nunca sus ojos en esa cara joven y fría en el salón del rey; pero si a pesar de todo, si él era su hijo, deseaba calmar sus temores volviéndolo a ver… no sólo una vez más…

—Es vuestro hijo, madre. Lo sé. Le rogué que tirase la suerte de los huesecillos hace años y su nacimiento apareció escrito en los dibujos. Será el rey de los británicos… si los huesecillos no mienten.

—¿Pero es de la semilla de Uter o de la de Gorlois, mi marido? No podría soportar que ese monstruo se hubiera engendrado a sí mismo en mi cuerpo.

—¡Es hijo de Uter! ¿Será posible que no lo hayas visto, madre? No necesité los huesecillos para asegurarme. ¿No has visto su pelo?

Ygerne suspiró y todo un mundo de amargos remordimientos y recuerdos estaban contenidos en esa exhalación.

—Yazgo con mi marido y Uter siembra su semilla en mi cuerpo. Cualquiera de ellos podría haber procreado al niño, o así me lo dije a mí misma cuando se movía en mi vientre. Pero el hijo de Uter me odiará por haberlo abandonado y exigirá explicaciones. ¿Qué será de nosotros?

—Artorex no es Uter. Uter siempre arde en calor hasta que consume a todos o a todo a su alrededor… hasta a vos, madre; pero Artorex es frío como el hielo o el hierro. Está regido por su mente, no por sus pasiones y debemos sentirnos dichosas de que sea así —la voz de Morgana era monocorde y atonal, como si las provocaciones acaecidas en el palacio hubiesen tenido lugar mucho antes de que ella naciera.

—Entonces Uter lo matará —gimió Ygerne—. El rey es muy parecido a Cronos, el dios griego que devoró a sus hijos. Puedo ver el ansia de sangre en sus ojos.

—Podría intentarlo, madre, pero os diré también que Artorex no morirá fácilmente. Sé que Myrddion está jugando un juego peligroso… un juego que podría salvar al oeste.

Morgana desplegó una sobrecama de piel cubriendo los hombros de su madre y acarició sus cabellos desteñidos, casi como si los papeles se hubiesen invertido… y a

lo mejor sí se habían cambiado.

—Dormid, madre. El día de mañana traerá bastantes problemas, pero debes tener cuidado de no mostrar ninguna inclinación por ese joven o seguramente el Gran rey lo matará sin necesidad de una razón.

—¿Vos también odiáis a Artorex, Morgana? Si es hijo de Uter, entonces es la fruta venenosa que nació del asesinato de vuestro padre.

Morgana permaneció erguida y sus ojos vieron más allá de la habitación, quizá más allá del tiempo y de las propias estrellas inmortales.

—Siempre lo detestaré, madre, pero no es mi sino levantar la mano contra él. La fatalidad ya ha decidido que será otra la que lo lleve a su ruina… una mujer de pelo rubio.

Ygerne suspiró otra vez y Morgana acarició su mano mientras el viento frío gemía fuera y corría por las estrechas calles de Venta Belgarum como una jauría de lobos hambrientos.

EN LA FONDA DEL JABALÍ, Artorex se lavó y se afeitó la barbilla con una hoja afilada y añoró el *calidarium* y su gastado estrígil. El hambre hizo rugir su estómago y sin embargo, pensar en comer le daba asco. Decidió que esa noche interrogaría a Myrddion hasta obtener todas las respuestas o se iría de este sito sombrío y helado que estaba regido por un rey loco y empapado de sangre.

A la hora de la cena, en una sala privada, Artorex se sentó en un banco a la manera celta y presentó su ultimátum a los tres caballeros.

—O alguien me explica lo que está pasando o me voy a casa a galope tendido en cuanto se haga la luz. Sé que os debo muchísimo, incluyendo mi educación y mi tranquila infancia en Villa Poppinidii, pero estoy harto de que se me trate como a un niño.

—Pero no se os permitirá partir —exclamó Luka con impaciencia—. Habéis jurado enfrentaros con uno de los mejores guerreros de Uter por la mañana.

—Puedo hacer lo que yo quiera. ¿Cuántas veces he de deciros que no soy el juguete de nadie?

—Muy bien, Artorex, muy bien, os explicaré lo que pueda —dijo Myrddion con calma, aunque el mayordomo percibió un ligero temblor en sus delgadas manos. Myrddion aspiró profundamente y habló en voz baja, ya que las paredes de Venta Belgarum tenían oídos.

—Uter no fue siempre el guiñapo que veis ahora. Una vez fue un luchador mucho más diestro que cualquiera de los que ahora estamos aquí y probablemente poseedor de un talento mayor que el vuestro. Yo fui su sirviente cuando era joven y estaba en su mejor momento; utilizaba mi inteligencia y mis conocimientos en lenguas de la misma forma en que vos usáis el cuchillo. Llegué muy alto en la corte del rey, pero ahora, a su avanzada edad, no confía en nada ni en nadie, ni siquiera en mí.

Artorex tosió torpemente ya que podía sentir el calor de los remordimientos que surgían del interior de los ojos calculadores de su amigo.

—Morgana, su hijastra, es vidente y una sacerdotisa druida y subió tan alto dentro de esa congregación como pueda hacerlo una mujer. Desde niña, siempre odió a su padrastro y le anunció que un muchacho de alta estirpe y cabellos rojizos lo eclipsaría. Uter montó en cólera lleno de una ira irracional y como consecuencia, ningún niño de buena cuna nacido con tal color de pelo se salvó de su criminal designio.

Myrddion hizo una pausa y continuó.

—Habéis nacido de noble linaje, Artorex, como lo indica vuestro nombre, pero no puedo revelaros el nombre de vuestro padre, ni aunque nos abandonaseis y echaseis a perder todo el trabajo invertido a lo largo de tantos años. Debéis aceptar que vuestro padre os entregó a Lucius, salvando vuestra vida, ya que este os envió lejos de la corte para manteneros a salvo. Os estuvimos observando la mayor parte de nuestras vidas y, aunque tememos y despreciamos en lo que se ha transformado Uter, nunca hemos planeado utilizaros como arma contra él. Como habréis observado, al Gran rey no le queda mucho tiempo de vida.

El viento agitó los postigos de la habitación y consiguió colarse por las grietas hasta pasar sus fríos dedos entre los cabellos de Artorex.

—Lo sé. Ya huele a carroña.

—Debéis conseguir que las tribus os vean como un guerrero valeroso y crearos un buen nombre. Uno que refleje todas las pericias que Targo os ha enseñado, para que podáis servir al pueblo cuando muera el viejo rey.

—Quizá hasta podríais llegar a convertiros vos mismo en el Gran rey —tronó Llanwith.

—No bromeéis. Me falta autoridad para serlo.

—Pero no hay razón alguna por la que no uséis vuestra bien ganada maestría para ayudar a Uter, si reanuda su guerra contra los sajones. Si no decide ir a la guerra o si muere, podéis luchar ayudando a su sucesor. La mayoría de los ciudadanos conoce la profecía del guerrero de cabellos rojizos, así que si triunfáis contra el campeón de Uter, la gente creerá que ha llegado un nuevo héroe y pedirá al Gran rey que se renueve la defensa de nuestras tierras. ¿Cómo podrían dañaros tales acciones, o perjudicar a vuestra familia?

—No afectaría a mi familia, pero arriesgaría… —la voz de Artorex se apagó.

—Habéis prometido a Uter que pelearíais mañana. Podría haber sido en un rapto de resentimiento, pero lo habéis prometido ante el Gran rey —dictó Llanwith—. También querrá saber qué valor le otorgáis a vuestra palabra.

—¡Vaya golpe bajo, Llanwith! —Protestó Artorex encarándose al rey de los Ordovices—. He sido víctima de una maniobra que me empuja hacia una especie de torneo basado en razones poco convincentes.

—Obviamente, no os aprecia en absoluto —dijo Luka—. Pero un hombre listo

habría sido sumiso y dócil, sin tener en cuenta cuán brutal hubiese sido su soberano.

—Así que ahora es culpa mía el haber sido coaccionado a un combate armado. Por favor, Luka, necesito mejores razones que ésas para enfrentarme al hombre de Uter.

—La corte de Uter es de naturaleza celta, pero vos habéis sido criado con un pie en las costumbres romanas y el otro en las tribales —continuó Myrddion con sus ojos oscuros llenos de fervor—. Y ahora son esas viejas virtudes romanas las que necesitamos.

Luka continuó con el argumento.

—Nosotros los celtas somos muy apasionados. Si nadie nos controlase, nos pelearíamos y pleitearíamos unos con otros, tal como hicimos durante tantas generaciones antes de la llegada de los romanos. ¿De qué otra forma podrían habernos derrotado los romanos? Su estrategia de dividir y conquistar funcionó a la perfección.

—El gran César nos eliminó, uno a uno —cortó Llanwith rudamente, con su habitual estilo conciso—. Los sajones harán lo mismo al oeste si no tenemos una mano fuerte que nos una y nos guíe. Pero podéis iros si así lo deseáis, Artorex. Después de todo, como todos los celtas, no os gusta que os dicten lo que hay que hacer. Y ni yo, ni nadie podría deteneros.

—Muy bien —gruñó irritado—. No me iré. Pero si realmente Uter quiere matarme, mañana dará la orden de eliminarme durante el combate y delante de toda la gente.

—¿Sois fuerte, muchacho? —preguntó Luka gravemente.

—Sí, señor. Bastante fuerte —replicó Artorex.

—¿Sois rápido, muchacho? —continuó Llanwith.

—Sí, señor. Bastante rápido.

—¿Y sabéis cómo hacer trampas, muchacho? —agregó Targo con una sonrisa amplia y picara.

—Sí, sé cómo hacer trampas y pensar y pelear en mi propio terreno utilizando ambas manos —replicó Artorex con una sonrisa irónica.

—Entonces no moriréis mañana —respondió Myrddion—. Sobreviviréis.

Artorex sonrió sarcástico y empezó a cenar ante la mirada de sus mayores. Bebió agua fresca en lugar de hidromiel o cerveza y se cuidó de no sobrecargar su estómago, ya que necesitaría un cuerpo fuerte y saludable para el día siguiente. Cuando terminó, los cuatro hombres que habían sido sus guardianes durante la mayor parte de su vida se pusieron de pie y le ordenaron que se fuese a la cama.

Targo fue el único que le brindó consejos prácticos.

—Debéis limpiar, afilar y engrasar vuestras armas mañana al amanecer, Artorex. Habéis visto la talla de esos brutos celtas en el palacio de Uter… sin pretender insultar, caballeros —dijo, disculpándose por el contenido racista de la expresión.

—No lo tendremos en cuenta, Targo —moderó Llanwith.

—¿Queréis mi escudo? Está a vuestra disposición —ofreció Targo.

—Nunca me importó demasiado un escudo, así que usaré mi daga y mi espada. Si me falta pericia para evitar el alcance del guerrero de Uter, entonces, merezco ser derrotado.

—Recordad…

—Un error y estoy muerto —completó Artorex.

Pero por primera vez esa noche, su corazón estaba tranquilo, porque por fin estaba haciendo algo que entendía.

LA MAÑANA ESTABA más fría que nunca. Después de romper la escarcha helada de la jofaina y lavarse lo mejor que pudo, Artorex se vistió con un chaleco de cuero encima de una camisa de lana y abrigó sus piernas con unos pantalones de cuero blando.

Targo entró en su habitación cuando se contemplaba los pies.

—Las botas que lleváis son pesadas y posiblemente os hagan patinar en las piedras. Pero descalzo, vuestros pies se helarán y se entumecerán, así que el resultado va a ser el mismo —dijo Targo con su ronco croar de hombre práctico.

Le ofreció un par de escarpines de lana tejida, iguales a los que usaban los ancianos de la aldea para dormitar delante del fuego.

—Tratad de poneros estos escarpines en lugar de las botas. Creo que podéis luchar con ellos durante un tiempo y sin botas, siempre que el suelo no esté mojado.

—Todavía no chocheo —protestó Artorex.

—Probadlos —insistió Targo.

Deslizó la lana cubriendo sus largos pies, hasta la mitad de la pantorrilla y su maestro los sujetó con estrechas cintas de cuero.

—Probad a moveros con ellos —ordenó el veterano.

Artorex saltó y se giró, se puso en guardia y cargó hacia adelante figurando que luchaba. Para su sorpresa, sus pulgares se aferraban a los cantos de las piedras a través de la lana tejida en punto grueso, las plantas no patinaban y no podían traicionarlo. Además eran bastante abrigadas.

—Os dije que luché en sitios donde se podía orinar hielo —se rió Targo—. Nosotros los bárbaros, sabemos muy pocas cosas, pero muchas en lo concerniente al combate. Si hubiese sabido que vendríamos a este lugar, os habría confeccionado botas de niño sin suela pesada. Os habrían dado mejor sujeción, pero éstas funcionarán hasta que tengamos tiempo de hacer algo más adecuado cuanto antes.

—Muchas gracias, Targo.

—Está bien, muchacho. Llanwith ha enviado una capa y Luka un casco… sólo una celada metálica con protección para las mejillas y la nariz, pero puede salvar vuestro espeso cráneo —dijo Targo con una sonrisa—. Y Myrddion os envía esto.

De su capa, Targo sacó un par de muñequeras, cada una de unos cuatro dedos de

ancho. Estaban confeccionadas en acero y el metal estaba repujado con el Dragón Alado, la insignia de la Legión Celta…, su larga cola sinuosa y sus pequeños pies diferenciaban a este dragón del de la criatura del Dracos de Roma. Sus alas se desplegaban como moviéndose sobre la curva del metal.

—Protegerán vuestras muñecas. No son especialmente pesadas y no os salvarán de un golpe de hacha, pero los soldados de la legión aprendieron que un brazalete ancho puede desviar una estocada.

Volvió a sonreírle otra vez.

—Me gustaría que tuviésemos tiempo para encontraros una cota de malla y un peto. Apuesto a que vuestro oponente estará protegido por una armadura de la cabeza a los pies.

—Entonces seré más ligero que el hombre de Uter —se le ocurrió a Artorex, aunque sintió que un escalofrío de inquietud recorría su cuerpo—. Simplemente recordaré a la mujer escita y lo rápida que demostró ser.

—Vuestros amigos os desean suerte y os verán en la terraza delante del Gran Palacio de Uter.

—¿Entonces el Gran rey ya ha dado instrucciones?

—Sí, os enfrentaréis a su campeón al mediodía.

¡Tan poco tiempo! Artorex podía ver que el sol ya estaba alto. Como consecuencia del sueño acumulado durante el apurado viaje hasta Venta Belgarum, había dormido hasta tarde. Targo había insistido en que su protegido durmiese tanto como su cuerpo lo necesitase. Pero ahora el tiempo apremiaba.

—No os molestéis. El torneo no puede comenzar sin vos —apuntó el veterano como si estuviese leyendo la mente de Artorex.

—Pero nunca he peleado en un combate serio, Targo. Nunca he matado a nadie en el calor de la batalla. ¿Cómo sabéis que seré capaz de derrotar a alguien y más aún a un guerrero experimentado?

Targo se rió entre dientes, al principio divertido, luego miró a la cara de su joven pupilo y se dio cuenta de que hablaba en serio. Estaba tan acostumbrado al talento físico de su alumno que había olvidado que éste podría considerar el inminente combate como una terrible experiencia.

—Para empezar, muchacho, matar es mucho más fácil cuando habéis sido entrenado para ello. Siempre es automático. Alguien se aproxima hacia vos con una enorme hacha, entonces, o lo matáis… o entierra su jodida arma en vuestros sesos. No digo que esté bien, ojo; pero nosotros los guerreros hacemos lo que se nos ordena. Además, joven, nadie os ha ordenado liquidar al campeón de Uter. Sólo debéis aseguraros de que él no os mate.

Artorex asintió. La explicación de Targo tenía bastante sentido.

—En cuanto a vuestra inexperiencia, había que empezar en algún lugar y hacerlo frente al Gran rey y toda la ciudad es un sitio excelente para vuestro primer combate. Habéis practicado diariamente durante la mitad de vuestra vida, conocéis cada

movimiento que yo conozco y os he enseñado todos los trucos sucios que aprendí. Soy un experto, jovenzuelo. Y si os hace sentir mejor, podéis tratar este asalto como si fuera una práctica más y deciros a vos mismo que es exactamente igual que la prueba que superasteis con Luka.

—Sí, excepto que en este caso el guerrero va a matarme.

—Únicamente si no podéis encontrar su punto débil.

Artorex se rió mordaz. Targo, como siempre, había ido al meollo del asunto y los grandes músculos de sus hombros empezaron a notarse relajados y flexibles. Pensó que debería estar aterrorizado, pero todo lo que sentía era que sus tripas se encogían a medida que la excitación empezaba a correr por su sangre.

La vida es muy extraña, pensó otra vez Artorex y se dispuso a preparar sus armas para la inminente lucha.

ARTOREX ERA la gran atracción para una sorprendente cantidad de curiosos que lo aguardaban a la puerta de la fonda. Antes de haber recorrido la mitad del camino que llevaba hasta el terreno de combate, se percató de que su prueba de fuerza no era más que una excusa para un día de diversión de los ciudadanos de Venta Belgarum.

Para su asombro, todas las calles estaban repletas de gitanos, comerciantes y campesinos que vendían todo tipo de frutas, vegetales y carnes. Había tantos marchantes de platos cocinados y bebidas, que sintió que empezaba a marearse con el ruido y con las sonrisas requeridas. Muchos hombres trataron de darle una palmada en la espalda y las muchachas le daban flores, mientras que otros bromistas lo insultaban o le informaban de cómo estaban las apuestas a favor de su muerte inminente y dolorosa. Las multitudes, el alboroto y la excitación aumentaban a su alrededor como incesantes oleadas.

Llegó hasta el lugar acordado para el combate acompañado por Targo y rodeado de un centenar de hombres y jóvenes que empujaban, apartaban y peleaban con los ciudadanos que ya se habían instalado en los mejores puestos.

La amplia plaza ante la terraza ubicada frente al Gran Palacio de Uter estaba rodeada de espectadores, ansiosos por disfrutar del espectáculo prometido. Los ciudadanos de Venta Belgarum conocían de sobra la fuerza y la capacidad marcial de la guardia personal del gran Rey, así que rápidamente corrió la voz de que un joven gigante de las provincias desafiaba al campeón escogido por Uter. La curiosidad y la promesa de sangre atraían a los afortunados que consiguieron colocarse en un sitio con vistas aceptables.

Muchos otros se apiñaron en los techos de las casas vecinas desde donde alcanzarían a ver por encima de las cabezas más altas. La plaza aparecía rebosante de rostros ávidos y rapaces cuando Artorex entró en la arena.

Los escalones que subían hasta la terraza de entrada del Gran Palacio estaban vacíos, a excepción de un palio decorado con una tela dorada y varios braseros. Allí

se sentaría el Gran rey, rodeado de sus mujeres y sus guardias.

El rugido de las trompas de cuerno de macho cabrío anunció la entrada de Uter y su comitiva. Mientras se dirigían lentamente a sus asientos, la multitud se postró de rodillas y los guardias se apostaron alrededor del palio formando un impenetrable círculo de acero.

Con una señal de la mano del Gran rey, los ciudadanos de Venta Belgarum se incorporaron y el murmullo de voces creció y se elevó entre la muchedumbre sólidamente comprimida.

Cuando Artorex se arrodilló para sacarse las botas, Targo se agachó para comprobar una vez más los lazos que apretaban sus pantorrillas y varios guerreros veteranos entre la multitud se rieron ante tan poco convencional calzado. Artorex hizo caso omiso y oídos sordos a todos los sonidos para concentrarse en la superficie de las piedras romas del cuadrado de lucha que había sido enmarcado con gruesas cuerdas. Practicó caídas en posiciones de pelea, con su espada y su daga listas para el combate.

—¿Está vuestro protegido aquí, sirviente Myrddion? —preguntó Uter en voz alta… y el gentío se quedó silencioso ante el insultante título. Todo el mundo conocía a Myrddion Merlín, vidente, médico y leal consejero del trono de los británicos desde hacía muchos años.

El aludido salió al campo de combate e hizo una profunda reverencia ante su señor.

—Myrddion Merlín, mi leal mayordomo, sostiene que este muchacho de la provincia de Aquae Sulis es el mejor guerrero del noroeste —Uter se dirigió hacia el auditorio con un resuello—. ¿Quién de vosotros ha oído hablar de ése?

—¡Nadie! —rugió en respuesta la masa, resueltamente divertida por el humor del Gran rey—. ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nadie!

—¡Que salga el campeón! Ban de Durnovaria, Antorcha del Oeste, poned a prueba el valor del tal Artorex.

Un cuerno de carnero volvió a sonar y Ban se adelantó de entre los guardias del rey. Era un guerrero no mayor de treinta años, con el rostro cruzado por una cicatriz que recorría el pómulo desde la nariz hasta donde podía verse bajo su casco emplumado de verde. Era ancho y más corpulento que Artorex y sus brazos desnudos estaban adornados con los tatuajes azules de los pictos, las mismas espirales y círculos que Artorex había visto en la piedra del Viejo Bosque. Ban llevaba un escudo de forma circular con una protuberancia de metal y un pincho en el centro. El joven supo enseguida que esto supondría costillas rotas o perforaciones en los pulmones si dejaba que Ban penetrase en sus defensas con ese malvado puño de hierro.

Mientras Ban se inclinaba ante el Gran rey y luego ante el público, Targo le susurró las últimas instrucciones a su alumno, antes de dejarlo solo.

—Buscad su punto débil, muchacho —le recordó—. Todo luchador tiene un defecto. Y manteneos alejado de ese maldito escudo.

Las piernas de Ban eran más cortas de lo que prometía su torso y su larga espada y su escudo parecían ser pesados. Aunque sus brazos estaban surcados por los músculos y la maraña de venas que sólo son visibles en los hombres fuertes y entrenados a fondo, también se le notaba una incipiente panza bajo su túnica militar de cuero.

—¿Estáis listo, Artorex? —susurró Myrddion.

El joven dio un paso al frente y desenvainó su corta espada y su larga daga. Al blandirías, las armas describieron sendos arcos en el aire frío con leves silbidos agresivos.

—¡Sí, Lord Merlín!

Éste se giró hacia el palio e hizo una profunda reverencia ante el Gran rey.

—¡Adelante, entonces! —ordenó Uter, agitando con irritación su viejas trenzas blancas.

Ban se acercó a su oponente corriendo, con su espada cortando largos tajos a través del aire helado. El gentío lo ovacionó, esperando ver cómo partía en dos a su contrincante.

Pero Artorex ya no estaba allí. Ligero, con sus pies semidescalzos, evitó fácilmente la espada blandiente y se escabulló por la izquierda de Ban, dando una tajada a los ojos del guerrero con su cuchillo del dragón.

Ban, excesivamente confiado en su victoria, apenas se salvó gracias a sus rapidísimos reflejos. Alcanzó a retirar la cabeza en el último segundo y el corte rozó su casco sin causarle daño alguno, aunque provocó una pequeña estela de chispas cuando el filo golpeó el metal.

La concurrencia rugió en aprobación, pero Artorex no oyó nada. Su mente sólo registraba a su adversario, no existía nada más. Se volvió hacia la derecha con su daga del dragón sondeando, tanteando, mientras la mano derecha empuñaba la espada corta, cerca de su cuerpo, preparada para el momento oportuno de cargar.

Ban se movió veloz como un rayo y Artorex paró el golpe con su espada corta y el cuchillo del dragón subió en cruz por encima de su cuerpo. Antes de que Ban pudiese descerrajarle un golpe con su escudo y dado que Artorex había leído anticipadamente ese movimiento en los ojos del guerrero, alcanzó a desengancharse y salir con un paso de baile, obligando a que Ban girase para poder mantenerse frente a su adversario.

—No eres malo, muchacho, pero realmente necesitas un escudo —le susurró Ban, con voz sibilina—. Será una pena que hoy te corte en tiras… si alguna vez te quedas quieto y peleas como un hombre.

Artorex hizo caso omiso a la provocación y simplemente volvió a escabullirse. En seguida cambió de dirección y con sus manos hechas un remolino de acero mientras se movía, le hizo mella justo encima de la rodilla con un acertado tajo. La daga del dragón centelleó al enrojecer su punta.

—No lo suficiente bueno, muchacho —gritó Ban y aumentó sus esfuerzos para

aprovechar la ventaja de su mayor alcance. Cada truco que Targo le había enseñado se estaba repitiendo, mientras Artorex paraba, cortaba y empujaba, siempre evadiendo los cortes mortales de la espada de su oponente mediante el uso de sus ágiles piernas.

—Hablas demasiado —replicó Artorex como si conversase, después del arrebato inicial.

Ambos hombres continuaban estudiándose sobre el suelo irregular y buscando una ventaja. Ban era excelente en su método, su fuerza era legendaria y no temía a nada porque ante todo, morir en el campo de batalla siempre había sido su mayor deseo. Era ágil, a pesar de su corpulencia y tenía la energía de un buey, pero después de quince minutos de combate, ambos hombres respiraban pesadamente, a la vez que la sangre manaba sin cesar de la herida infligida por Artorex.

Uter se estaba impacientando. Ese joven imberbe debería haber sido despachado hace tiempo y sus pies se estaban enfriando.

—¡Acaba con él, Ban! —gritó el rey—. Seguro que puedes con un don nadie de provincias.

Artorex hizo un guiño a su rival… y le dirigió una sonrisa burlona.

La turba parecía estar hipnotizada por lo parejo de la lucha y en los límites externos de la plaza se apostaba fuerte por el resultado.

Siguiendo a una finta con su espada, Ban logró empujar con su escudo directo sobre el hombro de Artorex. Sólo el instinto salvó al joven del golpe mortal del pincho; se las ingenió para girar hacia afuera y desviar la fuerza del escudo rodando hacia atrás con él. Con todo, perdió su casco por el golpe en la cabeza y el pelo de Artorex se desparramó como una cascada.

La multitud ahogó un grito.

Un pequeño corte derramaba un hilo de sangre desde el nacimiento del pelo donde el borde del casco pudo haber lastimado su cráneo. Pero Ban se había extendido demasiado para alcanzar las defensas de su oponente y ahora, el cuchillo del dragón le rebanaba el brazo de la espada… hasta el hueso.

Artorex cambió rápidamente de manos otra vez, se deslizó bajo la guardia de Ban y arrastró uno de sus pies por debajo. El guerrero golpeó los cantos rodados del pavimento con un sordo ruido, el brazo de su escudo caído fuera de su vientre y dejando su garganta expuesta.

La punta de la espada corta de Artorex presionaba profundamente la arteria del cuello que latía intensamente.

—Golpea fuerte, mi amigo, porque es un buen día para morir —dijo su adversario con orgullo.

—¡Ríndete, Ban!

—No puedo. Sólo mi amo puede darme la orden de rendirme. Y no lo hará.

Artorex dirigió su mirada a Uter, mientras mantenía a Ban supino con su pie izquierdo pisando el antebrazo del guerrero.

—Bueno, matadle. ¿O es que no os gusta la sangre? —dijo Uter.

El gentío estaba absolutamente mudo.

Las mujeres de Uter permanecían como estatuas de piedra contemplando el drama que se desarrollaba frente a ellas.

Ban era la única persona que se encontraba realmente viva en esos momentos, porque era probable que estuviese disfrutando los últimos y emocionantes instantes de su vida.

No sabía si iba a morir o a vivir.

—Estoy aquí para matar sajones para vos, mi soberano, no a mis compañeros de armas —gritó Artorex… dirigiéndose al Gran rey y a la muchedumbre con su espada apoyada en la garganta de Ban—. Pido que Ban no muera este día por mi mano, que pueda vivir para perecer por una causa noble.

La multitud bramó cuando Artorex retrocedió y se alejó unos pasos de su antiguo oponente.

El guerrero se levantó lentamente, se puso de pie y recogió su espada caída.

—Majestad, os ruego que no avergoncéis a vuestro campeón, porque ha de matar a mil sajones para vos, si sólo se lo pedís.

El gentío bramó su aprobación otra vez. Ban esperaba las órdenes de su amo, tratando de asir su espada con el brazo herido.

—Muy bien —replicó Uter con visible mal humor y disgustado con la plebe—. Podéis hacer lo que queráis… de momento.

Luego, dirigió una mirada feroz hacia su antiguo campeón.

—Estáis disculpado, Ban. El torneo ha terminado.

Furioso y rabioso como nunca, el Gran rey desapareció con todo su séquito dentro del palacio, dejando que Artorex fuese aclamado por la muchedumbre.

Mientras el victorioso joven recogía su capa y sus botas, los ciudadanos biempensantes lo rodearon, especialmente aquellos admiradores que habían tenido la previsión de apostar a favor de su fuerte brazo derecho. Sus hombros y brazos fueron aporreados con doloroso afecto por los puños que lo felicitaban y Targo tuvo que hacer un gran esfuerzo para abrirse paso entre la multitud y conducir a su protegido fuera de la arena improvisada.

Por las calles empedradas, se vociferaba el nombre de Artorex a todo volumen, de tal manera que antes de que el protagonista alcanzase el refugio de la Fonda del Jabalí, los pocos ciudadanos que no habían disfrutado del espectáculo ya estaban escuchando todo tipo de historias exageradas sobre la asombrosa lucha. El edificio de madera de construcción rústica pronto estuvo lleno hasta la bandera con una multitud de gente pintoresca de la ciudad, campesinos, mercenarios y guerreros, todos gritando a pleno pulmón, bebiendo como cosacos y diciendo bromas; riéndose, gesticulando y haciendo giros en ruidosas imitaciones a la épica lucha.

Una vez allí, Artorex se habría ahogado en cerveza gratis si Myrddion no hubiese insistido en curar primero su herida. Fue necesario amenazar con el uso de la fuerza

para que Artorex tuviese vía libre hacia los aposentos del piso superior.

La historia del vencedor de Ban corrió por todo Venta Belgarum como las llamas de un incendio descontrolado. El joven guerrero era un auténtico gigante, aunque peleando tenía la agilidad y la fuerza de un gato defendiéndose. Este joven había reemplazado el escudo celta por la mareante protección de una red de hierro en continuo movimiento. Y luego, cuando se aseguró la victoria y Ban estuvo a su merced, Artorex fue magnánimo y se negó a verter la sangre del adversario sin necesidad. Había desafiado las órdenes del Gran rey… y había sobrevivido para contarlo. Con una espada romana y un cuchillo largo, había vencido al legendario Ban, La Antorcha del Oeste y en cada ocasión, la Fortuna había protegido sus espaldas.

Y lo más importante, aquellos pocos hombres de barbas grises que habían conocido a Uter de joven se maravillaban de lo mucho que este Artorex se parecía a él. La semejanza había impactado hasta al mismo Botha, el capitán de la Guardia Real. Y se debía a que, una vez vistos aquellos cabellos, no se olvidarían jamás, porque eran decididamente bárbaros, a veces apodados como cabellos rojo César, aunque las leyendas sugieren que la testa del gran Julio era más bien calva. Los más viejos rumiaban con sus desdentadas encías y se preguntaban unos a otros qué estaría buscando en Venta Belgarum el extraño pariente de Uter.

Targo bebía lentamente su cerveza, perdido en medio de los hombres exacerbados… y escuchaba. La bola de rumores iba creciendo con la historia de que dos de los más importantes reyes tribales junto al famoso Myrddion Merlín habían traído a Artorex hasta Venta Belgarum como su paladín y que había luchado con la suma de las destrezas de romanos, celtas y bárbaros. Targo también oyó decir que Artorex se parecía tanto a Uter Pandragón que seguramente estarían emparentados y su corazón se encogió al imaginarse las consecuencias que podrían derivarse si un chisme similar llegase a oídos del Gran rey.

Cuando Targo logró abrirse camino hasta la estrecha habitación del desván que compartía con Artorex, sorprendió a su protegido desnudo de cintura para arriba mientras Myrddion sanaba su herida. Llanwith estaba recostado encima del jergón de Artorex, pero Luka brillaba por su ausencia.

—Por todos los dioses, Artorex, me habéis hecho ganar dinero en el día de hoy —fue la salida de Targo—. Si hubiese sabido que erais tan rentable os habría lanzado a la arena hace años.

—Me complace que alguien esté agradecido —replicó Artorex—. Myrddion cree que debería haber matado a Ban y evitar la ira de Uter.

Myrddion continuó suturando la herida del antebrazo de Artorex y sonriendo complaciente.

—Sólo le sugerí a Luka que el Gran rey no estaría dispuesto a perdonar vuestra lección de indulgencia —explicó—. Personalmente, no fui el único sorprendido porque permitieseis mantener a Ban con vida, ni tampoco por la más inesperada

actitud de la multitud en el mismo sentido. Esto último me sorprendió y, es posible que vuestra popularidad le resulte todavía más imperdonable.

—Bueno, ahora es demasiado tarde —intervino Targo—. Todo Venta Belgarum conoce ya el nombre de Artorex. Cuando dejé a los borrachos de abajo vuestro nombre ya era mítico… y vuestras armas mágicas.

Se detuvo un momento y continuó.

—Curiosamente, hay un rumor de que o bien sois un hijo bastardo de Uter o cuanto menos un pariente lejano.

—¿No lo soy, verdad? —preguntó Artorex conmocionado.

—¿No sois qué? —respondió Myrddion.

—El hijo bastardo de Uter.

—No sois su hijo *bastardo* —aclaró Myrddion enfáticamente.

Se hizo un silencio sepulcral.

—Me parece que ha llegado el momento de abandonar Venta Belgarum, si queremos seguir vivos —murmuró Llanwith desde el borde del jergón. Parecía totalmente despreocupado y se acomodó sacándose las botas.

—Sabremos qué hacer en cuanto regrese Luka de las cocinas —replicó Myrddion, mientras daba la última puntada en la herida de Artorex—. Nunca entendí cómo lo hacía, pero las sirvientas de los fogones parecían sentirse obligadas a revelarle jugosos chismes susurrándoselos en sus orejitas rosadas.

UTER PRESINTIÓ QUE su final estaba próximo. Sabía que la vejez acabaría derrotando al puño férreo de su inteligencia. Su piel era tan delgada que su fina superficie sangraba o se amoratabа al menor roce. Bajo su arrugada piel, sus huesos no soportaban ni músculos ni carne y se daba cuenta de que poco quedaba de su antigua vitalidad, que se estaba pudriendo lentamente en el interior de su cuerpo. Su pecho estaba dolorido y sus pies, azulados y fríos, con los tobillos hinchados casi al doble de su tamaño normal.

Uter no temía la muerte y tenía muy pocos remordimientos por todo lo que había hecho hasta el final de una larga y sangrienta vida, excepto por la seducción de Ygerne. Considerándolo objetivamente, su increíble belleza no llegaba a compensar todos los escándalos, las preocupaciones y las lágrimas que por su culpa se habían derramado sobre él durante todos los años transcurridos desde que la sedujo y se la robó a su primer marido, Gorlois de Cornualles.

Ahora, cuando había alcanzado el derecho a dejar su espada en reposo, conseguir la paz de su confesor y vivir sus últimos días con relativa comodidad, Ygerne le obsequiaba con un desagradable y peligroso instrumento de venganza.

¡Artorex! Hasta su nombre con el nada ambiguo sufijo de *rex*, era un insulto a su tutela. Él mismo debería haber asfixiado al mocoso cuando la comadrona de Ygerne dejó el pequeño envoltorio gimiente en sus brazos. En ese momento temía que

Ygerne hubiese dado a luz un último hijo de su esposo muerto, un hijo que algún día pudiese reclamar el trono para saldar su deuda de sangre.

Pero él, Uter Pandragón, nunca rendiría su corona tan fácilmente.

—¡Lucius! ¡Ese puñetero perro que se hacía pasar por hombre piadoso! —maldijo como un soldado, refiriéndose al Obispo de Glastonbury.

Lucius de Glastonbury había recogido al infante chillón y le aseguró que nunca volvería a verlo. En aquellos días, Uter todavía no había intuido el poder ascendente de la Iglesia de Cristo… pero ahora comprendía su ambición.

El molesto mocoso se había hecho adulto en un lugar lejano, fuera del alcance de la mano de Uter y había sido educado más como un romano que como un celta…, tal como era Lucius, un engendro satánico. El chico había sido entrenado desde pequeño como arma contra Uter Pandragón, guiado por la mano del fiel Myrddion Merlín, que había conspirado contra él y había conducido a su enemigo por la senda de su formación.

Estaba que echaba humo ante su impotencia y arrojó sin fuerzas su copa de plata contra la pared, sobre la que se estrelló y rodó, dejando rojos dibujos de vino. Parecían salpicaduras de sangre. No podía recordar ni la décima parte de los hombres que había matado, pero el rostro de Gorlois de Cornualles nunca lo abandonó, ni dormido, ni despierto. Después de todo, Morgana, esa perra inmunda, nunca le permitió que olvidase quién era su padre y tampoco dejó de recordarle que su mujer nunca lo querría de verdad a causa de los traicioneros crímenes cometidos bajo el dictado de su lujuria.

—¡Maldita perra! Debería haberla hecho estrangular…, pero necesitaba desesperadamente su habilidad con las hierbas y los conjuros mágicos.

Y ahora, el arrapiezo aparecía en su Gran Sala y se atrevía a mirarle a los ojos, a él, su soberano. Debería haber muerto a manos de Ban, pero el campeón del Gran rey había sido aventajado por las tácticas de Myrddion. Había contemplado cómo los ojos de su fiel sirviente Botha habían estudiado al joven; estaba seguro de que éste había reconocido al padre en el hijo.

Quizá otros estarían haciendo ya, en este mismo momento, especulaciones sobre el parentesco de Artorex.

—¡Botha!

Uter era rey de los Atrebates cuando Botha le juró fidelidad. Era entonces un guerrero rubio de la tribu de los Trinovantes, de Camulodunum, al lado del Litus Saxonicus[19]. Había escapado de su tribu, de su ciudad y de su familia por culpa de una mujer y había matado a su primo en una pelea a causa de su adulterio. La deuda de la sangre lo perseguía y como tantos, era un hombre sin tierras ni amigos.

Uter se encontró con él en una inhóspita llanura barrida por los vientos, detrás de los pantanos de Venta Icenorum[20]. Los sajones habían saqueado una iglesia y matado a su abate en una orgía de ferocidad y Uter llegaba en respuesta al llamado de la tribu de los Catuvellauni que se apresuraban por expulsar a los bárbaros, pero los

sajones eran más difíciles de desalojar de las tierras que las pulgas de una cama y muchos celtas se habían desangrado en ese frío invierno.

Uter luchó a su manera, junto con sus hombres y había barrido las hachas sajonas con su gran espada como si fueran varillas de sauce. Pero sus pies fueron traicionados por el reguero helado de sangre y de sesos y al patinar, quedó a merced de sus enemigos.

Entonces apareció Botha de entre la masa de guerreros, arrastrando el cuerpo del rey gracias a la fuerza de sus grandes piernas rubias y utilizando su escudo y espada como un reluciente muro de muerte. Uter logró ponerse de pie y liquidar a un sajón que estaba a punto de cortar la cabeza de Botha desde atrás. Y así habían luchado, espalda contra espalda, hasta que el último de los bárbaros fue aniquilado.

En su juventud, Botha había sido un genio en su habilidad de exterminar, pero también un hombre con una decencia interior que daba a su sangriento ejercicio un toque de dignidad y belleza. Había jurado su compromiso de lealtad a su rey según la antigua usanza, con su cuello bajo el pie de su señor, lo que significaba ser leal hasta la muerte y Uter había disfrutado con oscuro placer la extremada devoción de una criatura tan vital y potente. En verdad, el Gran rey nunca lo tuvo en cuenta como un hombre y siempre consideró a su más leal sirviente poco más que un perro fiel, hasta que su propio brazo se volvió débil e impredecible.

Botha había sobrevivido al cruel paso de los años con más vigor que su soberano y la parte más siniestra de Uter envidiaba la fuerza que Botha conservaba a pesar de su edad.

Pero pese a tanta envidia, el Gran rey no se fiaba de ningún otro ser vivo tanto como confiaba en su guerrero.

Uter no podía consolarse pensando que Artorex era sólo un simple pretendiente al trono.

Había visto sus cabellos y recordado sus propias trenzas y la dificultad que entrañaba mantener sus rizos de un rojizo dorado bajo control. Ygerne los consideraba cabellos de bárbaro, pero los amaba… al menos cuando la sangre circulaba aún caliente por sus venas.

La memoria es una cruel bromista y Uter se había ganado sus mordaces estocadas.

Llamó a su sirviente con tono quejumbroso y le ordenó que buscase a su hombre de confianza y le transmitiese que acudiese a su presencia de inmediato, a la hora que fuera. De todos los celtas que habitaban la tierra, sólo Botha le obedecería sin chistar. Uter enviaría a Artorex, Merlín y los otros reyes traidores a morir en manos de los sajones en Anderida, tal como había enviado al marido de Ygerne a la muerte certera hacía tantos años. El bastardo sería un héroe muerto y el rey se mostraría convenientemente dolorido ante la pérdida de tal promesa y de un patriota.

Los ojos legañosos del monarca se endurecieron.

Pero ahora, tenía un problema más urgente y sólo podía confiar en su siervo para

resolverlo.

—Botha se atrevió a inclinar la cabeza ante ese advenedizo —masculló el Gran rey, mientras sorbía sus labios marchitos como una vieja sin dientes. Sonrió enigmáticamente y el aire de su dormitorio pareció retirarse ante su malicia y astucia.

Botha resolvería su dilema porque el guerrero era un hombre de honor intachable. Cuando los dos eran jóvenes y Uter todavía no había ganado la corona de oro de la realeza, pudo sellar la lealtad de aquel. Todavía recordaba el crujido del costillar del pecho bárbaro donde había hundido su espada. El sajón se había quedado con la boca abierta mientras él removía su gran espada para penetrar su corazón… y salvar la vida de Botha.

Aunque ya habían pasado cuarenta años, el guerrero todavía recordaba a quién le debía la vida. Podía recordar la sangre, el limo y el barro y cómo había llorado cuando su amo lo incorporó a su guardia. Había jurado servirle durante todos los largos y sangrientos años que siguieron, Botha se había mantenido fiel a su antiguo juramento.

Y ahora habría de obedecer.

¡Porque cualquiera que osase intentar algo contra el monarca deberá ser eliminado de inmediato! Su luz no puede dejar de alumbrar, aunque para ello deba caer el oeste, para que su memoria fuese guardada en la gloria de la leyenda. Villa Poppinidii había criado a Artorex como niño y como hombre, por lo tanto, la villa, Antor y todos sus habitantes debían ser aniquilados y quemados hasta los cimientos.

Uter no tuvo el menor reparo en ordenar semejante acto de cobardía y mezquindad; porque los reyes están por encima del honor y sus deseos más triviales se ejecutan con sólo una orden. Los reyes están por encima de las leyes de los hombres… y de los dioses.

Botha entró en la habitación de Uter silencioso como un gato; su sombra era larga y amenazante bajo la última oscuridad que precede al amanecer.

—¿Me sois leal hasta la muerte, Botha? ¿Y a nadie más que a mí? —preguntó Uter al guerrero canoso, con su boca súbitamente tan seca como el polvo de una tumba.

—Os he jurado fidelidad, mi rey y nunca serviré a ningún otro hombre mientras me quede aliento. Sólo la muerte puede romper ese juramento —la tristeza se reflejaba en su rostro, como si ya supiese que sería usado como un mero instrumento para una causa deshonesta. Su noble frente mostraba las cejas enarcadas y su mandíbula cubierta por barbas rubias estaba tensa, como si sufriese. Los ojos del guerrero, tan límpidos y directos como siempre lo habían sido, reflejaban desde su interior la innegable e insoportable verdad. Hasta tal punto que casi hicieron que Uter se apartara de sus planes asesinos y que sintiese cierta pena por la única alma en todo el mundo que le había entregado todo su amor y su inquebrantable lealtad sin el menor reparo. Pero Uter había bebido la copa del poder absoluto durante mucho tiempo y hasta el fiel Botha debía representar su papel para la gloria del Gran rey.

—¿Qué se sabe del tal Artorex? —preguntó.

De una forma u otra Botha había oído todo lo que se hablaba en Venta Belgarum.

—El rey Luka ha estado divirtiéndose con las sirvientas, buscando noticias. Le he dado vuestras órdenes personalmente… por lo que Myrddion sabe ahora cuál es su destino —sonrió a su rey—. Luka bebió más de la cuenta, sin percibir ningún peligro en la palomita rolliza que es mis ojos y oídos en las cocinas. Fue poco prudente en su charla mientras estaba en la cama con Eilyn y habló de Artorex, de una hija y de otro bebé que crece en el vientre de su madre.

—¡Maldición! —juró Uter expresivamente.

Ya había entonces herederos que presumiblemente lucharían por su trono antes de que estuviese en su lecho de muerte. Los soldados podían morir en la batalla, pero él no podía estar a merced de la suerte y los caprichos de los partos para deshacerse de más pretendientes a su trono.

—Los hijos de Artorex deben morir… y la madre… y todas las almas que habitan en el interior de los muros de Villa Poppinidii deben perecer con ellos. Ésta es la misión que os encargo. Debéis obedecer para la seguridad de mi reino.

No dio ninguna explicación o justificación por el asesinato gratuito de inocentes. Los reyes no explican, especialmente a aquellas almas que son sus instrumentos de por vida.

Botha asintió con la cabeza sólo una vez y Uter sintió una breve punzada de dolor, como si acabara de romper una buena espada sobre sus rodillas.

—Llevad sólo hombres de confianza, los que necesitéis, pero no fracaséis. Y aseguraos de que nadie sobreviva para andar fabulando que el gran Rey se dedica a matar inocentes. Disfrazaos como lo creáis conveniente.

Botha asintió y Uter pudo ver la vergüenza que emanaba de los ojos del viejo guerrero.

—Idos y ordenad a mi confesor que acuda de inmediato —susurró Uter.

Estos temas no debían ser hablados en voz alta en las dependencias reales y a pesar de todo, Uter sintió que su corazón se encogía dentro de su pecho, como si un fuerte puño estuviese apretándolo.

—¿Estáis indispuesto, señor? —preguntó Botha—. Permitidme que llame a Morgana.

—Traed a mi confesor. Y luego cumplid con lo ordenado —exigió Uter, apartando su rostro del hombre en quien confiaba. La verdad era que no podía soportar la mirada herida de los ojos de su guerrero.

Mientras el ruido de las pisadas de Botha se diluía en la silenciosa oscuridad, Uter intentó controlar su respiración y meditar acerca de la acción que había puesto en marcha. Muchos hombres y mujeres habían muerto por la causa del oeste y muchos más sangrarían para conservar el reino de la pequeña isla en sus manos.

La luz que desde una pequeña lámpara de aceite se sesgaba entre las mantas de la cama iluminando y mostrando el verdadero perfil del rey, el auténtico Uter, cuya

cruel verdad él mismo conocía muy bien, mostraba lo que siempre había sido, un sanguinario rapaz dentro de una jaula de palomas, al que poco le importaban las almas débiles que vivían y morían a su antojo.

—¿Entonces, por qué me siento tan frío y tan solo? —preguntó al aire silencioso —. ¡Traed a mi confesor!

Su débil gemido era como el grito agudo de los cuervos esperando carroña.

Cuando su confesor se deslizó con paso incierto dentro de la habitación, Uter pudo ver a Morgana, como un cuervo agitado, detrás del clérigo. La luz de la lámpara captó los delicados huesos de su cara y por un instante la vio como un cráneo vacío que lo miraba con la luz de una vela ardiendo a través de las cuencas de los ojos.

Uter parpadeó. Ahora aparecía Morgana otra vez, tan hermosa y fría como una talla de alabastro. Su mano apretó el amuleto que colgaba de su cuello y fijó su mirada en los ojos de Uter. Y sonrió.

ARTOREX HUBIESE PREFERIDO estar solo. El inevitable abatimiento espiritual que siguió a la lucha le producía un confuso sentimiento de soledad. Hacía apenas una semana, estaba feliz y en paz consigo mismo; la vida le sonreía. Ahora el gentío proclamaba su nombre, pero no se atrevía a salir de su habitación y su vida podía estar amenazada por el Gran rey de los británicos, sin ninguna razón en particular, excepto por su rencor.

Luka volvió a la fonda poco antes de medianoche. Llanwith se había quedado dormido encima del jergón de Artorex y toda la pequeña habitación vibraba con sus estruendosos ronquidos. El muchacho estaba sentado con las piernas cruzadas limpiando sus armas obstinadamente mientras Targo dormitaba junto a la puerta de la habitación formando un indefinible bulto de vigorosos músculos mezclados con ropas desordenadas. Como era habitual, Myrddion había desaparecido hacía unas horas.

La entrada de Luka fue ruidosa y accidentada.

Se había pasado la tarde bebiendo vino peleón de las Galias sacando información de los miembros del séquito real. Al entrar en la habitación en penumbra, tropezó con el cuerpo inerte de Targo y se estrelló contra el suelo, despertando en consecuencia a un sobresaltado Llanwith.

En un instante, el ordovice estaba de pie y blandiendo su espada, mientras que Artorex seguía afilando su daga, sin inmutarse.

Como un mago, Myrddion apareció por la puerta y ayudó al descalabrado Luka a incorporarse. Con un hipo sordo y unas disculpas mal pronunciadas, el guerrero se puso a rebuscar en su capa y con el ademán típico de un borracho, acompañado de una risita tonta, sacó un arrugado rollo de pergamino.

—Han llegado las órdenes del Gran rey para nosotros, Myrddion. Uter ha decidido que organicemos una pequeña tropa y ataquemos el fuerte de los sajones en Anderida.

Hizo una profunda reverencia de borracho y habría estampado su rostro contra el suelo si Llanwith no lo hubiese sostenido firmemente por su chaleco de cuero.

—¿Anderida? —Myrddion estaba visiblemente sorprendido por la noticia de Luka—. ¿Ese maldito agujero rodeado de pantanos infectos? Se encuentran directamente al otro lado del estrecho de Litus Saxonicum. ¿Es que Uter se ha vuelto rematadamente loco?

Llanwith pen Bryn comenzó a reírse. Primero fue como una larga y estridente carcajada que parecía nacer desde sus pies para luego ir ascendiendo en intensidad de volumen hasta que su timbre hizo temblar las heladas celosías.

—¿Cuál es la causa de vuestro regodeo, Llanwith? —preguntó exquisitamente Myrddion con una peligrosa cortesía—. Ese pozo piojoso ha estado durante veinte años en manos de los sajones. ¡Mi dios! fue una de las primeras ciudades en caer en manos de los reyes bárbaros y desde allí puedes llegar al otro lado del Mar de los Sajones[21] con un escupitajo.

—Lo sé Myrddion —dijo Llanwith con un hipo provocado por su risa sofocada —. ¡Uter nos está superando en táctica! Vayamos a Anderida y sólo unos pocos regresaremos si el Gran rey y los sajones cumplen con su cometido.

—¡Precisamente! —dijo Luka con solemne seriedad.

Myrddion le arrancó el rollo arrugado de pergamino y leyó ávidamente su contenido.

—Sugiere que si estamos tan ansiosos por detener la amenaza sajona, deberíamos empujarlos de vuelta hacia el océano. Se nos autoriza a reclutar una tropa, si algún guerrero sensato se atreve a suicidarse con nosotros. Insiste en que sea Artorex quien dirija personalmente el ataque ya que él es ahora su nuevo adalid en el oeste.

—¡Nos está superando, Myrddion! ¡Maldita sea! ¡Debió de ser un estratega genial cuando era joven!

Llanwith parecía estar auténticamente impresionado con la perspicacia de Uter.

Myrddion no veía motivo alguno para reírse de tal situación y mostró un rostro enfadado ante ambos amigos, recordando a Llanwith que su tío había sido víctima de la misma artimaña.

El rey ordovicio se puso serio al instante.

—Jaque a la reina, Myrddion —asintió Luka, mientras se desplomaba encima del jergón de Artorex junto a Llanwith—. Y ni siquiera nos percatamos de que estábamos jugando una partida de ajedrez.

Myrddion echó una mirada de fuego a Luka y luego pateó con saña la pared, apretando los dientes e intentando descargar su furia y su rabia.

—Y otra cosa que me llamó la atención es que el sirviente del cuerpo endemoniado me dijese que a Uter sólo le quedaban uno o dos meses de vida. Teniendo en cuenta que el muy imbécil lleva años diciendo lo mismo…

Myrddion no paraba de recorrer la habitación de un extremo al otro, mientras Luka se quedaba dormido y Targo murmuraba algo incomprensible sobre el reposo

del guerrero y salía dando empellones hasta la cama vacía de la habitación de Llanwith.

—Os acompaño —decidió Artorex, agotada su paciencia por los eventos del día —. Si voy a morir, es mejor que lo haga bien descansado.

Artorex cayó dormido sobre un jergón infestado de piojos en un sucio desván en algún lugar de las calles más alejadas de Venta Belgarum y soñó que yacía junto a Gallia.

Mientras tanto, en el palacio del Gran rey, metido en su cama ricamente cubierto con mantas de lana fina y suaves linos, Uter Pandragón luchaba por mantenerse despierto y así evitar quedarse dormido y caer en la persistente pesadilla que lo acechaba. Todas las noches soñaba con que trataba de levantar la gran espada que alguna vez le perteneció, pero cada vez, sus músculos agotados no le permitían levantar su larga hoja, aunque lo intentase con todas sus fuerzas.

De los dos, padre e hijo, Artorex era el que dormía más plácidamente, aunque sentía que pronto podría ser enviado a las sombras… antes del tiempo acordado. Mientras yacía en los cálidos brazos de su amada en la trama de sus sueños, sintió una voz que lo llamaba con tal fuerza que el mundo entero pareció temblar ante la intensidad del volumen: «¡La suerte por fin os sonríe! ¡Mirad cómo la rueda de la fortuna os lleva muy alto al girar! Cuidado, Artorex, la Fortuna es muy engañosa».

Pero Artorex sonrió en su letargo al ser besado en sueños por la visión de su mujer. Porque, ¿quién teme a una diosa cuando el amor se aferra con fuerza al corazón?

CAPÍTULO XII

MORIR EN ANDERIDA

IGNORANTE DE LAS tremendas intenciones que Uter tenía para Villa Poppiniddi, Myrddion se enfrentaba a un día de agotadores esfuerzos físicos y mentales. La llamada a las armas era voceada desde la terraza de la corte del Gran rey y seguramente algunos necios acudirían simplemente en busca de un poco de diversión y aventura.

La noticia corrió por las estrechas calles de la ciudad. Por las tabernas, puntos de reunión y cruces de caminos, la llamada a las armas se expandía rápidamente y encendía la imaginación de los ciudadanos. Pero la sangre joven que buscaba la gloria debía ser convencida para que no saliesen del amparo de Venta Belgarum. Asaltar una fortaleza como Anderida no era una misión para novatos, ya que resultarían más molestos que ventajosos. En el juego mortal que se estaba desarrollando según el rencoroso propósito de Uter Pandragón, el número de hombres no tenía importancia, la habilidad y la astucia eran lo primordial.

Para mayor desgracia, Myrddion debía convencer a los más hábiles de sus partidarios para batirse en cuerpo y alma desde la primera escaramuza de una larga serie de batallas que, con suerte, llevarían a su tierra a la salvación. Morirían como prendas de los negocios de grandes personajes y la conciencia de Myrddion debía encontrar las palabras exactas que pudiesen persuadirlos.

—Un día gris —suspiró siniestramente—. Pero aún no estamos muertos, como tanto le gusta repetir a Targo.

Tampoco Myrddion deseaba morir.

Para él estaba claro que a Uter no le importaba sacrificar a su mejor consejero y a dos leales y poderosos reyes porque envidiaba la fuerza en potencia que representaba su propio hijo. Aunque no se esperase el retorno, ni de Llanwith, ni de Luka, ni de Myrddion, porque el verdadero objetivo era Artorex.

Myrddion se puso melancólico.

«Uter Pandragón destruirá la estabilidad del oeste para proteger una corona que creía suya para siempre. Hay al menos dos tribus grandes y leales que compensan la balanza, pero Uter destrozará la trama de su pacto con los reyes hasta hacerlo pedazos para retener… ¿Qué? ¿Es el ansia de una mente enferma? ¿Es el instinto cruel que crece en el cerebro a medida que el brazo se hace débil? ¡Nunca entenderé lo que

persigue este hombre!»

Cielos grises y tristes en el exterior de la fonda reflejaban el humor de Myrddion, mientras nubes veloces provenientes del mar eran rotas en retazos por vientos invisibles a los ojos de los hombres.

Los grajos graznaban y el aguanieve amenazaba.

—Estamos de acuerdo en que Uter debe ser detenido, pero antes debemos ganar Anderida para él. Pero ¿cómo lo lograremos?

Targo se ocupaba de preparar el vestuario de Artorex, para que afrontase las miradas y la curiosidad de los aldeanos, limpiando el barro de los cueros y de la capa de piel de lobo. Servía a su protegido con buena voluntad, porque era evidente que Artorex estaba cosechando las recompensas de tantos años de prácticas y entrenamientos y estaba desarrollando la semblanza de un líder. Un papel que el joven había adoptado con cierta reluctancia, pero que Targo no podía dejar de reconocer en los brotes de autoridad que mostraba su protegido.

Targo nunca había sido padre de un hijo y por lo tanto, nunca había sentido la pérdida de un niño en su corazón. Artorex era su niño elegido, porque en él había moldeado su talante de guerrero y había vigilado a su alumno cuando había puesto a prueba su valor en el combate con una mezcla de sentimientos de orgullo y temor. Para Targo, un soldado nunca desmerece su grandeza cuando sirve por propia voluntad y sólo se vuelve un esclavo cuando se rinde ante sus enemigos.

Artorex despertó en un día lúgubre de aguaceros y de fina llovizna medio helada y con el sonido familiar del silbido arrítmico de Targo sonando en sus oídos. Si el niño que encerraba Artorex estaba confuso, el hombre de su interior era optimista. El día anterior se había despertado sabiendo que su vida estaba en juego, pero allí estaba, vivo y respirando. Hoy comenzaba el reclutamiento de hombres para el ataque suicida contra un enemigo bien atrincherado, pero Anderida estaba lejana y sólo la diosa Fortuna podía elegir el momento en que Artorex se iba a encontrar con su destino.

—Es un buen día, Targo —saludó al veterano—. No necesitáis limpiar mi equipo, somos amigos y compañeros de armas, siempre que no os ofenda que me considere como vuestro igual.

—Algunas veces habláis tonterías, muchacho —replicó Targo bruscamente, pero con afecto—. ¿Y quién recordará al viejo Targo en los días venideros? No, responderé yo mismo… ¡nadie! Pero en cambio, algo en mi fuero interno me dice que sí, que se acordarán de vos.

—Pues yo preferiría estar en casa con Gallia, amigo mío —le replicó con tristeza, mientras estiraba sus largas piernas.

—Deberíais relatar esos cuentos para niños a alguien que os creyese, Artorex. Yo sé muy bien que una parte de vuestro ser disfruta con el aroma de la cercana batalla.

—¿Dónde andan todos? —cambió de tercio Artorex, sabiendo que nada escapaba a los ojos perspicaces del guerrero.

—Han comido, se han vestido y se han largado —contestó Targo muy parco.

—¡Ah!

Targo sabía que Artorex estaba decepcionado y le dio pena.

—Levantaos, vestios y convenceremos a algunas de esas ovejas para que acudan a morir con el gran Artorex. Myrddion ha calculado que necesita una tropa de cien buenos guerreros como máximo, aunque en mi opinión tal cantidad es excesiva. Prefiero tener cuarenta combatientes veteranos que trescientos jovenzuelos.

Artorex asomó sus largas piernas bajo la colcha de piel roída por las polillas.

—Ni siquiera sé donde se encuentra Anderida —reconoció con total honestidad.

—Yo ni siquiera he oído hablar de ella, pero debe estar en alguna parte de la costa sudeste —replicó Targo—. Y garantizo que no será agradable, porque en caso contrario, Uter no la habría elegido para vuestra muerte, mi joven héroe.

Artorex arrojó un vaso de madera vacío al veterano. Éste lo cogió limpiamente y lo hizo dar vueltas en su mano.

—Estáis leyendo mi mente, muchacho. Es hora de un trago.

Después de engullir un cuenco de gachas y varias manzanas casi resecas, ambos se enfrentaron al inclemente tiempo fuera de la fonda. Bajo el abrigo de su capa de lobo, Artorex se las ingenió para evitar la mayor parte de la lluvia, pero a los pocos pasos ya estaba salpicado de barro.

—Esta lluvia es amiga del soldado —explicó Targo ahorrándose palabras y contemplando cómo se arruinaba el paciente trabajo invertido en los accesorios de Artorex—. Los comandantes se meten en sus tiendas cuando la lluvia llega al campo de batalla, así que el barro les aventaja a todos.

—El único detalle en relación a Anderida que Myrddion se dignó revelarnos es que se encuentra próxima a un pantano. Allí el barro no será nuestro amigo.

—¡Diablos, muchacho! Sabéis bien qué decir para que un viejo se sienta bien —exclamó Targo riéndose como un niño.

—Pero hasta el barro podría ser una ventaja, especialmente si nuestro enemigo cree que nunca nos revolcaríamos en él para alcanzar nuestro objetivo.

Targo miró fijamente a Artorex con los ojos muy brillantes y el ceño fruncido en señal de concentración.

—Ésa podría ser una buena idea, muchacho. Podríais tener razón.

La fama de Artorex se había extendido velozmente y los viandantes aminoraban sus pasos por las estrechas calles para desearle buena suerte. Finalmente, después de una hora de húmedo deambular por la ciudad, acertaron a encontrar a Myrddion y Llanwith en una taberna de escasa reputación fuera de las puertas de Venta Belgarum, donde se encontraban seleccionando los guerreros, en lo que Llanwith denominaba «una pequeña cacería».

Cuando Artorex vio la variopinta pandilla que sus dos amigos habían seleccionado, sospechó que tanto Llanwith como Myrddion habían perdido el juicio.

Por supuesto, Luka estaba ausente.

El aspecto del grupo de guerreros que bebían sobre una tosca mesa de caballetes era poco atractivo. Myrddion parecía haber elegido a los combatientes más rústicos y sucios que pudo encontrar. Llenos de cicatrices y tatuajes, de pelambreras y ropas harapientas, todos aquellos hombres sólo tenían una característica en común: sus armas estaban impecablemente limpias y brillantes.

Targo saludó alegremente a la escoria, como él les llamaba, e inmediatamente se sintió como pez en el agua. Después de charlar con ellos un rato, el veterano invitó a Artorex a conocer algunos de los sonrientes e impenitentemente mugrientos componentes de la tropa.

—Vosotros, hijos de puta, me habéis dicho que queríais conocer a Artorex y aquí está —se desgañitó Targo para hacerse oír por encima del alboroto de pequeños grupos de luchadores que hablaban en voz alta—. Para todos vosotros, él es el capitán Artorex y vuestro comandante. De momento, bonitas mías, no os presentaré al capitán, porque no recordará vuestros nombres. Pero ahora que os habéis reunido con nuestros «insoportables», necesitáis adecentaros un poco.

Artorex sobrellevó una ronda de palmadas en la espalda y pronto se percató de que muchos de esos hombres habían apostado por su brazo derecho en su pelea con Ban.

—¿Por qué? —preguntó Artorex a un hombre pequeño y robusto de rasgos repulsivos.

—Sólo había que pensar un poco, capitán. Por cierto, mi nombre es Pinhead. Vuestras herramientas son buenas. No bellas, sino buenas. Y os movíais realmente bien. No necesitabais escudo, aunque no me imagino una pelea en la distancia o enfrentarme a las flechas sin llevar uno —sonrió amigablemente a Artorex y le guiñó su único ojo—. Y lo fundamental, os importaba un bledo lo que ocurría a vuestro alrededor. Manteníais la mirada fija en lo primordial… sobre vuestro enemigo.

—¡Y eres muy guapo! —declaró sonriente un celta alto, diabólicamente bizco, soplando un beso en dirección a Artorex.

Sin dudarlo un segundo, éste le lanzó un revés en plena cara, con tal fuerza que, a pesar de su gran corpulencia, lo tiró al suelo. El celta se incorporó velozmente. Artorex esperaba que el hombre tirase de su espada, pero simplemente agitó su cabeza peluda y sonrió mansamente.

Pinhead se rió disimuladamente.

—Eres un bocazas, Rufus. Es un milagro que aún estés vivo. Tienes suerte de que el capitán sólo te haya devuelto un pequeño beso.

—Ruego perdón, capitán —se disculpó simplemente Rufus y cuando Artorex asintió, volvió a su cerveza.

—Este que está aquí es Odin, capitán —dijo Targo con picardía presentando a otro enorme guerrero—. No es su nombre verdadero, pero ninguna de estas bellezas me ha podido decir quién es. Es un juto.

Los ojos de Artorex examinaron al hombre. Odin era altísimo, incluso con sus

pies descalzos, tanto que tuvo que levantar la cabeza para fijarse en su rostro. Estaba enteramente envuelto en pieles y Artorex tenía dificultad en diferenciar dónde terminaba su pelo y dónde empezaba el pelaje del abrigo. Bajo un sencillo casco, la melena del hombre asomaba casi blanca, mientras que su barba, extraordinaria en longitud y espesor, se expandía como una mancha roja sobre su pecho fuerte y grueso. El guerrero llevaba un hacha que pendía de una cuerda doblada en el lado derecho de su cinto y a su izquierda una larguísima espada, de un peso sobrehumano y con la vaina desgastada.

—Bueno, éste sí que es una linda guerrera —dijo Targo dirigiéndose a la tropa.

Y todos se rieron.

Odin se puso a hablar rápidamente en una lengua que Artorex ni siquiera imaginaba poder entender, aunque pudo reconocer una palabra: Thor, pronunciada con reverencia.

Luego, ante el absoluto desconcierto del joven, Odin se arrodilló y puso el pie de Artorex sobre su cuello.

—No le hagáis caso, capitán —explicó Pinhead—. Está jurando una de sus promesas bárbaras… parece que le habéis caído bien. Ha quedado muy impresionado con vuestra pequeña demostración de ayer.

—¿Cómo es que un juto ha terminado en Venta Belgarum? —preguntó Artorex en medio de su abochornante consternación, mientras retiraba su pie de las manazas de Odin.

—Bueno, no fue por elección —explicó Pinhead—. Escapó de un grupo de alimañas sajonas que lo perseguían en las afueras de Londinium… y él corría. Parece que por alguna razón les había molestado. Cinco contra uno nos pareció una forma poco deportiva de luchar, así que Rufus y yo decidimos intervenir para igualar los bandos. Luego descubrimos que no se separaba de nosotros.

—Lo único que entendimos fue que estaba haciendo un juramento de sangre —agregó Rufus—. Parece que pensaba que su vida nos pertenecía.

—Y como siempre mencionaba a Odin, el nombre se nos pegó —explicaron al unísono Pinhead y su amigo Rufus.

—Además, pelea muy bien —agrego cordialmente Rufus—. Da miedo ver lo que puede hacer con un hacha. El solo podría despachar de este mundo a cuarenta sajones juntos.

—Entonces me complace que me aprecie —respondió Artorex levantando a Odin y sacando su daga del dragón. Dispuso la empuñadura del cuchillo hacia Odin, mientras retenía en su puño la hoja, en un gesto de amistad. Era un juego peligroso, porque el juto podía herir seriamente sus dedos con sólo tirar de la daga. Sin embargo, como Artorex esperaba, Odin simplemente puso su mano sobre el pomo y repitió su anterior juramento de sangre.

Una conmoción en las puertas llamó la atención de Targo.

—¡Por las tetas desnudas de la madre Juno, es Ban! —exclamó.

Desdeñando la agitación provocada por su presencia y con una breve inclinación de cabeza hacia Artorex, Ban se dirigió a Myrddion y habló con él tranquila y rápidamente. Ambos hombres estrecharon sus manos por las muñecas, en señal de que se había sellado un pacto.

Luego Ban se escabulló, de la misma forma tranquila y distraída que cuando llegó.

Artorex envainó su daga y se unió a Myrddion y Llanwith.

—La fortuna está de nuestro lado, Artorex. Ciertamente os sonríe —dijo Llanwith riéndose entre dientes—. Ban me dijo que desea asistirnos en la expedición. Él y toda su guardia personal se ofrecieron para acompañarnos. Cree que os lo debe.

Artorex, desconcertado, sacudió sus trenzas. Ban era un noble y un guerrero, dueño de extensas tierras, de hombres y de gran riqueza. Artorex pagaba todas sus deudas y recordaba cualquier favor recibido, pero se sorprendía cuando hombres como Ban se comportaban de igual modo. Keu, Severinus y el resto de sus parientes nunca habían mostrado el mínimo sentido de responsabilidad en sus actos. Y tampoco Uter Pandragón parecía apreciar demasiado el honor, a juzgar por sus actos.

—¿Con cuántos hombres contamos para nuestra acción combinada, Myrddion? —preguntó Artorex.

—Incluyendo la escoria de Targo, sesenta combatientes veteranos y personalmente creo que es más que suficiente. Tenemos las de ganar, con suerte y si atacamos por sorpresa. Si fracasamos en nuestra misión, tampoco debilitaremos demasiado las fuerzas de Uter. Como no disponemos de amigos que nos ayuden en la expedición, deberemos vivir a costa de las tierras y del forraje que encontremos en el viaje. Nuestra fuerza no es demasiado numerosa, lo que nos permitirá actuar por sorpresa.

Artorex se mostró de acuerdo, dado que las consideraciones tácticas de Myrddion eran sólidas.

Myrddion hizo señas para llamar la atención de Targo. El guerrero levantó la vista desde su jarra de cerveza y se dirigió hacia ambos hombres.

—¿Sí, señor? —preguntó el veterano muy atento bajo su aparente indiferencia soldadesca.

—Vuestros hombres deben estar listos y sobre sus monturas al amanecer —dijo Myrddion—. Sois ahora su jefe, aunque dudo que vuestro talento sea suficiente para disciplinar a esa ralea. Artorex es el capitán de nuestra tropa y él determinará todos los temas de mando. De momento podéis decir a vuestras aguerridas bellas que por hoy se acabaron las bebidas.

—Eso les encantará —bromeó Targo—. Pero obedecerán, tenéis mi palabra.

—Y será mejor que encontréis un caballo para ese bárbaro, uno bien grande —agregó Llanwith mientras Targo se alejaba.

—Si tenemos sesenta hombres, nuestras fuerzas deberían dividirse en bandas de veinte —decidió Artorex—. Targo encabezará su tropa, mientras Ban elegirá a veinte

de sus mejores hombres. Llanwith deberá hacerse cargo del resto —le sonrió—. Lo siento, amigo, haréis con ellos lo que podáis.

Llanwith dibujó una sonrisa burlona ante la expresión de tristeza del rostro de Artorex.

—Los hombres siempre cuentan. No importa quiénes sean, ni a qué dioses adoren, ellos obedecerán.

—Luka actuará de espía de vanguardia —agregó Myrddion—. Y se mantendrá adelantado al grupo en marcha. Tiene especial talento en infiltrarse y entiende la lengua sajona. Necesitamos utilizar todas las ventajas tácticas que tengamos.

—¿Y qué hay de vos, señor? —preguntó Artorex—. Sois el hombre indicado para llevar esta expedición.

Myrddion hizo una mueca.

—No soy un hombre de lucha —dictaminó con total aplomo—. Soy un estratega y nunca desarrollé habilidades para el combate. Soy manipulador y entendido, pero no sé manejar hombres. Mi función en vuestra expedición es actuar como mentor, médico y consejero. Es lo que se me da mejor. Vosotros cuatro encabezaréis la incursión con Artorex como comandante supremo, exactamente lo que pide Uter. Si Artorex cae, será misión de Llanwith la de regresar con los sobrevivientes.

Luka no regresó a la Fonda del Jabalí hasta casi el ocaso. La lluvia se había tornado en llovizna ligera, pero Luka estaba helado y calado hasta los huesos.

Pero lo peor era que tenía sus ojos encapuchados y no dejaba penetrar la mirada inquisitiva de Artorex.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Llanwith sirviéndole un vino caliente—. Mientras estuvisteis fuera pasándolo en grande, nosotros hemos reclutado nuestro batallón completo.

—Uter ha estado con su confesor desde el amanecer. No quiere ver a su reina y se niega a los remedios administrados por Morgana. La corte del Gran rey se prepara para su muerte.

—¿Y entonces?

—Morgana está contenta.

—Sólo la muerte de Uter y de todo lo que él aprecia puede hacer feliz a esa perra —dijo Myrddion vindicativamente.

—Estoy de acuerdo. Pero hay un detalle preocupante… mi pequeña Eilyn, mis ojos y oídos en palacio, podría estar equivocada.

—Desembucha, Luka —dijo Llanwith con una sonrisa—. ¿Tan malas son las comidillas de las cocinas? Nuestra situación no puede ser peor.

Pero algo que adivinó en el rostro de Luka, silenció a Llanwith y su fácil sonrisa se esfumó rápidamente.

—Botha y veinte guerreros veteranos salieron de Venta Belgarum poco después del amanecer. Cabalgaron hacia el oeste, en dirección a Sorviodunum.

Myrddion enarcó sus cejas.

—No veo que…

—Antes de partir, Botha liberó a sus esclavos y le entregó a Eilyn veinte piezas de oro para su futura dote —continuó Luka—. Parece que este hombre es su tío y ella cree que no tiene intenciones de regresar de esta campaña.

—Hay algo más en esta historia, ¿verdad, Luka? —interrumpió Artorex. Sintió que un escalofrío le recorría todo su cuerpo hasta ponerle los pelos de punta. Todos sus sentidos se pusieron en alerta.

Artorex trató de penetrar la mirada impasible de Luka con su propia visión de acero. La fuerza de sus ojos chocó contra la mirada del otro y Luka fue el primero en apartar la vista.

—¿A dónde se dirige Botha? No se apartaría de Uter a menos de haber recibido órdenes concretas de él.

—Botha evitó dar más detalles de su misión o de su destino a Eilyn. Pero ella me dijo que el hombre estaba profundamente afectado por las órdenes que le habían dado.

Un único pensamiento mantenía a Artorex jadeante y trastornado por saber más.

—¿Uter no se atrevería a levantar la mano contra Antor, verdad? —dijo sin aliento—. Ni siquiera el Gran rey se atrevería a ofender a la Britania romana. ¡No!… ¡No puede ser!… ¡Debo retornar a la villa!

—No podéis iros, Artorex —gritó Luka—. He hecho todo lo posible. Envié a dos rápidos mensajeros por vías distintas a Villa Poppinidii en cuanto me enteré de la partida de Botha. Tomé todas las precauciones, por si acaso.

Hizo una pausa.

—No podéis hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos que se han puesto en marcha, aunque hoy mismo retornaseis a Villa Poppinidii. Estáis a un día, quizá más, detrás de Botha. Me temo que no tenemos elección y estamos obligados a seguir con nuestros planes y cabalgar con nuestros combatientes hacia Anderida.

Luka tocó los hombros de Artorex para consolarlo, pero éste apartó sus brazos bruscamente. El rostro de Luka parecía agrandarse y Artorex era incapaz de decir si las intenciones que reflejaba eran de egoísmo, piedad o pánico.

—Si Uter ha enviado a Botha y sus guerreros a Villa Poppinidii llegaréis tarde para ayudarlos, aunque cabalguéis hasta reventar el corazón de Carbón —le rogó Luka—. Debéis confiar en que mis mensajeros lleguen a tiempo de alertar a Antor y a vuestra familia.

—A pesar de todo, debo volver a la villa, aunque llegue demasiado tarde —insistió Artorex y empezó a recoger su paquete de pieles de viaje—. Si algo le ocurre a mi familia no podré sobrevivir con la vergüenza.

—Lo que estáis diciendo no tiene ningún sentido —intervino Llanwith—. Los enloquecidos odios de Uter no son de vuestra exclusividad. Él es el arquitecto de todo lo malvado que sucede en este lugar y no se puede culpar a nadie más que a él. Además, ¿no estamos aventurando demasiado sobre sus intenciones? El camino que

lleva a Sorviodunum pasa por muchos sitios que se encuentran dentro de los dominios del Gran rey y Botha podría haber sido enviado a cualquiera de esos lugares. ¿Qué podría ganar Uter enviando a sus guardias a Villa Poppinidii?

Luka desvió su mirada, sólo Llanwith escuchó su repentino suspiro de aprehensión.

—De cualquier manera, tengo la intención de volver a Villa Poppinidii inmediatamente, digáis lo que digáis —repitió Artorex con una expresión de determinación irrenunciable.

Los tres viajeros se miraron, sus rostros pasmados ante la posibilidad de que su misión fracasara totalmente y se colapsaran todos los planes construidos con tanta dedicación.

—Uter os señalará como un cobarde y os enviará a la muerte por traidor —argumentó Myrddion—. Si abandonáis la misión, él arrasará Villa Poppinidii hasta los cimientos en castigo por vuestra traición y Antor sería declarado fuera de la ley. Vuestros guerreros… y amigos… morirán también. Decidirá que todos nosotros no merecemos vivir.

—De todas formas, mis obligaciones son con mi familia en Villa Poppinidii —murmuró Artorex con insistencia—. Siento los males que esto os pueda causar, pero no tengo otra alternativa.

Cuando se estaba agachando para recoger sus armas, algo que no pudo ver le alcanzó por detrás y antes de que pudiese girarse, su cabeza explotó y sus rodillas cedieron al peso de su cuerpo.

Targo miró a su amo caído y sacudió sus dedos amoratados que habían quedado atrapados alrededor del mango del cuchillo que había aturdido a Artorex.

—Vosotros los grandes me sorprendéis. ¡Habláis sin parar! Este muchacho podría haberse ido y recorrer toda esa distancia hasta alcanzar a su familia y mientras vosotros seguirías pensando en frases nobles para protegerlo del mal. Así que el viejo Targo tiene que darle un golpe al muchacho para dejarlo sin sentido y así evitar que desperdicie su vida. Quiero a este muchacho y probablemente moriría por él, pero no me importaría condenarme si con eso llego a entender por qué ese Uter lo odia tanto.

Luka y Llanwith levantaron a Artorex con delicadeza y llevaron su cuerpo flácido hasta una pila de pieles en un rincón de la habitación. Luka examinó el ritmo de su respiración y Llanwith lo cubrió con otra piel gruesa. Mientras tanto, Myrddion aferró el brazo del veterano y lo obligó a escucharlo.

—Sé que estáis enfadado, Targo —susurró Myrddion al soldado—. Puedo entender que podáis pensar que de alguna manera hemos malogrado a Artorex, pero ha llegado el momento de que sepáis toda la historia del muchacho.

Hizo una pausa para poner en orden sus pensamientos.

—Artorex es el primer y único hijo vivo del rey Uter, nacido del seno de Ygerne, después de una boda apresurada. Uter dio órdenes para que el bebé fuese entregado al obispo Lucius de Glastonbury, quien se debería encargar de exponer a la criatura a los

elementos hasta su muerte. Lucius no tuvo agallas o la suficiente inmoralidad para matar a un inocente, aunque fuese por orden del Gran rey y entonces decidió enviarlo tan lejos de su influencia como pudiese, hasta Lord Antor y una forma de vida romana. El buen clérigo dedicó después cientos de horas a rezar de rodillas a su dios y pedirle su protección por haber desafiado los deseos de su rey.

—Pero vos mismo le asegurasteis a Artorex que él no tenía ningún parentesco con Uter —protestó Targo.

—No le mentí. Le dije que no era el *bastardo* de Uter ya que está claro que es su hijo *legítimo. ¿Cómo* podría alertar al muchacho de los peligros de su estirpe? Lo habría revelado ante Uter… por su aspecto, sus gestos o incluso por una palabra descuidada. Y entonces ese loco lo habría matado inmediatamente —Myrddion miró sus manos. Su rostro estaba abatido por la vergüenza—. No tenía otra posibilidad. Lo que importa es el país y sus gentes.

Targo dejó escapar una exclamación de disgusto.

—¿Sabe algo Antor sobre la clase de niño que ha acogido en su familia? ¿Se imaginó el peligro que entrañaría para su familia al permitir que ese niño entrase en su casa?

—No, habían pasado casi doce años cuando Lucius me confesó los detalles de su intervención en el siniestro esquema de Uter. Y el obispo no sabía si el padre de Artorex era Gorlois o Uter Pandragón. Tampoco lo sabíamos nosotros hasta que lo vimos por primera vez. ¡Dioses! Casi me postro ante él cuando sólo tenía doce años y costras en las rodillas. Desde entonces nuestro único objetivo fue el de mantener al muchacho a salvo, porque es nuestra única esperanza si queremos oponernos al inexorable avance de las hordas sajonas. Nuestra intención es unir todas las tribus bajo la bandera de Artorex para que peleen como un cuerpo único.

—No me extraña que objetaseis el matrimonio de Artorex —farfulló Targo—. Los reyes celtas no aceptarían una reina de linaje romano.

—Pobre Gallia —dijo Luka—. Pero juro que no sabía que Eilyn tenía algún parentesco con Botha cuando nos acostamos.

Tres pares de ojos horrorizados se clavaron en Luka.

—¿Le dijisteis a esa perra que Artorex estaba casado… y que era padre? —preguntó Myrddion, asombrado ante la estupidez de Luka.

—Sí, lo hice —confesó éste con la mirada gacha—. Habló de Artorex y lo describió como un hombre bello. Sin pensarlo, le dije que ya estaba comprometido con otra mujer. Ambos nos utilizamos y yo había bebido demasiado vino tratando de conseguir información —se defendió Luka—. Me enteré de los movimientos de Botha gracias a Eilyn. ¿Cómo podía predecir que un desliz de una lengua borracha haría que Uter obtuviese la peligrosa información concerniente a Villa Poppinidii?

—¡No puedo creer que hayáis sido tan insensato y estúpido, Luka!

La mirada de Myrddion era dura y Luka se encogió bajo el ceño acusador de su amigo. Cuando quería, podía ser tan terrorífico como Uter Pandragón.

—¡Hades, que se mueran todos los tiranos! —maldijo Myrddion, dando una patada al petate de Artorex—. Mil perdones, Luka. No podíais sospechar que hubiese tal parentesco, pero habría deseado que fueseis más prudente.

—Sí. La culpa es mía. Y también la vergüenza, si algo le sucediese a la pequeña Gallia.

Luka estaba tan apesadumbrado que hasta a Targo le faltó coraje para asediarlo más.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Llanwith rudamente y señalando el cuerpo inconsciente de Artorex—. El muchacho no volverá a confiar en nosotros… y tiene razones.

—No podemos hacer nada. Debemos dejar que la fortuna ruede, ya que todas las decisiones han sido tomadas y ahora estamos obligados a seguirlas —respondió Myrddion con tristeza.

—Espero que seáis conscientes de que el muchacho nunca nos perdonará lo que hemos hecho esta noche —susurró Targo con ojos tristes y severos.

—Lo sé. Entiendo las consecuencias de lo que ha ocurrido —replicó Myrddion como distante—. Pero el destino del oeste es más importante que el de un hombre o de un grupo de hombres. Y la pequeña Gallia está expuesta a lo que le depare la suerte… como nosotros.

Cuando Artorex despertó, tenía un insoportable dolor de cabeza, el estómago pesado y le costaba comprender dónde estaba. Luego, el recuerdo de los sucesos de la noche y la posibilidad de que Botha pudiese hacer daño a su familia volvieron para aterrorizarlo. Se sentó de golpe y se puso a buscar sus armas.

Targo estaba sentado de espaldas a la puerta y con una espada sobre sus rodillas.

—Ya es muy tarde, muchacho. Pase lo que pase en Villa Poppinidii… si esa es la dirección emprendida por Botha… ya habrá acaecido hace horas. Ahora ya es demasiado tarde, así que vestios, porque hoy partimos para Anderida.

Miraba hacia su antiguo alumno con la cara apesadumbrada ante los ojos fijos y llenos de odio que lo contemplaban ferozmente.

—¿Por qué habéis sido tan malvado conmigo, Targo? ¿Acaso Villa Poppinidii no es también vuestro hogar?

—No me tentéis muchacho o volveré a dejaros sin sentido, si con eso os salvo de la estupidez.

—Entonces no me habléis —gruño Artorex al tiempo que la rabia se asomaba en sus ojos pálidos—. ¡Dejadme solo! ¡Inmediatamente!

—No, muchacho. Podéis odiarme si queréis, pero no os dejaré —Targo eligió sus palabras cuidadosamente—. Cabalgaréis a Anderida con vuestra ralea, porque nunca se mantendrán leales si no conseguís controlaros. Vuestro padre adoptivo y Frith han jurado que mantendrían a Gallia a salvo, y no van a romper sus promesas tan fácilmente. Podéis matarme si queréis, o bien ordenarme que me mate a mí mismo. Obedeceré vuestras órdenes. Pero vuestro destino es el de ser el gran líder de los

británicos y ese destino no permitirá que despreciéis el futuro del oeste, ni por cien esposas, ni por mil hijos. Las decisiones tomadas para vos son el resultado de las torticeras acciones iniciadas por el mezquino Uter Pandragón.

—¿Por qué, Targo? ¿Por qué me odia tanto?

—Uter no soporta la idea de que *nadie* pueda ser mejor guerrero o mejor líder que él. Es un maníaco tan dispuesto a mantener su reputación que es capaz de perjudicarse a sí mismo para vengarse de alguien.

—Puede que él me tema, pero en realidad no soy ninguna amenaza, ni para él, ni para nadie. ¡Que el viejo monstruo vil muera en la peor agonía si hace daño a mi familia sin ninguna razón!

—Si es necesario, me encargaré personalmente de que grite de dolor en el momento final —prometió Targo—. Pero por ahora, debéis lavaros la cara, vestiros y presentaros ante vuestras fuerzas. Muchos de vuestros hombres morirán por vos en los días venideros.

Y así, Artorex se vio forzado a reconciliarse consigo mismo en su primer gran sacrificio. La fría razón prevaleció sobre todos sus delicados instintos, sobre el amor a su familia y los deseos de proteger su hogar. Una tenue voz interior le aseguraba que las palabras de Targo eran acertadas.

Sin embargo, mientras aceptaba su destino, algo se marchitó en el alma de Artorex. Se percató de que, aunque Gallia y la pequeña Licia estuviesen a salvo y aunque la villa resultase intacta, él había tomado una decisión consciente… una que nunca olvidaría y menos aún, perdonaría.

MEDIDA EN LÍNEA RECTA, Anderida no estaba demasiado alejada de Venta Belgarum, pero a la fuerza atacante no le interesaba alcanzar su destino por las rutas más obvias y convenientes. De acuerdo con los mapas de Myrddion y de las informaciones sobre el terreno obtenidas por sus espías, Artorex tenía cuatro posibilidades de aproximación para alcanzar el objetivo. Desgraciadamente, en esta campaña, las posibilidades se reducían si se quería dar un golpe por sorpresa.

La primera posibilidad era seguir la ruta fácil a lo largo de la costa. Pero Artorex pronto concluyó que la falta de cobertura debido a la escasa vegetación, lo llano del terreno y los acantilados de tiza que bordeaban al mar contribuían a que fuesen fácilmente descubiertos. Los sajones podrían ser advertidos de la eminencia del ataque de la fuerza de Artorex mucho antes de que tuviesen Anderida a la vista. El pequeño ejército sería atrapado entre las montañas y el mar y sería aplastado por los sajones.

La segunda y tercera opción eran igualmente imposibles. Llevarían a la tropa a través de cadenas montañosas cubiertas de densos bosques hasta áreas seguras desde donde se dominase el punto de destino. Desgraciadamente, cada una de esas rutas acababa en las sólidas puertas que guardaban la fortaleza.

La cuarta y última posibilidad era cabalgar a través de un valle húmedo y poco boscoso, que conducía hasta unos profundos pantanos. Estos terrenos desarbolados, baldíos y traicioneros protegían el flanco oeste de la guarnición.

Artorex comprendió que la ruta más fácil era un suicidio y que esa opción debía ser rechazada inmediatamente. Además, la travesía siguiendo los terrenos altos sería extremadamente difícil, excepto para jinetes avezados como los que llevaban Ban y Llanwith. Por otro lado, los pantanos sólo podían ser cruzados a pie y sólo podrían hacerlo los guerreros con escasas armas y vituallas para evitar hundirse.

Para complicar todavía más las cosas, Luka explicó que desde la fortaleza de Anderida solían partir regularmente patrullas de guerreros sajones que hacían incursiones por los alrededores con acciones depredadoras. La fortaleza estaba situaba estratégicamente al borde de la estrecha llanura costera por donde se accedía a Noviomagus[22], Portus Adurni y de allí a la capital de invierno de Uter: Venta Belgarum. Los británicos describían desde hacía mucho tiempo a los sajones como lobos. Golpeaban rápido y agresivamente en pequeños grupos y mataban a todo ser vivo que se interpusiese en su camino. Luego se retiraban a Anderida, donde vivían totalmente seguros, con el mar a sus espaldas y los traicioneros pantanos protegiendo su flanco norte.

Mientras la fuerza de Artorex salía de Venta Belgarum, una multitud silenciosa se agrupaba para ver pasar a los voluntarios, ya que su inminente partida se rumoreaba en las calles. Hasta los altos edificios de madera de varios pisos parecían inclinarse con curiosidad cuando la banda se encaminaba hacia la principal puerta de salida de la ciudad.

Artorex estaba todavía impresionado por el tamaño de Venta Belgarum y ni siquiera los temores por la seguridad de su familia y su hosca rabia alcanzaban a borrar su admiración por las numerosas personas apiñadas en cada lugar estratégico para verlos pasar.

Los hombres de Targo habían confeccionado una bandera insolente, un jirón de vieja tela color blanco sobre la cual uno de sus contendientes había pintarrajeado un rojo dragón rampante. El trapo izado había sido atado al extremo de un palo, probablemente robado, y era asido por la garra enguantada de Pinhead.

Los hombres de Ban marchaban bajo un estandarte que mostraba el bordado de un puño de hierro sosteniendo una tea ardiente. El cuero de sus arneses brillaba con sus discos de bronce y sus rostros mostraban el comportamiento de los soldados profesionales. La multitud lo aclamó y Ban alzó su puño cerrado en señal de agradecimiento y saludo.

Había poca diferencia entre los hombres de Ban y la caballería de Llanwith, salvo que el estandarte de pen Bryn llevaba un dragón verde agazapado con sus alas desplegadas, preparado para el ataque. Llanwith decidió no hacer caso a la multitud que tiraba flores para que la caballería caminase sobre ellas. Las mujeres se adelantaban para arrojar pequeños regalos a los guerreros y Artorex se sintió confuso

cuando una anciana le puso un delgado lazo en sus manos. Habría devuelto el regalo, pero la mujer se desvaneció entre el gentío.

—¿Por qué la gente está tan interesada en nuestra expedición? —preguntó Artorex a Targo.

—Anderida y sus hordas sajonas atemorizan tanto al pueblo del sur que cualquiera que intente evitarles esa amenaza cuenta con su gratitud. Usad la cinta de la anciana y recordad lo mucho que para la gente ordinaria significa nuestro ataque.

—Me siento como un fraude —replicó Artorex, pero ató el corto lazo escarlata alrededor de su muñeca—. No estoy muy seguro de querer estar aquí… estoy mucho más interesado en mi familia que en esta gente.

—Entonces tratad de disimular —le lanzó Targo con sus ojos puestos en el camino.

Durante la primera noche se ordenó a los hombres que mantuviesen los fuegos al mínimo y que enfundasen con tiras de tela los cascos de sus caballos maneados. Los sajones podían estar detrás de cualquier árbol y Luka era el único que en la vanguardia, podría alertar de una emboscada.

El rey brigante se unió a la tropa con las luces grises de un amanecer mojado.

—De aquí en adelante el terreno es malo, amigos. La ruta de la costa no ofrece ni una cobertura, pero las rutas de la montaña parecen ser lentas y duras tanto para los hombres como para las bestias.

—¿Y la ruta del valle? —preguntó Artorex.

—Permite cierta cobertura, pero no demasiada —Luka esbozó una sonrisa—. Los pantanos sí son una efectiva barrera a nuestro paso.

—Pero no son infranqueables, ¿verdad? —insistió Artorex.

—No, pero la empalizada de la fortaleza se asoma a parte de los pantanos. Y hay grandes extensiones de agua, juncos y barros en los que es fácil hundirse y de los que no se puede salir sin ayuda.

—¿Se mantienen guardias en las zonas que limitan con los pantanos? —volvió a insistir Artorex, lo que irritó a Luka y a Ban.

Los ojos de Myrddion relucían.

—Ni siquiera tienen una puerta de ese lado, Artorex. ¿Por qué habrían de tenerla? ¿Quién va a arrastrarse por los pantanos y escalar sus murallas?

—¡Yo lo haré y también lo hará mi hueste! Es la ruta más directa, aunque parece dolorosamente lenta. Los sajones no esperan un ataque desde ese lado y sus defensas estarán concentradas en las entradas a su fortaleza.

—Es cierto —acordó Llanwith con cautela—. Pero el coste de hombres de nuestra pequeña tropa a pie será alto sí tratamos de escalar las murallas… o bien si son descubiertos antes de estar preparados para lanzar el ataque.

Artorex cogió un trozo de una rama y dibujó aproximadamente la guarnición y el terreno pantanoso que la rodeaba.

—Si la patrulla de Ban de veinte hombres a caballo se desplazase por las cumbres

del norte, serían capaces de evitar ser detectados en su ruta —explicó Artorex brevemente—. Y al ser un grupo de pocos hombres y caballos, no se moverán con demasiada lentitud a través del terreno difícil. El objetivo de este pelotón será el de atacar por la puerta norte.

Los otros asintieron.

—Si la tropa de Llanwith sigue la ruta sur y se mantiene a cubierto por los bosques de las crestas de los montes, también evitaría ser detectada desde la costa. Ellos atacarán por la puerta sur.

—Estoy de acuerdo con vuestra evaluación y animado a llevar adelante la misión encargada —asintió Llanwith.

—Si pudiésemos ganar la entrada a ambas puertas durante la noche o al romper el alba, podríamos causar una tremenda confusión —apuntó Ban—. Pero a menos que esas puertas no estén abiertas, perderemos fuerza antes de comenzar. Nuestra coordinación debe ser perfecta —sonrió a los otros líderes mientras un escalofrío de excitación se asomaba a sus ojos cautelosos—. Pero si el tercer grupo pudiese emerger de los pantanos en la oscuridad y sigilosamente subiese por la empalizada utilizando garfios, quizás lograsen abrir las puertas antes de que los sajones se enterasen de lo que estaba ocurriendo. Así tendríamos la ventaja de cogerlos totalmente por sorpresa.

—¡Exactamente! —sonrió Artorex.

—Desgraciadamente, el tamaño de nuestras fuerzas es muy limitado y dudo de que seamos lo suficientemente numerosos para llevar a cabo este plan con éxito —continuó Ban con pena.

—Pero los sajones no tienen caballos —apuntó Artorex—. Además de la canalla, tendremos a una caballería de cuarenta hombres atacando en la penumbra del amanecer con la ventaja de la sorpresa. Si tenemos éxito podremos hacer una lluvia de fuego con nuestras flechas sobre sus instalaciones hasta que toda la fortaleza arda en llamas. Nuestro punto débil son los soldados que atacarán los muros de a pie. ¡Si ellos fracasan, estamos todos muertos!

Artorex desafió a los otros líderes.

—¿Tenéis alguna objeción? Hablad ahora, porque sólo soy un novato en estrategias de guerra y estoy dispuesto a aceptar lo que digan otros más expertos.

—No tengo un plan mejor —replicó Ban con una sonrisa abierta—. Todos moriremos algún día, así que llevaré mis tropas por el norte. Son jinetes expertos y veteranos en batallas.

—Y yo tomaré la ruta del sur por las mismas razones —afirmó Llanwith con una sonrisa maliciosa.

—La ralea tomará la ruta directa bajo las órdenes de Targo —dijo Artorex secamente—. Yo los seguiré, ya que no es necesaria demasiada disciplina… sólo la astucia de las ratas, la pelea cuerpo a cuerpo y una disposición cruel. Sólo queda un asunto final. Tenemos que estar cerca de nuestras posiciones al atardecer dentro de

tres días para que podamos colocarnos en nuestras posiciones en la oscuridad.

—¡Qué bien! —replicó Llanwith con una risa burlona—. Me encanta atacar puertas impenetrables cuando no puedo ver la punta de mi nariz.

—Pero podemos hacer unos bonitos fuegos en el interior cuando estemos listos para atacar, ya que la madera arde muy bien, amigos —rebatió Ban—. Especialmente si agregamos un poco de grasa fundida y algo de brea.

—El grupo más lento tardará tres días en llegar hasta su posición —continuó Artorex—. Una vez que lleguen a sus puntos de encuentro, deberán permanecer allí, escondidos, hasta que Luka confirme las posiciones de los otros dos grupos. Él os dirá el tiempo que se necesita para coordinar los movimientos. Luego se reunirá con nosotros en las murallas de Anderida.

Artorex contempló los rostros de sus comandantes.

—¿Hay algún otro tema que considerar?

Todos los líderes negaron con sus cabezas.

Myrddion examinó las caras expectantes del grupo reunido.

—Entonces, amigos, las decisiones están tomadas —miró hacia el cielo pálido y ceniciento—. Hoy no habrá sol y esta lluvia continuará, así que debemos movernos rápido a lo largo de nuestras rutas aprovechando que está cubierto y gris. Debemos desarmar el carro que lleva nuestros equipos y provisiones y cargar sólo con las armas necesarias para el ataque. En cuanto iniciemos la marcha, cada grupo actuará de forma independiente hasta que nos reunamos en Anderida.

Sonrió a su joven protegido.

—Os deseo buena suerte, Artorex, la necesitaréis.

Silenciosos, los hombres salieron taciturnos de su vivaque hacia el norte y hacia el sur, según lo previsto, mientras Targo y sus camaradas seguían por las sendas de los bosques a lo largo de los ríos y se resguardaban bajo la sucesión de bosquecillos de robles que habían crecido mucho tiempo antes de que Uter fuese un niño.

Artorex transmitió el plan a Targo, para que así, el veterano pudiese advertir a la caterva la importancia de su papel en la próxima acción. Para su sorpresa los hombres preferían la acción propuesta de la puerta de atrás, ya que les daba la ventaja de estar a cubierto hasta llegar a los pies de la muralla.

Estos hombres harapientos sabían cómo luchar. De hecho, la mayoría de los mercenarios no tenían otras habilidades y sus mejores posibilidades estaban en los sitios estrechos y engañosos donde su astucia y crueldad les daba ventaja.

«Son el arma perfecta para el pantano y las empalizadas», pensó Artorex, mientras trataba desesperadamente de borrar a Gallia y Licia de su mente, al igual que luchaba por olvidar que muchos de esos hombres, chusma como eran, morirían por su culpa si la estrategia del ataque resultaba demasiado audaz.

La soldadesca no se quejó cuando se les prohibió encender fuegos por la noche, ya que entendían que ningún comandante sensato permitiría revelar su presencia al enemigo. Tampoco se opusieron a desplazarse principalmente durante la noche y

dormir sólo unas horas durante el día bajo montones de hojas o a lo largo de troncos caídos.

—Toda campaña es más o menos lo mismo que cualquier otra —le dijo Targo a Artorex, mientras se tumbaban en un bosque poco arbolado en su primer turno de descanso—. Estos hombres han peleado por todo el mundo romano, por lo que conocen las privaciones del soldado. No les importa el barro, los pantanos o el frío acero, siempre que puedan recoger sus botines al final de la batalla. Tienen prioridades muy simples.

Gradualmente el campamento fue quedando en silencio.

—Lo siento, Artorex —su voz era entrecortada y el joven se preguntó si Targo había estado llorando, amparado en la oscuridad y bajo la espesa cobertura de hojas.

—No os preocupéis, viejo. Al menos el motivo fue vuestro afecto hacia mí —Artorex estaba sorprendido por el deje amargo de su propia voz—. Los tres viajeros me ven como el instrumento para salvar su propio mundo.

—No, muchacho, estáis equivocado. Los tres y especialmente Myrddion, haría todo… *absolutamente todo*… para quitaros ese peso de encima. Sí, sois necesario para sus planes… pero os quieren. Los he vigilado de cerca, porque yo tampoco quiero ser usado como un instrumento en los planes de otros hombres. Pero debéis absolverlos de ese pecado.

Volvió el silencio y Artorex se preguntó si su viejo mentor se habría dormido.

—No tuve necesidad de preocuparme, Targo, hasta mi pelea con Ban en Venta Belgarum.

Artorex sintió el crujido de las hojas secas, como si un viento fantasmal se colase entre los montones de hierbas secas.

—¿Sobre qué? —preguntó en un susurro fino como un hilo.

—Sobre si tendría agallas para matar a un hombre. Ahora, Uter me ha dado un incentivo y creo que sólo la sangre me hará sentir mejor. Alguien debe morir, y como no puedo matar a Uter, debo matar sajones en su lugar.

—Tened cuidado. La muerte es algo muy serio… y definitivo.

—Soy hijo de mi padre, ¿verdad? ¿Qué importancia tienen unos sajones más o menos?

Profundamente abrigado bajo el montón de hojas, Targo habría llorado… si supiese cómo.

UNAS HORAS MÁS tarde la tropa avanzaba a paso acelerado, aunque sus estómagos rugían de hambre. Mejor que llevar comida, era llevar las armas que preservan la vida. Los mercenarios comerían y beberían una vez que tomasen Anderida e hiciesen suya la fortaleza.

Targo se había vuelto un entusiasta de su variopinta tropa y conocía los nombres de cada uno de los miembros a sus órdenes. De todos ellos, Odin era el más peculiar.

—Esa masa de pelo y músculo permanece absolutamente silenciosa una vez que ha montado en un caballo y pierde contacto con el suelo. Juro que se integra en el paisaje de tal manera que uno podría caminar a través de él. No os daríais cuenta de su existencia hasta cuando te ha cortado los cojones —Targo miraba hacia Odin que estaba a la vanguardia de la tropa entre los árboles—. ¡Dioses, siempre va descalzo! Parece que el frío le importa un bledo.

—Me alegra que nos enfrentemos a los sajones y no a los de Jutlandia, si sus compatriotas son todos como Odin —replicó Artorex débilmente mientras cabalgaban al paso sobre los cascos amortiguados con trapos a través de la nieve que caía suavemente.

—No consigo ver diferencias entre los bárbaros —se quejó Targo—. Todos están hechos como las grandes montañas.

—Por eso César los dejó para que se hiciesen pedazos unos a otros al otro lado del río Rhenus.

Después de dos duras jornadas de viaje, la cubierta del bosque empezó a ralear hasta transformarse en simples ondulaciones de un erial marrón, desnudo y barrido por polvo de nieve. Los caballos fueron dejados con maneas en el límite del bosque y los hombres continuaron a pie. Cuando el terreno no ofrecía ninguna protección, los guerreros gateaban apoyándose en manos y rodillas.

Targo llevaba a los hombres con prisa, ya que debían encontrar un abrigo antes de que cayese la noche. Debían andar con paso ligero, aunque sus piernas les doliesen y sus manos se pusiesen moradas de frío.

Targo casi no hablaba con Artorex, porque temía introducirse dentro de ese lugar calmo e impenetrable donde su amo se había recluido. Mientras empujaba sus viejas piernas para mantener el ritmo incansable devora-kilómetros de Artorex, se acobardó al pensar en la ansiedad y amargura del muchacho. Si los pensamientos de venganza lo mantenían a salvo de los sajones y del bastardo de Uter Pandragón, sea. A lo mejor nos hemos preocupado por nada, musitó.

Pero Targo tenía el hormigueo de los soldados en sus palmas y un instinto de cazador de hombres. Botha habría ido probablemente a su muerte, ya que el capitán de Uter había indicado que no tenía pensado retornar a Venta Belgarum. La misión que se le había encomendado bien podría ser deshonrosa. Y de ser así, todo lo que el viejo Targo amaba probablemente habría sido destruido… y él no había hecho nada para evitar el desastre.

Los pantanos estaban ahora ante la soldadesca y Anderida les llamaba con su canto de sirena invencible.

CAPÍTULO XIII

EL GRITO DE LA CARROÑA

EN LA LEJANA Villa Poppinidii, unas horas antes de que Artorex definiese su temerario plan para atacar a Anderida, Antor y Keu supervisaban la doma de su tropilla de primales en el picadero. Estaban observando un joven potro que estrenaba la brida, cuando un sirviente señaló en dirección al largo camino que conducía hasta la villa.

Un caballo se acercaba lento y pesado, dando tropezones y aparentemente guiado por su propio instinto. Evitaba cuidadosamente las riendas que colgaban sueltas mientras escogía su camino entre las rodadas.

Antor dio rápidas órdenes y un sirviente corrió hasta la bestia. Antor y Keu lo siguieron a paso más lento, en deferencia a las endurecidas articulaciones del primero.

Cuando el sirviente empezó a conducir el vacilante caballo hacia ellos, Keu y Antor divisaron la figura de un hombre desplomado sobre el caballo, con los brazos atados alrededor de su cuello. La sangre manchaba los músculos esculpidos en el pecho del caballo y corría como hilos que bajaban por la pierna derecha del rocín, manando desde una profunda herida en su costado.

De alguna forma, el hombre herido se las había ingeniado para atar un pañuelo haciendo una apretada compresa para disminuir la hemorragia. También se había enlazado sus muñecas con parte de su camisa, para no caerse en caso de que perdiera la conciencia y había puesto el caballo en dirección a la villa.

Ambos hombres estaban muy afectados imaginando el dolor que habría soportado el joven guerrero para asegurarse que lograría mantenerse montado sobre el semental.

—Se habría muerto desangrado y debilitado si se hubiese caído de su caballo con este tiempo tan frío —dijo Antor en voz baja—. Aunque gracias al frío se ha mantenido vivo porque su sangre se ha congelado en las heridas en lugar de manar a borbotones. Está casi muerto… y me sorprendería si llegase a sobrevivir.

Antor miró con detenimiento hacia la dirección por donde había venido el jinete.

—Todo parece en orden y desearía no equivocarme —Antor advirtió a su hijo—. Pero huelo problemas en el viento.

—Quizá nuestros trabajadores deberían quedarse en la villa esta noche —sugirió Keu—. Yo también siento como si ojos extraños estuvieran observándonos. Dormiré

más tranquilo sabiendo que hay hombres extras a nuestro alcance durmiendo en el establo, en caso de que los necesitemos.

—Dad las órdenes entonces, hijo. En el mejor de los casos dormirán abrigados en los establos. En el peor, necesitaremos su ayuda si hay asaltantes sajones fuera.

Nada se agitaba.

Nada se movía.

Hasta los pájaros estaban en silencio y Antor sintió en su estómago un escalofrío de aprehensión. El viento frío traía aroma a nieves y sabía que debía dejar al hombre herido en manos de las mujeres de la villa lo más rápido posible, pero sentía una comezón en las palmas de las manos como si se estuviese tramando algo a su alrededor.

Antor advirtió un pequeño escalofrío al reconocer que tenía miedo.

Keu cogió las riendas del caballo y despachó al sirviente para que llevase un mensaje urgente al principal de la aldea, alertándolo de que enviase a las mujeres y los niños al bosque en caso de un ataque y solicitando a todos los hombres aptos que asistiesen a la defensa de la villa. Después, padre e hijo tiraron del agotado caballo en un último esfuerzo para llevar al herido al calor de la villa.

Gallia estaba descansando en su propia cama caliente después de haber sufrido varios ataques de náuseas que provocaron que su estómago rechazase toda comida. Esa mañana, contenta porque su ama no estaba demasiado enferma, la vieja Frith había llevado a Licia a la villa para evitar que la curiosa niña molestase a su madre con su cotorreo infantil. Las habilidades terapéuticas de Frith eran ahora necesarias.

Como siempre, Julanna agradeció la presencia de Licia que jugaba feliz con su pequeña Livinia, por lo que Frith se apresuró hasta el almacén auxiliar donde se había instalado al extranjero herido encima de un jergón. Limpió la cuchillada abierta en el costado del joven guerrero con agua caliente y una toalla. Observó con desilusión que a simple vista se apreciaban algunos bucles rosados de los intestinos claramente dañados. El profundo corte ya emitía un ligero olor fétido, por lo que dedujo que sus curas serían inútiles. A pesar de todo, cosió la herida y la limpió antes de vendarla fuertemente. Se sentó junto al muchacho, porque no tenía mucho más de dieciséis años, durante toda la larga tarde.

Durante todo ese tiempo no dijo ni una sola palabra.

Tal como había prometido, Keu hizo pernoctar a los trabajadores en la villa, una vez completada su jornada normal de trabajo. Afortunadamente la mayoría de esos hombres habían sido entrenados para la defensa de la villa por Targo, por lo que estaban familiarizados con espadas, dagas, arcos y hachas que se guardaban en la sala de armas de la villa. Mejor que dormir en los cuartos de los sirvientes, planearon mantenerse en guardia en los almacenes cercanos a la villa.

Keu agradeció poder dar la bienvenida a un buen número de hombres enviados por el principal de la aldea. Aunque carecían de armamento convencional, todos los voluntarios traían guadañas, hoces y otros instrumentos de agricultura de aspecto

amenazador. Estos hombres eran fieles por juramento a un pacto no escrito que existía entre Villa Poppinidii y sus propios hogares.

Para aquellas almas arraigadas en esas tierras, cualquier amenaza a uno de ellos era una amenaza a todos. Además, los aldeanos estaban casi de fiesta, porque después de todo, hay formas peores de pasar una noche fría de invierno que en el alojamiento de un establo caliente con cerveza para beber y un buen cocido para devorar.

Villa Poppinidii había sido construida según la tradición romana, con gruesos muros que sólo ofrecían a los enemigos un único punto de acceso. Unas pesadas puertas de madera sellaban el edificio principal de la villa y el aire limpio y la luz entraban por el atrio ajardinado centrado en el largo rectángulo del edificio. Una columnata rodeaba ese atrio y las habitaciones se abrían directamente al largo corredor techado de tejas. La villa era casi inexpugnable.

Pero las puertas pueden ser derribadas y ningún lugar es totalmente seguro. El edificio contaba con un sistema de ventilación cruzada que se distribuía sobre los muros más largos de la construcción y que permitía mitigar el calor del verano. Éste estaba compuesto por una serie de aberturas con postigos de una altura de media persona y el ancho de un brazo y que constituía el punto débil de la defensa. Uno de estos postigos se encontraba en la despensa donde ahora yacía el hombre herido. También Julanna había elegido dormir en la habitación que tenía el otro postigo, debido a su aversión a los espacios cerrados. Por ello, Antor decidió que esas dos habitaciones, además de la entrada principal, debían ser protegidas por una fuerte guardia.

La villa estaba rodeada por edificios anejos, tales como establos, cochiqueras, el pabellón de los sirvientes, la prensa de manzanas, los almacenes y una bodega semienterrada, todos ellos esparcidos muy cerca del edificio principal de la casa. Los potreros se ubicaban al lado oeste de la villa y no ofrecían ninguna cobertura donde pudiese esconderse el enemigo, pero en cambio, las huertas con numerosos manzanos, perales y limoneros podrían esconder un ejército entero que atacase por el este.

Antor prefirió mantener a sus labriegos y voluntarios en las caballerizas y graneros, como una reserva de los defensores que estaban en el edificio principal de la casa. Desde este punto estratégico externo, podrían caer encima de los atolondrados que decidiesen atacar la entrada de forma frontal. Las mujeres de la villa se encerrarían en el edificio de los sirvientes, la *rustica*, para mayor seguridad.

Al acercarse la noche, comenzaron a caer ráfagas de nieve y Frith decidió retornar a casa de Gallia, dejando que la agotada Licia quedase a dormir con Julanna en la casa. Pero su paciente necesitaba cuidados y curas, por lo que informó a Keu que Gareth tomaría su relevo, ya que había aprendido de su abuela los rudimentos del cuidado de las heridas. El muchacho había jurado que si era necesario, protegería a Licia con su vida; así que no sólo guardaría uno de los puntos débiles de la villa, sino también asistiría a Keu, de ser preciso.

Antes de que Frith emprendiese su lenta caminata hasta la casa de Artorex, Antor la detuvo y le transmitió sus serias preocupaciones.

—Villa Poppinidii puede ser bien defendida, Frith, pero la casa de Artorex está aislada. Si los sajones intrusos no la conocen, probablemente no detecten a Gallia y sus sirvientes, pero yo preferiría que estuviesen junto a nosotros detrás de nuestros fuertes muros.

Frith tuvo negros presentimientos que se cernían sobre ella y supo que el peligro amenazaba.

—Estoy de acuerdo, amo Antor. Convenceré a mi señora para que se refugie aquí.

—Eso me alivia, Frith, realmente me tranquiliza.

Mientras la anciana sirvienta se apresuraba hacia la acogedora casita de Artorex, su superstición de bárbara le alertaba de que el aire estaba lleno de malos presagios y los matorrales poblados de ojos vigilantes.

Los sirvientes de la casa ya habían asegurado las puertas y Frith tuvo que aporrear los entrepaños para lograr que le abriesen. Una vez dentro, corrió al dormitorio de Gallia, donde su ama estaba acostada, lánguida y cansada. Aunque sólo estaba embarazada de cinco meses, la criatura era inusualmente grande y minaba sus fuerzas. Además su ama había sufrido intervalos de profundo desánimo desde el nacimiento de la pequeña Licia, en los que Gallia lloraba por sus familiares fallecidos y juraba que estaría mejor muerta. Artorex y Antor trataban de consolarla cuando esos raptos de abatimiento la invadían, pero ella sólo soportaba la presencia de Frith. Hasta la pequeña Licia podía irritarla y entonces Gallia lloraba desconsoladamente diciendo que su hija estaría mejor sin ella.

—¡Gallia! —le requirió Frith—. ¡Despertad, Gallia! Lord Antor cree que habrá un ataque inminente de los sajones y quiere que vayamos a refugiarnos en la villa.

Gallia abrió sus ojos somnolientos.

—Nunca hemos tenido problemas con los sajones, Frith, y nuestra casa está alejada de la villa. Estoy tan agotada que prefiero quedarme aquí a descansar.

—Sé que estáis cansada, mi muy preciada señora, pero deberíais ir. Dejad que la vieja Frith os envuelva en abrigadas pieles y saldremos de aquí. Si estáis demasiado extenuada para caminar, vuestro sirviente os puede llevar.

—Soñé con Artorex mientras dormía. Cabalga hacia el peligro… y sé que va a morir —una lágrima brilló en su mejilla.

—¡No, mi adorada señora! ¡No va a morir! Os lo prometo.

Gallia movió su cabeza como la de una muñeca rota.

—Está en peligro, Frith, lo vi en un tenebroso pantano, rodeado de fuegos fatuos.

Frith intentó romper el estado de alucinación que embargaba a Gallia con todos los medios de que disponía. La esclava oprimió las manos de su ama y tembló al sentir su piel helada.

—Mayor razón para poneros al abrigo y resguardar también a vuestro bebé —replicó, tratando de calentar las manos de Gallia entre sus propias manos—. A él le

hubiese gustado veros en un lugar protegido.

—No tiene sentido, querida Frith. Licia está a salvo y estoy segura de que nadie nos encontrará aquí, al borde de bosque. Estoy decidida a dejar que actúe el destino. No quiero irme… Y no lo haré, digáis lo que digáis. Id, buena Frith, os lo ruego, sólo quiero dormir —la boquita de la joven dibujó un terco mohín.

—¡Por favor, Gallia! —insistió Frith—. ¡No os obstinéis! Esta casa es muy difícil de defender y por eso debemos irnos. ¡Si no queréis pensar en vuestra seguridad, tened en consideración la de vuestros sirvientes y la del niño por nacer!

—Es demasiado tarde, Frith. Dejad que los sirvientes vayan a la villa si así lo desean. Los sajones estarán vigilándonos de todas maneras y si ya están aquí, nos verán cuando intentemos guarecernos y nos saldrán al encuentro. Todo ocurrirá tal como los dioses lo hayan designado, sea en la villa o aquí en mi propio hogar. Sólo me importa que Licia sobreviva.

Gallia se giró hacia la pared y cayó en un ligero sopor. Frith habría gritado y sacudido sus hombros para hacerla entrar en razón.

Pero la mujer bárbara sabía, con la intuición que llevaba en su extraña y primitiva sangre, que Gallia había percibido un cambio en la trama de su existencia, que comenzó a alterarse y cambiar con la llegada de los tres viajeros. Algo oscuro obligaba a Gallia a actuar de forma irreflexiva y Frith no sabía de qué forma podría hacerla entrar en razón.

—El cielo nos asista —pensó en voz alta—. ¡Todos moriremos!

Ni por un momento se le ocurrió a la anciana abandonar sus responsabilidades, aunque su corazón se estremecía en su pecho marchito como si quisiese escaparse de su prisión entre las costillas.

Los sirvientes personales de Gallia también se negaron a acudir a la villa, ni tampoco a aventurarse dentro del Viejo Bosque para guarecerse.

Gareth también era refractario. Frith perdió preciosos minutos tratando de convencerlo de que dejase a Lady Gallia y acudiese a la villa para proteger a Licia.

Gareth había crecido y se había hecho un joven fuerte totalmente dedicado a Artorex y a su familia. Aunque no era especialmente alto, su apariencia era imponente debido a la robustez de su estructura ósea, su pelo extremadamente rubio y su ágil inteligencia. Como Frith, tenía el don de la creatividad, lo que le otorgaba un sentido agudo de la belleza y también como ella, era terco como una mula y era imposible hacerle cambiar de parecer una vez que había tomado una determinación… como era el caso ahora.

—Si yo fuera un sajón, atacaría esta casa primero —dijo susurrando para no alarmar a los sirvientes—. Todos los hombres de aquí son necesarios para proteger la casa.

—Alguien debe proteger a Licia en la villa —suplicó Frith—. ¿Quién mejor que vos, mi nieto tan querido? No fallaré a mi juramento, ni vos tampoco.

Sólo alcanzó a convencerlo de que volviese a la villa cuando recurrió a su sólido

sentido del deber. Frith besó su rosada mejilla, acarició su hermoso pelo y lo bendijo, porque lo dejaba ir para proteger a su amada Licia. Su corazón le decía que nunca volvería a ver a su biznieto otra vez.

La fortuna favorece a los valientes, pero protege especialmente a aquellos que están preparados.

POCO ANTES DE la medianoche, la villa fue atacada por Botha y sus veteranos guerreros.

La fuerza completa, menos de veinte hombres, cayó de sorpresa, arrastrándose desde el huerto y desplazándose sobre la fina capa de nieve recién caída, como manchones de tinta encima del blanco pergamino de la tierra. Cuidadosamente, con las armas silenciadas entre sus ropas, rodearon el edificio principal, mientras Botha envió a tres jóvenes a destruir la casa más distante, en el otro extremo de los campos de cultivo, que sus espías habían detectado durante el atardecer.

Ignorante del peligro que corría Gallia, Gareth estaba encerrado con el mensajero herido, que ya estaba moribundo. El joven presintió la cercanía de los guerreros de Botha, aunque sólo oyó el leve sonido del roce de metal con una piedra, pero fue suficiente para ponerse alerta. A través de los postigos cerrados vio a los hombres envueltos en pieles moviéndose sigilosamente bajo la luz de la luna. Dos de los hombres llevaban antorchas.

—¡Alerta! —gritó Gareth—. ¡Alerta! ¡Nos atacan!

Y luego, después de cerrar con llave la puerta de la despensa, corrió hasta el gran gong de bronce de la columnata, que disponía de un gran martillo, instalado a posta para alertar a los ocupantes de la villa en el caso de una amenaza inminente. El profundo tañido del metal despertó a Antor con una maldición.

La alarma no había sonado desde hacia veinticinco años, cuando unos lobos hambrientos habían atacado la villa. Antor sintió los viejos fuegos de la batalla despertarse dentro de su cuerpo envejecido.

—¡Alerta! —continuó gritando Gareth desde la columnata mientras los atacantes empezaban a golpear los postigos y la puerta principal de entrada. Keu y Antor habían dormido completamente vestidos, con sus armas al lado de la cama y ahora ya estaban enviando a los esclavos a proteger los puntos peligrosos de la villa, mientras ellos dos resguardaban el lado derecho de la columnata.

Haciendo caso omiso a sus instrucciones, Gareth dejó a su paciente a cargo del destino y se precipitó a las habitaciones de Julanna. Estaba resuelto a defender la vida de Licia, con su propia vida, si era necesario.

Encontró a Julanna aferrando a las dos niñas contra su tembloroso cuerpo, mientras una empuñadura de hierro golpeaba los postigos de madera. El rostro de la matrona estaba blanco como la nieve y lloraba débilmente de miedo. Gareth envió a las tres a una pequeña habitación sin ventanas que unía la estancia de Julanna con el

dormitorio de su marido.

—Mantened las barras firmes sobre la puerta, oigáis lo que oigáis —le ordenó Gareth, con un largo cuchillo fabricado por Bregan en una mano—. Y mantened a las niñas en silencio… os va la vida en ello.

Gareth no sabía que cuatro de los atacantes ya estaban muertos, pasados a cuchillo por la espalda por los voluntarios de la aldea mientras intentaban destrozar y penetrar la estrecha entrada principal de la villa.

Tampoco oyó el sangriento sonido de muerte cuando los que penetraron las defensas de la villa a través de la ventana de la despensa de la que acababa de salir cortaron el cuello del paciente. Tampoco percibió que Antor y Keu, apoyados por los sirvientes de la casa ya estaban trabados en desesperado combate en la columnata.

En cambio, lo que sí sabía, era que cada atacante que entrase por las ventanas de la habitación de Julanna moriría.

Gareth mató sin dificultad al primer intruso, cuando el guerrero se vio atrapado contra la pared, con medio cuerpo dentro y medio fuera del marco de la ventana, en un frustrado intento de irrumpir en su interior. Contando con el elemento sorpresa a su favor, Gareth cortó el cuello del guerrero con un mandoble cuidadosamente medido, antes de retroceder para evitar el chorro de sangre que formó un arco a través de la habitación.

Afortunadamente para Gareth, el segundo intruso resbaló con la sangre del primero, al saltar desde la brecha abierta, por lo que pudo cegarlo con un certero tajo de su cuchillo en los ojos. El guerrero, sangrando abundantemente rugió con una mezcla de dolor y rabia y golpeó con su espada al vacío, pero Gareth lo despachó fácilmente mediante una perversa estocada desde atrás.

Con cautela, se asomó fuera de la celosía rota. Este lado de la casa estaba ahora libre de atacantes, pero podía oír claramente los ruidos de la despiadada lucha que se desarrollaba al otro lado del atrio.

—Mantened la puerta trabada y quedaos allí hasta mi retorno —le ordenó Gareth al otro lado de la puerta que mantendría a Julanna y las niñas relativamente seguras.

Cuando ella le desobedeció, le puso una espada abandonada y sangrante en sus manos temblorosas y sus ojos se pusieron como platos al ver al muchacho cubierto de sangre fresca. Luego sus manos se calmaron al levantar la pesada espada y Gareth descubrió una inusitada mirada de dureza en los ojos de su ama.

—No dejéis que las niñas salgan de la habitación y bloquead la puerta —rugió Gareth y salió disparado atravesando el atrio con sus pies desnudos que dejaban detrás un rastro sangriento sobre el suelo de mosaico.

Batiéndose con cuatro enormes guerreros, Antor y Keu estaban siendo obligados a retroceder inexorablemente hacia la puerta de entrada, mientras Gareth se aproximaba por detrás. Los cuerpos de cuatro de los sirvientes de la casa yacían sobre las baldosas, donde habían caído después de ser segados como grano maduro. Atrapados entre los intrusos y las puertas enchapadas, padre e hijo tenían pocas

posibilidades de sobrevivir.

Desde atrás, Gareth cortó los tendones del guerrero más cercano de un certero y rápido tajo. El hombre gritó y cayó al suelo, lo que distrajo al guerrero que se afanaba contra Keu. El brazo que blandía su espada vaciló un instante.

Fue suficiente.

Educado por Targo, Keu conocía el valor de un segundo de distracción para utilizarlo como ventaja en la pelea cuerpo a cuerpo. Tiró una cuchillada al brazo, ahora expuesto y lo cortó hasta el hueso.

Sin piedad, Keu sajó a su enemigo por el cuello en un santiamén y sin un ápice de conmiseración.

Los otros dos atacantes estaban ahora pillados entre los tres defensores. Arrinconados en la estrecha columnata, los dos lucharon hasta ser hechos picadillo.

El guerrero sobreviviente todavía trataba de ponerse de pie con una pierna inválida cuando Gareth lo aturdió con la empuñadura de su espada y cayó al suelo desmayado.

Simultáneamente, uno de los aldeanos con una leve herida en la cabeza, llegó tambaleándose hasta la puerta de entrada y empezó a golpear la madera con un martillo de herrero.

—¡La casa del amo Artorex! —gritó a través de las maderas—. ¡Está ardiendo!

Gareth abrió la puerta y Bregan se precipitó por la entrada. El herrero estaba pagando su deuda con Villa Poppinidii.

—¿Hay todavía algún canalla vivo fuera de la villa? —rugió Antor empuñando su ensangrentada espada.

—No, mi señor, me parece que hemos liquidado a todos ellos, pero la casa del amo Artorex parece que está ardiendo por entero.

—¡El ama Gallia está allí todavía! —aulló Gareth y salió corriendo.

—¡Espera, muchacho! —chilló Antor—. ¡Espera! Sólo los dioses saben cuántos de estos animales están todavía vivos ahí fuera. Id con él, Keu —ordenó Antor—. Tratad de salvar a Gallia. Bregan y yo podemos arreglarnos solos… ¿verdad, viejo amigo?

Keu corrió tan rápido como pudo, porque era menos diestro que el chico de las caballerizas. Cuando estuvo a la vista de la casa de su hermanastro, pudo ver que no hacía falta correr.

Alumbrado por las elevadas llamas, Gareth estaba de pie en el pequeño patio, con sus ensangrentadas manos alzadas y desafiantes hacia el despiadado cielo de la noche y llorando afligidamente. Había encontrado a la vieja Frith al lado de la casa, su cuerpo apuñalado varias veces cuando se había arrojado encima de Gallia para protegerla cuando ya no hubo forma de escapar.

El cuello de Gallia había sido cortado hasta la médula.

En la entrada abierta, Keu encontró a los sirvientes de Artorex, hechos pedazos mientras defendían a su ama. Uno de los atacantes yacía muerto, algo separado de los

cuerpos de Frith y Gallia. Le habían clavado una aguja metálica por un ojo hasta alcanzar la profundidad de sus sesos.

Keu reconoció esa aguja con una estocada de dolor.

—¿Veis, Gareth? Frith se ha ido a la gloria con su enemigo —gritó sobre el rugido de las llamas—. Le clavó una aguja en la mollera. Pero no he cumplido con mi promesa, pensó Gareth desconsolado… y Keu pensó que el muchacho se iba a arrojar a las llamas.

—¿Está viva Licia? —gritó Keu, tratando de apartar al muchacho de la estructura de la casa a punto de desmoronarse.

—Sí, vive. Está con Julanna y su niña —Gareth lo recordó y se dejó empujar unos pasos hacia atrás.

—Entonces, deberíais estar protegiéndola —le recriminó Keu con energía—. Ése era vuestro deber.

Sin voluntad, como si sus ojos se negasen a dejar el rostro inanimado de Gallia, Gareth retrocedió, hasta que sus pies patinaron con la superficie helada. Se detuvo y volvió a acercarse a los trágicos cadáveres. Con su cuchillo, cortó el amuleto del cuello de Gallia y luego se inclinó en un acto final de reverencia.

Después de una última mirada hacia el trágico escenario, salió corriendo hacia la villa para cumplir con su promesa.

Keu llevó sus manos hasta la máscara mortal de la bella joven. Su expresión de sorpresa desapareció al cerrarle los ojos.

—Pobre inocente y alegre Gallia —murmuró hacia las llamas.

Keu se estremeció.

Sabía por instinto que muchos hombres perecerían cuando Artorex descubriese el destino de su mujer y su hijo no nacido y muchos mundos arderían hasta las cenizas, hasta que el mayordomo saciase su venganza por estos asesinatos sin sentido. El cerebro fértil de Keu luchaba por encontrar una disculpa por su negligencia al haber dejado a Gallia fuera de la villa, donde no podía ser protegida. No debían haber hecho caso a los deseos de Gallia y tanto ella como Frith debían haber sido forzadas a dormir bajo la protección de los defensores de la villa.

Y LAS MISMAS estrellas que alumbraban el cuerpo de Gallia, que todavía guardaba a su hijo sin nacer en el vientre, también iluminaban a Artorex mientras avanzaba con su soldadesca hacia Anderida. Porque ésta es siempre la suerte de aquellas pocas personas que la Fortuna levanta bien alto en su terrible rueda del destino.

Mientras la noche se iba haciendo día, cuervos y grajos se congregaban en Villa Poppinidii, atraídos por el olor de la carroña dispersado por el viento invernal.

Incluso con sus tendones cortados por el cuchillo de Gareth, Botha no se dignó gritar, ni siquiera cuando Keu le seccionó los dedos, uno por uno. Una enloquecida Julanna lo cortaba de forma indescriptible con un cuchillo de cocina esgrimiendo una

implacable crueldad femenina. Pero así y todo, el viejo guerrero hacía chirriar sus dientes y sólo pronunciaba su nombre, como si eso fuera lo único que admitía su lealtad.

Ni siquiera moduló una sola palabra de explicación o defensa por sus actos, incluso en el instante mismo en que Antor, apenado ante su cuerpo de viejo guerrero torturado, decidió degollarlo con su propia espada.

El sirviente más leal de Uter se unió a la sangrienta pila de sus compañeros guerreros sobre la nieve del potrero.

«Estos animales eran guerreros celtas», pensó Antor, con sus finos cabellos desarreglados y sus ojos bañados en lágrimas, mientras las manos de las campesinas limpiaban los cadáveres de los suyos y los preparaban para la incineración. ¿Cómo podrían los celtas matar a otros celtas? ¿Y asesinar a mujeres y niños inocentes?

«¿Cómo justificaré mi fracaso ante Artorex? —Pensó Keu, sintiendo un nudo en el estómago—. Se pondrá ciego de ira».

Pateó la cara ensangrentada de un guerrero caído con su bota y disfrutó con el crujido de los huesos bajo su talón.

«Dejad que los pájaros se den una comilona con sus ojos antes de quemarlos, —pensó Gareth con crueldad, mientras escupía a la cara inexpresiva de Botha—. Que vayan ciegos a las sombras.»

Y los cuervos llegaron.

CAPÍTULO XIV

FUERA DE LOS FUEGOS FATUOS

ARTOREX CONTEMPLÓ, sin decir una palabra, la extensión de los pantanos, manchados, aquí y allá, por escasos y extraños árboles enanos que llegaban casi hasta el borde de la empalizada de Anderida. Con las últimas luces del ocaso no se vislumbraba una vía de acceso a través del estéril barrizal, por lo que llamó a Targo.

—¿Qué sabéis del pantano? —le preguntó brevemente. Estaban muy escasos de tiempo, ya que ellos y toda la ralea debía estar al otro lado de la ciénaga antes de la medianoche. Pronto aparecería Luka para confirmar si las otras tropas ya se encontraban en sus posiciones preparadas para dar comienzo al ataque.

—Es más difícil de lo que me gustaría, pero no del todo imposible —contestó Targo secamente—. La única forma de avanzar es moviéndose lentamente en fila india, probando el terreno a medida que avanzamos. Nos llevará la mayor parte de la noche llegar hasta el otro lado.

—¡Maldición! —juró Artorex—. Pasar todo un día expuestos al pie de la empalizada es un riesgo mortal. Debemos movernos más de prisa.

—Podría poner a Odin a la cabeza de la fila. Se supone que pasó toda su niñez en los lodazales y que para él es algo habitual. Además, con su peso será fácil evaluar dónde hay zonas de barros tan blandos que pueden sepultar a cualquiera —sugirió Targo sin expresar emoción alguna.

—A veces pienso que consideráis que Odin está de más —dijo Artorex arrastrando las palabras junto a una mueca que podría interpretarse como una sonrisa —. Sin embargo, estoy de acuerdo. Es el más indicado para guiarnos… así que con Odin de guía, saldremos de inmediato.

Hizo una pausa.

—Que todos se embadurnen con barro, nosotros también, eso protegerá nuestra piel de los insectos. Y aseguraos de que, ante todo, los hombres protejan bien sus armas, ya que pronto las necesitaremos.

—Sí, señor. Targo se disipó como un fantasma en la semipenumbra.

Cuando la oscuridad ya era casi absoluta, se veían pequeños fuegos llameando en la distancia, coloreados y repulsivos. Artorex recordó las leyendas de las almas en pena que llaman a los vivos para que les sigan hasta algún laberinto de agua y barro

de donde no regresarán jamás.

—Gas de los pantanos —explicó Targo en voz baja, pero Artorex vio cómo su mano aferraba firmemente el amuleto de la suerte—. Fuego sin calor.

Apoyándose en los codos o en la panza, la calaña se arrastraba a través del fangal, detrás de Odin que iba tanteando el camino, entre matas de hierbas filosas y charcas de agua helada. El juto parecía sentirse como pez en el agua dentro del terreno acuoso. Cuando señaló una mancha de lo que aparentaba ser tierra firme, Pinhead tiró sobre ella una piedra y observó nerviosamente cómo la tierra se la tragaba en un instante y volvía inmediatamente a su aspecto de inocencia y solidez.

Pinhead se estremeció y se escabulló por el borde de la mancha mientras maldecía en voz baja.

Artorex podría haber evitado la orden de embadurnarse de barro. En pocos minutos la tropa parecía un grupo de monstruosos seres maléficos salidos de los cenagales para devorar a los despreocupados campesinos.

—Esperemos que los sajones sean supersticiosos —dijo Artorex echando un escupitajo mientras se arrastraba encima de sus doloridos codos y rodillas tan veloz como podía, sin prestar ninguna atención a los espeluznantes fuegos fatuos que se encendían y apagaban como espectros.

La soldadesca llevaba varias horas avanzando por el pantano, escuchando los sonidos lejanos de juerga que llegaban desde el interior de la fortaleza, hasta que la negrura de la noche fue gradualmente imponiendo el silencio. La lluvia y el aguanieve continuaban amenazantes y la luz de la luna era frecuentemente oscurecida por negras nubes pasajeras. Caía una ligera llovizna mientras se desplazaban como si fueran matas movedizas de hierba y barro cruzando un paisaje acuoso y maloliente.

Entonces Odin se levantó y volvió a agacharse de nuevo para examinar el terreno y enseguida empezó a desplazarse con mayor confianza siguiendo un trazado en zigzag por el cenagal. Silbando una señal que imitaba a la de un pájaro nocturno, Targo ordenó a sus hombres que lo siguiesen por detrás de las huellas que Odin iba dejando.

Ahora, al retomar un buen paso, pronto se acercaron a la empalizada, que se erguía, todavía distante, frente al pelotón. Los sajones habían cortado árboles altos, despojándolos de sus ramas y tallando puntas en el extremo. Atados unos con otros y profundamente enterrados en el suelo lodoso, la muralla resultaba una barrera efectiva hasta para el más osado enemigo.

—Pasad la orden a vuestra gente de que nadie debe abrir la boca bajo ninguna circunstancia, ni siquiera si una serpiente les muerde el trasero —susurró Artorex a Targo.

Al cabo de otra hora de cabezas gachas, pasos cuidadosos y del inicio de una fría llovizna, el tropel se encontró finalmente acurrucado bajo la empalizada.

—¿Ya están Ban y Llanwith en su posición? —susurró Targo al oído de su capitán.

Éste se encogió de hombros.

Había perdido la noción del tiempo, pero la luna ya se acercaba al horizonte cuando Luka se deslizó desde el pantano como una negra serpiente.

—Bien hallado, Artorex —sonrió y sus dientes blancos fueron el único rasgo reconocible en su rostro oscurecido con grasa y barro—. Ban y Llanwith aguardan vuestra aquiescencia.

—Esperemos que los sajones duerman profundamente —susurró en respuesta Artorex—. Porque si hay guardias en lo alto de la empalizada nos oirán mientras nos movemos.

Targo apareció desde detrás de una mata.

—Llegáis tarde, Lord Luka, la luna ya se está poniendo.

—Y vosotros también. Vuestra escoria no es nada veloz en el barro.

—Cerrad ambos el pico. No habléis a menos que sea necesario —ordenó Artorex en un cuchicheo.

Miró arriba hacia la empalizada que se elevaba ante ellos.

—¿Cuántos garfios tenemos? —le musitó a Targo mientras que mentalmente bendecía la previsión de Myrddion y sus conocimientos sobre Anderida.

—Cuatro, señor —respondió.

Uno por cada cinco hombres, calculó mentalmente Artorex.

—Bien, subid ya la pared. Odin y vos iréis primero con un grupo. Yo guiaré al segundo y Luka al tercero. Vos mismo podéis seleccionar quién encabezará el cuarto grupo. Con suerte todos estaremos dentro antes de que los sajones se den cuenta de que estamos aquí fuera.

—Seguramente habrá guardias, los sajones no son tontos —cuchicheó Targo en respuesta.

—Quizás. Pero Uter no ha hecho ningún intento de ofensiva contra Anderida en años, por lo que hay una buena posibilidad de que estén demasiado confiados. De cualquier manera, si hay centinelas tendremos que eliminarlos… de la forma que sea —Artorex echó una última mirada a sus hombres—. Enviadme a Pinhead.

Pinhead se arrastró hasta su lado. Estaba más mugriento, desagradable y peligroso que nunca.

—¿Tenéis vuestro arco, Pinhead?

—Sí, para lo poco que ha servido hasta ahora —respondió el guerrero con una sonrisa burlona—. También he cargado con una buena provisión de flechas y algo de grasa, por si necesitamos flechas incendiarias.

—Excelente, amigo. Cuando los hombres estén en lo alto de la muralla, encended una de vuestras flechas incendiarias y lanzadla hacia el cielo, lo más alto posible. Esa señal encima de los pantanos avisará a nuestros amigos al norte y al sur de que ya pueden comenzar su ataque contra las puertas de entrada.

Pinhead asintió.

—Pensé que querríais utilizar el fuego, así que ya tengo las flechas preparadas.

—Ya os diré cuándo disparar el primer flechazo. Si Llanwith y Ban no pueden unirse a nosotros en un ataque coordinado, tendremos que improvisar.

Mientras hablaba, los hombres se aferraban con fuerza a sus amuletos y Artorex podía ver cómo se movían sus labios en mudas plegarias o promesas. Sabían que muchos de ellos morirían y, de forma individual, hacían las paces con sus dioses. Sólo Odin se mantenía distante, con un garfio atado al extremo de una cuerda que se mecía colgando de su manaza.

Una vez que Artorex, Rufus y Luka organizaron sus propios garfios y comprobaron que las cuerdas estaban atadas con todas las garantías, Artorex dio una señal y el gancho de Odin voló hacia arriba, por encima de la empalizada. Luego, tiró de la cuerda con todo el peso de su cuerpo y el garfio aguantó.

Inmediatamente y con una destreza inaudita para tal gigante, Odin empezó a trepar.

Artorex, Rufus y Luka lanzaron sus garfios al mismo tiempo. Rufus maldijo cuando el suyo cayó sin engancharse, pero afortunadamente quedó agarrado en algún sitio no visible de la muralla.

Silenciosamente, la tropa empezó a trepar.

Cuando Artorex balanceó su cuerpo dolorido saltando la muralla, Odin y Targo ya eran formas tenues en las sombras y se arrastraban silenciosamente hacia un brasero cerca de la puerta norte. La imagen iluminada de un gigante acompañado de un fornido y viejo guerrero no dejaba de ser cómica, pero Artorex sonrió de satisfacción al ver que los veloces bultos salían del haz de luz que proyectaba el brasero.

La figura corta de Targo se desplazó silenciosamente de vuelta hacia su amo, mientras que Odin desaparecía en la oscuridad.

Ambos se habrían dirigido hacia otro brasero en la puerta sur, apenas visible bajo la niebla de la lluvia, pero Targo hizo un gesto de cortar el cuello con la mano y Rufus se arrastró desapareciendo como un fantasma bajo la fina llovizna.

Uno tras otro hasta el último, los hombres alcanzaron el alto de la muralla, suavemente y sin ser detectados.

Un dulce aroma de madera recién cortada se levantó en medio de la lluvia, un bálsamo tranquilizador totalmente contrario a la difícil tarea que les aguardaba. Artorex envió a dos grupos de seis hombres con la misión de encargarse de las puertas norte y sur para facilitar la entrada de la caballería atacante, mientras que cuatro arqueros dotados abundantemente de flechas se dispusieron en puntos estratégicos de las murallas para apoyar el ataque.

Con su pequeña fuerza en posición y lista para el ataque, Pinhead se reunió con Artorex por encima del Gran Salón de los sajones rodeado por las cabañas de techumbre de paja.

—¿Tenéis la flecha de aviso preparada y seca? ¿Listo para disparar? —susurró Artorex.

Pinhead asintió.

—Entonces encendedla y que vuele… y que sea lo que el destino quiera.

El arquero dibujó una sonrisa burlona, que mostró sus dientes ennegrecidos y sacó un arco corto de sus envolturas de hule y lo tensó sin esfuerzo. Detrás, siguió un paquete de flechas envueltas en un trapo sucio y Pinhead se vio obligado a protegerlas de la lluvia con todo su cuerpo. Mordió una de las flechas entre sus desaliñados dientes.

Sacó una cajita con yesca de algún sitio de su cuerpo pulgoso y sorprendió al capitán con su natural habilidad para golpear el sílex contra la piedra. El ruido no fue muy lejos en la noche tranquila, envuelta entre las brumas y Artorex confió en que su suerte y la lluvia que caía suavemente serían suficientes para enmascarar cualquier sonido. Pinhead golpeó el sílex una y otra vez hasta que saltaron unas llamitas a las que acercó la punta de la flecha que se encendió de inmediato.

Artorex no quiso saber lo que su hombre había utilizado como combustible en su flecha de aviso, pero el trapo que envolvía la punta pronto empezó a arder con fuerza, incluso bajo la débil lluvia. Pinhead insertó la flecha en su arco, tensó la cuerda de tripa y la señal se elevó en el aire, dejando una estela de fuego, para después caer en el pantano.

Luego, justo cuando Artorex pensaba que había evitado lo que podría haber sido la peor situación, ser localizados de inmediato, un largo alarido proveniente de la puerta sur le alertó de que Rufus había fracasado en su intento de liquidar silenciosamente a los centinelas. El grito se extinguió cuando empezó a parecer inhumano, pero ya era demasiado tarde.

Guerreros en variados grados de desnudez surgieron de las cabañas de adobe y juncos y desde la entrada del Gran Salón. Sus cabellos largos y sueltos se derramaban a la luz de los fuegos interiores que repentinamente alumbraron el patio de tierra apisonada en el interior de las murallas.

Los sajones dibujaban sombras alargadas al salir como hormigas por las puertas. La mayoría estaban desnudos y las grandes espadas y hachas que blandían con maniática impaciencia les conferían un aspecto feroz.

«¡Dioses!, son demasiados», pensó Artorex para sus adentros, mientras una flecha, disparada desde el arco de Pinhead, pasó silbando junto a su oreja. Un guerrero sajón apenas cubierto con una capa de piel y una fiera sonrisa cayó antes de alcanzar las escaleras que subían a las murallas.

Sus hombres corrían hacia las puertas y luchaban cuerpo a cuerpo con los sajones tratando de ganar terreno. Más pequeños, pero más rápidos, peleaban salvajemente con el convencimiento de que serían masacrados si no lograban abrir las puertas.

Pero veinte hombres, aunque eran veteranos de cientos de batallas y astutos como las ratas, no podían esperar a derrotar a más de cien sajones, sin contar con sus mujeres que luchaban más despiadadamente todavía que los hombres.

El sonido de un cuerno, llegado a través de la lluvia impenitente desde el norte, fue seguido del eco metálico de otro igual desde el sur. Artorex apenas tuvo tiempo

de reconocer el redoblar de los cascos batientes desde el norte antes de que los sajones se le echasen encima. Pinhead disparaba flecha tras flecha mientras Artorex le protegía las espaldas. Empleaba cada una de las tretas sucias que Targo le había enseñado en su juventud, fustigando las partes del cuerpo desprotegidas para luego llevar repentinamente el filo de la daga del dragón hasta los cuellos indefensos.

Artorex contaba con la ventaja del espacio estrecho de la muralla, pero Pinhead estaba quedándose sin flechas y los sajones seguían acudiendo hacia ellos como un enjambre furioso. Artorex intentó avanzar hacia la puerta sur, donde en ese momento, se concentraba el grueso de la pelea, con Pinhead como su escudo, que ya disparaba la última flecha que le quedaba. Pero el avance era penosamente lento.

Artorex nunca había experimentado la verdadera carnicería de una batalla. Targo había intentado preparar a su alumno para los terrenos difíciles y resbaladizos por la sangre y los trozos de entrañas derramados, pero nada de lo descrito por su maestro lo había preparado para el olor. Aún bajo la lluvia, el tufo de sangre caliente se evaporaba como desde una cazuela y taponaba lo más profundo de su garganta. El hedor a vómito, orina, a vientres abiertos y la pestilencia rancia de los hombres asustados y sudorosos, creaba un terrible potaje de miasma que hacía que su garganta se cerrase. Lo único que alcanzaba a ver era el rostro del hombre que tenía enfrente, mientras cortaba, paraba y acuchillaba, hasta que la cara caía y un nuevo rostro ocupaba su lugar.

Un fuerte rugido se elevó por encima de los alaridos, gritos e insultos de los desesperados hombres trabados en la lucha.

Era Odin.

Y el mismo dios Odin pareció responder cuando el fragor de un trueno sacudió la sangrienta tierra. Entonces Artorex se percató de que los caballos ya estaban dentro de los confines de la fortaleza, aplastando aliados y enemigos sin distinción y el puño de hierro de Ban se levantaba por encima de la tropa como una llamarada verde.

—¡Artorex! —gritó Pinhead corriendo escaleras arriba hasta la culminación del parapeto—. ¡Artorex!

Tanto sajones como celtas miraron hacia arriba, ya que el pequeñajo había atado el estandarte del dragón de Artorex a su arco como si fuera una bandera y en el tejado de paja en llamas de las cabañas, silbando bajo la lluvia, la bestia parecía viva y malévola. Los sajones de la puerta norte fueron víctimas de un temor supersticioso hasta que los caballos de Ban les dieron caza.

Pero la batalla no estaba aún definida.

Los veinte guerreros a caballo y los sobrevivientes de la escoria estaban todavía en inferioridad de tres contra uno frente a los defensores sajones; el efecto sorpresa de Ban empezaba a perder fuerza.

En la puerta norte, Odin todavía blandía su hacha con virulentas parábolas de acero enrojecido, mientras protegía el flanco de Ban con un pequeño grupo de la soldadesca que se había unido a él.

Pero en la puerta sur, sólo quedaba un puñado de guerreros, muy pocos frente a la marejada de rubios sajones.

—¡Debemos abrir paso a Llanwith por la puerta sur o seremos masacrados! —gritó Artorex por encima de los aullidos de los que agonizaban.

Haciendo caso omiso de los leves estertores de los heridos, saltó por encima de la mescolanza de hombres y caballos con su espada y daga bailando en un nítido movimiento que le permitió mantener el impulso de su carrera precipitada.

En la puerta sur, los muertos se apilaban en un horripilante montón alrededor de Luka y cuatro hombres de su hueste peleaban juntando sus espaldas que ahora, con cada mandoble, se veían obligados a retroceder hacia las puertas de madera cerradas.

—¡A mí! ¡A mí! —rugió Artorex.

Targo miró hacia él, con su espada todavía protegiendo su cuerpo.

Dos poderosos mandobles liquidaron a los dos sajones que tenía enfrente y Artorex se abrió un camino de sangre a través del enemigo, enfrentándoles con su tropa a medida que avanzaba. A su lado, sus hombres sangraban por las numerosas heridas que sufrían y Artorex podía ver que se encontraba muy cerca del final.

Ocho sajones se abalanzaban contra su presa.

—¡Abrid las puertas! ¡Abridlas ya! —gritó Artorex mientras pasaba a cuchillo a cuanto guerrero se le acercaba.

Al principio el número de enemigos sobrepasaba claramente a la morralla, aun teniendo en cuenta la llegada de Artorex hasta las puertas. Pero todo lo que necesitaba eran unos segundos de respiro, el tiempo suficiente para que Targo retirase la viga que la trababa y que era el único obstáculo para poder alcanzar sus objetivos.

Mató a un sajón con su espada, atravesó la garganta de un pagano con su daga del dragón y ni siquiera se molestó en ver cómo caía.

Concentrado en el sonido del gemido de los grandes leños mientras la barra de las puertas se alzaba lentamente, Artorex luchaba encabezando a sus hombres.

Y luego tan rápidamente como había comenzado, las puertas se abrieron y la batalla terminó.

Llanwith pen Bryn entró a galope dentro de la escabechina y encerrados entre los dos cuerpos de caballería, los sajones empezaron a ceder.

Lucharon hasta el último hombre y la última mujer, pero estaban sobrepasados en táctica y en músculos por el valor y el poder de los jinetes, que daban una ventaja crucial a los británicos frente a los sajones agotados por la batalla.

Al final, exhaustos y arrinconados frente a su Gran Salón, los sajones restantes perecieron bajo una lluvia de flechas. Cada sajón herido fue pasado por la espada sin misericordia alguna.

Y así se ganó Anderida.

El coste fue terrible y una vez que se hubo enfriado la sangre, Artorex experimentó el horror de tener que consolar a aquellos de sus hombres que habían sido heridos mortalmente y estaban a punto de morir por su causa.

Miró sus temblorosas manos manchadas con sangre y reprimió un escalofrío de asco. ¿A cuántos había matado? Targo tenía razón. Un guerrero bien entrenado se mueve de forma instintiva, su cuerpo sigue esquemas casi inconscientes. Aparte del olor, apenas había sentido una sensación de disgusto y en ese momento no pensaba en que los hombres que salían a su encuentro eran también seres humanos.

Ahora había llegado el momento de rendir las honras fúnebres.

Dentro de la Gran Sala, donde el caudillo sajón había luchado hasta que su cuerpo había sido traspasado por innumerables flechas, Myrddion atendía las heridas de los supervivientes. Allí con aguja e hilo de tripa y con pociones preparadas con jugo de amapola, restañaba las heridas de los vivos y aliviaba la agonía de los moribundos.

Adonde iba Myrddion, Artorex lo seguía detrás para dar una palabra de aliento, una promesa de mantener su participación en el saqueo y para escuchar las últimas palabras de los moribundos. A cada uno de ellos le juró que a sus familias se les comunicaría su noble fin y prometió que las viudas recibirían su parte asignada del botín. Retuvo las inútiles lágrimas para que nadie se avergonzase de todo lo que esos bravos guerreros habían sacrificado.

Llanwith lo llamó aparte durante su funesta tarea.

—Targo no curará sus heridas hasta que no se hayan ajustado claramente las cuentas de lo que les corresponda de Anderida a su gente. Se les prometió el despojo y despojos tendrán, excepto una décima parte que pertenece al Gran rey, una décima parte para vos y otra décima para distribuir entre los capitanes.

—Los hombres pueden quedarse con mi parte —suspiró Artorex—. No quiero beneficiarme de ninguna de las piezas de oro provenientes de los muertos.

—No permitáis que vuestros irracionales escrúpulos dominen vuestro sentido común, mi joven héroe —replicó Llanwith con desdén—. ¿Cómo organizaréis un ejército si no tenéis fondos? ¿Cómo vestiréis, alimentaréis y armaréis a vuestros guerreros? ¿O acaso pensáis enviar hasta el último de vuestra caterva de vuelta al sitio de donde vienen? ¿Condenarlos a morir de hambre o a mendigar?

Artorex parecía confuso y terco y Llanwith recordó que el joven acababa de convertirse en un adulto. Ésta había sido su primera batalla y todavía era un aprendiz en cuanto a las responsabilidades que atañen a la autoridad. Sólo Targo y seis de los suyos quedaban vivos y todos estaban heridos.

—Targo es vuestro hombre, él se ocupará de todo. Pero ahora venid conmigo, Ban está agonizando.

—¿Ban? —preguntó Artorex en un grito ahogado—. ¿Ban? ¿Cómo? Montaba su caballo. ¿Cómo pudieron cogerlo los sajones?

—Siempre fue algo irresponsable, Artorex. Le gustaba arriesgarse y poner su suerte a prueba. Myrddion cree que intentaba demostrar su valía después de haber sido derrotado por un imberbe como vos —Llanwith se detuvo—. Lo vi cuando cargaba contra la barrera de escudos que protegía al jefe de los sajones. Nadie podía dudar de su intención… pero una de las mujeres sajonas destripó su caballo y cayó.

Ban quedó a su merced.

—Así que sus guerreros apuntaron sus flechas hacia quienes intentaban matarlo y al hacerlo, impidieron la gloria de la muerte de un gran guerrero en manos de los sajones —dedujo Artorex con la satisfacción de un vencedor.

—Exactamente, muchacho. La guerra no es justa y siempre queda muy poca gloria para repartir. Debemos agradecer a los hombres como él y el regalo que nos hacen cuando nos honran cabalgando a nuestro lado.

Myrddion se había asegurado de que estuviese lo más cómodo posible en un nido de pieles, pero hasta los ojos inexpertos de Artorex pudieron reconocer que el herido se encontraba a un paso de la muerte. Las visibles pérdidas de sangre causadas por las cuchilladas en su cuerpo habían sido remediadas, pero su torso sólo se mantenía en una pieza gracias a que estaba sostenido por su armadura.

Un hombre menos fuerte ya estaría muerto, pensó Artorex con tristeza.

Ban se esforzó en sonreír.

—¿Todavía en la cama, Ban? ¿No os dais cuenta de que nos habéis llevado a la victoria? Ahora mismo vuestro estandarte ondea ante el Gran Salón de los sajones. Es nuestro tributo personal por vuestro servicio.

—Sois tan malo mintiendo como hábil con vuestra espada —susurró con ironía y sufriendo al pronunciar cada palabra, que salía con dolor de sus pulmones heridos. En su boca se formaban burbujas de sangre que uno de sus guerreros limpiaba suavemente con un trozo de tela.

—Artorex, escuchad las palabras de un hombre que ahora es uno de vuestros pocos y verdaderos amigos. Si es capaz, el Gran rey os matará. Pero antes de que Uter Pandragón sea pasto de los gusanos, muchos hombres falsos rivalizarán por el privilegio de traicionaros. Debéis recordar esto… y estar alerta.

Los ojos del guerrero se cerraban y sólo con un enorme esfuerzo conseguía mantenerse vivo unos instantes más.

—Tenía órdenes de mataros durante el ataque —musitó—. No pude hacerlo… debo saber… que mi muerte… sirva para algo… tomad el trono.

—No valgo para ser rey —afirmó Artorex.

—Respondedme… con franqueza —Ban exigió con toda la fuerza de su viejo fuego—. Mis ojos son tan buenos como aquellos… de Uter… Uter… vuestro soberano.

Estas palabras se le clavaron como puñaladas.

—Si me ofrecen la corona, la tomaré —su voz era firme, pero sus ojos no paraban de moverse buscando un escape—. Os lo juro ante vos y por las vidas de quienes murieron en Anderida.

Artorex se dijo a sí mismo que su juramento era sólo una mentira piadosa y sonrió al herido haciendo claramente visible su admiración.

—Recordaré vuestras palabras, amigo mío —dijo en voz baja—. Así que, volad a las alturas, Antorcha del Oeste, para encender en llamas la morada de los héroes con

vuestra llegada.

—¡Hermano…! Y así murió Ban, simple y tranquilamente.

Al unísono, los sobrevivientes de su guardia juraron fidelidad a Artorex hasta la muerte, porque ellos siempre confiarían en el hombre que su señor había elegido para servir.

Y mientras juraban sus promesas, el joven Artorex descubría la magnitud de la fragilidad humana. La integridad de Ban le había impedido matarlo. Aunque la promesa jurada a Uter Pandragón lo había transformado en un asesino, su integridad tuvo más fuerza.

Uter siempre tuvo la certeza de que ganaría la partida, por un golpe del azar o por medio de la traición, pensó Artorex mientras se agachaba ante el guerrero para besar sus labios ensangrentados. El Gran rey había subestimado la decencia innata de Ban, en tanto que yo, por el resto de mis días, siempre recordaré a este hombre como un verdadero guerrero.

Se puso de pie y se dirigió a Targo.

—Ninguno de nuestros muertos debe ser expuesto a la carroña —ordenó—. No importa cuál sea su rango, ninguno de nuestros camaradas debe ser profanado. Sus cuerpos deben ser quemados y sus cenizas recogidas en la mejor caja de oro que encontremos en Anderida. La única excepción será Ban, cuyos restos llevaremos de retorno a Venta Belgarum para su entierro. Recibirá todos los honores.

Los guerreros se quedaron asombrados ante la belleza y la dureza de halcón del rostro de Artorex. Y tal como lo ordenó, se hizo.

De inmediato, se vio en la obligación de organizar los preparativos para retornar con sus fuerzas a Venta Belgarum y a la corte de Uter. Los sajones tenían grandes carros que debían ser arrastrados por fuertes bueyes, y uno de esos pesados carros estaba colmado con armas, cruces doradas y cálices, producto del saqueo de las iglesias del este. Hasta en las chozas de adobe se encontraban tesoros de pieles, joyas y adornos de oro, oro blanco, latón y bronce.

Muchos de los niños sajones se habían escapado a los bosques y aquellos que se localizaron fueron atados en uno de los carromatos y tomados como esclavos. Era un mundo brutal, aun para los inocentes.

Los británicos heridos que no podían montar fueron instalados cuidadosamente encima de espesos jergones de paja en otras carretas. Myrddion iría con ellos cuidándolos lo mejor posible.

Sólo quedaba organizar una cuadrilla que recogería los caballos que la gente de Targo había dejado a las orillas de los pantanos. Éstos, junto con todas las bestias de los sajones que pudieron localizar y agregar al botín, seguirían a los carromatos en su fácil camino por la costa de regreso a Venta Belgarum.

Sólo Artorex, Llanwith y Luka quedaron detrás cuando la cabalgata se puso en marcha.

—Y ahora Anderida arderá hasta los cimientos —dijo un Artorex taciturno—.

Hasta que quede reducida a cenizas.

—Los sajones han de volver —replicó Luka pacientemente—. Sabéis tan bien como yo que los sajones son los dueños de esta costa y reconstruirán Anderida, tal como estaba.

—Entonces la volveremos a quemar, tantas veces como haga falta.

—Los sajones tendrán algo que decir acerca de eso —sonrió burlón Llanwith y Artorex se sonrojó.

—Sí, tenéis razón —terció Luka con una lógica siniestra—. Cualquier cosa que retrase el avance sajón es mejor que nada y Anderida guarda varios centenares de cadáveres sajones que no se multiplicarán jamás, ni matarán a nuestros hermanos del oeste. Así que quememos la fortaleza, de manera que los nuevos sajones, que quieran reconstruirla, entiendan que estamos dispuestos a luchar por nuestras tierras, venga quien venga.

Y así se encendieron los fuegos. Al principio los troncos apenas ardían y ahumaban, hasta que las llamaradas cobraron fuerza. Los edificios de madera junto con los cuerpos de sus defensores fueron consumidos por las llamas.

Mucho tiempo después de que Artorex y sus camaradas estuviesen lejos de Anderida, una gruesa columna de humo negro manchó el cielo gris del mediodía. Fue la señal de la primera victoria de los guerreros del oeste.

LA CABALGATA, que siguió una marcha muy lenta para ahorrar sufrimientos a los heridos, llegó a Portus Adurni[23] después de dos largos días. Artorex dirigió su pequeño pelotón hacia las murallas de piedra de la ciudad que protegía el puerto, donde los barcos aún mantenían un dinámico tráfico con las Galias y otras tierras más lejanas. Sus habitantes miraban con estupor la columna que avanzaba lentamente por el camino romano.

De todas las preguntas que les hicieron a los guerreros mientras montaban su campamento para pernoctar, sólo una respuesta voló de boca en boca, expandiéndose por toda la población.

«Artorex tomó la fortaleza de Anderida. Todos los sajones fueron pasados por las armas y todos ellos murieron; hasta el último hombre y la última mujer.»

Las pequeñas cajas doradas rellenas con las cenizas de la caterva y de los guerreros, ambos mezclados ante la muerte, fueron expuestas a la vista de todos.

«Y éstas son las cenizas de nuestros compañeros héroes, que marcharon sobre Anderida para demostrar que sus juramentos de fidelidad eran auténticos. Murieron por su tierra, por el rey y por Artorex, el Guerrero del Oeste.»

Las gentes de la ciudad se maravillaban al imaginar cómo una pequeña tropa de guerreros, tan desgastados por las guerras, habían sido capaces de atacar con éxito semejante fortaleza como Anderida. Con los ojos como platos contemplaban el

contenido de los tesoros que arrastraban los dos chirriantes carromatos. Se impresionaron también con las ovejas de rabos gordos de grasa y las vacas lecheras que se instalaron en manada en los establos de Portus Adurni y que rápidamente fueron convertidas en monedas de oro y plata. Los hombres hablaban entre ellos, preguntándose quién podría ser ese Artorex y si otra vez regresarían al oeste los pasados días de gloria.

Las palabras y los rumores viajaban mucho más rápido que la cabalgata, así que en cuanto llegaban a un pueblo, de los muchos que se ubicaban a lo largo de la vía romana, las gentes acudían a verlos, aclamarlos y tiraban ramas verdes encima del helado barro negro del camino para que sus bueyes y caballos no resbalasen. Los más pequeños abrían sus ojos cuanto podían mientras se chupaban el dedo, al ver pasar los hombres adustos, de rostros lúgubres, con la única idea fija en sus mentes de llegar cuanto antes a Venta Belgarum. Las doncellas suspiraban al atisbar por vez primera los cabellos rojizos de Artorex, desgreñados y sus rasgos glaciales de hombre hermoso y valiente. Los más viejos recordaban los héroes de su juventud y comparaban a Artorex con el Uter Pandragón de joven, que ahora retornaba para socorrer a su pueblo en tiempos de peligro.

Y así la historia se transformó en leyenda y la gloria se expandió como un fuego griego por los montes tapizados de nieve.

Artorex cabalgaba a la cabeza, con sus comandantes a ambos lados. Odin caminaba, tan silencioso y decidido como siempre, siempre ojo avizor ante cualquier amenaza que pudiese surgir tras las hileras de árboles que bordeaban el camino. Rufus había muerto en la puerta sur, pero Pinhead todavía estaba vivo, aunque lucía una nueva y horrorosa herida en su mejilla que había alcanzado hasta un trozo de su oreja. Los otros cuatro supervivientes de la escoria se sentían muy orgullosos y se consideraban los últimos héroes de un asalto imposible sobre un enemigo invencible. Artorex no tenía la menor dificultad en imaginar cómo crecería la historia a medida que se repitiese. Ahora mismo ya estaba incómodo por la forma en que los aldeanos inclinaban sus cabezas o tiraban de sus guedejas cuando pasaba a su lado. Porque sabía que Odin había invertido el sentido de la batalla cuando todo parecía perdido, que Targo había salvado la situación en la puerta sur y que era el indomable Ban quien había llevado el conflicto hasta su punto final.

—El plan era vuestro, Artorex y vuestra la responsabilidad final —le aleccionaba Myrddion a un día de camino de Venta Belgarum—. Vos también podríais haber muerto en las murallas con vuestros hombres. Sois como el mascarón de proa de la nave, el Guerrero del Oeste, os guste o no. Y sólo vos deberéis enfrentaros a la furia de Uter cuando nos presentemos ante su corte.

—Sí, pero no quiero restar valor a las acciones de otros.

—Podéis estar seguro, joven, de que ningún otro se enfrentará a la despiadada ira de Uter —pronunció Targo con solemnidad.

Hasta la soldadesca se echó a reír.

Y así, mientras sus hazañas ya eran cantadas en las tabernas de Venta Belgarum, la expedición de Artorex retornaba a la ciudad del Gran rey en el primer día del deshielo primaveral. Las campanas de la iglesia repicaban cuando se acercaban, guerreros y gente llana se agolpaban en las calles lodosas, mientras manos impacientes ayudaban a bajar a los heridos para dejarlos al cuidado de los monjes. Muchos de los lugareños maldecían su mala suerte por no haber cortejado a la muerte junto con los de la ralea y observaban a Artorex con miradas llenas de admiración y de envidia.

El rumor de la gran victoria en Anderida y el regreso de Artorex y sus tropas a Venta Belgarum, corrió rápidamente desde las poblaciones de la costa. Era por lo tanto inevitable que desde Portus Adurni no se despachase a un veloz mensajero hasta el Gran rey, con la noticia de que Artorex y su banda de guerreros estaba a sólo dos días de marcha de la corte.

Morgana llevó personalmente al mensajero a la presencia de Uter. Sus ojos brillaban de malicia, aunque su rostro de frío mármol estaba impertérrito.

—Señor rey, Artorex os ofrece todo el honor y homenaje. Ha tomado Anderida y ha dejado a los sajones como alimento para los cuervos, exactamente como le habíais pedido.

Uter contuvo la respiración. Parecía que se desinflaba, que todo su cuerpo gastado y todo su viperino interior se hundía bajo el peso de sus vestimentas, casi como si intentase proteger el vientre de una puñalada certera.

—No pronunciéis ese nombre en mi presencia —ordenó quejumbroso—. ¡Artorex está muerto! ¡Nadie puede tomar Anderida!

—Vuestro confesor os ha contado historias de David, el rey judío, ¿verdad? —dijo Morgana con una delicada sonrisa—. Y os habrá contado cómo ese Gran rey codiciaba con lujuria a la mujer de otro hombre, la divina Bethsheba. El rey David envió al marido de Bethsheba a la muerte, igual que vos enviasteis a Artorex a luchar y perecer a vuestro servicio —lanzó todo su odio en una mirada feroz hacia Uter—. Es muy triste para vos, padrastro mío, que la argucia, que una vez usasteis con tanto éxito, no haya sido tan eficaz en esta segunda ocasión.

La risa abierta e infantil de Morgana resonaba de forma repugnante en las estancias, antes silenciosas, del rey. Su confesor volvió los ojos muy abiertos y sobrecogidos hacia el rostro del monarca. Al no obtener respuesta, se escabulló de los aposentos para evitar oír palabras que pudiesen conducirlo a la soga de la horca.

Los ojos del rey casi se cierran en una exagerada expresión ladina.

—Ban no me ha fallado. ¡La Antorcha es leal hasta la muerte!

—Sólo tenéis veleidosas esperanzas, mi señor —le replicó Morgana—. Debo informaros que el cuerpo de Ban está atado a la grupa de su caballo y que es una de las honrosas muertes por Anderida. Mientras estamos hablando, Artorex se dirige a Venta Belgarum victorioso, con las aclamaciones del pueblo resonando en sus oídos. Si todavía deseáis su muerte, debéis encontrar a otro imprudente que maneje la

espada en vuestro nombre.

—El cachorro nunca regirá en mi lugar. Nunca me habrá de bajar del trono del Gran rey de los británicos… y pronto será olvidado por mi pueblo.

Morgana se arrodilló ante su rey y miró hacia sus legañosos ojos maliciosos. Su pequeña lengua rosada lamió su labio superior y golpeó un pequeño hueco entre sus dientes.

—Cómo se reiría mi padre. Cómo sonríe Gorlois desde el otro lado del velo mientras espera que os reunáis con él. Salud, Uter Pandragón, el Gran rey, que sólo será recordado como el canalla que engendró al salvador de los británicos.

—No digáis semejantes tonterías en mi presencia —Uter se tapó los oídos con las manos plagadas de manchas de vejez—. Podría ordenar que os estrangulasen… y quizás lo haga, si continuáis lanzándome vuestro veneno. Guardad silencio, o abriréis la boca para expirar vuestro último aliento.

—¿Cómo podríais sobrevivir un sólo instante más si yo muero? —le canturreó Morgana—. ¿Y cómo podríais conspirar contra Artorex si sois pasto de los gusanos? Sólo yo puedo manteneros respirando más allá de vuestro tiempo, algo que vuestro confesor y sus tontas plegarias no pueden hacer —volvió a sonreír—. Y cuando al fin se cierren vuestros ojos, habrá una larga cola formada por aquellos a quienes disteis muerte, que estarán esperando para ir a vuestro encuentro.

Morgana vertió una pequeña dosis de un polvo blanco dentro de la copa de vino de Uter medio vacía, que silbó y burbujeó amenazadoramente.

—Un estimulante, mi señor —extendió la copa hacia su padrastro—. Artorex vendrá a presentarse ante vos… lo deseéis o no.

Uter tomó la poción ofrecida y la apuró ávidamente. Sólo la inquina, el engreimiento y los polvos de Morgana podían mantener la sangre circulando por su viejo y cansado corazón.

—Le odiáis más que yo, arpía —murmuró mientras el estimulante le aclaraba la mente.

—Sí, mi señor, pero hay que agregar algo muy singular a ese odio… también lo amo —replicó Morgana con una mirada desprovista de toda emoción.

—Entonces, Dios salve al cachorro, porque lo desollaréis con vuestras caricias.

Morgana dejó al rey sumido en sus interminables pensamientos circulares. Desde el umbral de piedra, consciente del frío que se colaba por sus delgadas sandalias, miró hacia atrás por encima de su hombro al malvado viejo y sus sueños de inmortalidad.

«Qué par de seres ponzoñosos somos, Uter, —pensó con arrepentimiento—. Quizás lo que buscamos sólo lo logremos porque somos instrumentos del destino de Artorex, el muchacho… que ahora se ha vuelto Artorex, el hombre.»

Pero enseguida se desprendió de esos pensamientos, encogiéndose de hombros, porque la costumbre de odiar estaba profundamente enraizada en su carácter y no podía ser disminuida por las exigencias de la historia.

Morgana, la hija mayor de Gorlois, el duque de la tribu de los Dumnonii, se escabulló de las estancias del rey como una pluma de humo acre en la brisa.

CAPÍTULO XV

FINALES Y PRINCIPIOS

ARTOREX ESPERABA con Myrddion, Luka y Llanwith en la terraza del palacio. Ahora vestía las más preciadas prendas que los sajones de Anderida tenían para ofrecer, incluido un gran manto de pieles blancas de lobo atado en los hombros con un broche de bronce en forma de dragón, lo que le daba una presencia imponente y regia. Targo había insistido en que honrase a la escoria poniéndose el torques del jefe sajón, una pieza en oro rojo macizo con la forma del dragón alado de los bárbaros del norte. El pelo del joven estaba suelto y peinado, a excepción de las trenzas que dejaban al descubierto su amplia frente y debajo de la capa de los bárbaros llevaba su túnica de invierno de fina lana romana.

Odin le seguía detrás, portando un gran cofre de madera.

El guerrero de Jutlandia había sido bañado y afeitado, no sin fuertes protestas. Pero ahora, el amo y su sirviente destacaban por su gran altura sobre los demás cortesanos que esperaban ante el palacio, mientras numerosas miradas disimuladas se dirigían hacia los impasibles rostros que miraban directamente hacia las puertas de entrada talladas y taraceadas de bronce verde grisáceo.

—El Gran rey nos hace esperar para ponernos en nuestro sitio —susurró Luka, manteniendo su postura de soldado.

—El acto desesperado de un hombre impotente —acordó Llanwith con desprecio.

—Y sin embargo, Uter fue una vez un gran rey dotado para el liderazgo de los hombres, hijo —murmuró Myrddion—. Es importante que recordéis esta lección.

Artorex prefirió no contestar.

Se mantuvo mudo y de esa forma se había mantenido desde su llegada a Venta Belgarum y después de que Keu se hubiese reunido con él, tras su desesperada carrera desde Villa Poppinidii.

La noche anterior había sido agradable, sin nubarrones, con estrellas relucientes, por fin visibles en el cielo. Después de ocuparse del bienestar de sus hombres, Artorex había vuelto a la Fonda del Jabalí donde las voces de los bebedores se habían apaciguado ante la expresión del joven, ahora más adusta, transformada por sus experiencias en el combate.

En su habitación bajo los aleros, Artorex había rezado a Mitra, al Jesús cristiano y al celta Duan de Dartha pidiendo protección para su familia. Pero mientras entonaba

las intercesiones a todos los dioses que conocía, sentía un gran peso sobre su pecho.

La llegada de Keu no le sorprendió.

Su hermano llegaba extenuado por el viaje, manchado de barro, con el pelo negro despeinado y sus impecables vestimentas arrugadas por el precipitado ritmo de su travesía. Con mirada ahora más experta, Artorex reconoció una fina mancha de sangre seca en la capa de Keu, parcialmente tapada por el lodo y se percató de que el hombre que tenía enfrente no podía mantener firme su mirada.

Su hermano adoptivo tenía miedo.

Keu contó la trágica historia de forma simple y sin entrar en demasiados detalles esperando ahorrar una excesiva aflicción a quien se había transformado en un extraño.

—Antor organizó una gran pira funeraria para Gallia, Frith y vuestros sirvientes. Fueron a la gloria de los dioses todos juntos, tal como habían vivido hasta entonces —explicó calmadamente. Artorex sólo movía la cabeza. El silencio se prolongaba desconsoladamente.

—Nuestro padre sufre con vos y está con Licia tanto tiempo como con su propia nieta. Gareth la cuida día y noche… y su congoja no tiene límites.

Al final miró a Artorex directamente a los ojos.

—Gareth os envía este talismán que sacó del cuerpo de vuestra esposa. Está hecho por Frith y Gallia lo llevaba puesto, así que Gareth cree que debe estar en vuestras manos. Es el regalo póstumo de dos mujeres que han desempeñado un importante papel en vuestra vida.

Artorex tomó la pequeña talla con forma de mujer preñada y acarició su vientre con sus dedos. Debería rechazarlo, ya que el desconsuelo lo estaba superando, pero el cálido fragmento de avellano era tan suave y estaba tan lleno de amor que finalmente decidió quedárselo. Encerró el amuleto entre sus manos e inclinó la cabeza en agradecimiento.

Más tarde, mucho más tarde, Artorex llevaría la figurita con una cadena de oro alrededor de su cuello de manera que reposaba sobre su corazón.

Keu se sintió decididamente incómodo y rompió a hablar sin pausa.

—Las alimañas que la asesinaron están muertas. Quemamos sus cadáveres y esparcimos sus cenizas al viento para que sus almas estuviesen deambulando eternamente. Pero antes, dejamos que las aves carroñeras se llenasen los buches.

Parte de la antigua crueldad de Keu había vuelto a sus ojos mientras contaba su historia y Artorex pensó, sin darle demasiada importancia, que allí había un instrumento útil, dispuesto para ser usado en casos de penosa necesidad.

De tal padre, tal hijo, pensó Artorex con frialdad, porque finalmente había racionalizado su vinculación familiar con Uter y en la importancia de su papel en los planes de Myrddion. Tuvo la sensación de que por sus venas circulaba una sangre corrompida y sintió un ferviente anhelo de escapar de todos y quedar a solas con su dolor.

—Sólo uno de los asesinos sobrevivió a la lucha, por lo que hicimos todo lo posible para averiguar las razones que les llevaron a atacar la villa —continuó Keu—. Gareth le cortó los tendones durante la lucha y sólo podía reptar como una víbora. Julanna le aplicó sus propias fórmulas en un intento de sacarle información, desollándolo en las zonas donde los nervios están más cerca de la piel. Nunca habría pensado que mi mujer pudiese actuar como lo hizo.

Keu movía su cabeza recordándolo, ya que el hombre estaba confuso entre la admiración por su esposa y el repentino temor que nos invade cuando la más inocente mascota se vuelve un animal rabioso.

Suspiró.

—Todo lo que pudimos sacarle fue su nombre: Botha. No intentó ocultar su identidad o justificar sus actos, a pesar de la tortura.

—De alguna manera, entonces, era un hombre honorable y leal —reflexionó Artorex en voz alta.

—Murió sufriendo, hermano. Antor y Julanna vieron cómo expiraba, porque yo ya había agotado mi turno de infligirle dolor. Nada más agregó excepto su nombre, suplicar a sus dioses o pedir perdón a la casa. Sus cenizas también fueron esparcidas por los campos.

—Gracias Keu. Deseo que me acompañéis mañana por la mañana cuando visitemos al Gran rey —replicó un Artorex distante—. Vivimos tiempos extraños, hermano, donde las mujeres son moneda de cambio para el poder y descubro que vuestra ilustre madre ya sabía que un día habría de necesitaros. La promesa que hice a Livinia me une a vos y eso siempre lo tengo presente.

Cuando Keu encontró finalmente un jergón sobrante y se dejó caer en él, todavía sucio por el barro del viaje, se pudo dar cuenta de cómo, sorprendentemente, la tierna carne del chico al que llamaba *Zote* se había transformado en el hombre mayor, en el frío y confiado líder de guerreros veteranos, con alguno de los cuales ya había conversado.

Nunca lo conocí realmente, pensó Keu con perplejidad y cierto grado de incomodidad. Este nuevo Artorex me produce escalofríos.

Por la mañana, Keu se lavó cuidadosamente según las costumbres romanas, se vistió y se reunió con Artorex y sus amigos en la terraza del palacio.

Vio la ocasión para congraciarse con su hermano y los tres viajeros. Fríamente y con sus ojos puestos en su gran oportunidad, el hijo de Antor empezó, inexorablemente, a atar su destino a la ventura de Artorex. Bendijo a su madre, porque había sabido reconocer las cualidades de su hijo adoptivo y lo había ligado a su familia mediante un juramento.

Sólo Targo, tan leal e intuitivo como siempre, había entrado en la pequeña habitación de Artorex. Llegó tarde por la noche y encontró a su amo atormentado y bañado en lágrimas mientras sus labios besaban el amuleto de Gallia.

Su dolor era intenso y profundo, aunque callado. Nada podía hacer el veterano,

excepto ofrecerle la compañía de un soldado a un camarada atormentado. Cuando sus ojos se quedaron sin lágrimas, cayó en un inquieto sueño lleno de sangre y de crímenes. Targo permaneció vigilante, con su corazón roto por los recuerdos de la pequeña Gallia y su desperdiciada alegría evanescente.

Artorex nunca más volvió a llorar. Durante los largos años siguientes habría de sufrir terribles pérdidas, pero nunca más volvería a llorar tan íntegramente y sin el menor pudor.

COMO LO HABÍA HECHO anteriormente, Uter subestimó el efecto último que generaría su falta de cortesía con Artorex. El porte de soldado del joven y el insólito significado de que varios reyes tribales y nobles romanos fueran dejados al rigor de la intemperie fue combustible para las habladurías y los rumores que desacreditaban al Gran rey. Artorex y sus compañeros nunca se quejaron. Silenciosamente permanecieron en posición de firmes en sus puestos, cuando otros hombres ya habrían mostrado su cansancio. Finalmente, el Gran rey debió de haberse percatado de su falta de tacto, ya que tras dos horas de espera, las puertas enchapadas en bronce se abrieron y el grupo fue conducido ante la presencia de Uter.

Llevaba por un lado a Keu y a Llanwith y en el otro a Luka y a Myrddion. Ya no era un joven, sino un hombre. Su rostro era terso y su cabellera de color tan rojo oro como siempre, aunque sus rasgos se habían acentuado con una expresión de autoridad medida, libre de pasiones o emociones desenfrenadas. Sus ojos destacaban en su rostro, aunque eran ilegibles, directos y audaces. Los cortesanos y monjes que se encontraban junto al trono se empequeñecieron ante su presencia, porque Artorex era el verdadero rey de entre todos ellos, relegando a Uter a poco más que una antigua momia menguada, una sombra de lo que había sido.

—Os he traído Anderida, como me lo habéis pedido, mi señor —su voz alcanzó hasta los confines de la sala—. También os traigo el saludo de Ban, La Antorcha del Oeste, que se unió a los gloriosos guerreros que agonizaron en el Gran Salón de los sajones. Os traigo los despojos de las iglesias cristianas del sudeste como vuestra parte del botín y os pido vuestro Gracioso permiso para hacer la guerra contra los sajones dondequiera que se encuentren. Artorex levantó su mano y Odin avanzó portando un gran cofre. A los pies del estrado, inclinó su cabeza, abrió la pesada tapa cubierta de bronce y expuso las reliquias de oro de las iglesias cristianas saqueadas por las hordas sajonas. El murmullo de admiración de la corte llegó hasta los oídos de Uter como olas del mar.

Odin retrocedió hasta colocarse directamente detrás de su amo.

Uter no se dignó ni siquiera mirar hacia el montón de tesoros sagrados.

—¿Pedir? ¿Pedir? ¡No estáis pidiendo! ¡Estáis exigiendo! ¿Qué derecho tenéis para instruir a vuestro rey respecto a las delicias de la guerra? —Uter dirigió una mirada de desprecio hacia toda la corte presente como si invitara a la risa, pero el

salón quedó sumido en un incómodo silencio.

Myrddion dio un paso adelante sin temor alguno.

—Mi señor, Artorex es el verdadero héroe de Anderida, vuestro líder, el que capturó la inexpugnable fortaleza. Es el guerrero más leal que lucha en vuestro nombre… y sólo en vuestro nombre. ¡Es el Guerrero del Oeste!

Uter resopló cuando Myrddion retrocedió.

Llanwith ocupó su lugar.

—Él definió nuestras estrategias, planificó nuestras victorias y con su propia espada atravesó a un gran número de sajones. Nuestros enemigos ardieron como los troncos de madera de vuestro brasero. ¡Es el supremo Guerrero del Oeste!

Llanwith retrocedió hasta su puesto. Luka ocupó el sitio dejado por su amigo, dirigiendo una mueca burlona a los cortesanos presentes con una sonrisa que nada tenía de divertida.

—Mi señor, sólo Artorex es el sostén de la confianza de todos los hombres que lo conocen, sin importar su rango. Sólo él puede ocupar en vuestro lugar el cargo de supremo guerrero, ahora que la edad os ha llevado a bajar la espada. Él ha soportado el peso de la muerte de nuestros hombres valientemente y ha demostrado sobradamente que es el Guerrero del Oeste.

Uter palideció y la multitud se agitó como las hojas secas bajo el viento otoñal.

Finalmente Keu tomó el sitio de Luka y Uter escudriñó al desconocido, envuelto en una toga y armado con una corta espada romana.

—Mi señor, Artorex es la esperanza de los indefensos, el soporte de los débiles y el último Dux Bellorum[24]. Es el Guerrero del Oeste… y además es mi hermano.

La consternación inundó el recinto y se alzaron voces, piando como los pájaros o clamando como las gaviotas hacia el cielo oscurecido.

Uter levantó su mano impaciente y el silencio volvió a reinar en la corte.

—¿Quién es este romano? —exigió saber.

—Keu es el hijo de Lord Antor, el guardián de Villa Poppinidii y del Viejo Bosque de Aquae Sulis —declaró Artorex con voz alta y clara—. Su madre era Livinia, la última romana pura del linaje de los Poppinidii y es mi hermano adoptivo. Os trae el saludo de Botha, que fue fiel a sus promesas hasta la muerte.

El rostro de Artorex se mostraba frío e inexpresivo, no se le movía un solo músculo ni expresaba emoción alguna. La mención de Botha, el capitán de la guardia de Uter, provocó una oleada de cuchicheos y especulaciones, mientras Artorex esperaba para tender la trampa.

Uter estaba mudo de asombro. Su rostro gris se tornó pálido y sus manos y boca temblaban como si estuviese al borde de una parálisis. Nadie del circunspecto auditorio que llenaba la sala podía dejar de notar que el rey acababa de recibir un golpe bajo. Sus retorcidos dedos macilentos oprimían y soltaban convulsivamente sus huesudas rodillas y Keu pensó que el viejo desfallecería por la conmoción.

Así que de esta suerte están las cosas, pensó un Keu calculador, el rey quiere un

Artorex muerto. Me pregunto por qué.

Los guardias del Gran rey, que nada sabían de la misión de Botha, se quedaron estupefactos al oír mencionar el nombre de su capitán, mientras las caras de Myrddion, Llanwith y Luka mostraban su perplejidad. Sólo Keu y Artorex parecían impasibles.

—Villa Poppinidii se mantiene fuerte y sigue controlando el camino a Aquae Sulis. Ningún sajón podrá llegar más lejos, mientras Antor o yo mismo tengamos aliento —juró Keu—. Y ni las llamas, ni la traición, ni el crimen al amparo de la noche, abrirán brecha en sus antiguas murallas.

Ninguno de los presentes quiso comprender de verdad el significado de las palabras pronunciadas y de las amenazas implícitas en las mismas, nadie a excepción de Uter se dio por aludido. Keu sentía una ola de exaltación recorriendo su sangre, porque Uter parecía tambalearse y agitarse como si estuviese sufriendo un ataque.

Ygerne se puso tensa y Morcadés se quedó simplemente boquiabierta. Morgana mostraba una sonrisa vaga… y jugaba con sus huesecillos.

Pero Uter ya lo sabía. Su plan había fracasado y Artorex emergía de su propia tragedia como el ave fénix se eleva de sus propias cenizas. Horrorizado, Uter comprendió que la razia de Botha había reforzado la posición de Artorex y como consecuencia había perdido a su más fiel sirviente. Ahora rodeado de enemigos y de expectantes candidatos a sucederlo, el Gran rey parecía desinflarse internamente.

—Podéis hacer lo que queráis… y os lo agradecemos —la voz de Uter era más bien un suspiro tan fino como el silbido del viento que se colaba por las hendiduras de la puerta.

Y luego, para sorpresa de todos, la audiencia se dio por terminada.

PERO UTER PANDRAGÓN, vencedor de tantas batallas, todavía no estaba acabado. Sin lugar a dudas, el joven era de su sangre, pero esa certeza no producía ningún placer al viejo monstruo. Todo lo que le quedaba era orgullo, ahora transformado en engreimiento y juró que ni siquiera su propio hijo viviría para reinar en su lugar. Prefería que la Britania celta se cayese en ruinas antes de que su fama se eclipsase.

Con tal objetivo, el Gran rey agudizó su mente sagaz y puso toda su voluntad de hierro en la determinación de desarrollar nuevas estrategias. Durante muchas horas, Uter estuvo maquinando su trama, como la araña en que se había transformado. Finalmente decidió que enviaría su espada y su corona al obispo de Venta Belgarum, haciendo así responsable a la Iglesia de la selección de su sucesor. Uter confiaba en los celos y temores que separaban a los cristianos de los paganos y eso sería suficiente para mantener su trono libre del puño de hierro de Artorex.

En su suntuosa habitación, rodeada de finas telas, joyas y cristalería romana, Ygerne decidió que Venta Belgarum ya no sería más su hogar. Sus hijas habían heredado todos los resentimientos y las malas costumbres de su madre; las

frivolidades de Morcadés y las crueldades de Morgana, eran para ella una constante fuente de dolor. Retornaría a Tintagel tan pronto como pudiese, dejando atrás todas las suntuosidades de su rango. Myrddion sabría lo que habría de hacer. Él había sido el responsable de su caída, aunque nunca hubiese sido su propósito y por lo tanto lo induciría hábilmente para que la ayudase a escapar de su incómoda prisión dorada.

Uter apenas notaría su ausencia.

La reina Ygerne se contempló en su espejo de plata. Sus ojos grises, tan distintos de las frías órbitas de su hijo, se ablandaron al recordar el rostro de su propio padre, parecido… aunque distinto… a Artorex. Uter había transmitido con su sangre el cabello y el cuerpo del joven, pero su firme quijada y los ojos claros eran los de su padre.

En la sala del palacio, aquellos ojos grises la habían mirado, incluso más allá de su físico, pero no la habían reconocido. ¿Por qué habría de tenerla en cuenta? ¿Acaso había luchado por él cuando sólo era una criatura indefensa? No lo había hecho. ¿Había adoptado una actitud honesta cuando descubrió las triquiñuelas de Uter para llevársela a la cama? No. Ni siquiera pensó en abrirse las venas. ¿No había convivido con su monstruoso marido durante décadas, cuando la moral elemental sugería que debía dejarlo?

Por primera vez en muchos años, la reina Ygerne se rió con ganas. Uter se había embarcado en una guerra absurda con su único hijo, lo que le envenenaría los últimos años de su vida. Sin duda, Uter fracasaría. Su padre había sido un guerrero sin par y él, el mejor estratega de la Britania celta. Qué no lograría Artorex, siendo la suma de ambos.

—Mucho más que vos, Uter. ¡Mucho más que vos!

CUATRO SEMANAS DESPUÉS de su audiencia con el Gran rey, Artorex retornó a Villa Poppinidii, acompañado de lo mejor de su hueste. Habría preferido viajar a la semana de haber llegado de Anderida, pero se vio obligado a esperar a que sus hombres curasen bien sus heridas y, por otro lado, Venta Belgarum no se mostraba dispuesta a la partida de sus héroes. Además, para su propia vergüenza, un lado de su corazón temía enfrentarse a su hija y a las decisiones que había adoptado para su futuro. El deshielo primaveral ya había empezado y el suelo estaba empapado del agua que regaba los bulbos, las flores y las hierbas que lanzaban sus verdes brotes por encima de la tierra fértil y húmeda. Villa Poppinidii estaba en su mejor momento, con los perales y melocotoneros cargados de flores y los ranúnculos creciendo y formando parches amarillos en los prados, mientras que los terneros recién nacidos, potros y corderos triscaban entre las altas hierbas. Artorex podía oler el rico y embriagador aroma de la vida, que renacía una vez más al llegar el abrazo de la primavera.

—Ha pasado el invierno, así que la alegría y la felicidad pueden volver —dijo en

voz baja Artorex a Antor mientras los dos hombres contemplaban los fértiles campos —. Toda esa muerte y todas esas pérdidas sólo por un fin tan mezquino… una corona muerta como una piedra. Este sitio es más de lo que siempre quise, ¿por qué habrán venido esos tres viajeros a cambiar el ritmo natural de las cosas?

Como siempre, Targo y Odin estaban detrás, circunspectos guardianes de las espaldas de Artorex bajo cualquier circunstancia. Lo habrían dejado en paz con su dolor, pero Odin no confiaba en nadie, ni siquiera en Antor.

—¿Hijo, quién sabe por qué los hombres son criaturas tan crueles y brutales? —replicó Antor pensativo mientras una mano acariciaba los amplios hombros de su hijo adoptivo—. Son las mujeres las que civilizan y los hombres los que destruyen. Muchas veces pienso en mi Livinia y sus jardines y en la pequeña Gallia que encontraba belleza en el borde de un bosque, en sitios donde nosotros sólo vemos provecho.

—Sí —contestó Artorex sin más.

Miró afectuosamente a Antor y se esforzó por transformar sus pensamientos en palabras.

—Pronto iré a casa de Gallia, pero, antes de hacerlo, os debo pedir algo —dijo el joven con amabilidad mientras fijaba su mirada intensa en el hombre mayor—. Se trata de un asunto muy importante para mí, y os pediré que hagáis la promesa, jurando por Villa Poppinidii y la memoria de nuestra matrona Livinia, de que mantendréis vuestra palabra respecto a este tema.

—Ah, qué lástima, joven. ¿Qué os han hecho los del sur para que dudéis de mí? Vos, más que nadie, sabéis que haré todo lo que me pidáis, si está en mis manos. Y no necesito ningún juramento, pero accederé a vuestro deseo. Juro por las cenizas de Livinia y por esta buena tierra y por el amor que me mantiene aquí, donde el mundo es tranquilo y puro.

El rostro de Antor estaba envejecido y surcado de arrugas, pero todavía era fuerte como un viejo roble y los años apenas habían hecho mella en la calva de su cabeza y en sus anchos hombros.

—Licia no puede seguir siendo mi hija.

La voz de Artorex estaba vacía de dolor, o llena, según la sensibilidad de quien le escuchara.

—Se me ha dicho que soy el hijo legítimo de Uter Pandragón, el último hijo de un linaje de guerreros cuya sangre ha sido envenenada por la codicia y la corrupción durante muchas generaciones. No quiero exponer a Licia a las ambiciones de los hombres que quieran aprovecharse de ella para conseguir sus egoístas objetivos.

Luego suspiró con todo el pesar que un hombre verdadero puede sentir por la pérdida de un ser amado. Contempló los campos todavía sumidos en la niebla matutina.

—Quiero que adoptéis a Licia como vuestra hija. En estos campos puede crecer fuerte y sana bajo vuestro cuidado, pues la cuidaréis tal como yo mismo lo haría. Es

la mejor solución que se me ocurre para que pueda aprender a vivir y reír como su madre.

—Pero la familia de Gallia conoce la verdad del nacimiento de Licia —protestó Antor.

—La familia de Gallia es ahora muy pequeña y todos ellos son muy orgullosos —respondió Artorex—. Seguirán vuestro consejo. Gallinus comprenderá los riesgos que corre su sobrina. Pensadlo, padre. Es la nieta de Uter Pandragón y la sobrina de Morgana y de Morcadés, dos criaturas realmente inquietantes. Si Morgana supiese que Licia aún vive, no dudaría en secuestrarla inmediatamente para enseñarle sus perversidades. ¿Puedo acaso permitir tal triste destino para mi pequeña?

—¡No! —se vio compelido a contestar Antor.

—Si en el futuro se supiese que ella es mi hija, Villa Poppinidii se transformaría en un imán para los ambiciosos, los violentos y para todos aquellos hombres que quieran tener un hijo con ella, incluso si la violación fuese la única opción posible. Para estas criaturas, un nieto de Artorex sería un gran premio y no deseo un destino así para ella.

—¡Nunca! —susurró el viejo—. Y moriré si hace falta para impedirlo.

—Entonces debéis recibirla en vuestra familia. Si estáis dispuesto a aceptar este arreglo y me lo permitís, quiero que me autoricéis a transformarme en su tío adoptivo de forma que pueda verla cuando mis obligaciones lo permitan. Es muy joven y estoy seguro de que con el tiempo me olvidará —su cara denotaba una infinita tristeza—. Jamás le he pedido a nadie tanto como lo estoy haciendo ahora, padre. Tendrá una dote de gran valor y en Villa Poppinidii estará a salvo, al menos mientras yo viva. Gareth se ocupará de todo lo demás.

—No quiero nada por este cometido —sentenció Antor de forma terminante—. Porque no hay ni oro ni tierras que puedan valer ni la mitad de mis hijos —miró fijamente al rostro de Artorex—. ¿Keu guardará silencio?

—Sí. Keu y yo hemos llegado a un entendimiento —replicó—. Su destino está atado al mío y siempre será así.

—Bien. Maldito sea si lo entiendo —agregó Antor con cierto humor… y padre e hijo se rieron con ironía.

Más tarde Artorex atravesó los campos, sus sombras como siempre detrás, hasta llegar a la tierra quemada donde había sido tan feliz. Las maderas de la estructura se habían vuelto cenizas, pero la piedra ahumada de las paredes y los entallados cimientos demostraban que ese amor había sido real, aunque ahora se había perdido para siempre. Los zarcillos de los brotes de las glicinas, más fuertes de lo que Artorex hubiese imaginado, luchaban con las hiedras para ganar un punto de apoyo entre las piedras.

Sin pensarlo, se agachó para arrancar una maleza que crecía entre las piedras chatas del patio. Odin imitó a su amo y en poco tiempo, ya no quedaron malezas y lo que a partir de ese momento sería la tumba de Gallia y Frith, quedó libre de breña.

—Mi mayor deseo es que plantéis flores alrededor y entre las ruinas de mi casa —le dijo Artorex a Gareth esa noche—. Rosas, capullos de primavera y las raíces fuertes y profundas de los alisos y avellanos deben florecer allí, porque un jardín en memoria de Gallia es lo único auténtico que puedo dar a mi pequeña Licia.

Gareth se arrodilló ante su amo y juró servirlo fielmente toda su vida.

—El jardín de Gallia será hermoso, porque lo cuidaré tal como me lo pedís. Pero suplico el permiso del señor para que crezcan también hierbas y plantas medicinales, como las ordinarias amapolas y margaritas que Frith amaba tanto.

—No es necesario pedirlo —sonrió al joven—. Puedes hasta levantar un monumento en memoria de Frith, mi madre del corazón. Os mandaré oro para pagar su construcción.

—Haré como lo deseéis, mi señor. Si queréis podéis venir conmigo mañana y os mostraré lo que quiero hacer.

Y así a la mañana siguiente, Artorex se encontró de vuelta en el sitio donde todo había comenzado. En el claro del Viejo Bosque donde la débil luz de la primavera penetraba hasta el suelo para romper la oscuridad.

La piedra no había cambiado, tampoco lo habían hecho sus sobrecogedores grabados. Artorex tuvo la sensación de que estaba frente a algo sagrado, algo tan exótico para él como las costumbres de las mujeres.

Hasta Odin sintió una presencia mística y se arrodilló ante la piedra.

—Sería de gran ayuda para mí si pudiese conservar esta piedra bajo mi protección, Lord Artorex —explicó Gareth mientras señalaba los grabados—. Gallia y Frith venían aquí casi todos los días ya que era un lugar donde se sentían felices y en paz con el mundo. Gallia me dijo que cuando estaba aquí, se encontraba cerca de vos y Frith me dijo que la piedra era sagrada para las mujeres y que era tan antigua como el mundo. Siempre molía sus hierbas en la oquedad que hay en su parte más alta —sonrió vergonzoso a Artorex—. Me dijo que la sangre había resbalado en la piedra en tiempos muy antiguos, pero que su magia de mujer había destruido los demonios que vivían en su interior.

—Entonces podéis mover la piedra hasta donde queráis. Antor os dará todos los hombres necesarios para trasladarla hasta su nuevo emplazamiento. Quizás podríais colocarla en el patio de las ruinas, de tal forma que se haga un estanque a su alrededor y el agua pueda correr desde la oquedad cuando la llenen las lluvias.

Artorex suspiró, porque en el pasado sólo una vez había imaginado un flujo de sangre fresca de sacrificios en su sagrado hueco. Nunca se le habría ocurrido destinar esa antigua reliquia para ningún uso.

—Quizás las flores acuáticas resalten su belleza, en lugar de ser un símbolo de muerte.

DURANTE LOS SIGUIENTES meses, Artorex, su soldadesca y todos aquellos

guerreros que se incorporaron en tropel tras su insignia, recorrieron las zonas montañosas como un torbellino armado. Ni un solo sajón se atrevió a pisar el suelo que Artorex consideraba como sagrada pertenencia del oeste. Ningún nórdico se atrevió a talar un solo árbol de los bosques que Artorex declaraba como propios. Ni tampoco nadie que se alzara contra el agonizante Uter en su polvoriento palacio siguió respirando. El último Dux Bellorum se hizo el Guardián de los Británicos y su fama continuó creciendo.

En las pocas y breves ocasiones en que la paz reinaba en las fronteras, retornaba a Villa Poppinidii. Allí jugaba con una pequeña niña rubia a la que llamaba Licia, siempre a la sombra de Gareth, el joven de cabellos claros.

Los pocos cabellos que conservaba Antor eran más blancos que claros, pero había ganado algo de paz en su vida gracias a que Keu acompañaba a Artorex en sus campañas como uno de sus capitanes. Muchas veces se le oía decir a Antor que el regalo de un hijo adoptivo que le había dado Lucius había sido su mayor golpe de suerte en toda su larga y afortunada vida.

Ninguna casa fue levantada sobre los cimientos de aquella donde Gallia y Frith habían muerto. Sólo las flores la habitaban y Gareth se encargaba de cuidarlas. Éste había prometido que nadie molestaría a Licia con historias de su padre guerrero. Artorex empezó a quererla como tío, o al menos así lo parecía. Nadie más que Targo sabía que había llorado por la pérdida de su hija para preservarle una vida feliz, pero él nunca hablaba.

El sol salió y se puso sobre Villa Poppinidii tal como lo había hecho durante cientos de años y Gallia descansaba en una urna dorada instalada en un nicho entre las ruinosas paredes de su casa. Aunque el sitio de su postrer reposo era de gran valor, nadie se atrevería a tocar el jardín del Dux Bellorum ni su contenido. Con el paso de los años, incluso hasta para el leal Artorex, se fue convirtiendo en un sueño y luego en la leve memoria de un sueño, hasta que el tiempo la borró de la relación de los grandes actos de los hombres poderosos.

Pero, aunque muriese en su mente, el jardín floreció en la tierra profanada. La oquedad de la piedra rellenada por el agua pura lavaba toda memoria de males pasados y el espíritu de Frith bailaba en las margaritas que crecían formando grandes masas blancas, mezclándose con las amapolas rojo sangre, como la sangre que ella había derramado por amor.

Durante un año, Artorex se esforzó hasta el límite de sus fuerzas, viviendo sobre su montura y rodeado de su selecto grupo de sobrevivientes de la escoria y de una nueva fuerza de jóvenes e inquietos guerreros. La nobleza, los pueblos y las últimas colonias céltico-romanas mandaron a sus mejores hijos para que cabalgasen junto a Artorex, el Guerrero del Oeste. Los pocos reductos sajones en el noroeste de las tierras británicas se vieron obligados a retroceder a las montañas o al Wash, tan limpiamente como Artorex se quitaba el barro de sus botas.

Le guiaba un firme propósito. Cuando el oeste se transformó en un bastión

seguro, el Dux Bellorum montó su campamento en las montañas, en las viejas fortalezas, formando una cadena de torres guardianas para vigilar la agazapada amenaza sajona al otro lado de la frontera.

Durante todo ese tiempo no se le vio aparecer por Venta Belgarum. Se dijo a sí mismo que su odio hacia Uter era tan profundo que no confiaba en poder evitar la tentación de terminar con la vida del agonizante rey con sus propias manos. Trató de convencer a su parte menos emocional de que la razón de su alejamiento de la fuente del poder británico era para proteger a Targo, que había hecho la promesa, bajo juramento, de vengar el crimen contra Gallia.

Pero en el más oscuro y recóndito rincón de su alma, sabía que no soportaba reconocer en sí mismo ningún rasgo de la vileza y crueldad de Uter. Así que cabalgó, luchó y desplazó la frontera de los celtas hasta el límite… utilizando todo el poder de su caballería.

A FINALES DEL INVIERNO, Myrddion encontró a Artorex en un vivaque azotado por el viento. El joven estaba concentrado en unos mapas dibujados en finos pergaminos, planificando su próxima campaña contra la parte indefensa de los sajones.

—¿Ni siquiera una sonrisa para un viejo amigo, Artorex? —murmuró Myrddion desde la entrada a una sencilla choza de cañas y adobe.

Alzó su mirada hasta encontrarse con los ojos oscuros del sabio.

—Siempre sois bienvenido, Myrddion, el más grande de mis maestros —la boca de Artorex dibujó una mueca de ironía y éste sintió una leve opresión en el corazón al reconocer la pérdida de inocencia en su alumno.

Artorex apartó pieles, descartó mapas y retiró una vieja y sucia bandeja de madera apoyada encima de un banco en el centro de la habitación.

—Sentaos, amigo y perdonad mi distracción, estoy cansado y preocupado por todo lo que nos queda por hacer esta primavera. ¿Qué noticias traéis de Venta Belgarum?

—La ciudad está tranquila, como un guerrero esperando la llamada para acudir a la batalla. Uter se recluye en su ciudad como una araña moribunda, pero está atrapado en las maquinaciones de Morgana más que en las suyas propias. Ella odia todo lo que es de Uter… y vos sois su mayor legado. Os haría un enorme mal, si pudiese hacer algo más que mantener con vida al viejo monstruo con sus abominables brebajes.

Los labios de Artorex esbozaron una mueca de amargura.

—La vida era infinitamente simple cuando desconocía mis ascendencias de sangre.

—Vuestra madre ha ingresado en un convento cercano a Tintagel, sin importarle las habladurías desatadas por su ausencia. Se ha vuelto penitente y corren rumores de que ha hecho voto de silencio. Azota su cuerpo para salvar su alma.

Artorex enarcó sus cejas en silencio.

—¿No os preocupa, joven? Habéis perdido una esposa por un repugnante crimen, pero Ygerne perdió a su marido mediante artimañas… y luego la dejaron sin su hijo. Durante incontables años, creyó que estabais muerto y finalmente se escapó del hombre que tanto mal le causó —Myrddion sacudió lentamente su cabeza—. ¿No sentís al menos curiosidad por saber los motivos de su boda con Uter? —Myrddion mostraba signos de impaciencia, pero Artorex desvió su mirada sin tener en cuenta las preguntas que preocupaban a su interlocutor.

—Encuentro difícil comprender qué tipo de penitencias puede ofrecer tardíamente a su dios una reina echada a perder. Dentro de mi corazón mis madres fueron Frith y Livinia, una sajona y la otra romana. Y la dos eran mujeres buenas y rectas, que no tenían ni astucia ni cobardía en su naturaleza.

—Sois demasiado duro, Artorex, porque Ygerne fue víctima de una tragedia. Yo fui quien ayudó a Uter a engañar a la más hermosa mujer de los británicos… otro pecado que llevo en mi conciencia. Mi única justificación es que el haber tenido un hijo para suceder a Uter fue un acto importante para nuestra causa. Podéis juzgarme si lo deseáis, pero tened piedad de una frágil mujer que ha sufrido mucha más crueldad que vos.

Artorex resopló.

—Dejadme hablar, Artorex —exigió Myrddion—. Ygerne era una mujer famosa. Era muy bella, pero también sabía leer y escribir, cantaba como un ruiseñor y era de tan buen corazón que sus encantos físicos eran lo menos importante. Los hombres la amaban sólo con verla y ansiaban recibir una de sus sonrisas, pero su corazón pertenecía a su marido, Gorlois, el duque de Cornualles, que era aliado de Uter Pandragón.

»En ocasión de una fiesta, Uter conoció a la famosa Ygerne. Recuerdo esa noche por toda la miseria que se inició con una simple comida. La vio, la deseó y se volvió loco de lujuria. Tanto despierto como dormido, el pensamiento de Ygerne llenaba su mente, al punto que desatendió todas sus obligaciones. Nada de lo que le dijese lo apartaba de ese pensamiento y ninguna otra mujer calmaba su deseo.

»Sí, podéis reír, Artorex, pero no habéis pasado de los cuarenta años como tenía Uter entonces. El hombre se había enamorado por primera vez en su vida. Había disfrutado con otras mujeres en el pasado, pero entonces se había encontrado con la mujer ideal, a la que no podía hacer suya y su obsesión fue tal que casi le cuesta la razón.

»Sí, fui yo quien finalmente encontró la manera de engañar a Ygerne para que recibiese a Uter en Tintagel y yaciese con él como su marido. ¿Qué podía haber hecho Ygerne al descubrir la estratagema? Uter la había violado contra su voluntad y os había sembrado en su vientre.

»Sí, contemplé cómo enviaba a Gorlois a una batalla suicida y también callé cuando hizo creer a todos que el duque de Cornualles era un traidor y lo hizo matar.

¿Podéis imaginar cómo se sintió Ygerne cuando vio la amada cabeza de su marido levantada y clavada en la punta de una pica a las puertas de Venta Belgarum?

—Podría haber decidido su propia muerte —interrumpió Artorex brutalmente.

—En el momento al que me refiero ya estaba embarazada y pensaba que el niño provenía de la semilla de Gorlois. ¡No podía quitarse la vida! Tenía dos hijas y Uter las había secuestrado y las tenía como rehenes para llevar a la reina a su lecho y asegurarse de que cediera. Y yo os pregunto, ¿qué habríais hecho en su lugar?

Artorex se ruborizó ante la crítica implícita de su tutor.

—Mi nombre es Artorex todavía, pero ya no soy el muchacho que llevaba el mismo nombre —algo que no admitía réplica—. Desgraciadamente la vida feliz que disfrutaba y amaba ha muerto hace ya mucho tiempo. A pesar de los pecados de que fue víctima, Ygerne no tiene nada que ver conmigo, aunque la libero de sus faltas de vanidad y cobardía. Acepto que Uter haya podido transformar muchos inocentes en pecadores.

—Amigo mío, estáis enfadado y tenéis el corazón herido. No es mi intención haceros sufrir, como bien sabéis. Estos tiempos os han obligado a sacrificar algo de vos mismo para el beneficio del bien común. Artorex bebió hasta el fondo de su vaso de vino de madera y luego escupió los posos sobre el suelo de tierra. Levantó los ojos hacia su amigo y le sonrió confiadamente, como siempre había hecho; fuera, el viento frío zarandeaba la dura piel de vaca que hacía de puerta y agitaba su cabellera suelta.

—Espero que me perdonéis, amigo Myrddion. Me siento perdido y mi único propósito es el de matar sajones. Pensaré en vuestras palabras y si decido hacer las paces con Ygerne, entonces lo haré. Sea cual sea mi decisión, siempre os estaré agradecido por vuestra guía y consejo.

Estrecharon las manos dentro de la cálida habitación y muy sabiamente, decidieron evitar los temas penosos.

—¿Cómo se porta Keu? —preguntó Myrddion por curiosidad—. A veces me descubro pensando en ese joven y aquellos incidentes en la Villa Severinii todavía me atormentan.

Por su gesto, Artorex parecía rememorar.

—¿Es un adecuado capitán de caballería?

—Lo hace bastante bien y su habilidad táctica muestra cierto grado de ferocidad. Aparte de mis reservas respecto a su falta de mesura, lo necesito porque odia a los sajones mucho más que yo o vos mismo. A veces me pregunto si los considera seres humanos, o más bien, animales salvajes. Estoy convencido de que Keu es uno de esos hombres que disfrutan de la guerra y que en donde hay violencia se sienten como pez en el agua. ¡Pero, ya está bien de hablar de Keu! Contadme. ¿Qué os trae hasta este sitio alejado de la mano de Dios?

—Varios asuntos, Artorex. He enviado a varios hombres expertos al corazón del oriente sajón en misiones de espionaje. Arriesgan sus vidas para mantenernos informados de las intenciones de los sajones —el rostro de Myrddion estaba triste—.

Esos hombres a veces mueren por nosotros y ni se les bendice ni se les dan honras fúnebres. Como vos, a veces siento que sus sombras me rodean y entonces me arrepiento de haber enviado a hombres tan valientes a tierras enemigas. Pero ellos… y nosotros, cumplimos con nuestro deber, porque es el país lo que importa.

Myrddion midió con sus pasos la pequeña habitación cónica, rechazando el vino a favor del agua y a pesar de que ya iba entrando en años, tal como lo sugería su blanqueante cabellera, su angustiado rostro reflejaba la desconcertante compasión de un niño.

—Mientras estamos hablando, espero las noticias de Gruffydd, mi mejor sirviente, un campesino que creció como esclavo entre los sajones. Su habilidad con los idiomas le mantuvo muchos años a salvo. Espero que Gruffydd os de una idea de la situación del avance sajón, ya que el oriente les pertenece por entero —dirigió su vista hacia Artorex desde la penumbra con una expresión de preocupación en su suave rostro todavía juvenil—. Temo que nos desplazarán más hacia el oeste y que toda la civilización levantada por celtas y romanos será arrasada hasta las raíces.

—No mientras yo viva.

—Lo mismo digo —replicó Myrddion—. Pero ahora estamos en el tiempo muerto de un juego, ya que Uter sigue milagrosamente vivo, contra todo pronóstico. Las tribus están divididas y Morcadés tiene muchos hijos. Cuando el Gran rey por fin se muera, y esperemos que sea pronto, los candidatos al trono se alzarán como las ortigas para ganarse el poder y a las viejas alianzas se las llevará el viento.

—No tengo el menor deseo de ocupar el puesto de Uter, ya que las obligaciones de Dux Bellorum son suficientemente onerosas para mí —replicó Artorex.

—Hijo mío, ninguno de los pretendientes al trono se atreverá a dejaros vivo. Debéis tener el máximo cuidado. No podéis confiar en nadie más que en los hombres que están atados a vos por lazos irrompibles. Debéis comprender que los labios de quienes aspiran a la grandeza pueden sonreír, mientras que la serpiente que anida en sus corazones es difícil de reconocer.

Artorex se levantó y enderezó tensamente su cuerpo y a pesar de su fuerte complexión y estatura, Myrddion se vio forzado a levantar la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Y qué hay de vos, viejo amigo? ¿Seriáis capaz de traicionarme por el bien del país?

—Podría mentiros y deciros que mi cariño por vos sobrepasa cualquier otra intención, pero no quiero atormentar más mi alma. Si traéis muerte y desolación a nuestro pueblo, entonces me veré obligado a ponerme en vuestra contra. Pero juro por el amor que os tengo, como el hijo que nunca tuve, que nunca haré uso de Licia como lo he hecho con vos.

Artorex asintió con gesto grave.

Aunque no se dio cuenta de la importancia de sus palabras, Myrddion acababa de pasar una importante prueba. Dijo la pura verdad.

El joven ofreció a Myrddion el brazo de su espada y los dos hombres se abrazaron.

—Gracias por vuestra honestidad, viejo amigo. No esperaba menos de vos, pero tenía que hacer esas desagradables preguntas. Podéis culpar a mi sangre contaminada por mi frialdad y mi inclinación a la sospecha.

—¿Contaminada? No mi señor. No sois más que lo que Uter debiera haber sido y no fue. Porque vos amáis a este pueblo que es la espina dorsal de nuestra tierra. Uter siempre utilizó a sus guerreros sin tener escrúpulos por el coste de sus vidas, pero vos sí tenéis en cuenta al hombre que cae por vuestra causa. Sufrís tanto por él como si fueseis su propia madre.

—¿Pero quién es esa madre, Myrddion? Ésa es la pregunta que me acosa.

—Quizás pertenecéis a todas. ¿Habéis considerado esa posibilidad? El sentido del deber de Livinia, la valentía de Frith y la tenacidad de Ygerne, todas han ayudado a moldearos. ¿Quién puede decir cuál es vuestra verdadera madre?

Artorex se encogió de hombros.

—Vos mismo encontraréis las respuestas, mi señor, porque estáis obligado a hacerlo. Pero ahora debéis enviarme a una cama cálida porque debo partir al amanecer.

Esa noche, Targo notó que Artorex sonreía con más facilidad y que parecía haber aliviado un poco el peso que soportaban sus hombros.

—Ese Myrddion es un diablo muy listo —Targo le comentó a Odin, que apenas se enteraba—. Pero es su mejor consejero, lo sepa Artorex o no.

Sabiamente, Odin no dijo nada, pero cuando la sombra de Myrddion lo tocó, se aferró al amuleto que colgaba de su cuello y le pidió suerte.

CAPÍTULO XVI

EL BEBÉ NO NACIDO

DESPUÉS DE LLEVAR a su sudoroso caballo en un galope casi mortal durante todo el largo viaje desde Venonae, Gruffydd llegó tarde al pueblo de Durobrivae y lo encontró ardiendo. Cubierto por el barro de las marismas del Wash y con su temple crispado por montar durante interminables horas al tiempo que animaba a su caballo, se puso furioso al descubrir que el pequeño pueblo ya había sido pasado a cuchillo.

Durobrivae era sólo una aldea con un único edificio de piedra, remanente de la antigua guarnición romana. Los años y el abandono habían desgastado la piedra y permitido que el liquen cubriese su fachada con una brillante panoplia de verdes, plateados y la ocasional pincelada de ocre rojizo. El resto de la aldea estaba construido sobre gruesos pilotes de madera, ya que se localizaba muy próximo al río y la región del Wash era tan famosa por sus marismas como por sus inundaciones.

Gruffydd frunció su nariz del disgusto. Tanto los guerreros jutos como los inocentes aldeanos habían sido aniquilados sin distinción. Muchos ardieron dentro de sus casas, ya que temieron aventurarse a salir bajo la lluvia de flechas ordenada por el capitán de la tropa celta. El ataque había sido de alguna manera brillante ya que había ahorrado a los soldados los peligros de recurrir a una lucha cuerpo a cuerpo, pero Gruffydd era un hombre de los pantanos y despreciaba tales carnicerías innecesarias.

El hedor a sangre y carne quemada lo invadía todo. Los guerreros se encontraban sentados tranquilamente formando grupos, algunos pelando gallinas para asarlas más tarde y otros, con las manos y los rostros tiznados, se dedicaban a saquear a los muertos. Gruffydd sintió un nudo en la garganta.

Mientras desmontaba, se le aproximó un joven de pelo oscuro que llevaba una coraza de bronce y sostenía un casco romano en sus manos. Sus finas facciones y sus maneras indolentes lo identificaron inmediatamente como Lord Keu, el hermano putativo del Dux Bellorum del Oeste, el invencible Artorex.

—Bienvenido, amigo —le saludó Keu con cautela, mientras distraídamente le entregaba el casco a su joven asistente. Inmediatamente se puso a limpiar inadvertidamente su espada romana con un trapo sanguinolento. Gruffydd no se dejó engañar por las apariencias.

Los ojos negros del líder estaban llenos de curiosidad y de algo más que Gruffydd

no alcanzaba a comprender.

—Debéis ser el capitán Keu —aseguró el recién llegado—. Traigo órdenes para vos de Lord Artorex.

Keu asintió con una elegancia innata que contrastaba con sus guantes ensangrentados y los restos de masa encefálica que limpiaba de su espada.

—Se os requiere en Venonae, mi señor —empezó—. He sido enviado para concentrar las manadas de lobos que empujan sin sosiego a nuestros enemigos hacia el Wash. Lord Artorex tiene información que desea comunicar a todos sus comandantes.

Keu miró hacia los restos humeantes del pueblo con auténtico pesar.

—¿Ya no queda nadie por matar? —preguntó Gruffydd con ironía.

Keu no contestó.

—¿Cuándo requiere mi presencia mi hermano? —preguntó con indolencia y con su mirada aparentemente concentrada en la limpieza de su coraza.

—Para dentro de tres días de hoy, mi señor. La vuestra ha sido la última tropa que debía encontrar y me guié por el rumor de que Durobrivae iba a ser atacada por vuestras fuerzas.

—Durobrivae ya ha sido destruida… al menos sus suburbios externos —farfulló Keu divertidamente.

Algunos de los soldados que lo escucharon se dieron por aludidos dejando por unos segundos sus quehaceres y riendo disimuladamente o mirando con una sonrisa burlona, en simpatía con su jefe.

—Podéis comer con nosotros, mensajero. En cuanto empiece a oscurecer, cabalgaremos para reunimos con mi hermano.

—Muchas gracias, mi señor —replicó Gruffydd, haciendo una respetuosa reverencia con su cabeza.

Los guerreros que ganduleaban por allí cerca gruñeron su desagrado ante la noticia, en la forma habitual de los soldados, pero Gruffydd no tenía ninguna duda del profundo y auténtico afecto que sentían por su jefe. El mensajero era consciente de la reputación de cruel y astuto que tenía Keu, pero si bien aprobaba su método para ganarse la lealtad de quienes obedecían sus órdenes, nunca llegaría a admitir la forma despiadada con que el capitán alentaba a sus hombres a arrancar cualquier cosa de valor de los cadáveres y despreocupadamente enviar a las llamas incluso a los infantes. Gruffydd había aceptado la oferta de Keu para comer tanto por educación como por precaución, ya que Myrddion le había alertado acerca del peligroso temperamento de Keu, que sacaba a relucir en cuanto alguien le contradecía.

Impredecible como siempre y una vez que consideró que el enviado ya había sido puesto en su sitio, Keu cambió sus planes.

—Pronto nevará —dijo Keu mirando hacia el cielo—. Así que cuanto antes partamos, más fácil será el viaje. Lo siento mensajero, pero he decidido no esperar.

Se alejó dando zancadas hacia los pequeños grupos de guerreros.

—¡De pie, hato de holgazanes! Partimos de inmediato para reunirnos con el Dux Bellorum. ¡Coged sólo lo imprescindible ya que nos vamos ahora mismo!

Uno de los guerreros, el desafortunado Signus, estaba degollando un cordero y sus brazos estaban cubiertos de sangre hasta los codos, pero obediente, tiró el cadáver sin la menor objeción.

Gruffydd observó que todos los guerreros obedecían a Keu instantáneamente… y todos mostraban una respetuosa estima hacia su comandante. El oficial romano resumía ambos aspectos aparentemente contradictorios.

—¿Os reunís con nosotros para el viaje, Gruffydd?

—No, mi señor —contestó—. Mi caballo debe descansar. Pero me veréis en Venonae junto a Myrddion, mi amo.

—¡Ese cuervo predicador! Muy bien. Nos veremos pronto.

Girándose hacia sus sargentos, ladró sus órdenes a la tropa.

—Ulf, procurad un cuenco de comida para el mensajero de mi hermano y forraje para su caballo y luego moved vuestro trasero. Quiero estar en camino antes de que empiece a nevar.

Enseguida, la nieve empezó a caer y a formar gruesos mantos antes de que la tropa montase ordenadamente y desapareciese en la luz que se iba desvaneciendo lentamente.

Gruffydd estaba finalmente sólo con los muertos.

La nieve cubría compasivamente los cuerpos de los guerreros, muchos de los cuales habían sido trinchados en trozos allí donde habían caído. Siempre siguiendo el mismo plan, Keu ordenó a sus hombres que recogiesen las flechas usadas y las armas. Pero a Gruffydd le daba la impresión de que los cuerpos de los guerreros habían sido innecesariamente ultrajados. Las heridas abiertas en sus cuerpos sólo podían haber sido infligidas sobre hombres ya caídos al suelo. En cuanto a las mujeres, estaban enroscadas en posición fetal, degolladas y con sus ojos espantados, mirando hacia el cielo gris.

Cuando entró dentro de las cabañas en ruinas, no pudo evitar un nudo en la garganta, aunque ya estaba curtido después de tantas batallas. Cuerpos carbonizados aferrando a niños quemados, sin diferencias ni de edades, ni de sexo, totalmente desfigurados, con sus cabellos y sus ropas apenas reconocibles y los huesos de sus dedos calcinados retorcidos de tal forma que parecían suplicar piedad.

Los cuervos se darán un festín con estos sajones, se dijo a sí mismo. Quizás la intención de Keu sea que tanta brutalidad les sirva de advertencia.

Pero, en lo más recóndito de su mente, Gruffydd sabía que, a partir de ahora, estaría vigilando al hermano putativo de Artorex muy, pero muy de cerca.

Era evidente que no podía dormir ni dejar descansar a su caballo en ese matadero durante las cinco o seis horas que necesitaba para recuperar fuerzas. Debía partir antes del alba y debía limpiar el hedor a muerte pegado a sus narices, incluso si ello significaba dormir en la nieve.

Su caballo resopló de descontento y se espantó ante el cadáver sangrante del cordero degollado. Todavía en la creciente oscuridad y la suave nevada, Gruffydd alcanzó a distinguir un sendero que se alejaba del pueblo y se imaginó que llevaría hasta un río. Quizás allí pudiese lavar el tufo de sus manos, aunque el agua estuviese helada.

Inmediatamente reconoció una huella de unas botas que se habían marcado profundamente en el barro. Se sintió otra vez mal cuando descubrió una huella más pequeña, parcialmente cubierta por el rastro de una persona mayor. Al menos dos personas habían pasado por allí en dirección al río, a lo que su instinto le gritó que eligiese otro camino para buscar refugio y agua. Pero la curiosidad fue siempre el punto flaco de Gruffydd. Su sed por conocer lo mejor y lo peor de la naturaleza humana le había convertido en el principal espía de Myrddion.

Los bajos junto al río estaban densamente cubiertos por juncos y hierbas muertas. Los sauces hundían sus ramas en el agua que ya mostraba finas y peligrosas capas de hielo. Si no fuera por los restos de sangre en los tallos muertos de las hierbas, la orilla del río habría sido un hermoso lugar dentro de su simpleza. Cerca de un enorme sauce medio muerto, su caballo retrocedió y se le pusieron los ojos blancos de terror.

Después de atar su montura a una rama, Gruffydd se puso a cuatro patas y gateó bajo el entramado en forma de caverna que formaban las ramas del sauce. Un fuerte olor a sangre, orina, heces y algo más, indefinible, casi le hizo retroceder en busca del aire fresco. La oscuridad de la caverna era casi impenetrable, pero a medida que sus ojos se ajustaban a la penumbra, pudo reconocer una figura acurrucada inclinada contra el rugoso tronco del viejo árbol.

El cuerpo que tenía delante era el de una niña joven y muy hermosa. Aunque estaba manchada por hilos de sangre, su cabellera era de un rubio blanquecino casi translúcido. Su rostro era pálido y sin ninguna mancha, a excepción de la mirada de grandes ojos de un azul intenso, incluso en la escasa luz, se mostraban velados por la agonía y el horror.

La tierra bajo ella estaba empapada en sangre.

Gruffydd suspiró y le levantó la tela de sus faldas que habían sido deslizadas hasta las rodillas. Retrocedió con asco. Había sido violada y no cabía la menor duda de ello; las manchas de semen y sangre en sus muslos lo delataban. Pero Gruffydd pudo ver que había un gran corte en su vientre de preñada, porque la piel distendida estaba ahora flácida y vacía. Hasta el cordón umbilical de color morado había sido cortado y notó con horror que sus manos habían sido seccionadas hasta el hueso probablemente mientras luchaba, casi en su agonía, por salvar la vida del niño en su vientre. Gruffydd podía imaginarla corriendo tan rápido como se lo permitía su vientre hinchado, hasta que fue capturada por el soldado y arrastrada dentro de ese lugar oscuro donde nadie, excepto los dioses, podrían ver su vergonzosa muerte.

También notó que su sangre estaba aún líquida.

La dejaron que se desangrase… y recientemente.

Asqueado, Gruffydd retrocedió hacia fuera del degolladero bajo el sauce. Su hijo estaría indudablemente muerto y fuera de toda posibilidad. Pensó en su esposa e hijos en Venta Silurum, a salvo de ataques y rapiña y agradeció a los dioses que Artorex no tuviese nada que ver con tales hechos macabros. A los ojos de Gruffydd, el Dux Bellorum sólo tenía un punto débil, que era su inexplicable confianza absoluta en Keu.

Tirando de su caballo empezó a alejarse de la tumba sangrienta río arriba, pero un llanto tan fino y frágil como el de un cachorro recién nacido le obligó a detenerse. Afinó sus oídos para intentar descubrir de dónde provenía.

¡Allí! Sintió otra vez el llanto. En algún sitio detrás del sauce y su desgraciada inquilina, el quejido de un niño era apenas audible.

—No puede estar vivo, no hay niño que resista este frío.

Pero los débiles sollozos lo guiaron detrás del árbol, hasta un lugar donde los juncos estaban ahogados por el hielo. Allí descubrió un bebé aprisionado entre las hierbas marchitas.

Cuidando de no romper el hielo, levantó al niño y al ver que el cordón no había sido anudado usó una cinta de cuero que llevaba en su pelo para atar el muñón de cordón que se unía a su pequeño vientre. La niña estaba azulada por el frío, pero en buen estado. Gruffydd sólo pudo barruntar que el espesor de la hierba muerta y los juncos le habían ofrecido el calor y el abrigo suficientes para mantener a una niña con intensas ganas de vivir durante un tiempo breve. Era hermosa y debía encontrarse cerca de su hora de nacer, sólo manchada por un gran moratón en su tobillo derecho donde la mano de un hombre la aferró y luego la arrojó entre las plantas muertas.

Gruffydd estaba furioso. Se juró a sí mismo que un animal que pudiese cometer los crímenes, como los que se habían perpetrado en ese desolado lugar, sólo merecía la muerte, mientras que la niña debía vivir para saber que el asesino había ido detrás de su madre al Tártaro.

Pero antes debía impedir que la criatura se congelase, porque aunque la había colocado bajo su túnica, cerca del corazón, pudo sentir que su fuerza vital se debilitaba.

Río arriba buscó ramillas secas e hizo un fuego, algo arriesgado en territorio enemigo, pero no tenía ninguna duda de que se podría hacer pasar por un sajón que había encontrado al pueblo en ruinas y ahora trataba de salvar la vida de una niña huérfana. Revisó las casas devastadas para buscar trapos, retales de tela o recipientes abandonados, pero la tropa había sido extremadamente pulcra en el pillaje.

Recordó el cordero muerto; al menos un cadáver desperdiciado podría servir para algo.

Rápida y eficientemente, Gruffydd desolló al animal. La rapidez era más importante que la perfección y no le importó cómo quedaba sino que el vellocino fuese un excelente manto hasta que el bebé se calentase lo suficiente para sobrevivir. Luego, pidiendo perdón en silencio a la mujer muerta, arrancó un trozo de su vestido

que no estaba endurecido por la sangre coagulada y que le sería muy útil para limpiar a la niña.

Al echar una última mirada a los restos de la joven madre, notó un curioso alfiler de bronce que usaba para retener su pelo hacia atrás. Obviamente, el violador en sus prisas, no lo había visto. Gruffydd sabía que cada niño merece algún objeto que le recuerde sus derechos por nacimiento y a una madre cuyo nombre nunca sabría, así que guardó la pequeña joya en su bolsillo.

Cuando regresó, el fuego ardía con fuerza suficiente para calentar rápidamente el agua del arroyo en su pequeña jofaina. Mientras le lavaba los restos de su nacimiento, la piel del bebé fue calentándose poco a poco y el color rosa fue reemplazando al ignominioso azulado. Dedujo que probablemente los restos de la placenta debían haber ayudado a salvar la vida de la criatura.

Envolvió a la niña con todo el largo de la tela y luego la cubrió totalmente con el vellocino, con el lado del cuero hacia afuera.

—Es un comienzo sangrante para vos, mi chiquitina y de poco os servirá si no puedo encontraros algo de leche.

El cuero de la piel del cordero era pegajoso y apestaba contra su piel cuando volvió a colocar a la cría debajo de su camisa. El bebé había estado llorando débilmente pero las palpitaciones de su corazón le ofrecieron sosiego y parecía que dormía bajo el calor de su cuerpo.

Los establos de las vacas estaban vacíos y parcialmente quemados. Un ternero muerto yacía patéticamente rígido; su tierna carne abrasada y sus cuartos traseros estaban cortados en trozos por las cuchilladas.

Sintiendo otra vez náuseas, Gruffydd volvió sobre sus pasos y se metió más de lleno en los pantanos, donde los senderos entrecruzaban el terreno cenagoso y afinó sus oídos con la esperanza de detectar el sonido de un cencerro.

Finalmente escuchó el familiar y tenue repicar que buscaba y a paso rápido siguió los sonidos hasta dar con la vaca manchada que bramaba de aflicción. Sus ubres estaban hinchadas y tensas y Gruffydd comprendió que su ternero estaba muerto.

Apretó al bebé de cabellos de seda contra su pecho.

—Tenéis suerte, mi pequeña, afortunada entre todos los mortales —masculló para sí mismo—. Porque ahora tenéis comida.

Llevó la vaca hacia la orilla del río, con cuidado para evitar el establo y el cadáver hinchado del ternero. Sus ojos eran suaves y desesperados, pero le permitió que la ordeñase, otra vez utilizando su jofaina.

Usando una cinta de tela fina de su túnica, Gruffydd goteaba leche dentro de la boquita rosa del bebé.

Sin embargo, el procedimiento no tuvo éxito ya que el infante no tenía idea de cómo tragar. Lo intentó otra vez, pero ahora empapando la tela con la leche y después poniéndosela en su boquita.

La cría chupó.

El proceso de alimentar a la chiquilla fue largo y embarazoso, pero al final produjo un sonoro eructo y cerró sus ojitos azules.

Dedicó varias horas a alimentar a la criatura, mientras que su caballo se dedicaba a pastar y romper el hielo para beber en la orilla del río. La noche ya daba paso al día, cuando finalmente se puso en camino, que se haría largo al tener que cargar con la vaca para mantener la fuente de alimentación del bebé.

Ningún viaje le había parecido tan largo como éste. Los pañales de la cría debían ser lavados con frecuencia y se vio obligado a sacrificar sus mejores túnicas para mantenerla limpia. Además el tiempo para alimentarla se hacía eterno, aunque pronto inventó un sistema para sustentarla mientras montaba, una vez que la vaca hubiese producido su ración de leche.

De hecho, para mantener sana a la vaca, Gruffydd tuvo que beber más leche de la que jamás hubiese deseado en toda su vida. Hasta su caballo participaba de la cuota y luego miraba a su dueño con ojos desdeñosos y ofendidos.

Mientras recorría su camino, visitó alguna aldea donde pudo intercambiar un cubo de leche por algo de ropa más adecuada para el bebé. Podría haber vendido la vaca una docena de veces, pero, aunque hacía su viaje más lento, no podía dejarla atrás.

Finalmente y entre las risas y la mofa de los lugareños, llegó a Venonae, con tres días de retraso y remolcando la vaca por detrás. La fortaleza estaba construida en piedra gris, sobre el pico más alto de una cadena de montañas y sus estrechas troneras dominaban un paisaje ondulado y boscoso que se extendía hacia el este como una enorme colcha verdosa.

Cuando fue conducido ante la presencia de Myrddion, su señor estaba de mal humor.

—La audiencia ya ha terminado, Gruffydd y no tenía ni la más mínima información sobre la situación en el este —Gruñó Myrddion—. ¿Qué diablos ocurrió para retrasaros tanto? ¿Y por qué una vaca?

Gruffydd empezó a dar una detallada explicación del descubrimiento del bebé, pero fue inmediatamente interrumpido por su amo.

—¿Os dais cuenta de que Uter Pandragón ha muerto? El Gran rey lleva casi tres meses acompañando las sombras de sus ancestros y como era de esperar, Morgana tardó en dar la noticia. La paz forjada por Uter se ha roto y la lucha por el trono ya ha comenzado.

—¡Mierda! —a Gruffydd no se le ocurrió nada más inteligente que decir. Se dio cuenta de que la seguridad y la salvaguardia del oeste acababan de resquebrajarse con aquellas pocas palabras.

—Morgana acababa de informar a Artorex sobre la situación con visible regodeo, por lo que él decidió llamar a sus capitanes para discutir y determinar junto con sus guerreros la estrategia a seguir. Y yo estaba sordo y ciego en la reunión, porque mi mejor agente, vos, estaba manifiestamente ausente. No tengo idea de lo que Artorex

ha decidido hacer… y Venonae está en el ojo del huracán.

Echó una mirada feroz al infeliz Gruffydd.

—De algo podemos estar seguros. No tenemos la menor duda de que la perra de Morgana se está divirtiendo como nunca. Y, sin la menor vacilación, Galván, el primogénito de Morcadés, estará buscando dónde encontrar los símbolos del reinado de Uter: su espada y su corona.

Los años habían sido amables con Myrddion Merlin, aunque ahora su frente mostraba un profundo ceño. Su rostro estaba bronceado por sus numerosos viajes y sus rasgos delicados lo hacían aparecer tan guapo como siempre, aunque ya había pasado ampliamente los cuarenta años y nunca había sentido la necesidad de tomar una esposa. Muchas mujeres lo observaban disimuladamente, admirando su talle esbelto y elegante y su rápido ingenio, pero siempre atravesaba sus nubes de mariposas con sonrisas tibias y desinteresadas. La más orgullosa y sarcástica de las doncellas rechazadas podría haberlo etiquetado de amante de los púberes, aunque Myrddion jamás había mostrado el más mínimo interés en ese tipo de placer sexual. Seguramente, los jóvenes afeminados lo seguían con tan poco éxito como las doncellas.

Para Gruffydd, Myrddion era un enigma. Casi nunca estaba enfadado y siempre controlaba sus emociones. Según su opinión, su amo sólo quería a tres personas en el mundo: a sus amigos Llanwith y Luka y sobre todo a Lord Artorex. Como solía decirle a su rolliza mujer, Gareth, pocas veces vienen al mundo hombres como Myrddion, que no tienen ataduras ni a los sueños, ni a las emociones de los hombres inferiores.

Marido y mujer estaban de acuerdo en que Myrddion era más digno de compasión que temible.

Ahora, bajo su mirada helada y el aturdimiento provocado por los tumultuosos cambios que acaecían en el oeste, Gruffydd se detuvo en detallar los acontecimientos del ataque de Keu en Durobrivae y de lo que allí encontró.

Tampoco evitó explayarse ampliamente sobre Keu.

—Fue una masacre, mi señor, porque los defensores eran en su mayoría campesinos y los aldeanos estaban tan seguros de su escasa importancia estratégica que apenas contaban con defensas. Era simplemente un centro agrícola que no merecía nuestra atención. La matanza de mujeres y niños tampoco servirá como lección a los sajones ya que creo que la mayoría de los pobladores de Durobrivae eran realmente jutos. Fue horroroso, mi señor, realmente espeluznante.

Gruffydd hizo una pausa y miró directamente a los ojos de Myrddion.

—Me tiene sin cuidado que a Keu le guste causar dolor. Pero me parece que disfruta demasiado.

—Siempre fue así —murmuró Myrddion casi inaudible—. Pero su crueldad a veces sirve a nuestros propósitos. Habéis hecho bien, Gruffydd de darle mano ancha al capitán, porque tiene un pronto de violencia bajo su encanto y os pondrías en un

grave aprieto si le ofendieseis abiertamente.

El bebé se despertó, movió sus brazos y empezó a llorar excitadamente. Myrddion enarcó las cejas, pero no dijo nada cuando Gruffydd desenfundó al bebé de sus pañales bajo el vellocino.

—Ah, ésa era la causa de este hedor.

Gruffydd pareció molesto por sus palabras, por lo que Myrddion se apresuró a explicar.

—La piel de vellocino sin curtir tiene un olor muy característico.

Gruffydd explicó todo lo que había hecho para proteger a la infante, incluyendo la presencia de la vaca y las razones por las que había llegado tarde a la asamblea.

El rostro de Myrddion dibujó una mueca de desagrado cuando describió a la mujer mutilada y estuvo de acuerdo en que Keu debía buscar y castigar al culpable. Sabía que tales excesos no eran para nada del gusto del Dux Bellorum y que no serían tolerados.

—Hablaré yo mismo con Artorex —prometió Myrddion—. ¿Pero qué planes tenéis para la cría? Vuestro servicio como agente mío difícilmente sea compatible con llevar un bebé en los brazos.

—Seguramente alguien se apiadará de la chiquilla —dijo Gruffydd—. Es una luchadora, os lo puedo asegurar. Cualquier otro infante habría muerto inmediatamente por la conmoción. Quienquiera que sea, merece una oportunidad de vivir.

—Muy bien, si tanto significa para vos, podéis llevársela a mi cocinera. Es una buena mujer y seguramente encontrará una nodriza para el bebé.

—Muchas gracias, mi señor.

—No me lo agradezcáis, mi instinto me dice que esta criatura será un estorbo.

Gruffydd pronto andaba perdido por la pétrea fortaleza de Venonae, que coronaba el cerro y estaba rodeada de las clásicas cabañas de paja y adobe de la gente llana. En el transcurso de los años varios anejos descontrolados se habían ido agregando al edificio, casi siempre construidos de madera, con corredores que no parecían conducir a ninguna parte. Sus únicas ventanas eran las troneras para los arqueros, tan estrechas que apenas dejaban penetrar la débil luz del invierno.

Preguntar a los sirvientes atareados sólo servía para añadir más confusión, hasta que se detuvo para hablar con una mujer que llevaba una capa negra a la entrada de lo que parecía ser un comedor.

—¿Qué estáis haciendo en el pabellón de las mujeres? —preguntó de manera imperiosa.

Balbuceando, Gruffydd explicó las órdenes impartidas por Myrddion y entonces la mujer dejó caer su capucha mostrando su pétrea y hermosa cara.

—Mi Lady Morgana, Os ruego me perdonéis por la intromisión —Gruffydd se disculpó con una voz temblorosa que denotaba su temor. Morgana era una famosa mujer con artes de bruja y pocos podían mirarla directamente a sus ojos azul oscuros.

—Una niña —dijo suavemente.

Su mano se apoyó sobre el pelo sedoso y los ojos del bebé se abrieron, mirando fijamente el rostro de Morgana.

—Y es una juta, a menos que me equivoque. ¿Tiene nombre?

—Ninguno, mi señora. Todo lo que se me ocurrió fue llamarla Sauce, pero eso me pareció macabro ya que su madre fue asesinada bajo uno de esos árboles.

Morgana contemplaba profundamente los ojos de la niña de un azul clarísimo. El bebé era aún pequeño para poder enfocar adecuadamente, pero Gruffydd supo, en lo más recóndito de su mente supersticiosa, que había visto y comprendido quién era Morgana.

—¡Qué fuerte es! Esta pequeña alma ha nacido para un gran destino, porque confundirá a las más preclaras mentes del reino. ¡Por muchos años se cantarán las historias de Niniana!

Gruffydd quería persignarse o aferrar su amuleto por el miedo, ya que sensible como todos los celtas, tenía un pie en la iglesia cristiana y el otro con los druidas. Pero todo lo que pudo hacer fue empezar a sudar profusamente.

—Recordad, hombre de Myrddion, que Morgana le ha dado el nombre de Niniana, la Niña Serpiente —le dijo de forma categórica y con una maliciosa sonrisa a un Gruffydd aterrorizado—. Y ahora os llevaré hasta las cocinas de vuestro amo.

Gruffydd estaba seguro de que su corazón se detendría del terror mientras llevaba a la recién nacida a la estela de la bruja de negro. Podría ser princesa, pero ningún hombre se atrevía a poner un dedo sobre su helada piel marmórea y ningún hombre admiraba su belleza con lujuria… sólo con terror. Algunas mujeres juraban que había superado los cuarenta años, pero su piel aún retenía el frescor y la textura de la juventud, que había sido congelada por una helada sobrenatural muchos años antes.

Ahora que él mismo la había visto, pensó que hasta los más increíbles cuentos sobre la bruja eran probablemente ciertos.

A la puerta de entrada de las cocinas, Morgana se giró hacia Gruffydd y le clavó una profunda mirada.

—Tal como amáis a vuestro amo, os encargo que mantengáis a esta criatura a salvo. Tanto como amáis a Artorex, os encargo que le dediquéis cariño. Porque esta pequeña serpiente puede ser peligrosa si no se siente amada.

—¡Lo juro, mi señora! —replicó Gruffydd con ansiedad.

Habría prometido lo que fuese con tal de evitar el humor maligno que destilaban sus ojos.

—Mantened la palabra, hombre de Myrddion, porque estaré vigilante.

Y luego desapareció.

Normalmente a Gruffydd le encantaban las cocinas. Los grandes fogones con sus negros calderos de guisados, piernas de carne en espetos que goteaban la grasa sobre el fuego, el olor del pan recién horneado y el ajetreo de mujeres y muchachos que se afanaban en las misteriosas maneras de preparar la comida y que siempre lo llenaban

de satisfacción.

Sus ojos buscaban en medio del bullicio a la mujer que controlaba esta confusión organizada, una misión rápidamente conseguida cuando la persona que buscaba le golpeó enérgicamente en el pecho con una cuchara de madera.

—¿Qué estáis haciendo aquí, cateto?

—Siento molestar vuestra paz, madre, pero traigo órdenes del amo.

—¿Conque ésas tenemos? —sentenció secamente la paisana de rostro pétreo y cuerpo rollizo.

Gruffydd decidió no contestar.

—Bueno, estoy ocupada. ¿Qué quiere el amo Myrddion de mí… aparte de una buena cena?

Una vez más Gruffydd sacó al bebé de debajo de su túnica y la pequeña Niniana pateó y lloró al ser retirada del sosiego de su latente corazón.

Gallwyn, la jefa de cocina, miró la criatura como si súbitamente le estuviesen saliendo dos cabezas.

—¿Un bebé? ¿Lord Myrddion lo desea horneado sobre una cama de vegetales verdes? —la cocinera se rió tontamente y sus ocupadas secuaces le festejaron la broma.

—La pobrecilla fue arrancada del cuerpo agonizante de su madre por uno de nuestros guerreros y fue arrojada fuera como la basura de vuestras cocinas. He traído una vaca lechera para alimentarla, pero mi amo cree que vos podéis encontrarle un ama de cría para sustentarla.

Gallwyn examinó a la niña de cerca, mientras Niniana le devolvía la mirada con sus extraños ojos claros y le gorjeaba con alegría. La cocinera chasqueó la lengua al encontrar el moratón violáceo alrededor de su minúsculo tobillo y hasta Gruffydd pudo ver que la pequeña ya estaba entrelazándose con el corazón de la rolliza cocinera.

—¡Perce! —gritó Gallwyn y un joven con el rostro encendido por el calor del fuego saltó ante el requerimiento de su ama.

—Eleanor, esa vaca gorda, acaba de parir —dijo Gallwyn—. Buscadla. Aunque sea una de las criadas de Lord Llanwith, es ante todo, una sirvienta.

Perce se escabulló de las cocinas tan rápido como si tuviera a los sajones en sus talones.

—Quiere ser un guerrero —explicó con cierta ostentación, sus grandes pechos temblando bajo su vestido y mandil—. ¡Ni soñarlo! Digo yo, aunque vivimos tiempos extraños. ¿Cómo se llama el bebé?

—Me perdí buscando las cocinas y Lady Morgana me guió hasta esta puerta. Me dijo que la cría debería ser llamada Niniana y que la criatura era una pequeña serpiente.

Gallwyn se persignó, mientras que las sirvientas de las cocinas miraron a Niniana como si la niña fuese ponzoñosa. Al percibir que eso podría condenar a la cría de

inmediato, Gruffydd se apresuró a explicar las circunstancias de su hallazgo y describir cómo la pequeña había respondido ante los ojos de basilisco de Morgana.

—Bueno, cariño, eso ya es diferente —Gallwyn tomó al bebé en sus brazos y la acercó a la luz—. Niniana suena muy bien y prefiero no despertar el enfado de Morgana eligiendo otro nombre —se volvió a Gruffydd—. Podéis dejarla conmigo joven, yo la cuidaré muy bien.

Gruffydd se deshizo en palabras de agradecimiento, ya que acababan de sacarle un enorme peso de encima. Casi estaba por traspasar la puerta para escabullirse, cuando recordó el alfiler de bronce del pelo.

—Su madre llevaba este alfiler en el pelo cuando la encontré; seguramente su asesino no lo vio cuando la mató —Gruffydd sonrió como pidiendo perdón—. Todo niño debe tener algo que le recuerde quién es su madre, pero este alfiler es todo lo que pude encontrar.

La pieza de bronce tenía la forma de dos serpientes enroscándose una con la otra de forma muy curiosa. Los dientes del alfiler bien podrían ser garras tan finas como agujas.

Gallwyn sintió un ligero estremecimiento cuando sostuvo el alfiler en su mano. Como muchas mujeres del norte, una corriente de sabiduría ancestral recorría sus venas y percibió que el adorno de bronce tenía poderes.

—Lo guardaré para ella y juro que será de ella en cuanto tenga suficiente pelo para ponérselo. Sois un buen hombre Gruffydd, así que podéis venir a mis cocinas en cualquier momento y donde fuera que mi Lord Myrddion nos envíe. Os procuraré un trozo de pan recién hornado y de venado asado —le guiñó un ojo socarronamente—. Esto queda entre nosotros, ¿no?

—Sí, madre, os agradezco que os hayáis encariñado con la criatura.

Luego, con un paso decidido, Gruffydd se fue en busca de una camisa decente y nuevas calzas. Dado que conocía muy bien a Lord Artorex, sabía que pronto sería llamado a la presencia del Guerrero del Oeste, así que un buen baño sería su próxima acción más prudente.

Gruffydd sonrió burlonamente mientras pensaba.

—Un espía, un infante y una vaca. Debo haber sido un espectáculo a mi regreso. Bueno, Venonae tendrá más rumores para entretenerse ahora que se conoce la muerte de Uter Pandragón.

Mientras se desprendía de su ropa sucia y se relajaba en los viejos baños romanos, Niniana cerraba sus pequeños puños en los dedos de Perce, mientras Gallwyn la observaba indulgentemente desde las sombras. La cría tejió su encantadora sonrisa en una red de afectos en la que Gallwyn quedó atrapada.

CAPÍTULO XVII

EL PRECIO DE LA SANGRE

LOS DOS DÍAS siguientes se hicieron interminables ya que Gruffydd no acostumbraba a estar ocioso. Diez años cabalgando por las fronteras, solo ante la inmensidad de un paisaje cargado de amenazantes peligros, lo habían convertido en una persona inepta para la vida cortesana. Se sentía incómodo compartiendo sus días con los guerreros que habían abusado de los sajones y lo que menos deseaba era sentarse al lado de uno de los canallas de la tropa de Keu. Sabía que la conversación giraría en torno a las armas, al saqueo de pueblos y a las típicas quejas de la soldadesca. Se encontraba más a gusto en los establos o en las cocinas, sobre todo en éstas, donde encontraba a Niniana agitando sus piernecillas sobre una cuna de pieles y con el regalo de sus gorgoritos cuando la cogía en brazos.

Sintió una gran satisfacción cuando vio que el bebé era la distracción favorita entre el ajetreo y el alboroto que se vivía en la planta situada debajo de los silenciosos corredores del poder. Las sirvientas de las cocinas siempre tenían un momento para entretenerla mientras preparaban las carnes o removían el cocido y hasta la tosca Gallwyn se refería al bebé como la «cosa bonita». La vieja cocinera no cejó hasta conseguir que el anciano fraile de Venonae la consagrase con el agua bendita de los cristianos.

—¡Ojo! ¡Sólo por si acaso!

La criatura había ganado peso gracias a su ama de leche que la alimentaba sin quejarse. El único hecho que vino a turbar la apacible vida de Gruffydd se presentó al tercer día, cuando no vio a Niniana en su habitual cuna de pieles del rincón de la cocina.

—Esa Morgana se la ha llevado a su habitación —se quejó Gallwyn cuando le preguntó por la niña—. Apareció de repente, como hace siempre… y dijo que pronto la traería de vuelta.

Gallwyn se mostraba claramente contrariada, al igual que Gruffydd, por las mismas razones. Donde se metía Morgana, los problemas estaban garantizados.

—Lord Artorex es demasiado amable con esa bruja —susurró Gallwyn, persignándose mientras hablaba—. Si tuviese más juicio la encerraría en la fortaleza de su padre en Tintagel y luego arrojaría la llave al mar.

Una sirvienta volvió con la niña cuando Gruffydd estaba comiendo un plato

improvisado en la larga mesa de la cocina. Cuando se la entregó a Gallwyn, la cría estaba inquieta y lloriqueaba. Todos los sirvientes de la cocina miraron con desagrado hacía el rostro ruborizado de la mandadera.

—¡Bueno, no es culpa mía! —gimoteó la muchacha y se batió rápidamente en retirada—. Volveré a recogerla mañana.

Gallwyn inspeccionó al bebé y lanzó un chillido de temor supersticioso al descubrir los inicios de un negro tatuaje alrededor del tobillo amoratado de la criatura.

—¡Habrase visto! —exclamó mirando hacia el techo de la cocina—. He hecho muy bien llevándola al sacerdote a tiempo.

Un bello dibujo de una cabeza de serpiente se veía perfectamente definido sobre la delicada piel del bebé, lo que era una abominación a su hermoso cutis infantil.

—¡Esa Morgana! —soltó la cocinera—. Hace siempre lo que le da la gana y sin pedir permiso a nadie.

—¡Calmaos, mujer! Las paredes tienen oídos y esa mujer es un temible enemigo. ¿No recordáis lo que le ocurrió a Uter?

Gallwyn se mordió los labios. Todo Venonae había oído la historia de la enfermedad de Uter Pandragón, el Gran rey de los británicos y de cómo habría muerto solo y delirante en Venta Belgarum de no haber sido por las oportunas pócimas preparadas por su hijastra.

—¿Cuándo se convertirá Lord Artorex en Gran rey? ¿Habéis oído algo en la mesa de Lord Myrddion?

—¡Callaos, mujer! ¿Os habéis vuelto loca? Yo trabajo para los poderosos, pero hay docenas de hombres haciendo cola para reclamar el trono de Uter y no deseo ser víctima de la ambición de ninguno de ellos.

Gallwyn miró alrededor de la cocina con ojos experimentados en la detección del menor fallo. Ningún sirviente se atrevería a revelar lo que se había hablado, pero Gruffydd era desconfiado por naturaleza y recelaba de todos, a excepción de Myrddion. E incluso a veces, en la oscuridad de la noche, se preguntaba sobre qué motivos tendría su amo para ser tan hermético.

—He escuchado el rumor de que la espada de Uter ha desaparecido —dijo Gruffydd en voz muy baja—. Y que hasta que no sea encontrada por el candidato apropiado, no habrá Gran rey para gobernar el Oeste. Como Dux Bellorum, nuestro amo está a salvo, ya que mantiene las montañas distanciadas de los bárbaros y hostiga a sus pueblos y guarniciones. No los deja en paz e impide que puedan enraizarse, por lo que hasta el más ambicioso y despiadado reyezuelo sabe que su seguridad depende del férreo puño de Artorex. Pero será él mismo quien decida lo que hay que hacer y cuándo.

—Pero nada dura toda la vida, Gruffydd. Tarde o temprano se alzará un rey con la espada de Uter, dispuesto a luchar por el poder.

—Si es capaz de encontrarla —replicó éste.

La voz de Gallwyn se hizo apenas audible.

—Escuché en el mercado que el rey Lot de los Otadini tiene miras más altas que la de su propio castillo en la montaña. Está casado con Lady Morcadés, la hijastra de Uter, y eso lo explica todo.

—¡Lot es un gordo imprudente! —espetó Gruffydd—. Alguien le cortará su nariz abultada si se atreve a husmear en el sur.

—Morgana ha declarado que ella apoyará la reivindicación de Artorex —contestó Gallwyn—. Pero por otro lado, es bastante obvio que lo odia y que vigila todos sus movimientos para ayudar al rey Lot y a su hermana Morcadés.

Gruffydd estaba aburrido de los rumores de conspiraciones, cansado de Venonae y del cinismo de la comparsa del poder. En esta ciudad, desde donde los ojos del Dux Bellorum vigilaban los cuatro puntos cardinales, hasta los cocineros se inmiscuían en las intrigas de los poderosos.

Cuando finalmente decidió hablar, hizo una sabia advertencia.

—Deberíais concentraros en vuestros hornos y vuestros calderos, Gallwyn. Si aceptáis el consejo de un hombre sencillo que debe guardar más secretos de los que le gustaría, entonces os advierto que seáis cuidadosa con lo que decís y con lo que preguntáis. Hay muy pocos amigos verdaderos en Venonae y menos aún personas honestas. Podéis no hacerme caso, si queréis, pero yo os aprecio, aunque seáis una cotorra parlanchina y no tengo el menor deseo de ver cómo sois asada en vuestros propios hornos.

Gallwyn se tapó la boca con ambas manos y sus ojos casi se le salen del susto. Pero, a pesar de tan buen consejo, continuó escuchando los chismorreos del mercado y cada vez que Gruffydd le pedía información, le repetía los rumores que había escuchado. Aunque a veces se imaginaba abrasándose en los hornos de la cocina.

El tercer día, después del almuerzo, Gruffydd fue convocado a la biblioteca de Lord Myrddion. Apenas tuvo tiempo de trenzar su salvaje cabellera pelirroja ya que el mensajero tenía prisa por llevarle hasta el punto de reunión.

Como de costumbre, Gruffydd se deslizó a través de la puerta sin hacer el menor ruido. Las paredes de la biblioteca eran enteramente de piedra y no tenían ni una minúscula ventana, por lo que las lámparas de aceite estaban encendidas día y noche y en su interior se respiraba un aire acre y cargado de humo. Sin chimenea resultaba fría y Gruffydd no podía entender por qué un hombre de la distinción y sofisticación de Lord Myrddion pasaba tanto tiempo en esa especie de cárcel oscura y fría.

Por supuesto, Myrddion sabía apreciar la ventaja de que nadie podía oír lo que se hablaba dentro de aquellas cuatro impenetrables paredes.

Al reconocer la dignidad de los tres hombres que estaban sentados junto a una pesada mesa, Gruffydd hincó su rodilla e inclinó profundamente su cabeza. Se había encontrado con los tres viajeros con frecuencia y sabía el prestigio que correspondía a cada uno de ellos. El rey Llanwith de los Ordovices había encogido un poco con la edad, pero su mirada de halcón y las barbas de su rostro todavía irradiaban poder.

Más bajo y más pulcro, el rey Luka de los Brigantes retenía su hálito de juventud, pero ahora las obligaciones y disciplinas del ejercicio del poder habían suavizado la rudeza y turbulencia de su carácter. Ambos parecían algo inquietos. Sólo Lord Myrddion se mostraba tranquilo y de buen humor y se reía sentado en su silla tapizada.

Mirando de soslayo a través de sus cejas, mientras permanecía postrado, Gruffydd observó que la mesa estaba cubierta por un enorme y algo desgastado mapa grabado sobre un delgado pergamino de ante.

Un sonido de botas alcanzó la habitación a espaldas de Gruffydd y el agente oyó cómo era echado el gran cerrojo. Myrddion, Llanwith y Luka se pusieron de pie e inclinaron sus cabezas respetuosamente, mientras Gruffydd guardaba su postura de total sumisión. La alta prestancia de Artorex le rozó al pasar, por lo que pudo vislumbrar el largo pelo rubio rojizo que caía por encima de sus anchos hombros.

Se inclinó más aún desde su posición de rodilla en tierra.

—¡Levantaos, hombre! —la autoritaria voz de Artorex retumbó en el espacio cerrado. Girándose hacia Myrddion, sonrió a su amigo antes de hacer una leve señal de saludo a Llanwith y Luka.

—¿Por qué insistís en reunimos en esta habitación que es como una caja de hielo? —preguntó Artorex a Myrddion antes de dejarse caer sobre la única silla confortable —. Conozco vuestra pasión por lo secreto, pero me quedo congelado cada vez que entro en esta sala.

«Así que éste es Artorex», pensó reverentemente Gruffydd mientras se ponía de pie.

Artorex se sirvió un vaso de vino y los reyes se sentaron a la leve indicación de su mano, a la vez que les sonreía con visible afecto.

«Es un hombre para amar… y por el que morir», pensó Gruffydd para sí, ya que él también se sentía atrapado por el hechizo de la abierta y blanca sonrisa del joven líder.

Como si leyese sus pensamientos, Artorex se volvió hacia el espía de Myrddion, abarcando con una rápida mirada evaluativa su cabellera pelirroja, su capa de piel y las botas de bárbaro.

—Entonces, éste es vuestro espía, Myrddion. Presentadlo, mi amigo.

—Este hombre es Gruffydd, de Venta Silurum —sonrió Myrddion—. Tiene un cierto aire de bárbaro ¿verdad? Y también un extraordinario don para las lenguas. Pero es un celta de cuerpo y alma y en él deposito toda mi confianza.

Gruffydd se sorprendió ruborizándose al sentirse incómodo ante los inesperados elogios de su amo.

—Mi señor —respondió, e intentó volver a postrarse, lo que Artorex impidió a tiempo.

—Nadie que recorra los peligrosos caminos que vos seguís tiene necesidad de inclinarse ante mí —dijo Artorex en voz baja—. ¿Qué noticias tenéis del este? Y no

me digáis lo que penséis que me gustaría oír. Sólo la verdad, Gruffydd.

El espía aspiró una bocanada del aire enrarecido. La verdad. ¿Cómo ser sincero con los poderosos del mundo… y seguir viviendo para poder decir la próxima verdad más tarde?

Los ojos grises de Artorex perforaron su mirada. Gruffydd estaba convencido de que el Dux Bellorum podía leer su mente.

—La verdad, os ruego —repitió suavemente.

—Señor, las jaurías de lobos que enviamos para asolar las guarniciones y los pueblos y las estrategias desplegadas consiguieron el objetivo de hacer estragos y quemar las cosechas de los sajones. Este invierno llevaremos la hambruna a algunos pueblos del este. Pero esos bárbaros no son como vos, ni como Lord Myrddion o como cualquier campesino del oeste. Ellos han nacido en tierras crueles, donde el hambre es su constante compañera. No les hemos dado ni un respiro, pero no han retrocedido.

Hasta Myrddion observaba a su hombre con una mirada llena de interés. Los espías siempre informaban sobre lo que veían, pero casi nunca se les pedía su honesta opinión sobre lo que consideraban la auténtica verdad.

—¿Y por qué no se retiran, amigo Gruffydd? ¿Es porque los inviernos en estas islas son tan suaves que pueden sobrevivir bajo las espesas nieves?

El informador se rió con pocas ganas. Luego, sumido en la confusión, se deshizo en disculpas.

—La verdad —le recordó Artorex.

—No pueden retroceder, señor, porque la tierra está regada con su sangre. Sólo el precio de la sangre podría lavar todas las vidas rendidas para el oeste. Los sajones son una raza guerrera y desprecian nuestra cobardía cuando sólo atacamos poblados indefensos. Si los sajones, los jutos y los escandinavos se uniesen bajo una sola cabeza, no seríamos capaces de derrotarlos.

—¿Estáis convencido de ello? —preguntó secamente Artorex.

—Sí, mi señor. Ahora mismo, un poderoso rey está reuniendo fuerzas contra vos en Camulodunum. Si consiguiese incitar a los guerreros del sur y del norte, deberíamos luchar a lo largo de todas las montañas para salvar nuestras fuerzas en el oeste.

Artorex estiró los músculos de su cuello y flexionó los dedos.

Gruffydd observó que sus dedos estaban desprovistos de anillos. Su rostro era grave, pero su mirada estaba encendida por una fría inteligencia.

—¿Y quién es ese rey ambicioso?

—Sólo he oído el nombre de su nuevo líder, pero no lo he visto. Se llama Oakheart[25]. La gente del pueblo murmura que lo eligieron para detener la rapiña en el este.

Artorex suspiró profundamente y se encogió de hombros mirando a sus contertulios.

—¿Qué hacemos, amigos? Podemos arrasar sus guarniciones y hacer su avance más lento, pero al hacerlo alimentamos su rabia y los afianzamos en su objetivo. No tengo la menor intención de retirarme, ni de ceder ni un solo palmo de nuestro territorio occidental; así que nos encontramos ante una encrucijada que mi inteligencia no alcanzá a resolver.

El rostro de Myrddion era como una máscara fúnebre, la mitad brillaba bajo la luz del candil y la otra mitad quedaba sumida en la oscuridad.

—Peleáis contra los sajones con una mano atada a vuestra espalda —Sentenció de forma rotunda—. Sólo un Gran rey puede unir a las tribus y sólo un Gran rey tiene la suficiente grandeza para evitar que los principillos anden saltando a los cuellos unos de otros. Ese Oakheart nos transformará en pienso para los milanos, a menos que empuñéis la espada de Uter.

Artorex saltó abruptamente desde su silla y empezó a recorrer la habitación a zancadas, de un extremo a otro y su rostro imperturbable parecía una delicada estatua de bronce.

—¿Y cómo voy a encontrar lo que está escondido? —añadió—. Porque aunque decida reclamar el trono, la espada de Uter está fuera de mi alcance.

—Yo me encargaré de buscarla, Artorex —Dijo Myrddion en tono conciliador—. Sólo os pido que os comprometáis a usarla para unir las tribus en cuanto la encuentre.

—Pero no deseo reconocer a Uter Pandragón como mi padre. Estoy harto de las malvadas acciones de ese viejo monstruo y no quiero nada que haya sido suyo.

—Las espadas pueden volverse a forjar, amigo mío —retumbó tranquilamente Llanwith con su voz profunda.

—Sólo son símbolos, nada más —agregó Luka—. Con todo, son fuerzas poderosas que pueden despertar temor o asombro en los corazones de amigos o enemigos, por lo que su utilidad nunca debe ser desestimada.

A estas alturas, Gruffydd deseaba estar lejos, en las cocinas, donde no pudiese ver al Dux Bellorum como un hombre preocupado ni escuchar los planes secretos que podrían ser la causa de que su cabeza fuera separada de su cuerpo.

Artorex volvió sus ojos grises hacia Gruffydd. El espía repentinamente le recordó a un tiburón que había visto hacía tiempo, atrapado en las redes de un pueblo de pescadores. No paraba de morder las lanzas que intentaban atravesarle mientras se ahogaba sobre la tierra seca y continuaba manteniendo la mirada de sus ojos grises e inexpresivos como estaban ahora los ojos del Dux Bellorum.

Sintió que le recorría un escalofrío por todo el cuerpo.

—Vos, al menos habéis dicho la verdad, tal como vos mismo la creéis. Estoy en deuda con vos, Gruffydd. Si algo necesitáis, me lo podéis pedir y os lo daré.

La lengua de Gruffydd estaba seca y necesitó carraspear para soltarla. De todas las riquezas que podría pedir para él y su familia, sólo un deseo le vino a la mente, desde lo más profundo de su corazón celta. Y no dudó un segundo en hacer su petición.

—Quiero la cabeza de la bestia que abandonó a su suerte a Niniana. Todos los hombres en la pequeña habitación se quedaron estupefactos.

Artorex recuperó su voz.

—¿Quién es Niniana?

—Es una pequeña criatura, mi señor. La encontré en Durobrivae, una pequeña comunidad de agricultores que fue pasada por la espada hace una semana. La madre de la cría, que estaba a punto de parir, había sido violada y habían abusado de ella sin piedad. Después el bebé fue arrancado del vientre de su madre y su cuerpecito arrojado a las orillas de un río. Descubrí al bebé y me propuse salvarle la vida. La vida de una infanta bárbara es menos que nada, tal como están las cosas, pero algún celta cometió una abominación con su madre, una joven que nunca debería haber sido abandonada agonizando hasta la muerte. Ahora los jutos deben haber encontrado sus restos y nos odiarán más todavía a causa de nuestras depravaciones. Salvé al recién nacido y ahora vive en nuestras cocinas. Es mi deseo que crezca y se críe a la manera celta y crea en nuestra forma de vida. Esa niña podría ser el símbolo viviente del que habéis hablado, Lord Luka, pero la responsabilidad del pecado de su nacimiento prematuro es nuestra, sin excusas.

Artorex bruscamente irguió su cabeza y un par de llamas iluminaron la profundidad de sus ojos.

—¿Me estáis diciendo que a esa joven madre le arrancaron el bebé cortando su carne en vida? Decidme con calma todo lo que sabéis y no os guardéis ningún detalle —su rostro denotaba su controlada furia interior y a Gruffydd le costaba encontrar el coraje suficiente para continuar. Estaba asustado, porque ese aspecto de Dux Bellorum no le resultaba nada familiar.

Myrddion podría haberle explicado que el violento nacimiento de Niniana había despertado en la memoria dormida de Artorex el destino de Gallia y el cobarde asesinato de dos mujeres indefensas. La rigidez que denotaba el Dux Bellorum hizo que el amo del espía cerrase sus puños bajo la mesa y rezase para que la inteligencia no abandonase a su informador.

Con creciente repugnancia, Artorex absorbió la totalidad del espeluznante relato. Como un perro de caza tras un rastro, continuó haciendo preguntas precisas que revelasen la depravación y la crueldad de quien había perpetrado semejante crimen. En su relato, Gruffydd no escatimó detalle, ni tuvo en cuenta si llegaba a herir la sensibilidad de su audiencia celta ya que había decidido que Artorex valoraba ante todo la verdad, por amarga que fuese.

—Se os servirá la cabeza del guerrero que cometió tal atrocidad —dijo amistosamente—. Como vos, no tengo justificación alguna para el asesinato de mujeres y niños indefensos. ¿Hay algo que necesitéis o deseéis para vos?

—Sólo pido por la seguridad y el bienestar de nuestras gentes, mi señor.

—¡Buen hombre! —Artorex sonrió por primera vez desde hacía un buen rato y el agente descubrió que otra vez podía respirar.

—El culpable es un miembro de las tropas de Keu —dijo Myrddion maliciosamente.

Luka y Llanwith se intercambiaron miradas cómplices y Artorex enarcó una ceja.

—Keu es inocente, mi señor —dijo Gruffydd diligentemente.

—¿Cómo llegasteis a tal conclusión? —preguntó Artorex, mientras lo miraba sin dejar traslucir ninguna emoción.

—Lord Keu no estaba empapado en sangre, mi señor —replicó Gruffydd brevemente.

—¡Bien!

Repentinamente, el ambiente dentro de la habitación se volvió más respirable, como si un enorme peso se hubiese levantado de los hombros de los presentes.

—Bueno, si esto es así, creo que Keu tendrá el placer de entregarme al perverso culpable —decidió Artorex—. Ya he dado mi palabra y Luka llevará las buenas nuevas a mi hermano. Una ejecución pública servirá de aviso a los más insensatos de nuestros guerreros.

—Habrá algún resentimiento entre la tropa —empezó Myrddion. Pero Artorex le cortó con un gesto de su mano.

—Contrastaremos la vida de un bebé inocente con la vida de un hombre mayor y dejaremos que el sentimiento de nuestra gente decida si nuestra causa es justa.

—Como el rey Salomón en los viejos tiempos, cortaremos al bebé por la mitad —dijo Luka con espanto—. ¿Qué hombre honesto elegiría a un violador y asesino contra la vida de un niño, sin que importe que este sea juto, sajón o celta?

—Entonces mejor mantengamos cubiertos los pies de la criatura —farfulló el espía en voz baja.

Las cuatro cabezas giraron en su dirección y cuatro pares de ojos estaban pidiendo una aclaración.

—¿Hay algo más en esta historia, Gruffydd? —preguntó Artorex con calma.

—Lady Morgana vio al bebé cuando lo traje por primera vez a Venonae. Hizo una profecía sobre la criatura e incluso le dio su nombre… Niniana. Yo no estaba de acuerdo, ¿pero qué podía hacer? No podía contradecirla.

—Pero hay algo más, ¿verdad Gruffydd? —Artorex le clavó su mirada inexpresiva.

—Como ya he dicho, descubrí que Niniana había sido arrancada del vientre de su madre y arrojada a los juncos sujetándola por uno de sus pies. Los moratones sobre su pierna eran suficiente evidencia de los hechos. Hoy mismo, Lady Morgana se llevó a la cría a sus estancias y… —la voz de Gruffydd se apagó.

—¡Decidlo de una vez! —tronó Myrddion enfadado; todo el grupo sabía cuánto detestaba a esa bruja.

—Ha empezado a dibujar su símbolo en el tobillo golpeado y un tatuaje de una cabeza de serpiente sobre la pierna de la criatura.

—¡Mierda! —se le escapó a Llanwith—. Intenta marcar a la niña como una

pagana.

—Eso significa que no puede utilizarse como un símbolo —juró Luka mordazmente.

—Niniana ya ha sido cristianada y bendecida por los sacerdotes cristianos, mi señor —exclamó Gruffydd, quien imaginaba que Niniana podría ser discriminada a causa de la marca pagana en su delicada piel.

—Me habéis dado una brillante idea, Llanwith, amigo —dijo Myrddion sonriendo diabólicamente—. Un experto en tatuajes podría transformar fácilmente una serpiente en un dragón alado. Especialmente si el dibujo aún no está terminado.

—El tatuaje está incompleto, mi señor —dijo el espía con sus labios secos.

Myrddion se giró hacia Artorex.

—Entonces, a lo mejor, podríais ordenar que sea marcado como si fuera vuestro. Si ponéis la marca de Dracos sobre su piel infantil, se volverá un verdadero símbolo, un emblema que podríais utilizar para vuestros propios fines. Esta criatura podría ser utilizada como una fuerza para unificar a nuestro pueblo y podría ser la prueba viviente de que no somos unos bárbaros —Myrddion mostraba total satisfacción en su rostro.

Artorex se rió ante la sonrisa de regodeo que mostraba la cara de su amigo.

—Os complace tocarle las narices a Morgana. Un día os asirá por los cojones y a partir de entonces hablaréis como una niña.

—Y un día el cielo caerá sobre nuestras cabezas… pero ese día tardará en llegar.

Inmediatamente, Artorex tomó una decisión.

—Le diré a Targo que recoja a la pequeña Niniana dentro de una hora. No se le hará daño y sólo sufrirá una pequeña molestia. Cuando amanezca llevará la marca de la protegida del Dux Bellorum.

Sus ojos fríos se iluminaron al dirigirse otra vez al espía.

—Olvidaréis todo cuanto habéis oído en esta habitación, Gruffydd. Nada de lo que se ha dicho debe traspasar vuestros labios.

—No soy un suicida, mi señor —contestó altivo.

Artorex le dio una palmada en las espaldas y se rió.

—Me gustáis, Gruffydd, realmente me gustáis mucho. Y no os olvidaré, ni a vos, ni a la pequeña Niniana.

«Dios me libre», pensó el agente para sí, porque ser recordado por Artorex podía ser tanto una ventaja como todo lo contrario.

Gruffydd corrió a las cocinas. El hogar era una pila de brasas ardientes ya que el fuego nunca se dejaba extinguir y de ello se encargaba un somnoliento chico durante toda la noche.

Niniana yacía junto a Gallwyn sobre un jergón en una alcoba separada de las cocinas por una cortina de lana fina.

—¿Gallwyn? ¡Despertad, mujer! Lord Artorex enviará a alguien para recoger a la niña Niniana. ¡Despertad!

La cabeza con el pelo desaliñado de Gallwyn apareció tras un extremo de la cortina. Debía estar profundamente dormida, porque aún estaba como mareada, aunque sus ojos denotaban alarma.

—¿Qué estáis haciendo, Gruffydd, despertando a las mujeres decentes que descansan? ¿Para qué quiere Lord Artorex a la pequeña Niniana?

—Para deshacer lo que empezó Morgana. Debéis levantaros de la cama, Gallwyn, porque si no me engaño con lo expedito que es Artorex, su hombre ya debe estar a medio camino de aquí.

La conversación fue susurrada ya que ni a Gallwyn ni al espía les interesaba despertar a los sirvientes que, junto con sus pobres posesiones, dormían sobre el suelo de la habitación común anexa a las cocinas.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! ¿Es que una vieja no tiene ni siquiera derecho a una hora de sueño? —Gallwyn se quejaba tras la cortina.

—Se lo podéis decir al Dux Bellorum —bufó Gruffydd.

Los dos amigos apenas tuvieron tiempo de bañar al bebé y cambiar sus pañales antes de que dos guerreros entrasen en la cocinas. Eran totalmente opuestos. El de más edad era bajo, estevado, con ojos avizores, una desagradable cicatriz en la cara y una corta espada romana. El segundo era un gigantesco juto rubio, a excepción de su barba de dorado rojizo. El más alto se quedó en silencio.

—Soy Targo. ¿Nos esperabais? —dijo el bajito y el agente percibió que este era el soldado que caminaba a la sombra de Artorex y que ambos eran los guardaespaldas personales del Dux Bellorum—. Este gigantón de ahí es Odin —agregó regalando una amplia sonrisa—. No habla mucho, pero es manso como un corderito ¿verdad, amigo?

—Gallwyn es quien cuida del bebé Niniana y es la jefa de cocinas de Lord Myrddion. Yo soy Gruffydd, el hombre de Lord Myrddion —replicó con cierta torpeza.

—Señora —ambos hombres saludaron a la cocinera, que encantada, elevó ligeramente su mentón.

Targo se dirigió al espía.

—He oído hablar mucho de vos, buen señor. Artorex dice que sois un hombre a quien debemos amparar. Él os aprecia y nos ha dicho que os tengamos en consideración y nos aseguremos de que estéis protegido.

—Muy agradecido a Lord Artorex —el agente apenas pudo contestar, por el nudo que se le hizo en la garganta.

—Entonces, ¿es ésta la niña? Pues sí que es una belleza —Targo hizo un chasquido sobre el pequeño paquete—. Dádsela a Odin, señora. Tiene las manos grandes como jamones pero es muy amable y no le hará ningún daño y cuando terminen con sus tatuajes, Morgana va a ser… eh… eliminada, por así decirlo.

—Bien —replicó simplemente Gallwyn y puso a la criatura dormida en los enormes brazos de Odin. El gigante miró a la niña y pareció que tanto su rostro como

su cuerpo se ablandaban al oler su blanca dulzura.

—Es una… sirena —dijo con una voz ronca por la falta de uso.

—Digáis lo que digáis, Odin —replicó Targo—, será lo que Lord Artorex mande.

—Será una… mujer sabia —Odin luchaba por encontrar las palabras.

—Pues entonces, más razón para ser marcada como la protegida del amo —replicó el veterano.

Éste observó que un chico de las cocinas se había despertado de repente y se encontraba con una cocina llena de maravillosas novedades.

—Tú —le ordenó suavemente—. Vuelve a la cama.

La expresión del niño era como la de un conejo asustado súbitamente encandilado, sus ojos como platos.

—Volved a la cama, Perce —agregó Gallwyn suavemente y apuntado en dirección al dormitorio—. Solo estáis soñando, así que, a la cama, yo me encargaré del fuego.

Perce desapareció tras la cortina y Gallwyn se giró hacia los visitantes.

—Espero que cuidéis de Niniana, si no os las veréis conmigo —dijo en tono envalentonado y volviendo a sus habituales modales cáusticos.

—Volveremos antes del amanecer, señora.

Targo aferró el amplio trasero de la cocinera con una mano y le estampó un sonoro beso en la boca.

Antes de que Gallwyn pudiese reaccionar, los guerreros y la pequeña Niniana ya se habían ido. El aire de la noche, al ser removido por la cortina de cuero, hizo que las brasas del hogar se azuzasen súbitamente produciendo vivas llamas.

GRUFFYDD Y GALLWYN se turnaron para mantenerse despiertos durante toda la larga y fría noche. Les ayudó beber miel disuelta en agua caliente y a veces, ponerse a charlar sobre temas de la familia y los simples placeres de la vida en sus aldeas natales. Gallwyn pudo conocer al hombre que había tras la máscara del espía y su profundo amor por su familia y su tierra. Se sintió identificada con los sacrificios que él había hecho al abandonar el mundo que tanto amaba para poder preservarlo en el futuro.

A su vez, el espía descubrió que Gallwyn gobernaba un pequeño reino de la misma manera que Artorex regía uno mayor. Sus modales ásperos escondían un corazón especialmente amable, un corazón que a veces sangraba cuando las personas a su cargo sufrían ante las pequeñas exigencias de la vida.

Dos horas antes del amanecer, Odin regresó con una Niniana muy nerviosa. Gimoteaba y se negaba a ser consolada, ni siquiera cuando Gallwyn le friccionaba sus tiernas encías con el dedo embadurnado en miel.

Gallwyn miró fijamente a Odin y resopló con un reproche.

—Esta niña ha sido herida —dijo abiertamente.

—Sí, el tatuaje llevó varias horas… con cuidado… pero se lastimó —replicó Odin con tristeza.

Gallwyn apartó el paño que cubría a la cría. El exquisito tatuaje de una serpiente dragón rodeaba el pequeño tobillo, las alas se desplegaban sobre la tierna pantorrilla del bebé. La piel estaba lastimada y roja y había sido recubierta con una espesa capa de ungüento.

Sin decir ni una palabra, Odin le ofreció una caja de madera con una tapa fuertemente cerrada que presumiblemente contenía el remedio. Su enorme mano sostenía con suavidad la cabeza del bebé.

—Es una pequeña serpiente, una pequeña mujer mágica —esas descripciones se entonaron como plegarias, distintas a los modulaciones maliciosas de Morgana, aunque las palabras eran casi idénticas. Gruffydd sintió un escalofrío que no tenía nada que ver ni con el gigantesco juto ni con la pequeña criatura inquieta.

—Ahora le pertenece a Artorex… o quizás él le pertenezca a ella —dijo Gruffydd —. En realidad no estoy seguro de quién es quién.

Gruffydd y Gallwyn examinaron detalladamente el tatuaje.

Una mano hábil había rediseñado la forma del reptil de Morgana. El poderoso dragón del norte era desproporcionado al cuerpo de la criatura, pero el espía se dio cuenta que el poder del dragón iría aumentando a medida que la niña se fuese haciendo mayor. Con una exótica vida propia, las escamas negras y los ojos de un vivido color rojo brillarían sobre la blanca piel de una mujer adulta.

—Apuesto a que Odin, o como sea que se llame, fue quien grabó el tatuaje. No me extraña que tal trabajo haya durado casi toda la noche. ¡Pobre Niniana! Cargará con esta marca toda la vida. Maldita sea Lady Morgana, la causante de todo este lamentable asunto.

Gruffydd sentía un ardiente resentimiento contra la bruja y habría deseado que sus caminos nunca se hubiesen encontrado.

Escupió sobre el fuego del hogar.

Gallwyn esbozó una sonrisa traviesa. Una expresión extraña se manifestó en su fisionomía simplona.

—No puedo esperar a ver la reacción de Lady Morgana cuando vea el tatuaje terminado y sin posibilidad de ser transformado. Seguramente montará en cólera.

—No deseo ser convertido en un insecto o envenenado… no me atrevería a enfrentarme a ella. Deberíais hacerme caso Gallwyn y no pellizcar la cola de la bruja. Niniana os necesitará y yo me iré dentro de dos días.

—¿Pero volveréis?

Gruffydd se rió.

—Sí. Artorex me prometió la cabeza de un hombre realmente diabólico, así que, podéis estar segura de que regresaré.

GRUFFYDD ESTABA ENCERRADO con Myrddion cuando Morgana envió a su sirvienta a recoger a Niniana, después de romper el día.

Gallwyn le pidió a la sirvienta que informase a su ama de que el mismo Artorex había ordenado completar el tatuaje.

La joven sirvienta palideció.

—¿Qué le diré a mi ama?

—Yo se lo diría con mucho cuidado —contestó Gallwyn secamente, pero con buen humor.

Ésta no se sorprendió cuando la sirvienta volvió al cabo de unos minutos con el mensaje de que debía llevar a la niña a las estancias de Lady Morgana.

La cocinera evaluó si debía negarse, pero siguió los consejos de Gruffydd. Después de una pausa para dar rápidas instrucciones a los sirvientes de la cocina, tomó al bebé dormido, envuelto en sus pieles y siguió a la sirvienta de Morgana hasta la estructura hexagonal de madera construida justo detrás de las murallas de piedra de la fortaleza de Venonae.

Gallwyn se asustó y sintió un cierto terror al entrar en la extraña e insólita cámara adonde había sido conducida. Las paredes estaban cubiertas con pesadas telas y los suelos pintados con símbolos arcanos. Frascos que contenían rellenos inidentificables ocupaban cinco estanterías que colgaban de un muro de piedra y Gallwyn se quedó fascinada al ver que los recipientes eran de valiosos vidrios, al tiempo que se alegraba de no reconocer exactamente sus repulsivos contenidos.

Morgana estaba sentada justo en el centro de la habitación y llevaba una diadema de piel fina cubriendo su frente. La cocinera se estremeció al reconocer que el cuero era demasiado fino para ser de oveja o de vaca y que tenía una fina textura en granos. Era frágil como la piel humana. Sólo pensarlo provocó náuseas a su natural sensibilidad femenina.

—Mostradme la niña, mujer —ordenó Morgana.

Gallwyn obedeció, y se la acercó con manos temblorosas.

Morgana examinó el tatuaje y suspiró.

—¡Idos! —le ordenó.

Persignándose como le había enseñado el buen obispo de Venta Belgarum, Gallwyn se fue tan rápido como se lo permitieron sus piernas rollizas.

Morgana se cubrió los ojos con la banda de piel y empezó a balancearse al compás de un cántico que entonaba en voz baja, regulándolo al ritmo de su respiración. Se balanceaba cada vez más rápido, hasta que su negra cabellera empezó a fustigar su pálido rostro.

Entonces, tan abruptamente como había comenzado, Morgana quedó inmóvil y todo a su alrededor quedó paralizado. El único sonido que se escuchaba dentro de la extraña habitación de madera era el de la forzada y penosa respiración de la bruja.

—Artorex pensó que me ataba —susurró—. Pero él se ató a sí mismo… porque la pequeña Niniana va a ser la causa de su gran pérdida.

Sonrió y sus labios lucían tan húmedos y seductores como los de una mujer joven.

Luego, al darse cuenta, abrió los ojos.

—Pero también me une a mí con él, porque su dragón ha tragado mi serpiente.

Su pálido rostro se tornó aún más blanco y se asemejó a un cráneo sin piel ni carne.

—Permaneceré en silencio hasta que llegue mi oportunidad. He esperado todos estos años con Uter hasta que llegó el día de su reconocimiento, así que también puedo esperar a su hijo bastardo. Artorex no es más grande de lo que antes fue su padre.

Con este consuelo se reclinó sobre sus pieles y cerró sus ojos cansados para sumirse en un profundo sueño.

Pero los sueños de Morgana estaban llenos de escenas de sangre y muerte… y una mujer pálida y blanca portando un collar de agua de plata y luz de luna se reía de ella. Delante de la mujer, aparecían unas figuras envueltas en sudarios y portando martillos, cinceles, cruces y arpas. De pronto, todas las imágenes dieron la espalda a Morgana a la vez, para contemplar a la mujer de blanco. La mujer seguía riéndose, hasta que su alegría detuvo su corazón de bruja.

Morgana gritó en medio de su sueño.

CAPÍTULO XVIII

LO QUE VALE UNA NIÑA

ORDENARON A GRUFFYDD que retornase al Wash para infiltrarse entre los sajones y jutos y convertirse en alguien conocido en alguna de las ciudades para que pudiese ir y venir sin levantar sospechas. Prudentemente, una vez que Gruffydd hubo partido, Artorex citó a Keu a una reunión esa misma tarde.

—¡Artorex! —saludó jovialmente Keu a su hermano que le daba la bienvenida con una sencilla cena de pan y carne—. ¿En qué puedo serviros? Llevamos un mes sin vernos.

—¿Cómo anda la salud de Antor? —preguntó Artorex sin emoción alguna.

—He recibido noticias muy recientes. Padece de sus articulaciones, pero salvo eso parece sobrevivir a Targo, que es más viejo que el propio tiempo. Julanna me ha regalado otra hija y la niña de Antor, Licia, está muy bien, creciendo como un potro. Es todo brazos y piernas.

Artorex esbozó una leve mueca de dolor ante la mención de su hija, pero bruscamente entró al tema que motivaba la reunión.

—Habéis tenido gran éxito en vuestras operaciones contra los bárbaros. En resumen, Keu, lo habéis hecho muy bien. Vuestra familia puede estar orgullosa de tener un líder como vos entre sus miembros… y en el futuro se continuará hablando de vuestros esfuerzos.

Keu sonrió complaciente. Pero una vez endulzada la copa de vino, Artorex le serviría una copa de hiel.

—Sin embargo, hay un tema que quería tratar con vos y que concierne al honor de nuestra causa y a vuestra propia reputación. Mis consejeros, con quienes despacho con frecuencia, están preocupados por algunos actos de brutalidad innecesaria que les han llamado la atención. Éstos son de tal grado de vileza que el consejo considera que continuar con dichas prácticas minaría los principios básicos por los que estamos luchando. Nos inquieta el hecho de que si actuamos más ferozmente que los propios bárbaros, les podríamos incitar a que decidan reunir sus tribus en una única fuerza que resultaría casi imposible de derrotar. El incendio de aldeas y la matanza de campesinos son, desgraciadamente, parte de la guerra, pero he oído que algunas acciones acontecidas en Durobrivae son inaceptables.

—¿En Durobrivae? Pocos hechos inapropiados ocurrieron en ese nido de pulgas. Esperábamos encontrarnos con una guarnición… y sólo hallamos unos pocos guerreros. Pero habla sin reparos, hermano, si el tema es tan grave.

Artorex formó la figura de un triángulo con los dedos de las manos y fijó su mirada en los ojos negros de Keu, del mismo color que los de su madre, Livinia. En recuerdo de ella y en honor a la promesa que le había hecho cuando agonizaba, escogió sus siguientes palabras con exquisita precaución.

—Se me ha confiado que una mujer fue violada junto al río de Durobrivae. No es un asunto de gran importancia durante el transcurso de una campaña, lo sé. Pero esta mujer estaba a punto de dar a luz. Uno de vuestros hombres abrió el vientre de la madre en vida, cortó el cordón y luego arrojó el bebé al río.

Keu hizo una leve mueca de asco.

—Comparto vuestra preocupación, hermano. Pero poco puedo hacer respecto al *lamentable mal gusto* de uno de mis guerreros. Esos hombres no son especialmente escrupulosos en sus costumbres.

Artorex disimuló su desagrado ante la falta de turbación de su hermano.

—La niña fue salvada y se encuentra a mi cuidado en las cocinas. Ahora es mi vasalla, Keu. El que la rescató pide la cabeza del asesino y yo he accedido a su petición. Estamos muy intranquilos ante la posibilidad de que tal tipo de conductas pueda contagiar a la tropa hasta hacernos peores que los bárbaros contra quienes luchamos. He decidido dar un ejemplo con ese guerrero en particular, que como bien habéis dicho, tendrá el *lamentable mal gusto* de pagar por su crimen.

La voz de Artorex era cortante y Keu estudiaba la expresión de su rostro con desasosiego.

—La madre de esa niña era una Gallia para alguien —agregó. Esta frase lapidaria hizo que Keu bajase su mirada altiva, haciéndole sentir molesto e insultar silenciosamente al asesino, fuese quien fuese. El irresponsable había provocado que el enfado de Artorex cayese sobre sus hombros.

Keu se sentía ofendido, aunque su hermano no había hecho ninguna referencia personal. Comprendía que éste esperaba que encontrase al culpable y lo convirtiese en el destinatario de un castigo ejemplar. Pero conocía bien a su tropa y estaba seguro de que el responsable nunca admitiría su crimen. El tiempo transcurriría y otros quehaceres desviarían a Artorex hacia otras direcciones. Keu sólo debía evadir sus investigaciones hasta que las circunstancias desviasen la atención de su hermano. Con suerte, el violador nunca sería castigado por sus actos.

—Por supuesto, hermano —respondió suave como la seda—. Contáis con mi total cooperación. Ordenaré a los sargentos que inicien una investigación para encontrar al malnacido.

Artorex sonrió, aunque la sonrisa no se asomó a sus ojos.

—Espero vuestro informe en tres días. Vuestros hombres quedarán en misión de guardia hasta ese día.

—Por supuesto —respondió con su usual tono adulador.

Sonrió a Artorex y hábilmente cambió de tema.

—He recibido una carta para vos de Villa Poppinidii. Sólo tenéis que decirme si queréis que envíe una respuesta.

Mientras se retiraba después de dejar un pergamino sellado sobre la mesa de campaña del Dux Bellorum, éste reflexionaba sobre lo poco que podía confiar en el comportamiento y la ecuanimidad de su hermano. Aunque Keu era un valiente guerrero y un hábil comandante, no disminuía su gusto ocasional por la violencia, lo que lo transformaba en un enigma para la mayoría de los capitanes que servían junto a él. Keu podía disimular ser un noble romano típico, pero una vez que tenía el poder en sus manos parecía que una personalidad funesta, siniestra y secreta se apoderaba de él. Desgraciadamente, también sabía que Artorex tenía una hija viva, un secreto que de alguna manera lo protegía.

Artorex sabía que algún día, hermano o no, tendría que poner remedio a este problema.

Sumido en estos pensamientos, daba vueltas una y otra vez al pergamino sellado que mantenía entre sus bellas manos. ¿En quién se había transformado para estar pensando en los castigos que impondría a Keu? Su corazón se había endurecido desde la muerte de Gallia, hasta el punto de soportar todo tipo de atrocidades y sabía que su pequeña y civilizada mujer se habría horrorizado con un marido que tomaba pavorosas decisiones con tan poca sensibilidad.

Pero Gallia estaba muerta y nunca la volvería a ver a este lado del Hades. Ni los príncipes, ni la gente común habían oído su nombre y de cualquier manera jamás habrían aprobado que su Dux Bellorum tuviese una esposa romana.

«Dudo que siguieseis amándome de estar viva, mi Gallia, —pensó con una punzada de autocompasión—. De hecho apenas puedo recordar vuestro rostro.»

«Es extraño, —pensó—. Puedo ver su boca tan claramente como si estuviese viva. Y si me esfuerzo, puedo recordar la textura de su piel y la forma de su cara. Incluso puedo recordar esos ojos almendrados, que podían hacer saltar y brillar de entusiasmo. Puedo recordar cada parte de su cara, pero, por más que lo intento, no soy capaz de recordar el rostro en su conjunto».

Sintió cómo la tristeza ocupaba el lugar del dolor… esa tristeza que surge cuando el dolor inicial de la pérdida se ha ido. Su esposa estaba muerta, sus cenizas frías. No llevaba demasiado tiempo extinta y sin embargo, su mente ya estaba librándose de su memoria.

Sin embargo, podía recordar las flores que crecían alrededor de la extraña villa pequeña que había construido con sus propias manos. Probablemente toda su vida estaría más orgulloso de esa pequeña obra que de la salvación de su reino… en caso de que lo lograse. Con suave pesar, recordó otra vez las rosas quemadas y las piedras derruidas de su casa.

Finalmente, abrió el pergamino rompiendo el sello de cera.

Bueno, muchacho, todo sigue igual en Villa Poppinidii y como has pedido, ya se han plantado las flores y los bulbos en la tumba de Gallia, aunque una ruina no deja de ser un insólito monumento. Una vez que llegue el deshielo del invierno, su lugar de reposo volverá a estar tan hermoso como siempre.

Licia ya ha cumplido tres años. ¡Qué rápido pasa el tiempo para los de mi edad! Siempre anda detrás de Gareth como un cachorro y él cuida de ella como si fuera su padre.

Se podría decir que vive para cuidarla. En cuanto a mí, no me hace el menor caso, tal como hacía un niño muy zote que todavía recuerdo muy bien.

Siempre estaré agradecido por el amor y el cuidado que Gareth dedica a nuestra familia y estoy seguro de que algún día dejará su propia impronta en el mundo.

Sabemos de vuestras hazañas, incluso en la tranquila Aquae Sulis y no puedo evitar pensar lo orgullosa que estaría mi querida Livinia de tener a ambos hijos luchando por su tierra. Si venís a casa en el verano, os haré una fiesta como en los viejos tiempos. Pero no os pediré servir la mesa.

Antor, señor de Villa Poppinidii y vuestro orgulloso padre.

Estas cartas siempre le hacían añorar la paz y la vida tranquila que había disfrutado en su juventud. Sabía que su futuro ahora estaba irresolublemente unido a los actos del pasado representados por Uter Pandragón… y no tenía otro remedio. Aun ahora estaba evitando decisiones que se habían tomado en su nombre tanto por su sangre como por su destino.

Con un cuchillo y piedra de pulir, borró cada una de las palabras escritas sobre el pergamino como siempre hacía. Demasiados ojos y oídos vigilaban esperando descubrir los puntos flacos del Dux Bellorum. Nunca escribió a Antor y el viejo entendía sus razones. Pero mientras el antiguo Artorex se iba desvaneciendo, el nuevo Artorex deseaba fervientemente que su destino hubiese sido el de permanecer como un humilde mayordomo de Villa Poppinidii.

LOS DÍAS PASARON y Keu informó a Artorex que nadie sabía nada acerca de la mujer muerta bajo el sauce. Incluso insinuó que podría haber sido víctima de la propia barbarie sajona.

Artorex guardó silencio y esperó.

Gruffydd volvió a Venonae al día siguiente, cuando el suelo helado empezaba a transformarse en barro y los árboles que rodeaban las murallas mostraban los primeros brotes de la primavera. Traía graves noticias.

—El nombre de Oakheart es Katigern. Es el nieto de Vortigern, el rey que conquistó el primer trozo de tierra donde se establecieron los sajones hace unos

cuarenta años —informó a Myrddion.

—Recuerdo muy bien a Vortigern —murmuró Myrddion—. Creía que podía utilizarme para taponar una fuente natural, cuando yo sólo era un crío. Le revelé una profecía diabólica que él ya conocía y tuve la suerte de poder escapar del alcance de su largo brazo. Uter Pandragón echó a sus hijos fuera de nuestras tierras hace muchos años.

Con el ceño fruncido y jugando con un pequeño cuchillo de fruta sobre su mesa, continuó.

—Tendremos problemas con este Oakheart. Yo siempre consideré a Vortigern como un hombre excepcionalmente inteligente y digno de ser rey… excepto por una estúpida superstición. ¿Qué clase de persona es su nieto?

—Es vigoroso, ambicioso y de fácil palabra, mi señor —respondió Gruffydd—. Es extremadamente capaz y peligroso. Descubrí que ha hecho una alianza con Otha, el príncipe sajón. Juntos intentarán destruir nuestro mundo.

—Con semejantes antecedentes, no hay duda de que se trata de un hombre peligroso.

Myrddion estaba preocupado. Normalmente sus pensamientos no eran tan transparentes; pero en esta ocasión, sus cejas estaban profundamente enarcadas y sus ojos negros parecían inquietos. Gruffydd podía ver con toda claridad que su amo estaba fastidiado. En Venonae abundaban las habladurías sobre la falta de acción de Artorex… y crecía el sentimiento de que el Dux Bellorum estaba dejando que el trono se le escapase de las manos. Myrddion ya había empezado a buscar los símbolos del reino de Uter, pero le preocupaba la actitud de Artorex, que se mostraba reticente y poco cooperativo.

—Vortigern y sus hijos Katigern el Mayor y Vortimer tienen más de la mitad de su sangre británica. Cuando era el Gran rey, Vortigern no era muy distinto a los romanos cuando mandaban sobre nosotros. Pero su maldita reina era sajona hasta la médula y esa estirpe se manifestó en los hijos que Vortigern tuvo con ella. Katigern, el menor puede ser joven, pero se ha convertido en algo que su abuelo nunca fue, más sajón que celta.

—Sí, mi señor. Sostiene que su abuelo fue el Gran rey en el oeste hace años y que él tiene derecho al trono por su sangre y por todos los males que Uter infligió a sus descendientes. Sus derechos por nacimiento legitiman la invasión sajona y mantiene que habla en nombre de los que fueran súbditos de Vortigern y que aún pueblan las altas montañas del oeste, tanto sajones como celtas.

—Por supuesto. Yo haría lo mismo en su lugar. Es desafortunado que ocurran atrocidades como las acaecidas en Durobrivae… alimentando las llamas —suspiró profundamente—. Me gustaría que nuestros bárbaros fueran simples saqueadores y destructores… como lo eran antes.

Gruffydd permanecía impasible con su andrajoso atuendo sajón.

—Retiraos, Gruffydd —sonrió Myrddion—. Mejor os dais un baño y os vestís

antes de que la guarnición decida que sois un sajón… y os conviertan en picadillo.

—No tendrán esa oportunidad, mi señor —dijo el espía al partir.

Más tarde, Myrddion departió varias horas con Artorex, pero no consiguió librarse del peso de sus temores. Sin embargo, pudo asegurar a Gruffydd de que a la mañana siguiente todos los soldados acampados en las afueras de Venonae serían concentrados al completo en la ciudad. No se permitirían ausencias o excusas ya que Artorex estaba harto de las constantes evasivas de Keu.

Este hombre nació para ser el rey de los británicos, pensó con orgullo Myrddion después de que Artorex hubiese dado sus instrucciones. Keu no disfrutará con el método que empleará su hermano para encontrar al culpable. Tampoco agradará al resto de los guerreros, ya que inicialmente verán el asesinato de una mujer como algo insignificante. Pero sobre todo, el Dux Bellorum debe reafirmarse como un líder justo y exigente en todo lo concerniente a la disciplina.

Myrddion no pudo impedir un suspiro al recordar el joven tierno y amable que Artorex había sido en el pasado.

Gruffydd asistiría a la concentración.

—Os requiero, de forma personal, que convoquéis a Gallwyn y la pequeña Niniana al patio de ejercicios fuera de las puertas de Venonae —le dijo Myrddion—. La cría será expuesta ante la gente que acuda a nuestra celebración.

—Sí, mi señor —contestó Gruffydd y se apresuró a informar a Gallwyn sobre su papel en las actividades del día.

La voz corrió como la pólvora por toda la guarnición, el pueblo y los campamentos. Artorex iba a dirigirse a todos los celtas de bien. Una hora antes de la llegada programada de éste, el lugar era un mar de rostros y el evento empezaba a adquirir carácter festivo. Los guerreros del Dux Bellorum se habían preparado a conciencia junto con sus caballos y su sola presencia era en sí un espléndido espectáculo que maravillaba al populacho, a pesar del viento helado que soplaba.

Rodeado por Myrddion y sus reyes vasallos, Artorex se presentó con toda su prestancia, con la capa de lobo que le llegaba hasta el suelo y le otorgaba una imagen de espléndido bárbaro sobre su armadura y casco romanos. Su imponente estatura, su increíble cabellera y su porte severo fueron suficientemente poderosos para silenciar a la multitud. Pero cuando se despojó de sus armas y de su casco, poniendo todo en los brazos de Targo y Odin, la muchedumbre expectante contuvo la respiración.

Éste sería un día memorable. Hasta la bruja Morgana, ataviada con sus vestidos de negro cuervo estaba allí, ubicada en un punto ventajoso que dominaba el gentío. Muchas miradas se dirigieron subrepticiamente hacia su figura inmóvil, cada uno de ellos rezando para que sus ojos no se posaran sobre sus rostros.

—He oído que puede matar con su vista —dijo una vieja a otra, con temor supersticioso y secreto placer.

—El Gran rey estiró la pata cuando le clavó una de sus miradas —agregó su amiga.

Poco después el rugido metálico de los cuernos de combate silenció a la concurrencia.

Artorex se dirigió hasta un estrado elevado sobre el que ondeaba su estandarte de guerra, flameando agresivamente bajo el viento frío. Se giró para inspeccionar su caballería y capitanes.

Siguiendo su habitual estrategia, Artorex primero enalteció los arrasados campos de grano de los sajones que se habían vuelto negros después de haber sido quemados, los graneros que habían sido saqueados y las rutas de comercio que habían sido interrumpidas. Las tropas sonreían ante la aprobación de su líder, aunque como buenos soldados, permanecían firmes en perfecta formación.

Luego Artorex explicó el peligro de la emergencia de Katigern Oakheart, sajón hasta la médula, pero nacido y criado en Britania. Agregó que Katigern había reclamado un vago derecho a su supremacía en el oeste. Los aldeanos y los soldados rugieron enfadados y desafiantes mientras Artorex sonreía abiertamente, aunque su mirada era muy fría.

—No obstante, un gran problema nos aflige a todos, mis leales hombres del oeste. ¿Cómo puedo hablar de los cargos que se nos presentan contra hombres como vosotros, hombres que demostráis cada día vuestro coraje y lealtad por el bien de nuestra libertad? ¿Cómo puedo permitir que vuestros esfuerzos se vean empañados cuando los sajones os acusan gratuitamente de sed de sangre y depravación? Al principio no podía creer que esos rumores fuesen ciertos. Hasta que yo mismo descubrí, que de verdad, esas historias no eran mentira. Algunos de vuestros hermanos han incumplido sus juramentos, mis nobles soldados. Han matado por diversión… no por necesidad.

Un gran rugido de negación se levantó y asustó a los cuervos y grajos que se reunían en las murallas de piedra de la guarnición. Durante un instante profético, el aire se llenó de alas negras y brillantes.

—Traed a la infante Niniana —ordenó Artorex.

Gallwyn había rogado, conseguido prestado, y hasta robado —hay que decirlo—, todas las prendas finas que pudo. El bebé estaba casi invisible enterrado bajo tantas pieles y encajes. Subió al estrado, haciendo una reverencia tan profunda que casi da con su cabeza en los tablones del piso y luego se colocó de frente a la caballería.

—Mostrad la niña a los hombres —ordenó Artorex y a Keu le flaquearon las rodillas.

Gallwyn levantó al bebé desnudo bien alto sobre las ordenadas filas de soldados y la cría sollozó un poco al sentir el repentino frío sobre su piel. Pero luego sonrió y sus brazos redondos y su perfecta complexión reflejaron su natural belleza.

El tatuaje de Niniana ya estaba casi curado… y el símbolo era claramente visible sobre su pierna derecha y tobillo.

—Es por inocentes como este bebé por lo que luchamos. Morimos para preservar las viejas costumbres del honor y del deber. Para mantener la paz y para que ésta

pueda ser disfrutada por niños como esta pequeña, nos enfrentamos a las nieves del invierno y dejamos a nuestras viudas llorar en su soledad. Arriesgamos todo lo que tenemos para que nuestros hijos puedan crecer en belleza y seguridad. Somos los campeones de occidente, no los andrajosos bárbaros que queman iglesias, violan a las mujeres y cortan a los niños en pedazos con sus hachas.

La multitud entera rugió de aprobación. Artorex los tenía en la palma de su mano.

Tomó a Niniana de los brazos de Gallwyn y la volvió a envolver en sus pieles, dejando sólo su pierna derecha expuesta. Cientos de ojos observaban sus movimientos.

—Los moratones han desaparecido debajo de mi marca. Esta niña ya no es la criatura azul y sangrante que era cuando fue encontrada entre los juncos helados. No quiso morir de frío.

La multitud estaba totalmente silenciosa.

—Uno de vosotros traiciona a occidente, y ese perro malnacido ensucia los nombres de nuestros insignes muertos. Dejadme que os cuente el nacimiento de Niniana y luego *vosotros mismos* juzgaréis lo que debo hacer.

«¡Muy listo!», pensó Gallwyn en su interior.

«¡Así se hace!», suspiró Myrddion bajo su aliento.

«¡Mitra, sálvame!», gritó Keu para sus adentros, cuidándose de que nadie le oyese, mientras su rostro romano permanecía impasible.

—La madre de la niña era una mujer del pueblo de Durobrivae, un lugar ignoto en los pantanos. Nuestras tropas llegaron hasta ese lugar profundamente enclavado en territorio enemigo y hábilmente guiadas por mi hermano, Lord Keu. Los soldados hicieron su tarea, tan desagradable como pueda ser, quemaron los graneros, los campos y el propio pueblo, porque así es la guerra. No los envidio por el botín que hayan tomado en mi nombre.

Artorex sonrió abiertamente, ganándose a la soldadesca.

—De todas maneras, mucho de lo usurpado era nuestro, ya que antes había sido robado por los intrusos. Sí, hubo aldeanos que fueron pasados por la espada y hubo también mujeres que murieron, porque tales desmanes son a veces necesarios cuando las mujeres sajonas pelean como hombres.

Muchas cabezas se movieron en aprobación y Artorex continuó robándoles su atención.

—Pero la desconocida madre de Niniana estaba a punto de dar a luz. Las únicas armas que tenía eran su prominente vientre y su belleza. Corrió hacia el río y se refugió bajo un viejo sauce, pensando que allí estaría a salvo.

El silencio era intenso, como si fuera una cosa viva creada por la respiración retenida de cientos de cabezas humanas expectantes.

—¡Estaba equivocada! —rugió Artorex.

Una exhalación, especialmente proveniente de las mujeres, recorrió la turba. En la mente de Artorex, la visión de Gallia, también en avanzado estado de gestación, se le

apareció como un espectro para dar asentimiento a las palabras de su esposo.

—Uno de nuestros hombres la vio escapar hacia su refugio… aunque *hombre* no es la palabra adecuada para designarlo, porque de llamarlo así, estaría ofendiendo a todos los guerreros y ciudadanos con honor y decencia. La persiguió, la siguió hasta su escondite entre las ramas del sauce y allí, libre de ojos acusadores, la violó.

Algunas mujeres y algunos de los hombres recordaron el destino de sus propios familiares y las lágrimas resbalaron sobre sus mejillas.

—Pero estos horrores suelen ocurrir ¿verdad? Terribles, cobardes, secretos horrores que no nos atrevemos a sacar a la luz del día. Así es la guerra.

Pocos hombres asintieron esta vez, mientras sus compañeros los miraban de soslayo con sentimientos de repulsión.

—Pero este hombre no había terminado con la bella joven bajo las ramas colgantes del sauce. No, aún no. A pesar de lo sufrido, podría haber sobrevivido al estupro y haber dado a luz a su hija, haberle dado el pecho y vivir con las pesadillas de aquel día bajo el sauce, mientras su niña crecía. Esa mujer habría encontrado en su hija una razón para seguir viviendo.

Ahora todo el gentío estaba mudo e imaginándose las cosas más horrorosas. La presencia de la niña significaba que la madre estaba muerta. Veían la imagen de la víctima con su cuello degollado o su corazón atravesado y sentían cierta repugnancia… tal como era la intención de Artorex.

—No os puedo decir porque ese hombre… ese celta… uno de nosotros, llevó a cabo tal abominación. No soy capaz de pensar en cómo actuó, porque sus actos fueron mucho más allá de lo que se podría considerar como las reglas de la guerra.

Los soldados mostraban ahora sus cabezas gachas, recordando los odiosos crímenes que ellos mismos habían cometido. Sus propios desmanes en la batalla, grandes y pequeños, revoloteaban como un enjambre de furibundas avispas aguijoneando sus conciencias.

—Ese canalla rajó el vientre de la joven con su cuchillo. Abrió su barriga como una fruta madura y escarbó en la herida abierta mientras ella gritaba y trataba de impedirlo, metió las manos en su vientre y arrancó a la niña aún no nacida del seno de su madre, mientras ella todavía estaba viva.

Un suave murmullo de rechazo se alzó desde la muchedumbre, expresando aversión y odio.

Artorex se detuvo un instante para recobrar el aliento.

—Cortó el cordón con su puñal, porque tenía planes para esta pequeña criatura. Sí. Su madre siguió luchando, incluso cuando su sangre manaba tan abundantemente que tiñó el suelo de rojo. Sus manos se cortaron hasta el hueso cuando intentó coger el cuchillo del asesino, porque temía que continuase cometiendo actos irrepetibles sobre el cuerpo de su hijita.

«¡Vaya hombre perspicaz!» pensó Myrddion en silencio. La violación de bebés no es aceptada por ninguna sociedad. Sólo sospecharlo es suficiente para provocar el

desprecio de cualquier persona racional.

—Pero no violó a la criatura. Él no. Quizás no era lo suficientemente bestia para actuar así. Dejó que su madre se desangrara hasta morir, lejos de ojos entrometidos.

Artorex hizo una pausa para medir el efecto del relato sobre su audiencia.

—Este hombre se deleitaba en el sufrimiento —rugió. Dando un toque de dramatismo, Artorex levantó el pequeño cuerpo de la niña bien alto, sosteniéndolo en el aire con una sola mano gigantesca.

—Cogió a esta cría por su frágil tobillo, la hizo girar sobre su cabeza y la arrojó hacia el río, un río cubierto por el hielo invernal.

El gruñido de la multitud se intensificaba, iba aumentando, igual que cuando se inicia una fuerte tormenta que va creciendo hasta oscurecer totalmente el cielo.

—Los dioses vieron lo que estaba sucediendo y quizás lloraron de pena por ello ese día. Los juncos secos en las orillas del río amortiguaron la caída de la niña y la protegieron. Sólo un inverosímil golpe de suerte envió a un buen hombre que tuvo la dicha de encontrarla, un bebé con un tobillo ennegrecido por un moratón y una piel azulada por el frío. Esta pequeña estaba destinada a vivir, para servir de símbolo de lo que nos puede ocurrir a nosotros, el pueblo celta, si nuestras costumbres degeneran en las conductas salvajes de los sajones. Sin embargo, he oído de boca de nuestros espías, que hasta los sajones están asqueados por las acciones de este monstruo cuya víctima se desangró hasta morir en agonía.

Ahora la masa rugía en desacuerdo.

—¿Somos así de bestias? ¿Es así como hacemos la guerra?

Elevó otra vez a Niniana en el aire, extendiendo su brazo.

—¿Debería estrellar el cráneo de esta niña ahora, para evitar que sea una puta juta o sajona?

—¡No! ¡No! ¡No! —la multitud rugía al unísono.

—¿Y qué debo hacer con tal hombre, con el autor de esta profanación? Yo, el Dux Bellorum os pregunto: ¿cuál debe ser su castigo?

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —los gritos resonaban entre el gentío presente, tanto entre soldados como aldeanos, todos a una.

Artorex se mantuvo en silencio y entregó el bebé a Gallwyn. La cocinera lo envolvió en sus tibias pieles y la apretó contra sus pechos marchitos.

—Pero no puedo deciros quién es ese hombre. Y tampoco puede Lord Keu, que no ha sido capaz de obtener una respuesta de su tropa. Sus guerreros protegen a esta bestia… porque al menos uno de los guerreros debe conocer su identidad. La sangre de la pobre joven debe haberle manchado de la cabeza a los pies.

Un grupo de soldados de la tropa de Keu palideció, preocupados por el enfado de la multitud agolpada.

—¡Escuchadme! —ordenó Artorex—. ¡Soy el Dux Bellorum y detesto que se derrame sangre inocente! He pensado mucho tiempo en este asunto y me he preguntado: ¿qué habrían hecho los grandes hombres?

Hasta la última persona de la turba se mantenía en silencio.

—Y allí, en las palabras del inmortal César, encontré la respuesta.

El gentío permanecía mudo a la espera de su decisión.

—La tropa de mi hermano Keu, es de treinta hombres en total y serán diezmados, hasta que el asesino se presente o sus compañeros lo entreguen a la justicia.

El público empezó a agitarse.

—¿Me dais vuestro permiso para aplicar el viejo castigo de las legiones? ¿Diezmamos?

Gradualmente, primero de forma lenta y luego adquiriendo fuerza, la multitud rugió su aprobación.

—¡Diezmar! ¡Diezmar! ¡Diezmar!

Una parte secreta de Artorex se disgustaba al pensar en el castigo que estaba proponiendo, mientras que su parte más amarga y rencorosa se alegraba por lo vengativo del mismo.

La tropa fue aislada y dividida al azar en tres grupos de diez hombres, mientras Keu observaba impotente. Se contuvo endureciendo su cara para no mostrar la más mínima señal de emoción, mientras que cada uno de los hombres de su tropa era obligado a elegir una paja e iban formando grupos de diez. Aquel que sacaba la más corta en cada grupo, temblando de miedo, era colocado dentro de un círculo formado por los otros nueve guerreros.

—¿Eres el hombre? —Artorex preguntó a cada uno de los tres condenados—. ¿Sabéis quién es?

Desesperadas, las víctimas negaron el cargo y negaron saber algo sobre el incidente. Quizás todavía esperaban clemencia.

La muchedumbre contenía la respiración.

—Soy el Dux Bellorum. Toda culpa en relación a lo que va a suceder en un instante es mía y sólo mía. Hizo una pausa.

—Los nueve deben matar al décimo. Pueden usar sus manos, los mangos de las lanzas o las empuñaduras de las espadas. No pueden usar ni metales ni armas cortantes.

Hizo una nueva pausa.

—Y quienes no den cumplimiento a mis órdenes, se unirán a sus compañeros en el círculo de ejecución, hasta que decidan entregar al asesino de inocentes.

Artorex esperó expectante.

Quizás estos guerreros piensen que mi amenaza es un farol, pensaba, mientras observaba a los tres hombres condenados. O quizás esperan que la multitud interceda por ellos. Pero Artorex sabía que la emoción de un espectáculo de sangre retenía a la asamblea.

—Empezad ya —gritó.

El sonido de maderas, puños y hasta piedras contra la carne era repugnante; Artorex sentía cada golpe.

Los tres guerreros tardaron en morir.

—Bien. ¿Hablará ahora alguno de vosotros? —Artorex esperó un momento—. ¿No? Entonces empezaremos otra vez, ahora con un círculo de ocho.

El espectáculo era repulsivo por su frialdad, a lo que se agregaba el horror de la justicia despiadada que simbolizaba.

Finalmente, cuando hizo su pregunta por tercera vez, uno de los guerreros se adelantó hasta el borde del estrado y levantó su cara bañada en lágrimas para mirar a lo más profundo de los ojos grises de Artorex.

—Sospecho que el asesino es Gwynn ap Owyn, mi señor. Es el marido de mi hermana. No tengo pruebas, pero estaba manchado de sangre hasta los hombros cuando volvió al campamento de Durobrivae. No quiso decir dónde había estado y sólo me hizo un guiño. ¡Perdonadme señor! Me mantuve callado por el bien de mi hermana y de sus hijos.

—Volved a vuestro grupo —ordenó Artorex—. Recibiréis un justo castigo, que yo mismo os impondré, por vuestro desacierto en no proporcionar esta información anteriormente.

Dirigió su mirada hacia el grupo de guerreros.

—¡Gwynn ap Owyn! Presentaos ante mí.

Nadie se movió, pero de repente, dos veteranos se giraron, cogieron y arrastraron a un hombre grande y de edad madura.

El guerrero empezó inmediatamente a suplicar y lloriquear.

—No insistáis en vuestra inocencia o yo mismo os arranco la lengua. No sois celta porque habéis permitido que seis de vuestros hermanos de armas muriesen por vuestros crímenes. No merecéis vivir.

Artorex dirigió su mirada hacia la cara cenicienta de Keu, que se encontraba en medio de sus guerreros.

—Lord Keu, colgaréis personalmente a este hombre que ha deshonrado vuestra tropa, luego cortaréis su pestilente cabeza y la enviareis a mis estancias. Tiraréis su cadáver a los perros… si se atreven a comer esta carroña. Luego enterraréis a vuestros soldados inocentes, con todos los honores, por haber muerto como buenos celtas… y sin suplicar como este cobarde animal. Se reparará a las familias por su pérdida, aunque el oro no vale el precio de la vida de un buen hombre. ¡Somos celtas! No hacemos la guerra contra los inocentes y no traicionamos a la justicia para favorecernos.

Uno por uno, cada miembro de la tropa escupió sobre la cara llorosa de Gwynn ap Owyn que después fue llevado por los guerreros.

Una vez más, Artorex se dirigió con rostro apenado hacia la asamblea.

—El deber de mantener el honor de los británicos es una responsabilidad que pesa sobre todos los guerreros. Pero para poder sobrevivir, el oeste exige que nuestras acciones reflejen la gloria de nuestra causa. Me avergüenza que un individuo como Gwynn ap Owyn haya manchado la reputación de sus compañeros y la de todos

nosotros con su brutalidad y su cobardía.

Artorex clavó su mirada en Keu, para asegurarse de que había entendido la importancia de sus palabras. Enseguida, éste se escapó para dar cumplimiento a las órdenes del Dux Bellorum y salvar el honor a los ojos de sus hombres.

—No somos nada si no guardamos las antiguas costumbres honorables que ejemplifican nuestra historia. Los hombres sajones son nuestros enemigos, no sus mujeres, ni sus niños. Luchamos por un hogar y un corazón y por las glorias de nuestro pasado, no por la excitación de la sangre derramada. De ahora en adelante debemos tener muy claro que nadie debe cargar con la culpa de los seis hombres inocentes que han muerto hoy. Yo soy el único responsable, porque soy el Dux Bellorum.

Su tristeza, su patriotismo e histrionismo hicieron que la multitud coreara su nombre a lo largo del camino de vuelta a la guarnición. Su corazón estaba apesadumbrado cuando ordenó a Targo que se asegurase de que se enviara oro a las viudas de los seis inocentes y de que a sus hijos se les donasen buenas tierras.

¿La pequeña táctica dio resultado, verdad?, susurró la pequeña fracción malvada de la conciencia de Artorex. Quizás ya es el momento de enviar a Myrddion de vuelta a Venta Belgarum.

CAPÍTULO XIX

EL LEGADO DE UTER

MYRDDION MERLÍN se conocía muy bien a sí mismo. No dudaba de que había nacido para ser un buen estratega y la mano derecha de los poderosos. Su carácter flemático le permitía mantener sus emociones bajo el férreo control de su intelecto. No era demasiado difícil reemplazar una familia, esposa e hijos, por lo tangible del poder ya que su deseo sexual era fácilmente reprimido.

A decir verdad, Myrddion se apasionaba mucho más con las intrigas y los libros que con cualquier criatura viva. Los caballos eran medios de transporte y los perros una babeante molestia. Los libros y los manuscritos nunca traicionaban y no pedían nada a cambio. Tenía amigos como Llanwith y Luka, pero ellos sólo conocían lo más superficial de su mente insondable. Algún día ellos morirían y él les lloraría… él, que no había vertido ni una sola lágrima durante casi cuarenta años.

Afortunado es el hombre que tiene tal grado de autocontrol, porque sin amor ni hay dolor, ni sensación de pérdida. Su juventud preternatural había sido el resultado de su temperamento sosegado y de los muros infranqueables que había construido alrededor de su corazón. Hasta Artorex, su creación personal, era a veces más un medio que un fin. Ahora estaba recordando el orgullo que sintió por la manera inteligente y tenaz con que Artorex había resuelto el tema del guerrero asesino, sin haberse percatado en su momento de la conexión entre la muerte de Gallia y el crimen de la joven bajo el sauce. En este mismo instante, en la oscuridad de la noche, Myrddion sintió una opresión en la garganta y un desacostumbrado escozor en los ojos al pensar en las palabras que Artorex había dirigido a la multitud. Dibujó una mueca de aflicción al percatarse del dolor que debió haber sentido el joven al elevar a la pequeña Niniana sobre su cabeza, reconociéndola como huérfana y que como su propia Licia, nunca conocería a su padre.

—Te estás volviendo viejo y sentimental, Myrddion —dijo a la llama de la lámpara—. Pronto no servirás para nada más que para contar viejas historias alrededor del fuego.

Pero su privilegiado cerebro sabía que mentía. Los senderos de su vida ya estaban trazados y sus lealtades designadas desde hacía mucho tiempo. No podría escapar a lo que dioses o demonios habían designado para él, por lo que debía rechazar todo

sentimentalismo.

Se dedicó al problema más acuciante que tenía entre manos.

La espada. Debemos encontrar la espada. Sin un Gran rey que se oponga a Katigern Oakheart, estamos perdidos. Y Artorex no puede ser coronado Gran rey sin la maldita espada.

Myrddion había hecho mil conjeturas y exprimido su cerebro durante año y medio musitando sobre el último acto rencoroso de Uter. Morgana no estaba al tanto de todos los secretos de Uter. Había tenido una gran influencia sobre el viejo déspota, pero sus relaciones estaban basadas en odios y necesidades. No le cabía la menor duda de que Morgana había mantenido a Uter vivo más allá de sus propias fuerzas, no por compasión, sino para que el viejo monstruo sufriese al contemplar cómo era eclipsado por su hijo. Si supiese dónde estaba la espada, ésta ya estaría en las codiciosas manos del rey Lot, porque, después de todo, él era el marido de su hermana Morcadés, bien conocida por su corto intelecto. Morgana se había henchido de odio cuando Uter acabó con la vida de su padre y antes que permitir que el hijo de Uter le sucediese en el trono, preferiría destruir el reino y facilitar la corona a Lot.

—¡Sí! Los viejos amores y los viejos odios —dijo Myrddion dialogando con la lámpara, su única confidente—. Sentiría lástima por Morgana si no fuese por todo el odio que tiene guardado. Uter se mereció cada segundo de dolor que ella le proporcionó, pero Artorex no tiene ninguna culpa de los crímenes del Gran rey. Morgana ha arruinado su propia vida en pos de una justicia envenenada.

No, Morgana no sabía dónde se encontraba la espada y tampoco los demás.

Cuando Uter se encontraba agonizante, hasta sus criados temían entrar a sus aposentos en Venta Belgarum. Myrddion pensó entonces que Uter podía haber entregado la espada y la corona al obispo Branicus, su confesor personal. Le preguntó al venerable anciano de forma muy directa si Uter le había entregado los símbolos de la realeza y todavía recordaba las palabras textuales de la respuesta severa y aparentemente honesta del obispo: «No tengo ni corona ni espada, Lord Myrddion. Si hubiesen estado en Venta Belgarum, os las habría entregado a vos».

El viejo obispo murió apenas un mes más tarde que su obstinado amo. Otro clérigo, un hombre más joven, había reemplazado a Branicus y ahora el rastro se había perdido. Myrddion conocía y entendía la forma en que actuaban los frailes y podría jurar que el viejo obispo no le había mentido literalmente.

—¿Pero acaso dijo toda la verdad? —Myrddion preguntó a la llama—. La iglesia de los cristianos es como otro mundo y el poder es el cemento que la mantiene en pie. ¿Habrá dicho la verdad?

Myrddion cogió un trozo de arcilla blanca y escribió las palabras del obispo sobre la mesa. Y luego, afinando todos sus sentidos, calibró el significado textual de cada una de las palabras verbalizadas.

—El obispo me habló como hombre, no como un clérigo. Dijo *Yo* no tengo y no la *Iglesia* no la tiene.

Entonces es probable que la Iglesia posea los objetos sagrados, pero no en Venta Belgarum. El fraile había sido muy concreto al nombrar la ciudad y negar que allí estuviesen la corona y la espada. El obispo no mintió, simplemente no reveló todo lo que sabía.

Myrddion recordó que Branicus había sido medio romano, pero también en parte hispánico, un hombre que conocía las fronteras y las terribles secuelas de una invasión bárbara. Probablemente habría preferido entregar la espada y la corona. ¿Por qué no lo había hecho?

—Porque Uter le obligó a prometer su silencio. ¡Por supuesto! El viejo zorro hizo que el obispo le jurase que Artorex no recibiría los símbolos del poder de sus manos. El anciano clérigo sabía que yo iría a verlo en cuanto Uter estuviese en su lecho de muerte. Se dio cuenta de que o bien rompía su juramento, o de lo contrario pondría en peligro la salvación de una Britania cristiana. Los sajones no tienen el menor apreció al dios cristiano. Branicus también sería consciente de que él también estaba enfermo. ¿Qué haría? ¿Qué hubiese hecho yo?

La lámpara no contestó, pero su llama parpadeó dándole ánimos.

—Si Branicus no me mintió del todo, me quiso dar a entender que había enviado los objetos a algún lugar seguro. ¿Pero adónde los habría enviado? Sus palabras no arrojan más luz.

Myrddion luchaba por desvelar el dilema. Nadie, ni siquiera un hombre consagrado a Dios, podría haber escuchado las confesiones de Uter sin sentir repugnancia. El obispo estaba al tanto de los más espantosos secretos de Uter, pero se los llevó a la tumba, tal como lo exigían las reglas de su religión. ¿Pero no querría que se encontrasen las reliquias?

—¡Sí, llama! Ese viejo adusto me lo dijo con sus propias palabras. Me las habría dado si no fuera por el juramento que había hecho a Uter Pandragón y por el secreto de la confesión.

Ahora, el cansancio le calaba hasta los huesos. Había desvelado los contornos más externos del razonamiento del obispo, pero sólo el descanso y nuevas meditaciones podrían resolver el enigma.

Después de borrar con su manga las palabras escritas con arcilla blanca, Myrddion se fue a la cama, pero su descanso se vio turbado por los sueños de un sauce, con sus antiguas ramas cayendo sobre las aguas profundas y silenciosas de un lago. Intentaba atravesar un amasijo de ramas, pero el árbol se lo impedía.

GRUFFYDD RECIBIÓ UNA tosca bolsa de cuero que contenía la cabeza del desalmado Gwynn ap Owyn. No tuvo estómago para mirar su rostro brutal y en su lugar decidió enviar el espantoso trofeo a Durobrivae al cuidado de honrados confederados. Se les ordenaba clavar la cabeza en una pica delante del sauce como mensaje manifiesto de la justicia celta.

Sintió que Niniana había sido ampliamente reparada.

—¿Se le dirá la verdad de su nacimiento cuando sea mayor? —le preguntó Gallwyn—. El relato le causará mucho dolor, pero siempre es mejor que llegar a enterarse del triste destino de su madre por boca de cualquiera.

—Por supuesto, hay que decírselo —contestó Gruffydd—. Pero debemos esperar hasta que pueda comprenderlo y de paso entregarle el alfiler del pelo de su madre. Esperemos que cuando llegue ese día ya sea una auténtica celta y haya olvidado su pasado juto.

—El precio de la sangre que pedisteis por ella ha sido bien pagado, —murmuró nerviosamente Gallwyn.

—Sí. Pero Niniana está bajo la protección de Artorex, por lo que temo por su seguridad en los próximos años. Puso su sello sobre ella y crecerá para sentir lo que representa.

—Haré todo lo que pueda para guiarla por los senderos que deberá recorrer y todavía me quedan unos cuantos años por delante. La criaré como debe ser.

—De todas formas, Lord Myrddion me ha comunicado que mañana partiremos para Venta Belgarum. Está planificando las próximas estrategias de Artorex, así que debemos prepararnos para su próxima campaña.

Gallwyn se encogió de hombros.

—Siempre odié Venta Belgarum. Uter era como un delgado caracol blanco que dejaba su baba por todas partes. Tened cuidado, amigo, ya que corren rumores por el pueblo de que Artorex debería declararse Gran rey si quiere enfrentarse con el reputado Katigern. Si no se da prisa, cualquier pretendiente podría robarle la corona.

—Ése es el quid de la cuestión —respondió Gruffydd muy serio—. Nadie sabe en este momento dónde se encuentra la corona y ni siquiera si existe realmente.

En cientos de habitaciones a lo largo del reino, innumerables hombres soñaban con la corona, la espada y el legado de Uter Pandragón. Algunos de ellos eran puros de corazón, mientras que otros se dejaban devorar por el deseo del poder. Algunos eran nobles y otros sólo eran unos agresivos oportunistas, porque la espada de Uter Pandragón tenía un lustre y un atractivo muy superior al valor de sus gemas y al acero de su hoja. La espada era la llave de acceso al trono y la corona era el símbolo de la bendición dé los dioses.

En el norte helado, el rey Lot buscaba desesperadamente la espada de Uter. Tanto él como sus parientes tenían sobrados derechos para reclamar el trono, mientras que su hijo mayor, Galván, era el favorito de las masas por ser un joven bello y con un encanto casi sobrenatural. Pero lo más importante era que Galván ambicionaba la gloria y había rogado a su padre que le permitiese unirse al ejército de Artorex.

Éste había quedado perplejo ante la abierta admiración del príncipe Galván y su absoluta incapacidad para mentir. En un gesto quijotesco, lo había enviado a Venta Belgarum como jefe de su guarnición, aun sabiendo a ciencia cierta que sería presionado por sus padres para que buscase la espada de Uter. Había apostado por la

tesis de Myrddion de que Uter había escondido la espada en otro sitio. De hecho Galván había buscado la espada incesantemente, pero ésta se mantenía reiteradamente inalcanzable.

Al principio, Artorex, como Dux Bellorum no se sentía en absoluto afectado por no poseer los símbolos del poder, ya que él era un cabecilla guerrero y su rol era más poderoso que el rango inherente a los príncipes tribales. Podía exigir a las tribus que movilizaran sus tropas y era el único y absoluto responsable de la forma en que la guerra era llevada y de sus consecuencias.

Artorex era ya el rey aunque no estaba coronado.

Pero Gruffydd no estaba equivocado al pensar que Katigern Oakheart tenía derechos legítimos para reclamar el trono de Gran rey de los británicos por sus lazos de sangre. Gruffydd también concebía que el mismo Vortigern nunca habría aprobado la destrucción sin sentido que los bárbaros habían perpetrado en el este. El Dragón Blanco, una criatura de frío y hielo, apareció tal como había sido augurado y desplegó sus alas sobre la tierra de los británicos, matándolos con su gélido aliento.

Habría que ver si el Dragón Rojo de Artorex podría enfrentarse a esa matanza, pensó Gruffydd. Los sajones temen las profecías más que nosotros y Katigern conoce nuestra situación. Hará todo lo posible para evitar que Myrddion encuentre la espada de Uter Pandragón.

Venta Belgarum era celta y así lo sería hasta que todo el reino se hundiese en el polvo. Los Grandes reyes habían sido coronados en su iglesia, donde antes se encontraba el árbol sagrado de los Druidas. No era el corazón de Britania, pero era la sangre del reino.

La ciudad no había cambiado desde los días de Uter ya que Artorex mantenía una fuerte guarnición para combatir a los sajones que habían reforzado la costa cercana a Anderida. Había elegido a Galván como líder después de ver cómo el joven pelirrojo se desenvolvía en la batalla, tan medido y frío como si fuera el mismo Myrddion. Pero aparte de sus habilidades guerreras, el muchacho tenía un travieso encanto, una temeraria pasión y una inclinación natural a ser un líder, por lo que, a pesar de las objeciones de Llanwith y Luka, Venta Belgarum quedó a cargo de Galván.

Hasta ahora, Artorex no había tenido razón alguna para arrepentirse de su decisión ya que, aunque el joven podría ser víctima de la pretensión de sus padres, era un celta leal y con una ambición desmedida por acumular victorias. Cuando Myrddion y Gruffydd llegaron a Venta Belgarum, después de varios días de agotadora cabalgata, Galván se apresuró a dar la bienvenida a sus visitantes. Después de las usuales reverencias, baños y detallados informes, los dos hombres se retiraron a descansar antes del ágape nocturno. Estaba resuelto a impactar a su noble invitado con una demostración de su hospitalidad y planificó una noche de parranda obligada para sus huéspedes.

Pero, en lugar de descansar, el señor y su espía invirtieron la tarde en visitar los antiguos aposentos de Uter.

—Estas habitaciones han estado cerradas a cal y canto desde la muerte de Uter, mi señor —informó Gruffydd—. La verdad es que los sirvientes tienen terror a esta parte del palacio y se niegan a limpiarlo, por lo que no me sorprendería encontrar polvo por todos los rincones.

—Estoy seguro de que las reliquias no están aquí, pero desearía entender mejor las palabras del obispo. Me ayudaría a descubrir lo que decidió hacer con su comprometida herencia.

En su interior, Gruffydd pensaba que Myrddion se dejaba llevar por una insensata superstición, aunque sabía que en la mayoría de las veces, su amo acertaba en sus apreciaciones.

Gruffydd cogió una gran llave de hierro y la insertó en la cerradura de las grandes puertas de acceso a las dependencias privadas de Uter.

El mecanismo chirrió al rozar las oxidadas muescas con igualmente herrumbradas guías. Las puertas parecían encontrarse bloqueadas, a pesar de que sólo habían transcurrido seis meses desde que habían sido cerradas para siempre. Ambos tuvieron que unir sus fuerzas para lograr abrir las grandes hojas de madera de roble. Era obvio que los sirvientes de Uter habían dejado de cuidar las estancias mucho antes de su muerte.

Finalmente, con un crujido y algunas astillas, las puertas cedieron.

—El tufo de esta habitación es irrespirable —exclamó Myrddion—. Todavía huele a los mejunjes de Morgana.

Yo huelo a algo que lleva mucho tiempo muerto, pensó Gruffydd irreverentemente.

Un delgado manto de polvo cubría todas las superficies y Myrddion pasó el dedo sobre una telaraña que cubría la entrada al dormitorio de Uter.

—Aquí hay algo diabólico —dijo Myrddion con un escalofrío—. Puedo sentirlo.

La gran cama con su gruesa colcha de pieles estaba hecha con máximo cuidado. A su lado derecho se conservaba el reclinatorio tapizado donde se sentaba el obispo para escuchar las confesiones de Uter. Cada rincón de la habitación estaba oscurecido por el polvo, una pátina de negligencia y un miasma de enfermedad.

Pero las pieles blancas de la cama habían sido estropeadas para siempre por un gran cuervo con las alas desplegadas y fijadas al lecho mediante largos clavos. Su cuerpo esquelético y los huecos de sus ojos vacíos parecían gritar con vida. Con disgusto, Myrddion percibió que las plumas dañadas de sus alas indicaban que el pájaro estaba todavía vivo cuando fue clavado a la cama. Lo habían dejado morir de hambre… o fue devorado por las ratas.

—¿Qué es eso, señor? —susurró Gruffydd, señalando hacia una figura cubierta por una tela en la ventana, al otro extremo del gran dormitorio.

Tan grande era el prestigio de Uter, que su ventana había sido construida con pequeñas piezas de cristal importado, a fin de que no entrase ningún frío que pudiese atacar sus frágiles huesos. Gruffydd conocía la existencia de esa ventana, pero ahora

estaba completamente velada por una polvorienta tela de lana negra.

—Tirad de esa tela y dejad que entre la luz —ordenó Myrddion.

Gruffydd se acercó a la ventana.

Cogió el paño y tiró de él… y casi se le escapa un grito del susto. El cadáver de una mujer había sido clavado al marco de la ventana con sus brazos y piernas extendidos, de tal forma que formaban como una cruz obscena. Las ratas habían dejado rastros de su presencia sobre el cadáver desecado y Gruffydd sintió asco ante tal prueba de la perversidad de Morgana. Paralizado ante la escena, advirtió que las manchas en el suelo y la herida abierta en el cuello indicaban que la mujer estaba moribunda cuando fue clavada a la ventana.

—¿Qué significado tiene esta abominación, señor? —preguntó en un susurro Gruffydd.

—No tiene nada que ver con sus enseñanzas druidas, ni tampoco es cristiana. Pero es típico de Morgana. Pienso que intentaba mantener el alma de Uter encerrada para siempre dentro de esta habitación. Colocó a la mujer para bloquear la ventana y utilizó al cuervo como féretro para su alma. Luego intentó que las estancias reales quedasen aisladas durante largo tiempo.

—Es una extraña mujer, señor. Y su odio es algo atroz.

—Penoso, es una mejor descripción de Morgana —replicó Myrddion—. Necesita creer que todavía controlaba a Uter en cuerpo y espíritu, a pesar de su muerte. Es algo de una tristeza inexpresable.

—¿Triste? —Gruffydd escupió y luego se persignó—. Esa mujer está loca.

—Morgana fue perdiendo la razón con el transcurso de los años. Enterró cada uno de sus deseos naturales con el único objeto de vengarse de Uter durante todos los años que permaneció cercano a él. ¡Pero esto! Es tan mezquino… y tan asqueroso.

—Bueno no voy a desperdiciar simpatía hacia esa bruja —Gruffydd estaba realmente ofendido por sus bárbaras acciones—. Si alguien mereciese ser crucificada así, esa sería ella.

—No, ella merece ser compadecida. Porque aunque Uter haya muerto, no puede dejar de odiarlo. Pero contemplar estos viejos crímenes no sirve a nuestros propósitos.

Myrddion miró hacia el rostro supersticioso de Gruffydd al otro lado del cadáver y luego impartió sus órdenes.

—Retiraos de este sitio impío y buscadme dos sirvientes y uno o dos guerreros. Quiero que estas estancias sean completamente redecorados para el Gran rey, cuando acuda a Venta Belgarum. Cada trozo de mueble, cada pieza de tela, todas las pieles y cada rastro de la presencia de Uter o de Morgana debe ser quemado —echó una última mirada a la habitación polvorienta—. Y debéis buscar a un clérigo para que rece por el alma de la muchacha y se le dé una incineración decente.

Gruffydd salió disparado para dar cumplimiento a las órdenes de su amo, gozoso de escapar de la mohosa habitación repleta de un odio implacable.

Myrddion se arrodilló sobre el polvoriento reclinatorio al lado de la cama y apoyó sus brazos, como si estuviera rezando, cerca de donde antes habría estado la cabeza de Uter. Ésta debía ser la posición que durante horas, incluso años, habría adoptado el sacerdote de Uter, escuchando sus confesiones durante la época de su lenta decadencia. Aquí en los últimos días, el obispo habría dado la extremaunción a un Uter moribundo, aunque él mismo se encontrase también cercano a la muerte.

Myrddion no era cristiano pero conocía bastante bien la secta romana. Comprendía que, en su piedad, el desafortunado Branicus habría aniquilado durante años sus sentimientos naturales. Se imaginaba que la confesión final de Uter debía haber sido, como mínimo, grotesca.

¿Cuántas veces se habrá arrodillado aquí el obispo? El taburete tapizado era una prueba, porque el relleno estaba aplastado y hundido, atestiguando el peso de un par de rodillas. ¿Cuántas horas habrá soportado el obispo mientras el decadente tirano le confesaba sus salvajes estragos al tiempo que luchaba para llevar ante su Dios ese alma impenitente? Uter no debió apartarse ni de su corona ni de su espada hasta el último minuto, temeroso de que las garras teñidas de henna de Morgana mancillasen los símbolos de su reinado. Lot, como Gran rey, sería para él algo tan detestable como Artorex, ya que aborrecía a Morcadés casi tanto como a su hermana.

No. Debió haber escondido la espada y la corona cuando Artorex se transformó en el Guerrero del Oeste. Viéndolo desde su punto de vista, estaba claro que no tenía otra alternativa. Su cuerpo le estaba traicionando, Botha estaba muerto y Artorex era aclamado por las multitudes.

No, la espada y la corona ya estaban lejos cuando se reconcilió consigo mismo ante la certeza de su muerte inminente.

De rodillas, Myrddion trataba de imaginar la inmundicia que colmaría los oídos del obispo. Trató de comprender cómo se habría sentido Branicus cuando cogió esos objetos rituales que estaban manchados y degradados por los crímenes, la lujuria y las ambiciones.

Acompañado por dos guerreros y cuatro sirvientes aterrorizados, Gruffydd golpeó suavemente en la puerta antes de entrar. Pero un Myrddion, absorto, no alcanzó a oírlo.

Los horripilantes restos de la que fuera una joven virgen fueron retirados de la ventana, mientras Myrddion seguía concentrado en sus reflexiones. Y cuando el cuervo fue cautelosamente retirado como un simple montón de plumas y huesecillos medio roídos, el ensimismamiento de Myrddion era tan profundo que ni siquiera se percató de la presencia de los sirvientes.

Estaba muy lejos y en el interior de la mente del obispo muerto hacía ya tiempo.

Mientras los criados se movían de puntillas de un lado al otro de la habitación, mirando de soslayo su rostro blanco y sus ojos sellados, Myrddion pensaba. Cuando de repente, abrió los ojos, éstos ardían con nuevas luces. Uno de los sirvientes chilló como un cerdo asustado cuando sorpresivamente, Myrddion se puso de pie de un

brinco, sin importarle los calambres de sus piernas.

Cogió el reclinatorio y lo plantó en los brazos del sirviente.

—Llevad este mueble a la iglesia y entregadlo al nuevo obispo. Decidle que es un regalo mío. También le informaréis de que su predecesor, un hombre bueno y piadoso, lo utilizaba mientras intercedía ante Dios por el alma de su amo, Uter Pandragón. Además le diréis que el reclinatorio de Branicus merece un gran honor.

El criado se escabulló para dar fiel cumplimiento a lo requerido, en tanto que Gruffydd dudaba de que aquel fuese capaz de recordar ni una de las frases dichas por Myrddion.

La habitación fue desmantelada sin excepción y para que los sirvientes no fueran tentados y robasen alguna de las posesiones de Uter, Myrddion les explicó que todos los objetos de valor habían sido maldecidos por Morgana.

Como tenía fama de ser tan extraño y siniestro, sus palabras fueron tomadas al pie de la letra y los criados se estremecían cada vez que tocaban algún objeto con sus manos.

Un sirviente le trajo una caja con joyas que colocó cautelosamente en sus manos, limpiándose después las suyas en su polvorienta túnica.

La caja estaba labrada en fina madera de peral, con marquetería de madreperla y una perla en bruto montada sobre la tapa a modo de tirador.

Myrddion abrió el precioso cofre que estaba rebosante de cadenas de oro, varios anillos y un par de pendientes de oro con granates. Al principio no supo qué hacer con las joyas de Uter. Su primer impulso fue ordenar que las destruyesen, pero luego decidió que guardaría la caja y más tarde haría rediseñar las piezas para dárselas al nuevo Gran rey. Conocía a un hábil joyero judío en Venta Belgarum a quien se le podía confiar la nueva talla de las alhajas de Uter.

Mientras revisaba las cadenas y los anillos, Myrddion tuvo una espantosa revelación. Un collar en forma de cadena llevaba estampado el símbolo del jabalí. Obviamente había pertenecido a Gorlois de Cornualles.

Estas frivolidades podrían ser trofeos de las víctimas de la traición de Uter, pensó Myrddion; quizás nunca deberían volver a la luz del día.

Dejando que los encargados de la limpieza continuasen con su tarea, Myrddion y Gruffydd volvieron a sus habitaciones. Gruffydd ansiaba una cerveza, pero acompañó a su amo con resignación. Observó que éste estaba excitado y que su humor estaba decididamente crispado y ansioso, pero cuando intentó preguntarle qué era lo que le preocupaba, Myrddion puso un dedo sobre los labios, indicándole que se mantuviese callado.

—Estoy cansado y harto de ver tantos horrores —replicó Myrddion, mientras sus dedos se movían, indicando en el lenguaje de signos que utilizaban los espías, que alguien podría estar escuchándolos.

—Por supuesto señor. ¿Saldremos mañana?

—Es poco probable Gruffydd, así que no importa si no me levanto temprano

mañana por la mañana. Nos quedaremos aquí un par de días más —dijo Myrddion en alto, mientras que mediante el lenguaje de señas le indicaba que partirían al amanecer.

—Por supuesto, señor —Gruffydd contestó con admirable ambigüedad—. Estoy para servirle, señor.

Pasó el resto de la tarde en compañía de un grupo de guerreros de Galván que honraban a sus huéspedes, ya que los anfitriones conocían la fama legendaria de Myrddion, que se extendía por toda la Britania. Aunque no detectó ninguna amenaza directa en las preguntas que le hacían relativas a su amo, tenía muy claro que Galván era el hijo mayor de Morcadés y el rey Lot y que este último era un aspirante al trono del Gran rey. Trataba de derramar tanto como bebía, pero cuando finalmente pudo escaparse a su jergón su cabeza estaba pesada y se sentía confuso y aturdido.

Después de beber copiosas cantidades de agua para aclarar su mente, se sintió algo mejor. Para los secuaces de Galván él no era más que el sirviente de confianza de Myrddion, ya que su carácter de espía era un secreto muy guardado que ni siquiera Galván conocía. Mientras luchaba por aclarar sus ideas borrosas, Gruffydd lamentó encontrarse en las estrechas callejas y los muros de piedra de Venta Belgarum, tan repleta de secretos. Necesitaba la naturaleza salvaje y el aire puro de las montañas para limpiar sus pulmones de la pestilencia de los celtas, tan despiadados en su búsqueda de poder y gloria.

—Cuanto antes salgamos de aquí, mejor —masculló Gruffydd para sí.

Revisó su zurrón, asegurándose de que tenía todo listo para su partida inminente. Por instinto dejó tiradas desordenadamente algunas prendas sucias sobre el suelo de la habitación y luego echó una cabezada.

Pocas horas antes del amanecer, Gruffydd se despertó sin hacer el menor ruido, una de sus habilidades, mientras la puerta de su habitación se abría lentamente. Dos confiados guerreros miraban hacia la habitación a oscuras con total tranquilidad.

Gruffydd fingió el sonoro ronquido de un borracho.

—Éste no se despertará y tampoco su amo —dijo uno de ellos con voz ronca—. Si algo puede encontrarse en este nido de pulgas, Myrddion Merlín lo hará por nosotros. Y si no, los seguiremos a donde vayan.

—Baja la voz, Grimm. Myrddion no ha vivido tantos años por tener suerte. Nuestro amo subestima a estos hombres, porque yo creo que están buscando algo. Es mejor esperar y vigilar.

—Bueno, nuestro amigo Gruffydd no verá la luz antes del mediodía —dijo Grimm con mofa.

—Quizás —replicó su compañero y ambos abandonaron el pequeño cubículo.

Así que esas tenemos, pensó Gruffydd. Será mejor desaparecer dentro de unas horas.

Myrddion y Gruffydd ya se encontraban montados en sus caballos frente a las puertas cerradas de Venta Belgarum, antes de que despuntase el alba. Intentaron

despertar al guardia golpeando en su puerta hasta que el hombre se levantó. Apareció tambaleándose con su camiseta de dormir y abrió la puerta pequeña del portón para dejar pasar a los jinetes y sus caballos.

—Agradeceréis al señor Galván por su hospitalidad, pero debo retornar a Venonae porque así lo ha ordenado Artorex, el Dux Bellorum.

El somnoliento guardia asintió, pero Myrddion le obligó a repetir el mensaje.

Luego ambos partieron.

Primero tomaron la vía romana que habría de dirigirles a Venonae[26], pero entonces la Fortuna sonrió a Myrddion, tal como ocurría con frecuencia y encontraron las huellas de un carromato de mercancías y sus guardias.

—Ahora nos apartaremos de la vía. Cabalga pisando las piedras o los cantos rodados donde no dejemos huella, ya que nuestro destino será otro —ordenó.

—¿Sería imprudente si este fiel servidor os preguntase cuál es nuestro destino?

En defensa de Gruffydd debe considerarse que padecía de un insoportable dolor de cabeza.

—Estamos saliendo de Calleva Atrebatum y del camino que lleva hacia el norte a Venonae. Dejaremos esta calzada dentro de poco y cuando nos hayamos asegurado de que nadie nos sigue, seguiremos la ruta más corta a Sorviodunum.

Myrddion se rió al ver la cara de Gruffydd.

—Sí, mi amigo Gruffydd, gran parte de la información que recibo es gracias a vuestros esfuerzos y ahora mismo debería teneros merodeando Venta Icenorum[27] o Camulodunum… si no fuera porque necesito vuestros servicios con suma urgencia. Conocéis los peligros que corremos, así que debéis perdonarme, si espero que escuchéis mis reflexiones mientras cabalgamos.

—Muy agradecido, mi señor —contestó Gruffydd con una voz agudizada por la ironía—. Vuestros planes e intrigas me llevarán con seguridad a la muerte.

—Necesitamos la espada de Uter Pandragón. La corona sería una buena acompañante, pero la espada es vital para nuestra causa.

—Por descontado, señor —Gruffydd trataba de acomodarse sobre su montura, los grandes secretos de estado le ponían nervioso—. Ninguna otra cosa uniría más a occidente, porque hasta el esclavo más bajo sabe del valor de esa espada. ¿Pero por qué Sorviodunum[28]?

—Empecé a penetrar los contornos de la mente de Branicus en aquella grotesca habitación. Ahora estoy convencido de que Uter Pandragón entregó al obispo los dos símbolos que salvaguardan al trono frente a sus candidatos —Myrddion hizo una pausa y continuó—. Pero el obispo sabía que, durante décadas, la corona y la espada habían sido manchadas con sangre inocente y sus manos deben haber temblado cuando las recibió. Su piel debe haberse arrugado cuando las escondió bajo sus hábitos sacerdotales al abandonar las estancias del rey, porque estaban envilecidas por las manos y por la mente de Uter.

Gruffydd manifestó su acuerdo.

—Mis deducciones sobre el obispo se basan en que era un hombre piadoso y honesto. Habría enviado los malditos objetos de poder y codicia a un lugar seguro donde pudiesen ser escondidos… y purificados.

—¿En Sorviodunum? —Gruffydd bufó—. Un sitio nada sagrado para los cristianos. Todo lo contrario, de hecho, muy cercano a la Danza de los Gigantes.

Había seguido el razonamiento de su amo hasta este punto, pero ahora estaba completamente confundido.

—Pensad, Gruffydd. ¿Cuál es el lugar más sagrado de toda Britania?

Gruffydd le miró con rostro perplejo.

—Un lugar donde se supone que el Santo Cristo puso sus pies y el sitio donde se piensa que José de Arimatea plantó una rama de la corona de espinas usada en la crucifixión del Santo Cristo en Jerusalén.

De repente, al comprenderlo, Gruffydd sonrió a su amo.

—Glastonbury, mi señor. Sí, Glastonbury, la Isla de las Manzanas. Un lugar sagrado para los británicos mucho antes de que los sacerdotes cristianos viniesen a desviarnos de las antiguas costumbres y los senderos de los Druidas. Glastonbury es doblemente tierra santa.

—Y Lucius, su obispo, es un hombre capaz de mantener un secreto. Él envió a Artorex al norte al cuidado de Antor y ni yo mismo supe qué había sido del niño hasta que cumplió los doce años.

Gruffydd pensaba muy concentrado y se rascó la barbilla pelirroja.

—Pero seguramente otros pretendientes al trono podrían haber seguido el mismo curso de pensamientos, amo. Mas la corona y la espada siguen sin aparecer.

—¿Es un enigma, verdad? Pero juro que la solución se encuentra en Glastonbury.

—Bueno, entonces supongo que nos dirigimos al sagrado y santo lugar —replicó Gruffydd con voz melancólica—. Creo que no tenemos nada mejor que hacer.

—Rezad por que no lleguemos demasiado tarde —agregó Myrddion—. Los lobos nos pisan los talones, porque Galván es hijo de su madre.

—Sí, pero no es excesivamente listo… lo que es de agradecer —añadió Gruffydd.

Myrddion sólo gruñó y dirigió sus ojos al cielo. La lluvia se aproximaba rápidamente y los cielos azules de una mañana de primavera se transformaban en gruesas nubes grises de tormenta. Los árboles ya verdecían y las flores salvajes asomaban en huecos apartados. Hasta los líquenes de los robles caídos parecían brillantes y hermosos, a pesar del cielo amenazante.

«Estoy seguro del camino que debo escoger, —pensó Myrddion cuando giraron sus caballos hacia Sorviodunum—. Pero lo importante es encontrar dónde se esconde la espada.»

Como siempre, sólo los cuervos se agitaban en lo profundo de los bosques llamándose unos a otros como plañideros de un cortejo fúnebre y pregoneros de presagios.

CAPÍTULO XX

GLASTONBURY

SI BRITANIA TUVIESE que demostrar su antigua santidad sería aquí, en los pantanos que rodean Glastonbury Tor y en la iglesia de piedra que fue erigida cuando el cristianismo cruzó por vez primera los estrechos mares para civilizar las Islas Brumosas. Pero se rumorea que en épocas mucho más antiguas, el mercader judío José, estuvo comerciando en estas tierras. Cuando su maestro, el Jesús Resucitado, se levantó de la propia tumba de José, el mercader viajó hasta Glastonbury trayendo la lanza que había atravesado el costado de Cristo, así como la simple copa de madera que había usado en la Última Cena.

Cierto o no, el cristianismo se enraizó fácilmente en los viejos bosques de Glastonbury, donde una fuente manaba agua rojiza, que era el color de la sangre fresca, aunque Myrddion sabía que esa coloración se debía a su contenido en hierro.

En aquellos días era un centro religioso pequeño, la mayoría de las veces ignoto. Pero Glastonbury todavía irradiaba poder sobre todos los hombres creyentes, tanto paganos como cristianos. Glastonbury Tor se asentaba en la cima de una gran roca que algunos todavía denominaban la Teta de la Virgen. Otros se referían a ella en susurros, llamándola con nombres aún más antiguos y oscuros.

En el monasterio no se le concedía la menor importancia a los títulos nobiliarios y Myrddion sabía que el obispo de Venta Belgarum se había reunido en innumerables ocasiones con Lucius, el señor de este antiguo lugar. Ambos clérigos eran de origen latino y ambos habían sido enviados a esta tierra extranjera. ¿Se habría negado el buen Lucius a hacerse cargo de las llaves del reino de Uter?

¡No!

Myrddion sabía que Lucius había dispuesto todo para que Artorex fuese criado en la lejana Villa Poppinidii. También se había asegurado de que el joven fuese educado, en el caso de que la Madre Iglesia le necesitase en algún momento del futuro. El obispo nunca habría puesto las reliquias en un sitio arriesgado y seguramente estarían guardadas al alcance del rey verdadero, en caso de que las necesitase.

El deshielo de la primavera dejó los campos, arroyos y pantanos de Glastonbury repletos de trémulas extensiones de agua. Vista desde arriba, Glastonbury era una isla, con sus aguas centelleantes como las escamas de un gran pez y su montículo como un dedo de roca y tierra apuntando hacia el cielo, con sólo una calzada elevada

que la unía con la iglesia y la aldea. Gruffydd juró que nunca había visto un verdor tan bello y suave en toda Britania, ni había respirado aire más límpido y puro, excepto en las altas montañas de su lejana niñez.

La entrada de hombres armados a la Isla de las Manzanas parecía un sacrilegio. Siglos antes, los romanos habían evitado sus campos esmeralda, algo muy extraño ya que una de las vías la cruzaba. El mismo Dux Bellorum había decretado que nadie penetrase en sus dominios. Las tribus obedecieron, aunque a regañadientes, ya que, como la Danza de los Gigantes, era un premio muy codiciado. Sus campos feraces, sus monjes rubicundos y los aldeanos limpios y bien alimentados reflejaban el éxito de la comunidad religiosa. Sin lugar a dudas, había algo extraño y exótico en Glastonbury que inflamaba hasta los corazones más pétreos, recordando incluso a los más cínicos guerreros que la belleza y la verdad todavía reinaban en algún rincón del mundo.

Cristiano o pagano, algún ser superior había bendecido Glastonbury.

Myrddion y Gruffydd fueron recibidos calurosamente tanto por los monjes como por los penitentes que formaban la comunidad religiosa. Gruffydd nunca alcanzó a comprender las diferencias entre las distintas órdenes, ya que no daba ninguna importancia a la fe. Para él, ésta era sólo una túnica que escondía una piel pagana por debajo. A pesar de ello, estos monjes no parecían estar afectados por su visible ignorancia de las costumbres religiosas. Se les ofreció pan recién horneado y leche recién ordeñada, buen queso y apetitosas manzanas de la última cosecha, que comieron con tanto placer como si se tratase de un fastuoso banquete.

En una simple cabaña de adobe y paja, con un suelo de empedrado rústico y sobre una mesa de pino sin pulir, pero suavizada por el uso a lo largo de los años, se les sirvió agua en jarras y vasos de cerámica glaseada, que saborearon como el mejor vino importado de Falerna. Con cierto pesar, Myrddion rompió el tranquilo idilio.

—Hemos venido hasta aquí para que Lucius nos dé audiencia —dijo Myrddion a uno de los frailes de su mesa—. Hablé con él hace muchos años y seguramente recordará mi nombre. Soy Myrddion Merlin y éste es mi criado Gruffydd, de Venta Silurum. Tenemos urgencia en verlo y por ello nos vemos obligados a devolveros vuestra generosidad con esta falta de cortesía.

—Como siempre Myrddion, vuestra lengua es inconfundiblemente meliflua —se oyó una voz por detrás de los dos visitantes—. Seáis bienvenido, amigo.

Un monje vestido sencillamente, con el mismo hábito de lana cruda, toscamente tejida, al igual que sus compañeros, se aproximó hasta la mesa, colocó su jarro de agua encima de ella y se sentó con total desparpajo.

Los ojos de Gruffydd casi se saltan de sus órbitas.

—Vuestro amigo parece sorprendido de que yo mismo me sirva y lleve el mismo atuendo que mis compañeros. El mundo es verdaderamente un lugar de vanidad y vergüenza y yo he elegido vestirme y actuar como lo hizo mi Señor cuando lavó los pies de sus discípulos y partió el pan para ellos. Ni todo el oro de Britania es capaz de

cambiar el corazón de un hombre, ni tranquilizarlo cuando vienen tiempos difíciles. Uter comprendió finalmente que todas sus riquezas y todo su poder no significaban nada ante la muerte. Yo, amigos míos, soy mucho más feliz de lo que nunca habrá sido Uter.

—Gruffydd, este hombre de sabias palabras es Lucius, el obispo de Glastonbury. Os ruego que cerréis la boca —dijo Myrddion con amabilidad—. Parecéis sorprendido como un pez recién capturado.

—Bienvenido, amigo Gruffydd. Debéis ser un buen hombre si acompañáis a Myrddion, aunque sirváis a otros dioses. Siempre seréis bienvenido al sagrado Glastonbury.

—Os lo agradezco, mi señor —tartamudeó el espía, sintiéndose perdido como un niño sin su madre.

—No hay ninguna necesidad de ceremonias conmigo. Para vos y para todas las almas que viven aquí, soy simplemente Lucius —el monje sonrió y el agente se atrevió finalmente a dirigir su mirada al anciano impasiblemente sentado a la mesa.

Lucius era muy mayor, los nudillos de sus manos eran testimonio de los dolores de articulaciones que sobrevienen con la edad. Sus palmas eran callosas, ya que todavía las usaba en sus trabajos, pero su cuerpo estaba erguido como una vara y sus largos huesos denotaban que en su juventud había gozado de una complexión ancha y fuerte, aunque no fuese demasiado alto.

El rostro de Lucius revelaba una inequívoca autoridad. Su pelo había sido negro, pero sus mechones tonsurados mostraban ahora una aureola plateada. Su rostro se conformaba por una nariz romana de halcón, ojos negros inteligentes y una cicatriz blancuzca que recorría su frente bronceada por el sol como la diadema de un rey.

Lucius notó la cuidadosa mirada de Gruffydd y se tocó suavemente la cicatriz.

—Ésta es mi propia corona de espinas. Una vez fui soldado, un niño soldado y fui tentado por sueños de gloria. Mi nombre es todo lo que mantuve después de que el tajo de una espada cortó mi vanidad y mi ambición de sangre. Serví en las legiones como tribuno, creo que en la Galias, pero cuando me recuperé estaba totalmente enloquecido. De alguna manera encontré mi camino aquí, en este lugar sagrado. Dios se apiadó de mí y los monjes me alimentaron, hicieron caso omiso a mis desvaríos y me amaron. Bastó el aire de Glastonbury para borrar la neblina de mi mente y abrir un espacio en mi corazón para albergar al Niño Dios. Ahora soy lo que los frailes han hecho de mí, un servidor de Dios. Cada día me arrepiento y hago penitencia por las vidas que corté y por la sangre que derramé gratuitamente durante mi juventud.

Gruffydd sabía muy pocas cosas sobre lo sagrado, pagano o cristiano, pero supo reconocer la santidad de Lucius e inclinó la cabeza ante él.

—Bendecidme, padre, porque no soy cristiano y yo también he derramado y derramaré mucha sangre antes de morir. Quizás la mano de Lucius me ayude en algo para cuando mi alma sea juzgada.

Lucius se levantó, recorrió unos pasos en torno a la mesa, mojó su índice en el

jarro de agua de Gruffydd y luego le hizo la señal de la cruz sobre la frente.

—Sois un buen hombre, amigo, sin tener en cuenta los dioses a quienes servís. El Señor sabe reconocer el valor de los buenos en este mundo terrible y no os impedirá derramar sangre si peleáis por una causa justa. Leo en vuestros ojos que no matáis por placer o por odio. Veo también que ayudáis cuando podéis, así que aceptad la intercesión y la bendición de un anciano, aunque Dios os conoce desde hace tiempo.

Sonrió otra vez a Myrddion.

—Pero vuestro amo se está impacientando.

Myrddion estaba irritado, algo que le ocurría siempre que se enfrentaba a asuntos que no podían ser explicados racionalmente. Si fuese honesto, también admitiría que envidiaba a Gruffydd, capaz de aceptar tan fácilmente lo que no podía ser racionalizado.

Lucius tocó suavemente los largos cabellos negros de Myrddion cuando volvía a su rudimentario banco.

—También os doy mi bendición, hijo, si acaso la deseabais. El consuelo y la gracia dados a vuestro hombre os pertenecen tanto a vos como a él.

—Os lo agradezco Lucius, pero dejaré que mi alma alcance su destino final. Lo que me preocupa es el aquí y el ahora —replicó Myrddion malhumoradamente—. ¿Qué habéis oído de las guerras contra los bárbaros?

—Menos que nada, amigo. Pocas cosas del mundo exterior llegan hasta Glastonbury y nada debería llegar. Pero deduzco por vuestro humor que las cosas van mal.

Myrddion tamborileó sus largos dedos sobre la mesa de forma elocuente.

—¿Mal? Un desastre sería más acertado —sonrió burlón—. Artorex mantiene el oeste bajo control, pero sus flancos están desprotegidos. Cada día que pasa aumenta la importancia de que el Dux Bellorum sea coronado como Gran rey de los británicos, o de lo contrario no seremos capaces de vencer a Katigern Oakheart, el nuevo líder de los sajones. Es nieto de Vortigern, de infame memoria.

—Recuerdo muy bien a Vortigern. Era un rey dominado por la lujuria y muy capaz de abandonar a su gente por complacer a su rubia mujer sajona. Creo que hasta intentó mataros en aquellos tiempos en que la gente supersticiosa decía que erais hijo del demonio.

—Sí —contestó lacónicamente.

—Un nieto de Vortigern sería un formidable enemigo, especialmente si el abuelo hubiese tomado en matrimonio a la mujer sajona, antes de que fuese asesinado. Puedo comprender por qué estáis tan preocupado, hijo mío —Lucius no parecía inquietarse en absoluto.

—Necesito la espada de Uter. Y también la corona del Gran rey. Sólo mediante esos objetos conseguiremos que las tribus reconozcan el derecho de Artorex a guiar a los británicos contra los bárbaros. Los cabecillas saben muy bien que él es hijo de Uter, pero muchos de ellos quieren los adornos del poder para sí. La persona que

tenga la espada y la corona tendrá el trono —Myrddion se mostraba inusualmente tenso. Gruffydd se alarmó al ver que su cara no era lo inexpresiva que siempre solía ser.

—No debéis alteraros sin necesidad, amigo Myrddion. La espada y la corona están guardadas a buen recaudo aquí, en Glastonbury.

—¿Dónde? —disparó Myrddion.

—No puedo decíroslo —contestó Lucius calmadamente.

Myrddion lanzó unos improperios realmente venenosos y muchos de los monjes se persignaron ante tales insultos. Lucius no perdió ni un ápice de calma.

—Sólo el auténtico candidato al trono de Gran rey de los británicos podrá encontrar la espada y la corona. Y los pretendientes deberán buscarlas por sí mismos. Vos, amigo mío, no sois tal persona.

Myrddion dio un fuerte golpe a la mesa con su puño.

—Si traigo a Artorex hasta Glastonbury, todos los cazadores de fortuna vendrán detrás, pisándole los talones. El destino del oeste se convertirá en un juego de suertes.

—Hijo mío, estáis cansado y confundido por tantos años de intrigas y artimañas. Como vos, también creo que Artorex es el único pretendiente válido, que con vuestra ayuda encontrará lo que le corresponde por sus derechos de sangre. Dejad que vengan los demás, si así lo desean, pero sólo Dios decidirá quién será el guía en estos días de oscuridad. Debéis dejar a alguien de más poder para que lleve este proceso de búsqueda.

—No me dejáis otra elección —replicó—. No revelaríais a nadie el sitio donde se esconden, ni incluso bajo tortura. Branicus eligió acertadamente cuando confió las reliquias a vuestro cuidado.

Lucius se permitió una sonrisa.

—Branicus era un hombre mucho más valiente de lo que yo pueda ser —explicó —. Yo no tenía la misión de escuchar las confesiones de Uter y tampoco tuve que dedicar los últimos años de mi vida a una lucha moral con un hombre cuyo cuerpo y alma estaban enfermos. Cuando Branicus me confió las reliquias, pude ver que su espíritu estaba exhausto, con la única excepción de su inquebrantable fe en la justicia divina.

Myrddion hizo una mueca.

—Me arrodillé sobre el reclinatorio de Branicus en Venta Belgarum y después de meditar un rato, pude sentir el miedo generado por el Gran rey. Incluso sentí en mí mismo el mismo odio que había experimentado Branicus. No soy ningún novato al servicio de Uter Pandragón y todavía puedo oler la sangre que empapó mis manos cuando actué a su servicio.

—Los vuestros son los sentimientos de un pobre sirviente explotado por su amo. De hecho Uter Pandragón expió por sus pecados en el momento de su muerte. No puede burlarse a nuestro Dios y el único arrepentimiento verdadero es el que se siente en el corazón o si no, vale menos que nada. Debéis juzgaros a vos por los pecados

que vos mismo cometisteis y no aquellos de vuestro amo muerto —luego Lucius se inclinó y besó la frente de Myrddion.

Éste se sonrojó hasta las raíces del pelo, pero Lucius continuó como si nada hubiese ocurrido.

—La espada de Uter ha sido forjada de nuevo. El metal estaba limpio en su interior, pero la sangre había corrompido el pomo y su forro de piel. No había manera de salvarlo. Sí, ya sé que parecía limpia y brillante, pero en su interior tenía innumerables defectos. La empuñadura se hará de nuevo.

—Buscad la caja de madera de peral en mis alforjas, Gruffydd —ordenó Myrddion bruscamente.

Con el auxilio de un monje, Gruffydd se apresuró hasta donde habían dejado los caballos. Encontró fácilmente la caja de madera de Uter en las desgastadas alforjas de Myrddion.

A su regreso, Myrddion entregó la caja a Lucius.

—¿Podrían usarse este oro y estas gemas para confeccionar la mejor empuñadura y la mejor guarnición? ¿Una espada digna del Gran rey?

—Las plegarias pueden limpiarlo todo, ya que soy consciente de que muchos de esos objetos fueron robados.

Lucius levantó los pesados pendientes con piedras de granate y contempló sus profundidades sanguíneas.

—Estos adornos colgaban de las orejas de Ygerne cuando dio a luz a Artorex —recordó el sacerdote—. Y también los llevaba el día en que Uter la vio por primera vez, cuando Gorlois aún respiraba. Sí, los rezos limpiarán estas baratijas.

Myrddion contempló la llama de la lámpara como si hablase con un amigo. Al rato, levantó la vista.

—Mañana partiremos para Venonae y Artorex volverá con nosotros y ni el mismo Hades me lo impedirá.

Lucius se levantó e hizo una señal casi invisible a sus monjes.

—Pasaréis aquí la noche, hijos. Se os darán sábanas y el fuego evitará que el frío disturbe vuestro sueño. Idos en paz, amigo Myrddion, porque mi corazón me dice que un día encontraréis lo que necesitáis y lo que deseáis verdaderamente por encima de todas las cosas. En ese momento, espero que recordéis mi amistad, hijo, porque me temo que llevaré mucho tiempo en la tumba antes de que llegue ese gran día —sonrió a sus huéspedes—. Y ahora os deseo buenas noches a todos y que tengáis sueños de alegría y amor.

Cuando los monjes se hubieron retirado, los dos hombres se pusieron cómodos ante el fuego que se iba extinguiendo. Gruffydd contemplaba el techo entretejido, cargado de adobe para conservar el calor y oscurecido por una espesa nube de humo, mientras pensaba en el hombre extraordinario que había conocido esa noche. Los espías no suelen dormir bien y raramente actúan de forma impulsiva. Gruffydd debería haberse sentido incómodo por haber esperado el perdón de un sacerdote

cristiano, pero su corazón se sentía libre y ligero, mientras su mente estaba poblada por los rostros de todos aquellos hombres, mujeres y niños cuyas vidas había salvado, en lugar de los cuerpos destrozados de aquellos que se había visto obligado a matar. A medida que se deslizaba entre los sueños felices de su propia esposa y familia, bendijo al viejo obispo y a su amo por haberlo llevado en su viaje a la Isla de las Manzanas.

Los pensamientos de Myrddion no fueron ni tan felices ni tan alegres. Cuando se enfrentaba a los penetrantes ojos romanos de Lucius, se había visto obligado a enfrentarse nuevamente con sus propias debilidades. Se había vuelto cómodo con su esterilidad emocional y se inclinaba a considerar a Lucius como un loco pacífico en lo referente a sus palabras sobre su propia felicidad futura.

Pero Myrddion sabía que Lucius había sido agraciado con el don de la bondad; podía sentir el calor que irradiaba el anciano, similar a la calidez del pan recién horneado. Casi creía en la santidad de Lucius y para un escéptico y cínico como él, la compleja creencia en la bondad natural ya era un homenaje singular al carácter del clérigo.

Tampoco estaba realmente enfadado por las decisiones tomadas por Lucius. Habría deseado que el obispo hubiese puesto la espada y la corona en sus manos, como reconocimiento de que él no sería tentado por el poder que éstas representaban. Pero su mente le señalaba que aquél había procedido correctamente en su forma de entender a las tribus. Artorex debía encontrar los símbolos de su reinado con sus propias manos y así ser confirmado como Gran rey de los británicos libre de toda sospecha.

Cuando finalmente cayó en un profundo sueño, volvió a soñar con el sauce, que ahora se transformaba en una mujer de piel blanca como la leche, pelo plateado y mirada seductora, una provocadora que lo llamaba hacia sus brazos hechos de hojas.

AL AMANECER, MYRDDION y Gruffydd ya habían comido y guardado el nutritivo pan de Glastonbury en sus alforjas y estaban preparados para ponerse en camino. Cabalgaban tan rápido como sus caballos soportaban, durmiendo a ratos y esquivando pueblos y aldeas. Con frecuencia Myrddion bendecía a los romanos ya desaparecidos que habían cubierto el país de caminos rectos y amplios, que permitían que los viajeros devorasen millas de un punto al otro del reino en el menor tiempo posible.

En varias ocasiones, los dos hombres se vieron forzados a ocultarse en bosques profundos cuando encontraban patrullas de jinetes celtas.

—¿Por qué nos escondemos, amo? —preguntó Gruffydd—. No estamos en guerra con las tribus.

—Pronto sabrán en qué andamos y deseo darle a Artorex todas las ventajas posibles y para ello debemos ocultarnos en las sombras cuando pasamos cerca de los

amigos. Y de todas formas, a veces es difícil diferenciar con seguridad amigos de enemigos. ¿Podéis distinguirlos siempre, Gruffydd?

—Ahora que lo mencionáis… —y la voz de Gruffydd se fue desvaneciendo.

No hizo más preguntas y los dos hombres continuaron su camino y los días se fueron desenrollando como el hilo de una madeja.

Una tormenta fuera de estación se estaba descargando sobre Venonae justo a su llegada. Un cielo negro como la noche, cruzado por relámpagos forzaba a aldeanos y guerreros, temerosos de la ira de los dioses, a acurrucarse en sus refugios y protegerse con sus abrigos.

A pesar de todo, Myrddion estaba de buen humor y fue rápidamente llevado a presencia de Artorex.

—Bien hallado, mi señor. Voy para mi estudio. Quizás estéis de acuerdo en reuniros con nosotros en cuanto nos hayamos refrescado y cambiado de ropa.

Artorex estaba cansado, pero por el humor de Myrddion, percibió que era portador de secretos que esperaban ser compartidos. Cenó una comida ligera de pan y queso y luego despachó a su guardia.

Por una vez, la pirotecnia desplegada en los cielos negros hizo cómoda la habitación desprovista de ventanas de Myrddion. Los feroces golpes de relámpagos parecían estremecer la fortaleza hasta sus cimientos y demostraban la fuerza de un poder natural que, ni rey, ni ejércitos, ni cadena de fortalezas podían alcanzar.

Como de costumbre y enterados del regreso de su amigo, Llanwith pen Bryn y Luka se encontraban presentes en la habitación escondida. Gruffydd, aunque estaba cansado y dolorido por la montura, sirvió vino a todo el grupo.

—¿Cuáles son las noticias que me obligan a mantenerme despierto, Myrddion? Primero desaparecéis de Venta Belgarum con tanto sigilo que el pobre Galván se indispone por la preocupación. Y ahora aparecéis en medio de una impresionante tormenta. De seguir así, la gente pensará que sois un pájaro de mal agüero.

Los reyes se rieron educadamente festejando el chiste de Artorex, excepto Myrddion que no se dio por aludido.

—Espero que no estéis demasiado cansado para cabalgar conmigo hasta la Isla de las Manzanas en Glastonbury… dentro de una hora.

—No tengo la intención de colocarme sobre el lomo de Carbón bajo este tiempo inclemente. En contra de las creencias de mis guerreros, me encanta sentirme seco y caliente.

Artorex estaba preparado para mantener su argumento. Había permanecido sobre su montura durante medio día y desplegado tropas a lo largo de una línea de defensa amenazada, el otro medio.

—Debéis venir ahora, Artorex, porque es imperioso que recojáis vuestra espada y corona de manos de Lucius. El obispo tiene ambas a buen recaudo en Glastonbury, pero no se las dará, ni a mí, ni a ninguna otra persona del reino. Como legítimo heredero de Uter, sois la única persona destinada a descubrirlas, aunque todos los que

quieran están autorizados para realizar su propia búsqueda si así lo desean. En estos momentos, medio reino estará especulando sobre si yo habré encontrado las reliquias de Uter, por lo que he determinado que debéis ir, aunque yo mismo tenga que arrastraros hasta Glastonbury.

El rostro de Artorex se tornó rojo de ira.

—Por si no lo habéis notado, Myrddion, soy muy capaz de tomar mis propias decisiones.

—Artorex, sois el Gran rey por derecho de nacimiento, pero si os descuidáis y hacéis oídos sordos a la urgencia de nuestra misión, podríais encontraros postrado ante el rey Lot o cualquiera de los otros pretendientes… inmediatamente antes de que os corten el pescuezo. ¿Salvaría Lot el oeste, o se acurrucaría detrás del Muro de Adriano como hizo Uter en Venta Belgarum? ¡Pensadlo, Artorex! Debéis viajar cuanto antes a Glastonbury, por todos nosotros. Hasta Galván no es tan torpe como para no llegar finalmente a la correcta conclusión.

Artorex deseaba negarse a las demandas que estaba haciendo Myrddion, ya que la idea de poseer la corona y la espada de Uter lo descomponían de odio. Esas reliquias del poder estaban manchadas con la sangre de Gallia y sabía que jamás perdonaría & su padre.

Pero Artorex también comprendía que ya no era un simple hombre de carne y hueso que pudiese considerar su futuro aisladamente. Las necesidades de sus seguidores eran mucho más importantes que sus propios deseos. Lo que Ban le había pedido en su lecho de muerte, muchas veces se le aparecía martilleando su mente, recordándole que el futuro de los celtas dependía de su enfrentamiento con Katigern Oakheart bajo iguales condiciones.

La parte lógica del cerebro de Artorex sabía desde hacía varias semanas que debía buscar las reliquias en persona. Porque, aunque una mano se estremecía ante los símbolos del poder, la otra deseaba llevarlos junto a su pecho.

«Soy hijo de mi padre», pensó con tristeza, mientras una voz interior le susurraba al oído que el poder era el mejor medio para ejercer el bien.

«Esas palabras son mentira. Gallia habría sabido que éste era el argumento de los Hijos de las Tinieblas y que el poder, deseado y conseguido para fines buenos acaba corrompiendo el alma.»

«¿Pero acaso tengo otra posibilidad?» Contestó rápidamente su otro yo.

«¡Ninguna!» Replicó en silencio. Porque por encima de todo, Artorex se había preparado para ser realista. Sólo Gallia había visto la pasión y la poesía que anidaban en su interior… pero aquel idilio llevaba mucho tiempo muerto.

—Muy bien, estoy preparado para reclamar esos adornos del gobierno y acepto vuestras exigencias —Artorex acordó finalmente en voz alta—. Pero antes debo buscar un capitán que se haga cargo de la fortaleza en mi ausencia. Los sajones están empezando a inquietarse con la llegada de la primavera.

Suspiró profundamente y pasó sus manos sobre su cabellera trenzada.

—No. Eso no es lo acertado, Artorex —argumentó Myrddion—. Le daréis ventaja a vuestros enemigos si traéis a cualquiera de fuera de vuestro círculo de confianza.

Se mostró inusualmente cortante, pero Artorex estaba preparado para enfrentarse a la fuerte voluntad de Myrddion. El aire dentro de la sofocante habitación se cargaba de tensión y crepitaba ante el primer enfrentamiento por conflicto de intereses.

—Yo me ofrezco para actuar como vuestro capitán durante vuestra ausencia —intercedió Llanwith brindándose como voluntario—. Odio perderme la diversión, pero Luka generalmente debe conformarse con la parte más aburrida, por lo que me toca quedarme y afrontar las consecuencias. Os puedo asegurar que haré todo lo que esté en mi mano para que Venonae quede segura durante vuestra ausencia.

Tanto Myrddion como Artorex suspiraron de alivio en su interior, ya que la oferta les permitía caminar juntos por encima del abismo mental que se había abierto bajo sus pies.

—Es muy generoso de vuestra parte —se le ocurrió decir a Luka—. Generalmente se me deja fuera… sólo porque he ganado algo de peso.

Aunque Luka estaba todavía delgado como un junco, a excepción de una leve panza a la altura de la cintura. Esa salida era un chiste viejo, por lo que Myrddion ni se molestó en sonreír.

—No perdamos tiempo, Artorex, debemos partir antes de una hora. Y debemos intentar que nuestro viaje pase totalmente desapercibido, si es posible.

—Está autoritario esta noche, ¿verdad? —preguntó Artorex sin dirigirse a nadie en particular.

—Gruffydd, mi leal sirviente, me temo que también os deba pedir que os unáis a nosotros en este viaje —agregó Myrddion—. Sé que lleváis casi dos semanas sobre la montura, pero alguien os podría confundir si os quedaseis aquí, e inadvertidamente podríais revelar nuestro destino.

—Señor… —la voz de Gruffydd se desvaneció. Estaba profundamente ofendido con la insinuación.

—O podrían someteros a torturas, a vos o a vuestra familia. Pocos hombres pueden sobrevivir en silencio a la agonía física. Bien lo sabéis.

Gruffydd se sintió mal al imaginar que Morgana le interrogaba. ¡Esos ojos! Esa mujer había observado fríamente cómo se crucificaba a una niña en la ventana de Uter. ¿Qué podría importarle él si cayese en sus garras?

—Si, tenéis razón, mi señor.

Myrddion miró a su alrededor.

—Entonces partimos en una hora. Es mejor que salgamos separadamente de esta habitación y nos reunamos fuera de las puertas de Venonae.

Y así, Artorex, en compañía de Myrddion y Gruffydd con Luka, se vieron forzados a salir furtivamente de la guarida.

Un mozo de cuadra adormilado vio salir a Myrddion y un hombre encapuchado

muy tarde por la noche y en la mañana notó que faltaba Carbón. Inevitablemente, poco después, toda la guarnición sabía que Artorex estaba de viaje con Myrddion mientras Llanwith asumía la comandancia de la fortaleza.

Morgana rechinó los dientes de rabia, pero todavía tenía esperanzas. Sabía que Galván estaba vigilante y ni siquiera Artorex conseguiría esconderse indefinidamente.

MYRDDION GUIÓ a sus exhaustos compañeros con la urgencia de un hombre que sabía que los lobos hambrientos no sueltan fácilmente su presa.

Porque así era.

Galván, el amo de la ciudad del Gran rey de Venta Belgarum y primogénito del rey Lot, recibió el aviso de la partida de Artorex por un mensajero que casi revienta su cabalgadura en su prisa por llevar el recado. Morgana no dejaba nada al azar.

Atrapado en una maldición familiar que nunca alcanzó a comprender, Galván reaccionó como un perro rastreador bien entrenado. Sus guerreros estuvieron enseguida tras la pista de Artorex y sus tres compañeros.

A diferencia de Artorex y Myrddion, Galván prestaba poca atención a la salud y el bienestar de las bestias usadas por sus guerreros. Percibió la urgencia de la misión y espoleó a sus tropas para que diesen todo de sí.

Galván pensaba que Carbón sería el punto débil en la intención de Artorex de pasar desapercibido. El semental era un animal tan extraordinario que dejaba un rastro de admiración por donde pasaba, así que Galván simplemente siguió la pista del caballo por todas la villas y aldeas por donde había pasado, a lo largo de una ruta cuya dirección final apuntaba hacia la Isla de las Manzanas y Glastonbury.

La camarilla de Artorex llegó al monasterio apenas una hora antes de que lo hiciera Galván.

—¡Salve, Artorex! —exclamó Lucius al recibir a Dux Bellorum y sus compañeros con su habitual cortesía y serena actitud—. Habéis crecido mucho… tanto como vuestro padre.

El Dux Bellorum reprimió un escalofrío de disgusto ante la comparación.

—Evitadme tal destino, buen Lucius. Si no fuera por el peligro que acecha a occidente, nunca habría buscado ningún objeto mancillado por la herencia de Uter. Lucius apretó los hombros del joven con sus viejas manos nudosas.

—Vuestro rostro y pelo son los suyos, Artorex, tanto como vuestra estatura. Pero vuestra alma es única y la moldeáis a vuestro antojo. La espada que buscáis es sólo un arma y vos tenéis el poder de darle forma y usarla como os plazca. ¿Una corona? ¿Qué es una corona, sino sólo un amasijo de metal precioso y gemas? ¿Quién recuerda que el diabólico Vortigern la usó tiempo atrás y que recibió a los primeros sajones que llegaron a estas costas como sus amigos? Podéis seguir vuestro destino pero debéis desplegar vuestra valentía y fuerza para moldearlo a los dictados de

vuestro corazón.

—¿Estáis preparado para ayudarnos, Lucius? —preguntó Myrddion—. Porque otros candidatos persiguen nuestra partida.

—Le diré a Artorex lo mismo que le diré a los demás pretendientes. Dios y sólo Dios elegirá al que será el Gran rey de los británicos. Sin embargo, es un placer anunciaros que sois los primeros en buscar las reliquias.

Lucius sonrió amablemente y procedió a describir el sitio donde se escondían espada y corona con los siguientes versos:

Estoy enfundada en piedra,
Pero mi hoja siempre es fuerte
Sólo la mano de un legítimo rey
Podrá arrancarme. Aire y tinieblas
Son mi escondida mortaja
Buscadme donde las espiras
Tocan las ensoñadoras nubes.

—Ya está. Os he revelado el lugar donde se encuentra la espada —Lucius parecía satisfecho con su oscura y deficiente copla.

—Mi agradecimiento, Lucius —Myrddion respondió con un sarcasmo apenas disimulado—. ¿Podríais repetir la rima, por favor? Vuestras habilidades como clérigo sobrepasan claramente las que nos habéis manifestado como poeta.

Lucius se encogió de hombros amistosamente. Sonriendo, repitió la rima una vez más, mientras Myrddion la guardaba en su formidable memoria.

—¿Y la corona? —preguntó Luka.

La corona de Uter es lo que parece.
No oculta sus destellos dorados.
Buscadme en lo que hizo Uter,
Ya que un rey sabrá dónde me escondió.

—¡Ahgg! —refunfuñó Luka—. Estos versos son aún peores que los primeros. ¡No dicen nada! ¿Cómo podremos encontrar algo que ha sido tan exitosamente escondido durante tanto tiempo cuando las pistas que nos dais son de risa?

—¿Queréis decir que os estoy engañando? —Lucius clavó la mirada en Luka, con sus ojos romanos serios y severos. El enfriamiento repentino de la voz del anciano, junto con su actitud autoritaria, hicieron que los ojos de Luka fuesen los primeros en desviar la mirada.

—No, no pienso que nos engañéis, mi señor —Luka balbuceó suavemente—. Pero podríais darnos algún indicio como ayuda.

—Y luego deberé premiar con las mismas claves a los guerreros que se dirigen hacia nosotros, ahora mismo, mientras estamos hablando —Lucius señaló hacia un parpadeo de luces producidas por los reflejos de las corazas y escudos de los guerreros que se aproximaban y salían de los bosques a plena luz del sol.

—Mejor es que nos pongamos a ello, Myrddion —decidió Artorex—. Por lo menos el hijo de Lot es bastante duro de mollera… y debemos agradecer que sea él quien encabece a nuestros perseguidores.

Myrddion encontró un trozo de arcilla blanca perdido en el bolsillo de su túnica y garabateo los malos versos en la pared de madera tosca de un establo.

Los cuatro hombres retrocedieron y sus miradas se concentraron en las palabras, como si éstas fueran a desvelar el misterio por pura determinación de quien las leyera.

—La espada está *enfundada en piedra* —murmuró Myrddion. Y la palabra *espiras* sugiere que pueda encontrarse en la capilla.

Se volvió a Luka.

—Dedicaos a la torre de la iglesia… y hacedlo antes de que Galván esté suficientemente cerca como para ver lo que estáis haciendo —ordenó Myrddion.

—No olvidéis que la espada no lleva ni empuñadura ni guarnición —Gruffydd le recordó—. Estamos buscando sólo la parte de la hoja.

Luka salió disparado mientras Myrddion señalaba su agradecimiento a Gruffydd.

—En cuanto a la corona, no puedo encontrar sentido alguno a las palabras del fraile —farfulló Myrddion mientras daba grandes pasos nerviosos concentrado en el problema.

—Está escondida donde no puede ser vista y sin embargo está a la luz. Lucius quiere decir que ni está enterrada ni está en el interior de los muros —Gruffydd intentó aclararse mientras daba puñetazos a las paredes de adobe.

—Y también excluye los suelos. Esto nos ahorrará tiempo —exclamó Artorex—. El verso clave es *en lo que hizo Uter*. ¿Qué haría Uter que pudiese afectar a la corona? Por lo que sé, convirtió a la corona en un símbolo del crimen. La manchó con sangre.

—¡Por supuesto! La Fuente de Sangre de Glastonbury —dijo Myrddion entre dientes. Artorex le miró y reconoció en los ojos de su viejo amigo la obvia excitación del cazador.

—¿La Fuente de Sangre? —preguntó Artorex y ambos salieron corriendo en su búsqueda, mientras Gruffydd les cubría la retaguardia.

Ni Artorex ni Myrddion sabían hacia dónde corrían, pero el siempre práctico Gruffydd simplemente le preguntó a un monje.

Detrás de ellos, Lucius estaba dando una cortés bienvenida a Galván y su exhausta escolta.

La Fuente de Sangre era un manantial natural de agua subterránea, que surgía en una gruta y que procedía de los pantanos y de las formaciones calcáreas que rodeaban

esta parte de la tierra, cruzada por miles de arroyos y canales que seguían los misteriosos dictados de la naturaleza.

Una vez que el trío, encabezado por Myrddion hubo localizado la entrada a la gruta, bajaron por los escalones, toscamente labrados en la piedra y se hundieron en su oscuridad.

Al entrar, Gruffydd descubrió una antorcha empapada en brea que colgaba de la pared e inmediatamente hizo fuego con su sílex y yesca y una amplia caverna apareció ante la luz.

La fuente era pequeña y tranquila, excepto donde las estalactitas que colgaban del techo chorreaban gotas de un líquido del color de la sangre sobre una alberca que se formaba debajo. Las ondas que formaban las gotas al caer impedían apreciar la profundidad de la charca.

La Fuente de Sangre había recibido ese nombre por el resplandor viscoso del agua reminiscente de la sangre vieja y espesa.

Artorex era esencialmente un hombre de acción. Una vez comprometido con una tarea, se afanaba por alcanzar el objetivo y sin el menor temor se aventuró dentro de las aguas.

Extrañamente, aunque esperaba que el agua tuviese la consistencia y la calidez de la sangre, descubrió que estaba helada y al recogerla en las cuencas de sus manos encontró que era límpida y transparente.

Artorex estaba fascinado por la ilusión óptica, ya que a la luz de la antorcha podría jurar que estaba bañándose en sangre.

—Tened paciencia, Artorex —le recomendó Myrddion—. Debéis empezar desde el borde y sentir la corona con vuestros pies o manos al avanzar.

—¿Deberíamos ayudarle? —preguntó Gruffydd a su amo.

—Artorex debe encontrar las reliquias de Uter por sí mismo. Ésa es la tarea encomendada por Lucius, por lo que debemos cumplir con sus normas. De esa manera nunca faltaremos a la verdad cuando hablemos ante cualquier guerrero, ciudadano o noble. Sois nuestro testigo, porque grandes acontecimientos se están desarrollando ahora mismo ante nosotros.

Gruffydd palideció. Mientras tanto, Artorex se movía con muchísimo cuidado sin parar de tantear el fondo. El anfiteatro natural estaba sumido en el silencio, a excepción del murmullo del goteo desde el techo. El frío estaba empezando a entumecer sus dedos cuando Artorex sintió repentinamente algo que obstruía sus pasos.

A pesar de su natural repugnancia por las aguas que vadeaba, Artorex estaba excitado como un niño jugando a la caza del tesoro. Como un ciego, buscaba a tientas sobre las suaves piedras del fondo hasta que sus dedos encontraron un objeto duro envuelto en una tela gruesa. Exultante, levantó el bulto, de un peso inesperado, hasta la superficie.

Mientras salía de la alberca, rasgó la burda tela de lana teñida y empapada que

encerraba una diadema. Durante un instante, la banda de oro macizo pareció parte de la propia piscina de sangre, especialmente por los granates engarzados a intervalos regulares que ornaban el borde de oro repujado. Las piedras le guiñaban como los pequeños ojos rojos de un dragoncillo.

—Guardad esta baratija por mí, Myrddion, porque nuestra misión no ha acabado todavía.

Myrddion colgó la pesada corona del codo, cubriéndola con su capa y le dio la otra mano a Artorex para ayudarle a salir de las aguas heladas.

—Puedo oír voces afuera —anunció Myrddion—. Una de ellas es la voz de Luka, nuestro porfiado amigo. Quizás deberíamos rescatarle del humor de Galván, que parece estar muy agitado.

Ni Artorex ni el oído fino de Gruffydd alcanzaron a oír nada.

Cuando alcanzaron la luz después de subir y salir de la caverna, vieron a lo lejos a Luka tratando de impedir la entrada de Galván a la pequeña capilla de piedra. El joven estaba rojo de ira y Artorex recordó los ataques de furia de Galván que había presenciado, por lo que le ordenó de un grito a Luka que dejase pasar a la tropa de Venta Belgarum.

Luka sonrió a Galván con engañosa dulzura, se apartó y le susurró suavemente:

—Más tarde, mi joven principito, nosotros… vos y yo… hablaremos, cuando este asunto se acabe.

Luego se reunió con sus amigos.

—¿Qué hay de las espiras de la iglesia? —preguntó rápidamente Artorex.

—Si Lucius la escondió en la iglesia, está bien enmascarada para mis ojos. De hecho, no hay espira y tengo el cuello dolorido por mirar tanto tiempo hacia los techos. De todos modos, están hechos de madera —Luka estaba exhausto—. Me parece que me estoy haciendo viejo.

—Entonces ahorrad el aliento y no balbuceéis —Replicó Myrddion cortante—. El otro edificio de piedra se encuentra en el montículo.

—¡Mierda! Y es toda cuesta arriba.

Artorex y sus compañeros llevaban ventaja a Galván, que estaba en algún sitio dentro de la capilla, pero el montículo estaba distante y su torre en la cumbre de la colina cónica.

—¿Cabalgamos? —Gruffydd siempre pragmático—. ¿O corremos?

—Corremos —ordenó Artorex—. Porque cuando llegásemos a los caballos, Galván ya podría haber descubierto que la espada podría estar en la torre, e incluso alcanzarla antes que nosotros.

El cálculo de Artorex era correcto. Los cuatro hombres sólo habían recorrido la mitad del camino hasta la cumbre del montículo, cuando detrás de ellos estalló una conmoción. Gruffydd echó un vistazo a su retaguardia mientras sus compañeros ascendían esforzadamente. Observó que Galván y tres de sus guerreros salían precipitadamente de la capilla y ahora montaban sobre sus caballos. Por más

esfuerzos que hiciesen sus amigos, no lograrían llegar antes que ellos a la torre.

Artorex y Myrddion, en un puro resuello, luchaban por completar la poca distancia que quedaba, cuando Galván les rozó adelantándose con un alarido de alegría pueril.

«Para él es un juego», pensó Myrddion mientras intentaba que sus botas se asiesen firmemente al suelo escarpado y cubierto de hierbas.

—Así que seremos derrotados… justo al final.

En menos de un abrir y cerrar de ojos, Galván desmontó y entró a la torre, mientras que sus guerreros sacaban sus espadas y bloqueaban la estrecha entrada.

Tenían órdenes y sus caras estaban serias y amenazadoras.

Jadeando pesadamente, Artorex alcanzó la cumbre con Myrddion pisándole los talones.

La torre era una simple estructura de piedras ciclópeas, dispuestas sin mortero, exactamente en el centro del cerro cónico. Mirando hacia abajo y contemplando las suaves laderas, Myrddion se preguntó si aquellos terraplenes regulares habrían sido obra de la naturaleza.

«La doncella, —pensó sin darle importancia—. Estamos en sus pechos y la torre es su pezón.»

La iglesia había quedado al pie del montículo, embellecida por todos los adornos del cristianismo. Pero allí arriba había algo mucho más antiguo… esperando. Y Myrddion fundió su pensamiento con ese místico silencio.

El juego estaba ahora en manos de los dioses, pero Artorex no tenía la menor intención de quedarse como un tonto delante de unos meros soldados de caballería. Se detuvo frente a la entrada, tratando de recuperar el aliento, hasta que sus compañeros se reunieron con él.

—¡Apartaos! —Artorex ordenó a los tres guerreros que tenía enfrente—. Soy el hijo de Uter Pandragón y el Dux Bellorum. Como vuestro comandante supremo os doy orden directa bajo pena de muerte si no me obedecéis. Vuestras espadas desnudas insultan la santidad de este sitio sagrado.

—Llegáis tarde, lord Artorex. Nuestro amo ya tendrá la espada —se regocijó un celta fornido.

—Tarde o temprano, da igual, os he ordenado que os retiréis —la voz de Artorex era calma, tranquila e implacable. Sus ojos grises absolutamente inexpresivos.

Luka desenvainó su espada con un audible silbido de metal, porque reconoció en el rostro de Artorex la señal de una advertencia mortal.

El guardaespaldas de Galván se apartó nervioso.

Liberado el camino, Artorex se dirigió directamente a la puerta situada en la base de la torre.

De inmediato, los guerreros de Galván se apartaron.

—¡Vos! ¡Gruffydd! ¡Venid! Sois mi testigo.

—¿Por qué yo? —dijo Gruffydd, hablando para sí, mientras seguía a Artorex

dentro de la penumbra de la torre.

Entonces miró hacia arriba.

—¡Por todos los dioses! ¡Vaya escaleras! ¡Nunca podré llegar arriba!

Pero Artorex ya estaba subiendo sobre los improvisados escalones de madera con el entusiasmo de un niño. A Gruffydd no le quedaba otra alternativa más que seguir a su señor, aunque sus pulmones ardían y los músculos de sus pantorrillas estaban más blandos que la mantequilla.

Subían y subían, cada vez más alto y Gruffydd temía mirar hacia abajo, ya que nada los protegería en caso de una caída hasta el suelo pétreo que los esperaba, lejos, allá abajo.

Artorex miraba con determinación hacia arriba mientras subía. Podía oír confusos gritos de frustración y de crudas e ilustrativas imprecaciones, provenientes de lo alto, al final de la escalera.

Llegado a lo alto, Artorex y Gruffydd alcanzaron, a través del amplio hueco de la escalera, el piso superior. Se encontraron dentro de un espacio circular de paredes de piedra, coronado por un alto techo construido de forma basta.

En cuanto los dos se incorporaron sobre el piso de madera, se encontraron con Galván, que de espaldas, les miraba por encima del hombro. Su rostro era una mezcla de rabia y desilusión.

Enseguida, antes de que se reuniesen con él, volvió a saltar contra la pared curva.

Una lengua de metal sobresalía entre los bloques de piedra de la pared.

Era la hoja de la espada, sin su empuñadura.

Galván era un hombre fuerte y corpulento. Ygerne, la reina de Uter, era su abuela y la bella Morcadés era su madre. Su padre, el rey Lot, ahora gordo a su avanzada edad, había sido un hombre ancho y robusto, pero ni Galván ni su padre alcanzaban el metro ochenta de altura.

La hoja estaba al menos a treinta centímetros por encima del alcance de Galván.

Gruffydd comprendió por qué estaba tan rojo de ira. Saltar, como había hecho el joven estirando sus dedos al máximo, era arriesgarse a una muerte segura de caer por el hueco de la escalera.

Pero Galván no podía alcanzar la lámina de acero que estaba tan incitantemente cerca. Casi podía rozarla, pero quedaba justo fuera de su alcance. Y no había ningún objeto en la torre que le ayudase a superar su falta de estatura.

Durante su corta vida, Galván había escuchado las historias del asesinato de Gorlois. Su tía Morgana se lo había contado una y otra vez, sobre la injusticia que había caído sobre la familia y que la corona realmente pertenecía a los descendientes del duque de Cornualles. El joven creía firmemente que el hallazgo de la espada de Uter era una deuda de sangre con su linaje.

Pero estaba unos centímetros más allá del alcance de sus dedos.

—¡Apartaos! —ordenó Artorex imperiosamente.

Gruffydd consideró muy en su interior, cómo Artorex podría haberse ganado un

enemigo de por vida, si hubiese añadido la palabra *enano* a su orden.

Recordó la bienvenida que le había dado Lucius.

—Habéis crecido mucho… tanto como vuestro padre —había afirmado el clérigo con seriedad.

Gruffydd se encontró sonriendo ante la ingenuidad del viejo. Este sacerdote era romano de la cabeza a los pies… su raza no había conquistado el mundo por ser un pueblo de tontos.

A diferencia de Galván, Artorex no había sido criado como el hijo de un rey tribal. Tampoco había aceptado las constricciones de la forma de vida romana. Para él no había ninguna gloria por alzar su mano derecha, casi con hesitación y aferrar la lámina de acero con sus fuertes dedos curtidos por el duro trabajo.

—Esta carga no es para vos, Galván —le dijo amablemente al joven enfadado—. Verdaderamente desearía que la pudieseis tomar… pero no es para vos.

Y luego Artorex tiró con todas sus fuerzas, sintiendo cómo el acero se deslizaba fuera de su vaina de piedra, con el largo silbido de un dragón enfadado.

Mantuvo su fría y larga hoja con ambas manos delante de él y miró a su destino con ojos apenados.

Gruffydd se arrodilló sobre el suelo polvoriento.

—¡Mi rey! —declaró con toda reverencia.

Sus pensamientos fueron para el inteligente Lucius, el sacerdote que había apostado por el destino de un reino sobre un hombre que no había visto desde que era un bebé de tres días. El obispo había apostado todas las cartas a que el hijo hubiese heredado la estatura de su padre.

Galván también se arrodilló sobre el polvo, en total obediencia a Artorex.

—Mi señor —susurró.

Pero su rostro denotaba la tensión que provocaba el sabor amargo de la derrota.

Aferrando la hoja metálica con su mano izquierda, Artorex extendió su mano derecha para ayudar a Galván a levantarse.

—Nunca tendréis que arrodillaros ante mí, sobrino. Comprendo demasiado bien cuán profundo es el odio de vuestra familia contra mi padre y probablemente también contra mí. Yo sentiría la misma rabia si estuviese en vuestro lugar, ya que sé que Uter usaba todos los medios imaginables para obtener lo que deseaba sin escuchar a su conciencia y sin remordimientos. Si algo creéis en mí, debéis saber que le odiaba tan profundamente como vos o vuestra familia.

Galván miró con desconfianza los ojos abiertos de Artorex al ponerse de pie. Sus grises iris ya no estaban chatos e ilegibles. Algunas gotas de su sangre que llevaban los mismos poderes que Morgana le dieron a entender que este hombre realmente no deseaba el trono, sino que estaba impelido por los demonios de su sangre hacia un destino que no sería ni agradable ni feliz.

Galván se estremeció.

—Creo en vos, mi rey, y os juro que desde este mismo momento seré vuestro

hombre. Siempre estaré a vuestras órdenes.

—Entonces la primera orden que os doy es que recordéis, en aquellos momentos en que seáis feliz con vuestros amigos y vuestra familia, que esta carga me hará probablemente el hombre más solitario de occidente —Artorex miró la espada como si fuera una serpiente venenosa viva—. Venid, sobrino, debemos ponernos manos a la obra.

Girándose hacia el espía de Myrddion, Artorex le dirigió una sonrisa cómplice.

—Y vos también, Gruffydd. Porque desde ahora seréis el portador de mi espada.

Y con total indiferencia al destino que tenía en sus manos, Artorex arrojó la espada de los británicos a Gruffydd que apenas tuvo tiempo de alcanzarla antes de que se precipitase por el hueco de la escalera.

CAPÍTULO XXI

LAS LLAVES DEL REINO

CUANDO EL GRUPO de Artorex dejó Glastonbury, el Dux Bellorum estaba contrariado previendo los exagerados honores que se vería forzado a aceptar. Myrddion, Luka y Lucius lo trataron como siempre, pero cada clérigo, fraile y aldeano, por no mencionar a los guardaespaldas de Galván, le hacían reverencias tan desmedidas cuando se le aproximaban, que apenas alcanzaba a distinguir sus rostros. Antes de salir del lugar sagrado, Artorex ya se sentía solitario e incómodo.

Se negó a participar en un banquete de celebración, prefiriendo compartir con sus amigos una sencilla comida de pan, queso, jamón fino y frutas. Tampoco quiso la potente sidra preparada por los monjes del sagrado enclave; prefirió el agua excepcional de Glastonbury filtrada por la tierra durante siglos, hasta que su pureza hizo de bálsamo para su alma enfadada y torturada. La corona le desagradaba especialmente y las aseveraciones de Lucius respecto a su limpieza bajo el efecto de las aguas de la fuente no acababan de convencerlo.

Como siempre, fue Myrddion quien encontró la manera de resolver la tozudez de Artorex.

—¿Tenéis entre vuestros hombres santos algún artesano que sea hábil en el trabajo de los metales preciosos? —le preguntó a Lucius.

—Sí. El hombre que volvió a forjar la espada es un judío que maneja muy bien esas artes.

Los hombres a la mesa de Lucius se quedaron sorprendidos, porque aunque todo el mundo sabía que los judíos eran reconocidos maestros en las artes de la orfebrería, un hebreo en un monasterio como Glastonbury era equivalente a que un romano fuese rey de los sajones.

—Su nombre judío era Simeón, pero nosotros en Glastonbury siempre le hemos llamado Simón. Ahora es cristiano y ha venido expresamente a esta tierra siguiendo los pasos del Señor.

Dirigió su mirada hacia todo el grupo congregado.

—Leo en vuestros rostros que consideráis su raza como maldita, pero nuestro Señor también era judío. Entonces ¿cómo puedo denegar a Simón la vida monástica que tanto ansia? Es diestro en el uso de las hierbas medicinales y los compuestos y es capaz de curar muchas dolencias que pueden ser causa de muerte. Pero volviendo a

vuestros propósitos, también es muy hábil en el trabajo con metales preciosos. Durante muchos años, Simón no quiso usar las pericias que Dios le dio y prefirió trabajar en los campos y los huertos, como si el duro trabajo físico le sirviese para expiar algún pecado de su pasado. Ahora es nuestro herrero, pero sus dedos no han perdido su habilidad. Espero que haga la empuñadura de la espada de Artorex, si yo se lo pido.

Los celtas continuaban recelosos. Los judíos eran una raza despreciada, aunque las razones de esa aversión se perdían en la noche de los tiempos. Para decirlo más brevemente, los judíos no eran gente de fiar ya que todo el mundo sabía que devoraban a los niños pequeños.

«Quizás siempre necesitemos que alguien sea la víctima de nuestro enfado y nuestra cólera», pensó Gruffydd, repentinamente iluminado.

—Entonces usaréis los pendientes, el oro y las joyas de la caja que os he dado, porque eran parte de las posesiones que Uter más anhelaba —sugirió Myrddion.

Artorex estampó su copa de madera sobre la mesa.

—No aceptaré ni una cosa más de ese miserable —gritó.

—Pero Artorex, amigo, no eran sus joyas —replicó Myrddion—. Por lo que pude deducir, la caja de madera contiene los trofeos arrancados a sus víctimas. Sus sirvientes me contaron que veían a Uter jugar con esas gemas de vez en cuando y cómo se recreaba pensando en aquellos que se habían opuesto a sus designios y habían sido finalmente derrotados. Las joyas no eran realmente de su propiedad.

—Entonces es posible que deban ser ahora propiedad de Morgana —Artorex era remiso, pero Myrddion sabía que en este juego tenía las de ganar.

—Según recuerda Lucius, los pendientes pertenecían a tu madre como parte de su dote. Los llevaba la noche en que Uter la vio por vez primera.

—Los llevaba también en la noche de vuestro nacimiento, mi rey —agregó Lucius—. ¡Cómo sufrió! Mediante engaños Uter la arrastró a su cama, había visto la cabeza de su esposo clavada en una lanza, fue violada por el asesino de su esposo y luego se había quedado embarazada del niño concebido pecaminosamente. Podría haberos rechazado fácilmente. Muchas mujeres en su lugar han matado a sus hijos mucho antes del tiempo del parto. Pero Ygerne llevó su embarazo hasta el final y se puso esas gemas en las orejas cuando sintió los primeros dolores del parto en Venta Belgarum.

A Artorex casi le dan arcadas por el profundo asco que sentía por Uter Pandragón.

Lucius miró profundamente a los ojos del nuevo rey.

—Ygerne decidió limpiar esas alhajas mancilladas con una nueva vida. Sabía lo que Uter le haría durante los años siguientes, las violaciones diarias mientras todavía era potente y los innumerables agravios que debería soportar para mantener con vida a sus hijas. Quizás esperaba que vos vengaseis a Gorlois o acabaseis con la muerte y el sufrimiento que echaron a perder su vida. No pude saber lo que pensaba, pero sus intenciones eran puras, porque Ygerne era un alma frágil y hermosa.

Artorex estaba embelesado, porque era la primera vez que tomaba conciencia de los sufrimientos padecidos por su madre.

—Yo estuve presente en el bautizo, Artorex. Fui convocado para ayudar al confesor del rey, Branicus, quien temía a Uter por encima de todas las demás criaturas. Cuando nacisteis, la pobre Ygerne lloró por su bebé y logró amamantaros una vez, antes de que Uter ordenara al obispo que os llevara lejos y que fueseis expuesto al viento y la nieve. Puedo aseguraros que lloró amargamente por su hijo muerto.

Lucius hizo una pausa.

—Pero Branicus era un verdadero sirviente de Dios. No podía arrojar a un niño sano a la nieve y luego vivir para cantar la misa o absolver a otras almas en confesión. Por más que deseara convencer a Uter Pandragón de que abrazara la religión de Cristo, no podía condenar su propia alma por lo que fervientemente creía que traería un bien mayor. Confió vuestra vida en mí… y el resto ya lo sabéis.

—Las manos de Uter sacaron los pendientes de las orejas de Ygerne, por más que ella rogara que se los dejase —Myrddion continuó el relato con voz grave—. Ni siquiera le permitía el consuelo de sus recuerdos. Me lo dijo la comadrona. No tenía razones para mentir… ya que Uter ordenó asesinarla a la siguiente semana, para silenciar su lengua. Creo que su locura empezó cuando robó la inocencia de Ygerne sobre el cuerpo mutilado de su esposo. Muchas veces lo he visto jugar con esas joyas y regodearse con ellas, aunque en aquellos tiempos yo no entendía lo que era evidente a mis ojos. Poseía varias gemas mucho más valiosas, incluyendo muchas alhajas que desaparecieron con su muerte, pero ni siquiera Morgana se atrevía a mirar los objetos de la locura de Uter.

—Es una auténtica caja de Pandora —agregó Lucius ante la total incomprensión de la mayoría de los presentes.

—Como bien decís, Lucius, una caja de Pandora —dijo Myrddion con tristeza—. Pero que en vez de desatar los males de la humanidad en el mundo, estos objetos son símbolos de resistencia, amor y de rechazo a aceptar la tiranía, incluso si tal repudio significa la muerte.

Myrddion se examinó las manos, como si viese y oliese restos de sangre todavía en ellas.

—No os lo reprochéis, Myrddion —le aconsejó Lucius con serenidad e infinita compasión—. Mantuvisteis controlado al dragón tal como podría haberlo hecho cualquier mortal y desviasteis sus peores excesos hacia senderos de utilidad. Habilidosamente mantuvisteis occidente a salvo de los sajones y sobre todo, vos y vuestros amigos transformasteis a Artorex en el hombre que se ha convertido. Yo soy bastante humano y suficientemente romano para desear que Uter aún se enfurezca con vos desde el otro lado del Hades.

—Muy bien —dijo Artorex—. Acepto que los pendientes de mi madre absuelvan lo maligno de la corona.

—¿Y la espada? —preguntó Myrddion—. La cadena de poder, usada por Gorlois, los anillos, las diademas y torques de todos esos hombres que perdieron su vida por desafiar a Uter, harán una empuñadura para vuestra espada que limpie y rejuvenezca el arma. De esa manera, vuestras manos siempre tocarán un metal limpio.

—Sí, la espada también —replicó Artorex—. Habéis ganado, viejo amigo.

Su humor era todavía algo dudoso, pero bastante suavizado.

—Y si me obligáis a aceptar vuestros consejos, exijo que la empuñadura imite las formas de mi cuchillo del dragón —sacó el arma de su vaina y la colocó reverentemente sobre la mesa desgastada.

—Perdonadme, padre Lucius, por descubrir este filo en el sagrado Glastonbury —añadió en su descargo.

El obispo lo autorizó con una simple sonrisa y se giró hacia uno de los monjes.

—Bonifacio, hermano, decidle al hermano Simón que acuda aquí. Y os ruego me traigáis la caja de madera que está sobre el arcón de mi celda. Gracias, amigo, por ahorrar esfuerzos a los huesos de un anciano.

Artorex se quedó maravillado por la gracia con que Lucius daba las órdenes y cómo bajo su mirada sonriente las tareas se tornaban placeres.

Este hombre hubiese sido mejor rey que Uter. Y de sobra más apropiado para la empresa que yo, pensó Artorex con tristeza.

—Amigo mío, sirvo a la Madre Iglesia. Los poderes terrenales no son para mí —Lucius parecía haber entrado en los más secretos rincones de la mente de Artorex—. Cuando era joven aprendí el precio de nuestras bajas en el campo de batalla y me volví loco. Así llegué a aprender que sólo los hombres de gran empuje y valor moral pueden estar seguros de que el poder no llegará a corromperlos. Vuestra senda es más difícil que la mía, ya que mi alma no está constantemente acosada por las tentaciones, día tras día, hasta el momento final.

«Quizás Dios ha dado a este sacerdote la habilidad de leer los pensamientos, lo cual no me sorprendería ya que su santidad queda fuera de toda duda», ponderó Artorex.

Gruffydd había seguido con interés la conversación sobre las reliquias de Uter. Estaba sorprendido por el grado de perversidad que podían alcanzar los grandes y más asombrado todavía de que el pueblo llano nunca imaginase hasta qué punto eran manipulados por los señores y amos. Cuando las multitudes aclamaban a Uter, sabían que él era el responsable del asesinato del duque de Cornualles, pero también querían creer en las románticas tonterías que narraban los cuentistas de la gran pasión de Uter y la magia que Lord Myrddion había utilizado para que Ygerne se entregase al lecho del Gran rey.

«El pueblo se lo cree todo». Gruffydd se maravillaba ante su propia revelación, pero ahora estaba interesado en ver qué aspecto tenía un judío.

Pronto descubriría, con cierta desilusión, que las diferencias entre judíos y romanos eran mínimas.

»Realmente tiene un aspecto vulgar, igual a un hombre ordinario», decidió Gruffydd cuando Simón entraba con sus manos enfundadas en las anchas mangas de su hábito de lana tosca.

Simeón o Simón, como lo llamaba Lucius, era un hombre de ojos negros y con un rostro rubicundo adquirido por su trabajo en la forja. Sus manos eran muy delicadas, a pesar de estar llenas de callos. Bastante bien afeitado a diferencia de muchos de su raza, mostraba unos labios carnosos y rojos y una nariz larga que se estrechaba hacia la punta.

Luka sonrió a modo de saludo.

—Nuestro huésped, Lord Artorex, pronto será el Gran rey de los británicos. Nos ha hecho el honor de solicitaros una gran ayuda —dijo Lucius.

—Haré todo lo que me pidáis, padre —fue su respuesta tranquila y desprovista de toda emoción.

—La espada que volváis a forjar para mí necesita una empuñadura que debe confeccionarse con las formas de esta daga, de tal manera que parezcan piezas pareadas. ¿Podrías hacer este trabajo, hermano Simón?

El fraile cogió la daga del dragón con gran reverencia.

—Es un bello trabajo, todo realizado en hierro forjado. El hombre que fabricó esta pieza debe ser un artesano maestro —los dedos de Simón corrían sobre la curiosa empuñadura con visible placer.

—El autor fue un herrero de un pueblo cercano a Aquae Sulis —respondió Artorex con el natural orgullo de su propiedad—. Pensaba que estaba en deuda conmigo y me pagó con esta daga.

—Sí, puedo hacer una empuñadura igual. Pero la espada de un rey necesita algunos adornos, como los que tiene este hermoso cuchillo —declaró Simón—. Puedo sentir al hombre en esta pieza, es un artista, alguien que entiende del fuego que encierra el metal.

—Tenemos los adornos que habéis indicado —intervino Myrddion.

En ese preciso instante el hermano Bonifacio volvía con la caja de madera delicadamente apoyada en sus manos extendidas. Siguiendo un gesto de Lucius, el hermano Simón abrió la caja y suspiró profundamente con admiración al ver el contenido. Fue colocando pieza tras pieza sobre los rudos tablones de la mesa y con cada una hizo un comentario sobre la calidad del ornamento.

—Estos zarcillos son muy bonitos… y no fueron hechos en estas islas. Uno de mi raza confeccionó estos delicados cierres y cortó los granates para suavizar su negra belleza. Estos anillos son sólo grandes joyas de oro en bruto —continuó—. Son grandes pero fueron hechos sin demasiada habilidad, proceden del gran norte. En cuanto a la cadena y el torques son antiguos, muy antiguos, labrados primero por los pueblos de miel y luego renovados. La perfección del metal exige un noble propósito. Sí, podrían hacer una maravillosa empuñadura para la espada… y también embellecer el mango de la daga.

Los presentes alrededor de la mesa asintieron con satisfacción.

—Pero señores, el oro es blando, especialmente si es oro puro como en el caso de estos objetos. ¡Mirad, es casi de color rojo! Una empuñadura y su guarnición con ese metal quedará hermosa, pero peligrosa para quien empuñe la espada. El primer mandoble fuerte hendiría una muesca en el pomo como si este fuera de mantequilla —miró a Artorex a los ojos—. Señor ¿pensáis utilizar esta arma en combates?

—Sí. La espada es un símbolo de mando y la necesitaré en los combates como una señal de referencia para mis guerreros.

—Entonces permitidme que sugiera que confeccione la empuñadura y su guarnición con hierro templado, que sea forjado en un metal que sea lo más fuerte que pueda concebir. Y luego cubriré toda su superficie con este oro blando. Los pequeños detalles decorativos pueden hacerse con metal puro, pero siento que os traicionaría si hiciese una empuñadura que pudiese causaros la muerte. Hay aquí suficientes piedras y bastante oro como para cubrir varias veces vuestra daga, de manera que ambas sean un par idéntico —sonrió hacia Artorex—. Prefiero no comprometer un arma tan bella con un trabajo que desmereciese la labor del hombre que la forjó.

—Muy sabias palabras, hermano Simón —dijo agradecido Artorex—. Si Lucius está de acuerdo, os rogaría que os quedaseis con mi daga del dragón y con la espada de Uter para hacer que ambas resulten similares. Hacedlas bonitas y brillantes, pero también fuertes. Dadles la forma necesaria para que impongan temor y respeto al enemigo, porque necesito contar con todas las ventajas posibles.

El hermano Simeón hizo una profunda reverencia a Artorex y se habría llevado ambas armas y el contenido de la caja, si Artorex no hubiese sacado la corona de oro de su bolsa de viaje y la hubiese tirado sin la menor contemplación sobre la mesa.

—Hay otro asunto que quiero tratar con vos, hermano Simón. No me gusta la corona utilizada por Uter Pandragón. Representa muchos vicios que aborrezco y además los rasgos de su carácter que más me disgustan. La corona también debe ser modificada y su diseño cambiado como vuestro gusto indique para que sea agradable a la vista. Una vez que el trabajo se dé por terminado, pediré al padre Lucius que bendiga al nuevo símbolo del reino británico. ¿Podréis encargaros también de este cometido además del de las armas?

—Sí, mi señor, puedo hacerlo. Y además será un placer para mí —contestó Simón acompañando una sonrisa de gratitud por habérsele concedido tal honor.

—Los pendientes de la caja pertenecieron a mi madre y estaría agradecido si los incorporaseis como parte de la corona. ¿Será posible?

—Sí, mi señor, puede hacerse.

—Finalmente, deseo que la perla que orna la caja de madera pueda incluirse en un anillo para el pulgar de mi mano derecha.

—No será complicado, mi señor. También será hecho.

El hermano Simón miró hacia Artorex y luego bajó los ojos hacia la corona.

—Señor, veis estos posibles cambios bajo vuestra mirada límpida. Esta corona es fea, porque es pesada, incómoda y de aspecto ostentoso. Cambiaré estos objetos para que se ajusten sólo a vos. Para que muchos hombres puedan decir: «¡Vi a Artorex el Bello y quedé deslumbrado por la corona que ornaba su pelo!».

Dicho lo cual, Simón se ruborizó, porque no estaba acostumbrado a esas muestras de vanidad.

—Serán recogidas una semana antes del solsticio de verano, cuando se celebre la coronación en Venta Belgarum —agregó Myrddion—. Pronto todo el mundo sabrá que Artorex será coronado como una verdad indiscutible. No fracaséis, hermano Simón, porque tenéis tres meses para completar vuestra obra.

El rostro de Myrddion era grave, pero Gryffydd podría decir que su amo estaba divirtiéndose al encargarse de esos delicados asuntos.

Luka interrumpió la compostura autocomplaciente de Myrddion con una pregunta que Gruffydd tenía en la punta de la lengua.

—¿Por qué un anillo de perla, Artorex? La caja contiene piedras muchísimo más valiosas —intervino Luka.

Artorex sonrió y Luka no sabía si esa sonrisa significaba pena o satisfacción.

—Lo usaré como una admonición, amigo Luka. Sólo con tocar la perla con mis dedos, tal como lo hacía Uter con frecuencia, me recordará la clase de hombre que era.

Luka quedó mudo con la respuesta.

Cuando el hermano Simón dejó la habitación, aferrando torpemente la corona, la caja y las armas contra su pecho, Lucius contempló insistentemente a Artorex y luego se sacó del pulgar un anillo de oro muy desgastado.

—Os pido que aceptéis como regalo este anillo que siempre formó parte de mi familia seglar. Artorex, soy el único miembro vivo de mi casa y una vez que deje este mundo, perderá todo su valor, excepto para vos. Si miráis con atención veréis una inscripción grabada en él, de hace varias generaciones atrás, cuando el paterfamilias de mi hogar lo fundió sobre cera derretida. ¿Lo veis? El monograma lleva la forma de un puño cerrado.

—No puedo coger vuestro anillo, padre Lucius —exclamó Artorex impresionado.

—Debería haberlo tirado hace cuarenta años, porque me anclaba al pasado, cuando Dios era mi único futuro. No tengo hijos y vos sois lo más parecido que nunca tuve cuando os saqué de la nieve donde ibais a morir. Entonces os recogí y os aferrasteis a mí con vuestras manitas de bebé; fue entonces cuando pensé en la marca y su significado. Este anillo me trae recuerdos llenos de afectos y si alguna vez lo miráis y os acordáis de éste, vuestro amigo, me sentiré muy feliz. Vos, mi señor, debéis aferrar fuertemente el oeste con vuestro puño y no soltarlo hasta que os llegue la muerte.

Artorex no pudo negarse. Deslizó el anillo en su pulgar izquierdo donde encajó perfectamente.

—Ya que todos estamos dispuestos a regalaros algo, yo también necesito daros una insignificancia, mi joven amigo —Luka sorprendió a todos, riéndose—. ¿Sois rápido, muchacho?

—Bastante rápido, señor —contestó Artorex recordando el viejo juego con Llanwith.

—¡Entonces, coged esto!

El torques de oro blanco de Luka, con el símbolo de la serpiente labrado en él, giró por el aire, cruzando la mesa hacia Artorex. Éste lo inmovilizó en el aire con un reflejo instantáneo.

—Por favor —rogó Artorex—. ¡Esto no puedo aceptarlo! Este torques es una valiosa posesión que honra a vuestra noble familia.

El torques, de dos serpientes devorándose una a la otra, siempre había estado alrededor del cuello de Luka y Artorex no podía recordar ningún momento en el que no admirase la delicadeza de ese objeto tan bello.

—Tengo todavía mi torques de rey, que deberé utilizar con más frecuencia —sonrió a su joven amigo—. Uno se acostumbra a usarlo. Es como volverse viejo. Mi hijo tendrá otro que se hará expresamente para él cuando llegue su momento y será una copia de éste. Entonces, antes de que protestéis porque esa baratija le pertenece a él por derecho, vale la pena recordar que conozco más a vos que lo que he visto a mi hijo.

Una vez más, Artorex se vio forzado a aceptar y dar las gracias por tan magnífico regalo.

—Y ahora supongo que vos me daréis algo, amigo Myrddion. Esta tontería del Gran rey me está sacando de mis casillas.

—No temáis, Artorex —Myrddion le dijo sonriente—. No os daré nada ni para poneros, ni para protegeros. Pero os daré un regalo que pervivirá mucho después de que os hayáis marchado de este mundo.

Hizo una pausa, ahora que había ganado la atención de los presentes.

—Como Gran rey debéis elegir el talismán gracias al cual vuestros súbditos os conocerán y por el que seréis recordado, tanto para bien como para mal. Cuando Uter fue coronado Gran rey adoptó el símbolo del dragón, que formaba parte de su propio nombre. Pero no deseo que toméis prestado nada que haya sido de él. Si me concedéis vuestro permiso, señor, desearía sugeriros vuestro modelo final.

Artorex estaba francamente molesto. Alcanzaba a reconocer el asomo de una lágrima en los ojos de su amigo y jamás se había visto llorar a Myrddion Merlín.

—Después del solsticio del verano, aceptaré cualquier nombre que queráis elegir para mí. Pero si elegís algo muy complicado, os maldeciré por todas nuestras tierras. Tenéis mi merced, amigo.

—Gracias, mi señor —contestó Myrddion—. Por muchas razones, os pido que seáis coronado como el Rey Artor, famoso como el Gran Oso, que es una bestia noble y regia. Es una versión más corta de vuestro propio nombre, que vuestros vasallos

adoptarán al instante y sin dificultad.

Artorex sintió que estaba a punto de llorar, pero se controló con gran esfuerzo. Sabía que Myrddion nunca había aprobado su boda con la romana Gallia. Recordó cómo ella le llamaba Artor en la quietud de la noche mientras yacían entrelazados y cómo ella le había enseñado a reír y ver la bondad incluso en el sufrimiento y la maldad. Aunque él no había considerado nunca los orígenes de su nombre, sabía que Myrddion le hacia el mayor honor, comparándolo con un animal que conocido por su ferocidad, era también considerado como el protector de la familia y del hogar.

Myrddion le estaba entregando un recuerdo de Gallia para que guardase junto a su corazón.

—Gracias, amigo Myrddion. Es un nombre noble… y para mí, además, lleno de recuerdos puros y valiosos.

Sonrió a toda la asamblea de amigos.

—Así no tendré que aprender a oír un nombre nuevo para mí. Desde que puedo recordar, siempre he respondido al nombre de Artorex, así que estoy encantado.

ARTOREX REGRESÓ A Venonae y antes de volver a su habitual tarea de mantener la defensa de la fortaleza, tuvo que tolerar las muestras de obediencia de un Llanwith feliz y aceptar su regalo, que era una extraña fíbula para abrochar la capa, con incrustaciones de vistosas gemas.

La noticia de la nueva jerarquía de Artorex se expandió inexorablemente por todo el territorio. A su regreso a Venta Belgarum, Galván relató los prodigios que había visto, mientras que Myrddion enviaba mensajeros a todos los destacados personajes de la Britania celta, a los reyes de todas la tribus del norte y el oeste, y a todos los obispos y grandes druidas del oeste, solicitándoles su asistencia a la coronación de Artorex como Gran rey en Venta Belgarum durante el solsticio de verano. Hubo muchos pretendientes al trono desilusionados y agraviados y muchos reyes menores y dignatarios que contestaron que no concurrirían ni aunque tuvieran que arrancarles la lengua con tenazas al rojo vivo. Pero todos los grandes del oeste sabían que los principillos ocuparían sus lugares en la gran iglesia de Venta Belgarum… aunque sólo fuera por curiosidad.

Muy lejos, en un silencioso convento de Cornualles, la noticia de que su hijo sería coronado como el Rey Artor, Gran rey de los británicos, llegó hasta Ygerne, quien lloró lágrimas mezcladas de amargura y alegría. Durante días, la que fuera tan bella mujer, se arrodilló sobre las piedras de su fría celda y se concentró tan profundamente en sus plegarias que sus compañeras monjas temieron que pudiera morirse.

Después de mucho insistir logró finalmente el permiso de la abadesa para asistir a la coronación. Desde allí partió, descalza y con el atuendo blanco de los penitentes, recorriendo a pie la gran distancia que separaba el monasterio de la ciudad de Venta Belgarum.

En Venonae, el nuevo cargo de Gruffydd sorprendió a todos los cortesanos del círculo de Artorex. ¿Quién era este desaliñado hombre pelirrojo, que parecía más sajón que celta y se encontraba siempre detrás de la silla de Artorex junto con la indefectible presencia de Targo y Odin?

—Realmente no puedo dejar de pensar por qué Artorex no eligió a uno de vosotros como su portaespada —Gruffydd se disculpó ante ambos guardaespaldas una noche que compartían sendas jarras de cerveza.

Targo contestó por los dos.

—No, estáis equivocado. El muchacho es diabólicamente inteligente y no hace nada sin tener una poderosa razón. Cualquiera de nosotros dos habría aceptado al instante, pero no sería lo correcto y podría haber dado lugar a objeciones que le habrían complicado la vida.

—No lo entiendo —respondió Gruffydd.

—No somos celtas —continuó Targo—. Yo soy un bastardo romano y sólo los dioses saben de dónde proviene Odin. No, Artorex no podía elegirnos, incluso si lo hubiese deseado. Así que relajaos y disfrutad de la diversión, Gruffydd, porque la vida alrededor de Artorex nunca es aburrida.

—¿Aburrida? —Odin parecía perplejo.

—Eso os lo explicaré más tarde, animal —le contestó Targo, siguiendo un juego que indudablemente se traían entre los dos y que obviamente les divertía.

En las cocinas, Gruffydd fue recibido con histéricas felicitaciones. Sus progresos eran parcialmente compartidos por cada sirviente de la guarnición, porque nadie en las aisladas instalaciones de las cocinas, panaderías y prensas de sidra, se había codeado con los grandes y menos aún con quien permanecía tras el Gran rey en la mesa.

Sólo Gallwyn era indiferente al nuevo rango de Gruffydd.

—¡Vaya aspecto de salvaje! —le soltó—. Lord Artorex se sentirá bien agobiado con este rufián de cara lanuda, con una túnica que parece que la han arrastrado por un campo de zarzas.

—Estoy bastante seguro de que sí ha sido arrastrada entre arbustos espinosos —respondió Gruffydd muy serio.

—¿Cómo van a sentirse orgullosos de vos vuestra mujer e hijos si os plantáis en la iglesia de Venta Belgarum vestido como un espantapájaros? —le regañó—. En ausencia de vuestra buena esposa, yo me haré cargo.

Gallwyn cruzó sus brazos sobre sus generosos pechos.

Gruffydd abrió sus ojos tanto como pudo, como los de un caballo asustado. Llevaba varios años casado y su experiencia le decía que lo único que entendía de las mujeres era que no podía comprenderlas.

—Ese pelo debe ser adiestrado hasta que alcance alguna clase de orden. Será lavado y trenzado. ¿Lo oís? Y si no estoy satisfecha con vuestros esfuerzos, os lavaré yo misma.

Y Gallwyn sólo estaba empezando con una larga lista de exigencias.

—Y esa barba debe desaparecer. Vuestro amo siempre está pulcramente afeitado, así que conseguiréis un cuchillo bien afilado y os afeitaréis esa pelusa que pretende ser una barba.

—Odin lleva barba —protestó Gruffydd con tono estentóreo.

—Odin es un salvaje y vos sois un buen celta —contestó ella—. No os quejéis mi bello joven. Al menos no tendréis que depilaros según la moda romana, como he oído que hace Lord Artorex. Pero debéis afeitaros para la ceremonia de la coronación.

Gruffydd se estremeció ante la mera idea grotesca y dolorosa de arrancarse cada uno de los pelos de su mandíbula.

—Deberíais pedir consejo a Lord Myrddion en estas cuestiones; él decidirá cómo debéis vestiros para que os favorezca y os presentéis como un digno portador de la espada del Gran rey.

—Sois peor que mi abuela, Gallwyn —se quejó Gruffydd con una triste carcajada.

—Bien y sin duda ella aprobaría mis reparos. Ya no sois un espía canallesco, como esos cuyo único propósito en la vida es actuar y vestir como si fueseis un sajón, porque ahora sois la mano derecha de Lord Artorex, el Gran rey de los británicos.

En ese momento un bebé rosado y semidesnudo hizo unos arrullos y gorgoritos, que era su forma de llamar la atención. Gruffydd notó que sorprendentemente, la cabeza del bebé era todavía bastante pelona, a excepción de una casi invisible pelusa de pelo rubio blanquecino.

—¡Niniana! —canturreó Gruffydd en voz baja, al ver el tatuaje sobre su piel con hoyuelos.

—¡Gu, gu! —respondió la niña, con sus ojos claros llenos de inteligencia y alegría.

—Apenas tiene siete meses —se maravilló Gruffydd—. Mis niños no pudieron ponerse de pie hasta que no tuvieron casi un año de edad. Ésta ya está gateando… y no faltará mucho para que se ponga de pie.

—Es un prodigio, la pequeña Niniana —agregó Gallwyn con una cariñosa sonrisa llena de orgullo—. Aprende tan rápido que es increíble y me aterra pensar en el día en que pronuncie sus primeras palabras.

—¿Por qué? —inquirió Gruffydd, haciendo una pregunta propia de la consuetudinaria ignorancia masculina.

—Porque se nos acabará la paz. Apuesto a que hablará y hablará hasta que nos duelan los oídos. De hecho tuvimos que quemar sus deditos en el fuego porque pensaba que las llamas eran muy bonitas. Habría gateado hasta meterse dentro en el horno.

Gruffydd se estremeció.

—Ahora podréis verla cada vez que terminéis vuestras obligaciones con Lord Artorex —le sonrió a su amigo con sus mejillas enrojecidas bajo la luz de los fuegos

—. Os hemos echado de menos Gruffydd —dijo simplemente.

—Para ser honestos, no tuve tiempo de extrañar a nadie mientras estuvimos en Glastonbury. No os creeríais todo lo que he visto… albercas que parecían llenas de sangre y espadas en las piedras. A veces mi cabeza estaba totalmente confusa con todo lo que pasaba.

Los ojos de Gallwyn se encendieron de curiosidad y de inmenso placer.

Después de las cocinas y Niniana, la tercera gran pasión de Gallwyn eran las intrigas. Ahora tenía la oportunidad de ganarle la mano al mayordomo de la casa, que se daba aires por ser el bastardo de un clérigo romano.

Se persignó arrepentida de sus pensamientos impíos y vanidosos. Pero en su interior, se relamía.

—Sentaos, Gruffydd, aquí cerca de la lumbre donde estaréis cómodo —alcanzó una silla y conminó a su amigo a sentarse cerca del fuego central de la cocina. Enseguida ordenó a su ayudante—. Perce, traed al portaespada una jarra de nuestra mejor cerveza y vosotras niñas perderéis vuestra piel si quemáis la carne de ese venado… podéis escuchar, siempre que continuéis con vuestras tareas.

Las sirvientas de la cocina sonrieron irreverentes.

Gallwyn tenía buen corazón y nunca castigaba a su equipo. Sin embargo, guardaba una larga vara de abedul que no parecía dispuesta a fallar la parte más tierna del trasero de las chicas remolonas, por lo que el equipo continuó con sus prisas y agitación, rascando e hirviendo, pero con sus oídos pendientes de cada una de las palabras de Gruffydd.

Volviendo toda su atención otra vez a éste, Gallwyn hizo un ademán, indicando que esperaba el comienzo de su relato.

Por supuesto los rumores de las hazañas de Artorex ya habían alcanzado a Venonae y las tierras circundantes. Incluso bajo la amenaza de un «Verano Sajón» como se denominaban las incursiones de los bárbaros, el pueblo llano estaba cautivado por la historia de un muchacho que había crecido en las provincias lejanas, donde se lo protegió de la enemistad de su propio padre y que vino a alcanzar sus derechos legítimos mediante la posesión de la espada mágica de Uter. A lo largo de los dos meses siguientes, Gruffydd escuchó la historia de la espada reafirmada en muchas ocasiones y se sorprendía de ver como la historia se embellecía en cada repetición.

La espada había sido colocada dentro de una antigua piedra por unos gigantes, soldada a un yunque por un mago o enterrada en los cimientos de la torre dejada por José de Arimatea. En muchas de las historias, la espada nunca había pertenecido a Uter ya que los dioses habían considerado que éste no era merecedor del trono de Gran rey. Así que los irracionales temores de Uter se hicieron finalmente verdad. Sin levantar su mano en la batalla, su hijo eclipsó todas las valerosas y costosas victorias de Uter.

—La gente es muy extraña —le comentó Gruffydd a Myrddion cuando fue a

recoger tres espléndidos conjuntos de túnicas, pantalones y sus capas, que habían sido diseñadas para la coronación por el mentor de Artorex. Le habían preparado también un juego de cadenas de plata decoradas con el motivo del oso en oro y unas fíbulas para asegurar las capas sobre los hombros, que llevaban el perfil de la bestia pero con una forma más estilizada.

—La gente cree lo que quiere creer, incluido lo que les conviene entender —le explicó Myrddion con cinismo—. Deberíais saber que, según las habladurías, se dice que yo he sido apadrinado por un demonio y que soy capaz de cambiar el tamaño de las cosas, usando mi magia para construir la Danza de los Gigantes. Sí, amigo, vivimos en tiempos extraños en los que la gente decide que soy un hechicero simplemente porque puedo entender muchos conceptos que los demás no alcanzan ni a imaginar. Lamentablemente, el pueblo necesita mitos para calmar sus temores.

—Personalmente, yo preferiría una buena espada, un escudo resistente y un buen plan de batalla, mi señor. Esos tres regalos me parecen muchísimo más útiles que erigir círculos mágicos con grandes piedras. Además, la Danza de los Gigantes ha estado allí, sobre la llanura, desde hace mil años… y no sois tan viejo.

—La creación de una leyenda es una forma de poesía, amigo, un arte que va más allá del puro chismorreo, especialmente cuando los relatos pasan de boca en boca. Si fuésemos capaces de vivir año tras año durante siglos, seguramente no nos reconoceríamos en las historias que han sido tejidas acerca de nosotros.

—Bueno, no creo que nadie me recuerde —sonrió Gruffydd.

—No estéis tan seguro, amigo. Habéis jugado un gran papel en la construcción de esta nueva leyenda. Gruffydd se retiró pensando si el genio táctico de Myrddion Merlín no estaría algo perturbado.

TRES SEMANAS ANTES de la fecha de la coronación, Artorex empezó a dar órdenes para que algunos miembros seleccionados de los sirvientes domésticos se trasladasen a Venta Belgarum. No se tocó ni a los equipos de las cocinas ni a los criados menos importantes, ya que Venonae debía mantenerse en funcionamiento. Sólo unos pocos afortunados podrían salvarse del constante peligro proveniente del este.

Tampoco quiso llevarse un gran número de guerreros, porque las tribus celtas que habían respondido a la llamada a las armas del Dux Bellorum no podían enviarle demasiados guerreros experimentados y Artorex no quería desperdiciarlos en ceremonias inútiles.

En ausencia de Artorex, sus más fieles capitanes tomarían el mando, bajo el férreo comando de Pinhead, ahora llamado Pelles, como él mismo había decidido. El nuevo comandante era el último miembro sobreviviente de aquella escoria de Targo, que había presentado batalla dos años atrás en Anderida. Desde aquel día glorioso, todos, a excepción de Pelles, habían ido pereciendo en los sucesivos combates contra

las hordas bárbaras. Su capacidad de supervivencia era tal que había ido ganando sus promociones en innumerables ocasiones y Artorex sabía que defendería Venonae hasta el último hombre.

Keu no tenía ninguna razón para quejarse por no ser considerado como comandante, dado que era un invitado especial a la coronación. Él y Antor, junto con otros notables de Aquae Sulis habían sido invitados para presenciar la asunción final del máximo poder por parte del Dux Bellorum. Éste entendía a su hermano perfectamente y sabía que mientras no se insultase su honor personal, aceptaría un papel secundario de reconocimiento público.

A horas tardías, Artorex se relajaba y otra vez jugaba a ser un joven diletante, compartiendo cerveza y hablando de tácticas guerreras con Targo. Aunque su viejo maestro de esgrima ya era muy mayor para ser considerado como un guardaespaldas realmente efectivo, era todavía el ingenioso mentor y el amigo práctico de siempre. Artorex lo necesitaba más por su discurso franco y su incomparable honestidad que por la flexibilidad de sus articulaciones. Tenía el persistente temor de que el viejo languideciese y se muriese si su amo lo enviaba de regreso a Villa Poppinidii con un honorable retiro.

Odin, por su lado, era enormemente fuerte y tenía una excelente salud. Su habilidad con las armas lo hacían equivalente a cuatro hombres.

—La corona y la espada pueden ser los símbolos del poder, Targo, pero apenas son cosas con un resplandor vistoso hacia el exterior, destinadas a embelesar a la gente ordinaria. Me gustaría conocer el verdadero camino que lleva a los corazones de muchos de nuestros pleiteantes jefes tribales. Debemos encontrarles su punto débil para que cedan a favor de la unidad, ¿pero cómo se puede encontrar?

—¿Alguna vez os he dicho yo cuáles eran las soluciones a vuestros problemas, muchacho? Nanay, siempre las encontrasteis vos mismo. Pensad, ¿cómo hizo Uter para unir a las tribus?

—Mediante el miedo. Con su espada y su puño de hierro.

—¿Y funcionaría otra vez esa táctica? —Targo exigía, más que preguntaba.

—No, Uter era detestado por la mayoría de los reyes menores y su fuerza se fue disipando al tener que proteger las espaldas de esos ataques. No tengo el reino pacífico que Uter consiguió luchando contra Vortigern y sus hijos. Desafortunadamente, esa pluma no volverá a volar, al menos mientras soplen los aires turbulentos que agitan el corazón de los británicos.

—¿Y en qué sois diferente de vuestro padre? ¿Cuál es vuestra ventaja?

Artorex pensó durante un rato.

—Soy fuerte… pero también lo era él. Tengo excelentes consejeros… que Uter también tenía; Myrddion asesoraba tanto a mi padre como a mí. Soy el legal heredero del trono, pero Uter se hizo con la corona usando la fuerza, por lo que mis derechos por sangre no tienen un valor auténtico.

—Id más atrás, muchacho. Volved al principio en Villa Poppinidii. ¿Por qué

tenías tanto éxito como mayordomo en aquellos días de vida sencilla? —Targo le sonreía dándole ánimos para que su mente cansada siguiese buscando las respuestas correctas.

El joven concentró su mirada en la sencilla copa de madera sostenida por sus fuertes dedos llenos de cicatrices.

—Confiaba en mi gente y me esforzaba en perfeccionar mis habilidades. Uter consideraba que sus destrezas eran un don adquirido.

—Cierto —le animó Targo.

—Traté de defender a la gente ordinaria, hombres y mujeres sencillos que estaban a mi cargo y ellos lo agradecieron. Uter nunca se molestó por los demás.

—Eso también es verdad, muchacho.

—Intenté tratar a todos como si fueran mis iguales y empleé sus talentos de la mejor manera posible —declaró Artorex algo incómodo, porque le resultaba difícil alabarse a sí mismo.

—En cambio Uter no —interrumpió Targo—. No respetaba a nadie y no le importaba malgastar sus aptitudes… como Botha descubrió, demasiado tarde.

Artorex asintió.

—Dentro del gran esquema de sus ambiciones, el desperdicio de Botha era un asunto de poca monta para el Gran rey. Pero como un sirviente leal, me pongo en el lugar de Botha y me imagino cómo se habrá sentido cuando Uter le ordenó una tarea tan innoble. Su ejemplo de subalterno leal hasta la muerte, es algo que nunca debéis olvidar. Cada orden que dais puede herirme, a mí, a Gruffydd, a una tribu o incluso a la nación entera.

—Lo que queréis decir es que debo considerar hasta al más bajo de mis vasallos antes de tomar una decisión, ya que ésta puede afectarles —resumió Artorex.

—Exactamente, muchacho —Targo contestó seriamente—. Eso es ser un líder, además de todo lo que tenéis.

—El liderazgo no puede ser tan simple…, aunque, ahora que lo pienso, me estáis exigiendo demasiado —Artorex enarcó las cejas más profundamente todavía y trató de imaginarse en la piel del rey Lot. Ese hombre estaba casado con la hijastra de Uter y se esperaba que se aliase con el enemigo de su mujer para hacer una guerra que poco tenía que ver con su reino… al menos a corto plazo.

Enseguida, sintió gran simpatía y respeto por Lot, simplemente poniéndose en la situación en que se encontraba el rey de los Otadini. La lección de Targo estaba clarísima.

—Es también evidente que siempre debo ser el primero en liderar y el primero también en arriesgar la vida, porque no puedo enviar gente a combatir sin compartir el riesgo. Los escritos de Julio César reflejan también la verdad sobre eso.

»Y debo tener en cuenta la estrategia y saber ver a largo plazo. Paladines como Lot tienen poco que perder en este momento, pero los sajones podrían volver sus avariciosos ojos hacia su reino en cualquier momento. Será mi tarea la de despertar el

temor y la imaginación de Lot.

»Y debo convencer a cada aliado, a cada amigo y cada guerrero para que se comprometan al servicio de la causa común. La consecuencia de esta causa unitaria no debe servir para aumentar mi poder sino para incrementar el poderío de quienes son mis aliados. Deben creer que están actuando por su propia voluntad y que son mis iguales, aunque en el proceso haya manipulado sus temores.

—Así es, mi señor —contestó Targo con simpleza—. ¿Pero sois capaz de hacer tales cosas? Hay muy pocos dirigentes que soporten pensar que su poder personal es mínimo.

—¿Tengo alguna otra posibilidad? —argumentó Artorex—. Sólo tengo esa ventaja.

—No, ninguna otra, mi señor, ninguna otra en absoluto. ¿Pero no fue siempre así? Yo luché por Roma en innumerables batallas a lo ancho de todo el mundo, sin que se me diese una sola razón por toda la muerte y destrucción en la que participé. Pero ahora que tengo un propósito en la vida, soy un hombre mucho más feliz.

—Targo, amigo. ¿Qué sería de mí sin vos y vuestras constantes lecciones? —susurró Artorex a su amigo y compañero.

Targo empezó a reírse, primero muy suavemente y luego de forma cada vez más estruendosa. Sus mejillas veteadas y su quijada temblaban, mientras que con sus manos callosas y llenas de cicatrices daba fuertes manotazos sobre sus rodillas y le saltaban lágrimas de sus ojos oscuros.

Artorex estaba perplejo.

—No entiendo tanta risa, Targo —dijo con tono de leve ofensa—. ¿He dicho algo tan divertido?

—¡Muchacho! ¿Realmente creíais que yo conocía las respuestas a las preguntas que hacía para que vos mismo encontraseis la solución al problema? Por todos los dioses, juro que la mitad de las veces no tenía la menor idea de la respuesta. Pero sí creía que vos debíais desentrañar el problema, encontrar la solución. Y, en la mayoría de los casos, es exactamente lo que hicisteis.

—¡Mierda! —imprecó Artorex. Entonces, él también empezó a reírse—. ¿Queréis decir que no tenía que saltar aquella espantosa valla, ni caerme de culo desde Afrodita tantas veces?

Targo sonrió como un demonio.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo habríais aprendido si no? Y un poco de dolor nunca lastima a un muchacho en pleno desarrollo.

—Sois un viejo fraude, Targo. Salté vallas, monté enormes caballos horrorosos y aprendí a luchar a mi manera contra todo tipo de problemas porque vos me hicisteis buscar mis propias soluciones… y durante todo ese tiempo simulabais que sabíais todas las respuestas.

Aquella noche, cuando quedó dormido, Artorex sintió que su cuerpo era liviano y joven. No fue asaltado ni por sueños perturbadores ni por velados miedos acechantes.

Cuando Targo inspeccionó el aposento de su amo, casi al amanecer, encontró al joven sonriendo en sueños y el viejo guerrero supo que Artorex se hallaba en un tiempo muy remoto junto a su Gallia.

Lo que le llenó de satisfacción.

CAPÍTULO XXII

UN VERANO SAJÓN

EL DÍA QUE según las antiguas tradiciones era considerado como el más largo del año, la multitud se encontraba reunida en Venta Belgarum. Había estado lloviendo durante la noche y los caminos, las calles empedradas y las casas parecían recién renovadas, haciendo relucir las tejas, piedras, maderas y techos de paja. Todas las viviendas, incluso las cabañas de los más humildes, agrupadas como los polluelos bajo la protección de las murallas de la ciudad, estaban engalanadas con festones de ramas y flores salvajes, mientras que juncos, heno y hierbas recién cortadas tapizaban el barro habitual de la carretera.

En las tabernas de Venta Belgarum ya no cabía un alfiler y cada edificio, incluida la fortaleza de Uter, había sido aprovechado para alojar a todo tipo de gente, distinguiéndose las que albergaban a los nobles por las banderas y estandartes que se agitaban bajo la brisa fresca. Las calles estaban a rebosar, como si la ciudad fuese una colmena que se acababa de encrespar y todas las abejas hubiesen salido al exterior, deseando trabajar para el nuevo dirigente o atacar al intruso.

Artorex no había pernoctado en la ciudad, había preferido dormir bajo las estrellas en su última noche de libertad antes de emprender su nueva vida. Se había acostado en un sencillo catre, como si todavía estuviese en campaña con sus guerreros. Ya habría tiempo suficiente para una vida cómoda si era capaz de superar los desafíos que sabía le esperaban en las escaleras de la iglesia situada en el corazón de la ciudad.

Con la ayuda de Gruffydd, Targo y Odin, se vistió con esmerado cuidado. Sus guardaespaldas habían preparado sus propias galas, se habían trenzado los cabellos y pulido sus armas hasta que cada pieza de metal que engalanaba sus cuerpos resplandeciese bajo el sol. Contra los deseos de sus leales servidores, Artorex insistió en llevar el inmaculado manto de piel de lobo que había ganado en Anderida hacía ya más de dos años, aunque reconoció que se ensuciaría al arrastrarse sobre el suelo en cuanto desmontase. La fíbula del rey Llanwith abrochaba la capa sobre su hombro izquierdo y el torques del rey Luka brillaba en su cuello como una serpiente viva de escamas plateadas. Sus largos dedos estaban desprovistos de todo ornamento, con la excepción del anillo regalado por Lucius que lucía en su pulgar izquierdo y el anillo con la perla, confeccionado por Simón, en el derecho.

Bajo su pesada capa, Artorex llevaba un regalo de Antor que había sido creado por Bregan, el herrero que forjó su cuchillo del dragón. Era un curioso chaleco que colgaba de sus hombros y bajaba por los costados hasta la altura de sus caderas. Estaba elaborado con pequeños anillos de hierro forjado sorprendentemente liviano para ser una cota. Antor juraba que el herrero había tratado infructuosamente de perforar los anillos de metal con dagas y espadas y, aunque la piel de Artorex pudiese amoratarse en un combate, la cota desviaría todos los golpes a excepción del de una pesada espada. La parte alta de los hombros quedaba abierta, dejando al aire su piel bronceada, ya que la velocidad depende de la libertad de movimientos. La noche anterior, Targo la había pulido durante horas, hasta que quedó reluciente como las escamas de plata de un dragón bajo una piel blanca como la nieve.

Debajo de ésta, Artorex llevaba una túnica blanca, al estilo romano. Sus piernas bronceadas iban descubiertas hasta las pantorrillas, donde se ataban sus botas nuevas. Odin se había encargado de que el cuero de éstas fuese suave como el lino y bruñido como el bronce. Targo le contó asquerosas historias sobre el uso que Odin hacía de cerebros de cordero y otros mejunjes que habían transformado la dureza del cuero en algo tan suave como una tela. Para esta especial ocasión, hasta el mismo Odin había decidido ponerse botas y trenzar sus barbas en dos especies de colmillos aterradores.

Acompañado por sus tres compañeros y sin cinturón ni vaina, Artorex cabalgó sobre Carbón hasta los aledaños de Venta Belgarum. Con la capa de piel de lobo echada hacia atrás sobre su hombro derecho, cayendo sobre las negras ancas brillantes de su caballo, Artorex tenía un aspecto imponente.

Su pelo suelto se ondulaba bajo la brisa y caía sobre la pelliza como una seda dorada y rojiza.

En todas las aldeas por las que pasaba, el populacho lo contemplaba boquiabierto, porque para sus mentes simples parecía como el héroe de una leyenda que regresaba a la tierra. Sonreía abiertamente a los aldeanos, haciendo reverencias a diestra y siniestra, que la muchedumbre contestaba con gritos de alegría. Las doncellas corrían para arrojar flores de los campos a los pies de su caballo. Margaritas, lavanda, menta, ranúnculos y otras, perfumaban el aire mientras Carbón avanzaba con orgullo sobre la alfombra de colores.

Mientras se acercaba a las murallas fortificadas, cruzando el extramuros de la ciudad, seguía sonriendo, inclinándose y saludando a los mayores sin un ápice del hosco desprecio de Uter. Dedicaba especiales sonrisas a los niños y aceptaba amablemente sus ofrendas florales. La turba ansiaba ver a su heroico rey guerrero y gran parte de la multitud se unió a la procesión de los ciudadanos que le seguían como una estela multicolor.

Antes de que alcanzase la fortaleza, las puertas se abrieron hacia adentro. El barullo se intensificaba a medida que Artorex iba recorriendo majestuosamente las estrechas calles pavimentadas y cubiertas por una espesa alfombra floral confeccionada por niñas y jovencitas. Una anciana, vestida con sus mejores atuendos,

le detuvo y le ofreció una diadema de margaritas, el joven se inclinó todo lo que pudo bajo la crin del caballo para que la abuela pudiese alcanzar su cabeza con los brazos. Luego, cuando besó sus dedos artríticos, la muchedumbre prorrumpió en clamores.

A medida que se acercaba a la iglesia de piedras y planta de cruz, el aire se iba enrareciendo y se notaban menos explosiones de júbilo ante su presencia. Pero con cada paso de Carbón, Artorex seguía manteniendo su actitud sonriente, exhibiendo su impenetrable cortesía. Incluso sonrió cuando el rey Lot lo contempló ostentosamente por encima de su cabeza desde lo alto de las escaleras de la iglesia y la reina Morcadés le dio la espalda.

Lot estaba vestido con suntuosos y magníficos ropajes: una amplia falda azul pastel y bandas verdes apagadas con cuadros en tablero de ajedrez de distintos tamaños. Su enorme pecho estaba cubierto por una camisa de lana con ricos bordados, bajo una cota recubierta de oro, que estaba decorada de caras de gárgolas con sus fauces abiertas y lascivas y se ataba a su amplio contorno con cuerdas de oro y plata. Su capa se sujetaba al hombro con una fíbula tallada del tamaño de la mano de un hombre adulto y adornada con grandes gemas redondas.

Al lado de la imponente corpulencia de Lot, la reina Morcadés parecía pequeña, pero nunca inapreciable. A diferencia de su, marido, su vestimenta sugería sutilmente el luto, ya que su faldón era de una gasa gris ceniza sobre una bata oscura rojo sangre. Su cabellera estaba cubierta con una trama de hilos de oro combinada con lana roja y cubría todo el conjunto una larga capa negra que se extendía sobre el suelo, sobrepasando ampliamente sus pies.

Su hermana estaba más fúnebre todavía, sin siquiera una sola joya de ornamento. Como era doncella, Morgana llevaba el pelo descubierto y peinado en largas trenzas, negras como un cuervo y rectas como el mango de una lanza, colgaban sobre sus espaldas hasta la altura de las corvas. Esa bella cabellera debería dulcificar el aspecto de Morgana, pero, por el contrario, le aumentaba su perversa catadura.

El rey Leodegran, de la tribu de los Dobunni llevaba una toga y una capa con un ribete de purpura imperial totalmente inapropiado. Su pelo se rizaba alrededor de su rostro suave y sus manos eran un muestrario de anillos, cadenas de oro y piedras preciosas. En comparación, su compañero, el rey Mark de los Deceangli iba elegante, con un simple vestido de lana gris con festones negros y plateados. La falta de ornamentos se reflejaba en sus reprobatorios labios fruncidos y sus ojos femeninos.

En conjunto, la colección de reyes, nobles y sus mujeres se mostraba como una maraña de colores y estilos que no podían ser de mayor contraste. Discrepaban unos de otros en su vestir tanto como en sus propias individualidades. El rey de los Siluros llevaba pieles y cueros reforzados con placas de bronce, mientras que la reina de los Dumnonii, mujer de un hermano de Gorlois, vestía gasas de lino fino procedentes de los telares de Egipto gracias al comercio marítimo. Pocos se dignaban ni siquiera a hablar con su vecino más próximo, porque sólo los mantenían unidos los viejos pactos forzados por Uter.

Los clérigos conspiraban para colocarse lo más alejados posible, unos de otros. Los druidas llevaban tejidos sencillos y portaban altos y enigmáticos bastones; algunos de ellos habían adornado sus largos cabellos y barbas con guirnaldas de muérdago o hiedra, mientras que otros llevaban bandas de oro o plata sobre sus frentes. Varios de ellos parecía que habían venido caminando descalzos desde sus remotos lugares salvajes, mientras que otros tenían un aire inconfundible de sofisticados intelectuales.

Algunos de los clérigos cristianos vestían de negro con chorreras rojas que simbolizaban la sangre de Cristo, en tanto que otros, como los monjes de Glastonbury llevaban simples togas de lana basta sin ningún ornamento, que ceñían a la cintura con una sencilla soga. Como ocurría con los demás, no había la menor posibilidad de que todos los religiosos se uniesen en un único grupo.

Artorex contemplaba a sus invitados que eran todo un símbolo del pueblo dividido, complejo y esencial; sintió un fuerte y natural estremecimiento de impotencia.

Pero su rostro sereno no transmitió ni un átomo de su agitación interior.

Artorex desmontó al pie de las escaleras de la iglesia y ascendió por éstas hasta llegar arriba, donde se sentó en una silla curul, elegida específicamente por Myrddion porque sugería el poder, sin la grandiosidad del trono. Artorex entonces se giró para enfrentarse a la asamblea de reyes, príncipes, sacerdotes y obispos allí reunidos y Myrddion avanzó unos pasos para hablar de la inminente coronación del rey.

Myrddion vestía con pieles de marta cebellina negra, que resaltaba su pelo de mechones blancos. No llevaba ninguna joya, ya que no necesitaba embellecer su rostro de finos huesos y la intensa mirada de sus ojos negros.

La multitud se acalló cuando Myrddion se detuvo frente a los invitados congregados y al resto del gentío.

—Me conocéis, grandes señores de Britania, sacerdotes y honrados ciudadanos de Venta Belgarum. Soy Myrddion Merlin, antes llamado el engendro del diablo y más tarde, para mi vergüenza, el perdiguero del rey Uter. Pero siempre he luchado por la libertad de estas tierras, aunque a veces las armas que os mantuvieron calientes en vuestras camas, eran indignas de vosotros. Uter Pandragón fue una de esas armas que utilicé para la defensa del reino. Más que de cualquier otro hombre, conocía lo depravado de sus numerosos pecados, pero aunque fuera un hombre cruel y de pocos escrúpulos, os regaló vuestra seguridad, a costa de pasar varios años sobre su montura, peleando sin descanso para alejar a los bárbaros y las hordas sajonas.

Myrddion hizo una pausa mientras sus ojos barrían, con cierto desdén, los rostros de reyes, druidas y religiosos.

—Uter nos obligó a luchar contra nuestros enemigos como un pueblo único e indivisible. Vosotros, los reyes tribales, habéis reñido entre vosotros durante generaciones, permitiendo que mientras tanto, los sajones diezmaran a nuestras gentes y destruyesen nuestras aldeas y granjas. Sin Uter, monstruoso como nadie

duda que lo fuera, no poseeríais el lujo de vuestros reinos. Habríais sido forzados a huir a las montañas, para morir de hambre en la nieve. Uter fue, sin duda, un Gran rey.

Myrddion se permitió suavizar su voz, de manera que la miel de sus palabras penetró mansamente en los oídos de todas aquellas almas que lo escuchaban, a excepción de los más obstinados, que nunca se fiarían de un sirviente de Uter Pandragón.

—Aquí se sienta el hijo de Uter, Artor, que ha venido hasta aquí para reclamar sus derechos de nacimiento como sucesor de su padre para ser el Gran rey. ¿No tiene acaso un gran parecido con Uter? Pero Artor no es el favorito de su padre. Despechado por su progenitor, fue criado en las tierras romanas de nuestro norte. Vino a vosotros hace dos años y fue proclamado como el Guerrero del Oeste. Más tarde Uter dio a este joven el título de Dux Bellorum.

Myrddion hizo una nueva pausa y miró directamente a su audiencia. De forma irracional, cada persona creyó que Myrddion se estaba dirigiendo sólo a él o a ella.

—¿Por qué?, os preguntáis. Y yo os puedo contestar. Ni un centímetro de tierra celta ha sido cedido a los sajones desde que Artor levantó su espada contra ellos.

Un ruido sordo recorrió la multitud, principalmente entre los aldeanos y ciudadanos, pero varios reyes también asintieron con gestos.

Pero Myrddion tuvo que reconocer que todavía se veían demasiadas caras incrédulas.

—Y sin embargo, muchos de vosotros disteis la espalda a nuestros compatriotas celtas. No enviasteis ni un solo hombre para servir al Dux Bellorum. Ni agradecisteis a un hombre, que como Uter mismo, arriesgó su vida en centenares de escaramuzas para que vosotros pudieseis beber y festejar, elegantemente y a salvo, en vuestras mesas, sin necesidad de arriesgar vuestras propias carnes.

Un rugido de desaprobación se alzó desde el grupo de los nobles, pero Myrddion hizo caso omiso.

—Ahora se presenta ante vosotros con la espada refundida de Uter, portando la corona de los británicos restaurada. Hablad ahora, aquellos de entre vosotros que negáis el derecho a Artor de reclamar el trono, o bien aceptad sus derechos, por cuna y por batalla, para conducir a los británicos como Gran rey.

El rey Lot se levantó y se desplazó para dirigirse a la multitud. Su gran talla estaba aumentada con los metros de tela escocesa ribeteada con bordados de hilo dorado, en tanto que su barba y cabellera grises acentuaban un rostro encendido por la exaltación.

Artorex continuaba sentado como una estatua, pero vigilaba.

—Este pretendiente al trono es como mucho, un hijo bastardo de Uter. ¿Cómo sabemos si tiene algún derecho para regir a los celtas? ¿Y por qué habríamos de poner nuestro futuro en las manos de un hombre de quien ni siquiera su padre se fiaba?… si Uter Pandragón fuese su padre de verdad.

Algunos sectores de los nobles congregados vocearon su acuerdo y Gruffydd se sintió ofendido y nervioso por las palabras insultantes de Lot. En la periferia de la asamblea, el príncipe Galván se encogió de vergüenza, pero Artorex continuó sonriendo y sentado cómodamente, con su espalda bien erguida.

Myrddion se aprestaba a contestar, cuando una delgada monja vestida de blanco salió detrás de él, desde el portal de la iglesia y ayudada por Lucius de Glastonbury.

Con visible cansancio, subió los dos escalones hasta colocarse directamente enfrente de Artorex. Se giró y se arrodilló en obediencia ante su hijo. Artorex se dispuso a levantarla, pero ella lo hizo por su propio y doloroso esfuerzo; luego se giró para enfrentarse al rey Lot y a la asamblea. Su voz era más fuerte de lo que podía sugerir su cuerpo delicado y el gentío se inclinó hacia ella para no perder palabra.

—Me conocéis muy bien, Lot del Norte, porque os casasteis con mi hija y no debéis insultarme con vuestras calumnias e insinuaciones. ¿Creíais que no haría el largo viaje desde mi convento para ver a mi hijo en su justo puesto como Gran rey de los británicos? ¿Sois tan cobarde que pensabais manchar mi reputación durante mi ausencia?

—No era mi intención… —empezó Lot. Pero la frágil mujer alzó su mano pálida para hacerle callar.

—Soy Igerne, viuda del duque de Gorlois, el Jabalí de los Dumnonii. Uter Pandragón asesinó a mi esposo y me violó mientras me obligaba a ver la cabeza ensangrentada de mi amado Gorlois. Yo soy la única que puedo hablar sobre el nacimiento de Artorex y sí, nació como verdadero hijo de Uter Pandragón.

Ygerne hizo una pausa para recuperar el aliento.

—Me quedé embarazada del niño y Uter se casó conmigo con la intención de asegurarse Cornualles sin más esfuerzos de tiempo y vidas. Y yo acepté, para asegurar el futuro de mis hijas vivas. ¡Cómo odié al niño que llevaba en mi vientre! ¡Cuánto deseé que ambos muriésemos! Dios me perdonó por haber aceptado casarme con Uter Pandragón, porque estaba destinada a padecer muchos años amargos y oscuros en su poder y yo permití que el odio acabase con mi corazón.

Cansada, hizo una nueva pausa.

—Luego, cuando el niño empezó a moverse en mi interior, descubrí que mi corazón no estaba del todo muerto. Cuando di a luz, vi su pelo rojizo y sus largos brazos tan parecidos a los de su padre. Pero también tenía los ojos y los rasgos de mi propio padre y entonces me di cuenta de que ya no podía odiarlo. Durante muchos años pensé que mi hijo estaba muerto y sufrí amargamente por él. El día más orgulloso de mi vida fue cuando regresó a Venta Belgarum, convertido en un hombre fuerte y bello, un guerrero que se había limpiado el veneno que traía de la semilla de Uter.

Detrás de Artorex, Gruffydd contemplaba la pálida cara de Ygerne, casi tan blanca como la toca que cubría su cabeza. Le habían dicho que había sido de una belleza legendaria y podía comprobar el último vestigio de esa hermosura con sus

propios ojos. Pero los bardos nunca habían cantado sobre su valentía, lo que Gruffydd podía atestiguar ahora, mientras ella exhibía los sentimientos más profundos de su corazón… sus desilusiones, sus tragedias y los largos y pacientes años durante los cuales se vio forzada a sentarse a los pies de un monstruo.

—Soy Ygerne, reina de los británicos… y una humilde penitente —continuó—. Escuchadme pueblo mío. El hombre que pronto será el rey Artor es el hijo legítimo de la estirpe de Pandragón y de mí misma. ¡Suyo es el trono… por derecho de cuna!

La multitud se quedó muda mientras Lucius se llevaba a la frágil y delgada mujer.

Al pasar junto a Artorex en su doloroso recorrido hacia el portal de la iglesia, éste se levantó, se arrodilló ante ella y besó sus pequeños pies vendados. Una mano aleteó suavemente sobre su pelo… y luego desapareció.

Como el lento retumbar de una ola rompiente, la multitud murmuró ante la muestra de cortesía del Dux Bellorum.

—La cuestión del parentesco ya está solucionada, a menos que alguno de vosotros dude de la palabra de la reina —retó Myrddion dirigiéndose a la facción enfadada del público—. ¿Alguien más hablará en contra de Artor?

Una dama de negro se adelantó desde el grupo de Lot y provocó una tormenta de protestas ante la afrenta que significaba que esta odiosa mujer se atreviese a hablar ante los congregados.

Dejó caer su capucha, lo que hizo silbar a muchos aldeanos temerosos de que Morgana apuntase hacia Artorex con su índice blanco.

—¿Me ordenarás que me calle, Artor? Yo, Morgana, la hija mayor de Gorlois de Cornualles, hablo hoy aquí con el derecho que me da el asesinato de mi padre por las manos de Uter Pandragón. Mi padre no tiene ningún hijo que le defienda.

Artorex asintió sus palabras con un gesto y se puso de pie.

—Os habéis ganado el derecho a hablar, hermana mía. Pero debo recordaros, Morgana, que vos misma tenéis parte de la culpa.

Mientras la multitud murmuraba en aprobación de las palabras de Artorex, Morgana y Myrddion se cruzaron intensas miradas. Eran de rasgos parecidos y sin embargo, muy diferentes de corazón.

Entonces apuntó con su dedo a Artorex y se dirigió a la muchedumbre.

—Este hombre tomó los símbolos de Uter utilizando maleficios y nos traerá a todos la ruina, igual que su familia deshonró a mi padre Gorlois de Cornualles. Este hombre es la semilla envenenada de un árbol enfermo. ¡Yo he visto su rostro de dragón y es el demonio! La ambición de Myrddion colocó la espada de Uter en las manos de Artorex, porque sólo la maldad más horrorosa se atrevería a colocar la corona sobre la cabeza de un hijo de Uter. El sabueso de Uter conspiró con él para engañar a mi madre, de manera que este hombre fuese concebido. Entonces, ¿cómo podéis confiar en la palabra de Myrddion Merlin? ¿Acaso no conspiró Myrddion con Uter para que cada día de mi madre estuviese lleno de dolor, indignidad y humillación? ¿Cómo podréis depender de la decencia de un hijo de Uter? ¡Tened

cuidado, gentes del oeste, porque habéis sido advertidos!

Otra vez la multitud tronó, pero esta vez en desaprobación, no porque Morgana fuese mujer sino porque su corrosiva diatriba estaba obviamente fundada en su odio. Morgana cometió el error de exagerar demasiado.

Myrddion contestó a sus cargos con una voz enérgica que resonó por todas las esquinas de la gran plaza. Inmediatamente, todos atendieron a sus palabras.

—¿Maleficios? ¿Demonios? ¿Maldad? No, mujer. Es obvio que el desdén y el odio distorsionan la verdad en vuestra boca, por eso todos los hombres que miran vuestro rostro escapan como si fueseis una leprosa. Vuestras palabras están moldeadas por el rencor y jugáis con las insinuaciones como si fueran música. Os consideráis profeta, pero cómo podemos confiar en vuestras palabras, cuando tapáis vuestros ojos con una banda de piel arrancada de la espalda de un niño, una penitencia ordenada por vuestros maestros a cambio de vuestras habilidades diabólicas. ¿Acaso el demonio no miente? Vuestras premoniciones son típicas de quienes practican la negra y arcana forma de maldad.

Antes de que la muchedumbre pudiese estremecerse ante sus palabras, continuó hablando lentamente y con un timbre de tristeza.

—Sí, yo aconsejé a Uter. Incluso le proporcioné una droga narcótica para que pudiese infiltrarse en el lecho de Ygerne. Descubrí sus planes con Gorlois cuando ya era demasiado tarde para advertir a vuestro padre. Sí, sentí vergüenza cuando Uter le mostró a Ygerne la cabeza de su marido muerto y descubrió que había abierto su cuerpo al asesino de su esposo. Sí, me estremecí con mi culpabilidad cuando me enteré que había violado a Ygerne mientras los ojos muertos de Gorlois eran testigos de semejante crueldad. Sí, habría dado a vuestra madre para que Uter la disfrutase una única noche, si con ello mantenía los pies de Uter sobre la senda que protegía al pueblo del oeste de las amenazas de las hordas sajonas. ¿Pero vendí mi alma a los Poderes Oscuros a cambio de la miel de mis palabras? ¡No! Mis pecados, mis errores, mis equivocaciones y mi deshonor, cuando vuestra madre fue violada, fueron mis propias transgresiones, no la obra de ningún demonio. Era todavía muy joven para padecer la marca de la profecía que ambos compartimos.

Señaló hacia el mechón blanco de su pelo.

—Pero nunca, mujer, habría de vender gratuitamente mi alma para satisfacer mis deseos de venganza.

Morgana parecía encogerse dentro de sus negras vestiduras ante la repugnancia que le habían causado las palabras de Myrddion. Sin darle la oportunidad de responder, este dirigió su mirada hacia Gruffydd, que estaba detrás de Artorex.

—Avanzad, Gruffydd, el portaespada del futuro rey y leal guerrero contra los sajones —rugió Myrddion para que todos lo pudiesen oír. Abrió sus brazos hacia la multitud—. Os ruego que dejéis hablar a este sirviente. Porque él se encontraba en Glastonbury cuando Artorex recuperó exitosamente los dos símbolos del poder de Uter. El príncipe Galván y el piadoso obispo Lucius del monasterio de Glastonbury

son testigos de la validez de la pretensión de Artor a ser el auténtico heredero al trono de Gran rey de los británicos.

¡Por fin! Pensaron muchos de los congregados. Ahora oiremos la verdad sobre este asunto contada por uno que estaba presente cuando la mano de Dios reveló la localización de estas mágicas reliquias.

—¡Dejadlo hablar! ¡Dejadlo hablar! —gritaron todos a una. Morgana sintió que la fuerza de sus palabras se había empequeñecido y se confundió entre la multitud, donde hasta la guardia de Lot se apartaba para evitar su sombra.

Gruffydd avanzó unos pasos. Estaba visiblemente nervioso y sus primeras palabras denotaron que era un simple hombre del pueblo.

—Soy Gruffydd de Venta Silurum y durante diez años he servido a mi amo, Myrddion Merlín en las ciudades sajonas, recogiendo información sobre los planes de guerra del enemigo contra nosotros. Mis manos no están limpias de sangre sajona, porque muchas veces tuve que matar a esos bárbaros cuando se cruzaban en mi camino, especialmente a aquellos que ponían nuestra causa o a nuestra gente en peligro. Por la sangre que he sido obligado a verter, soy un pecador, en todo el sentido de la palabra, pero a pesar de ello, he sido elegido por los dioses para que fuese testigo de lo que ocurrió en Glastonbury.

Luego, de forma simple y elocuente, Gruffydd contó todo lo que había visto. Repitió lo decretado por Lucius, de que sólo el auténtico Gran rey de los británicos podría encontrar la espada de Uter y arrancarla de la piedra. Mientras Gruffydd hablaba, Myrddion sintió que el talante de los reyes allí reunidos empezaba a vacilar, porque Glastonbury y las propias reliquias enlazaban la vieja religión con el cristianismo, por lo que todos se daban por aludidos, sin importar la fe que profesasen. Sin embargo, la verdadera fuerza contenida en el relato de Gruffydd era su propia simpleza, su capacidad de asombro y la integridad implícita de los hechos acaecidos. Nadie dudaba de que él acreditaba haber sido testigo de la consumación de una profecía.

Sólo otro rey se adelantó para hacer un tardío intento de enturbiar el reclamo de Artorex. El motivo de la queja del rey Mark era que Artorex estaba marcado con las maneras romanas del pasado. Antor se indignó ante la ofensa y quiso replicarle, pero el magistrado de Aquae Sulis se le adelantó.

El magistrado avanzó y ocupó el lugar de Antor.

—¡Escuchadme, gentes de Venta Belgarum! Soy Vestus de los Vestulii, Magistrado Supremo de Aquae Sulis desde hace más de una década. Soy de linaje romano, pero también un orgulloso británico y sirvo a mi pueblo con mi mejor voluntad.

Hizo una pausa.

—Habláis de los modos de la cultura romana, pero mucho de lo que sois viene de vuestro pasado romano y de los regalos que los romanos trajeron a nuestros pueblos.

El magistrado enseguida conquistó a la audiencia.

—Pero en esta ocasión me presento ante esta asamblea de notables, no con la intención de hablar sobre las glorias de la antigua Roma, sino para relataros la historia de un simple mayordomo que se enfrentó a un diabólico maleficio para salvar la vida de un niño.

Era un nuevo cuento y la muchedumbre se dispuso a escuchar con ávida expectación.

—En los tiempos a los que me refiero, Artorex era aún muy joven. Era apenas adulto cuando se enteró de las actividades de una banda de monstruos que se dedicaban a la antigua práctica de la pederastia. Ese culto, liderado por los Severinii, una poderosa familia que vivía cerca de Aquae Sulis, había infligido torturas, muerte por inanición y asesinatos a un número de niños pequeños que habían sido raptados de aldeas vecinas. Ultrajar a esos niños y matarlos de hambre era algo que iba más allá de lo que cualquier comunidad romana podría aceptar.

»Al informarse de las viles actividades de la familia Severinii, Artorex decidió llevar a los autores de tales crímenes ante la justicia. Con la ayuda de su hermano Keu, Artorex penetró en la guarida de los Severinii y salvó la vida de Brego, un niño de una aldea cercana, que sin duda habría sido víctima de violación, tortura y muerte. Brego sólo tenía diez años y fue el único cautivo sobreviviente. Los cuerpos de las anteriores víctimas fueron recuperados ese mismo día.

»Yo mismo ordené que los criminales fuesen crucificados y su villa quemada hasta los cimientos. Artorex podría haber hecho una gran fortuna, porque se le dio la oportunidad de saquear la gran cantidad de objetos preciosos coleccionados por los Severinii, pero desdeñó tocar tales bienes manchados. Al contrario, permitió que las ancianas esclavas de los Severinii, que estaban libres de culpa, tomasen lo que considerasen de valor y partiesen, una vez liberadas. ¿Queréis magnanimidad? ¿Queréis valentía? ¿Queréis un rey compasivo? Todas estas virtudes estaban presentes en el joven que llevó a cabo esta misión con gallardía.

El magistrado evaluó la disposición de su audiencia.

—Los cuerpos de siete niños asesinados fueron recuperados e incinerados esa misma noche. Contemplé el rostro del joven Artorex mientras soportaba tal prueba. Estaba abatido… como cualquier hombre decente en su lugar…, pero actuó como testigo y devolvió las cenizas de los niños perdidos a sus humildes progenitores. ¿Quién de entre vosotros, grandes líderes del oeste habría cuidado de forma tan personal los sentimientos de las familias de los niños asesinados? ¿Quién de vosotros habría elegido ser testigo de su dolor y ofrecer consuelo a las familias de las víctimas? ¿Quién de entre vosotros se habría *molestado*? ¡Este hombre lo hizo! Su educación romana… y las honorables enseñanzas de sus romanos padres adoptivos… no le hicieron ningún daño.

Vestus, con su toga romana perfectamente entallada y con el sello de su cargo colgando de su cuello, apuntó orgullosamente hacia Artorex.

—Los vestigios de la Britania romana pelearán a favor de Artor y del oeste.

Iremos a la batalla con éste o con ningún otro líder. Ninguno de los reyes tribales se ha ganado el derecho que exige nuestra lealtad.

Los nobles permanecían en silencio. No se oyó ni una sola voz que se alzase para argumentar nada en contra. Aunque Myrddion no era un imprudente que creyese que la oposición se había acabado, sino simplemente no se atrevían a expresarla ante los alaridos de protesta que emanaban de los guerreros y del populacho.

—Llamo al obispo de Venta Belgarum para que corone al futuro rey ante vosotros —Myrddion se dirigió a todos los presentes con voz estentórea—. Y aquellos que lo deseen pueden asistir a misa en este auspicioso día.

Las puertas de la iglesia de piedra se abrieron de par en par, dando paso al obispo, acompañado de Lucius de Glastonbury.

El obispo levantó la corona a una buena altura sobre su cabeza, de tal forma que impresionó y asombró a la plebe que la veía por primera vez. El hermano Simón había cambiado el diseño totalmente y ahora la banda maciza consistía en el motivo de un dragón, con la bestia centrada en la frente y las alas alzadas al vuelo por encima de la cabeza de quien la sustentaba. Todos los granates y rubíes habían sido puestos sobre el dragón, coincidiendo sus grandes ojos con el centro de la frente. Las gemas más pequeñas decoraban las escamas de la bestia, que parecían resplandecer bajo el sol de la mañana, como si el animal estuviese vivo y listo para vomitar fuego. La banda propiamente era de oro liso, excepto donde la bestia clavaba sus garras posando sobre ella.

—¡Adelantaos, Artor de Aquae Sulis, Dux Bellorum y aceptad vuestro derecho por cuna a ser el Gran rey de los británicos!

Artorex se arrodilló en los escalones de piedra, de manera que el obispo pudiese colocar la exquisita corona sobre la guirnalda de margaritas que adornaba su frente. El incongruente dúo debería parecer divertido, pero cuando Artorex se giró en dirección a la gente, el rubicundo dragón se alzó desde un nido de flores.

—¡Salve Artor, Gran rey de los británicos! ¡Salve! —gritó el obispo.

—¡Salve Artor, rey de los británicos! ¡Salve! —respondió a su vez la turba, con sus caras encendidas por la excitación mezclada con la reverencia.

Entonces Lucius se aproximó, llamando a Gruffydd a su lado.

—Arrodillaos Artor, Gran rey de los británicos y aceptad las armas que mantendrán a salvo al oeste.

Artorex se arrodilló y Gruffydd le colocó un gran cinto de cuero con tachuelas de oro sobre las caderas.

Lucius sostuvo la daga en alto, con su empuñadura en forma de un dragón retorcido, ahora bañado en oro.

—Ésta es la daga del dragón del rey Artor —informó a la congregación de nobles —. Fue forjada por Bregan, un herrero, como regalo al Gran rey por salvar la vida de su hijo.

Después Lucius se colocó frente a Artorex.

—Señor, os ruego aceptéis este cuchillo en vuestra mano izquierda y juréis que esta arma no descansará mientras los sajones arrasen nuestras tierras.

—Lo juro —replicó Artorex.

Después Gruffydd guardó el cuchillo en su vaina.

Un clérigo entregó a Lucius un largo paquete envuelto en cuero, que éste abrió, exponiendo a la luz una enorme y reluciente espada.

—Señor, ésta es la espada del rey Uter que ha sido refundida para transformarse en el arma destinada a ser usada por el Gran rey de los británicos. ¿Juráis, rey Artor que no descansará mientras los enemigos asolen nuestro pueblo?

Lucius levantó la espada que llevaba una empuñadura idéntica a la de la daga, pero que ahora estaba ingeniosamente adornada con gemas, de manera que el dragón parecía retorcerse y dar vueltas mientras la luz incidía sobre él.

Una leyenda en latín se inscribía a lo largo de toda la hoja.

«Quien sea el portador de esta espada es el verdadero rey de los británicos».

Lucius tradujo en voz alta y estentórea.

—¿Aceptáis y juráis que utilizareis esta espada en la justa lucha por todo lo que sea noble para el bienestar de nuestro pueblo?

—¡Sí, juro! —Artorex se giró para ser visto por toda la asamblea, totalmente armado y reluciente en la aceptación de su destino.

Myrddion se adelantó.

—Desde la Isla de las Manzanas, en el Monasterio de Glastonbury, el lugar de los Benditos, de allí proviene esta Sagrada Espada que yo nombro Escalibor, el Dragón de Britania.

—Id pues, rey Artor, Oso de Oro de los británicos —Lucius afirmó con orgullo —. ¡Y dejad volar al dragón para que proteja las tierras del oeste, las lejanas y las cercanas!

La multitud rugió en aprobación, mientras Artorex le pasó la espada a Gruffydd, quien entonces la alzó bien alto sobre ambas manos. Los rayos del sol se reflejaron en el metal, de manera que pareció que saltaban llamas a lo largo del filo.

—Y ahora a misa, para aquellos de vosotros que os decidáis por nuestra iglesia —concluyó Lucius—. Festejaremos después el advenimiento del rey Artor, Gran rey de los británicos.

Los dignatarios de entre la multitud, tanto paganos como cristianos, se adelantaron para coger sitio dentro de la iglesia. Los ciudadanos ordinarios, impedidos a acceder por el simple hecho de ser tan numerosos, se agruparon en la terraza creando un mar de colores. Una oleada de alegría, excitación y debajo del fervor, una marea de alivio, predispuso a hombres y mujeres a bailar, tirarse flores y a divertirse despreocupadamente. Los niños más pequeños recordarían de mayores,

hasta el día de su muerte, el sentimiento de esperanza que embargó los corazones de los soñadores en aquel día dorado. La paz llegaría otra vez y la seguridad enriquecería la tierra con la coronación del nuevo rey.

Sobre la algarabía de la multitud, las campanas de Venta Belgarum comenzaron a repicar. Las trompetas agregaron su voz de bronce y cada músico contribuyó con sus notas a crear un dulce caos cacofónico.

Ostentosamente, Morgana volvió su espalda a la ceremonia y se marchó.

Artorex observó su retirada con un suspiro.

LOS FESTEJOS DURARON todo el día y por la noche Artor se sintió muy cansado. Había derrochado tanta simpatía, que su cara había quedado congelada en una sonrisa hueca. Había comido un poco de tordos en miel, anguilas en gelatina, venado asado, jabalí y novillo, también algunas delicadezas del mar y frutas del huerto, hasta sentirse mal. Había encontrado algo digno de mención para adular a cada uno de los reyes tribales y había aceptado los consejos de jóvenes y viejos, sin importarle cuan banales o poco prácticas resultasen sus opiniones. Ahora, cuando el gigantesco banquete se aproximaba a su fin, Artorex sabía que había llegado el momento de poner en acción la primera parte de su plan.

Al levantarse de la larga mesa de caballetes, donde estaba rodeado por clérigos y sus allegados, miró hacia las otras mesas de la sala que estaban atestadas de toda la aristocracia celta. Las caras enrojecidas le devolvieron la mirada, algunas llenas de admiración, mientras otras se mostraban serias e inescrutables.

El ruido subía hacia el techo pintado y ahumado. Las risas de las mujeres, la retumbante conversación animada de los hombres y la baraúnda de la música competían entre sí en el alboroto. Sobre los sonidos de diversión del Palacio Real se elevaba el sordo rumor de la celebración de los ciudadanos fuera de los salones, como el sonido de las olas del mar. Artor presionó con su palma sobre las paredes del salón y sintió que toda la estructura de Venta Belgarum se cerraba a su alrededor como si fuera una trampa.

La conducta de los invitados era alegre e indolente.

«¡Por lo menos Morgana es honesta!, —pensó Artor mientras se esforzaba por mantener la sonrisa en sus labios—. Ella se negó a comer en mi mesa porque me considera su enemigo. ¿Cuántos de mis invitados están fingiendo?»

Su voz interior le respondió: «bastantes.»

»Muchos. Quizás, la mayoría. Pero si ganas contra los sajones y les regalas a estos aduladores unos ricos botines, vendrán y te querrán por ello.» Artor no estaba preparado para poner voz a sus dudas y prefirió abrir sus brazos al máximo, de manera que pareciera que abrazaba a todo el palacio, toda Venta Belgarum y las extensas tierras que lo circundaban. Los nobles hicieron un respetuoso silencio y Artor empezó a hablar.

—Amigos, sin reparar en vuestras jerarquías, os pido que aceptéis mi agradecimiento por vuestra generosidad. También llamo a todos los hombres de corazón que deseen detener la amenaza sajona a que se unan a mí en Cadbury Tor, la antigua fortaleza de nuestro pueblo, que será mi cuartel general durante los próximos años. Allí, entre las ruinas, reconstruiremos un símbolo que congregará a todos los británicos a unir las manos como un único pueblo. Allí, con el consejo de los líderes de nuestras gentes, determinaremos los caminos que habremos de seguir para golpear a los sajones en pleno corazón. En nuestra mesa, todos somos iguales y debemos dejar que hablen nuestras mentes y que las palabras sean escuchadas. Si vamos a ser uno… celtas, romanos y británicos, todos… entonces debemos trabajar en concierto. Mis reyes y mis capitanes, al séptimo día desde esta tarde nos reuniremos en Cadbury Tor.

El largo día llegó a su fin y Artor intentó dormir en los apartamentos de Uter… en las habitaciones que habían sido pulidas, reformadas y lavadas con agua, fuego, sal y aire. Acostado en una cama de un lujo sin precedentes, no podía dormir. Sabía que sus guerreros hacían guardia a su puerta, aunque no temía un ataque sigiloso. Más bien estaba aplastado por el peso de las responsabilidades que gravaban sus hombros y su corazón. Sabía que desde ese día en adelante, sería un lujo estar solo e imposible encontrarse absolutamente seguro.

«Así que nuestros numerosos sueños, mi dulce Gallia, han llegado hasta este puerto. Mejor sería que mezclase mis cenizas con las tuyas, allí, donde se abren las flores en Villa Poppinidii, que descansar sobre el fino lino de esta cama dorada, porque siento que el peso de mis obligaciones podría superarme.»

Ni la fenecida Gallia, ni la misma noche quisieron contestarle. El florecido rostro de Licia, su hija no reconocida, lo visitó durante la noche. Reía y se entretenía con un juego de niños con cordeles alrededor de los dedos.

—Por esto luchamos y sobrevivimos —le dijo Artorex a la oscuridad—. Seguramente esta niña es la razón por la que Artor ha vuelto a nacer.

»Por el pueblo, los niños y el futuro —juró, cuando las primeras luces empezaron a filtrarse a través de la ventana de Uter—. Llevaré esta espada imposible para que la tierra y los británicos puedan crecer y florecer. Éste será mi propósito.

Entonces Artor abandonó definitivamente la habitación de Uter en Venta Belgarum, sin arrepentirse jamás y no volvió a dormir nunca más en aquel lujo ilusorio.

NOTA DE LA AUTORA

Después de veinte años investigando las leyendas artúricas en varios cursos universitarios, me volví una especie de experta en diversos temas relacionados con Arturo, tanto en los aspectos históricos como en muchos otros. Una y otra vez, mis amigos me sugerían que usase mis notas y mi extensa biblioteca privada para escribir un relato de ficción basado en esas leyendas.

Durante años, resistí el impulso, pensando que poco quedaba por agregar a todo lo ya escrito. Tampoco deseaba dedicarme a la ciencia ficción o la fantasía y menos aún a la creación de una novela. Había visto todas las últimas películas y disfrutado con las distintas interpretaciones, pero realmente no encontraba nada que encendiese mi imaginación.

Un día, en un texto oscuro, descubrí una vaga referencia a un notable acontecimiento histórico que tuvo lugar durante el Medioevo, al abrirse una tumba del monasterio de Glastonbury, durante un período de revueltas civiles. La exactitud de los informes debe ser aceptada como tal, ya que tanto la tumba, como su sepulcral contenido, se habían perdido irremediablemente para siempre.

Esta particular referencia traducía la lápida de piedra encontrada en la tumba en los siguientes términos:

Aquí yace Arturo, rey de los británicos
Y Ginebra, su segunda mujer

Por supuesto yo ya conocía la traducción más usual de la lápida, que simplemente dice «Y Ginebra, su mujer» por lo que el uso del evocativo término de segunda atrapó mi imaginación y me llamó poderosamente la atención.

A excepción de esa extraña referencia, nunca encontré nada más que me hiciese sospechar acerca de la existencia de una primera mujer, a pesar de haber buscado entre todo el abundante material de investigación del que disponía.

¿Cómo saberlo? Cuando la tumba fue encontrada, Arturo ya llevaba seiscientos años muerto. Sin embargo, empecé a hacer más conjeturas sobre el Dux Bellorum de los siglos V y VI.

Los eruditos han demostrado que durante el transcurso de miles de años, las leyendas que perviven suelen tener una base de verdad y que los grandes eventos en la vida de los seres humanos se van decorando y embelleciendo durante las sucesivas narraciones de los auténticos hechos heroicos acaecidos. Siempre me había preguntado por qué un caudillo guerrero, parte celta, parte romano, habría evitado casarse cuando aún era joven, tal como era entonces la costumbre. Históricamente se

sabe que los niños eran comprometidos mediante casamientos pactados antes de que alcanzasen la pubertad. La lógica consecuencia es que un joven tan importante debería haberse casado varias veces, especialmente si se considera el alto porcentaje de mortandad infantil y femenina durante la Edad Medía.

Así, partiendo de una simple referencia, la novela empezó a evolucionar. Desde aquel punto de inicio, era libre para crear todas las vías de argumentación que se me ocurriesen, siempre que me mantuviese cercana al espíritu de la leyenda. Las únicas partes de la novela que definen los primeros años de la vida de Arturo se refieren a su padre putativo, Antor y a su hijo que he denominado Keu (el Sir Kay de las leyendas). Eran los guardianes de un lugar ignoto y no documentado arqueológicamente, denominado el Viejo Bosque.

No quise caer en los excepcionales senderos abiertos por T. H. White en Camelot (*The Once and Future King*) con su bella y contundente mezcla de fantasía e historia medieval, por lo que decidí mantenerme dentro del mundo romano, un campo que siempre me ha resultado familiar. Tampoco tuve el menor deseo de seguir las directrices marcadas por Mary Stewart en su magnífica historia de la vida y hechos de Merlín.

Intenté entonces, imaginar los años perdidos después de que las legiones romanas abandonaron el suelo británico a principios de la Edad Media.

No me disculpo por utilizar los nombres romanos originales de ciudades y villas durante el período en que se desarrollan los hechos de esta obra. Aquae Sulis es, por supuesto, Bath, una ciudad que seguramente retuvo su sabor romano durante mucho más tiempo que otras de Gran Bretaña. Venta Belgarum es Winchester, una ciudad importante en las leyendas artúricas, por lo que parecía apropiado atribuirle el papel de ser los cuarteles de invierno de Uter Pandragón. Las otras ciudades están ubicadas en el mapa que acompaña al texto.

Lucius de Glastonbury es un personaje que no aparece en ninguna versión de la leyenda, pero Glastonbury (bajo distintos nombres) fue durante mucho tiempo un importante centro cristiano, por lo que era de esperar que también tuviese un obispo, sea cual fuese su nombre, aunque me gustaría pensar que haya sido mi Lucius.

Su relación con el Rey Pescador y con José de Arimatea le otorga a Glastonbury un pasado ilustre como lugar sagrado, por lo que resulta factible que un Gran rey que desease desprenderse de un bebé, sin por ello ensuciarse las manos, podría haber usado a un dignatario de la Iglesia para resolver el problema.

Además, los romanos utilizaban frecuentemente la adopción e integración en la familia de hijos criados no propios, como parte de su sistema social. Aunque Antor por su nombre indique un origen celta, decidí casarlo con la última hija de una poderosa familia británica de ascendencia romana y así mantener el vínculo imperial. En consecuencia, Livinia tenía, en muchos aspectos, un nivel social igual al de Antor, aunque como muchas mujeres sensibles, siempre daba la razón a su esposo en público.

Y así fue creciendo mi historia. Supongo que lo más fascinante de cualquier leyenda es la extraña transformación del hombre en mito, fenómeno que protagoniza nuestro héroe. Ningún hombre elige ese camino por voluntad propia y de esa manera mi Artorex es obligado, empujado, coaccionado y finalmente violentado a desempeñar el papel que se le ha asignado. Las ambigüedades en el supuesto carácter de Arturo deben tener explicación. ¿Cómo podía actuar con tanta inteligencia y simpatía en innumerables casos y a pesar de ello intentar asesinar a la infanta Mordred y tolerar las infidelidades de Ginebra como se evidencian con toda crudeza en las últimas versiones de la leyenda? Me vi obligada a crear un ser pragmático que había nacido para ser un hombre decente.

Tengo la sensación de que Uter era también ese tipo de hombre: carismático, intensamente humano y apasionado, hasta que el poder destruyó su yo más delicado. En el mismo sentido, hice que mi Uter fuese un ejemplo destinado a aleccionar al joven Artorex; una advertencia de cómo influyen la corrupción y la prepotencia en la transformación de una persona.

Por naturaleza, Gallia es totalmente romana, alegre, sensual y práctica. Los hechos violentos de la vida no parecen afectarle y sin embargo, es capaz de sacar conclusiones prácticas de las situaciones más peligrosas. De hecho, Livinia es casi el mismo tipo de mujer, sólo que con mucho más gravedad y dignidad, e infinitamente menos alegría. Julanna es más enigmática y mercurial. Como todas las mujeres amedrentadas, también puede resultar inquietante.

Con quienes más me he divertido es con los personajes de Targo, Gallwyn y Frith. Francamente, el nombre de Frith, de connotaciones germánicas, me resultaba muy tentador y me vi obligada a crear toda una historia sobre el origen de su nombre. Representa a todas las mujeres sabias, a todas las ancianas, con sus achaques, pero también con toda su magnificencia. Por supuesto, una esclava se inclinaría a amar a un niño adoptado desatendido. Por supuesto, estaría muy orgullosa de haber rechazado su manumisión. Esta mujer estaba viva en mi mente antes de que escribiese una sola palabra. Y odié tener que matarla. ¡Espero que os haya emocionado!

Targo profiere palabras y expresa ideas distintas a las de la aristocracia, al menos en público. El imperio, y más allá, estaba lleno de este tipo de hombres. Eran la resaca de la guerra, buscando desesperadamente una bandera para unirse a ella y así dar un sentido a sus vidas. Podría haber sido más grosero, pero imaginé que Artorex no habría aceptado argumentos más mordaces. Pensé que Targo sería una sana diversión y su talante práctico de hombre simple me resultaba entrañable, ya que representaba al arquetipo masculino común a todos los mortales.

Gallwyn es una mujer de pueblo que puede encontrarse en cualquier parte. Ni bella ni trágica, no representa poder ni amenaza. En las leyendas artúricas las mujeres suelen ser o bien paradigmas de bondad y belleza o monstruosas, y mientras sea posible, prefiero trabajar con personajes más reales. Por otro lado, Gallwyn

demuestra ser de naturaleza noble cuando le toca enfrentarse con los poderosos y resulta ser temible en su defensa del amor.

Niniana, con su horroroso nacimiento y el papel de mujer seductora y despiadada que le toca desempeñar en las siguientes leyendas, siempre me preocupó. Seguramente no soporto la idea de que en las leyendas, las mujeres sean casi siempre arquetipos de perversión y maldad, especialmente en la era postmodernista cuando tales conceptos no son socialmente correctos. De todas formas, mi Niniana no es ni malvada ni obstinada… es simplemente una extraña en una sociedad que no repara en las mujeres raras, especialmente si son bellas e inteligentes. Su horripilante nacimiento es un hecho posible, al igual que su crianza.

Perce, quien después se convertirá en Sir Perceval, hace su presentación en las cocinas, tal como lo establecen algunas versiones de la leyenda y encontré que su bondad ordinaria es el contraste perfecto a la tara sádica de Keu.

Desafortunadamente, mi Keu, o Sir Kay, como se le conoce en posteriores leyendas, es una persona desagradable. Cada relato necesita su villano y yo sentía demasiada simpatía por Morgana y le encontré un sentido a su violencia, por lo que conseguí justificarla, en vez de condenarla. En consecuencia, el papel de ruin le correspondió a Keu. De todas maneras, tanto en los romances franceses como en las leyendas del Santo Grial, los escritores dan indicios de que este personaje tampoco les gustaba.

Debe tenerse en cuenta que en las más antiguas tradiciones artúricas nunca se menciona a Lanzarote, que es una invención de los romanceros franceses y de los aún más tardíos desarrollos de la novela sentimental o del amor cortés.

En el otro extremo está Galván, frecuentemente presentado como héroe de la corte, como en el caso de Sir Gawain y el caballero verde (*Gawain and the Green Knight*), el famoso poema anónimo del Medioevo. Mordred se supone que también fue amante de Ginebra, por lo que me mantengo dentro de las tradiciones más antiguas.

Espero que el lector pueda reconocer que los personajes vivieron y respiraron para mí. Desarrollaron vidas que eran muy distantes de la mía, su creadora. Sin embargo sería un error creer que mis creencias no impregnan este libro. Creo en el mejor y en el peor aspecto de la naturaleza humana y que en todos nosotros anida una veta de violencia, incluso en el más pacífico. También sé que el rencor y la prepotencia viven y forman parte de nuestra condición humana. He visto… y sufrido… sus atroces poderes.

Pero también creo que la esperanza es el factor que da más empuje a la valentía. Supongo que los tres viajeros fueron el símbolo de esa creencia: Merlín, Llanwith y Luka en acción, para crear un arma nacida de la esperanza. Pero no son tan insensibles como para dejar que el instrumento de su creación sobreviva como pueda, una vez que le han colocado en el camino del sufrimiento. Ellos corren los mismos riesgos que Artorex, porque la esperanza exige sacrificios. Sus vidas sin arraigo,

enteramente dedicadas a la intriga, con el único objetivo de llevar a Arturo hasta la gloria, son la prueba de su desinteresada dedicación a una causa.

Creo que Arturo no tenía opción. Las circunstancias lo llevaron a asumir el papel de Gran rey de los británicos porque era víctima de su propio nacimiento, de sus aptitudes naturales y de los sueños de otros. Quise ilustrar de qué forma perdió sus propios sueños a cambio de consagrarse a las necesidades de su pueblo. Para mí, ésta ha sido siempre la tragedia clave que subyace a todo el ciclo Artúrico, tal como también lo es en las obras de Homero: La Ilíada y La Odisea, o en cualquier otro ciclo heroico que queráis examinar.

A propósito, cuando me he alejado de las leyendas, lo he hecho deliberadamente ya que no hay ninguna verdad inalienable en los pequeños detalles a lo largo del transcurrir de la ficción. Un ejemplo: ¿habrá sido el jardín de Gallia un monumento célebre? ¿Sería semejante tributo al amor, una obra de arte mayor del género humano, tan perecedero como parece ser?

Os presento el revanchismo de Morgana y la crueldad de Uter como ejemplos extremos de la impotencia del espíritu. Poco puede construirse sobre la base de sentimientos humanos tan mezquinos. Sólo pervive la grandeza de corazón, tal como fue demostrado en días más próximos a nosotros en la batalla de Rorke’s Drift o en el terco coraje de aquellos pocos judíos que sobrevivieron a los campos de concentración del Tercer Reich. El monstruo, Hitler, murió como Uter, asustado, escondido, perseguido por sus crímenes y por su creencia de que, finalmente, todos los humanos decentes le darían la espalda. ¿A quién le importa dónde se encuentran los huesos de Hitler, o cómo murió? Sólo importa saber que ya muerto, estamos a salvo.

Ahora, en pleno siglo XXI, la tumba de Karl Marx en un cementerio de Londres ya no es la oriflama llamando a defender la venenosa idea de que el fin justifica los medios. Nunca sabremos con certeza dónde reposa Arturo, ni siquiera si vivió realmente. Si fue un mito, su invención fue el fruto de una necesidad humana.

¡Ave, Arturo, Rey de los Británicos!

Desearía que otro héroe ocupase el sitio que habéis dejado, ahora que el oeste os necesita tanto.

Notas

[1] Bath <<

[2] Londres <<

[3] York <<

[4] Colchester <<

[5] Bowes, Durham <<

[6] Río Severn <<

[7] Bristol <<

[8] Colchester <<

[9] Estuario del río Ouse <<

[10] Cirencester, Gloucester <<

[11] Stonehenge <<

[12] Isla de Wight <<

[13] Catterick, York <<

[14] Winchester <<

[15] Stonehenge <<

[16] Stonehenge <<

[17] Mar Celta <<

[18] ¿Madeira? <<

[19] Canal de la Mancha <<

[20] Norwich <<

[21] Canal de la Mancha <<

[22] Chichester <<

[23] Portchester <<

[24] Líder de las Batallas <<

[25] Corazón de roble <<

[26] High Cross, Leicester <<

[27] Silchester <<

[28] Caistor St Edmund, Norfolk <<